

LA LUNA QUIERE MATARTE. Y TIENE MIL FORMAS DE CONSEGUIRLO.

IAN McDONALD

# LUNA

LUNA ASCENDENTE

  
NOVA



**TRILOGÍA LUNA**  
**LUNA ASCENDENTE. VOLUMEN III**

---

**IAN McDONALD**

Traducción de Natalia Cervera  
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia

**NOVA**

# CARA VISIBLE de LA LUNA



# Lista de personajes

## CORTA

**Lucas Corta:** Águila de la Luna

**Lucasinho Corta:** hijo único de Lucas Corta

**Ariel Corta:** antigua abogada del Tribunal de Clavio

**Wagner Corta:** hermano desheredado de Lucas, lobo lunar

**Robson Corta:** hijo de Rafa Corta y Rachel Mackenzie, bajo la protección de Wagner Corta

**Luna Corta:** hija de Rafa Corta y Lousika Asamoah

**Alexia Corta:** Mano de Hierro de Lucas Corta, terrestre

**Elis:** *madrinha* de Luna Corta

**Marina Calzaghe:** antigua ayudante personal y guardaespaldas de Ariel Corta; ha regresado a la Tierra

**Jorge Nardes:** músico y *amor* de una noche de Lucas Corta

**Nelson Medeiros:** escolta jefe de Lucas Corta

## TAIYANG

**Sun *nui shi*:** la matriarca de Shackleton, abuela del consejero delegado de Taiyang

**Darius Mackenzie-Sun:** hijo tardío de Jade y Robert Mackenzie, protegido de Sun *nui shi*

**Sun Zhiyuan:** consejero delegado de Taiyang

**Amanda Sun:** antigua *oko* de Lucas Corta

**Tamsin Sun:** directora jurídica de Taiyang

**Jaden Sun:** miembro de la junta directiva y propietario del equipo de balonmano Sun Tigers

**Amalia Sun:** agente de Amanda Sun en la Universidad de Farside

**Jiang Ying Yue:** jefa de seguridad de Taiyang

## MACKENZIE METALS

**Duncan Mackenzie:** hijo mayor de Robert y Alyssa Mackenzie, consejero delegado de Mackenzie Metals

**Anastasia Vorontsova:** *oko* de Duncan Mackenzie

**Apollonaire Vorontsova:** *keji-oko* de Duncan Mackenzie

**Denny Mackenzie:** hijo menor de Duncan y Apollonaire, desheredado por Duncan por traición

**Kimmie-Leigh Mackenzie:** (breve) prometida de Irina Efua Vorontsova-Asamoah

### **MACKENZIE HELIUM**

**Bryce Mackenzie:** hermano de Duncan Mackenzie, consejero delegado de Mackenzie Helium

**Finn Warne:** primer *blade* de Mackenzie Helium

**Hossam al Ibrashi:** primer *blade* de Mackenzie Helium

**Rowan Solveig-Mackenzie, Alfonso Pereztrejo, Jaime Hernández-Mackenzie:** ejecutivos de Mackenzie Helium

**Analiase Mackenzie:** *amor* de oscuridad de Wagner Corta en su aspecto oscuro

### **AKA**

**Lousika Asamoah:** *omahene* del Trono Dorado

**Abena Asamoah:** estudiante de Ciencias Políticas del grupo de estudios Cabochon y ayudante jurídica de Ariel Corta

### **VORONTSOV TRANS-ORBITAL (VTO)**

**Valeri Vorontsov:** fundador de VTO; consejero delegado de VTO Espacio

**Yevgueni Vorontsov:** consejero delegado de VTO Luna

**Serguéi Vorontsov:** consejero delegado de VTO Tierra

**Irina Efua Vorontsova-Asamoah:** ecóloga hija de un matrimonio dinástico entre los Asamoah y los Vorontsov

### **LUNAR MANDATE AUTHORITY (LMA)**

**wang Yongqing:** delegada de China en la LMA

**Anselmo Reyes:** delegado del grupo inversor Davenant

**Monique Bertin:** delegada de la Unión Europea en la LMA

### **UNIVERSIDAD DE FARSLIDE**

**Dakota Kaur Mackenzie:** *ghazi* de la Facultad de Biocibernética

**Doctora Gebreselassie:** médico al cargo de Lucasinho Corta

**Rosario Salgado O'Hanlon de Tsiolkovski:** *ghazi* fracasada, *zashitnik* de Ariel Corta

**Vidhya Rao:** economista y matemática; miembro del Pabellón de la Liebre Blanca y

de la Sociedad Lunaria; active independentista

### **TIERRA**

**Marina Calzaghe:** antigua ayudante personal y guardaespaldas de Ariel Corta

**Kessie:** hermana

**Ocean:** sobrina

**Weavyr:** sobrina

**Skyler:** hermano

### **OTROS**

**Mariano Gabriel Demaria:** director de la Escuela de las Siete Campanas, una academia de asesinos

**Haider:** mejor amigo de Robson Corta

**Max y Arjun:** tutores de Haider

## Qué ha pasado hasta ahora

Como resultado de la guerra entre Mackenzie Metals y Corta Hélio, la poderosa familia Corta quedó destruida, y los supervivientes, dispersos. Ariel Corta, paralítica de cintura para abajo tras un intento de asesinato, se refugia en el anonimato de los niveles superiores de Meridian con Marina Calzaghe, su guardaespaldas y su amiga más leal, hasta que Jonathon Kayode, el Águila de la Luna, la devuelve a la sociedad lunar al convocarla como asesora contra la hueste de enemigos dispuestos a destronarlo. Wagner Corta, el lobo, se camufla entre los obreros del cinturón solar de Taiyang, una franja de paneles solares que recorre el ecuador de la Luna. Su vida alterna entre el equipo de trabajo y la manada de lobos hasta que se convierte en el tutor y protector de Robson Corta, rehén de Bryce Mackenzie, el director financiero de Mackenzie Metals. Ahora se ve obligado a elegir entre su naturaleza lobuna y el cuidado del indefenso Robson. Lucasinho y Luna Corta están a salvo en Twe, bajo la protección de los Asamoah, aunque Lucasinho se siente encerrado. En cuanto a Lucas, el padre de Lucasinho, es quien ha dado el paso más arriesgado. La Luna lo cree muerto, pero huyó al orbitador de VTO y, a lo largo de un año, se transformó en algo que se consideraba imposible: un lunario capaz de sobrevivir en la gravedad terrestre. No durante mucho tiempo; solo el necesario para afianzar los tratos que había estado negociando mientras daba vueltas entre la Tierra y la Luna. Establece un consorcio de Gobiernos, corporaciones e inversores de capital riesgo terrestres y, con los Vorontsov y su catapulta electromagnética, situada en el espacio y que puede emplearse como arma letal, se propone recuperar lo que robaron a su familia. También regresa con Alexia, la primera Corta terrestre que se enfrenta a la gloria y el terror de la Luna en dos generaciones.

Para tener éxito, Lucas debe empezar por sembrar la confusión. Su madre, Adriana, fundadora de Corta Hélio, había implantado un código de ataque en los sistemas de control de Crucible, el inmenso tren fundición de los Mackenzie. Un simple comando, emitido por Alexia después de que el despegue de la Tierra estuviera a punto de matar a Lucas, destruye Crucible. Se pierden muchas vidas, incluida la de Robert Mackenzie, consejero delegado de Mackenzie Metals. Sus hijos, Duncan y Bryce, luchan por el control de la empresa. Duncan dirige la industria de refinería tradicional, y Bryce, el negocio de helio-3 arrebatado a los Corta. Su encarnizada guerra



civil amenaza con apoderarse de toda la Luna y desestabilizar el mercado de helio-3, imprescindible para la Tierra. Lucas ve su oportunidad y ataca. La Luna es una colonia industrial, no una nación estado, y carece de defensas. Varias unidades de combate abandonan la órbita para irrumpir y ocupar posiciones en infraestructuras clave; la catapulta electromagnética de VTO amenaza toda la cara visible de la Luna y los Dragones plantan cara a su vez; pero cuando Twe, la principal zona agrícola de toda la Luna, se ve asediada, no tienen más remedio que rendirse ante la amenaza de la hambruna.

En medio del caos, Lucasinho y Luna escapan del sitio de Twe, pero se encuentran varados en la superficie y para alcanzar la seguridad tienen que recorrer un azaroso camino en plena invasión. Cuando el traje de Luna tiene una fuga, Lucasinho le cede el aire que le queda. Luna lo lleva a un lugar seguro; pero, por muy corredor lunar que sea, ¿podrá sobrevivir tras pasar tanto tiempo sin oxígeno?

Las máquinas y mercenarios terrestres ocupan Meridian. Jonathon Kayode acaba derrocado, y Lucas Corta, convertido en una sombra de sí mismo, destrozado físicamente por su visita a la Tierra, es la nueva Águila de la Luna, con Alexia como Mano de Hierro. Su primera baza consiste en intentar reclutar para su bando a Ariel, pero esta rehúsa a pesar de que con ello corre un grave peligro. Todos y cada uno de los Cuatro Dragones quieren algo que les proporcione ventaja, y los Corta son los rehenes óptimos. Bryce Mackenzie intenta capturar a Robson Corta, pero fracasa. Wagner y Robson escapan a la seguridad relativa de Teófilo, en el mar de la Tranquilidad.

Lucas Corta se siente triunfante. La Luna es suya. ¿Qué hará con ella?

# 1

Ocho figuras escoltan el féretro a través del mar de la Fecundidad. Cuatro lo transportan, una por cada asa; cuatro custodian los puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. Se desplazan con trajes rígidos fuertemente acorazados, levantando polvo con las botas. La coordinación es fundamental a la hora de llevar un ataúd, pero las porteadoras no han encontrado aún el ritmo adecuado: dan tumbos y bandazos; arrastran los pies, dejando huellas difusas en el regolito. Se desplazan como la gente que no está acostumbrada a caminar por la superficie de la Luna, a llevar esos trajes. Siete trajes rígidos blancos y uno, el último, escarlata y dorado. Cada traje blanco transporta un emblema desfasado de tiempo y lugar: una espada, un hacha, un abanico, un espejo, un arco, una media luna. La que va en cabeza se apoya en un paraguas plegado, con la punta de plata y una cara humana en el mango; una mitad es de carne con vida, y la otra, de hueso pelado. La punta agujerea el regolito con precisión.

Nunca ha llovido en el mar de la Fecundidad.

El féretro tiene un ojo de buey. Resultaría incongruente si no fuera porque no es un ataúd. Es una cápsula médica de soporte vital, diseñada para proteger y preservar a los heridos en la superficie lunar. Al otro lado se ve el rostro de un joven de piel aceitunada, pómulos marcados, denso pelo negro, labios carnosos y ojos cerrados. Se trata de Lucasinho Corta. Lleva diez días en coma; diez días que han hecho restallar la Luna hasta el núcleo como si fuera una campana de piedra. Diez días en los que han caído y se han alzado Águilas; en los que se ha librado y perdido una guerra solapada en los océanos de roca; en los que el nuevo orden de la Tierra ha barrido el antiguo orden de la Luna.

Estas desgarbadas figuras son las Hermanas de los Señores del Ahora y llevan a Lucasinho Corta a Meridian. Siete hermanas y una más, la que va en retaguardia y desentona con el traje rojo y dorado. Luna Corta.

—¿Se sabe algo de la nave?

*Mãe-de-Santo* Odunlade chista de frustración y escudriña las etiquetas de la pantalla del casco, intentando identificar a quien hace la pregunta. La doctrina de la Hermandad de los Señores del Ahora reniega de la red, y la curva de aprendizaje de la interfaz de los trajes rígidos es empinada. Al final,

la *Mãe-de-Santo* se percata de que quien ha hablado es *madrinha* Elis.

—Pronto —replica *mãe* Odunlade, y levanta el paraguas para señalar el horizonte oriental, donde alunizará la nave de Meridian.

El paraguas es el sello de Obatalá, el Padre Creador. Junto con la espada, el hacha, el espejo, el arco, el abanico y la media luna, es un instrumento de los orixás. La Hermandad no transporta solo al príncipe durmiente; también lleva los emblemas sagrados. Todos los *santinhos* entienden lo que esto simboliza: João de Deus ha dejado de ser la ciudad de los santos.

—*Se aproxima una nave* —dice el traje de la *mãe*.

En ese mismo momento, el horizonte parece saltar al cielo. Róvers, por docenas. Rápidos, sólidos, en su busca. Las pantallas transparentes se iluminan con cientos de contactos rojos.

Han llegado los Mackenzie.

—Manteneos firmes, hermanas —grita *mãe* Odunlade.

El cortejo sigue avanzando hacia la línea de faros. Resultan cegadores, pero no está dispuesta a levantar el brazo para protegerse los ojos.

—*Mãe, la nave va a alunizar* —dice el traje.

Un róver se aparta de la línea y gira para situarse frente a *mãe* Odunlade, que alza el paraguas sagrado. El cortejo se detiene. Bajan los asientos; suben las barras de seguridad; descienden al regolito personas enfundadas en los trácups verdes y blancos de Mackenzie Helium. Se llevan la mano a la espalda y desenfundan unos objetos alargados. Fusiles.

—No se puede permitir esto, madre.

*Mãe* Odunlade tuerce el gesto ante semejante familiaridad y falta de respeto; ni siquiera se dirigen a ella en portugués. Localiza a la hablante en la pantalla del casco.

—¿Quién es usted?

—Loysa Divinagrácia —dice la mujer del centro del escuadrón armado—. Jefa de seguridad de Mackenzie Helium, cuadrante nordeste.

—Este joven necesita atención médica especializada.

—Será un honor para Mackenzie Helium ofrecer los servicios y el

avanzado equipo de nuestro centro médico.

—*Sesenta segundos para el alunizaje* —anuncia el traje.

La nave es la estrella más luminosa y rápida del firmamento.

—Lo llevo con su padre. —La *Mãe-de-Santo* da un paso al frente.

—No puedo permitirlo.

Loysa Divinagrácia pone una mano en el peto de *mãe* Odunlade, que la aparta con el paraguas sagrado y a continuación le da un golpe en un lateral del casco. ¡Menuda insolencia! El polímero se resquebraja y el aire sale despedido hasta que el traje se cura y recupera la estanqueidad.

Las armas apuntan.

Las Hermanas de los Señores del Ahora cierran filas en torno a la cápsula de soporte vital. Blanden la espada de Ogum, el hacha de Xangô, el arco, el abanico con cuchillas en el borde. ¿Cómo podrían honrar a los orixás si sus emblemas no tuvieran un uso práctico?

Luna Corta sube los aparatosos brazos a la altura de los hombros. Se desbloquean las fundas y se activan los imanes; los cuchillos quedan encajados en las manos. La luz de la tierra en cuarto creciente, en el limbo occidental, se refleja en los filos de hierro de meteorito: los cuchillos de combate de los Corta.

«Los hemos protegido —había dicho *mãe* Odunlade bajo el resplandor de las bioluces de la habitación donde tenían a Lucasinho, en la casa madre—. Hasta que llegara un Corta osado, de gran corazón, sin avaricia ni cobardía, dispuesto a luchar por la familia y defenderla valerosamente. Un Corta digno de estos cuchillos.»

Carlinhos había sido el luchador de la familia. Había sido el propietario de aquellos cuchillos antes que ella. En una ocasión le había enseñado los movimientos con palillos. La asustó por la velocidad, por la forma en que se convertía en algo irreconocible.

Carlinhos había muerto por el filo de esos cuchillos.

*Madrinha* Elis se interpone entre Luna y el círculo de fusiles.

—Guarda esos cuchillos, Luna.

—Ni hablar —dice Luna—. Soy una Corta, y los Corta cortan.

—No seas cabezota y hazle caso a tu *madrinha* —dice *Mãede-Santo Odunlade*—. Fuera de ese traje eres muy pequeña.

Luna retrocede refunfuñando, pero no enfunda sus preciosos cuchillos.

—Déjenos pasar —dice *mãe Odunlade* por el canal común, y Luna oye responder a la empleada de los Mackenzie:

—Entréguenos a Lucasinho Corta y podrán marcharse.

—No —susurra Luna, y entonces las hermanas, la cápsula, los *blades* de los Mackenzie quedan bañados por una luz cegadora. El resplandor se divide en cientos de luces independientes: róvers, motos de polvo, las luces de navegación de trajes rígidos y trácups; todo ello surca a gran velocidad el regolito oscuro. A su espalda se levanta una gran nube de polvo que difracta la luz terrestre y traza arcoíris blancos. Los *blades* y tiradores de Mackenzie Helium, rodeados, huyen en el último momento cuando una cuña de róvers, motos y tragapolvos parte su línea.

En antenas y mástiles; colgada de armazones y cables de sujeción; estarcida, pintada con aerosol, impresa o dibujada con rotulador de vacío: la máscara medio blanca, medio negra de Dona Luna, Nuestra Señora de las Mil Muertes.

João de Deus se ha alzado.

La cuña de tragapolvos se despliega en una falange de lanzas y picas. Los motoristas llevan armas de asta sujetas a los estribos. Cuando era muy pequeña, Luna vio algo parecido en un descabellado cuento de la vieja Tierra: hombres metálicos sentados en grandes animales metálicos, con largas lanzas bajo el brazo.

—*Caballeros de armadura* —le dice a Luna su familiar, recordando a la vez que ella—. *Lanceros montados*.

Unas luces azules parpadean en lo alto, por encima del ejército: los impulsores de una nave lunar de VTO que maniobra en busca de un buen lugar de alunizaje entre las filas de los Mackenzie. El motor principal se enciende brevemente cuando la fea amalgama de depósitos de combustible, paneles radiadores y soportes estructurales empieza a alunizar.

Guantes y guanteletes aprietan las astas de las lanzas. Se blanden picas. Se cierran dedos en torno a manillares.

—Luna —dice *madrinha* Elis.

—Estoy lista —dice Luna. Tiene el traje preparado, con las reservas de energía activadas. Si da la orden echará a correr, mucho más deprisa de lo que correrían sus propias piernas. Sabe de qué proezas es capaz un traje estándar, las realizó cuando llevó a Lucasinho anóxico, muerto a todos los efectos, al refugio de Boa Vista—. Ya lo he hecho antes.

El polvo que levanta el descenso de la nave lunar envuelve a los *santinhos* y a la gente de Mackenzie Helium.

—¡Adelante, niña! —grita *madrinha* Elis.

—*Corre* —ordena Luna, y el traje ya está en marcha.

Los de Mackenzie Helium también. Pasada la sorpresa inicial, los róvers arrancan con el fin de flanquear la caballería de motos de los *santinhos* y bloquear el acceso a la nave. La infantería *santinha* carga para interceptar las fuerzas de los Mackenzie y mantener el paso despejado.

Cae un cuerpo. Un trácup gira y se desploma. Un traje rígido estalla en esquirlas. Las armas de los Mackenzie han abierto fuego. Se astilla un casco. Una cabeza sale volando con un chorro de sangre. Los estandartes de Dona Luna van desapareciendo, uno por uno. Luna ve la sangre, los trozos de carne, los fluidos corporales que gotean en el vacío.

La hermana Eloa, que transporta la media luna de Iansã, se desmorona junto a Luna y rueda por el suelo. Le falta la parte superior de la cabeza. Alrededor de Luna vuelan proyectiles que no puede ver, pero no piensa en ellos; no piensa en nada que no sea la nave lunar que baja las patas de alunizaje y despliega una rampa desde el compartimento de transporte.

—¡Luna! —La voz de *mãe* Odunlade por el canal privado—. Levanta la parte derecha de la cápsula. El traje puede con ella.

—*Mãe*...

—Elis llevará el otro lado.

—*Mãe*...

—¡No me discutas, niña!

Su mano acorazada se cierra en torno a un asa. Los giróscopos estabilizan el peso. Ve que su *madrinha* sujeta la otra asa.

Los *santinhos* combaten contra los Mackenzie. Dos, diez, veinte caen fulminados bajo el fuego, pero siempre hay más lanzas, más picas. Violencia cuerpo a cuerpo, cercana, íntima y apasionada como el sexo. Las puntas de las armas se clavan profundamente; atraviesan cuerpos de lado a lado; desgarran trajes, piel, hueso; destrozan visores, y se hunden en caras, cráneos, cerebros.

—¿Qué pasa? —pregunta a *madrinha* Elis por el canal privado.

—Nos hacen ganar tiempo, *anjinho*.

La falange de lanzas se reconfigura, se enlaza, se apelmaza, se arroja a atacar. Los tiradores se desperdigán y se retiran. En ese instante, entre los muros de picas, Luna nota que el traje sujeta con más fuerza el asa del fétetro de su primo, se inclina hacia delante y se impulsa rápidamente hacia la nave. Llega a la rampa a máxima velocidad y frena en seco para no estamparse contra la pared opuesta del compartimento de transporte. Varios tripulantes con trácsup aseguran el cierre. Luna nota la vibración de la cubierta a través del sistema háptico de las botas.

—*Encendido del motor principal en diez, nueve, ocho...*

Lo último que ve Luna por la escotilla que se cierra es el resto de las Hermanas de los Señores del Ahora, trajes blancos espalda con espalda, los emblemas de los orixás bien altos. A su alrededor, un anillo de picas y los estandartes enhiestos de Nuestra Señora de las Mil Muertes. Detrás, los Mackenzie, tan numerosos como las estrellas. Entonces se enciende el motor y el polvo lo cubre todo.

*Mãe-de-Santo* Odunlade observa como se alza la nave lunar por encima del polvo cegador, en un rombo de luz de cohetes.

Meridian los acogerá. Meridian los curará. El Águila de la Luna los resguardará bajo sus alas.

Los *santinhos* rodean a las hermanas con picas y lanzas. Han caído tantos, han muerto tantos... Es un lugar horrible para morir.

*Mãe* Odunlade da con el icono del canal común.

—El regolito ya ha bebido bastante sangre —dice a todos los tragapolvos y *santinhos* del mar de la Fecundidad, a todos los *blades* y mercenarios, a Bryce Mackenzie, se esconda donde se esconda. La línea de fusiles de los Mackenzie se mantiene firme—. No es necesario que muera nadie más aquí fuera.

Dos róvers parten de la retaguardia del círculo y aceleran a una velocidad asombrosa en pos de la nave lunar, convertida en una constelación de faros que se desplaza hacia el oeste. Se despliegan unos mecanismos de la parte trasera de los róvers: cosas con varios cañones y cinturones de munición. Por todos los dioses y espíritus, qué rápidos son. Ya han llegado al horizonte. Suben haces de luz hacia los faros de la nave de VTO. *Mãe-de-Santo* Odunlade no sabe qué ve, pero entiende qué significa: si Bryce Mackenzie no puede tener a Lucasinho Corta, nadie lo tendrá. Y entiende otra verdad: no tendrán piedad con nadie que haya levantado una mano o un filo en nombre de los Corta.

—¡Por Obatalá, luz de luces, el eterno, siempre temible, siempre infalible!  
—*Mãe-de-Santo* Odunlade levanta el paraguas por encima de la cabeza. Lo abre.

Como si fueran una, las otras hermanas levantan sus emblemas. La espada de Ogum, el abanico de Yemanjá, el arco de Oxóssi, el hacha de Xangô.

Empieza el tiroteo.

Luna no consigue desacoplar la mano de la cápsula médica. Lucasinho es libre; Lucasinho está a salvo. Debería soltarlo, pero el traje lee una verdad que ella no puede reconocer y se niega a aflojar el puño. Tiene la impresión de llevar toda la vida en este traje. Este traje la ha protegido, la ha guiado, la ha ayudado. La ha traicionado, la ha puesto en peligro.

Un recuerdo: Lucasinho envuelve en cinta adhesiva la junta en la que el polvo lunar, afilado como una cuchilla, ha rasgado el tejido plegado en fuelle paso tras paso, kilómetro tras kilómetro, hasta que la articulación ha cedido. Se toca la rodilla; el sistema háptico del guante le transmite las imperfecciones del remiendo. No se fijó cuando la *Mãe-de-Santo* le dijo: «Venga, niña, ponte el traje, nos marchamos».

—¿Adónde vamos? —le preguntó Luna.

—A Meridian. El Águila envía una nave para recoger a su hijo.



Luna se puso el forro del traje y entró en la enorme carcasa; el interior la envolvió, el exterior se cerró herméticamente y de nuevo estaba en la esclusa de la estación de BALTRAN de Lubbock, y Lucasinho la animaba a dar un paso adelante: «El traje hace todo el trabajo».

Y mientras caminaba por el túnel periférico hacia la escotilla estaba de nuevo en el refugio de Boa Vista, bajo la luz verde, con Lucasinho tendido donde lo había dejado. El enorme traje podía ser muy acogedor. Tumbado, sin moverse. Sin respirar.

—¿Qué hago?

El refugio le había enseñado dónde conectar a Lucasinho al soporte vital, cómo activar los monitores, dónde enganchar la unidad de refrigeración que lo conservaría a una temperatura muy baja, salvadora.

—*Se encuentra en muy mal estado* —le habían dicho las máquinas—. *Necesita atención médica especializada.*

Pero Luna solo pudo quedarse esperando, con el frío y las luces verdes. Como espera ahora en el compartimento de carga de una nave lunar de VTO.

—*Caída libre en tres, dos, uno...*

Se apagan los motores. De las botas de Luna salen ganchos que se acoplan a los microojales del suelo. Está sujeta pero libre; recuerda la sensación mareante y desconcertante de la caída libre del BALTRAN. No resulta mejor en una nave lunar de VTO en trayectoria suborbital a Meridian.

Las botas le transmiten una serie de golpes. A unos centímetros de su talón izquierdo surge una línea de agujeros, distanciados con precisión. Un traqueteo; otra línea de agujeros cruza el compartimento de transporte de la esquina inferior derecha a la superior izquierda. La luz de la tierra entra por las perforaciones.

Una tercera serie de impactos; después, una aceleración repentina levanta a Luna del suelo, le arranca de los dedos el asa de la cápsula de su primo. La aceleración cambia y la lanza contra el féretro; después flota libremente, nadando en el vacío.

—*Nos encontramos bajo ataque* —anuncia la nave—. *Nos han atravesado proyectiles cinéticos de alta velocidad. La integridad del casco está comprometida. El depósito número tres está perforado y ha perdido el*

*combustible; de ahí la aceleración imprevista que acabo de estabilizar.*

Luna se agarra a los conductos del soporte vital y se impulsa hacia la partición. Otra serie de impactos traza un arco de orificios por la pared y el techo. Unos instantes atrás tenía ahí la cabeza. Hay agujeros en el techo. Hay agujeros por todas partes.

Luna da la vuelta y las botas vuelven a acoplarse al suelo. Se vuelve a mirar a Elis: está envuelta en plástico de presión blanco, al otro lado del féretro. No se mueve, no habla. ¿Por qué está tumbada? Dama Luna, que su *madrinha* no tenga el traje agujereado, que no esté agujereada.

Suena un gruñido suspirante por el canal privado. La pila de armadura de superficie se mueve y se convierte en una persona con traje. *Madrinha* Elis se pone de rodillas a duras penas.

Entonces se apagan las luces.

—¿Qué pasa? —grita Luna.

—*Se ha cortado la conducción eléctrica principal* —dice la nave—. *En breve se activará la energía auxiliar. Debo comunicarle que he sufrido daños graves en el núcleo de proceso y mis funciones se ven limitadas.*

Se encienden las luces de emergencia, tenues y de un amarillo enfermizo. La pantalla del casco de Luna es un mosaico de alarmas rojas: la tripulación, en el módulo de mando, tiene problemas. Una por una, las luces se vuelven blancas.

El blanco es el color de la muerte.

—¡Elis!

Su *madrinha* camina hasta ella, abre los brazos mecánicos, rodea con ellos el monstruoso y aparatoso traje.

—*Coração.*

—¿Estás bien?

—La cápsula —dice *madrinha* Elis—. ¡La cápsula!

—¡Lucasinho!

Luna rodea el féretro inspeccionándolo en busca de agujeros, daños, el menor rasguño. Una bala que casi da en el blanco ha trazado un valle en la

esquina inferior izquierda. Luna aprieta el visor contra el ojo de buey. Todo parece funcionar.

—*Hay cambios en el plan de vuelo* —informa la nave—. *Voy a realizar un alunizaje de emergencia en Twe. Prepárense para el viraje en tres, dos, uno...*

Las microaceleraciones zarandean a Luna, y de nuevo está en caída libre.

—*Salimos de órbita. Prepárense para el encendido del motor de frenado.*

La gravedad regresa; Luna nota el peso en los hombros. El traje se tensa en preparación, pero percibe que le castañetean los dientes, que la sangre parece plomo en las venas.

—*Llamada de auxilio iniciada* —dice el traje. Luna imagina miedo en la voz calmada e informativa—. *Tengo gravemente dañados los paneles radiadores. No estoy en condiciones de disipar el exceso de calor.*

Mientras atravesaba con Lucasinho el cuadrante sudeste, Luna aprendió en qué consistía el vacío. Es el arma favorita de Dama Luna, pero también tiene otras formas de matar más sutiles que el simple beso intenso y sofocante. El vacío es un aislante excelente; el mejor. En él, el calor solo puede disiparse por radiación. El traje rígido podría desplegar los disipadores de los hombros para irradiar el calor de sus sistemas y el del pequeño cuerpo que contiene. Una nave emite mucho más calor que una niña, sobre todo al poner los motores en marcha. Varios sistemas críticos podrían sobrecalentarse, fallar, incluso fundirse. Para alunizar a salvo en Twe, el motor tiene que funcionar a toda potencia, generando un calor que no puede dispersarse. Calor que se suma al calor para amontonarse sobre el calor.

La nave se agita. Luna no recuerda que se hubiera agitado así al despegar. El motor se apaga y la deja en caída libre unos instantes; después vuelve a encenderse. Vuelve a apagarse y encenderse; traquetea. Luna no ve casi nada, con el resplandor tartamudeante de los impulsores de frenado.

—*Experimento... fallos en sistemas críticos* —dice la nave—. *Me muero.*

Cesan los temblores. Se apaga el motor principal. Luna cae hacia la superficie lunar metida en una caja, una concha, un caparazón, una jaula tachonada de agujeros de bala.

Dentro del compartimento de transporte, en el vacío, flotan espíritus

blancos. «En la Luna no hay fantasmas», todo el mundo lo sabe. ¿Qué son esos copos de espíritu que se elevan desde todos los cables y conductos, desde todas las fibras del recubrimiento y los trazos garabateados con rotuladores de vacío?

Entonces, Luna repara en su indicador de temperatura. La cubierta, bajo sus pies, ha alcanzado los ciento quince grados centígrados.

—*Los polímeros y otros materiales orgánicos desprenden sustancias volátiles* —le explica la IA del traje—. *Calculo que alcanzaremos el punto de fundición en tres minutos.*

Su traje rígido es de plástico. Un plástico fuerte y resistente que puede caminar por la superficie de la Luna; un buen plástico que hace todo lo que puede por refrigerarla, pero morirá asada dentro de él mucho antes de quedarse sin aire.

—*Estoy redirigiendo toda la energía disponible al control ambiental* —dice el traje—. *Activando paneles radiadores.*

Luna siente el clic de los disipadores que se le despliegan en la espalda. Alas: alas mágicas como las de la mariposa luna, su familiar.

—*Preparándome para el impacto* —dice el traje de pronto.

«¿Qu...?» Luna nota un golpe brusco, más fuerte que nada que haya notado nunca, tan fuerte que ni el sistema háptico logra absorberlo por completo. Da de bruces contra el suelo y las particiones del compartimento de transporte. Oye el chasquido de las alas, el crujido del plástico. Es un guisante minúsculo que se sacude en su vaina.

—*He sufrido daños que amenazan mi integridad* —dice el traje. Luna intenta inspirar; le falta el aliento.

*Madrinha* Elis se pone en pie.

—Tenemos que salir, *anjinho*. Abre la puerta. Yo llevo a Lucasinho.

El humo desdibuja la puerta; cuelgan conductos sueltos. El techo está inclinado; el compartimento de transporte ha alunizado con la puerta hacia arriba.

No se abre la escotilla.

—¿Dónde está la apertura manual? —pregunta Luna a su traje.

«Segunda regla del tragapolvos: todo tiene también controles manuales.» Se lo dijo el tío Carlinhos. El enorme y sonriente tío Carlinhos, que no frecuentaba demasiado Boa Vista, pero cuando iba la levantaba en brazos y la lanzaba por los aires, tan alto que se le agitaba el pelo, y Luna gritaba aunque sabía que él siempre la recogía. La primera regla del tragapolvos: todo puede matar.

El enorme y sonriente tío Carlinhos, cuando ella era una niña, antes de que cogiera los cuchillos y se convirtiera en la princesa de Corta Hélio.

El traje resalta una pequeña compuerta. Dentro hay una palanca.

—Hay otra a mi lado —dice *madrinha* Elis—. A la vez.

*Madrinha* Elis inicia la cuenta atrás con los dedos. Tres, dos... Luna tira de la palanca y la puerta se desploma. Luna mira por el borde; el regolito queda unos tres metros por debajo. La nave ha alunizado en el borde de un pequeño cráter. Al otro lado, Luna puede ver los mástiles de las parabólicas y espejos de Twe. Será fácil saltar a la superficie. Retrocede resbalando por el suelo y frena agarrando un asa del féretro. Elis agarra la parte de la cabeza y Luna suelta las sujeciones. El féretro se mueve; Elis lo sostiene en vilo y Luna corre a la parte de los pies. Tirando y empujando, llevan la pesada cápsula médica suelo arriba, hacia la rampa. Hasta el borde.

No hay manera de hacerlo con suavidad.

Juntas, empujan a Lucasinho por el borde. Cae arrastrado por la débil gravedad lunar; el féretro toca el regolito con los pies y se queda boca abajo. Dos pasos por detrás, Luna y Elis saltan de la plataforma y alunizan en una nube de polvo. No hay más supervivientes en la nave lunar *Pustelga*.

Elis señala el féretro caído e indica por señas que tienen que levantarlo. Los dos trajes rígidos se acuclillan y le dan la vuelta. La cápsula, el ojo de buey, están intactos. Lucasinho está tumbado de lado, inmóvil. Luna no sabe si está vivo o muerto.

—Hay que apartarlo de la nave —dice Elis.

Juntas, arrastran a Lucasinho lejos de los restos del *Pustelga*, que parece una mariposa de festival aplastada. Han fallado dos juegos de patas de alunizaje; uno se ha torcido bajo la nave y el otro ha atravesado el armazón.

Todos los paneles radiadores están destrozados; las nervaduras están aún extendidas. Del depósito de combustible perforado sigue saliendo vapor. Un grupo de impulsores está arrancado. La nave ha quedado tachonada de orificios, apuñalada un millar de veces. Las líneas de disparos se entrecruzan en el compartimento de transporte; a Luna le parece increíble que hayan sobrevivido. El módulo de mando está hecho un colador. No queda nada intacto, nada vivo. Las baterías estallan; los escombros golpean el traje rígido de Luna. Por los agujeros de bala gotea plástico líquido. La nave sigue desmoronándose ante los ojos de Luna, que alcanza a ver un leve resplandor rojizo en los motores. La nave va a saltar en pedazos. Las dos mujeres levantan la cápsula de Lucasinho y se dirigen tan deprisa como pueden al borde opuesto del cráter. Resbalan regolito abajo hacia las cúpulas, depósitos y antenas de Twe, la capital de los Asamoah. Están limpiando las cúpulas solares por las que entra la luz que se refleja en los espejos para quitarles el regolito que les amontonaron encima los invasores de la LMA con las excavadoras, dejando las granjas silo a oscuras.

Florece las alertas en el visor de Luna. Su traje muere gradualmente; tiene fallos en sistemas críticos. Ya lo había visto antes; ya había recorrido ese camino mortal cuando se le rompió el traje y Lucasinho, tras remendárselo, le cedió el último aire que le quedaba en los pulmones.

En Twe deben de haberse enterado. Una nave dañada que se acercaba, un alunizaje de emergencia. Twe siempre ha sido amiga de los Corta.

Dos estelas de polvo aparecen en el horizonte. En cuestión de segundos se han convertido en dos vehículos que se aproximan desde el este. Luna agita los brazos: «Eh, ¡mirad! ¡Estamos aquí!».

—¿Por qué vienen por ahí los Asamoah? —pregunta Elis.

Luna ya puede ver los róvers. Ya los había visto; ya había visto las ametralladoras de las capotas.

—¡Corre! —grita Luna.

El traje le muestra la esclusa más cercana, pero les queda poca batería, el fétro es pesado y no pueden correr más deprisa que los róvers de Mackenzie Helium.

Una moto de polvo se detiene frente a Luna; otra, otra más. Una manada de motos de polvo, todas ellas con estandartes heráldicos de *adinkra* recortados

contra el cielo sin aire. Un equipo Blackstar. Las motos los rodean, y el motorista que Luna tiene delante levanta una mano. Alto. Luna y Elis se detienen, con el féretro de soporte vital colgando entre ellas. Los motoristas que flanquean al comandante se apean y sujetan con cables los trajes y la cápsula a las motos.

Los paneles blancos se vuelven rojos: el visor de Luna se llena de nombres, logotipos, etiquetas, identificadores, alcances, esquemas.

—Os tenemos —dice el líder del equipo.

—Dejad la cápsula —dice una voz por el canal común.

Han llegado los Mackenzie. Luna se estremece de cólera al oír el acento australiano. Está harta de esa gente; harta, harta, harta. No piensa obedecer. No piensa abandonar a Lucasinho. Agarra mejor el féretro y se vuelve hacia la dichosa voz.

Los dos róvers de Mackenzie Helium están aparcados a unos doscientos metros cuesta arriba. La tripulación baja de los asientos y forma una línea. Uno de ellos lleva un fusil. Las ametralladoras montadas en los róvers giran, se nivelan, se fijan.

Los miembros del equipo Blackstar llevan un cuchillo en cada mano.

—¡Basta! —Luna da una patada al suelo—. Soy Luna Ameyo Arena de Corta y soy una princesa —grita—. Rafael Corta era mi padre; Lousika Yaa Dede Asamoah es mi madre y la *omahene* del Trono Dorado de AKA. Ponerme un dedo encima es ponérselo a toda la nación Asamoah.

—Luna... —susurra *madrinha* Elis por el canal privado, pero Luna ya se ha enfadado; no había estado tan enfadada en su vida. Un centenar de enfados por un millar de injusticias, destilados en pura cólera e indignación.

—¡Lárguense! —grita Luna.

Ni una palabra por el canal común, pero los tragapolvos de los Mackenzie rompen la línea y vuelven a sus róvers. Los Asamoah mantienen el muro de defensa. Entonces, las ametralladoras se apartan de los blancos y los róvers giran, levantando nubes de polvo. En un abrir y cerrar de ojos están a mitad de camino del horizonte.

—Luna... —repite *madrinha* Elis.

—Ya están a salvo —anuncia el líder del equipo Blackstar por el canal común.

Pero Luna se mantiene firme, con la mano agarrada a la cápsula de su primo.

—Lárguense, lárguense, lárguense —dice—. Lárguense.

Cuando se cierran las puertas, Finn Warne se queda mirando fijamente el panel luminoso del techo. El ascensor exprés tarda veinte segundos en subir por el cuadrante este de Kingscourt, pero la velocidad le resulta tan incómoda como los dos kilómetros de subida del suelo de Reina del Sur a la suite privada de Bryce. Es muy poco profesional que el jefe de seguridad de Mackenzie Helium sufra de acrofobia. Así, con las manos a la espalda y la vista clavada en la luz, parece que está meditando, haciendo acopio de recursos internos.

Bryce podría haber hecho todo eso a través de la red. Un hombre de negocios moderno no necesita dar instrucciones en persona a su primer *blade*. La naturaleza de la oligarquía es tener lo que no hace falta.

Un hombre de negocios moderno tampoco necesitaría una recepcionista vestida de blanco immaculado tras un mostrador blanco immaculado. Finn Warne siempre se había enorgullecido de su meticulosidad: manicura en las uñas, vello nasal recortado, pelo engominado y peinado a la moda actual de la década de 1940. Pero siempre que veía a Krimsyn tras el mostrador se sentía dejado y desaliñado: una corbata quizá más suelta de la cuenta, una línea de mugre bajo una uña, una sombra de afeitado demasiado azul. Y sabe que ella sabe que le dan miedo las alturas.

Finn firma el acceso de seguridad al nivel más alto posible. Krimsyn ladea levemente la cabeza; el mínimo suficiente para darse por enterada de su presencia.

Para capear el desdén, Finn Warne se imagina en la cama con Krimsyn. Le gusta pensar que la compostura perfecta, la exquisita atención al detalle, abarca todas las partes de su cuerpo, y que no flaqueará por intenso, brusco o prolongado que sea el sexo.

Un clic. Se ha desbloqueado la puerta del santuario de Bryce Mackenzie.

—Señor Warne...



Bryce está tendido en la camilla, junto a la pared de cristal. Está desnudo; una marea de carne, una masa grasienta que forma olas en la tapicería blanca. Tiene la piel llena de estrías blancas e irregulares. Las máquinas lo atienden como devotos en oración, dos en los hombros, dos en el abdomen y dos en las caderas. Los largos brazos transportan las agujas y dispositivos de succión que van a extraerle la grasa corporal a lametazos.

Finn se acerca tanto como se atreve. Las vistas desde la ventana son monstruosas: no la caída en vertical, ya que nunca se ha atrevido a mirarla, sino el panorama de las torres de Reina del Sur, con sus espiras estrechas como palillos, un recordatorio de lo arriba que está y de todo lo que se alza por encima de él hasta fundirse con la maquinaria del techo de la cámara de lava de Reina. Monstruoso, pero no tanto como la cosa de la camilla.

—Han dejado que se les escurra entre los dedos —dice Bryce.

—El contrato de las patrullas de róvers no incluía un enfrentamiento con los Asamoah —dice Finn.

Bryce inspira a fondo mientras las máquinas flexionan los brazos y le hunden las agujas en la carne.

—Su trabajo consistía en traerme a Lucasinho Corta.

—Elaboramos los contratos deprisa y corriendo. Tuvimos que ponernos en marcha en cuanto el chico se puso en marcha —explica Finn. Puede ver las cánulas moviéndose bajo la piel de Bryce, abriendo túneles en la grasa.

—¿Excusas, señor Warne?

Finn Warne ahoga la punzada del miedo.

—Y ahora Lucasinho Corta está en Twe —prosigue Bryce—, de nuevo bajo la protección de los Asamoah. Teníamos dos róvers armados con ametralladoras. ¿Puede recordarme qué llevaba el equipo Blackstar?

—Motos de polvo y cuchillos.

—Motos de polvo y cuchillos. Contra ametralladoras.

—Los sistemas jurídicos de nuestros mercenarios les desaconsejaron emprender acciones que pudieran constituir una provocación.

Bryce está clavado como un espécimen, incapaz de moverse. Desvía los

ojos para mirar a Finn Warne.

—Ametralladoras que han derribado una nave lunar de VTO.

—Santa Olga ha reclamado una compensación al departamento jurídico.

Una sacudida, un gruñido procedente de la cama acolchada.

—Que la impugnen. Y además, que cancelen el pago final de la tripulación de los róvers. Putos mercenarios.

—No tenían autoridad para declarar la guerra a AKA.

La grasa amarilla fluye por los tubos hasta las bolsas traslúcidas de debajo de la cama.

—¿Ha habido supervivientes en la superficie de João de Deus?

—Ninguno.

—Algo es algo. ¿Nuestras bajas?

Salen las agujas. Finas líneas de sangre brotan de las heridas; sutiles manos robóticas se encargan de limpiarlas, esterilizarlas y cerrarlas. Las agujas buscan nuevos objetivos y vuelven a hundirse. Bryce suelta un gemido que a Finn le suena sexual. Se le encoge la piel de los huevos.

—No esperábamos que presentaran batalla.

—Enséñeme las cifras.

Los datos pasan de familiar a familiar.

—Casi todos eran empleados nuestros. Bien. Los mercenarios son caros. La compensación estándar más el diez por ciento. Como dice, no esperaban que hubiera una batalla. Así que aquí estamos, sin rehén; en João de Deus me odian más aún que antes, y Yevgueni Vorontsov quiere que le proporcione otra nave lunar. Es un buen follón, ¿no le parece, señor Warne?

—¿Cuáles son sus instrucciones?

—Minas, señor Warne. Explosivas. Coja un equipo de ingenieros y mine la puta querida ciudad de Lucas Corta. Quiero que todo salte por los aires. Sea discreto. Es capaz, ¿verdad? Y que alguien del servicio técnico me escriba una rutina para el familiar. Si me ocurre algo, quiero que João de Deus se convierta en un cráter. Me quitó mi casa; voy a quitarle la suya.

Las cánulas se retiran con un sonido untuoso y buscan grasa fresca que chupar.

## 2

Ahí está de nuevo, aguda y estridente, abriéndose camino como un taladro por el rugiente murmullo matutino de la *quadra* Orión: la llamada. Agujas de sonido cortas y taladrantes, redondeadas con un trino.

Alexia se detiene a medio vestir, con los dedos paralizados en la chaqueta entallada. El menor movimiento, el menor roce del tejido, echará a perder la canción. Y se acaba. Alexia se acerca a la terraza, descalza salvo por las medias, y se queda inmóvil, a la escucha del gorjeo por encima de los acordes de cien motores eléctricos distintos, el flujo del agua por las cañerías, el susurro de los vientos artificiales, el coro de voces humanas que constituye el ingrediente más alto de la música de Meridian. Se concentra en una flecha afilada de escucha. Hasta los latidos del corazón, el sonido de la respiración, son demasiado ruidosos.

Ahí: un *staccato* de aguijonazos sonoros lejanos, desde la parte inferior de la *quadra*. Algo extraño, algo vivo, algo que no es humano. Oro verde, un destello rojo, cruza su campo visual. Sigue el movimiento. Un pájaro.

—¿Qué es eso?

Ha aprendido a aceptar los iconos que representan los cuatro elementos en su ojo. La Mano de Hierro del Águila de la Luna no conocerá jamás el miedo asfixiante de la deuda de oxígeno, de pedir aire prestado a parientes y amigos, de cosechar el agua que exhala el millón y medio de habitantes de la Luna. Pero las luces no se apagan nunca y Alexia no puede olvidar nunca que, en ese mundo, todo tiene precio y está inventariado. Sigue sin hacerse a su familiar. Tal como dicta la costumbre, le ha puesto nombre, Maninho, y le ha elegido de piel un niño de dibujos animados con una camiseta enorme, pantalón corto y zapatos enormes, para que no resulte amenazador, pero aún le da reparo hablarle en voz alta. En su planeta, las IA saben cuál es su sitio.

—*Un perico dorsirrojo* —dice Maninho en silencio por el pinganillo implantado.

Alexia contiene la respiración cuando el dardo multicolor se lanza hacia ella y después se posa en la barandilla de los vecinos. Un pájaro.

—Ohhh, qué preciosidad —dice Alexia con un hilo de voz. Se agacha,

bisbisea y hace sonidos con los labios, con el dedo extendido: la invocación universal para animalillos y bebés—. ¿Cómo eres tan guapo? —El periquito ladea la cabeza para mirarla con el ojo derecho, después con el izquierdo, después con el derecho. Su plumaje varía desde el turquesa de la parte superior hasta el amarillo de la inferior, pasando por unas alas verde esmeralda. Cerca de la cola tiene una pincelada rojo vivo.

Aparte de los peces y crustáceos de los acuarios de los restaurantes y de los hurones que mucha gente pasea con correa, es el único ser vivo no humano que ha visto desde que dejó la Tierra.

—¿Qué hace aquí? —Alexia aprieta los músculos de la mandíbula y subvocaliza al micrófono implantado, un truco que todos los niños de la Luna aprenden antes de saber andar y que ella no domina aún.

—*A juzgar por su conducta, supongo que te pide comida* —dice Maninho.

—No me refería... —dice Alexia. Habrá vestido a su familiar de granujilla playero, pero tiene la personalidad de un cura que imparte el catecismo—. Quiero decir, ¿por qué está aquí?

—*Se han establecido colonias salvajes en Reina del Sur, desde hace veinte años. En Meridian hay una población de quinientas aves aproximadamente. Han demostrado ser resistentes a la erradicación. La infestación biológica es un problema persistente en los centros urbanos.*

—¿De qué se alimentan?

—*De cereales, fruta, frutos secos y semillas* —dice Maninho—. *De restos de comida. Dependen por completo de los humanos.*

—No te escapes, *passarinho* —dice Alexia. Retrocede lentamente hasta el salón. El viejo piso de Ocean Tower estaba atiborrado, pero ese era una celda. «¿Dónde están mis vistas desde el ático?», se había quejado. Sus ayudantes fruncieron el ceño, desconcertados; le habían dado un alojamiento de alto nivel adecuado para los asesores del Águila de la Luna. El personal le explicó que la radiación profunda penetraba el regolito desde la superficie. Cuanto más elevada era la posición social, más bajo era el domicilio. «¿Y la cocina?» Perplejos, los funcionarios dieron la vuelta al fregadero, sacaron el depósito de basuras y extrajeron la nevera de la pared. «¿Dónde guardo las cosas? ¿Dónde cocino?» De nuevo, cejas levantadas. «¿Quiere cocinar?» Se

come fuera. Se elige un restaurante, se conoce a los parroquianos, se conoce al chef, se crea una pequeña comunidad. Las cocinas de los pisos son para preparar cócteles y té a la menta, si resulta completa y absolutamente imposible llegar a una tetería.

Frutos secos. Tiene anacardos en la nevera. Anacardos, zumo de anacardo; el sabor de su casa. No tiene nada más en la nevera. A los pájaros les gustan los frutos secos, ¿no?

—*Mensaje de Lucas* —dice Maninho.

—¡Mierda!

Ni siquiera es una llamada de voz. Es un mensaje, instrucciones. «Cambio de planes. Nos vemos en el Pabellón de la Luna Nueva. Ropa de sesión plenaria.»

Alexia deja un puñado de anacardos en el balcón y, al volverse, ve un borrrón verde por la visión periférica.

En el ascensor, el hombre se pega tanto a Alexia que parece su sombra. El olor le atenaza la garganta. El sentido del olfato fue el primero en verse atacado por la Luna, y el primero en aclimatarse. Cuando salió de la cápsula del ciclador al intercambiador de Meridian, el hedor estuvo a punto de tumbarla. Los nauseabundos efluvios de un alcantarillado desastroso, el aire acre rerrespirado y los cuerpos que lo respiraban, la punzada del ozono y la electricidad, el olor grasiento y dulzón del plástico recién impreso. Cuerpos, sudores, bacterias y mohos. Olores de cocina, de vegetación pútrida, de agua estancada. Por encima de todo, antes que nada, el olor picante de fuegos artificiales del polvo lunar. Hasta que una mañana se despertó en su minúsculo dormitorio y ya no la saludó la peste; ya formaba parte de ella. Se le había soldado a la piel, a la garganta, al recubrimiento de los bronquios y los pulmones.

Todo el ascensor se fija en ese hombre.

Es alto, desgarrado, blanco; va sin afeitarse. Lleva el uniforme lunar de la sudadera y los leggings, pero la ropa está sucia, algo impensable en una sociedad que a diario desecha la ropa usada e imprime prendas nuevas. Está desnudo: ningún familiar le sobrevuela el hombro izquierdo. Mira a Alexia a los ojos y le sostiene la mirada.

Alexia Corta nunca ha sido la primera en apartar la vista.

Los pasajeros son cada vez menos a medida que sube el ascensor. Cuando llega al nivel de las oficinas de la junta de la LMA, colgadas simbólicamente entre la Tierra y la élite lunar, solo quedan Alexia y el hombre apestoso.

El ascensor reduce la velocidad y se detiene.

—Necesito aire —dice el hombre cuando se abre la puerta. Se queda en ella para evitar que se cierre.

—Disculpe. —Alexia va a pasar junto a él cuando le agarra la muñeca. Se libera con suficiente fuerza para darle a entender que podría troncharle el brazo sin despeinarse, pero se para a considerar la afrenta. «Es el aspecto de la pobreza», constata. Se había criado convencida de que en la Luna todos son ricos. Se sentaba en la azotea de Ocean Tower y alzaba la vista a la lejana bolita llena de billonarios.

—Por favor. Un poco. Aire. —Se percibe el esfuerzo en cada palabra; cada sílaba es un suplicio. Ese hombre lucha por respirar. Casi no se le mueve el pecho; tiene los tendones del cuello tensos como cables, todos los músculos concentrados en la respiración.

—Lo siento. Acabo de llegar y no sé cómo —tartamudea Alexia, apartándose del hombre que se asfixia.

—Putá LMA —susurra el hombre. No puede permitirse gritar—. No... valemós... ni... el... aire... que... respiramos.

Alexia se vuelve hacia él.

—¿Qué quiere decir?

Se ha cerrado la puerta.

—¿Qué quiere decir? —grita Alexia. El ascensor sube a toda velocidad hacia las capas superiores de la ciudad, donde viven los pobres.

—Alexia —dice Maninho—, llegas con dos minutos y veintitrés segundos de retraso. Lucas te espera.

Con las manos entrelazadas, Sun *nui shi* espera a la Lunar Mandate Authority. Los honorables delegados estarán furiosos: los han hecho viajar de Meridian a Reina del Sur y dirigirse al Palacio de la Luz Eterna, y para colmo

los han humillado con una caminata a través del suelo de piedra pulida de la Gran Sala de Taiyang, hasta la pequeña puerta frente a la cual aguarda Sun *nui shi* con su cohorte. Pues que se enfurezcan. No se puede convocar a la matriarca de Shackleton como si fuera una niña pequeña.

Se mueven como gallinas asustadas, estos terráqueos, a saltitos parsimoniosos, todos apelotonados como si se los fuera a tragar el suelo. Terráqueos. Llevan unos trajes despreciables. Corbatas estrechas, zapatos de cordones. El uniforme de los *aparatchiks* y de los ideólogos corporativos. Sus familiares son medias lunas idénticas, gris acero, como si fueran simples asistentes digitales y no IA externas con alma. Los acompañantes de Sun *nui shi*, altos, guapos y bien vestidos, miran por encima del hombro a los terráqueos.

—Sun Cixi...

Espera.

Puede esperar hasta que se enfríe el sol.

—Sun *nui shi*...

—Delegada Wang...

—Nos preocupa el bienestar del delegado James F. Cockburn. Se le asignó el cargo de enlace con Taiyang, en especial para debatir el campo solar del ecuador —dice la delegada Wang, una pequinuesa fría y calculadora. *Aparatchik* del partido.

—Queremos saber si el delegado Cockburn ha tenido algún accidente. — El familiar de Sun *nui shi* identifica al hablante como Anselmo Reyes, del grupo de capital riesgo Davenant. La LMA ha enviado a sus más altos directivos.

—Me temo que el delegado Cockburn sufrió un accidente mortal durante una inspección del sector Grimaldi norte del cinturón solar —dice Sun *nui shi*—. Los trajes de superficie, incluso los rígidos, requieren destreza y experiencia.

—¿Por qué no se nos informó de inmediato? —pregunta la delegada Wang.

—La red sigue recuperándose de la invasión —dice Demeter Sun, de la cohorte de Taiyang, tal como había ensayado.



—Se refiere a la racionalización —corrige Wang. Demeter Sun baja la cabeza.

—Taiyang investigará el accidente a conciencia —dice Sun Gouxí—. Se les proporcionará el informe y se les abonará cualquier compensación que soliciten.

—Les ruego que acepten esto de la junta directiva de Taiyang —dice Sun *nui shi*. Levanta un dedo y Sun Liquiu da un paso adelante con la caja. Pequeña, intrincada, de titanio lunar, tallada con láser. Exquisita. Wang Yongqing saca un pergamino caligrafiado.

—«Carbono, cincuenta y ocho mil quinientos veintitrés con veinticinco gramos; oxígeno, dieciséis mil seiscientos sesenta y cuatro con treinta y siete gramos» —lee la delegada Wang—. Explíquenlo, por favor.

—Los componentes químicos de James F. Cockburn, por peso —dice Sun *nui shi*—. Un contenido sorprendentemente alto de plomo, mercurio, cadmio y nanopartículas de oro. ¿Verdad que la caligrafía es un primor? Sun Liquiu tiene una mano admirable.

Un joven alto inclina la cabeza.

—Ya se han incorporado los elementos a la reserva orgánica general —dice Sun *nui shi*—. Los *zabbaleen* realizan las auditorías de fin de vida con gran precisión; lo encuentro reconfortante.

Sun Liquiu tiene una mano envidiable con el pincel de caligrafía, pero Jiang Ying Yue maneja el cuchillo con mayor destreza. Es la Agente Corporativa de Resolución de Conflictos de Taiyang, un título rimbombante para el que los clanes más directos, como los Mackenzie, habrían llamado primer *blade*. Los Tres Augustos habían previsto la llegada de un agente de la República Popular; una sencilla comprobación identificó a James F. Cockburn como dicho agente con un setenta y cinco por ciento de certidumbre. Suficiente probabilidad para que la junta, entre las sombras y el resplandor del Palacio de la Luz Eterna, ordenase su aniquilación. Jiang Ying Yue recibió el encargo, se armó y lo resolvió. Escoltó personalmente al delegado Cockburn al tranvía privado y, cuando aún estaba en el túnel de la pared del cráter Shackleton, sacó el cuchillo de hueso de la funda del interior del traje y lo hundió en la blanda carne de la mandíbula de James F. Cockburn hasta llegar al cerebro. Los *zabbaleen*, que esperaban en el terminal del BALTRAN, retiraron el

cadáver, el cuchillo y hasta la última traza de ADN. Las manchas son sangre, la sangre es carbono y el carbono pertenece a la Luna.

—Esto es... —balbucea Monique Bertin, tercera al mando de la LMA y representante de los intereses de la Unión Europea.

—Nuestra forma de hacer las cosas, *madame* Bertin —dice Sun *nui shi*. Dobla un dedo para indicar a su cohorte que ha terminado la reunión—. Disfruten de la hospitalidad del Palacio de la Luz Eterna. —Los jóvenes que la acompañan forman a su alrededor mientras se marchan. Unos chicos y chicas estupendos.

—¿Os habéis fijado? —pregunta Sun *nui shi* cuando entran en la cápsula del tranvía que la llevará a sus aposentos.

—Todos están pendientes de la señora Wang —dice la Agente Corporativa de Resolución de Conflictos.

—La República Popular no ha olvidado —dice Sun *nui shi*—. Han esperado sesenta años, pero se han hecho ambiciosos y descuidados. Han cometido un error: demostrarnos hasta qué punto controlan la LMA. Y podemos usarlo en contra suya.

La cápsula, tras pasar por varios túneles, reduce la velocidad al aproximarse a la estación privada de Sun *nui shi*.

—*Ha llegado Darius Mackenzie* —anuncia el familiar de Sun *nui shi*.

—Darius Sun —corrige—. Yin Yue, hazme el favor de llamar a mi nieta Amanda. Quiero verla en mi casa.

Un movimiento de mano envía a Yin Yue a la puerta de la cápsula. Sun *nui shi* se detiene a observar a su sobrino nieto. Hace cinco días lo dejó bajo la tutela de la Casa de las Siete Campanas y ya parece más atlético, más despierto, más centrado. Disciplinado. Y ha dejado de vapear.

«Aquí fabricamos armas», había dicho Mariano Gabriel Demaria.

Sun *nui shi* ha enviado a muchos parientes a aprender el manejo del cuchillo, pero el arma que forja aquí es más sutil y eficaz. Un arma que se exhibe a la vista de todos, como una espada en la pared, que sigue teniendo un filo letal pasados muchos años. Un arma que quizá no blanda nadie hasta que ella haya muerto.

—Darius...

—Taihou. —No es un título honorífico correcto del todo, pero Mariano Gabriel Demaria le ha inculcado ciertos modales y ha limado la espantosa falta de formalidad de Kingscourt. ¿Cuándo se volvieron los Mackenzie tan blandos y decadentes? En los viejos tiempos, los Sun y los Mackenzie habían moldeado ese mundo. Eran de hierro forjado, los Mackenzie, y ella era igual de dura, el diamante que taladra el metal. Dama Luna era implacable en aquella época; había que pelear por cada aliento, por cada lágrima. Ya quedan muy pocos: Robert Mackenzie ha muerto; Yevgueni Vorontsov se desvanece, acarreado por sus nietos como quien lleva un cerdo al mercado. Hasta Adriana Corta, la última de los Dragones, la primera en morir. Tenía hierro en los huesos. Son los descendientes los que decepcionan. De las botas de trapapolvos a las botas de trapapolvos en tres generaciones. La primera generación labra la fortuna; la segunda se dedica a gastarla, y la tercera la pierde. Lucas Corta sí que es un digno hijo de su madre. El viaje a la Tierra es algo que habrían admirado los antiguos Dragones. Es imposible, así que habrá que hacerlo de todas formas.

Tenía planes de conseguir que los Corta y los Mackenzie se destruyeran mutuamente. Aún queda trabajo por hacer.

—Espero que Mariano esté haciéndote sudar —dice Sun *nui shi*.

Se acerca a las ventanas, franjas de luz cegadora excavadas en el borde del cráter Shackleton. Vidrio templado de seis centímetros de grosor, pero la inmisericorde luz solar va deshaciendo los enlaces atómicos día tras día, luna tras luna. Un día, en una luna, se romperán. Sun *nui shi* encuentra reconfortante la idea. Conocer el final es alentador, fortalecedor. Unas cuchillas de luz intensa y polvorienta cruzan la habitación. La casa de Sun *nui shi* es espaciosa y de mobiliario sencillo; el lujo está en las telas y tejidos que recubren las paredes. Los haces de luz solar, cuya altura no varía a esa latitud, han desteñido largas líneas en los brocados y tapices. No es nada que moleste a Sun *nui shi*: le gustan los paños por el tacto; olas de creatividad que pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos de la suavidad de la piel de un gato a los rasguños de la lengua.

—Si eso significa que es intenso, es intenso —dice Darius Sun-Mackenzie—. Me está enseñando a sentir. Antes de la lucha está el movimiento, y antes del movimiento, la sensación.

—El laberinto —dice Sun *nui shi*. Toda la Luna conoce la leyenda del tenebroso laberinto donde se forman los verdaderos guerreros, con siete campanas que cuelgan en la oscuridad. Cuando alguien consigue recorrer el laberinto sin arrancar el menor tañido a ninguna de las siete campanas, ya sabe todo lo que podía enseñarle la Escuela de las Siete Campanas—. A ver qué has aprendido.

Sun *nui shi* saca un bastón de un paragüero de cristal. Los invitados desconsiderados y los niños le regalan bastones. Lo descarga con todas sus fuerzas contra la cabeza de Darius, pero él ya no está ahí. Ha retrocedido un paso, bien equilibrado y alerta. Sun *nui shi* golpea con el bastón como una viuda que ahuyentara a los ladrones. Darius se desplaza, se inclina y esquiva los embates con la máxima economía de movimientos, de forma que el bastón siempre falla por milímetros.

«Gracia y elegancia —piensa Sun *nui shi* mientras lanza contra Darius un torbellino de tajos y estocadas—. No confía únicamente en la vista; oye el movimiento del bastón, mi respiración, mis pasos; percibe el desplazamiento del aire.»

—Encantador —dice Sun *nui shi*—. Ahora imagina que pretendes matarme.

Le arroja el bastón. Darius lo atrapa sin mirar; lo siente y ahí tiene la mano abierta para recibirlo. Se abalanza hacia Sun *nui shi*; el borde del bastón roza la garganta, el punto vulnerable de detrás de la oreja, la axila. Con el máximo control, a la distancia mínima entre objetivo e impacto.

El bastón roza el antebrazo, la entrepierna, el cuello. El remate final: los tres cortes de gracia.

El primer corte arrebató el arma.

El segundo corte arrebató la voluntad de luchar.

El tercer corte arrebató la vida.

Sun *nui shi* hace una seña y Darius entrega el bastón.

—Vas adelantado a tus enseñanzas.

—En Crucible aprendí los fundamentos de la lucha a cuchillo con Denny Mackenzie.

—Un buen *blade*, Denny Mackenzie. Taimado y honorable. ¿Qué tal sobrellevará el exilio?

Los familiares anuncian la llegada de Amanda Sun al vestíbulo. Darius se despide.

—Quédate —dice Sun *nui shi*—. Hay otras formas de luchar.

La posición de los hombros, el ángulo del abdomen, la tensión de las manos delatan la cólera de Amanda Sun. «Te leo como a un cuento de niños — piensa Sun *nui shi*—. No me extraña que Lucas Corta te ganase por la mano.»

—Tu hijo está en Twe —dice Sun *nui shi* nada más verla.

—Sigue bajo la protección de los Asamoah.

—Y sin embargo, aquí estás tú —dice Sun *nui shi*. Con el rabillo del ojo, aún agudo y avizor, ve que Darius se revuelve, incómodo—. Lucas Corta se dirige a Twe en estos momentos. Tiene intención de volver a Meridian con su hijo. Necesitamos un as en la manga contra el Águila de la Luna. Toda la Cara Visible se desvive por echar el guante a un Corta. Son valiosísimos.

—Voy corriendo.

—Demasiado tarde. Tamsin ha interpuesto en tu nombre una demanda por la custodia de Lucasinho Corta.

Darius se inclina hacia delante y contrae músculos, ligamentos y pulmones; la situación le despierta el reciente instinto de lucha.

—Vas a presentarte en el Tribunal de Clavio —prosigue Sun *nui shi*—. Llevarás el caso personalmente. Eso conllevará inevitablemente el contacto frecuente con Lucas Corta.

—Puto saco de bilis cruel y despreciable... —dice Amanda Sun.

—¿Qué madre no se sacrificaría por su hijo?

—Soy miembro de la junta y tengo derecho a que se me consulte.

—La maternidad no es cuestión de derechos, sino de responsabilidades. Te espera un tranvía privado.

Sun *nui shi* entrelaza las manos. Amanda Sun se recompone, da media vuelta y sale de la casa.

—Me mintió —le dice Sun *nui shi* a Darius—. Me aseguró que había matado a Lucas Corta, cuando cayó Corta Hélio. Entiéndelo, Darius: dicen que los negocios son negocios, que no son nada personal. Un enorme embuste. Todo es personal.

### 3

Twe seduce todos los sentidos de Alexia. Hay colores, formas, sombras y movimientos que no ve nunca en Meridian. Una docena de músicos; un centenar de voces ¡de niños!, ¡de pájaros!; un millar de barullos, alborotos y conmociones: el sonido atronador y siseante de las conducciones de agua, el coro de los vientos cálidos y húmedos que salen por los respiraderos, el chillido enrabiado de los motores. ¿Qué es eso? ¿Dos niños en un monopatín eléctrico? Twe le impregna la piel con cincuenta almizcles y feromonas; es un aroma agridulce de gusto salado; es una sensación de calidez en todas las células del cuerpo, de aumento de la presión atmosférica, de la humedad, y ¿no hay algo ligeramente anómalo en la gravedad? Meridian ofrece un magnífico panorama de cañones entrelazados, acantilados más altos de lo que podría imaginar, inmensas perspectivas que se difuminan en lejanos puntos de fuga luminosos; pero es de piedra, piedra muerta. Twe es la raíz de la vida: serpentea, excava, sondea las profundidades del corazón de la Luna en busca del material necesario para seguir creciendo.

Los taxis avanzan entre la multitud que sale de la estación. Lucas, Alexia y Nelson Medeiros, el jefe de seguridad del Águila, en el centro de un haz de escoltas. Alexia se agarra a una barra cuando la desequilibra la aceleración repentina. Suelta un gritito cuando el taxi se adentra en un túnel sin iluminar. Giros, curvas, pendientes que la lanzan hacia aquí, hacia allá. Hay un momento en que tiene la impresión de que se le desprende el estómago. Después está sumergida en una luz rosada, tan intensa que la nota en la piel, y algo atrapa el taxi tan abruptamente que le corta la respiración. Está en una plataforma elevadora, subiendo por la pared de un amplio cañón, entre niveles y más niveles de cosas que crecen. En Barra, todas las terrazas y azoteas tenían granjas urbanas; ella diseñaba sistemas de riego por goteo para diversos cultivos, desde lechugas hasta coca, pero la escala de esa canalización hidropónica hace que le tiemble el aliento. Aquí hay patatas; ahí, boniatos. ¿Eso son judías, con vainas tan largas como su brazo? El taxi sube por un bosque de maíz; hojas esbeltas como lanzas y tallos como troncos de árbol. Las plantas crecen a mayor altura con la gravedad lunar y en el ecosistema cálido, luminoso, nutritivo y fértil de Twe.

—¡Esto es como una atracción de un parque temático! —grita Alexia por encima de los juegos del aire, los murmullos del follaje y los cantos de

pájaros que no se dejan ver.

—Los Corta y los Asamoah siempre se han entendido —dice Lucas—. Los Mackenzie, los Sun, los Vorontsov se trajeron la riqueza de la Tierra. Los Corta y los Asamoah llegamos sin nada. Usamos lo que encontramos. En fin, vamos a repararlo. El *omahene*...

—... es el consejero delegado de AKA. El cargo es rotatorio, cada ocho años.

—Y ahora lo ocupa...

—... Lousika Asamoah.

—Que es...

—... la madre de Luna Corta. Fue la segunda esposa de Rafa Corta.

—No la segunda esposa; eso implicaría monogamia secuencial. Y la palabra «*oko*» no tiene género. *Keji-oko*. Consorte en paralelo. ¿Su relación con Lucasinho?

—Salvó a... algún chaval...

—Kojo Asamoah. En la carrera lunar.

—Ya investigué eso. Menuda locura.

—Como entretenimiento, solo se lo recomiendo a los que ya están hartos de todo. Continúa.

—Kojo Asamoah es el... ¿sobrino? de Lousika Asamoah... En cualquier caso, se ganó la protección de los Asamoah y ejerció el derecho cuando dejó plantado en el altar a Denny Mackenzie. Que sepas que me va a estallar la cabeza con vuestras costumbres matrimoniales. —Alexia se da cuenta de que Nelson Medeiros contiene la risa.

—Amóriumus, círculos, poligamias con cualquier número de cónyuges, monogamias de toda forma y duración, matrimonios en grupo, matrimonios en línea, matrimonios transitorios, matrimonios fantasma, automatrimonios... —dice Lucas—. Mi hermana podría explicártelos uno por uno, pero el principio es invariable: el amor es una negociación. Todos los momentos de todos los días. El amor es como un niño. Hay que guiarlo, cuidarlo, cultivarlo. Nuestro sistema de acuerdos, contratos y *nikahs* puede parecer poco romántico, cosa



que me parece positiva. El romanticismo es una idiotez, una enfermedad. El amor es algo vivo. El amor es lo que sobrevive. Nuestro sistema no tiene tiempo para el romanticismo, pero proporciona mundos enteros para que el amor crezca en ellos. Mi *nikah* con Amanda Sun estaba bien redactado. Los dos nos alegramos de que no hubiera requisitos de sexo o tiempo en común. El amor nunca entró en el contrato; eso nos permitía buscarlo fuera.

—Amanda Sun, la que trató de asfixiarte en la estación de BALTRAN de Fecundidad. ¿Quién es el romántico ahora?

—Y falló estrepitosamente —dice Lucas—. Y aprendimos que los Sun son concienzudos.

—Su junta me ha parecido bastante concienzuda —dice Alexia. Taiyan había sido el primer Dragón en presentar sus respetos a la nueva Águila, en el Nido de Águilas de Meridian. Alexia no había observado las normas sociales en el trato con Sun *nui shi*; un error que sabía que tendría que pagar—. Creo que la vieja ya ha planeado una docena de formas de acabar conmigo.

—Sun *nui shi* es una adversaria temible —dice Lucas—. Esperemos que la sobrevivas; aun así, guárdate las espaldas. Los Sun piensan a largo plazo.

Alexia se agita en el asiento imaginando cuchillos, agujas, insectos asesinos alrededor.

—¿Cómo es el vacío abierto? —El opuesto diametral de las pesadillas claustrofóbicas de Alexia, donde se ve inmersa en un tubo de piedra tan estrecho que no puede mover los brazos, los dedos, son los sueños donde de pronto se despierta desnuda en la superficie, mientras el aire sale de sus pulmones en un grito silencioso, sin nada entre la piel y el límite del universo observable.

—Terrible. Sublime. La vida inmersa en la nada. Todas las células se someten a prueba, se llevan al límite. Lucasinho hizo la carrera lunar. No entendía por qué podía nadie querer hacer esa locura. Ahora lo entiendo. Durante esos momentos se vive completamente. ¿Has estado en la superficie? Deberías. Todos los niños de diez u once años aprenden a ponerse un traje, caminar por la superficie y contemplar la Tierra. Es una sana costumbre.

El vehículo se detiene frente a una esclusa. Lucas espera a que Nelson Medeiros reagrupe a los escoltas.

—Empieza el espectáculo —dice Lucas cuando se abre la compuerta exterior—. El Trono Dorado pretende impresionarnos. Nos impresionaremos.

—No lo entiendo —dice Alexia.

Se abre la compuerta interior.

Alexia no puede contener la exclamación de sorpresa.

La cúpula es un hemisferio de un kilómetro de ancho excavado en una burbuja de lava que se formó hace cuatro mil millones de años en las erupciones que inundaron el mar de la Tranquilidad, pero es el árbol lo que la deja sin aliento. Llena la cúpula, capa tras capa de ramas y hojas. El tronco principal, a medio kilómetro de distancia, es más ancho y alto que Ocean Tower. Sube la vista al follaje. Cada rama podría ser el tronco de cualquier otro árbol, y hasta las ramitas son inmensas. Cada hoja tiene el tamaño de su torso. Por la copa del árbol se cuele el reflejo de los haces luminosos; la cúpula está recubierta con los espejos mágicos de AKA, con paneles que giran y buscan, haciendo rebotar la luz de espejo en espejo en espejo en espejo para alimentar las hojas del Gran Árbol de Twe. Las hojas están en tenue y continuo movimiento; el roce llena de murmullos la estancia. Una hoja desciende a través de las ramas, posándose, girando, oscilando lentamente como un nadador en el agua. Un bot sale de entre las sombras, esquivo con delicadeza la red de canales de riego tallada en el suelo pulido y atrapa la hoja antes de que toque la superficie. El suelo de la cúpula está cuajado de bots de recuperación. Los canales deben mantenerse despejados; el carbono debe reciclarse.

Alexia intenta calcular la masa de carbono y agua del ecosistema. Equivaldrá a una ciudad; miles de vidas encarnadas en madera y hojas. La inmensidad de la inversión en materia vital da fe del poder de los Asamoah. Crean vida en el corazón de una luna muerta.

El Kotoko espera en la penumbra de las hojas, dispuesto a los lados de una serie de escalones anchos y bajos. Hombres y mujeres envueltos en *kente* de colores vivos, con un brazo cubierto y el otro destapado. Sobre cada brazo tapado flota un familiar; cada mano de un brazo desnudo sujeta un báculo coronado por una representación del *abusua* de su portador: cuervos, leopardos, perros, buitres, las ocho criaturas del alma materna. Maninho facilita a Alexia los nombres y los cargos. Las estructuras políticas y sociales

de AKA la desconciertan, como, sospecha, desconciertan a cualquiera que no sea un Asamoah.

En la confluencia de las dos alas está sentada Lousika Asamoah, *omahene* de AKA. El Trono Dorado es un simple  $\pi$  de madera clara del mismísimo Gran Árbol; más preciosa que ningún oro. El pelo de la *omahene* es una escultura, una arquitectura, de rodetes y palillos lacados, todos adornados con brillantes burbujas negras que parecen lámparas de papel en miniatura. Entre las sombras, tras el Trono Dorado, se divisan animales: un loro de plumaje colorido, un mapache enano, una araña del tamaño de la mano de Alexia que avanza lentamente. Una nube oscura se materializa durante un momento tras la cabeza de Lousika Asamoah, y después se dispersa como el humo. Un enjambre. Alexia recuerda el contacto del insecto asesino creado por los Asamoah; la sensación del veneno en la piel, el miedo incluso a respirar. Cuando se coló con artimañas en la suite de hotel de Lucas Corta, en Copacabana, se consideraba inteligente, despierta, imparable.

No tenía ni idea por aquel entonces.

Todos esos animales poseerán un sutil sentido de la vigilancia, y alguna forma de matar rápida y certera.

El mapache se chupa el culo.

—Yaa Doku Nana —dice Lucas Corta. Es el tratamiento formal del *omahene*.

—*Ben-vindo ao Twe*, Lucas Corta —dice Lousika Asamoah.

Alexia contiene la respiración al oír el portugués.

—*Yaa Doku Nana* —saluda Lucas, antes de pasar a lo importante—. ¿Lucasinho...?

—Está a salvo. Estabilizado. Vamos a hablar, Lucas. Consejeros.

Los miembros del Kotoko inclinan la cabeza y elevan el báculo. La luz que se filtra entre las hojas jaspea las túnicas estampadas. Nelson Madeiros acompaña a los escoltas a la salida de la cámara. Tal como se había acordado, Alexia se queda.

Lousika Asamoah la mira con frialdad.

—Mi Mano de Hierro asiste conmigo —dice Lucas Corta.

—Lucasinho está a salvo y estabilizado —dice Lousika Asamoah—, pero estuvo anóxico durante diez minutos. Tiene daños cerebrales.

La mano de Lucas se tensa en el puño del bastón.

—¿Cómo está?

—Los daños son graves.

Lucas Corta se encoge visiblemente, con las articulaciones y los músculos débiles por la conmoción. Alexia se acerca a sujetarlo por el brazo. Lucas no la aparta.

—Llévame a verlo, por favor.

—Por supuesto.

Lousika pone la mano en el brazo de Lucas; una bendición. Los animales la siguen. La araña va montada en el elaborado cabello. Esa cámara tiene puertas que Alexia no había visto ni sospechado. En el pasillo esperan empleados de AKA dispuestos a retirar y guardar el tocado de la *omahene*. La araña salta al hombro de Lousika Asamoah. Alexia se estremece.

Los pasillos están despejados.

—La Hermandad hizo lo que pudo, pero no es un centro médico —dice Lousika—. La cápsula de soporte vital resultó dañada durante el transporte desde João de Deus.

Alexia capta el reproche en la voz de Lousika: dejaste a tu hijo indefenso en manos del enemigo. «Pero tú hiciste lo mismo con tu propia hija —piensa Alexia—. La dejaste entre los enemigos.» Recuerda la llamada del personal de seguridad del colegio, cuando encontraron a Caio en el río. Alexia amenazó a los buceadores, aterrorizó a los peatones, se saltó todas las reglas, sobornó, extorsionó, pagó y durmió en el suelo de la sala de urgencias hasta que supo que su hermano estaba a salvo. Habría partido la Luna por la mitad para llegar hasta él.

Águila, *omahene*, Dragones: ¿de qué sirve el poder si no lo usáis para los vuestros?

—Te dejo un rato con él —dice Lousika Asamoah a la entrada del centro médico—. Luna no tardará en llegar.

Alexia vacila en la puerta, pero el contacto de Lucas le indica que quiere que se quede con él. No puede estar a solas con Lucasinho. No se atreve; tiene miedo de que, a solas, se desplieguen las disciplinas y necesidades que lo mantienen de una pieza y deshacerse en mil astillas. Entonces ve el cuerpo en la cama, en la crisálida de luz médica, rodeado por un halo de brazos robóticos.

Alexia ve un pelo negro y denso, unos labios carnosos, unos pómulos marcados, el pliegue de los ojos cerrados, la ascendencia brasileña en la anchura de la nariz y el color de la piel. Es un príncipe de cuento de hadas, atrapado en un encantamiento. Su primo segundo.

Lucas Corta, junto a la cama, contempla el sagrado rostro inmóvil. Acaricia la mejilla de Lucasinho, y a Alexia le da un vuelco el corazón. El contacto es delicado, desolado. Entonces Alexia tiene otra visión de Lucasinho Corta, un recuerdo de terror religioso de la niñez. En contra del sentido común, las opiniones y el presupuesto, sus tíos Matteo y Malika insistieron en casarse en la vieja misión jesuita, una cámara de los horrores larga y estrecha. Lo más espeluznante era el cadáver momificado de un padre provincial muerto quinientos años atrás, conservado en una vitrina debajo del altar. Matteo y Malika se arrodillaron, rezaron e hicieron los votos, pero Alexia, con nueve años, fue incapaz de apartar la vista de los huesos envueltos en cuero.

Lucasinho Corta es el terror de la vitrina.

—¿Qué haces, *anjinho*?

*Madrinha* Elis eligió la habitación cuidadosamente. La enteló con los estampados favoritos de Luna, de flores y animales. Imprimió cinco copias del querido vestido rojo de Luna, con el que corría libre e indómita por los jardines de Boa Vista. Dispuso el mobiliario de forma que quedaran huecos, recovecos y sitios para gatear, como los que exploraba mientras crecía en Boa Vista. Todo está configurado para encandilarla, pero Luna está sentada, cruzada de piernas, en mitad del suelo, de espaldas a la puerta, y tiene puesto el forro rosa de traje que llevaba cuando huyó de Boa Vista.

—Me estoy arreglando la cara, *madrinha*.

Sobre su cara flota una esfera del tamaño de un puño cerrado, la mitad negra y la mitad plateada. El familiar de Luna fue siempre el animal con el que

comparte nombre, la mariposa luna, verde como la vida y con unos ojos azul esperanza en las alas.

Ante ella, en el suelo, hay una bandeja de pinturas faciales.

—¿Luna?

La niña se vuelve. *Madrinha* Elis es incapaz de contener el grito, de no llevarse la mano a la boca. La mitad del rostro de Luna es una calavera blanca.

—Quítate eso antes de que lo vea tu madre.

—¿*Mamãe* está aquí? —Se pone en pie de un salto.

—Hace diez minutos que ha llegado.

—¿Por qué no ha venido?

—Tiene gente a la que ver, pero vendrá después.

—Gente como *Lucasinho* —dice Luna.

—Ha venido tu tío Lucas para llevárselo a Meridian.

—Quiero ir con *mamãe* —declara Luna.

La media calavera saca de quicio a *madrinha* Elis.

—Ahora te llevo —dice *madrinha* Elis. «No mientas nunca, no desalientes nunca»—. En cuanto te limpies eso de la cara y te pongas ese vestido rojo tan bonito.

—No quiero.

Luna da un paso adelante; pese a toda su experiencia y su obligación, *madrinha* Elis da un paso atrás involuntariamente. Ha visto a Luna enfadada, desafiante, triste, presa de pataletas. Nunca ha visto una fría determinación como esa, una luz de titanio en el ojo oscuro de la cara de calavera. Algo que no conoce se conjuró en el reflejo de los espejos negros del cinturón solar, se forjó al calor de la destrucción del *Pustelga*.

—*Anjinho*...

—¡Llévame con *mamãe*!

—Cuando te limpies y te vistas bien.

—Entonces voy yo sola —declara Luna, y llega al pasillo antes de que *madrinha* Elis pueda hacer girar sus viejos huesos para detenerla.

Por los dioses, qué rápida es la niña. Elis la alcanza en el ascensor. La plataforma desciende a través del exuberante follaje del agrárium Aidoo; la masa de hojas se ve negra bajo la luz rosada de las luces de cultivo. Los equipos técnicos de AKA siguen depurando las excavadoras lunares hackeadas durante el asedio y van empujando poco a poco las montañas de regolito que cubren la parte superior de las granjas tubo. Los ecosistemas maltratados de Twe tardarán lunas en recuperar su exuberante salud. Bajo esa misma luz, el forro de traje de Luna parece casi fluorescente. La niña ya ha parado un taxi; se cierra como una flor alrededor de las dos y vuelve a abrirse frente al centro médico.

Lousika Asamoah va precedida por su bestiario: el enjambre, el ave de plumas de colores, la gran y sigilosa araña. Luna junta las manos, encantada; no había visto nunca a los guardianes de su madre. Un animal que no reconoce, chaparro pero ágil, de cola anillada y patas delanteras inteligentes, se sienta a mirarla con esos ojos enmarcados por un antifaz. Luna se agacha a devolverle la mirada.

—¿Tú qué eres?

—Un mapache —dice Lousika Asamoah—, pero ¿qué eres tú? ¿Ahora eres Dama Luna?

Los animales, obedientes, se quedan a la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

Lo primero que ve Luna son los brazos. Brazos en la penumbra. Los esbeltos brazos llenos de articulaciones de los bots médicos, con largos dedos que se introducen en los brazos y la garganta de Lucasinho. Hay unos brazos sensores extendidos alrededor de la cabeza, como si estuvieran bendiciéndolo. El brazo de su tío, oscuro contra las luces médicas, y luego la mano, apoyada en el pecho de Lucasinho, que sube y baja suavemente al ritmo de la respiración.

—Sacadla de aquí —dice Lucas sin levantar la vista.

—Lucas... —dice Lousika.

Se vuelve hacia Luna.

—Te dio su último aliento —le dice—. Lo perdió por ti.

Tras la fiera máscara, Luna siente las lágrimas. Ahí no; delante de él no. Nunca por él.

—¡No hables así a mi hija! —estalla Lousika Asamoah; después, Luna siente la mano de *madrinha* Elis en el hombro, que le da la vuelta y la guía hacia el pasillo. La puerta se cierra sobre los gritos; gritos como los que oía cuando se escondía en los túneles de servicio de Boa Vista, que solo conocía ella, cuando su *mãe* y su *pãe* se peleaban creyendo que solo podían oírlos las máquinas.

—No pasa nada, *coração* —dice *madrinha* Elis. Aprieta a Luna contra sí y le acaricia el pelo.

—Claro que pasa —sisea Luna contra la tripa de su *madrinha*.

Tiene tensos todos los músculos de la mandíbula, la garganta. Le arde el rostro por la humillación, y se le llenan los oídos del canto agudo que es el ruido de no llorar. El mapache se acerca a investigar. Luna vuelve hacia él el rostro cadavérico y enseña los dientes. El animal se escabulle, nervioso.

—No me lo pienso quitar —le dice Luna al mapache enmascarado—. Hasta que todo esté bien. Esta es mi cara ahora.

Se pone en cuclillas y tiende la mano hacia el receloso mapache, que ladea la cabeza. Luna chasquea los dedos, le hace señas, bisbisea tal como le ha enseñado Elis a hacer con los hurones. El mapache se acerca y se detiene en el límite del contacto.

—Vamos —dice Luna, y se adelanta un poco. El mapache se sobresalta y después le olisquea los dedos—. Siento haberte asustado. —Una máscara mira a otra máscara.

La luz rosa inunda la habitación; al levantar la vista ve máquinas que barren el polvo lunar de la cúpula.

Lousika Asamoah saca dos martinis del discreto mueble bar. La suite está solo a unos pasos del pabellón de traumatología, pero a todo un mundo de las máquinas silenciosas y sibilantes y de sus amorosos cuidados. Lousika Asamoah no cuenta ahí con el glamur del Trono Dorado, pero su poder la impregna como una esencia. Lucas coge lentamente la copa que le ofrece.



—Discúlpate —dice Lousika.

—No debería haber hablado así a Luna —dice Lucas.

—Lo llevó tres kilómetros en brazos hasta Boa Vista.

—Lo siento.

—Díselo a ella.

—Se lo diré. —Lucas prueba el martini. Un buen martini debe ser como la superficie de la Luna: frío, seco, inflexible, peligroso. Bello y austero—. Curadlo —añade.

—No podemos.

—Ayudadlo.

—Los daños son catastróficos, Lucas. Le hemos reparado el sistema nervioso autónomo y la capacidad motriz básica, pero tendrá que aprender a caminar, a hablar, a comer. No queda nada de lo que era. Vuelve a ser un niño; un recién nacido. Para ser Lucasinho tendrá que volver a aprenderlo todo. Y no sabemos cómo conseguirlo.

A Lucas le tiembla la mano. Deja la copa, casi intacta.

—Sois AKA. Despedazáis el ADN y lo obligáis a obedeceros. Sacáis vida del corazón de la Luna.

—Lo que necesita está más allá de nuestro alcance, del alcance de cualquiera. A este lado de la Luna.

—¿La universidad tiene algo?

Como mejor se sustenta el poder es sobre tres patas; Adriana Corta se lo enseñó a sus hijos. La Lunar Development Corporation y los Cinco Dragones eran dos pilares del orden lunar; pero había un tercero, el más antiguo y sutil, casi olvidado. La Universidad de Farside. Mientras los robots de Robert Mackenzie removían y fundían el regolito del océano de las Tormentas en busca de tierras raras, al otro lado de la Luna, las máquinas de un consorcio de universidades, desde Caltech hasta Shanghái, tejían cintas de antenas dipolo envueltas en plástico en el cráter Dédalo. Cuando los directivos de Taiyang abandonaron China para unirse a sus robots que excavaban hielo y carbono fósil procedente de cometas en la cuenca del Polo Sur, al otro lado de

la Luna Caltech y el MIT excavaban los túneles y hábitats de una colonia permanente de investigación, libre de la interferencia de los Estados e ideólogos terrestres. Cuando los raíles de levitación magnética de VTO rodearon los polos y llegaron a Farside, la nueva universidad cerró con los Vorontsov un acuerdo de construcción y lanzamiento para misiones en el espacio profundo, al tiempo que incoaba un litigio contra las violentas operaciones ferroviarias de VTO, que afectaban a las delicadas escuchas del observatorio de Dédalo. Se fundó el Tribunal de Clavio, y con él, la nueva Facultad de Derecho de la universidad.

Dos trabajadores de Accra fundaron AKA y erigieron un imperio de luz, vida y agua; al otro lado de la Luna se instalaron laboratorios seguros de patógenos excavados muy por debajo de Poincaré, bien sellados y resguardados. Adriana Corta veía Brasil reducirse bajo ella en las pantallas del vehículo de transferencia; al otro lado de la Luna, los cables orbitales enviaban cápsulas a los almacenes situados bajo el mar Oriental, donde se custodiaba la variedad genética terrestre, lejos y a salvo de la biosfera destrozada del planeta.

Nunca tuvo nombre oficial. «Universidad de Farside» es un apodo, pero como sucede con los mejores mote, es exacto. Sus túneles, tranvías y sistemas de transporte en vacío a alta velocidad cubren el cincuenta por ciento de la cara oculta de la Luna. Según el criterio que se aplique, es la mayor ciudad de los dos mundos o la madre de todos los distritos periféricos. Da la vuelta a la luna con sus coloquios, sus grupos de estudio y sus microcentros de enseñanza, pero su corazón, su hogar, es ciego a la Tierra y mira hacia el universo. Celosa protectora de su riqueza y su independencia, es la principal instalación de investigación científica y tecnológica. Es el tercer poder, el arma oculta. El Águila y los Dragones aprendieron hace mucho a no buscarle las cosquillas.

—Hay innovaciones en la impresión tridimensional de chips proteicos — dice Lousika—. Neuronas artificiales, nanomateriales programables...

—¿Podrían reparar los daños?

—Podrían, pero necesitarían tener acceso a sus recuerdos.

—Pero si está tan deteriorado...

—Los recrearían a partir de la memoria externa. Su familiar, su presencia en la red y la gente. Amigos, parientes...

Lucas Corta mira por la ventana hacia el vívido rosa de la granja tubo Yeboah. Puede sentir el calor húmedo que se le acumula en la piel, notar el sabor de la fecundidad, el empuje de las hojas y la vida. João de Deus y Boa Vista se encuentran bajo el *Mare Fecunditatis*, el mar de la Fecundidad; sería un lugar mucho más adecuado para Twe. Los mares de la Fecundidad, de la Tranquilidad, de la Serenidad. Del Néctar, de los Vapores, de la Lluvia. Mares mentirosos, selenógica y emocionalmente. Mar del Frío, mar de la Crisis, océano de las Tormentas: mares sinceros.

Lucas Corta aprecia el peligro con claridad. ¿Reconocerá al hijo que vuelva de Farside? ¿Qué sabrá Lucasinho de él?

—Quería llevármelo a Meridian —dice.

—No puede ser.

—Es por ellos. ¿Lo entiendes? Todo lo que he hecho ha sido por ellos. Quiero recuperarnos a todos.

—Lo entiendo, Lucas.

—¿Sí? Llévame con él; necesito volver a verlo.

—Por supuesto.

Tras la tercera cucharada de pringue, Luna Corta decide que el sorbete de polvo de té verde, cardamomo y fresa no sabe tan bien como la idea que se había formado.

—Té verde, cardamomo y fresa —dijo el dueño del Kafe Kwae, intentando no quedarse mirándole la cara de Dama Luna.

—Té verde, cardamomo y fresa.

El té verde, el cardamomo y la fresa no pueden combinar bien, pero Luna no está dispuesta a hacérselo ver, de modo que avanza cucharada a cucharada hacia el fondo. Al llegar a la marca de un centímetro se da cuenta de que en el Kafe Kwae no queda nadie más que el dueño y *madrinha* Elis.

Dos cucharadas más y hasta el dueño se ha marchado.

Un enjambre entra volando en el Kafe Kwae, circula como el humo por el techo bajo y se agrupa en una bola zumbante sobre el dispensador de agua. Después entra el loro y se posa en el borde de la barra; lo sigue el mapache de

patas inteligentes, y después aparece su madre con la *anansi* al hombro.

—¿Está bueno? —Lousika Asamoah observa la copa de sorbete y el líquido acumulado en la parte inferior, a la que no puede llegar la cuchara.

—¿Quieres probarlo? —Luna hunde la cuchara en el cono de líquido rosa. Lousika lo prueba.

—Noto fresa, cardamomo... ¿eso es té verde?

—¿Te gusta?

—¿Sinceramente?

—Sinceramente.

—Uno por uno deberían estar buenos...

—... pero juntos no.

Con una mirada de Lousika Asamoah, *madrinha* Elis se levanta y se va.

—¿Puedo tocar tu araña? —pregunta Luna—. ¿Es tramposa, como Anansi?

—No es tramposa, pero tiene poderes especiales. Luna, Lucasinho está mucho peor de lo que creíamos.

—Pero vivirá, ¿verdad?

—Vivirá. Pero lo ha perdido todo. No puede andar; no puede comer por sí mismo ni hablar. *Anjinho*, si te viera, no sabría quién eres. Aquí no podemos ayudarlo. Tiene que irse de Twe.

—¿Adónde?

—A Farside.

Luna ha oído hablar del otro lado de la Luna, donde nunca sale la tierra y en el cielo no hay más que estrellas, pero está tan lejos de los mares de piedra, las cordilleras y los campos de cráteres de su lado como las partes superior e inferior de un pastel de luna. Sabe que el mundo es redondo y que las vías de VTO lo recorren en dos direcciones, pero no tiene esa impresión; tiene la impresión de que es plano, un disco, y para ir al otro lado hay que realizar un viaje mágico a través de la Luna, de millones de metros o puede que milímetros. Lados opuestos de lo mismo, pero más lejanos que la Tierra azul.

—¿En Farside harán que se ponga bien?

—Lo intentarán. No pueden prometer nada.

Luna aparta la copa de sorbete y planta la palma de la mano en la mesa.

—Voy con él.

—Luna...

—Me llevó de la estación de BALTRAN de Lubbock a Boa Vista. Nos seguían los bots, y los Mackenzie, y nos perdimos en el cristal y tuve el escape y me dio su aire y se quedó conmigo todo el tiempo. No voy a dejarlo.

—*Anjinho*...

—Esa es la palabra de mi *pãe*. Es una palabra de los Corta. Yo no quería venir a Twe.

—No entiendo, cariño.

Luna se inclina hacia delante.

—Aquella vez, después de la fiesta de Boa Vista. La fiesta de la carrera lunar, cuando intentaron atacar a *pãe*. Me trajiste a Twe. No quería venir. Mi casa está en Boa Vista.

—En Boa Vista no estabas a salvo, *baa*. Lo sabes. Lo viste.

—Boa Vista es mi casa y Rafa Corta es mi *pãe*. Tengo los cuchillos del tío Carlinhos. Tú eres una Asamoah, pero yo soy una Corta.

Todos los animales la miran. Hasta el enjambre, que Luna capta por la visión periférica, y que parece haber adoptado la forma de un ojo.

—Luna...

Luna paraliza a su madre con una mirada de hielo y acero.

—¿Soy una Corta?

—Claro que sí.

—Soy la verdadera heredera de Corta Hélio —declara.

—No digas eso, Luna.

—Pero lo soy. Por eso llevo esta cara. Es mi cara de Corta. Por eso tengo que ir con Lucasinho. Tengo que cuidar de él. Tengo que cuidar de los Corta. Tengo que ir a Farside.

Lousika Asamoah suspira y aparta la vista; sus vigilantes animales la apartan también.

—Vale, vete con él, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Elis va contigo —dice Lousika.

—Hecho —dice Luna. Se lo esperaba. La *omahene* no se rinde. La *omahene* negocia.

El enjambre vuela hacia la puerta. El ave salta al aire y el mapache se aleja a cuatro patas. La araña tramposa sigue encaramada al hombro de Lousika Asamoah, que sonrío.

—Eres una Corta, pero siempre serás una Asamoah. El Trono Dorado no te pierde de vista.

Van a transportar la cápsula por ferrocarril. La comitiva se reúne en el andén ejecutivo de la estación de Twe. Alexia cuenta veinte: el Águila y sus escoltas; la *omahene* y su cohorte de Blackstar y animales; Luna Corta, que transporta cuidadosamente una caja de madera, con su *madrinha*, y el chico del féretro de soporte vital. El tren de la universidad emerge del túnel, cruza los puntos y se para tras las particiones y compuertas de cristal acorazado. Las escotillas se entrelazan y se abren.

Una mujer alta sale al andén. Está al principio de la edad madura y tiene la piel de color caramelo claro; lleva los tupidos rizos atados y domeñados bajo un llamativo fedora. El familiar proporciona a Alexia todos los detalles: el elegante traje es de Zuckerman and Kraus; bolsillos ribeteados con tela de rayas, botones enormes, hombros anchos, cintura de avispa. El bolso es un Josef cilíndrico de 1949 y los zapatos son unos Oxford con tres centímetros de tacón y cintas en vez de cordones. Lleva un brillo labial de un rojo intenso, y las costuras de las medias parecen de verdad. Su familiar muestra dos círculos intersectados, blanco sobre azul: la Tierra que sale detrás de la Luna, algo que solo se puede ver en órbita sobre la cara oculta. Le proporciona todos los detalles menos su identidad.

—Soy Dakota Kaur Mackenzie, *ghazi* de la Universidad de Farside, Facultad de Biocibernética, Departamento de Neurotecnología.

Una aspiración, un cambio de postura entre los escoltas de Lucas Corta y

los Blackstar de AKA. Una de las preguntas de Alexia encuentra respuesta. Una Mackenzie.

—Doctora Mackenzie... —dice Lucas Corta.

Alexia Corta lo mira. Ha captado el filo de la animadversión de su tono. La *ghazi* también.

—¿Hay algún problema, *senhor* Corta?

—Habría preferido...

—¿A otra persona? —dice la mujer.

Sea lo que sea una *ghazi*, tiene suficiente carisma y autoridad para hacer que todas las demás personas del andén parezcan desgarradas. Mano de Hierro, Águila de la Luna, Trono Dorado: cargos que se ponen los niños para jugar a los superhéroes.

—Sí —dice Lucas.

—Será consciente de que todos los *ghazis* de la universidad nos atenemos a un juramento solemne. Independencia, imparcialidad, dedicación, disciplina.

—Soy consciente de ello, doctora Mackenzie.

—¿Se cuestiona mi lealtad, *senhor* Corta?

Todos los escoltas y Blackstar se ponen rígidos. Las manos se acercan a las fundas ocultas. Los animales de Lousika Asamoah se revuelven.

—Maninho, dame toda la información sobre los *ghazis* —murmura Alexia quedamente a su familiar.

—*Un ghazi es un caballero-erudito de la Universidad de Farside —susurra Maninho al oído de Alexia—. Cada uno es el agente de un departamento, y están autorizados a emprender cualquier acción que consideren necesaria para proteger la integridad y la independencia de su sección. La doctora Mackenzie tiene capacidad para matar a todos los humanos y animales presentes.*

—¿Con ese traje? —subvocaliza Alexia.

—Puede quitárselo en un instante —dice Maninho—. Y puede leer todo lo que me dices por los micromovimientos de los músculos de tu mandíbula.

—Debe darse cuenta de que es mi hijo —dice Lucas Corta.

—Recibirá lo mejor que puedan darle nuestras investigaciones y aptitudes —dice Dakota Kaur Mackenzie—. No lo dude, Lucas.

Maninho ha llenado la lentilla de Alexia de artículos sobre los *ghazis* de Farside: ninjas académicos con licencia para matar, superhéroes intelectuales, pero lo que más le interesa es lo que observa en las emociones contenidas de Lucas Corta. Están tan profundamente enterradas y tan protegidas como las ciudades lunares, pero una serie de detalles delatan desconfianza, desesperación, esperanza, cólera anquilosada. Está en manos de esa Mackenzie.

—Recompóngalo. Devuélvame.

—Lo haré, Lucas.

Se disipan las tensiones; se exhalan las respiraciones contenidas; las manos se apartan de los cuchillos. El mapache se sienta y se lame; el ave se esponja y se acicala las plumas.

—Gracias.

El equipo Blackstar de Lousika Asamoah maniobra con la cápsula para introducirla en el vagón.

—Yo también voy —dice Luna Corta, y pasa junto a la *ghazi*.

Lousika Asamoah pierde la compostura y corre a abrazar a su hija.

—Luna, Luna, Luna. —Le hunde la cara en el pelo—. Estarás bien, estarás a salvo, ¿vale? Quiero hablar contigo todos los días, ¿vale? —Se dirige a *madrinha* Elis—. Quiero informes diarios.

La *madrinha* inclina la cabeza y entra con Luna en el tren.

—¿Alguien más? —pregunta la *ghazi*.

Las escotillas se cierran herméticamente; el tren se desacopla y, en un abrir y cerrar de ojos, ha entrado en el túnel.

Alexia se encuentra con que vuelve a respirar.

—Eso que te has hecho en la cara... —dice la *ghazi*. El tren acelera hasta alcanzar la velocidad de crucero. Un resplandor fugaz; se cruzan con un tren programado que llega de João de Deus. No hay rebufa, no hay estruendo, no



hay oscilación; el vagón se desplaza por la línea de levitación magnética en un vacío perfecto. *Madrinha* Elis ya está dormida en el compartimento delantero, junto a Lucasinho Corta—. Me gusta.

Luna hace un puchero. *Madrinha* Elis suelta un ronquido estremecedor, se despierta sobresaltada y vuelve a quedarse dormida.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta Dakota. La caja que contiene los cuchillos de los Corta reposa en el banco tapizado, entre Dakota y Luna.

—No hace falta que me des conversación. Ya me entretengo yo sola.

—Me interesa; eso es todo. ¿Sabes?, en una sociedad que no da valor a los objetos, has decidido traerte esto.

—¿De verdad quieres saber qué hay en la caja?

—De verdad —dice Dakota. Luna abre la caja y observa la reacción de su acompañante. Ni se inmuta—. Es la segunda vez que me impresionas, Luna Corta.

—Son los cuchillos de combate de los Corta.

—Unas piezas excepcionales —dice Dakota Mackenzie—. Hierro de meteorito.

—Sí —dice Luna, irritada por no poder explicarlo ella—. Extraído de las profundidades del cráter Langrenus. La Hermandad de los Señores del Ahora los custodió hasta que apareciera un Corta osado, de gran corazón, sin avaricia ni cobardía, dispuesto a luchar por la familia y defenderla valerosamente. Esa soy yo.

—Desde luego —dice Dakota Mackenzie—. ¿Me dejas probar uno?

—No —dice Luna con tal fiereza que Dakota se encoge—. Ningún Mackenzie puede volver a tocar uno.

—Has dicho «volver a». ¿Puedo saber por qué?

—El último Mackenzie que los tocó mató a mi tío. —Ahora Luna habla en *santinho*—: Tu primo Denny Mackenzie los robó y mató a mi tío Carlinhos. Después robasteis João de Deus.

—No estoy emparentada con Denny Mackenzie —responde Dakota en perfecto portugués de João de Deus. Luna bufá—. Soy *ghazi* de la Universidad

de Farside.

Luna se recuesta en el asiento. Se cruzan con otro tren.

—¿Y qué es un *ghazi*?

—Hace mucho, en la Universidad de Farside se dieron cuenta de que siempre estarían divididos en facciones políticas.

—Soy demasiado mayor para los cuentos.

—¿Tú crees?

—Sí. Y lo sé todo sobre las facciones políticas.

—Los Dragones, la vieja Lunar Development Corporation y la nueva Lunar Mandate Authority, las naciones terrestres... Quieren controlarnos y, lo que es más importante, controlar nuestro trabajo. Hemos desarrollado técnicas y tecnologías increíblemente valiosas. La universidad tiene tres fuentes de financiación principales: las cuotas de los alumnos, las licencias de nuestras patentes, y las donaciones de particulares y consorcios.

—Conozco los consorcios —dice Luna—. Y aún no has contestado a mi pregunta.

Dakota sonrío encantada.

—Los *ghazis* defendemos la Universidad de Farside de aquellos que quieren destruirla, controlarla, corromperla o robar sus secretos. Al principio contratábamos mercenarios o traíamos seguridad de la Tierra, pero nos dimos cuenta de que su calidad dejaba mucho que desear y su lealtad era cuestionable.

—Siempre son más eficaces los leales —dice Luna.

—Eso creemos. Hay noventa y nueve *ghazis*, porque nos gusta el número. Representamos cada uno de nuestros departamentos y facultades. Todos somos lunarios. El cargo dura diez años, durante los cuales no podemos establecer contratos amorosos ni reproducirnos. Renunciamos a nuestra familia y nuestra historia, y nos comprometemos con la universidad mediante un juramento solemne. Se presentan muchos; los elegidos son muy pocos. El proceso de selección es muy severo. Todos nosotros tenemos como mínimo un doctorado, y muchos están más preparados. ¿Cómo vamos a defender la universidad si no formamos parte de su vida intelectual? Seríamos mercenarios. Policías.

—¿Policías?

—Una institución terrestre —explica Dakota—. Nuestro entrenamiento es muy riguroso, y dura por lo menos tanto como nuestros estudios académicos. Todos aprendemos a utilizar un arma y nos instruimos en un arte marcial sin nombre. Vuestros *zashitnik* y *blades* se jactan de haber ido a la Escuela de las Siete Campanas. Es buena, pero nuestros *ghazis* aprenden más. Nos enseñan a observar minuciosamente, las sutilezas de la manipulación psicológica, cómo investigar, cómo recopilar información y realizar operaciones encubiertas. Aprendemos los principales idiomas de la Luna, hablándolos, no solo estudiándolos, y reforzamos nuestras aptitudes psicológicas y de rendimiento. Aprendemos programación, hackeo, ingeniería de sistemas. No existe un vehículo en toda la Luna ni por encima de ella que no podamos controlar, lo que incluye este tren. Aprendemos a diseñar narcóticos personalizados, venenos, alucinógenos. Nos enseñan a seducir, a dejarnos seducir, a usar el sexo como arma con cualquiera, de cualquier género o sin él. Puedo sobrevivir siete minutos sin oxígeno. En todos los sentidos, Luna Corta, soy diabólica.

Al este se alzan las pendientes de la Meseta Baja, que sumen el viaducto en alargadas sombras vespertinas.

—¿Me enseñas tu cuchillo? —pregunta Luna.

—Claro. —Dakota se abre la chaqueta con un movimiento fluido. Dos hojas, en vainas de desenfundado rápido—. ¿Quieres probarlos?

Luna niega con la cabeza.

—No estaría bien. Son tus cuchillos.

Dakota se cierra la chaqueta. La luz inunda las ventanas alargadas cuando el tren sale del túnel de Tve a la línea Ecuador Uno.

—¿Has matado alguna vez a alguien? —pregunta Luna.

—A nadie. Por lo general, los *ghazis* no entramos en acción. Sobre todo combatimos el espionaje industrial, y es más eficaz sacar la trama a la luz y pasar por los tribunales de la Luna y la Tierra. Estamos forrados. Tenemos autorización para usar la fuerza letal si lo consideramos necesario, pero casi siempre nos limitamos a asustar a la gente.

—¿Suele funcionar?

—He asustado a tu madre. Y a tu tío.

Luna medita sobre ello.

—Sí. Ya veo. Y a los terráqueos, y a la Mano de Hierro de mi tío.

—Pero no a Luna Corta.

—Recorrí el cristal con Lucasinho. Ahí sí que me asusté.

—No puedo presumir de haber hecho lo mismo.

—Y creo que lo que asustaba a mi tío era dejar a Lucasinho en manos de una Mackenzie.

—Todos los *ghazis* renunciamos a nuestras antiguas familias en el juramento.

—Mi tío Lucas dice que la familia lo es todo. Quien no tiene familia no es nada.

—Tengo familia —dice Dakota—. Una familia enorme y maravillosa que me quiere y me cuida, y haría cualquier cosa por protegerla. Simplemente, es una clase de familia distinta. Cada cual elige su familia.

Luna recuerda el bar, con su madre, los animales y el malogrado sorbete. «Soy la heredera de Corta Hélio», había dicho. La *ghazi* tiene razón: ella ha elegido a su familia.

El tren desciende desde el continente hacia el suelo oscuro del mar de la Fecundidad, el terreno de los Corta. La Ecuador Uno transcurre por el centro del cinturón solar, líneas blancas en un negro más negro aún que el basalto oscuro del lecho marino. Luna atisba a lo lejos los pórticos elevados de los recolectores de helio-3 que vuelven para someterse a mantenimiento, los cuernos de una estación del BALTRAN, la torre de la terminal del ciclador de Fecundidad. Aparece y desaparece de su visión el ejército de vehículos de servicio que reconstruyen Boa Vista. Después, las parabólicas y los paneles solares, las esclusas, compuertas y otros elementos superficiales de João de Deus. Y ahora Luna Corta está en un lugar que no había visitado nunca; ha dejado atrás los puntos de referencia de su vida al salir del mar de la Fecundidad por el este, rodeando el limbo de la Luna para pasar al otro lado.

## 4

—Para —ordena al coche—. Para, para, por favor.

El coche aparca a un lado de la carretera, cerca de la barandilla de madera.

—¿Y ahora? —pregunta Melinda, su enlace. Melinda ha sido una acompañante adusta desde que han salido de la ciudad, mientras ella volvía la espalda a las nubes en movimiento, los chaparrones, los repentinos espacios iluminados por el sol, los árboles y la autopista, para refugiarse en la lentilla y en el universo en red de los demás. Su misión es devolver a casa a la mujer de la Luna, ayudarla a asentarse, a regresar.

—Mira.

Los alces se apartan de la sombra de los árboles, dos hembras y una cría que parpadean, dubitativas, mientras salen a plena luz. Cruzan el prado en dirección a la carretera; la cría va arrimada a su madre. El resto de la manada se entrevé en la penumbra boscosa; desconfía del movimiento. La partida de exploración salta una barandilla caída y se detiene en el camino de tierra con la cabeza elevada, moviendo las aletas de la nariz.

Ordena a la ventanilla que baje. Nota la luz solar directa en el brazo cuando lo apoya en la abertura. Puede olerlos. Puede oler el viejo estiércol seco y la tierra del camino; puede oler la lluvia reciente, las resinas, las hojas, el río, la luz, el aire del valle.

—Cuidado con el sol —dice Melinda—. Sí, ya lo sé, quieres disfrutar del clima, pero te quemas con mucha facilidad.

—Eh —susurra. Los alces mueven la cabeza hacia ella—. ¿Cómo estáis?

La madre se sitúa entre la cría y el coche. Detrás de ella, la cría y la otra hembra se apartan de la carretera y bajan por la zanja de drenaje para luego subir hacia los árboles. La madre espera hasta estar segura de que ni el coche ni sus pasajeras suponen ninguna amenaza, y después se dirige al trote hacia los árboles.

—Todos los años bajan de las montañas por esta época. Ahí arriba perciben el principio del otoño. A veces llegan hasta la casa; son tan mansos

que si se dejan manzanas en la barandilla del porche, se acercan a comérselas aunque haya gente delante.

Sube la ventanilla. El coche arranca. La carretera es una serie de giros bruscos de noventa grados que obedecen a los antiguos lindes de las haciendas. Las haciendas desaparecieron hace mucho, y el bosque va recuperándolas verano tras verano. El camino de tierra se convierte en una pareja de surcos, y después, en un carril verde. Giran para cruzar un puente de madera desvencijado; la suspensión del coche oscila tanto que Melinda pierde las ganas de socializar. Al otro lado hay un sendero flanqueado por árboles, al que los niños llaman la Ciudad Fantasma. De las ramas cuelgan los despojos de una docena de corrientes espirituales: los aros rotos de atrapasueños, jirones de bandas de oración budistas, los restos de una manga de viento japonesa en forma de pez. Oye la reverberación hueca de un móvil de bambú. No hay muchas agujas en las ramas; la lenta sequía es imparable. El coche toma la última curva a la derecha y la casa está frente a ella, en un amasijo de construcciones auxiliares y cobertizos, en el ancho zócalo con vistas a los senderos que recorren el valle.

Y ahí llegan los perros. Uno que no conoce corre a saludar al coche, ladrando de emoción ciega; el viejo Canaan se acerca lentamente con las patas rígidas y la cabeza hacia atrás, emitiendo sonidos agudos. Y la casa, la casa, tímidamente oculta tras las galerías, los porches y el ceño del tejado. El pluviómetro sujeto a la chimenea, con la marca más alta en la parte superior de la ventana de su antiguo dormitorio. Musgo y tejas de madera grises. La veleta con forma de orca.

Casi esperaba ver banderolas, cintas amarillas que llegaran desde la 101, a su familia formando una línea con los brazos entrelazados. Los perros acompañan al coche pasando junto a los columpios, con las mejores vistas de los dos mundos, de las cumbres que rodean el valle. Se columpiaba con Kessie mientras los alces avanzaban con precaución río abajo, con la luz de la tarde reflejada en la nieve. Ya no nieva. Hace muchos años que no nieva. El coche se detiene frente al porche y la sobresaltan unas explosiones. Nubes de humo, golpes de sonido. Fiuuu, ¡pum! Los fuegos artificiales son una bienvenida para héroes.

Le parece ver una figura que dobla apresuradamente la esquina de la veranda; quien sea que estuviera encendiendo los fuegos artificiales. Después

se abren las puertas de par en par y ahí están todos. Lessie y sus hijas Ocean y Weavyr. Skyler está de camino desde Yakarta. No hay ni rastro de mamá. Bajan corriendo los escalones para rodear el coche; manos, saludos, voces y perros hechos un manojito de nervios.

Se abre la portezuela. Melinda saca la silla de ruedas y la despliega. Una docena de manos compiten por coger los mangos de la silla y empujarla hacia la rampa. La instaló ella para mamá.

—¡Es eléctrica! —grita, pero los demás se limitan a gritar más alto y empujarla corriendo hasta la veranda. Huele a leña, a arbustos de pachulí y a ajo. Todo el mundo chilla, todo el mundo hace gestos con las manos, todo el mundo le pregunta si puede traerle algo, todo el mundo habla o intenta enseñarle cosas.

Hasta Melinda sonrío.

—Eh, eh. —Levanta las manos—. No es vuestro turno de hablar. ¡Es mi turno de hablar! ¡Vuelvo de la Luna!

Marina no creía que la alegría pudiera matarla. Un tropezón con la fuerte gravedad, una miocarditis, un derrame, alguna enfermedad terrestre que le convirtiera los pulmones en una mucosidad; no el puro éxtasis de una taza de café.

—Dos años —susurra—. ¡Dos años!

El primer trago es la espada de un arcángel que le atraviesa la lengua, el sentido del olfato, las glándulas salivares, la sensación de espacio, tiempo y armonía. El segundo trago es el estilete de obsidiana dentada de Satán. Ácido, amargo, el puñetazo de la cafeína en el corazón, el despertar de los nervios y la vaga paranoia.

—Dios, cómo te he echado de menos.

—¿Qué bebíais ahí arriba?

Marina está sentada junto a Ocean en la veranda norte, el lado de la casa que da a las montañas. Un dispositivo ultrasónico ahuyenta a los insectos.

—Té —responde—. Té a la menta.

—¡Jesús!

Marina esperaba ver la casa ampliada, mejorada, incluso reparada y renovada, ver alguna prueba del dinero que había enviado desde la Luna. El musgo es más denso; las cañerías están más atascadas; las ventanas están más sueltas; el tejado tiene más inclinación de la que recordaba. Y la red sigue funcionando mal. Ha sentido la punzada del resentimiento cuando Ocean y Marina la acompañaban en el recorrido por la casa: había entrado en ese estado de la vida de las casas en que se convierten en un mausoleo de sí mismas; después Ocean abrió la puerta de la habitación de mamá y Marina vio adónde había ido el dinero.

La cama de soporte vital, la maquinaria de supervisión y terapia, el esbelto bot que recorría los desgastados tablones del suelo eran de calidad lunar.

—¿Podrías...? —Ocean captó la insinuación, pero Weavyr, de diez años, no reconocía las sutilezas de los adultos—. ¿Podrías dejarnos solas un momento?

Marina hizo maniobrar la silla de ruedas hasta situarla en el estrecho espacio comprendido entre la cama y la pared. Al otro lado de la cama estaba la silla de ruedas de su madre. Los brazos y el asiento estaban plateados de polvo. Bombas que se accionaban, tubos que se flexionaban.

—Mamá...

Pensó que su madre estaba dormida y empezó a apartarse, pero entonces se elevó la cabecera de la cama. Su madre se tumbó de espaldas y apuntó un ojo hacia ella.

—Mi pequeña Mai...

Marina tenía la esperanza de que no le dedicara aquel mote infantil.

—Mamá...

—Estás en mi silla. ¿Qué haces en mi silla?

—Es mía. La tuya está ahí.

—Ah, sí. ¿Qué haces en mi silla?

—He vuelto, mamá. He vuelto para quedarme.

—Estabas en la universidad...



—Y después he estado fuera. En la Luna, mamá.

La anciana ríe, con un sonido crepitante de pulmones fundidos, y agita una mano para espantar semejante ridiculez. Es minúscula en la cama, una niña hecha con cuero. Los tubos son lo peor. Marina no es capaz más que de mirar de reojo los lugares en que se introducen en el cuerpo de su madre. De los brazos de los dispositivos médicos cuelgan banderitas, amuletos chinos bordados y ramilletes de salvia mustia, grises de polvo. Pachulí e incienso; los perfumes de media docena de tarros de aceites esenciales.

Marina le coge la mano entre las suyas. Es tan ligera y reseca como un nido de avispas. Su madre sonrío.

—Pero ya he vuelto, mamá. He vuelto aquí a recuperarme. Me he quedado muy débil en la Luna. Estaba al límite. No pienso pasarme, forzar las cosas. Dicen que tardaré un mes en poder ponerme de pie. Pero ¿sabes qué? Que les den; voy a darle un abrazo a mi madre.

Había ensayado mentalmente el movimiento en el coche, mientras subían desde las instalaciones. Se prepara, desplaza el peso para oscilar con más facilidad, pliega los reposapiés y apoya el peso en los pies. Concéntrate en el reparto de fuerzas. Muévete desde el punto central. Y levántate. Y el suelo extiende una mano y tira de ella. Le flaquean los brazos; se le doblan las piernas. Caee de lado en la cama y se tumba boca arriba junto a su madre.

—No se me ha dado muy bien. —Se esfuerza por respirar. Su propio peso le aplasta los pulmones. Vuelve a colocarse de lado. Algo se desgarrá, se desencaja—. Hola, mamá.

—Hola, Mai.

Sonríe. Le huelen los dientes como si estuviera pudriéndose por dentro.

—Parece que me he quedado varada.

Kessie la descubre en apuros y dá la voz de alarma. Varias manos familiares devuelven a Marina a la silla.

—¿Café? —propone Kessie.

—Oh, Dios, no —dice Marina—. No puedo con otro. Voy a pasarme una semana sin dormir.

—¿Vino?

—Vengo de una cultura de cócteles —dice Marina.

Kessie coge una botella y la abre. Corcho: el estallido resbaladizo que con tanto cariño recuerda. Entrechocar de copas; el vino tinto fluye con rapidez en la gravedad terrestre.

—Okanaga —lee Marina en la etiqueta—. No sabía que hubiera viñedos tan al norte. —Saborea el primer trago; desenrolla el placer como una bobina de seda exquisita—. Es otra cosa que no tenemos en la Luna.

—¿Qué tenéis? —pregunta Kessie.

Las sombras van apoderándose del valle. La última luz del oeste se refleja en las cumbres.

—Acabo de decirlo: bebemos cócteles. No va a mejorar, ¿verdad?

—No. Pero tampoco va a empeorar mientras sigamos el programa. No paran de subir más y más el precio de los medicamentos. El mercado manda.

—Debería haberme quedado en la Luna.

—No, no es que...

Un pie se arrastra contra la arena que cubre el porche. Ocean está en el umbral.

—¿Puedo hacerte preguntas sobre la Luna, Marina?

—Puedes preguntarme lo que quieras, aunque a lo mejor no contesto a todo.

Ocean acerca una silla plegable.

—¿Te duele? Quiero decir, estar aquí otra vez.

—Duele de coj... —Marina se interrumpe. Ocean tiene catorce años, edad de usar tacos, pero su madre está delante—. Duele todo el tiempo. Todo el cuerpo. Imagina que llevas a hombros a seis como tú, todo el rato. Vayas adonde vayas. Y no se bajan nunca. Es así. Pero se me pasará; mis viejos huesos terrestres siguen siendo fuertes. Los músculos volverán a aprender. Tengo un programa de fisioterapia. Puede que necesite ayuda.

—Yo te ayudo. ¿Sabes que tienes un acento muy raro?

—¿Sí?

—Es como si hablaras normal pero por la nariz, y también hay un montón de tonos extraños.

Marina lo piensa un momento.

—Se habla un idioma común llamada «globo». Es una versión simplificada del inglés, pero tiene una pronunciación especial para que lo entiendan las máquinas, independientemente del acento nativo. En la Luna tenemos montones de acentos e idiomas. Hablo inglés, globo y un poco de portugués.

—Di algo en portugués.

—*A última vez que lhe vi, você ainda era criança.*

—¿Qué significa?

—Búscalos.

Ocean hace un mohín, pero la curiosidad puede más.

—¿Es verdad que allí vuelan?

—Se puede volar si se quiere. Las alas se llevan un buen bocado del presupuesto de carbono, pero no parece que los voladores quieran hacer nada más.

—Si pudiera volar, creo que no querría hacer nada más. Volaría por encima de las montañas hiciera el tiempo que hiciera.

—Esa es la pega. Tú tienes sitios a los que volar, pero no puedes. Ahí arriba sí que pueden, pero no tienen ningún sitio al que volar. De un extremo de la ciudad al otro, arriba y abajo. Meridian es grande, pero sigue siendo una jaula. El cielo artificial está bastante logrado, pero como choques con él, te rompes las alas.

La oscuridad ha alcanzado la cima de las montañas y, de repente, Marina tiene frío en el porche.

—Está saliendo la luna —dice Kessie—. Si traigo el telescopio, puedes enseñarnos todos los sitios en los que has estado.

—Déjalo; tengo que entrar. Está refrescando y ha sido un día muy largo.

No puede mirar la luna. No puede ver las luces ahí arriba sin pensar en las vidas que hay detrás, en las vidas que ha abandonado. La luna es un ojo que la

mira con reproche, dolido, por mucho que se esconda en los valles del Olimpo. Has huido, Marina Calzaghe.

—Te echo una mano —dice Ocean.

Empuja a Marina, cruzando los tablones que crujen. Marina está de nuevo en su antigua habitación; la maquinaria brillante del paquete de soporte vital no encaja con los pósters desvaídos, los peluches polvorientos, los estantes de libros y cómics. Vuelve a tener quince años. Da igual a qué edad se vuelva a la casa familiar; siempre se tienen quince años. La colcha con estampado de abetos, la manta que imita la piel de un lobo. Ocean va a buscar agua para que se tome todas las píldoras y fagos.

—A la de una, a la de dos, a la de tres —dice Marina, y con ayuda de su sobrina, se mete en la cama.

Se queda despierta entre las máquinas. Está agotada hasta el alma, hasta la médula de los huesos, demasiado para dormir. Siente la luna ahí arriba, siente su calor, siente el tirón de su gravedad como una marea en la sangre. Por fin está en casa. Lo odia.

## 5

El chaval ha vuelto otra vez. Van tres días seguidos. Robson lo capta con el rabillo del ojo, y el reconocimiento lo distrae. Realiza mal el tictac y resbala.

No es como caer tres kilómetros desde el tejado de Reina del Sur. En Teófilo no hay ninguna caída de más de cien metros, pero los espacios están atestados de cables y maquinaria. Se agarra por los pelos a una barandilla.

Mira de reojo para ver si el chaval sigue mirando. Sí; lo mira como quien no tiene nada más interesante que mirar, sentado en la barandilla con las piernas separadas y chupando un tubo de helado.

Qué chaval más raro. Robson se ha puesto hoy un pantalón corto con vuelta de color caqui y unas zapatillas de lona. No lleva camiseta porque hace mucho calor ahí arriba entre las máquinas, y las camisas que se llevan ahora dificultan los movimientos. El chaval lleva la ropa lunar típica: leggings y sudadera, todo en blanco. Se ha subido la capucha y el pelo negro le tapa un ojo. La piel de su familiar parece compuesta de alas negras brillantes.

Tres días seguidos mirándolo sin mirarlo. Así que este movimiento tiene que ser certero, y tiene que hacerlo como quien no quiere la cosa. Robson respira para ahuyentar el martilleo del corazón, hace acopio de energía y la lanza al movimiento. Esta vez le sale bien el tictac, y rebota paredes arriba por un conducto de aire hasta llegar a la barandilla de una plataforma de mantenimiento, pasa por encima del conducto con una voltereta hacia atrás, alcanza la pared con los dedos de las manos y los pies en los lugares adecuados y se impulsa hacia arriba, hacia la maraña de conducciones. Las esquiva por arriba, por abajo, las rodea, pasa entre ellas.

Perfecto.

Se posa en una gruesa cañería, veinte metros más arriba. El rey del *parkour* de Teófilo. Mira hacia abajo, entre los conductos y tuberías, y ve el ojo que no está cubierto de pelo mirando hacia arriba, hacia él. Robson hace un gesto con la cabeza. El chaval aparta la vista.

Robson aluniza como un superhéroe veinte metros más abajo.

—Hola. —La voz del chaval.

Robson se detiene y se pasa la mano por el pelo.

—¿Qué?

—Nada. ¿Qué haces?

—Voy al *banya*. Tengo que lavarme.

—Oh —dice el chaval—. Vale. Quería tomar un té y he pensado que igual conoces algún sitio que esté bien.

—¿No llevas mucho tiempo en Teófilo?

—Un par de días.

—Hay una tetería en el *banya* —dice Robson—. Ven si quieres. Yo tengo que lavarme.

El chaval se levanta de la barandilla y Robson se fija en él. Tiene la piel tan pálida que es casi transparente. Unos ojazos negros. Una buena cabellera, de esas con las que se pueden hacer cosas.

—Haider —dice el chaval, y señala a su familiar con la cabeza—. Este es Solveig.

—Robson —dice Robson, y guiña un ojo a su familiar—. Este es Joker. Entonces, ¿te vienes?

Alexia oye las voces al otro lado de las puertas de piedra. La Lunar Mandate Authority va a dar comienzo a la sesión. Lucas agarra el bastón con más fuerza. Alexia lo sujeta del brazo.

—Quiero entrar por mi propio pie —dice Lucas. Alexia le suelta el codo—. Pero tienes que anunciarme. —Una sonrisa le cruza el rostro. Lucas Corta dosifica las sonrisas como si fueran un bien muy preciado, pero cuando muestra una, se transforma. Irradia más alegría que la luz del sol.

—Claro, *senhor* Corta.

Alexia abre la puerta doble del Pabellón de la Luna Nueva y entra en el anfiteatro. Camina con seguridad, llamando la atención; lo tiene muy bien ensayado. Un paso más fuerte de lo necesario puede lanzar a un Jo Moonbeam por los aires; alunizará, humillado, un metro y medio más allá. En las calles de Meridian se puede ver volar a los terráqueos, con la cara tensa por la vergüenza. No a esta terráquea: se mueve correctamente, a la manera de la

Luna; se enorgullece de ello. Observa los rostros de las gradas, disfrutando de la disciplina de aprendérselos.

—Ha llegado el Águila —anuncia.

Lucas cruza las puertas con fuerza, con la cabeza alta y la espalda recta, una roca humana con la masa muscular que tuvo que adquirir para sobrevivir en la Tierra, pero Alexia sabe del dolor que le atenaza hasta la última articulación y ligamento. La Tierra lo dañó profundamente. Se le detuvo el corazón durante el lanzamiento a la órbita; estuvo muerto durante ocho minutos. La Tierra es dura. «La Luna es más dura», piensa Alexia Corta.

—Gracias, *Mão de Ferro*.

El viejo apodo familiar; ahora es el nombre de su cargo. Mano de Hierro. Ayudante personal del Águila de la Luna.

«¿Por qué yo?», había preguntado Alexia.

«Porque eres la forastera —le había contestado Lucas en el despacho del Águila, con las impresionantes vistas del intercambiador de Meridian. La moqueta conservaba fantasmas de las manchas de sangre de sus predecesores —. Solo tú eres incorruptible.»

Alexia toma asiento en el nivel superior, el mejor para estudiar a los honorables delegados. Los asientos están distribuidos por facciones. Los delegados de las naciones estado terrestres están en el nivel inferior, a la izquierda. Los europeos, los saudíes, la pequeña delegación estadounidense, la enorme delegación china. Hay un asiento vacío en el sector estadounidense. Alexia hace memoria: James F. Cockburn, del Comité Central. En el nivel inferior, a la derecha, están las corporaciones, los fondos de inversión riesgo, los bancos inversionistas, los liquidadores de activos. La gente que invirtió en la invasión de la Luna.

En el segundo nivel están los abogados, muy pulcros con su ropa recién impresa. Frente a ellos están los miembros del Pabellón de la Liebre Blanca, dispares, caóticos, mal vestidos. Son el consejo privado del Águila de la Luna, la élite de todo el satélite, desde el Tribunal de Clavio hasta la Universidad de Farside. Ese es un chef famoso. La Liebre Blanca solo tiene capacidad para proporcionar asesoramiento, ánimos y advertencias. ¿Qué sabe de eso un chef famoso?

Observa el más alto de los tres niveles. Ahí están sentados los Vorontsov, los Dragones más reservados, que han salido de las sombras para mostrarse a la luz del nuevo orden. Las armas son el poder, tanto en Barra de Tijuca como en el mar de la Tranquilidad. Jóvenes de ambos sexos impecables y agresivos, tatuados, musculosos, un cuchillo dentro de cada traje.

¿Dónde está Yevgueni? Ahí, en los asientos de abajo, justo delante del Águila de la Luna. El consejero delegado de VTO Luna no podría desentonar más entre los trajes elegantes y los pómulos marcados: una gran mole barbuda vestida de precioso brocado pasado de moda. A Alexia siempre le ha dado la impresión de ser un rehén. Junto a él están los delegados de los otros Dragones: AKA, Taiyang, Mackenzie Metals, Mackenzie Helium. Un representante de cada uno. Así es el nuevo orden.

Lucas Corta observa las hileras de caras.

—Mackenzie Helium ha cometido un acto atroz en João de Deus. Solicito una acción punitiva inmediata.

—¿Qué propone, señor Corta? —Anselmo Reyes, del fondo de capital riesgo Davenant. Alguien importante.

—Contratos que garanticen la seguridad de todos los habitantes de João de Deus —dice Lucas.

—Incluido su hijo —dice Anselmo Reyes.

—Por supuesto. Respaldados con la amenaza de ataques contra las plantas y el material de Mackenzie Helium; es lo único que puede hacer desistir a Bryce Mackenzie.

—Protesto —dice Raúl Jesús Mackenzie, el delegado de Mackenzie Helium en la LMA. Uno de los hijos adoptivos de Bryce Mackenzie. Alexia lleva suficiente tiempo en la Luna para entender qué significa—. No es misión de la LMA satisfacer rencillas personales. Y ruego a este pabellón que repare en la fuerte sed de venganza del señor Corta, que se creyó legitimado para posponer esta reunión hasta después de haberse llevado a toda su delegación a Twe y haber enviado a su hijo a Farside.

—Al menos soy un padre que se preocupa por su hijo —dice Lucas. Raúl Jesús Mackenzie se sacude la pulla con un encogimiento de hombros.

—Pues espero que ese aplazamiento le haya dado tiempo para



reconsiderar su propuesta original a este pabellón, que era un ataque inmediato con un acelerador electromagnético contra las instalaciones de almacenamiento de Mackenzie Helium en el mar Conocido. A una distancia prudencial de su querida João de Deus.

Murmullos a lo largo de los bancos; cabezas que se juntan.

—¿Durante cuánto tiempo más seguirá el delegado de Mackenzie Helium insultando a este pabellón con las fantasías paranoides de Bryce Mackenzie? —dice Lucas, pero Alexia ya está estudiando los niveles en busca de traidores.

Pálido de rabia en el tranvía que lo llevaba a Twe, Lucas pretendía atacar con aceleradores electromagnéticos todas las líneas de samba operativas del hemisferio occidental. Alexia lo convenció para que se conformara con una demostración simbólica. Una instalación automatizada, sin pérdida de vidas. La superioridad moral. Lo tuvo entretenido ideando una solución para el ataque hasta llegar a Twe y ver a Lucasinho. Alexia ve que Yevgueni Vorontsov mira hacia el nivel superior. Esas son las manos que apuntan con la pistola espacial.

—Ciento doce muertes en João de Deus —continúa Lucas—. Vidas. Personas. Seres humanos. No estoy dispuesto a abandonarlos a los caprichos de Bryce Mackenzie. Que siga gobernando en João de Deus es una afrenta contra todos los principios de nuestra civilización.

—Vamos, *senhor* Corta —dice Raúl Jesús, destilando veneno—. Usted no es quién para sacar a colación esos principios.

Alexia contiene el aliento. Dicen que en la Luna no hay fantasmas, pero hay uno que acecha ese foro.

—Si desea acusarme, tenga el valor de decírmelo a la cara —dice Lucas.

—*Ironfall*, señor Corta.

Alexia cierra los ojos.

Vuelve a ver a Valeri Vorontsov en la burbuja de observación de la *Santos Pedro y Pablo*; dedos como picos que se estiran hacia ella. Nunca olvidará sus palabras: «¿Crees que los dos mundos necesitan relámpagos?».

—El Tribunal de Clavio me ha exonerado de cualquier participación en la

destrucción de Crucible.

—No está demostrado, señor Corta —dice Monique Bertin, la segunda del triunvirato de la LMA. Alexia dirige su atención a Wang Yongqing.

—Eso carece de significado según el derecho lunar —dice Lucas—. ¿La junta rechaza mi solicitud?

La señora Wang toma la palabra:

—La misión de la Lunar Mandate Authority consiste en mantener la producción de recursos que no se encuentran en la Tierra. No podemos permitir ninguna acción que ponga en peligro el suministro de activos.

—Si es así como llama a los trapapolvos honrados y trabajadores, señora Wang, son activos lo que se ve amenazado.

Pero Lucas Corta ha perdido y algún miembro reciente ya ha propuesto cerrar la sesión. Los delegados se levantan de sus asientos; los abogados se acercan para debatir con ellos; los Dragones charlan o se muestran cariacontecidos, según sus animosidades; todos emigran a las escaleras, las puertas y los vestíbulos.

—Yevgueni Grigórievich. —El anciano patriarca de los Vorontsov se detiene. Desde la hilera superior, sus acompañantes lo observan. Alexia detecta un destello de comunicación entre Vorontsov y Corta, y después sube a trompicones las escaleras al encuentro de los suyos.

Alexia espera a que el último delegado haya abandonado la Cámara del Consejo antes de acudir junto a Lucas. Está demasiado quieto y erguido, inamovible, sin delatar la furia que Alexia sabe que bulle en su interior, ya que también bulle en el suyo.

—Muy pronto —dice a su Mano de Hierro—. Primero se vuelven contra mí; después se volverán los unos contra los otros. Va a haber cuchillos, Alexia.

Ariel Corta aprieta los dientes y trata de enderezar el ligero atrapado bajo el muslo.

Putos mil novecientos putos cuarenta.

Los trajes son elegantes; los vestidos, despampanantes; los sombreros, gloriosos. Las medias son ridículas. No están creadas para una parapléjica

que intenta vestirse de prisa para acudir a una reunión.

Hay que subirse las medias, engancharlas en cuatro puntos del ligero y cerrar para que queden bien sujetas. Las medias son el infierno de la vestimenta.

A la mierda.

—Beijaflor, ponme con Abena Asamoah.

Tarda tres minutos en aparecer.

—Iba a merendar con el grupo de estudio.

—Ahí no vas a aprender nada —dice Ariel—. Necesito ayuda.

Se sube la falda. Abena pone los ojos en blanco.

—Eso no forma parte de mis responsabilidades.

—Sí, vale. Necesito que me abroches el ligero.

—¿Qué tienen de malo las medias normales?

—Las medias normales tienen todo de malo. Si no se hace bien, no hace falta intentarlo.

Abena se sienta en la cama. Ariel se da cuenta de que contiene una sonrisa.

—Podrías tener todos los ayudantes de la LMA que quisieras. Levanta el culo.

Ariel se recuesta en la cama, apoyada en los codos.

—No conviene que me vean disfrutando de la generosidad de Lucas.

Abena le engancha la media al ligero.

—La gente se ponía estas cosas de verdad. Bueno, ¿tienes algún caso?

—Aún no. Cierra el pico. ¿Te están dando trabajo las ciencias políticas?

—De repente, Cabochon es el grupo de estudio más solicitado en los dos lados de la Luna. Eso no es bueno. Ariel...

—No, no voy a conseguirte una beca con mi hermano. De todas formas, ya tiene una asesora personal. Esa chica brasileña. Le ha dado por llamarse *Mão de Ferro*. Mi madre fue la última Mano de Hierro. La última y la única.

—Vuelve a levantar —dice Abena—. Ya está.

—Gracias. —Ariel se desplaza hasta el borde de la cama y llama a la silla de ruedas con un pensamiento—. Eres demasiado buena conmigo.

—De todas formas, ¿por qué te arreglas tanto? —Abena sabe que no conviene ofrecerse a ayudar a Ariel a sentarse en la silla ni, cuando se haya alisado el traje y compuesto la cara, ofrecerse a empujarla.

—Una reunión con un cliente potencial —dice Ariel, mientras contempla su imagen en la lentilla para pintarse los labios en un tono apropiado para la época.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta Abena.

—Ni hablar. ¿Qué aspecto tengo?

—Yo te contrataría. —Abena le da un beso en la mejilla.

Ariel sale del dormitorio, cruza la zona de estar y llega a la puerta, donde la espera un taxi.

—Volverías a andar.

El bar se ha vaciado discretamente: un hombre o una mujer de cuidada vestimenta da unos golpecitos en el hombro; Taiyang abona las consumiciones. Y un poco más.

Amanda Sun y Ariel Corta comparten una mesa en el balcón circular dorado del White Chrysanthemum Club. Meridian está sumida en el revoloteo de cometas, dragones de cola larga, Garudas, gatos lunares y zorros de diez colas que suben y bajan por los kilómetros cúbicos de aire de la *quadra* Antares. Algún tipo de carrera lenta y sutil, decide Ariel, de fuente térmica a tubo de desgasificación a intercambiador de aire acondicionado. Se pueden tardar horas, incluso días, en ganar una competición así. Los colores, las colas ondulantes, de cientos de metros, el vaivén del tejido de una molécula de espesor al remontar brisas que ella no siente; esas cosas las reconoce como placer.

Una persona más tiene permiso para estar en el White Chrysanthemum Club: su afamado barman. Se presenta con dos martinis immaculados, escarchados, ascéticos. Ariel Corta niega con la cabeza.

—¿Estás segura? —dice Amanda.

—No necesito la distracción.

Pero Ariel está distraída, aturdida, incapaz de concentrarse; como si estuviera borracha sin haber bebido. Según la creencia popular, la Luna no tiene historia, pero la historia no se ha enterado. La historia ha llegado a los *prospekts* de Meridian. Las calles, los pisos, los ascensores, las escaleras, las perspectivas interminables de las altas *quadrás* no han variado, pero Meridian se ha transformado profundamente. La LMA está en manos de la Tierra, su hermano ocupa el Nido de Águilas, los Vorontsov apuntan con una pistola la cabeza de todos los humanos de las caras visible y oculta. Y Marina se ha marchado.

Marina se ha marchado y Ariel quiere llamar al barman, pedirle que dé la vuelta y le lleve ese martini de inmediato. Si se contiene es por dignidad.

El barman ha dejado un martini en la mesa. Amanda Sun levanta la copa con la mano enguantada y da un traguito.

—La remuneración sería muy generosa. Podrías respirar tranquila el resto de tu vida.

—Y volver a andar.

—Hasta a bailar.

—¿Estuviste casada con mi hermano y no sabes que odio bailar? —dice Ariel.

—Tú redactaste el *nikah* —dice Amanda Sun.

—Y llevé el divorcio. Uno de mis mejores trabajos. Y ahora Sun *nui shi* te envía a contratarme para obtener la custodia de Lucasinho.

Amanda Sun toma un trago del martini riquísimo, pero Ariel observa el estrechamiento de los labios, la tensión de la mandíbula. La mirada de los tribunales funciona en todo momento. Un golpe. Un punto de sangre. La antigua emoción provoca un hormiguelo entre los omóplatos de Ariel.

—Lo de contratarte ha sido idea mía —dice Amanda.

—Pero soy una cabezota y no me dejo contratar.

—¿Ni siquiera para levantarte de esa silla?

—Ni siquiera.

—Sabemos que te negaste a trabajar con él.

—Hay un gran trecho entre no ayudarlo activamente y poner a su hijo en manos de sus enemigos.

—Taiyang no es enemigo del Águila de la Luna.

—En ese caso, ¿quién lo dejó para que se asfixiara en un róver parado, en el mar de la Fecundidad?

—Por aquel entonces solo era Lucas Corta. —Amanda Sun bebe otro trago de martini—. El viejo orden ha muerto, Ariel. Tu hermano lo mató.

—Me gustaba el viejo orden. Conocía las obligaciones.

—Los terráneos no ven las obligaciones. Para ellos somos un hatajo de libertarios violentos aunados por el interés común, a punto de saltarnos al cuello. No entienden los contratos sociales subyacentes. Somos un puesto avanzado industrial, una fuente de beneficios, nada más.

—¿Estás recitando un manifiesto, Amanda?

—Tenemos un manifiesto.

—Sedúceme —dice Ariel.

Amanda Sun bebe un trago más largo.

—Los tiempos de los Dragones han pasado; necesitamos ideas nuevas, una nueva política, una nueva economía. Tenemos planes políticos. Hemos estado ejecutando simulaciones en los Tres Augustos, y puede que te sorprenda el resultado.

—Sorpréndeme.

—Comunismo.

Ariel levanta una ceja.

—A todos los efectos —dice Amanda Sun—, el trabajo remunerado ha muerto en la Luna. Podríamos adoptar fácilmente una economía completamente automatizada. El trabajo sería cuestión de elección o de pasión personal, no de necesidad de respirar.

—Ya lo intentaron en la Tierra.

—La Tierra tiene recursos energéticos escasos y es irremediamente

jerárquica. Corta Hélio contribuyó a esa desigualdad. Quien controle la fusión lo controla todo. La Luna cuenta con mucha energía.

—La economía solar está en manos de Taiyang.

—Y la automatización, y la robótica. Sí. Nos has pillado. Pero lo que proponen los Tres Augustos es una colectividad en la que realmente no existen las clases, con abundancia de energía y tecnología, donde se cubren las necesidades humanas y la sociedad florece como un centenar de flores. La Luna es un tubo de ensayo para experimentos sociológicos. Pero no te metes en política; ¿no es eso lo que decís los Corta?

—Lo que queremos decir es que no nos va la democracia. Si aspiras a una utopía comunista de abundancia y libertad de expresión, ¿cómo es que sigues intentando zafarte de Pekín?

—Su visión del comunismo es el control. La nuestra es la libertad. Son dos visiones incompatibles.

—Sigo diciendo que no —dice Ariel—. Y tú sigues pidiéndome que entregue a mi propio sobrino al Palacio de la Luz Eterna, de rehén.

—En resumidas cuentas. Voy a hablar a Lucas de esta conversación.

—Cómo no. Ha sido un golpe de genialidad asignarte este caso personalmente. ¿Qué le has hecho a Sun *nui shi*?

Amanda Sun se termina el martini. Un lento triángulo de ginebra, espesada por el vermut, se acumula en el borde y forma una lágrima que baja la cuesta de la copa. Se acerca al oído de Ariel.

—Lo importante es lo que no he hecho, *coração*. —Amanda Sun se estira la chaqueta de Zuckerman and Kraus y se coloca el bolsito bajo el brazo. Paga la cuenta con un movimiento del ojo—. Encuentro interesante revelar la verdad a los Corta, porque no creéis en nada. Todo es circunstancial; solo existe el corto plazo. No compartís nuestras aspiraciones, pero ¿cuáles son las vuestras? —Se inclina otra vez; un beso en la mejilla—. Excuñada.

Amanda Sun se mete en las axilas las manos enguantadas para calentárselas y se estremece dentro del mono acolchado. El frío es psicológico, se dice mientras mira a los niños, achuchables como ositos de peluche con sus monos de colores vivos, que se lanzan una pelota con pases bajos y rápidos. Los cuerpos serpentean y bloquean, saltan y se lanzan contra

las porterías improvisadas en dos contenedores residenciales. Voces jóvenes gritan y vitorean en agudo portugués.

—Creo que Boa Vista me gusta más así. —Su respiración forma vaho—. Nunca hubo bastantes niños. Era demasiado silenciosa.

—A mí no me gustó nunca este sitio —dice Lucas Corta.

Las botas térmicas bajan por la rampa de las esclusas de servicio hasta el suelo de la gran cámara. Los ingenieros han levantado torres de luz. Los haces de los faros tachonan a intervalos el suelo del antiguo asentamiento de los Corta; cada uno ilumina una roseta de hábitats acurrucados alrededor de un generador y un humeante reciclador de agua. Los rostros de los orixás, sumidos en la penumbra, miran con desaprobación. Los bots de construcción avanzan sobre sus patas, reforzando la estanqueidad. La escarcha cubre la hierba momificada, bordea las hojas congeladas. El hielo detiene los arroyos y silencia las cascadas; reviste las columnas y cúpulas caídas de los pabellones. Elevar la temperatura de los veinte bajo cero de la roca lunar al calor adecuado para la piel humana es un trabajo largo y lento. Los niños juegan y las voces forman ecos en las gélidas caras de piedra.

—Pero aquí estás —dice Amanda.

—Me parecía una afrenta.

Los escoltas de Nelson Medeiros y los *wushis* de los Sun, con sus cortes de pelo de estilo militar, los siguen discretamente.

—Nunca te has tomado bien las afrentas.

—Gracias. No pienso vivir aquí. —Lucas y Amanda dejan atrás a los niños que juegan. Obatalá y Yemanjá miran desde arriba la horda de excavadoras que raspan asiduamente la vegetación muerta del suelo del hábitat y la cargan en contenedores de reciclaje—. Me gustaría asalvarjar esto —añade Lucas mientras las grandes máquinas se apartan cuidadosamente de los blandos humanos acolchados—. A mi madre le daban repelús los seres vivos. Los consideraba contaminación. A mí me gusta la idea de dejar que la vida campe a sus anchas. Las enredaderas treparían por las caras de los orixás; les saldría hiedra virgen de los ojos. Pájaros, reptiles, ruidos que se oirían pero no se verían... Vida sustentada por la vida.

—Nunca mostraste tanta imaginación cuando estábamos casados.



—La imaginación no formaba parte del contrato.

—Hay muchas cosas que no formaban parte del contrato, gracias a los dioses.

El tercio de Boa Vista más lejano ya está despejado. Solo queda la anortosita de base, desnuda, una calavera pelada. Contenedores de medios de cultivo y biomasa esperan su distribución. En los cuadriláteros que separan los contenedores residenciales, hombres y mujeres se entrenan con porras y cuchillos. Gritos de órdenes, instrucciones, orientación: un contacto en una muñeca aquí, en un hombro allá; un brazo que se guía para enseñarle el movimiento correcto, la forma de esquivar.

—Bryce Mackenzie debe de estar contentísimo de que estés reclutando un ejército privado delante de su puerta —dice Amanda.

—Ofrezco el trabajo que tanto necesitan a trabajadores del helio que se han quedado sin contrato a causa de la mala gestión comercial de Mackenzie Helium —replica Lucas.

—Los Corta siempre han cuidado de los suyos.

—Ariel me ha dicho que intentaste contratarla.

—Te habrá dicho lo que me dijo.

—Tengo que hablar con ella.

—No va a aceptar tu contrato.

—La familia es la familia. —La cinta amarilla que cruza una escotilla provisional advierte del vacío que hay al otro lado. Amanda Sun mira por el ventanuco y ve escombros, polvo viejo, un ascensor nuevo y pilas de materiales de construcción—. Por aquí fue por donde volaron la esclusa de emergencia. Toda Boa Vista se despresurizó por este agujero. Encontramos a Rafa a quinientos metros, en la superficie.

—Basta, Lucas.

—Qué escrupulosa, para haber intentado matarme.

—Como le dije a tu hermana, por aquel entonces no eras el Águila de la Luna.

Lucas tuerce el gesto.

«Está débil y se le da peor ocultar los sentimientos —observa Amanda Sun—. La Tierra lo ha llevado al límite, lo ha quebrado.»

—Lucharé con todas mis fuerzas, hasta mi último aliento, para mantener a Lucasinho alejado del Palacio de la Luz Eterna.

—Me malinterpretas, Lucas. Donde mejor pueden atender a Lucasinho es en la universidad. No pretendemos trasladarlo a Shackleton. En Farside le reconstruirán los recuerdos. Claro que lo quieres; lo quieres muchísimo, pero contigo siempre estará en peligro. Conmigo tendrá estabilidad, cuidados. Protección. Amor. Lo único que os faltaba por aprender a los Corta era cómo querer adecuadamente. Pero no aprendisteis nunca.

El *junshi* susurra en el preciso instante en que Zhen, el familiar de Amanda, dispara la alerta de seguridad. Por la expresión de Lucas, ve que él ha recibido el mismo mensaje.

—Tenemos que evacuar —dice Lucas, mientras escoltas y *wushis* adoptan posiciones defensivas—. Están atacando João de Deus.

—¿Qué pasa? —El canal común es un tumulto de voces, gritos, chillidos de terror. Las luces de los trajes oscilan y deslumbran en la oscuridad absoluta. Las etiquetas de los nombres parpadean en la lentilla de Finn Warne; el casco de su traje muestra figuras fantasmagóricas que salen del túnel—. ¡Informe!

—¡Contacto! —Charlie Tumahai, del equipo de demolición.

—¿Cuántos? —pregunta Finn Warne.

—¡Putos brasileños que salen de las paredes! —grita Charlie Tumahai. Su etiqueta se vuelve blanca y desaparece.

—¡Mierda! —grita Finn Warne.

Minar la esclusa de Santa Bárbara: rutinario. Minar los ascensores de São Sebastião: chupado. Todas las esclusas de servicio de João de Deus, todas las esclusas secundarias y de emergencia, los puertos del BALTRAN, la estación de tren, las plantas de aire acondicionado y agua: todo cuajado de cargas de demolición a prueba de manipulación. Ha seleccionado personalmente a los miembros del equipo. No hay *santinhos*; solo los operarios de campo más leales a Mackenzie Helium. El viejo túnel del tranvía: facilísimo, para el final. Bloquear la última vía de escape. Ahora ese escape es una invasión. Llegan

los Corta.

—¡Jaime! ¡Sadiki! ¡Quien sea!

—¿Qué ordena, jefe? —Nicola Gan, del equipo de ingeniería de Tormentas Este.

«Órdenes. Órdenes.»

—Retirada. Salgan de ahí. —Finn Warne se queda paralizado momentáneamente dentro de su traje rígido, a oscuras, con un torbellino de cosas necesarias en la cabeza. ¿Qué hacer?—. Llévenselo todo.

—Jefe...

—Todo. Si encuentran una sola carga, darán con la forma de desactivarlas. —Las luces oscilantes de los cascos, en el túnel, giran y se centran en él—. ¡Deprisa! ¡Deprisa! —Se dirige al traje—: ¡Corre!

La aceleración le vacía los pulmones, el cerebro; lo bloquea todo menos la luz ovalada que tiene delante: el final del túnel, João de Deus.

—*Quedan cinco segundos de velocidad máxima* —le dice el familiar. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Alcanza la antigua estación, jadeante.

—Nicki.

—¿Jefe?

—Necesito que te quedes de marcador.

—¿Qué piensas hacer?

Responde por el canal común:

—Activen y suelten todos los explosivos. *Sauve qui peut.*

Finn Warne puede ver las etiquetas blancas de sus tragapolvos caídos a lo largo del túnel. No son soldados; no son combatientes. Son ingenieros, trabajadores de superficie. Y no puede sacarlos a todos. Llegan los primeros del pelotón y abre un canal privado con Nicola Gan.

—Sal de ahí, Nicki. Voy a volar el túnel.

—Sadiki y Brent siguen ahí atrás, jefe.

—Sal de ahí. ¡Corre!

—¡Vete a la mierda!

No hay bastante tiempo. Nunca hay bastante tiempo.

—Dispara —ordena.

Un destello a lo lejos, en la línea del tranvía. Una sacudida tectónica estremece la estación. Llega Nicola Gan cuando el pelotón de Finn Warne empieza a pasar por las esclusas.

—Familiar: mensaje para Bryce Mackenzie. Operación concluida en João de Deus. —Se abre la escotilla; entran otros cuatro miembros del equipo con los trajes oscurecidos por el polvo—. Hemos sufrido bajas.

## 6

A veinte kilómetros por hora, Ariel Corta avanza por el *prospekt* Gagarin. Lo tiene todo cuidadosamente planeado. Siete minutos hasta la estación de Meridian. Lleva las baterías al máximo, pero solo gastará un sesenta por ciento de la carga recorriendo las calles a máxima velocidad. Llegará al andén con un margen de veinte segundos y las baterías al veinte por ciento. Los trenes de VTO tienen una exactitud de milésimas de segundo. Lucas empezará a sospechar cuando esté a dos minutos de la estación, pero ha retirado los bots de los *prospekts* en un intento de aplacar a los ciudadanos de Meridian. Unas cosas odiosas, llenas de púas, que amenazan con desmembrar, atravesar, derramar sangre sin arrepentimiento. La gente los odiaba; han acuchillado a niños que intentaban volcarlos, tirarlos por la barandilla o inmovilizarlos con abrazaderas. Las ancianas les escupían. Están muy recientes los recuerdos de la ocupación, de máquinas que sondeaban y registraban a cada uno de los setecientos mil habitantes de Meridian, de asedio, de destrucción y muerte en los mares asesinos. Solo unos pocos reconocían a los bots, y a los sonrientes mercenarios bebedores de té y armados con tásers que los sustituyeron, por lo que eran: algo que la Luna no había conocido ni necesitado nunca. Una fuerza policial.

Furtividad. Ariel ha apagado a Beijaflor y se resguarda como puede, pero es la usuaria de silla de ruedas más famosa de la Luna; se vuelven cabezas y se cruzan comentarios. Confía en la obstinada indiferencia humana. Se adentra en la Carrera Larga para esquivar a un par de gendarmes que descansan bajo la luz de la línea solar que se cuelga entre los árboles que recorren el centro del *prospekt* Gagarin. Un ajuste mental de los mandos de la silla iguala la velocidad de los corredores. Mucho maquillaje corporal y poca ropa, llenos de trenzas, flecos y pinturas de guerra, la rodean con naturalidad. Casi no recuerda los colores sagrados de los orixás. Hay un desafío en el círculo de movimiento interminable. La resistencia en forma de carrera.

Marina participaba en la Carrera Larga.

Marina ocupará sus pensamientos con frecuencia. El viaje en solitario invita a la melancolía y la meditación.

Ante ella se alza el intercambiador, la enorme cámara central de la que salen las tres *quadrans*. No puede evitar echar un vistazo al Nido de Águilas de

su hermano. Ahí arriba hay huertos de frutales, con naranjas y bergamotas que conservan restos de los adornos plateados dispuestos para la desastrosa boda de Lucasinho Corta.

La estación de Meridian. Se prepara para el ligero tirón cuando la silla se acopla a la escalera en movimiento y la baja hasta la plaza. La estación de Meridian está abarrotada a todas horas; conduce la silla entre cúmulo y cúmulo de pasajeros que llegan, parten, se saludan extravagantemente, se despiden entre lágrimas. Aquí hay cámaras. Ver es una cosa, y fijarse, otra. Todo el mundo está supervisado; nadie mira.

Ariel se une a la marabunta de pasajeros que bajan las escaleras hacia los andenes. Abre a Beijaflor y compra el billete cuando la silla se suelta de la cadena de la escalera mecánica y llega al andén. La silla conoce la zona de embarque y la lleva a la escotilla adecuada. La iluminación convierte las paredes de vidrio resistente a la presión en espejos de fantasmas y engaños. Dos minutos. El viejo Polar Express, dirección norte, llega a tiempo. Se lo dirá a Lucas cuando haya llegado a la cima del mundo. Le debe una explicación sobre el motivo por el que no va a representarlo en el Tribunal de Clavio.

No ha estado nunca en Farside. Conoce los mitos y leyendas de la cara visible: que es un entramado de viejos túneles con mala estanqueidad, estrechos y claustrofóbicos, caóticos, asfixiantes por el olor y la respiración de decenas de miles de estudiantes. Como un sistema circulatorio o nervioso. El viejo piso del Bairro Alto era estrecho y estaba atestado, lleno como un huevo de dos yemas con Marina y con ella. Muchas noches se despertaba imaginando que la habitación se cerraba en torno a ella como un molde. Solo eran dos. Eran muchos más miles de cuerpos los que discurrían por los túneles, pasillos, tranvías, conductos y teleféricos de Farside.

El gran tren, dos niveles de ingeniería lunar aparatosa y angulosa, se detiene junto al andén. Las escotillas encajan al milímetro y se sellan. Baterías: un poco por debajo del veinte por ciento. Dentro de los parámetros aceptables, dado que ha tenido que abusar de ellas para mantener el ritmo de la Carrera Larga.

¿Qué le hace mirar hacia otro punto del andén? ¿La incongruencia del color, grises definidos entre los tonos tierra y óxido de la moda lunar? ¿La ruptura de la pauta que supone que una cuña de personas surjan como una sola

de la escalera mecánica? Los pasajeros se apartan; el paso se convierte en trote y después en galope.

Mercenarios de la LMA.

La gente sale del tren. No puede abrirse paso. No puede subir.

—¡Disculpen! —grita, dando instrucciones de avanzar a la silla. Choca con una niña, que se golpea con el cristal. Su padre la abraza y sisea indignado—. Lo siento, lo siento, lo siento.

La ven. Van a por ella.

—No pasa nada —dice una voz de mujer—. Te tengo. —Unas manos agarran los mangos de la silla de ruedas. La mujer le sonrío a la cara. Lleva un jersey de cenefas estilo Fair Isle, bermudas de pana, medias de lana por la rodilla y zapatos Oxford.

Otras manos aferran los mangos de la silla e intentan apartarla del tren. Ariel las golpea, intenta apartarlas, pero cada vez son más.

—Eso sí que ha sido mala idea —dice la mujer. Tiene un acento australiano cantarín. Mueve un pie, un puño, la palma de la mano, y tres mercenarios han caído. Los pasajeros huyen, gritando. Destellos de filos; la mujer los esquiva como si fuera líquida y los cuchillos se deslizan por el andén. Una mercenaria está tendida de espaldas, boqueando. Otra se mira la mano vacía. Otro se levanta del sinterizado pulido, con la mano en la cara; le corre sangre entre los dedos—. Va a salir el tren —dice la mujer; empuja la silla de ruedas por la escotilla y se cierran las puertas en cuanto han llegado a la plataforma.

El tren se pone en marcha. Ariel mira hacia los cuerpos tirados en el andén. Se lleva la mano al ala del sombrero a modo de saludo y el Polar Express entra en el túnel.

Aparca la silla. La mujer vestida de niña rural se sienta frente a ella, deja caer un guante y le tiende la mano.

—Espero que seas Ariel Corta. Dakota Kaur Mackenzie, a tu servicio. *Ghazi* de la Facultad de Biocibernética.

Ariel recoge el guante y lo aprieta; el cuero se resiste y en un instante se vuelve duro como el acero.

—No podías haber aparecido en mejor momento —dice Ariel.

—Teníamos gente en todos los trenes.

Ariel sonrío.

—¿Es el vagón correcto?

—No hay muchos sitios donde se pueda anclar una silla de ruedas.

—Cualquiera diría que te avisaron los Tres Augustos.

—Me dijeron que eres una borde y una arpía —dice Dakota Mackenzie—. ¿Todos los Corta sois unos basiliscos?

—También tenemos un lobo en la familia. Te caería bien.

La luz entra por la ventana cuando el tren sale del túnel y se une a la Línea Polar. El tren rebota en el cambio de agujas y después se ponen en marcha los motores de levitación magnética; con un impulso, el Polar Express acelera a mil doscientos kilómetros por hora. Los niños corren por el pasillo; los estudiantes que vuelven a las instalaciones de investigación de Farside después de participar en grupos de estudio de la cara visible ríen, gritan y charlan. Los trabajadores duermen, acunando los cascos de trácsp y los paquetes de soporte vital como si fueran bebés.

—Me merezco una puta copa —dice Dakota Mackenzie. Se pide un lobachevski.

—¿Qué es eso? —pregunta Ariel.

—Una nueva moda de nuestro lado. Ron blanco, nata de vaca, jengibre, canela. Los alumnos se pillan cada cogorza...

—Parece una copa de semen —dice Ariel cuando se lo sirve el azafato, junto con su bebida.

—Y eso, ¿qué es?

—Soda con estragón, lima y citronela.

—¡Joder! Si lo mío parece semen, lo tuyo parece una enfermedad venérea. Yo creía que los Corta bebíais mucho.

—Esta no.

—Líbranos del fervor de los conversos. ¿Cómo era ese cóctel de los



Corta?

—El blue moon. Rafa aseguraba que lo había inventado él, pero sería algún tragapolvos de permiso en algún bar de João de Deus. Nunca me gustó. Es empalagoso. Es una crueldad y una locura echar curaçao azul a un inocente martini.

Dakota levanta su lobachevski y vuelve a dejarlo. Tiene los ojos muy abiertos.

—En marcha —susurra. Ariel se aparta de la mesa sin dudar ni vacilar—. El tren está decelerando.

Es el turno de Ariel de abrir los ojos desmesuradamente. Lo de siempre: cualquiera puede parar un tren y abordarlo, en cualquier parte de la Luna. Dakota va a agarrar los mangos de la silla de ruedas, pero Ariel la aparta.

—No me empujes.

Dakota Mackenzie se dirige a la parte trasera del tren. Ariel rueda tras ella.

—Lucas tiene a VTO en el bolsillo —dice Ariel.

—¿De dónde sacas que es Lucas? Estamos a veinte minutos de Hadley. En territorio de los Mackenzie. Los Corta son rehenes muy preciados.

Cuando ya han recorrido cinco vagones, los otros pasajeros se están percatando de que el tren se detiene.

—¿Qué pasa si entran por la parte de atrás? —pregunta Ariel.

—Que tendré que luchar —dice Dakota—. Otra vez. Ahora en un tren. Pero no pasará. Porque los Mackenzie, los Vorontsov, la LMA, los tragos lunares y las hadas espaciales, todos abordan los trenes por la parte delantera.

Diez vagones; se abre la última escotilla y las dos mujeres entran en la esclusa. Detrás tienen la última compuerta, y detrás, mil doscientos kilómetros de vía de levitación magnética y páramos postindustriales. El Polar Express se detiene en la gris desolación del pantano de la Podredumbre y se posa en la vía.

Ariel se acerca tanto como puede al ventanuco de la compuerta exterior. No hay ni rastro de nuevos pasajeros; solo huellas, zanjas, bermas y laberintos

de regolito excavado. Máquinas rotas, hábitats abandonados, puestos de comunicaciones obsoletos. Maquinaria estropeada, chafada, fallida y desvencijada. Setenta años de excavaciones en busca de metales preciosos han herido profundamente la Luna. Puede que las laceraciones de la extracción intensiva no sanen jamás.

Ariel siente el leve tirón del tren que levita sobre sus imanes. El Polar Express está en marcha de nuevo.

—Han subido cinco —dice Dakota—. Con trácup y casco.

—¿Cómo lo sabes?

—He entrado en el sistema del tren. —Encoge la cara—. Mierda. Van directos hacia los asientos que teníamos reservados.

—¿Cuánto tardarán en encontrarnos?

—Tres minutos hasta los asientos, y otros cinco para llegar aquí. Si tenemos suerte y si son tan idiotas como suelen ser los tragapolvos de los Mackenzie.

—¿Puedes con ellos? —pregunta Ariel.

—No hará falta. Y es irritante de cojones.

Ariel se da cuenta de que está tamborileando con los dedos en los reposabrazos de la silla. Vuelve a mirar por el ventanuco. El tren ha entrado en el campo de espejos que rodea Hadley. Las manos cóncavas de los espejos se vuelven hacia el sol para atraparlo y ofrecérselo en sacrificio a las forjas solares de la gran pirámide. Ariel nota el ligero descenso de la deceleración.

—De un momento a otro van a averiguar lo que estoy haciendo —dice Dakota.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ariel.

—Dioses, se mueven. ¿Dónde coño está? —Dakota aparta a Ariel para mirar por el ventanuco. El tren cae a la vía. Un ruido de metal contra metal, el clonc sólido de las compuertas que se acoplan. Hay algo ahí fuera, enganchado al tren. Las aberturas se entrelazan; los sistemas comprueban la estanqueidad.

—Están aquí —dice Ariel.

Tres mujeres, dos hombres que avanzan por el pasillo en formación

cerrada. Gritos y protestas de los pasajeros; un hombre se levanta y lo estampan bruscamente contra su asiento de un manotazo en el pecho. Trácsups con el casco a la cadera. Logotipos de Mackenzie Metals en el hombro y el muslo. De repente, una luz verde en la plataforma. Las compuertas están sincronizadas. Se abren. Ariel se encuentra frente a una pequeña cápsula presurizada; equipo gastado y roto, arañazos en las paredes, manchas en la tapicería.

—No puedo...

—Levanta de la silla.

—Necesito...

—¡Levanta de la puta silla!

Dakota agarra a Ariel por las solapas y la arroja por la escotilla. Se vuelve, lanza la silla de ruedas contra los atacantes cuando empiezan a pasar de la plataforma a la cabina de pasajeros y sigue a Ariel. La escotilla se cierra; la bomba sisea. Las luces verdes se vuelven rojas. Ariel consigue alcanzar el banco circular y, al instante, una sacudida la tumba de lado. La cápsula da sacudidas y se activa el motor. Se desplaza libremente.

—He solicitado un viejo róver de nuestras instalaciones de investigación metalúrgica de la rima Vladimir —dice Dakota—. Ha tardado lo suyo en llegar. La cosa ha ido más por los pelos de lo que me gustaría.

—Podría haberme roto algo —dice Ariel—. Y la silla...

—¡A la mierda la silla! —grita Dakota—. Vamos a construirte unas piernas. Somos la puta universidad y construimos putas piernas, manos, hasta cólones enteros. ¿Vale?

En el silencio de la cápsula presurizada, tan pequeña que las dos mujeres van como semillas en una vaina de cardamomo, Ariel llama a Beijaflor. Está lejos de la red, en el laberinto de espejos de Hadley, pero su familiar se enlaza con la IA del róver y le enseña el mundo más allá de la burbuja sin ventanas. Mire adonde mire, a su alrededor se alzan los espejos. Ahora entiende el concepto terráqueo de los bosques, entre las torres metálicas, pero no se siente encerrada, sino presa de un terror agorafóbico. Es un feto en un vientre, en mitad del vacío feroz, de la luz, la radiación, la ingeniería. El róver traza su ruta de escape a través del laberinto de espejos, alejándose de la línea

principal y de cualquier patrulla de tragapolvos, en dirección nornoroeste. Abajo, en el horizonte, resplandece la estrella de Hadley.

—Delante de las narices de Duncan —dice Ariel—. Acaba de borrar de su lista de gente a la que enviar pasteles lunares.

—¿Qué problema tiene tu familia con mis lealtades?

—Los Mackenzie mataron a mis hermanos —dice Ariel con naturalidad—. Los Mackenzie me dejaron sin piernas. —Se empuja contra el respaldo—. ¿Adónde me llevas?

—Al Rozhdestvenskiy. A unas veinte horas. Tiempo de sobra para el arte de la conversación. O, si no te gusta hablar, ¿juegas al *oware*?

—Pásame el pantalón de mear —dice Ariel Corta. Dakota Kaur Mackenzie lo desengancha de la unidad de recuperación y aparta la vista mientras Ariel se levanta la falda para ponérselo. El aire es denso, demasiado respirado, con la punzada amoniacal de un sistema de filtrado añejo.

«No hay dignidad en un róver», dijo Dakota Mackenzie la primera vez que Ariel le pidió el orinal.

De eso hace veintinueve horas.

Estuvieron jugando al *oware* durante la primera hora, pero Ariel no se metía en el juego; perdía el interés rápidamente y buscaba formas de hacer trampas. «Si no, ¿qué tiene de divertido?»

Comieron durante la segunda hora. Estiraban tanto como podían cada bocado y comentario de aprecio. A la tercera hora llegaron las excreciones. En la cuarta hora charlaron un poco y cayeron en un sueño interrumpido por el rodar del róver cuando atravesaba el lecho cubierto de rocas del mar de la Lluvia. Comer, excretar, dormir. Hablar. Comer, excretar, dormir. Hablar. El róver trepa por el polo y avanza con precaución por el borde norte del cráter Rozhdestvenskiy.

Comer, excretar, dormir. Hablar. Lo mejor es hablar.

—¿Por qué Derecho? —pregunta Dakota.

—Hay un rito que atraviesan todos los niños Corta —dice Ariel—. Se realiza en tierra nueva. Solo durante la tierra nueva. Salen a la superficie y están a solas, pero no están solos. Hay una voz. Dice: «Ve más allá de la luz,

niño. Suelta las cuerdas de seguridad y las conducciones de aire. No tengas miedo. Estoy contigo». Tienen que andar hasta que la voz les dice que paren. Después, la voz dice: «Mira arriba y dime qué ves». Y el niño dice: «Veo el cielo, las estrellas y la tierra a oscuras». La voz dice: «Vuelve a mirar y dime qué ves». La respuesta correcta, la respuesta de los Corta, es: «Veo las luces. Veo mil millones de luces en la tierra oscura». Y la voz dice: «Nosotros encendemos esas luces».

»Salí a la superficie a los diez años, con mi pequeño traje rígido lleno de pegatinas de gatitos y dragones. Y la voz me dijo que me alejara. Me alejé, pateé el polvo y estuve escuchando mi respiración. “Dime qué ves”, dijo la voz, y contesté: “No veo nada”. La voz dijo: “Vuelve a mirar y dime qué ves”, y yo le dije lo que veía. Le dije: «Veo roca muerta y regolito. Veo luces encendidas y vacío. Veo silencio y tedio. No veo nada”.

»Respuesta incorrecta. No es la respuesta de los Corta. Lucas sigue convencido de que traicioné a la familia por la vida social y el dinero. Por hacerme famosa. No: vi exactamente lo mismo que él. Él se fijó en las luces, y yo, en la roca muerta. Él vio un mundo nuevo en el que podía jugar, construir y destruir cosas. Yo no vi debates, ingenio, dramas. No vi gente. Como tu juegucito: ¿qué tiene de divertido?

—Te atraen el debate, el ingenio, el drama, las otras personas —dice Dakota—. Pero nunca has tenido una relación duradera.

—Pareces saber mucho de mí, *ghazi*.

—Me informo sobre mis clientes.

—¿Ahora soy tu cliente? Suena un poco posesivo. ¿Qué interés tiene la universidad en mí?

—La universidad tiene una larga tradición de protección de la vida académica.

—Protección que extendisteis a Luna, y a mí cuando os la pedí. Y estáis tratando a Lucasinho. Son muchos Corta en un hemisferio. Estamos en la Luna, cariño. Nadie hace nada a cambio de nada. ¿Visteis una oportunidad de tener ventaja frente a mi hermano?

—La universidad siempre ha sido independiente de la antigua LDC y de la LMA. Somos apolíticos.

—Y a los Corta tampoco les interesa la política. Hasta que les da por ahí. Dakota se recuesta en el banco.

—Estamos a media hora de Rozhdestvenskiy —anuncia. Ariel se permite una ligera sonrisa de juzgado. Ha hecho sangre.

—Y ahora, por obligación contractual —dice Ariel—, ¿cuál es tu historia, *ghazi*?

Dakota sube las piernas para cruzarlas en el banco curvo.

—Estudié biociencia en la universidad. Hice el doctorado y el doctorado superior en ingeniería del genoma humano. Era sobresaliente. La mejor de mi promoción. La mejor en varios años. La modestia es una virtud para llorones. Volví a la cara visible a trabajar de enlace entre Crucible y Twe. Los Mackenzie buscan una estrategia de ingeniería genética para estabilizar el linaje.

—Eugenesia —dice Ariel—. Bebés de ojos azules.

—No acaba ahí la cosa —dice Dakota—. Colaboraba con AKA en el establecimiento de una reserva de biodiversidad humana. Por si en algún momento del futuro nos encontramos frente a una catástrofe genética. Es posible, incluso probable. Tenemos una población muy pequeña, a pesar de la inmigración de terrestres, y hay factores epigenéticos que nos empujan a la subespecialización. Una nueva humanidad, por así decirlo. Pero en esencia, sí, bebés rubios de ojos azules. Y cuando decidí tener un hijo me encontré con que soy portadora de un defecto del gen MEN1 que aumenta el riesgo de cáncer de tiroides, paratiroides, pituitaria, cápsulas suprarrenales, intestino y estómago.

—Dioses. Te tocó probar tu propia medicina.

—Y la probé, con ayuda de la universidad. Había un precio: diez años a su servicio como *ghazi*. Cuando termine, Melyssa ya estará cursando estudios universitarios. ¿Quieres conocer el giro de la historia?

—No hay historia buena que no tenga un giro —dice Ariel.

—Cuando me enteré de lo del defecto en el gen MEN1 acudí en primer lugar a mis parientes. Absorbían un montón de radiación en Crucible, y habían desarrollado un montón de técnicas para reparar lesiones genéticas. Pero

resulta que Dakota Kaur no era suficientemente Mackenzie para el tratamiento. Tenía los ojos demasiado marrones, la piel demasiado oscura. Por eso, cuando tú, o tu hermano, o cualquier otro puto Corta cuestiona mi lealtad, me entran ganas de metérsela por el culo tan a fondo que se vea cuando bostecéis.

—Lo siento —dice Ariel. Otro golpe, otra gota de sangre. Con el tiempo averiguará todos los puntos débiles de esa *ghazi*—. ¿Cuánto tardaremos en entrar en la red de Rozhdestvenskiy?

—Unos siete minutos.

—Necesitaré permisos de la universidad y un servidor privado cifrado.

—No soy tu ayudante personal —dice Dakota Kaur Mackenzie.

Ariel continúa como si la *ghazi* no hubiera hablado:

—Una biblioteca jurídica. Tenéis Facultad de Derecho, ¿no? Necesito concertar cuanto antes una reunión con Abena Maanu Asamoah. Cara a cara. Con un trayecto seguro. Resérvale los billetes y búscale un alojamiento decente. A los rehenes nos podéis dejar en el arroyo, pero mi equipo jurídico requiere unos mínimos.

—Creo que tenemos que aclarar todo esto... —empieza Dakota Kaur, pero las ideas bullen en la mente de Ariel Corta, resplandecientes como el polvo en la fétida atmósfera del róver. Aprendió hace mucho la alegría de contemplar esas estrellas en el momento de potencial puro, antes de alargar la mano para cogerlas y enviarlas a nuevas y fulgurantes constelaciones. Ya tiene un plan.

—Voy a explicártelo como si fueras una niña, en términos sencillos y claros, sin tecnicismos, para que entiendas qué intento hacer y, cuando lo entiendas, me prestes toda la ayuda posible.

»Pretendo mantener a Lucasinho Corta, el hijo de Lucas, mi sobrino, sano y salvo. Tiene diecinueve años y está emancipado legalmente desde que suscribió los contratos pertinentes con Lucas, a los doce. Lo sé: yo redacté esos contratos. Sin embargo, ha sufrido daños neurológicos graves por hipoxia, lo que significa que es incapaz de velar por sus intereses y, por tanto, alguien debe suscribir un contrato en el que se comprometa a cuidarlo. Su madre es Amanda Sun; Lucas y ella rescindieron el *nikah* hace dos años. Uno de los mejores trabajos de mi vida. Si el Palacio de la Luz Eterna se hace con la custodia de Lucasinho, Lucas será su rehén a todos los efectos. Si la

custodia la obtiene Lucas, solo podemos garantizar la seguridad de Lucasinho si lo ponemos bajo su protección personal. Eso significa que tendría que llevarse a Lucasinho a Meridian, lo que supondría transgredir la obligación de cuidarlo, o él tendría que llevarse la LMA a Farside. Eso sería la guinda del pastel de vuestra legendaria “independencia”.

»Yo no puedo hacerme cargo. Mi relación con Lucas ya se hizo bastante tensa cuando rechacé su petición de representarlo en el Tribunal de Clavio, y no quiero que la palabra “fratricidio” empiece a rondarle esa cabecita paranoide. Así que solo nos queda una candidata, que ya ha demostrado que puede cuidar de Lucasinho. Y es intocable. Pero tengo que actuar deprisa. Tengo que presentar la solicitud en el Tribunal de Clavio a la vez que Lucas y Amanda Sun.

»Así que voy a necesitar ayuda. ¿Vas a ayudarme?

—La leche que te han dado —dice Dakota Kaur Mackenzie—. ¿Salvar al chico? ¿Cómo voy a decir que no?

—Una cosa más.

—Siempre tiene que haber una cosa más, ¿eh?

—¿Esas piernas que me has prometido? ¿Qué puedes hacer de aquí a que nos vayamos de Rozhdestvenskiy?

Con su nuevo vestido favorito, Luna Corta aprieta la mano contra la pared de cristal de la góndola y observa el exterior. El viejo forro de traje de color rosa ya pasó por la tolva de desimpresión y está remodelado. La ventana adivina las intenciones de Luna y atenúa la luz del interior, pero justo antes, Luna ve su cara reflejada: medio rostro que flota sobre las colinas semiiluminadas y los subcráteres de Coriolis. Apoya la frente en el cristal.

—¡Luna! —la reprende *madrinha* Elis. No confía en el cristal, no confía en ese vehículo, no confía en el cable que lo guía desde las instalaciones médicas excavadas en el borde occidental del cráter Coriolis. No confía en ninguna de las máquinas viejas y traqueteantes de la universidad. Lo que constituye el principal motivo por el que Luna sí. Le gustan las viejas cúpulas y hábitats excavados en bordes de cráteres y laderas de montañas, la locura de tranvías, tubos de vacío, teleféricos y funiculares. Le recuerda los túneles, cuevas y pasajes secretos de Boa Vista.



—¿Por dónde llega el tren de la tía Ariel?

La Ecuador Uno es una franja de luz intensa que cruza el suelo gris del cráter. Más allá del borde occidental del Coriolis, flotas de excavadores lunares esperan, paradas, mientras la universidad litiga con Taiyang en el Tribunal de Clavio sobre la extensión del cinturón solar al otro lado del cráter, por toda la cara oculta.

—Por el este —contesta *madrinha* Elis—. Al otro lado.

Luna sabe que hay que ser rápido, rápido, rápido para alcanzar un tren de VTO, aunque reduzca la velocidad para entrar en la estación de Coriolis. Luna el familiar puede facilitarle la hora y el lugar, pero puede parpadear o estornudar y perderselo.

Un destello de luz. Tan rápido que la deja sin aliento.

—¡Ahí está! ¡Lo veo, lo veo!

—Mira, *anjinho* —dice *madrinha* Elis.

Encima de Coriolis, el cielo está lleno de luces que se mueven como docenas de lámparas de festival y convergen con una atractiva falta de prisa. Los funiculares de los diversos hábitats de Coriolis bajan por los cables hacia la estación. Ha llegado un tren y la gente corre a su encuentro. Entonces, la IA anuncia la llegada inminente y la cápsula de Ariel entra en el muelle.

Luna sale corriendo en cuanto se abren las puertas. *Madrinha* Elis grita, pero ya está un pasillo y un tramo de escaleras más allá. Un tramo, dos tramos, tres tramos, cuatro. Luna los baja de un salto cada uno; en cuanto aluniza, toma impulso para sobrevolar el siguiente. Su nuevo vestido favorito revolotea a su alrededor. Es un vestido sin mangas, de escote redondo, talle alto y falda de vuelo, impreso en gris polvo, tan ligero y suave que lo siente como ceniza contra la piel.

—*Vagón doce* —dice Luna el familiar.

El tren es una presencia enorme, potente, tras el cristal resistente a la presión. El andén es una masa de humanidad efervescente, gente que llega, parte, saluda, se despide.

—*Luna* —llama *madrinha* Elis a través de la red, pero se está abriendo la escotilla y está saliendo *ghazi* Dakota con unas botas enormes, y ahí, ahí, dos

pasos por detrás, está Ariel. Ariel andando. Ariel andando hacia ella, que corre hacia su tía.

—Oh, *anjinho* —dice Ariel mientras la levanta como en los viejos tiempos, cuando volvía a Boa Vista tras pasar mucho tiempo fuera—. Oh, *meu amorzinho. Você e bonita*. —Luna se le abraza y Ariel le pasa un brazo por debajo para sujetarla arriba—. Cuánto pesas. —Los Corta dicen lo que piensan. Pero no deja a Luna en el suelo.

—Tienes unas piernas nuevas —dice Luna mientras Ariel avanza por el andén hacia *madrinha* Elis.

—Tengo las piernas viejas —dice Ariel—. Pero tengo una cosa nueva que me han dado en Rozhdestvenskiy. Como un puente que cruza las partes que no me funcionan de la columna. Mejor que antes, ¿verdad? ¡Pero tú tienes una cara nueva!

—Déjame en el suelo. ¡Déjame en el suelo! —dice Luna.

—¿Qué pasa, *anjinho*?

Luna se vuelve a mirar.

—No quiero que lo vea *madrinha* Elis —susurra—. Inclínate como si fueras a darme un beso.

Luna lanza una mirada conspiratoria a Dakota, que va un poco por detrás de su protegida. «Di algo y te mato, *ghazi* o no.»

—Acércate —susurra Luna. Un beso, un roce de mejillas. Luna se mete la mano en el bolsillo que ha puesto en su nuevo vestido favorito. El bolsillo es el motivo por el que es su nuevo vestido favorito. Los forros rosa de traje rígido no esconden nada; los pliegues de suave tela gris pueden esconder cualquier cosa. Saca el cuchillo y lo pone en la mano de Ariel. Ariel se resiste; Luna insiste.

—Cógelo. Es para un Corta osado, de gran corazón, sin avaricia ni cobardía, dispuesto a luchar por la familia y defenderla valerosamente. Si vas a luchar por Lucasinho, necesitarás un cuchillo.

—No soy yo quien va a luchar —dice Ariel—. Eres tú.

Tres días más. Suficientes para convertirse en un rito. Después del *parkour*, Robson Corta va al *banya* a limpiarse la grasa y aliviarse los

dolores con el vapor, y después se reúne con Haider en El Gato Encantado para tomar una horchata. Hay quince locales como ese en Teófilo, pero Robson se tomó el trabajo de llevar a Haider a todos ellos y probar sus bebidas (frías y calientes), su comida (dulce y salada), su clientela (joven y vieja) y el ambiente general. Puntuaron, sacaron fotos, hicieron una hoja de cálculo. Es una decisión importante. Dado que es probable que los dos pasen mucho tiempo en Teófilo, no pueden cometer un error.

El Gato Encantado, en el nivel 3 junto a la esclusa norte, no tiene muy buena puntuación en comida ni en bebida, pero sí en ambiente: es una antigua excavación con cuartitos y esquinas extraídos de la pared norte del viejo cráter; en la roca sellada hay lugares donde es posible esconderse y ver sin ser visto, y la clientela es la mejor. Ellos son los únicos adolescentes.

—Pero no traigáis más chavalería, ¿eh? —dice Jianyu desde detrás de la barra.

A Robson le parece bien. La población de Teófilo es de tres mil doscientos habitantes. De ellos, ciento doce tienen menos de dieciséis años, y trece son de la quinta de Robson. Todos ellos lo odian. Se dio cuenta en el momento en que entró en el aula de séptimo curso del grupo de estudio Cuarzo Rosa y todas las cabezas se volvieron hacia él. Le repateaban los ruegos de bienvenida, aceptación y asimilación de los asesores. «Ahorrad aliento — quería decirles—. Estos nectarianos endogámicos del oeste intentarán matarme en cuanto volváis la espalda.»

Le tendieron una emboscada en el nivel 7. El matón, sus sargentos, los niños que realmente querían integrarse y un par de niñas para grabarlo y subirlo a la red. El nuevo. De fuera. Extraño. ¿Cómo se apellidaba? ¿Corta? Pues tenían que decirle que no era nada. Eran grandes y fuertes, pero no rápidos ni listos. Robson los esquivó y ya estaba dos niveles por encima cuando Emil, el matón, recuperó el equilibrio. Se burlaron y lo abuchearon mientras corría por la conducción de aire, diez metros más arriba. Cuando volvió a casa, el búfer de notificaciones de Joker rebosaba de mensajes cargados de inquina.

—¿Quieres que los bloquee?

—Bloquéalos todos.

Después de aquello, las reglas quedaron claras. Haider iba a Dolorita, el

otro grupo de estudio de Teófilo; acababa de llegar de Hipatia con sus tutores Max y Arjun. Haider no tenía un apellido célebre, no había caído del techo de una ciudad, así que no llegaba con una reputación que pudiera perder. Desde luego, no sabía defenderse. Seis días y seguía tapándose las magulladuras más llamativas con maquillaje. El grupo de estudio Dolorita siempre había tenido fama de ser más duro. Haider se adaptó a la rutina de paria de la clase, pero no a la de marginado. Tenía que haber alguien más ahí fuera, entre los ciento doce de Teófilo. El curso de acción era claro y sencillo. Siguió los mensajes de odio y encontró a Robson Corta.

Están sentados en su cubículo de El Gato Encantado, en el banco un poco demasiado alto, tomando horchata. No podrían ser más distintos.

Robson es de piel oscura, atlético, confiado; le encantan el deporte y la actividad, y está seguro de lo que puede hacer con el cuerpo.

Haider es pálido, flaco, tímido; le encantan los relatos y la música, y se siente inseguro con su cuerpo y las transformaciones que experimenta.

Son inseparables.

Jianyu se presenta en el cubículo con una mujer que lleva ropa de trabajo cubierta de polvo.

—Enséñale eso —le dice a Robson.

—¿Qué?

—Eso de las cartas.

Por El Gato Encantado ha corrido rápidamente la voz de que el niño del pelo enorme hace trucos de cartas. Robson se saca las cartas del bolsillo del pantalón corto y las baraja con una sola mano. Con eso suele bastarle para impresionar, pero Jianyu hace un gesto: más. Robson ha adaptado sus trucos a la media baraja. La otra mitad se la dio a un amigo, en otra ciudad; una ciudad que ya no existe, fundida hasta convertirse en chatarra que salpica el polvo del océano de las Tormentas. En otra vida; una vida que ya no existe, descarnada por los cuchillos.

Va a hacer un truco fácil de adivinar una carta, ayudado por la gravedad. Es rápido y siempre sorprende. Enseña la baraja; al dar la vuelta se fija en la última carta, que será la carta que forzaré al espectador. Empieza a barajar, pero sin mover la carta de abajo, ya que, con ayuda de la gravedad, siempre

quedará en la misma posición. Muestra en abanico las cartas mezcladas.

Ha sido cuestión de dos, puede que tres segundos. El truco del truco está hecho. Todo lo demás consiste en venderlo: el teatro, el golpeteo, la ocultación. El truco del truco del truco es que nunca está donde cree la otra persona.

—Muy bien, ahora toca una carta. La que quieras.

La media baraja de Robson está sucia, desgastada por las esquinas, y tiende hacia la aristocracia con una alta proporción de figuras, rombos y corazones. Lo que le tocó en suerte al partirla. Darius Mackenzie, esté donde esté, haga lo que haga, tiene cartas bajas y muchos tréboles.

—Ahora voy a enseñarte esa carta. —Robson corta por ahí y, al cuadrar las dos mitades, pasa la carta forzaje por debajo de la elegida. Enseña la media baraja a la tragapolvos, con la carta forzaje abajo—. Ahora, mira esta carta durante cinco segundos. Es necesario porque es lo que tarda en quedársete en el ojo. Porque lo que voy a hacer es leértela en la retina. ¿Vale?

Puede que la mujer sea una veterana endurecida por el vacío y bronceada por la radiación, pero asiente insegura, nerviosa. Todo forma parte de la venta del truco. Robson vuelve a cerrar la baraja y la mira a los ojos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

—Leo la reina de rombos —anuncia.

Claro que es la reina de rombos.

—¿Verdad que es para volverse loco? —dice Jianyu—. ¡Para volverse loco!

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta la tragapolvos.

—Esa es la primera regla de la magia —dice Haider—. Un mago nunca revela sus trucos.

La tragapolvos les envía dos horchatas, y galletas. Los dos amigos comen, beben y mueven las flacas y desgarradas pantorrillas adelante y atrás.

## 7

Alexia no había visto nunca un *zabbaleen*. Pero aquí hay todo un pelotón, frente a la puerta de su piso, y una de ellos, una joven vestida con pantalón corto ancho de color caqui, botas de trabajo y una camiseta sin mangas, alarga la mano.

—No puede entrar ahí.

—Es mi casa.

La *zabbaleen* lleva unas rastas con cintas y cuentas entrelazadas; se las ha apartado de la cara y las ha recogido con una goma. Trenzas y cuentas que oscilan. Su familiar es una calavera enjorada.

—No es seguro. Ha habido una infestación.

—¿Una qué? —dice Alexia; entonces, un *zabbaleen*, un hombre de altura lunar y parecida vestimenta informal, sale por la puerta de la terraza que da a la calle empujando una servocarretilla. Su familiar es una calavera tachonada de largas púas.

—Ya está despejado.

—¿Qué cojones hacían en mi...? —empieza Alexia. Entonces ve el contenido de la carretilla. Pájaros; cientos de ellos, rígidos y duros como balas. Plumaje de un verde y un amarillo intensos, con destellos rojos.

—¡Han matado a los periquitos! —grita Alexia. Los cuatro *zabbaleen* del pelotón se muestran sinceramente indiferentes.

—Son las normas, *senhora* —dice el de la carretilla.

—Apropiación de recursos indebida y descontrolada —dice la de las rastas.

—Hay que tomar medidas drásticas contra esta plaga —dice un tercer *zabbaleen*, un joven de tercera generación de piel negrísima con escarificaciones por los brazos y debajo de los ojos. Su familiar: una calavera en llamas.

Debe de ser una costumbre de los *zabbaleen*.

—Si no le importa retirarse un poco —dice el último *zabbaleen*, un

hombre pelirrojo y pecoso de edad bastante avanzada. El pelo tiene manchas blancas, producto de la radiación; las pecas alternan con las verrugas negras de los melanomas incipientes. Abre una caja de titanio. El aire vibra y se espesa. El humo se condensa encima de él y después se introduce en la caja—. Todos tenemos códigos de inmunidad, pero a veces falla el programa. No pueden matar a un humano, pero duele de cojones. —Cierra la tapa sobre un charco zumbante de un negro líquido. No era humo; son bots. Han exterminado a los periquitos con miles de drones cazadores del tamaño de insectos.

—Que pase un buen día, *senhora* —dice la de las rastas. Los *zabbaleen* se alejan por la calle con paso alegre.

—¡Pajarito! —grita Alexia, recorriendo las minúsculas habitaciones—. ¡Pajarito! Encuentra fruta pocha en la nevera y la saca al balcón. Se sienta a tomar un té, observando la guayaba pasada. No hay relámpagos de color; no atisba ningún aleteo entre los contrafuertes; no se oyen cantos en el aire.

—Cabrones —dice Alexia Corta.

Alexia ha aprendido algo de los *zabbaleen*: la forma de vestirse. La impresora expulsa el resultado a la bandeja. Es maravilloso después de las prendas complicadas y ceñidas que tiene que ponerse como Mano de Hierro. Pantalones cortos, botas, camisetas, todo holgado. Ropa como la que llevaba en casa, cuando era la Reina de las Cañerías.

También es un buen disfraz.

—*La LMA desaconseja subir más allá del nivel 70* —le advierte Maninho mientras espera a que los pasajeros salgan del ascensor. La gente la mira entrar. Vestida al estilo de los *zabbaleen*. Hoy me miráis; la semana que viene lo llevaréis.

¿Quién sabe cómo cuajan esas cosas?

—*Hay problemas de seguridad personal.*

Nivel 42. Salen varios pasajeros; entran menos. Se cierran las puertas.

—*La situación se ha deteriorado recientemente en el Bairro Alto. Han aumentado los robos de agua y ancho de banda, y se han hackeado impresoras públicas.*

No sabe qué fue del hombre que se asfixiaba y le pidió aire en aquel

mismo ascensor, pero lo ve en sueños: puertas que se le cierran en las narices mientras tiende una mano, pronunciando palabras hambrientas de aire que no llegan a sonar.

«Lo siento. Acabo de llegar y no sé cómo», había dicho.

«No valemos ni el aire que respiramos», había jadeado él.

No sabía a qué se refería. Ahora tiene que averiguarlo.

Nivel 65.

—*Alexia, debo desaconsejarte esto concluyentemente* —dice Maninho—. *Puedo contratar seguridad privada.*

A partir del nivel 68 es la única pasajera.

Nivel 75. Las botas rozan contra la rejilla del suelo. El sonido le llama la atención; baja la vista. Alexia ha crecido en azoteas, balcones, andamios, pero la caída que ve por la rejilla, bajo las suelas de las botas, le dispara el pulso. Hay medio kilómetro, recorrido por cables y conductos, hasta la siguiente pasarela. Extiende una mano para sujetarse. No hay nada a lo que se pueda agarrar.

«No mires abajo. Nunca mires abajo.»

Llega a una escalera que discurre alrededor de una enorme cañería; al apoyar la mano nota la canción conocida del agua en movimiento. Sube tres tramos y llega a un pequeño mirador.

Mira.

No es para quedarse sin aliento; es para soltar una exclamación de puro asombro.

Ve Meridian como no la había visto nunca. El intercambiador es un tambor colosal, cruzado y recruzado por puentes, pasarelas, funiculares. Los ascensores suben y bajan por el lateral curvado del tambor; la cápsula de transferencia del cable orbital sube más que ninguno. La observa, resplandeciente, subiendo hacia la esclusa. Detrás de la compuerta hay doscientos metros de roca protectora, y luego está la segunda compuerta que lleva a la torre de lanzamiento de Meridian. Está a muchísima profundidad.

Los tres *prospekts* principales, cada uno el eje de una *quadra* de Meridian,



salen de ahí. No los ve como bulevares, sino como cañones más profundos que ninguno que haya en la Tierra. Vistas llenas de luces, nubladas por el polvo. El *prospekt* Gagarin se extiende ante ella; puede ver las perspectivas más profundas, donde los otros cuatro *prospekts* de la *quadra* Orión salen del intercambiador. Los árboles que recorren los grandes *prospekts*, más altos que ninguno que haya visto en la selva, son como granos de polen. A su derecha se oscurece la *quadra* Antares; a lo lejos, a la izquierda, el amanecer empieza a iluminar la *quadra* Acuario. Por primera vez, Alexia contempla la disposición de Meridian: tres estrellas de cinco puntas, unidas en el centro. Los cañones de Meridian son una de las maravillas del Sistema Solar.

Tan cerca de la cima del mundo se desvanece la ilusión de la línea solar. Desde el suelo, desde su terraza, incluso desde las alturas de las oficinas de la LMA, Alexia puede creerse que está bajo un cielo, a veces despejado, a veces nuboso. Tiene entendido que hasta llueve de vez en cuando, para limpiar de polvo el aire. Le gustaría verlo. Tiene que ser una proeza de la ingeniería de conducción del agua. Ahora puede distinguir las juntas de los paneles, el grano de las células luminosas que proyectan el cielo. El mundo tiene techo.

Mirando hacia arriba, protegiéndose los ojos con la mano, divisa las chabolas. Cubos de paneles de espuma apoyados en una conducción. Tiendas de tejido y material de embalaje robado colgadas de cables. Pabellones de palets de plástico encajados penosamente en las rendijas de la infraestructura. Refugios, chozas, cabañas. Cuanto más mira, más se revela el Bairro Alto; hasta el último recoveco de la parte superior de la ciudad alberga una residencia improvisada. Piensa en los nidos de insectos, de colibríes, tejidos alrededor de los contornos del mundo humano.

Piensa en las favelas del viejo Río. Cidade de Deus, Mangueira, Complexo do Alemão, Rocinha... Soluciones a la necesidad básica humana de cobijo.

Todo Río se había convertido ya en una favela.

Mientras ve Meridian entera, Alexia entiende que Meridian es mucho más que el espacio que abarca. Las calles y las viviendas se adentran en la roca; la infraestructura de la ciudad se adentra más aún: conductos, pasadizos, túneles, cañerías y sistemas auxiliares, a oscuras en la piedra. Centrales eléctricas remotas, los campos solares y las antenas de comunicaciones de la superficie, los cables, las raíces, se extienden cientos de kilómetros. Ve Meridian como

es: no una ciudad, sino una máquina. Una máquina para vivir, con humanos que merodean entre sus engranajes.

Sigue subiendo. Dos niveles más y todas las tuberías, todas las vigas y contrafuertes están recubiertos de algo que parecen telarañas plateadas. Toca una y aparta una mano húmeda. La rejilla de plástico reluce de rocío.

Cazanieblas. La Reina de las Cañerías aprecia lo ingenioso del diseño. No sabía que en Meridian hubiera una capa de nubes.

—Apropiación de recursos indebida y descontrolada —dice en voz alta.

—*Sí, tremendamente* —dice Maninho.

Cuando llevaba dos minutos con la lentilla en el ojo y conectada a la red, Alexia ya se había dado cuenta de que los familiares no tienen sentido de la ironía.

—Voy a apagarte, Maninho —interrumpe Alexia. Ha visto una cara, una cara de mujer. Una mirada breve, de pocos amigos, antes de desaparecer en las sombras, entre las máquinas. Es posible que haya estado observándola desde que ha bajado del ascensor. Puede que haya docenas de personas que la observan desde la oscuridad. Docenas más en los recovecos, en las escaleras, en las vigas.

Esta no es su ciudad.

Movimiento. Ahí. Cruza rápidamente la parte superior de la escalera.

Alexia da media vuelta para volver al ascensor. Hay personas en el descansillo. Vuelve a dar media vuelta. Hay personas en el tramo siguiente.

Mujeres y hombres de todas las edades; unos cuantos niños. Un abanico de modas: la actual década de 1940, la pasada década de 1980, aquí una blusa del estilo de la década de 2020, allí leggings y sudaderas de la década de 2050. Lo que se llevara cuando se vieron obligados a mudarse al Bairro Alto. Nadie lleva familiar.

—Apropiación de recursos indebida y descontrolada —dice una voz de niño.

Se le acercan más.

No ha tenido más miedo en su vida, ni siquiera cuando los Gularte

atacaron a Caio para declarar la guerra a la Reina de las Cañerías. Y entonces ve la salida.

—Soy ingeniera de canalizaciones —grita—. Puedo enseñaros a aumentar en un veinte por ciento el rendimiento de esos atrapanieblas. Puedo enseñaros a crear un sistema de distribución y depuración.

—Pues vosotros, no sé, colegas, pero a mí me gustaría verlo —dice una voz desde arriba. Tiene acento australiano. Aparece una cabeza por encima de una barandilla, dos tramos más arriba—. Te lo agradeceríamos enormemente. —Es un joven blanco, de ojos oscuros, pómulos marcados y una mata de pelo negro y rizado. Salta la barandilla y cae cinco metros para alunizar delante de Alexia. Lleva una camisa blanca arremangada hasta los codos y unos pantalones de pinzas con los bajos subidos hasta medio tobillo. Sin calcetines. Alexia observa el contorno de las fundas para cuchillos por encima de la cintura alta—. Ha sido una buena respuesta. Esa respuesta te ha salvado la vida. —Se sienta en un escalón y la observa. Alexia se fija en que le falta la punta del meñique izquierdo—. Como la ropa que llevas. Aquí mis colegas tienden a juzgar por las apariencias, pero yo miro más allá. A simple vista vas vestida de *zabbaleen*. Pero no llevas un familiar de *zabbaleen*. No llevas familiar. Eso me parece interesante. Y por tu físico, eres una Jo Moonbeam. Los *zabbaleen* no contratan Moonbeams. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Moonbeam? ¿Dos lunas? ¿Tres?

—Dos lunas.

—¿Dos? Eso suena a LMA. Y si a mis colegas no les caen bien los *zabbaleen*, odian a la LMA. Pero que hayas subido aquí sin escolta es o una gilipollez supina o algo interesante. —Se rodea las rodillas con los brazos—. Te doy la oportunidad de seguir con vida.

La han pillado. Está indefensa. Es todo eso. Solo la idiotez o la sinceridad pueden salvarla.

—Trabajo para la LMA. —Un murmullo de la multitud de excluidos del Bairro Alto. El australiano levanta un dedo y se hace el silencio—. Estaba subiendo en ascensor a la oficina y vi a un hombre que no podía respirar. Me pidió ayuda, me suplicó aire, pero no sabía cómo hacerlo. No podía hacer nada y me marché. —Otro murmullo de descontento—. Hoy he visto a los *zabbaleen* matar a todos los periquitos de mi calle. Una de ellos dijo:

«Apropiación de recursos indebida y descontrolada». Quería saber qué está pasando. Así que he cogido el ascensor y he venido aquí, al destino del hombre que no podía respirar.

—¿Y qué pensabas hacer, LMA? —pregunta el australiano.

—Verlo. Intentar entenderlo. Intentar arreglarlo, si aquí arriba está pasando lo que creo.

—¿Y qué crees que está pasando aquí arriba?

—Creo que la LMA ha estado extinguiendo sistemáticamente las cuentas inviables.

—¿Extinguiendo?

—Liquidando a los inviables económicamente.

Exclamaciones airadas.

—¿Liquidando?

—Matando.

—¿Inviales económicamente?

—Personas. Vosotros.

—Tu teoría es interesante —dice el australiano—. También es correcta.

—Eso es... —balbucea Alexia.

—No solo en Meridian. En todas partes. En Reina, en Santa Olga... Por toda la cara visible. ¿No puedes pagar? Pues no respiras. Antes, los *zabbaleen* nos dejaban en paz, pero ahora nos destrozan los cobijos, nos arrancan los atrapanieblas, nos rompen los depósitos, nos sacan el puto aire de los pulmones. —Levanta una mano para pedir a la gente del Bairro que se siente. Alexia sigue de pie. Es la acusada, todos clavan los ojos en ella—. Dices que puedes ayudarnos con el suministro de agua, LMA. ¿Es cierto?

—Como he dicho, puedo.

—Siguiete pregunta. ¿Vas a hacerlo?

—¿Tengo elección?

—¿Cómo te llamas, LMA?

—Lê. —A Alexia le da aprensión mentir, pero le da más aprensión revelar demasiadas verdades.

—Lê. Suena a nombre inventado. A mote. A mí me llaman la Sota de Cuchillos.

Está la aprensión y está el momento de las jugadas gratuitas.

—Menuda gilipollez —dice Alexia.

La gente del Bairro contiene la respiración. El australiano la taladra con sus ojos de obsidiana negra. Después se echa a reír. Una carcajada larga. Los del Bairro lo imitan y ríen con él. Alexia se fija en que el australiano tiene dos piezas dentales de oro.

—Sí, es una gilipollez, pero halaga mi considerable vanidad. Si sirve de algo, no lo elegí yo. ¿Qué tipo de brasileña eres, Lê?

—Carioca —dice Alexia.

—Nunca me he llevado muy bien con los cariocas. Pero aquí arriba hay cariocas. Brasileños, ghaneses, nigerianos, malayos, neozelandeses, alemanes, nepaleses, árabes. Todas las naciones de la Tierra. Así pues, Lê, de ingeniera de canalizaciones a funcionaria de la LMA. Menudo salto.

—Antes de ser nada en la Luna era la Reina de las Cañerías de Barra de Tijuca —dice Alexia, y con esas palabras se los mete en el bolsillo. Su abuela Pia tenía la habilidad de cautivar con historias: calmaba a los niños, zanjaba discusiones, amenizaba una hora a la luz de las lamparillas mientras esperaban a que volviera la electricidad. Las historias son un fuerte narcótico. A Alexia no le importa ser la única que está de pie; ha pasado de ser la acusada a ser el espectáculo.

Traslada a su público a otro mundo, a una ciudad abierta al cielo; presenta a su familia, en la torre junto al mar. Los describe uno por uno, remontándose tres generaciones, pero se limita a los apodos. Aún le da reparo mencionar el apellido Corta. Relata cómo su tío Matteo la llevó a la azotea de Ocean Tower a enseñarle la luna nueva. «Aguza la vista, niña —le había dicho—. Mira más allá. ¿Qué ves?»

«¡Luces!»

Explica cómo encontró una gotera en una esquina de la ventana de su

habitación y siguió las gotas pared abajo para atraparlas en un vaso, después en una lata, después en un barreño; después decidió que esa no era una solución a largo plazo y construyó una pequeña cañería con pajitas para llevar el agua hasta el desagüe del cuarto de baño. Explica cómo descubrió que podía hacer que el agua circulara hacia arriba durante un tramo si el origen estaba por encima, y cómo se sentaba a mirar formarse la gota hasta que engordaba y caía al embudo, y después la seguía por el laberinto de rayas de colores.

«¿Por qué no tenemos agua buena?», preguntó a su madre.

«La gente como nosotros no tiene agua buena.»

Fue su abuelo Luis quien, un año antes de su muerte, volvió a llevarla a la azotea y le dijo: «Si puedes convencerme de que la necesitas, te doy la herencia ahora». «Quiero ser ingeniera hidráulica», contestó Alexia.

El abuelo Luis no solo le dio lo que le correspondía, sino parte de lo que correspondía a sus hermanos. De Marisa e incluso del pequeño Caio. «Sácale partido.»

De noche estudiaba ingeniería de conducciones de agua y desechos en el CEFET. De día trabajaba de aprendiz con Naimer Fonseca, un fontanero que tenía un taller de reparaciones en Barra, solo con personal femenino. Un día después de graduarse robó doscientos metros de cañería del enclave acordonado de Marapendi y cambió las conducciones no solo del piso de su familia, sino de toda la mitad superior de Ocean Tower.

—Cada uno tenía su propio suministro —dice—. Todos eran autosuficientes. Monté un sistema que funcionaba para todos. Mejoré las cosas.

Conocimientos y osadía; el suministro de agua solo es útil si el agua está limpia; robaba agua del FIAM sin que se nadie se enterase; prosperaba en Barra delante de las narices de rivales que le habrían arrancado la cara. Cuando el público se contagia de su orgullo por haberse ganado el apodo de Reina de las Cañerías, está sentada un escalón por debajo de la Sota.

—Un bonito imperio —dice la Sota—. Pero desde ahí hasta aquí hay un gran trecho.

—Otra empresa quería mandarme un mensaje. Le dieron una paliza a Caio.

Sufre daños graves, puede que permanentes.

—¿Qué hiciste tú? —pregunta con un hilo de voz una mujer delgada, gris como el polvo.

—Se lo devolví —proclama Alexia—. Por triplicado.

Un murmullo. Alexia capta la aprobación.

—Caio necesita cuidados constantes y rehabilitación —prosigue—. En Barra no se puede conseguir tanto dinero. Hice lo que hicieron los Corta: venirme a la Luna.

Otro murmullo, esta vez amenazador, rayano en el gruñido.

—Ese apellido tiene mucha historia aquí arriba —dice la Sota.

—Ya lo sé —dice Alexia—. Pero todo el mundo en Río, todo el mundo en Brasil, lo conoce, y sabe qué hicieron. —El público asiente. Alexia está jugando una partida arriesgada: abre con una carta perdedora al mencionar a los Corta con la esperanza de que eso convenza al público de que no tiene una carta más valiosa: su verdadero nombre. Reina de las Cañerías en lugar de As de Cortas. Pero aún no está a salvo. Tiene que jugar una carta más—. El caso es que puede que no sepa nada de aire ni de datos, pero puedo construir un sistema de canalización.

Este murmullo es de desconfianza.

—Claro, como que vas a volver. —Un adolescente con una torre de pelo negro dice lo que todo el mundo piensa.

«Por el hombre que se asfixiaba en el ascensor, por lo que Lucas me pidió que hiciera en el ciclador, por Caio y el precio de la venganza. Por las cosas terribles que he hecho.» Lo único que puede decir Alexia es:

—¿Os doy mi palabra?

—¿Nos das tu palabra? —dice la Sota de Cuchillos.

—Os doy mi palabra.

—Colegas —grita el australiano—. ¡Tenemos un contrato!

El primer día, la Reina de las Cañerías organiza equipos. Los más jóvenes se dedicarán a rapiñar material. Son rápidos y menudos, y pueden trepar y esconderse. Les facilita listas de lo que tienen que robar y los despacha.

—Necesito cuatro equipos de construcción —declara Alexia. Su escuadrón está sentado en el único espacio amplio del Bairro Alto, la cubierta ligeramente curvada de un intercambiador de gases del tamaño de un bloque de oficinas—. Equipo Niebla, Equipo Depósito, Equipo Cañería, Equipo Ultravioleta.

—¿Y yo? —dice la Sota.

Está sentado en el suelo, cruzado de piernas, con los pantalones subidos por media pantorrilla y la camisa de cuello ancho desabrochada hasta la cintura. Se ha arrancado las mangas por los hombros. A Alexia le gusta su forma de llevar la ropa.

—Equipo Seguridad —dice Alexia. La Sota sonríe. Tiene la piel del pecho, de los brazos, surcada de cicatrices, una encima de otra encima de otra—. Acercaos.

Se saca un bolígrafo de vacío del bolsillo de los pantalones de *zabbaleen* y dibuja en el aislamiento blanco del depósito. En el Bairro Alto no hay familiares, no hay red, no hay presentaciones impecables ni diagramas de ingeniería. No hay papel. Traza en cien metros cuadrados su plan de suministro de agua para el nivel superior. Es sencillo pero completo, sólido pero fácil de mantener, con cohesión pero completamente modular.

—Los *zabbaleen* lo desmantelarán el primer día —dice un hombre del Equipo Depósito.

—Pues lo defenderemos —dice la Sota—. Todos estamos en el Equipo Seguridad.

Los niños vuelven tras la caza. Yaya, el del pelo alto que cuestionó la palabra de Alexia, lleva diez cañerías de cinco metros bajo el brazo. Le brillan los ojos.

—Había un bot —dice jadeando. Todos jadean; a todos les cuesta hablar; todos se paran a recuperar el aliento en el Bairro Alto.

—¿Estás bien? —pregunta Alexia. El joven sonríe y levanta un puño lleno de actuadores hidráulicos: su trofeo de la pelea.

—Ten cuidado con esas cosas —dice la Sota—. No estás preparado para combatir las.



El segundo día, los equipos salen a preparar el emplazamiento. Los niños se cargan las pocas cámaras fijas y bots espías que han sobrevivido con tirachinas y bolas metálicas. Alexia guía a los equipos: No, ese tramo de tuberías no puede ir ahí; Ese depósito tiene que colocarse más arriba; Necesitaréis protección contra los esterilizadores por ultravioletas; Si enganchas ahí esa toma de agua, harás estallar medio Bairro Alto, así que ponla aquí; Las rejillas de filtrado van aquí, en este depósito; ¿Cómo que no tenéis rejillas de filtrado? ¡Equipo Rapiña!

—Estás bastante buena cuando te pones a dar órdenes —dice la Sota.

—Tú también puedes ponerte a trabajar —dice Alexia, y le lanza un soldador robado a un descuidado trabajador de mantenimiento en una tetería del nivel 50.

Al tercer día, el agua se mueve.

—Colgad aquí los atrapanieblas —ordena Alexia—. No hay mucha condensación, pero del intercambiador térmico sale una corriente fría constante, lo que significa que recolectaréis el ochenta por ciento de lo que atrapéis. —El techo del intercambiador de Meridian está tachonado de espejos de los heliógrafos; cuando Alexia da la orden, el Equipo Niebla abre las válvulas de debajo de los depósitos colectores. Y fluyen las aguas. Los niños corren a su lado, la siguen contrafuertes arriba, escaleras abajo, alrededor de motores rugientes, a través de laberintos de cables eléctricos. De cañería a cañería, de junta a junta. «Buscad fugas —eran las instrucciones de la Reina de las Cañerías—. No apretéis demasiado las tuercas o se pasarán de rosca.»

Los desposeídos se apelotonan alrededor de las tres cisternas de recepción, situadas equidistantemente alrededor del intercambiador. Un temblor, una sacudida lejana, un gorgoteo, un burbujeo y fluye el agua.

La Sota pone las manos en cuenco, las introduce en el agua espumeante y se las lleva a los labios. Después de probar el agua, se la ofrece a Alexia. Bebe de las manos del australiano.

—Es buena —declara. Los vítores ahogan el «pero podría ser mejor».

No puede apartar los ojos de los de la Sota.

Se acuerda y levanta una mano.

—Cerradlo; no hay tanta agua como para desperdiciarla.

Esa noche piensa en reservar tiempo de satélite para llamar a la Tierra y hablar con Caio, con su madre, con la gente del piso. Vacila; no sabe qué hora es allí, y si llama cuando no debe, alarmará a todo el mundo. Su pensamiento vaga de Barra a Norton, el guapo, celoso, enorme y cariñoso Norton. Norton, que se afeitaba el pollón y los huevos por ella, para dejárselos como el culito de un niño. Habrá encontrado a otra persona; está demasiado bueno como para no encontrarla. Pero no querrá. La esperará para cumplir su palabra, para ser honrado, para demostrar algo sobre la fidelidad y la infidelidad.

Y ella es infiel, porque en realidad no es en Norton en quien está pensando.

Hace demasiado tiempo.

Al cuarto día está inquieta en su trabajo de Mano de Hierro, hasta tal punto que Lucas se fija y lo comenta. Preparan una gran presentación ante todo el Pabellón. Van a asistir terrestres y Dragones. Tiene que quedar impecable. Miente sobre la menstruación y en cuanto acaba la jornada coge el ascensor al techo de la ciudad. Se encuentra ante la Sota. Su corazón se precipita al vacío como los voladores del intercambiador de Meridian cuando cierran las alas para hacer un picado. La Sota no sonrío. Nadie sonrío.

—¿Qué ha pasado? —Alexia examina los rostros. Falta alguien. Un hueco. Cae en la cuenta—. ¿Y Yaya?

El Equipo Depósito lo ha encontrado entre los conmutadores de la *quadra* Antares. La sangre atravesaba la rejilla del suelo de tres niveles. Estaba sentado, con la espalda apoyada en un mamparo. Tenía los intestinos en los muslos; lo habían rajado de la entrepierna al esternón.

Solo una máquina mata con tan poca consideración hacia la dignidad del cuerpo humano.

El Equipo Depósito se retiró cuando en el techo de la ciudad resonaron las botas de los *zabbaleen*.

—Se han puesto chulos —dice la Sota. Alexia le pone la mano en el hombro y él pone la suya encima—. ¡Vamos! —grita—. ¡Tenemos cañerías que instalar! Y tened cuidado ahí fuera, colegas.

Todo debe estar dispuesto, bien sujeto y atornillado, porque al quinto día

llegarán las lluvias.

Alexia ruega al ascensor que suba, que suba, más deprisa, más deprisa. Pero la velocidad de los ascensores es fija, y este parece parar en todos los niveles. Alexia se revuelve, frustrada. La lluvia está programada para las 13.00, hora de Orión, y tiene que estar ahí arriba antes de que caiga la primera gota.

Llega al nivel 75, el final del trayecto, y corre escaleras arriba. Bajo sus botas Meridian está en silencio, en suspenso. No hay voladores en el intercambiador; no se ve un alma en puentes y pasarelas. El aire está espeso, cargado de polvo. Alexia nota el sabor en la lengua, siente como le bloquea las ventanas de la nariz. La ciudad espera para que la laven.

La gente del nivel superior espera posada con la elegancia y el artificio de un grupo de baile en rellanos y plataformas, con las piernas entrelazadas en barandillas, acuclillada en escalones de acero.

—¡Oh, Reina, mi Reina! —Alexia entorna los ojos y, entre las luces del techo, ve a la Sota, que realiza su característico salto y se deja caer cuatro niveles hasta la plataforma. Le tiende el brazo—. ¿Vamos?

—Sota de Cuchillos. —Alexia acepta su brazo y juntos suben por la escalera, nivel tras nivel de vítores y silbidos. El ruido forma ecos en la cavernosa arquitectura del Bairro Alto, que lo duplica y lo transforma en un rugido de máquina. Mientras sube ve a niños sacarse espejos de los bolsillos de los harapos para enviar mensajes de un lado a otro del intercambiador. Destellan las respuestas. Todos están preparados.

—¿Sabes que nunca me lo habías llamado a la cara? —dice la Sota cuando llegan a la reserva sur.

El plástico se agita movido por los imprevisibles vientos de la ciudad alta. Los equipos forman tras la Reina y la Sota, en círculo alrededor del depósito. Los niños están listos para salir corriendo a hacer reparaciones: Alexia ha hecho los cálculos basándose en el volumen del monzón de Meridian, pero la maldición de los ingenieros es que la teoría no suele sobrevivir a la realidad.

El cuerpo de Alexia hormiguea de nerviosismo. Ha estado todo el día conteniendo la emoción en la oficina, pero ahora se da cuenta de que con ella enmascaraba la ansiedad. ¿Y si todo se desmorona con la primera gota? ¿Y si Yaya ha muerto en vano, solo por una maraña de cañerías y tiras de plástico?

El silencio es tan profundo como el que precedió a la creación.

Alexia oye la caída de una gota; baja la vista y ve una mancha oscura en la rejilla. Otra, después otra y otra. Observa una gota de lluvia: del tamaño del extremo de su pulgar, cayendo tan despacio que puede seguirla. Se estrella contra su antebrazo derecho, con un sonido contundente e inconfundible. Las gotas caen con regularidad, dispersas pero continuas. Suenan las plataformas, las escaleras, los monolitos metálicos del Bairro Alto. Los depósitos y las láminas de plástico crepitan.

—Ven conmigo —dice la Sota. Le coge la mano y la conduce a la barandilla—. Mira.

En cuanto ha empezado a llover, Meridian ha florecido. Multitudes abarrotan los puentes y pasarelas; todas las terrazas están llenas de gente. Cientos de miles de caras vueltas hacia la lluvia.

—Oh. —A Alexia se le llenan los ojos de lágrimas.

—Aún no has visto nada.

La lluvia se convierte en un aguacero. Alexia está calada hasta los huesos en cuestión de segundos. La lluvia la golpea, la deja sin aliento. Intenta respirar bajo el torrente. El ruido es ensordecedor. Está dentro de un instrumento de percusión, una pandereta del tamaño de una ciudad. En Río había experimentado la lluvia tropical de gotas gordas, pero esto va más allá de lo que pudiera imaginar. Es un diluvio bíblico. La Sota le sujeta la mano.

—Quédate aquí —le grita.

La cúpula del intercambiador se llena de arcoíris, uno encima de otro encima de otro. Un arcoíris triple, brillante y luminoso. Es un chaparrón sin nubes. La línea solar está en modo mediodía. Los arcoíris recorren los cañones de las *quadras* Orión y Acuario, se amplían y van de pared a pared; son arcoíris matutinos y vespertinos. La *quadra* Acuario está a oscuras; entonces se ilumina el cielo en un carnaval de arcoíris. Por supuesto que tenían que encender las luces para esta maravilla.

—Oh —dice Alexia Corta—. Oh. —Entonces lo siente. Agua en movimiento, agua en torrentes, agua hambrienta—. Ya va a toda velocidad. —Arranca a la Sota de la balastrada y cruza con él la cubierta resbaladiza hacia el depósito. Pone la mano en una cañería: la vibración es casi sexual. Agua

corriente. Se aparta el pelo empapado de la cara y se dirige a un niño del Equipo Rapiña.

—¿Aguanta?

El niño sube los dos pulgares, sonriendo de oreja a oreja.

Las cañerías se agitan en sus soportes. Alexia imagina la lluvia que corre de canalón a receptáculo, de receptáculo a bomba, de bomba a conducto, de conducto a distribuidor, cayendo en cascada de nivel a nivel del Bairro Alto; agua que fluye a borbotones, que se acumula. Ríos, torrentes de agua salvaje. Y estallan las válvulas de encima de los depósitos. Caen cataratas de las cañerías y se estrellan contra los depósitos de plástico. Las sujeciones se inclinan y crujen; la gente se aparta. Alexia Corta ha diseñado un sistema fuerte y los equipos lo han construido a conciencia. Las láminas se abomban; sube el nivel de agua. Haces de luz de los espejos brillan como diamantes en medio del chaparrón; los depósitos nordeste y noroeste están en funcionamiento, llenándose.

—¡Joder! —grita la Sota por encima del rugido del agua. Tiene el pelo hecho una plasta y la ropa pegada al cuerpo, formando pliegues y arrugas—. ¡Qué preciosidad! —Y en un instante se le congela el rostro. Cambia—. ¡Vete de aquí! —grita. La gente se dispersa subiendo por escaleras, montantes, escalas y tuberías. Alexia mira alrededor, desconcertada. Solo quedan la Sota y ella en la plataforma—. ¡Lárgate de aquí, Lê! —grita la Sota. Los viejos músculos terrestres llevan a Alexia a la plataforma siguiente de un salto. Ha visto las sombras en las esquinas del mundo.

Un grupo de guardias con armadura; les corre agua por las esquinas del casco. Llevan fundas con cuchillos y táasers. Tras ellos, a la espera, los *zabbaleen* y sus máquinas llenas de garras.

—La leche que os han dado —dice la Sota. Se quita la camisa. Alexia observa las heridas que le recorren la espalda, los hombros, algunas aún frescas, con la marca de suturas recientes. Tiene las manos sobre las fundas de los cuchillos—. ¿Otra vez?

—Déjanos hacer nuestro trabajo —grita un *zabbaleen* desde la oscuridad goteante—. Es magnífico, pero no podemos dejarlo en pie.

—Pues va a seguir en pie —dice la Sota. Alexia ve tensarse los músculos de los guardias, contraerse los tendones bajo el traje acorazado—. ¿No habéis

aprendido nada? —Él también lo ha observado—. ¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo?

—De... —empieza el *zabbaleen*, pero la Sota interrumpe con un rugido.

—¡Soy la Sota de Putos Cuchillos!

Claqueo, zumbido. Dos bots salen de entre las sombras, atravesando cortinas de lluvia. Las gotas recorren sus carcasas brillantes. Son estilizados, elegantes, bonitos. Alexia recuerda lo mucho que la impresionó su belleza cuando fue a la planta de fabricación de Guangzú a inspeccionarlos en nombre de Lucas, antes de enviarlos a una órbita baja alrededor de la Tierra. Un horror precioso. Podría vomitar.

—Ah —dice la Sota, y da media vuelta. Se está alejando...

Pero se ha alejado para tomar impulso. Gira y se lanza como un relámpago, y tras el movimiento fulgurante, un guardia tiene un cuchillo clavado en la axila y su táser está en la mano de la Sota, que apunta y dispara con un solo pensamiento. O ni siquiera un pensamiento: es pura acción. El bot salta desplegando las cuchillas y el táser lo caza al vuelo; se desploma hecho un amasijo de extremidades cortocircuitadas. El guardia lanza una patada circular, pero está sangrando a borbotones por la arteria seccionada. Los chorros de sangre llegan muy lejos en la gravedad lunar. La lluvia implacable se lo lleva todo a través de la rejilla.

La Sota se agazapa como un jaguar, con una sonrisa ávida de sangre. El segundo bot está en marcha; la Sota lo esquivo, y el bot lanza hacia él una pata erizada de cuchillos. La velocidad de una máquina, la precisión de una máquina. Le habría seccionado el costado hasta llegar a la columna, pero lo impide algo que baja dando vueltas desde los niveles superiores. Unas boleadoras. Las cuerdas se enredan en las patas del bot y el momento angular de las bolas lleva suficiente fuerza para partir las articulaciones. El bot ha caído y los niños, gritando desafiantes, saltan desde los niveles superiores y caen sobre los bots derrotados, los abren con martillos y llaves inglesas y les desgarran las preciosas entrañas chisporroteantes.

Los guardias cargan. La Sota está entre los niños y ellos. Un guardia intenta rodearlo por un lado; la mano de la Sota se mueve como un rayo y el guardia tiene un cuchillo clavado hasta el mango en la garganta. Una puñalada vuela hacia la Sota; la esquivo agachándose y clava profundamente el otro

cuchillo en la rodilla de la atacante, que cae chillando y lanzando maldiciones. La Sota se arroja al suelo, resbala por la cubierta húmeda y descarga un pie contra la rótula del otro guardia que lo quiso rodear, golpeándole la rodillera con todo el peso de su cuerpo. Alexia puede oír el crujido de la articulación por encima de la lluvia.

—¡Niños!

¿Cómo se ha dado cuenta de que el guardia se cierne sobre él? ¿Por el movimiento, por la momentánea ausencia de lluvia, por el olor, por sentidos de luchador más sutiles? Troncha hacia atrás el pulgar del guardia de la rótula destrozada; otro chasquido de hueso. Le quita el cuchillo que empuñaba en esa mano, se escurre para esquivar la puñalada que desciende y clava el arma robada en el antebrazo desprotegido del atacante, que suelta el otro cuchillo. La Sota lo atrapa antes de que golpee el suelo y lo clava en un lateral del empeine del guardia. Y de repente está en pie. Con las manos vacías.

—Quítale el arma al enemigo —dice. La lluvia le pega el pelo a la cabeza en rizos chorreantes—. Y úsala contra él.

Hace señas a la última guardia que queda en pie para que se acerque.

La mujer tiene la mano cerca del táser. Niega con la cabeza.

—Chica lista —dice la Sota. Arranca un cuchillo de la pierna de la guardia caída, y el otro, de la garganta del muerto. Los limpia con los jirones de la camisa, respira a fondo y, con un movimiento tan rápido que Alexia no puede seguirlo, vuelve a enfundárselos—. Estos son míos.

El diluvio se convierte en chaparrón, en lluvia, en llovizna. Escampa. Del Bairro Alto caen gotas que la luz convierte en una miríada de diamantes. La ciudad está enjoyada. Sale vapor de plataformas y niveles. La Sota sube por la escalera y Alexia contiene el júbilo. No la mira. Los habitantes del Bairro Alto saludan a la Sota con gestos de cabeza mientras pasa entre ellos. No mira directamente a nadie. Nadie habla.

Abajo, en el campo de batalla, los *zabbaleen* salen de entre las sombras.

Alexia lo encuentra en su tienda, una lámina de plástico colgada de unas columnas de sujeción. El agua de lluvia ha formado charcos en el plástico. La Sota está de rodillas, de espaldas a ella. Está desnudo. Con cuidado, con precisión, con ternura, limpia y afila los cuchillos.

Alexia se queda largo rato mirándolo. No ha visto nunca a un lunarío desnudo. Los cambios fisiológicos provocados por la gravedad lunar son elegantes y a la vez repulsivos. Casi humano. El valle inquietante. Tiene toda la piel surcada de cicatrices. Alexia supone que tendrá treinta y pocos, aunque posee el autodomínio y el aire dolorido de un anciano.

—¿Ya has visto bastante?

—Lo siento —dice Alexia sobresaltada.

—Una tía mía se ponía ese perfume. La tía Madison. La odiaba a muerte.

—Me he inmiscuido. Me marchó.

—No te vayas. —Da una palmadita en la almohada—. Si no te importa sentarte delante de un hombre en cueros.

—No me importa en absoluto. —Se sienta cruzada de piernas en la almohada. Plástico relleno de jirones de plástico. La cama es un nido de trapos. Cae agua por las uniones imperfectas de las láminas de la tienda. La Sota trabaja concentrado y con diligencia, pasando la hoja por la piedra.

—Cada cual tiene su vudú. Cuando era tragapolvos tenía que ponerme en primer lugar la bota y el guante derechos del trácup. Siempre. Después de una pelea..., bueno, no estoy demasiado sociable.

—Lo entiendo.

—Te aseguro que no, Lê.

Levanta un cuchillo y lo gira para ver el reflejo de la luz. Una línea de fuego recorre el filo. Juega con él, le da vueltas, lo lanza, hace trucos. Vuelve a caerle en la mano. Lanza hacia delante el brazo derecho; la punta de cuchillo queda a un aliento de la garganta de Alexia. Él no mira. Ella no se inmuta.

—Quiero tomarte aquí mismo, en esta cama —dice Alexia.

Ahora, la Sota la mira. Sonríe. Luz sobre metal: el cuchillo ha vuelto a su funda. Alexia se baja los pantalones empapados mientras se lanza hacia él. Lo derriba y está encima; ya se ha quitado la camiseta inundada y se está desabrochando el sujetador. Lo cabalga; lo inmoviliza con muslos y manos contra el nido de trapos. La Sota se debate, pero ella tiene fuerza de Jo Moonbeam, y él ríe a carcajadas y la atrae hacia sí.



Se besan. Alexia le coge la cara entre las manos.

Baja una para cogerle los huevos. Sin pelo, lisos como el cristal.

—Yo también tengo mi vudú —dice Alexia—. Mis hombres se afeitan.

—Uh, todo el mundo se afeita —dice la Sota—. Basta con pillarse una vez un pelo púbico con un trácsup. —Después levanta a Alexia, que suelta un gritito mientras la tumba de espaldas. Le muerde el interior de los muslos; Alexia se adelanta para acercarse a su cara. La Sota le retuerce los pezones entre el índice y el pulgar mientras le come el coño. Alexia gime al ritmo de discoteca de la punta de la lengua contra el clítoris. Los músculos se tensan, se agarrotan. Aún no. Levanta una pierna; gira para cogerle la polla. Es larga y curvada a la izquierda. La recorre con la mano arriba y abajo; se escupe en la palma de la mano y le saca brillo al glande. La Sota suelta un «Joder» ahogado y, con la lengua, emprende la exploración de los labios menores. Está comiéndosela. Comiéndosela. Alexia acerca la cabeza a la polla; se revuelve en su boca. Se la introduce tan a fondo como puede sin atragantarse.

*Coraçãozinho*. Ese era el nombre que daba a aquel pequeño triángulo que aparecía bajo el glande de Norton cuando se obraba la magia.

Norton.

Acaricia el *coraçãozinho* con la uña del índice. La Sota suelta un gritito y después estalla en carcajadas.

Cuánto tiempo hacía que nadie se reía follando. Que nadie se reía en general.

Alexia lo mira.

—Bueno, hombre de la Luna, ¿qué trucos se llevan por aquí arriba?

Él la tumba de lado, le levanta la pierna izquierda, le sujeta la derecha, la estira y entra en su interior. Alexia blasfema en portugués. Follan con regocijo. Posturas, variaciones, tiempo: Alexia no tiene ni idea de cuántas ni de cuánto, hasta que está tumbada de espaldas con el torso doblado y las piernas a la altura de la cabeza; *empilhadeira* en portugués. Mira más allá de las caderas oscilantes de la Sota y ve a tres niños que observan por debajo de la cubierta goteante de la tienda.

Suelta un grito, se libera del martillo neumático y se cubre con los trapos

húmedos de la cama.

—Ah, hola —dice el que probablemente sea un niño—. Solo queríamos decirles que, cuando terminéis, podéis bajar a ver correr el agua.

Después de tomar algo, a dormir.

—¿Estará en casa? —pregunta Haider cuando Robson le sugiere que se quede a dormir. Ya le han presentado a Wagner y Analiese. Los dos lo han acogido bien, pero se siente incómodo en presencia de Wagner. Le da miedo, es la verdad. Y Wagner ha estado de malas pulgas. Hiperactivo, con insomnio y un hambre voraz. Inquieto, temperamental y súper, superrápido e inquisitivo. Robson no necesita salir a la superficie para saber que se acerca la tierra llena.

—Tiene un contrato de unos días en el Theon Senior —dice Robson—. No vuelve hasta pasado mañana.

Haider se siente aliviado. Robson también.

El piso es pequeño incluso para los parámetros lunares. El altillo de Robson, un tabuco para trabajo, música y estudio adaptado como dormitorio, es más pequeño aún. El colchón encaja como un pie en la bota y los dos niños se tumban formando un yin-yang.

—Bueno, ¿cómo los haces? —pregunta Haider, de lado como una coma.

—¿De qué hablas? —pregunta Robson. Por encima de ellos discurre el agua; el aire acondicionado es un zumbido permanente.

—Los trucos de magia —dice Haider.

—Efectos —dice Robson—. Los verdaderos magos los llaman efectos. Los trucos son tramposos.

—Claro que son tramposos. Engañas a la gente.

Robson lo considera durante un buen rato y replica:

—Tú te inventas historias. —Haider nunca le ha dado a leer ninguna de sus historias, y aunque se la diera, a Robson no le va la lectura. Pero sabe que Haider ha llenado megabytes de la red de angustia, trasfondo, dolor y consuelo, relaciones, porno y amor entre hombres. Puede desmenuzar y analizar las estructuras, los tropos y los arcos argumentales de cualquier

telenovela hasta que a Robson le hacen los ojos chiribitas, cosa que ocurre cuando está jugando a un juego con la lentilla—. Las historias engañan a la gente. Le hacen creer que los personajes son reales, que debe importarles lo que pase con ellos.

—Son de verdad, más o menos —dice Haider—. No de verdad literalmente; de verdad a medias. Es verdad que la gente es así, que se siente así, que es así de difícil.

—Los efectos son de verdad en ese sentido. En medio de cada efecto hay una verdad. Es que el truco tiene que ocurrir para que exista el efecto. Y normalmente es algo muy sencillo, algo que salta a la vista. Pero el público no tiene que verlo.

Ahora es Haider quien lo considera un momento.

—Sí, lo pillo. Pero ¿cómo los haces?

—Cuestión de práctica —dice Robson sin dudarlo—. Los actores practican mil veces. Los músicos, diez mil veces. Los bailarines practican cien mil veces. Pero los magos practican un millón de veces.

—¿Un millón?

Robson pide a Joker que haga el cálculo.

—En realidad, más de un millón de veces.

Eso da que pensar a Haider.

—Te veo practicar esos movimientos de *parkour*. Saltas y te caes, saltas y te caes, saltas y te caes. Fallas y vuelves a intentarlo. Fallas y vuelves a intentarlo.

—Tiene que quedar grabado a fuego; hay que adoptar la forma del movimiento. Con la magia es igual, pero no se ven las caídas. Si se ve la caída, se ve el truco y no hay efecto.

—Yo no podría hacer eso —dice Haider—. No se me dan bien las actividades físicas que incluyen calcular el momento, ni las de destreza manual. No tengo un control motor muy preciso; es algo de mi química cerebral. Como un reloj que atrasa un poco respecto al de todos los demás.

—Vaya —dice Robson—. Entonces, ¿es como si estuvieras viviendo

siempre en el pasado?

—Se podría decir así, sí.

—Vaya.

Robson siente que Haider se le acerca en la cama. Cuando estaba en Meridian, con la manada de lobos, extendía su colchoneta en una esquina tranquila de la zona de estar, apartada de la cama comunal. No era un lobo, así que nunca esperaron que durmiera con la manada, aunque entendía que lo habrían recibido bien. Ahora está en Teófilo, haciendo lo que nunca haría en Meridian: compartir la cama con otra persona. Ni siquiera un lobo; un amigo. Se siente bien; se siente a salvo. Las primeras noches que pasó en el piso de Analiese se despertaba sin saber dónde estaba y se ponía a dar tumbos medio dormido. Gritando. Más de una vez lo había acompañado Wagner. Alguien que le cubría las espaldas. Aquí está a salvo, lejos de la política y las rencillas del Águila y su corte, enterrado en el minúsculo y aburrido Teófilo, aunque sigue despertándose entre gritos algunas noches.

—El primer truco..., efecto, me lo enseñó mi marido —dice Robson. Ha relatado a Haider lo suficiente de su historia para saciar su curiosidad sin ponerlo en peligro. Esta noche necesita contarle más. Esta noche necesita retirar el truco y enseñar la verdad—. Se llamaba Hoang Lam Hung. Estuve casado con él durante una noche. Cenamos, nos contamos chistes y me enseñó a hacer trucos de cartas.

»Era muy considerado. Nunca me habría hecho daño, ni habría permitido que nadie me lo hiciera. Después se ocupó de mí.

—¿Después?

—De la anulación —dice Robson—. Mi tía Ariel fue a los tribunales y anuló el matrimonio. En realidad era una especie de rehén. Como cuando me adoptó Bryce Mackenzie. Por aquel entonces no estaba Ariel para librarme de eso, pero Hoang me llevó a Reina y pidió a Wagner que me dejara vivir con él.

—Cuántas cosas te han pasado —dice Haider—. Mi vida es bastante aburrida.

—Lo aburrido está bien —dice Robson—. La gente dice que quiere vivir aventuras, como en las películas de enredo, pero nadie lo soporta. En las

películas de enredo y aventuras nadie está a salvo. Las aventuras matan.

—¿Alguien...? —Haider no sabe cómo plantear la pregunta.

—¿Si murió alguien? Sí. Mi madre. Hoang. Mi equipo de *parkour*.

—Mierda. —Haider se tumba boca arriba, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza.

—No se lo digas a nadie. Siguen buscándome. Más aún ahora que mi tío Lucas es el Águila. Aquí, nadie sabe quién soy.

—No diré nada —dice Haider.

## 8

Las visitas llegan en un flujo incesante, desde el desayuno hasta la medianoche. Vecinos que no la miraban dos veces cuando solo era Marina, la científica rarita, sienten curiosidad por ver a la mujer que ha bajado de la Luna. Vecinos que eran amigos, que la apoyaban, que piensan que es mejor dar a Marina, del espacio lunar, tiempo para asentarse. Amigos. Un coche lleno de amigos de la universidad subió desde la ciudad solo para verla, nerviosos con sus máscaras filtrantes ante los árboles, la fauna, cualquier cosa que pudiera ser infecciosa. Una explosión de ruido y demasiada piel: Jordi-Rae, su mejor amiga, entra como una tromba en la habitación donde pasaron tantas horas de pequeñas elaborando guiones para sus juguetes. Sigue trabajando de guardabosques. Sigue sin novio ni novia. A Marina le gustaría que se quedara más tiempo, pero se despide cuando vuelve a sonar el timbre y son los agentes Dolores y Kyle, de la policía de Port Ángeles.

—¿Hay algún problema? —pregunta Kessie. En casa de los Calzaghe, la policía siempre ha sido el enemigo.

El agente Dolores se agita incómodo pero con intención, como si buscara una excusa para hacer de poli.

—Simple rutina.

—¿Tienen una rutina para los que vuelven de la Luna? —Marina sale rodando a la sala. Ocean monta guardia junto a su hombro derecho, y Weavyr, junto al izquierdo.

—Solo queremos asegurarnos de que todo va bien —dice el agente Kyle.

—¿Por qué iba a ir mal?

—Ha vuelto recientemente de una nación hostil —dice el agente Dolores—. Y trabajaba para una de las corporaciones principales. Era la ayudante personal de un importante miembro de una de las familias más destacadas.

—Parece que la policía de Port Ángeles sabe muchas cosas de mí —dice Marina.

—¡No es ninguna terrorista! —estalla Ocean. El aire se cristaliza en la habitación. Las cosas pueden ponerse feas muy deprisa.

—Estoy segura de que los agentes solo quieren asegurarse de que a la gente no se le ocurren tonterías sobre Marina —dice Kessie—. Las calumnias dan la vuelta al mundo mientras la verdad se ata los zapatos.

—Eso mismo, señora —dice el agente Dolores.

Antes de hablar, Marina espera a oír el crujido de la tierra bajo las ruedas del coche patrulla.

—Les han dicho que me mantengan vigilada.

—¡Te toman por terrorista! —dice Ocean.

—Lo que es seguro es que eres una bocazas de cuidado, Ocean Paz Calzaghe —sisea Kessie—. Esas cosas no se dicen delante de los policías.

—No pasa nada —dice Marina—. Ven a ayudarme con la fisioterapia.

Pero sí que pasa algo. El aire parece sucio; el agua sabe contaminada. Todas las esquinas llenas de telarañas tienen ojos y oídos. Han invadido la casa y la tienen vigilada.

—Cualquiera diría —comenta Marina mientras se levanta entre dolores para alcanzar el andador— que podía correr veinte kilómetros sin despeinarme.

—¿Correr? —Para Ocean, el ejercicio consiste en rodar de una esquina del sofá a la otra. Marina da un paso a duras penas. Otro. Otro. Ocean la sigue, lista para sujetarla si se cae.

—Fue un chico —dice Marina—. Era de lo que no hay, pero hay que serlo para hacerme correr. Era como un rito. Una religión. Pintura corporal y ropa verdaderamente minúscula.

—¡Marina! —exclama Ocean.

—Iba a hablarte del sexo...

—¡No! ¡No! ¡No! —gime Ocean, tapándose las orejas—. Marina... Si te hago una pregunta, ¿me prometes que no me das una respuesta escabrosa?

—No puedo prometer nada. Pregunta. —Cinco pasos hasta el final del pasillo; media vuelta y a seguir.

—¿Es verdad que ahí arriba, en la Luna, a nadie le importa que los demás sean hetero, homo o bi?

—Es verdad. A nadie le importa; nadie juzga; ni siquiera existen esos términos en globo. Lo importante es a quién se quiere, no qué es. —Final del pasillo. Girar exige una compleja serie de movimientos del andador y los pies inseguros—. Tardé mucho en entenderlo, pero en torno a eso gira la Luna. Todo es un contrato entre personas. Tu padre... No lo he visto por aquí.

—Están de separación de prueba. A ver si les gusta.

Marina capta la cólera en la respuesta indiferente de Ocean.

—En la Luna, el matrimonio es otro contrato. Quién, qué, cuánto tiempo. Vivir juntos, vivir separados, con sexo, sin él. Relaciones abiertas, poliamor, matrimonio con anillos... Es posible estar casado con varias personas a la vez.

—Qué complicado.

—Como tiene que ser. Debería ser muy difícil casarse y muy fácil divorciarse. Estaba con la mejor abogada de familia de la Luna, y hasta ella se pasaba todo el tiempo intentando tapar agujeros y reparar afrentas.

—«Estaba.»

—¿Qué?

—Has dicho «Estaba con», no «Trabajaba con».

—Cierra el pico y ayúdame a volver a esa silla —dice Marina—. Y tráeme las pesas. Ahora tengo que hacer ejercicios de tórax.

Pero Ocean deja las pesas en el suelo y corre a la puerta cuando la casa anuncia otra visita: Skyler, que llega de Indonesia.

La hermandad secreta de los insomnes. Marina está demasiado dolorida para dormir, y Skyler tiene demasiado *jet lag*.

—De oeste a este es lo peor. —Skyler está en cuclillas, iluminado por la luz de la nevera. Las leyes del insomnio dictan que el lugar de reunión es la cocina. Bebe zumo directamente del brik—. A la larga deshidrata.

—Te garantizo que de la Luna a la Tierra es peor aún —dice Marina.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

Nunca le ha caído bien su hermano. Es el tardío, el último, el mimado.



Podía largarse al Sudeste Asiático a viajar, a descansar, a experimentar, a casarse y a conseguir a base de encanto un cómodo trabajo de marketing en Yakarta. Ella fue la que tuvo que ir a la Luna a pagar los cuidados médicos de su madre.

—Me he enterado de que han venido a verte las fuerzas del orden de Port Ángeles.

—Me supervisan las comunicaciones. Es fácil de detectar; menuda mierda de IA.

Skyler se recuesta en una silla de la cocina.

—He tardado tres días en llegar. Todo se está yendo a la mierda. Hay apagones dos o tres noches por semana. Todo el mundo busca a alguien a quien echar la culpa y hay un millón de teorías. Ahora, todo es una conspiración. El Gobierno, todos los Gobiernos, están en poder de la Luna. La Luna corta el bacalao. Lo de siempre: el dominio mundial, el control mental...

—Es justo lo contrario de lo que pasó —dice Marina—. Nos invadisteis vosotros.

Skyler bebe más zumo del brik.

—Cuanto más lo niega el Gobierno, más gente lo cree. La gente se aferra con mucha fuerza a sus creencias. Todo aquel que tiene alguna relación con la Luna es un agente de Satán. Están atacando a los que regresan. Atacaron a una mujer de nuestro edificio. Había vuelto hacía dos años; estaba completamente rehabilitada. Unos tipos entraron en su piso porque creían que estaba conspirando para hacerse con el suministro de agua. Después empezaron los imanes, y un viernes vieron los resultados: asaltaron y quemaron la delegación de VTO en Yakarta. Una multitud impidió a los bomberos apagar el incendio. Hubo una marcha a la central de fusión de Yogyakarta. Decían que Mackenzie Helium estaba detrás de los apagones, que todo el mundo iba a tener un chip de esos en el ojo...

—Un chib.

—Lo que sea. Que obligarían a todo el mundo a ponerse uno y, a quienes hicieran algo, el Gobierno les cortarían la red, después la electricidad, después el agua. Después les cortarían el aire. —Skyler se acaba el brik y lo estampa contra la mesa—. En definitiva, los consideran extranjeros. Y no solo en

Indonesia, Malasia, la India, Australia... Los Mackenzie son australianos, pero en Sídney cuelgan efigies de Duncan Mackenzie del puente de la bahía y les prenden fuego.

—¿Adónde quieres llegar?

—Es una enfermedad. Se propaga. Hasta aquí.

—Soy... ¿qué? ¿Una superespía de la Luna?

—Trabajaste para una de las principales personalidades. Cuyo hermano es ahora el jefe de la Luna.

—No es así...

—Da igual cómo sea; lo que cuenta es cómo cree la gente que es. Ten cuidado.

## 9

Alexia es consciente de que tiene un culo demasiado terrestre para el mobiliario lunar. Es demasiado corta de piernas, demasiado larga de espaldas y demasiado ancha de caderas. Las camas no son mejores: entre la suave espuma viscoelástica y la gravedad lunar, se despierta diez veces por noche soñando que se cae. Se revuelve en la silla, intentando ponerse cómoda. Es la tercera sesión de la LMA en otros tantos días.

Los rumores corren por los niveles del Pabellón de la Luna Nueva, entre miradas y susurros. Alexia supone lo que están diciendo.

«La mismísima hermana del Águila se escapó con tal de no representarlo.»

«Ha presentado una demanda contra él.»

«¿Corta contra Corta?»

«No es lo que creéis. Ariel Corta representa a Luna Corta contra Lucas Corta, por la responsabilidad médica de Lucasinho Corta.»

«Pero Luna Corta es...»

«¿Esa niña tan rara? Sí, pero no participa en este juego.»

«Así que Ariel Corta puede alegar que Luna está mejor cualificada que nadie para representar los intereses médicos de Lucasinho.»

«Y está allí, en Farside.»

«Qué lista, esa Ariel Corta.»

Casi no pueden contener el desdén cuando Lucas se pone en pie para abrir la sesión y dar la bienvenida a le oradore. Una figura amplia y pesada con una túnica color bronce baja dolorosamente los escalones, hacia el estrado.

—*Vidhya Rao* —le dice Maninho a Alexia—. *Economiste y asesore de Whitacre Goddard, miembro del Pabellón de la Liebre Blanca, profesore visitante de la Facultad de Economía Teórica...* —Alexia corta la biografía y escucha los susurros acallados, centrándose en conversaciones que dicen: «He aquí una persona influyente». Ve una figura rechoncha de piel oscura, con el pelo corto y canoso, enfundada en exquisitos tejidos de textura fina que no ceden ante la moda. ¿Mujer? ¿Hombre? No consigue averiguarlo. Tampoco

hace falta; esto es la Luna, donde parece haber tantos géneros, sexos y sexualidades como ciudadanos. Y hay géneros gramaticales (o su ausencia; cuestión de gustos) no solo para esos géneros, sexos y sexualidades, sino también para las entidades no humanas y para las personalidades humanas alternativas. En Farside tienen un género gramatical para hablar con las máquinas y sobre ellas. Y también están los lobos lunares, con sus aspectos oscuro y luminoso.

—Seré breve —anuncia Vidhya Rao.

Mientras Maninho rodea a Vidhya Rao con paneles y paneles de información, Alexia se da cuenta de que lo pernicioso es intentar decidir si existe un género original del que el actual es una desviación. La gente de la Luna no piensa así. Todo se negocia.

—Se han enviado a sus familiares los detalles de la propuesta, con el título «Bolsa lunar: hacia un nexo de valor fuera del planeta». Lo que voy a proponerles aquí es nada menos que una reestructuración completa de la base económica de la civilización lunar.

La perspectiva que tiene Alexia de la economía corresponde a la propietaria de una empresa de ingeniería hidráulica local, de pago al contado dentro del mercado gris. Personal y directa. El tipo de economía del que habla Rao es muy distinto: financiarización, industrias, derivados; futuros y *forwards*; permutas financieras, opciones de compra y venta, moras... Contratos, seguros y reaseguros. Instrumentos de precisión y complejidad inquisitoriales. Ganancias minúsculas extraídas de diferenciales de precio que rozan la escala cuántica, magnificadas hasta la inmensidad por el número de operaciones.

—Durante el primer trimestre, las transacciones sobre derivados realizadas en una bolsa lunar serían más de cincuenta veces mayores que el PIB combinado de los dos mundos.

Eso le llama la atención, igual que:

—El futuro de todas las economías radica en la financiarización. Hace varios años alcanzamos un punto en el que resulta más fácil extraer valor a través de un mercado eficiente que mediante la fabricación de bienes materiales. El cinturón solar de Taiyang tiene capacidad para alimentar cualquier expansión previsible de la bolsa en los cincuenta años próximos.

«Quiere convertirnos en una bolsa del tamaño de la Luna», infiere Alexia.

—A lo largo de un siglo, toda la superficie de la Luna estaría reacondicionada para la generación energética, y los subregolitos se convertirían en material informático —dice Vidhya Rao.

«Una Luna negra —piensa Alexia—. Todas las montañas aplanadas, todos los cráteres rellenos, todos los mares anegados de vidrio negro. Al mirar al cielo desde Barra una noche de verano no se vería nada. Un hueco en el cielo. Dentro del hueco, dinero que llama al dinero.»

—Un sistema semejante, por fuerza, tendría que estar automatizado —continúa Vidhya Rao—. Las funciones ejecutivas y de supervisión también estarían automatizadas; ni siquiera los famosos lobos lunares serían suficientemente rápidos para interaccionar con el ciclo bursátil. —Mira hacia arriba, a la espera de risas. Los terráneos no entienden nada y los Dragones se muestran impasibles.

«Es el fin de vuestro mundo —piensa Alexia—. Es todo lo que habéis construido, todo por lo que habéis luchado y os habéis esforzado por mantener con vida, ahogado en vidrio negro.»

Vidhya Rao continúa con su himno al mercado:

—La bolsa lunar convertirá este mundo en la primera sociedad sin escasez digna de tal nombre. Con ingresos garantizados para todos los ciudadanos y energía solar ilimitada, el trabajo tal como lo entendemos se evaporará. Seremos una sociedad poslaboral, donde todo el mundo tendrá recursos y oportunidades de alcanzar la autoactualización personal. Gracias a la bolsa, dada su rentabilidad, cada cual podría hacer cuanto deseara.

«¿Los financieros iban a garantizar las fantasías personales de cada cual cuando podrían exprimir otro bitsie? ¿Y a ti te llaman genio, Vidhya Rao? Fíate de la palabra de esta empresaria carioca: lo principal son los ingresos, siempre. La ausencia de trabajo implica ausencia de trabajadores, lo que implica la existencia de trabajadores redundantes. Tu bolsa lunar se construirá sobre huesos humanos.»

—Presento esta propuesta a la Lunar Mandate Authority para su detenida consideración. Este es el futuro de nuestro mundo.

Vidhya Rao ha terminado. Da las gracias a los asistentes y se marcha.

Alexia observa las reacciones de los delegados. Los terrestres se dividen en grupos, que abandonan la cámara charlando. Los jóvenes Vorontsov han rodeado al inmenso Yevgueni Grigórievich Vorontsov, que asiente mientras se dirige hacia Lucas.

—¿Podemos hablar?

—Por supuesto, Yevgueni Grigórievich.

—Aquí no. —Mira a Alexia. Huele a colonia de esa forma en que cubre un olor más profundo y penetrante. Alexia le lee las venas de la nariz, el rostro congestionado, la barriga, la rigidez del paso, como si estuviera petrificándose lentamente. El vodka lo está convirtiendo en piedra. Vuelve a ver a Valeri Vorontsov, flotando en el eje de caída libre de la *Santos Pedro y Pablo*. La orina y la mierda eran los olores predominantes, por las bolsas de colostomía rebosantes. Era el opuesto del oso que tiene delante; era un ovillo de piel y tendones, con los huesos tan alargados que parecían agujas. Un puñado de pelo; ojos saltones y acuosos—. A solas.

«Los Asamoah nos consideran unos bárbaros —había dicho Valeri Vorontsov—. Los Mackenzie nos toman por payasos borrachos. Para los Sun no somos ni humanos.»

La cohorte de Yevgueni Vorontsov baja de sus asientos del nivel superior para cerrar filas en torno a su patriarca, aislarlo, conducirlo a las salidas. Alexia ve el miedo en su rostro.

—¿Lucas?

—No te necesitaré durante unas horas, Alexia.

Mientras sube por la escalera hacia el vestíbulo observa que Vidhya Rao está enfrascada en una intensa conversación con Wang Yongqing, Anselmo Reyes y Monique Bertin.

La máquina reposa en la palma de la mano de Lucas Corta, minúscula y precisa como una joya; antenas hiperdelgadas, alas del espesor de una molécula. Cierra el puño, desmenuza el bot y se limpia la mano con un pañuelo de papel.

—Mi seguridad ha capturado otros ocho drones espías —dice Lucas.

El vodka se está enfriando desde la reunión del Consejo; botella y copa

desprenden vaho en la cálida humedad del Nido de Águilas. Lucas sirve el chupito y repara en el hambre descarnada del rostro de Yevgueni Vorontsov.

—Esos son los que querían que cazaras —dice Yevgueni Vorontsov.

—No lo dudo. —Lucas le tiende la copa escarchada, que desaparece en la manaza. Observa que lleva un montón de anillos hundidos en la carne—. *Saúde*.

—¿No me acompañas?

—El vodka no es lo mío.

—La ginebra es para nenas. —Yevgueni alza el puño—. *Budem*. —Deja la copa en el amplio brazo del sillón, intacta—. Excelente, estoy seguro. Les gusta que beba, Lucas. Y me lo ponen fácil. Y les hago el favor de beber.

—No está bien que a un Dragón lo espíen sus propios nietos —dice Lucas.

—Tú espías a tu hermano —dice Yevgueni Vorontsov.

—Mi hermano era encantador, apasionado, generoso, guapo e incapaz de llevar las riendas de Corta Hélio.

—Me dan miedo, Lucas. Nosotros entendíamos este mundo. Sabíamos cuándo agarrar y cuándo soltar. Sabíamos cómo actuar, qué era necesario, qué era demasiado. Era un baile, Lucas. Vosotros, nosotros, los Sun, los Mackenzie, los Asamoah. Vuelta tras vuelta. Ellos no saben contenerse; creen que no se les aplica ningún límite. No tienen sentido del deber ni lealtad. ¿Lo entiendes?

—Entiendo la lealtad —dice Lucas—. Creía que éramos aliados, Yevgueni.

Tras la pared de cristal, pendones y cometas ondean en el espacio aéreo del intercambiador. Alguien está volando. Siempre hay alguien volando. El vodka se ha calentado; la escarcha se ha convertido en una lente de agua, y Yevgueni Vorontsov sigue siendo incapaz de apartar los ojos de la copa.

—Lo somos, Lucas. Los aliados más antiguos.

—Pero Raúl Jesús Mackenzie estaba al tanto de nuestra solución del acelerador electromagnético en el mar Conocido. —Yevgueni Vorontsov se revuelve en el sillón—. Estamos juntos en esto, Yevgueni, o estamos todos

mueritos.

—Querían que te pusiera a prueba —balbucea Yevgueni Vorontsov—. Los jóvenes. Querían apretarte las tuercas.

—Me dejaste en ridículo delante de los terrestres.

—Querían ver por dónde tirabas.

—¿Y tiré por donde debía?

Con diez años, Lucas Corta viaja con su madre y su hermano en visita oficial a Santa Olga, la capital de VTO. Lanza exclamaciones de sorpresa al ver las explanadas de construcción, donde las grúas giran silenciosamente en el vacío y la noche lunar arde con la miríada de estrellas actínicas de los arcos voltaicos, allá donde los bots cosen y pegan paneles, mallas y vigas para convertirlos en máquinas de tender carreteras, hornos de fundición, sinterizadores, cápsulas de la lanzadera orbital y excavadoras. *Madrinha* Amália lleva a Lucas de la mano al interior de la vieja cúpula, que huele mal y sabe a polvo, y Lucas puede sentir la radiación que se filtra a través del techo de regolito mientras le presentan, de familia real a familia real, a Grigori Vorontsov, sus hijos y su hija, sus nietos. El joven Lucas entiende que tiene que ser amable, socializar, jugar con ellos, aunque le sacan tres años por lo menos y son mucho más grandes.

Rafa se entrega en cuerpo y alma, y en poco tiempo está corriendo escaleras arriba y abajo, lanzando pelotas, persiguiendo a los otros niños. Lucas se queda aislado, no muy lejos de su *madrinha*, cuando le presentan a los herederos de Vorontsov. Es con esa mujer gigantesca y esos gigantescos hombres con quien debería estar hablando Lucas: los que heredarán el negocio de Grigori Vorontsov, aquellos a los que algún día intentará jugársela para derrotarlos. De Dragón a Dragón. Se acerca a Yevgueni Vorontsov. El enérgico joven ve algo en el niño sombrío, solemne, calculador que toma nota de los nombres y las caras; se agacha a tenderle la mano.

—¿Quién es usted?

—Lucas Arena de Corta —dice Lucas antes de que Adriana pueda hablar por él, y estrecha la manaza—. Yo seré Corta Hélio.

Los demás se ríen, pero no Yevgueni Vorontsov.

—Yo soy Yevgueni Vorontsov y seré VTO Luna.



Treinta y cinco años después, Lucas Corta observa a las ruinas de Yevgueni Vorontsov mirar una y otra vez la copa de vodka, ya caliente. Toda la habitación gira en torno a esa copa. Yevgueni Vorontsov se revuelve.

—Ese financiere...

—¿Vidhya Rao?

—¿Te planteas poner en marcha su proyecto?

—¿La bolsa lunar? Los argumentos eran persuasivos.

Yevgueni Vorontsov se inclina hacia delante.

—Pues yo digo que a la mierda la financiarización. Los Vorontsov no comerciamos. Nuestro negocio no es de compraventa; nuestro negocio consiste en construir. Somos grandes almas. Las grandes almas miran arriba. Hay mundos ahí fuera, Lucas. Mundos. Mundos que podemos coger entre las manos como si fueran joyas. Es el puto futuro, Lucas. En cuanto a Vidhya Rao, voy a contarte lo que se ha callado. No le hace falta personal para gestionar su bolsa. Con doscientos robots que interaccionen con el mercado, el negocio del helio y el cinturón solar, la Tierra está feliz y contenta.

—¿Adónde quieres llegar, Yevgueni?

—¿Por dónde tiras, Lucas Corta? ¿Por la Tierra o por la Luna? Ven a Santa Olga. Acudiste a todos esos otros cabrones. Nos lo debes.

Lucas sacude hacia el otro lado de la mesa el polvo brillante del bot espía aplastado.

—Lamentablemente, el Águila de la Luna no está en posición de aceptar.

Yevgueni podría levantarse del sillón con un rugido, agarrar el borde de la mesa de Lucas con sus manazas y destrozarla. Entonces interpreta el mensaje de los fragmentos de bot: «Nos vigilan».

—De todas formas —continúa Lucas—, en honor de la prolongada amistad de nuestras familias, ¿puedo mandar a mi Mano de Hierro? Es una Corta.

—Para las tres divisiones de VTO será un placer recibir a la Mano de Hierro del Águila de la Luna en Santa Olga —dice Yevgueni Vorontsov.

«La Tierra, la Luna y el Espacio, todos juntos bajo el mismo techo —medita Lucas—. Los Vorontsov tienen noticias importantes.»

—Voy a informar a mi Mano de Hierro —dice Lucas.

—Pues brinda conmigo, coño, que los brasileños tenéis el hígado de mantequilla —brama Yevgueni Vorontsov, y coge la copa de vodka del brazo del sillón; ha dejado un anillo decolorado en el cuero impreso—. Por la familia.

—Parece una ciudad —dice Luna Corta. Vuela sobre un interminable paisaje urbano de calzadas y bloques. Extiende una mano y se deja llevar por la imaginación—. Gente, restaurantes e impresoras. Carreteras, funiculares y trenes. —Es un espejismo, una proyección en la lentilla, pero fingir es divertido—. Estáis metiéndole una ciudad en la cabeza.

—Ciudades —dice la doctora Gebreselassie, la médico responsable de la curación de Lucasinho. Es mucho más que médico y el proceso es mucho más que una curación. Es volver a crecer. Eso que ve en la lentilla, que en cierto modo parece una ciudad pero en todos los demás modos no se parece a nada que haya visto nunca, es una de las claves de la curación. Luna es otra.

—¿Por qué no me dejáis verlo? —preguntó Luna en cuanto Dakota Kaur Mackenzie la acompañó a la sala de espera del centro médico.

—Es un trabajo muy delicado —dijo la doctora Gebreselassie, mientras acompañaba rápidamente a Luna a una habitación privada—. Tan delicado que el quirófano está construido sobre una estructura antivibratoria. Estamos operándolo por microcirugía, insertándole en el cerebro chips proteicos tan pequeños que no se ven y enlazándoselos al conectoma.

—Ya lo sé —dijo Luna—. Me refiero a verlo, verlo. Me habéis bloqueado el familiar.

—No hay nada que ver, Luna. Solo un joven en coma inducido y un montón de maquinaria.

—¿Le han levantado la tapa de los sesos? —La doctora Gebreselassie se sobresaltó; aquella niña no se andaba con rodeos.

—¿Quieres ver los chips proteicos? —preguntó la médico, adelantándose en el asiento. No se había puesto en cuclillas para estar a la altura de Luna; eso habría sido insultante.

—Enséñamelos —dijo Luna, y el ojo se le llenó de maravillas; como Meridian si las paredes y la línea solar fueran como los *prospekts* y esos

grandes cañones se dividieran en varias decenas, cada una de las cuales se dividía a su vez en varias decenas.

Parpadea y la imagen desaparece.

—Ciudades con gente dentro —declara.

—Gente y voces —dice la doctora Gebreselassie—. Y recuerdos. Aquí es donde te necesitamos. Podemos enseñarle lo básico, como andar y hablar, pero los recuerdos, que son lo que hace que sea Lucasinho, están dañados. El deterioro es considerable. Pero la red está llena de recuerdos que podemos integrar en los chips proteicos para que a su debido tiempo, cuando hayamos reconstruido el conectoma, se conviertan en sus recuerdos.

—Ya lo sé —dice Luna—. Quieren que le traspase mis recuerdos.

La doctora Gebreselassie hace girar la cabeza siempre que algo no acaba de cuadrar en su mundo.

—No podemos entrar —dice, y extiende un dedo hacia la frente pintada de Luna; una mirada gélida del ojo de calavera la para en seco—. La red tiene sus recuerdos y los tuyos. Necesitamos que nos des permiso para usarlos. —Ve la decepción en la cara de Luna—. Si quieres, puedes revisar algunos mientras los descargamos a los chips.

—Me gustaría —dice Luna—. Sería como estar con él. ¿Adónde voy?

—No hace falta que vayas a ningún sitio. Podemos acceder a ellos desde cualquier parte. —Una vez más, las sobreexplicaciones dejan chafada a Luna—. Pero podemos buscarte una habitación. Una habitación especial. —El ceño no se disipa—. Y una cama especial.

—¿Y sorbete? —pregunta Luna.

—¿Cuál es tu sabor favorito?

—Ninguno. Me gusta explorar. Fresa con menta y cardamomo.

—Trato hecho. —La doctora Gebreselassie le tiende la mano.

—Tú no negocias conmigo. Soy la Corta de Corta Hélio. Yo negocio contigo. —Luna acepta la mano con solemnidad, y la doctora Gebreselassie se la estrecha con solemnidad.

Fresa con menta: bien. Fresa con cardamomo: pasable. Cardamomo con

menta: raro. Fresa, menta y cardamomo: otro experimento fallido con el sorbete. Luna se termina la copa porque no quiere quedar como un explorador que escala hasta la mitad el monte Platino y se da por vencido. Se tumba en la cama. Es cómoda y, lo más importante, está bien. Por lo demás, este centro médico condensa todo lo que odia de todos los centros médicos que conoce: demasiado iluminado; demasiado caluroso; huele como si tuviera algo que ocultar, y nadie tiene tiempo para una niña de nueve años.

—Dile a la doctora Gebreselassie que estoy lista —le dice al familiar Luna.

—*Muy bien, Luna. Ponte cómoda y empezamos* —dice la voz de la doctora Gebreselassie, y su cara aparece en la lentilla. Luna cierra los ojos. En la oscuridad de detrás de los párpados empieza la exhibición de recuerdos.

Suelta un grito. Tiene siete años y está de nuevo en Boa Vista, una Boa Vista llena de verde y vida, de luz, agua y calor. Los rostros adustos y de labios carnosos de los orixás la vigilan mientras explora el río, vadea descalza las pozas y trepa por las pequeñas cascadas y acantilados, con el vestido empapado. Un dron flota sobre su cabeza, la presencia vigilante de su *madrinha*. El detalle supera con mucho su memoria: oye el agitar de cada hoja, ve cada sombra y cada onda, imagina que siente el agua fresca entre los pies y huele el cálido verdor de la vieja Boa Vista. El ruido procedente de la oscilación del alto bambú la distrae de su misión: hay caminos trazadas entre las cañas, irresistibles para una joven exploradora. Las huellas se hacen más densas; divisa movimiento entre los bambúes. Llega a un claro en el centro de la vegetación. Ahí está Lucasinho, preadolescente, con un vestido de falda larga con vuelo de color azul celeste, y maquillado.

—¡Dama Luna, reina de la Luna! —proclama, y hace una reverencia ante su prima—. Yemanjá, Reina de las Aguas, te da la bienvenida a su gran baile. —Se inclina a cogerle las manos y, medio en cuclillas, medio a saltitos, bailan por el claro, riendo, riendo y riendo.

—¿Cuántos años tenía? —pregunta al familiar Luna.

—*Tres* —responde la bola entre gris y plateada que flota sobre su pecho. Lucasinho tenía trece años.

Luego él tiene quince y ella cinco, y están en el piso de Lucasinho, en el ojo de Xangô, con unos bots de brazos largos y gran precisión, dedicando una

larga tarde a jugar con las caras. Cada uno programa su bot para que le pinte una cara nueva; gana el que consiga una mayor reacción. Se acuerda. No quiere volver a verlo, con unos detalles limados por el tiempo. Las caras de animales, las máscaras de teatro, los maquillajes elaboradísimos y los rostros de lucha de los artistas marciales. Demonios, ángeles, calaveras y huesos. Entonces Lucasinho le da la espalda y el brazo robótico está más atareado que nunca, oscilando y bailando, acercándose y alejándose, trazando círculos, recorriendo con movimientos rápidos el rostro oculto de Lucasinho.

Se vuelve hacia ella.

Su cara está compuesta de ojos. Nada más que ojos. Un centenar de ojos.

Entonces gritó. Ahora grita. Entonces salió corriendo, pero ahora se queda. Puede mirar la cara de los cien ojos; ha visto cosas peores.

Luego tiene seis años y toma el camino secreto a la charca especial que recibe las lágrimas de Iansã, pero Lucasinho ha descubierto el camino secreto a la charca especial y está en ella con un amigo, y los dos están desnudos y mirándose, y cuando ella dice «Esta charca es mía», los dos se vuelven, sueltan un «Huy, hola» y se apartan. Ahora Luna entiende lo que hacían, pero lo único que dijo entonces fue: «Voy a entrar con vosotros», y huyeron despavoridos como si hubiera echado veneno al agua.

El chico se llamaba Daystar Olawepu, informa a Luna su familiar. Estaba en el grupo de estudios de Lucasinho en João de Deus. Luna se da cuenta ahora de que si salieron corriendo no fue porque hubiera pillado al uno jugando con el pene del otro, sino porque Lucasinho había metido al chico a hurtadillas a través de la rejilla de seguridad. Y luego piensa: «Pero no engañó a la rejilla de seguridad, porque examinaba a todo el mundo. Dejó pasar a Daystar». Y a continuación piensa: «Qué nombre más bonito, Daystar».

Luego tiene siete años y Boa Vista está llena de movimiento, música, luces y gente con ropa maravillosa, y ella persigue a las mariposas ornamentales entre los invitados. Lleva un vestido blanco con peonías de un rojo intenso, y vaya adonde vaya le dicen que está guapísima. Ahí está Lucasinho con sus amigos de la carrera lunar, y ella le dice a la chica Mackenzie que le gustan sus pecas, pero Lucasinho le dice que se largue porque solo es una niña. Pero no pasaba nada, porque también estaban la tía Ariel, y Lucas, Carlinhos y Wagner, y la abuela Adriana. Intenta aferrarse al recuerdo de la fiesta de la

carrera lunar de Lucasinho porque es su último recuerdo de Boa Vista como un lugar feliz. Pero el torrente de la memoria es imparable: millones de momentos grabados, etiquetados, almacenados. Antes de que ella pudiera recordar, su familiar recordaba. La idea hace que le dé vueltas la cabeza.

Luna sabe cómo despejársela.

Una nueva combinación: cardamomo, vainilla y anacardo. Seguro que con esa tiene éxito.

—¿Yo sola?

—Tú sola —confirma la doctora Gebreselassie.

Luna estaba explorando los túneles y conductos más accesibles del centro médico cuando el familiar Luna recibió el mensaje. Coriolis es antiguo, mucho más que Boa Vista; sus raíces se hunden profundamente en el borde del cráter. Ha seguido pasillos llenos de polvo; se ha asomado a tubos verticales que se hundían profundamente en el pasado de la ciudad y devolvían un satisfactorio eco cuando gritaba su nombre. Entonces Luna le ha dicho que Lucasinho está despierto y puede verlo, y ha acudido corriendo.

—¿Le habéis vuelto a cerrar la tapa de los sesos? —pregunta Luna.

—No hacemos eso. Adelante. Entra a verlo.

Está sentado en la cama. Tiene los ojos cerrados y respira levemente. Está terriblemente pálido y delgado; Luna puede verle la calavera en la cara. Los brazos, inertes sobre la sábana, parecen palillos, y el pecho es como una tienda tensada sobre nervaduras. Jinji, su familiar, flota sobre su cabeza, plegado en un planetario mecánico de engranajes dentro de engranajes. Luna nunca había visto hacer eso a un familiar.

—*Jinji está en modo de interfaz mínima* —dice el familiar Luna—. *Está montando y procesando petabytes de información biográfica archivada.*

Luna se acerca a la cama de puntillas. Siente los amortiguadores de la habitación ceder bajo sus pisadas. Siente máquinas en las paredes, en el suelo, en el techo bajo. No puede sacudirse la sensación de que se han apresurado a ocultarse en cuanto ha tocado el pomo de la puerta, y en cuanto vuelva a tocarlo saldrán de sus escondites para hundirse en la piel de Lucasinho.

—¿Lucasinho?

Abre los ojos. La ve. La reconoce.

—Luna.

Los asiduos del ascensor lo ven y sonrén; es algo brillante en la mañana de un día laborable. Los guardas de seguridad del Nido de Águilas lo ven y asienten. Los programadores de la trastienda del Águila lo ven y murmuran. Los empleados de Lucas lo ven y parpadean. Alexia camina como si flotara, con una amplia sonrisa.

La Mano de Hierro ha echado un polvo.

Lucas está en el Pabellón Naranja: un dosel, dos asientos, una mesa de piedra en el extremo de las terrazas arboladas, un piercing en el labio del intercambiador de Meridian.

—Llegas tarde.

—Lo siento. —No puede dejar de sonreír. Profesional—. ¿Qué tal va el proceso?

—Estamos acordando jueces y sistema jurídico. Entre Meridian, Reina y Farside, hemos descartado a veintidós en las veinticuatro horas últimas. — Lucas bebe té a la menta de una copa tulipa. No le ofrece uno a Alexia; sabe que lo detesta. Deja el frágil receptáculo en la mesa—. Quiero que venga, Alexia. Quiero que esté conmigo. Se me olvida que no lo conoces. Ya has oído hablar de él: que es un gandul, un juerguista. Pero es amable y valiente. Mucho más amable y valiente que yo. Hizo la carrera lunar. Yo no la hice nunca. Salvó la vida a Kojo Asamoah. Retrocedió en el vacío para salvarlo. Todo el mundo olvida eso de él. Los Asamoah no lo olvidan, Lê.

Alexia se tensa. Lucas nunca se había dirigido a ella por ese diminutivo.

—Necesito que vayas a Santa Olga —prosigue—. Para reunirte con representantes de VTO Luna, Espacio y Tierra.

La sonrisa interior, el resplandor de recién follada, la forma de andar desenvuelta de la superioridad sexual, se congelan de golpe. Es como si hubiera dicho «No» en voz alta. Lucas continúa:

—Ha venido a verme Yevgueni Vorontsov. Tiene una propuesta, una oferta, y me gustaría escucharla. Yo no puedo ir; tengo que mostrarme immaculado e intachable ante la LMA.

—¿Cuándo? —pregunta Alexia.

—Mañana —dice Lucas.

—¿Mañana?

Lucas Corta levanta una ceja.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Va a tener que moverse deprisa y con fuerza. Comprimir todos sus planes hasta transformarlos en diamante. Si hay una noche, será una noche que estremezca Meridian hasta los cimientos.

—Bien —dice Lucas Corta—. ¿Por qué estás tan sonriente?

No es el mejor hotel. Está demasiado alto para atraer público adinerado, no hay donde comer, la habitación huele a aire demasiado procesado y desechos demasiado poco procesados, y los bots de limpieza no llegan a las esquinas.

—Déjame reservar en el Meridiana —ruega Alexia—. Está muy bien. Yo invito. Puedo permitírmelo. —El Meridiana es el segundo mejor hotel de Meridian; el mejor, el Han Ying, de seis estrellas, está reservado permanentemente por la LMA y los terrestres de visita. Pero él insiste: el Lodge of Celestial Peace o nada. La Sota de Cuchillos es un hombre perseguido.

—Soy un traidor —dice—. Me expulsó mi propia familia. Mi padre me desheredó. Soy un paria.

—¿Qué? —dice Alexia, pero él abre la puerta de la habitación apestosa y demasiado pequeña, y ve la cama.

—Oh, qué maravilla —dice, y se deja caer como un satélite que se derrumba. Cuando Alexia vuelve del baño está dormido, roncando, sonriendo como un bebé.

Encuentra la forma de despertarlo. Follan, se pelean, cada uno da rienda suelta a sus fantasías sexuales en el cuerpo del otro, se dejan marcas profundas en la carne y el corazón, ríen, lloran y gritan las blasfemias más mordaces. Se quedan dormidos, agotados.



Vuelven a empezar. Follan una y otra vez, y otra y otra. Hacen sesenta y nueve. Él la tiende sobre la cabeza y los hombros, con el tórax y las piernas hacia arriba, y se le coloca de pie encima; a pesar de que la sangre circula por el cerebro de Alexia al ritmo de la polla, está dispuesta a cederle el control y la humillación. Siempre que le haga un *gamahuche* justo después.

Se quedan dormidos otra vez.

El espacio vacío de al lado despierta a Alexia. Se gira y lo ve posado como un pájaro en la única silla, mirando por el ventanuco. La *quadra* Antares está en turno de noche; la luz de un azul plateado atraviesa el cristal. Esa luz le tiñe de blanco todas las cicatrices, un terreno de rimas y riscos. Él está mirando hacia la luz y Alexia ve a un niño, no mucho mayor que aquellos por los que lucha en el Bairro Alto.

Su belleza le para el corazón.

—He hecho cosas horribles —dice la Sota—. Cosas espantosas. Sangre; durante años. Es imposible quitarse el olor de la cabeza. Es la luz. Siento el cuchillo en la mano y llega la luz. Es terrible y es intensa, y lo llena todo. Todo es precioso a esa luz. Veo cosas que no ve nadie más. Veo el borde del universo. Esa luz; solo con ella puedo ver con claridad. Me encanta la luz. Odio lo que hago, pero no hay otra forma de verla. Y la necesito.

Se vuelve hacia ella. Su piel es azul como el acero en la noche de Antares.

—Me hicieron para matar, Lê. Primer *blade*. Cuando no pude hacer lo que querían, me expulsaron.

—*Coração...*

—El portugués me sigue dando escalofríos.

Alexia aparta la sábana y llena una copa con la botella de vodka que tiene en una cubitera, en la mesilla. Él rechaza el vodka negando con la cabeza, pero se tumba junto a ella y se acurruca contra su calor. Alexia le pasa la mano por el costado. Puede notar todos los cortes. La Sota está temblando.

—Eh —dice Alexia—. Eh.

—Nunca se lo había dicho a nadie.

Alexia le besa la mejilla con castidad, a la antigua. Se tumba a su lado hasta que se queda dormido. Él se agita, suelta grititos. Alexia se queda

tumbada un rato más hasta que terminan las pesadillas, y más aún, hasta que está segura de poder moverse. Saca el brazo de debajo de sus hombros; él rezonga.

Primer *blade*.

Alexia llama a Maninho y fija al durmiente en la lentilla.

—¿Quién es? —pregunta en silencio.

La respuesta no se hace esperar.

—Denny Mackenzie.

Alexia se viste rápidamente, en silencio. Cierra la puerta y se pone los zapatos en el pasillo, sin prisa pero sin pausa. Sin mirar atrás; una ojeada la convertiría en estatua de sal. Sin detenerse; no puede detenerse. Si le oye llamarla por su nombre a sus espaldas, se volverá. Se lo contará todo.

«Yo destrocé tu familia. Yo maté a tu abuelo. Yo derretí tu ciudad.»

Llega al ascensor, que le pregunta adónde va a través de Maninho.

—Abajo —susurra. Le pesa el pecho—. Abajo del todo. Pídemme un taxi y resérvame un tranvía a Santa Olga.

El ascensor está vacío; Alexia se sienta con la espalda contra la pared y los muslos contra el pecho. Entre sollozos incontrolables y gritos desesperados, baja a través de la enojada iluminación nocturna de la *quadra* Antares.

«Mataste a Carlinhos. Se te encendió esa luz interior y lo pusiste de rodillas y lo degollaste; lo desnudaste y lo colgaste de un cruce. Y eras precioso y te quería. Y soy la cobarde que ha huido, en vez de enfrentarse a ti con su verdadera identidad.»

«Levántate. Eres la Mano de Hierro.»

Se obliga a ponerse en pie. Ya puede respirar.

—*Prospekt Budarin* —anuncia Maninho.

El taxi espera; Alexia entra y el asiento se adapta a su cuerpo.

—*Estación de Meridian* —dice el taxi mientras acelera—. *Llegada prevista en dos minutos, ocho segundos.*

—Informa a la oficina del Águila de que estoy de camino según las instrucciones —dice Alexia—. Notifícaselo a Santa Olga y solicita que una delegación oficial de VTO vaya a buscarme al tren. Llévame a la sala de espera ejecutiva; tengo que ducharme e imprimirme ropa. Triangula «a la moda», «profesional» y «rebelde».

—Hecho —dice Maninho, y el taxi sube por la pronunciada rampa que lleva al vestíbulo. A todas horas está lleno de viajeros, trabajadores, estudiantes, familias que abarrotan los andenes de la estación de Meridian. El taxi abre la puerta frente a la sala de espera ejecutiva y Alexia se desenrolla. La espera un empleado de la Ecuador Uno con una caja de ropa recién impresa en las manos; a su lado, otro sujeta una toalla y un neceser.

—Bienvenida, *senhora* Mão —dice el hombre que lleva la ropa—. Si sigue a mi compañero...

El aire es fresco y está cargado de aroma de pino sintético, pero Alexia huele el polvo, nota el sabor del polvo que vuelve a levantarse tras la lluvia purificadora. El polvo no muere nunca.

Él está ahí arriba, en el techo del mundo.

El familiar le muestra una notificación: ha recibido algo de la oficina del Águila de la Luna. Aceptar y abrir. «Una nueva piel para Maninho; algo que encaja con tu calidad de representante mía», dice Lucas en el mensaje adjunto. El cambio de piel lleva solo un momento. Los familiares son objetos de realidad aumentada que existen en el ojo de quien los mira; para quien los lleva son tan difíciles de ver como la propia nuca. Maninho muestra su nueva forma: un guantelete metálico que sujeta un pico de minero. *Mão de Ferro*. La Mano de Hierro.

## 10

El viaje desde Meridian es demasiado corto, el tranvía privado es demasiado pequeño y el guardaespaldas está demasiado cerca para que Alexia pueda reflexionar sobre la herida abierta de Denny Mackenzie. Se siente en carne viva. Rugen las acusaciones y las recriminaciones. La culpabilidad la incinera; la culpa la congela. Denny Mackenzie. Denny Mackenzie.

Atraviesa la escotilla y se sumerge en los vapores y olores de Santa Olga, capital y taller de los Vorontsov. Si Meridian es electricidad, piedra sinterizada, neumáticos de vehículos, comida caliente, incienso, vómito y alcantarillas, y Reina del Sur es el suave almizcle de ordenadores, plásticos, adhesivos y ginebra, con la punzada del frío profundamente enterrado, Santa Olga es el olor especiado de botas, máquinas, polvo, aire atrapado demasiado tiempo en las esquinas, el cosquilleo de la radiación, colonia muerta.

—*Mão de Ferro*. —Un delgadísimo empleado de VTO de género indeterminado hace una reverencia; Alexia supone que será neutre e intenta recordar el género gramatical adecuado. Pav Nester, le comunica Maninho. Un joven con unos pómulos para morirse le tiende una bandeja con un panecillo y un platillo de sal—. Bienvenida a Santa Olga. —Alexia pellizca un trozo de pan y lo hunde en la sal.

—Pan y sal —dice Alexia. En la sala de espera ejecutiva de la estación de Meridian, Maninho la ha informado sobre la etiqueta de los Vorontsov—. El Águila presenta sus disculpas.

Una mujer, la homóloga femenina del chico de los pómulos, sostiene una bandeja con una pulsera.

—En Santa Olga siempre hemos tenido problemas con la radiación —dice Pav Nester—. Sirve para controlar la exposición.

—*También te controla a ti* —dice Maninho.

—¿Puedes arreglarlo? —pregunta Alexia mientras se pone la pulsera.

—*Estoy dentro* —dice Maninho—. *Ya. Puedes activarla y desactivarla a voluntad.*

Santa Olga se jacta de ser la ciudad más antigua de la Luna, el lugar de

lanzamiento original de las tierras raras refinadas por los robots extractores de Mackenzie Metals, y se le nota la edad. Un pequeño cráter, de no más de dos kilómetros de diámetro, cubierto por una cúpula de seis metros de regolito. A lo largo de los decenios, Santa Olga se ha extendido por una serie de explanadas de construcción, instalaciones de cable orbital y BALTRAN, cambios de agujas, torres de comunicaciones, generadores solares, superficies de ingeniería y robótica, pero su corazón es el hemisferio gris y anodino de los Vorontsov, contaminado, con fugas, atestado de radiación.

Dentro de la cúpula reina una magnificencia caótica. La ciudad de los Vorontsov es un cilindro lleno de casas, negocios, restaurantes, viveros, jardines de infancia, grupos de estudio, talleres y capillas, apelotonados hasta alcanzar un kilómetro de altura en el centro del cráter. Galerías, escaleras y pasarelas recorren la cara desnuda de esta ciudad amurallada; escaleras y rampas mecánicas desaparecen en su interior. Nada está nivelado; nada es liso y llano. Santa Olga ha crecido como un caracol a lo largo de siete décadas, construyendo extensiones en anexos, apilando unos niveles sobre otros, con barrios nuevos situados encima de los antiguos, una ciudad excretada como una estalagmita alrededor de un vetusto corazón oculto, todo ello envuelto en una red de tuberías, conducciones eléctricas, líneas de comunicación y funiculares.

Alexia sabe que aquí se sentirá como en casa.

Hay que ponerse ropa de gala.

—Es una recepción formal —dice Pav Nester—. Somos algo exigentes.

El alojamiento diplomático de Alexia está en el corazón de Santa Olga, por encima de un patio lleno de plantas crasas cargadas de polvo y helechos mustios. Se oye el agua que corre por abajo, en algún lugar. Si sale a la terraza y mira hacia arriba, más allá de los niveles de balcones más altos, a través de la malla de cables, puede ver un cuadrado azul cielo que cambia al gris de la estática y luego al negro de la pantalla muerta. En Santa Olga hasta el cielo está falto de mantenimiento. VTO construye las infraestructuras de las que depende la Luna, pero no puede conservar en buen estado su propia capital. Pav Nester la guio escaleras arriba, a lo largo de pasarelas traqueteantes tendidas entre paredes verticales, a través de túneles goteantes, hasta estas habitaciones anticuadas y deslucidas del corazón de la ciudad. La lejanía de la radiación, la principal distinción social de la Luna, no es menos importante

bajo la cúpula; simplemente transcurre por un eje distinto, hacia el interior y no hacia abajo, más cerca del núcleo, más lejos del regolito.

—Demasiado feo; demasiado soso; eso es para una niña de ocho años; con eso tropezaría; demasiado frondoso —dice Alexia sobre los cinco primeros diseños que le muestra Pav Nester.

—¿Frondoso?

—Lleno de volantes —dice Alexia asqueada—. De fruncidos.

Pav Nester le muestra otro modelo en la lentilla. Blanco, por el suelo, con hombreras muy marcadas de «aquí estoy yo» y un fajín en la cintura: de elegancia escultural. Es exquisito, refinado y mortal.

—Mangas —dice Alexia. Pav Nester se muestra abatido—. ¿Qué? En el sitio del que vengo, los vestidos de fiesta no tienen mangas. Ni demasiada tela.

Le aparece otro vestido en la lentilla.

—Este —declara Alexia—. Sin lugar a dudas.

Se ducha mientras la impresora le confecciona el vestido. En Santa Olga, hasta el agua da la sensación de estar usada. Recién meada. Cuando termina de asearse la piel y la cara se encuentra el vestido en la puerta.

—Ayúdame —le pide a Pav.

Maninho le muestra su imagen. Podría matar cualquier cosa en un radio de veinte metros solo a base de glamur. Se sube el pelo, pone morritos, se coloca en jarras.

—*Ha llegado tu transporte.*

Alexia suelta una carcajada de sorpresa al abrir la puerta a la estrecha calle empinada: un palanquín acolchado transportado por dos musculosos Moonbeams, un Jo y una Joe.

—Tiene que ser una broma.

—Es lo más práctico, dada nuestra geografía y la ropa que lleva —dice Pav; entrega a Alexia el bolso tipo sobre, que se dejaba olvidado, y cierra la puerta—. Utilice las agarraderas.

El tirón que da el palanquín cuando empieza a moverse está a punto de tirarla al suelo; se aferra con todas sus fuerzas a las tiras de cuero. Es como un

columpio de parque de atracciones, con sus vaivenes y sus vueltas. Se inclina hacia atrás en las escaleras empinadas y hacia delante en las bajadas, venga a dar vueltas y vueltas por rampas en espiral, bajo hologramas de santos, capillas de neón, ángeles callejeros y superhéroes de distrito, hasta que la sueltan frente a una puerta doble tallada con un complejo relieve de arcos. Hay tres filas de guardias de seguridad. Alexia se pone el bolso bajo el brazo y se contorsiona para apearse con toda la elegancia posible. Maninho entrega un puñado de bitsies a los porteadores. Pav ya ha llegado; ha tomado rutas distintas, más furtivas. No tiene ni una marca ni una arruga en el *shalwar kamiz* de brocado gris humo.

El vestíbulo está lleno de gente que llega y más gente que saluda a los recién llegados. Alexia pasa de largo. Maninho le muestra un plano, pero Alexia se deja guiar por los sentidos: hay que ir al lugar más ruidoso. Se vuelven las cabezas en el vestíbulo, en la antesala, en la sala de recepción, mientras avanza sobre sus tacones de seis centímetros.

La última vez que se puso tacones fue cuando se disfrazó de camarera en el hotel Copa Palace. Los tacones, la falda, la camisa, las medias que se le caían; todo le estaba pequeño. Todo lo que lleva esta noche le encaja como un guante.

La metre se dispone a anunciar su llegada; ya ha atraído las miradas antes de que nadie pronuncie su nombre con sedoso acento ruso. Por supuesto que miran. El vestido es finísimo, de raso brillante, tan ajustado que casi no puede respirar. Está desnuda desde la parte superior del pecho hasta la punta del peinado, y el vestido parece sujetarse en virtud de la voluntad de los santos. Guantes de ópera por encima de los codos. Es imposible llevar ese vestido sin aire seductor; es lo que dictan el diseño y la altura de los tacones.

—¡La Mano de Hierro! —proclama la mujer, y los congregados estallan en aplausos. Alexia ya ha cribado la fiesta: los que se le acercarán, los que la evitarán, aquellos con los que tiene que hablar, los que tratarán de seducirla. Coge un martini de una bandeja y se lanza a la batalla.

Transcurre media hora antes de que los Vorontsov hagan su primera jugada.

Es alto, pero todos lo son. Tiene los ojos azules, está en forma y es tan guapo que corta el aliento. Como todos. Alexia lo reconoce de las sesiones de la LMA, un miembro de la generación joven y fatua que ocupa el nivel

superior de la cámara con la seguridad que da el poder. Lleva una camisa formal, una rígida pajarita blanca y chaqué. Es exactamente el tipo de Alexia; los Vorontsov han investigado a conciencia.

—Alexia Corta. —Se inclina con un movimiento cautivador.

—Dimitri Mijáilovich.

—Estás impresionante. No a todo el mundo le sienta bien la moda de 1940, pero pareces una estrella de Hollywood. Una verdadera diosa de la pantalla.

Alexia no ha confiado nunca en los ojos azules; dejan ver un fondo frío y duro. Los ojos azules de Dimitri Vorontsov tienen una chispa. «Hielo o fuego», subvocaliza Alexia a Maninho. Antes de que pueda devolver el cumplido, él continúa:

—Qué... asertiva es la nueva piel de tu familiar.

—¿No me pega?

—Desde luego que sí, pero tiene más metal del que suelen llevar los Corta.

—Es lo que soy.

—La Mano de Hierro. Lo siento, pero nunca se me ha dado bien pronunciar los sonidos nasales del portugués.

—*Mão de Ferro*.

Dimitri la ha guiado afuera del salón, a una estancia con cúpula. Hay una fuente en el centro. Alexia lo sigue a través de las arcadas. Según la lógica de Santa Olga, ese palacio debería de estar en el mismísimo corazón de la ciudad, pero las salas son espaciosas y no siente la menor claustrofobia. El aire, para tratarse de Santa Olga, está fresco, aunque algo cargado de colonia y Cuir de Russie. El olor de Dimitri Vorontsov va parejo con su aspecto. Nadie ha acudido a rescatarla.

—Siempre me ha impresionado ese título. Es algo que podía habérsenos ocurrido a nosotros.

—No es ningún título ni se me ocurrió a mí —dice Alexia—. *Mão de Ferro* es mi sobrenombre; todo el mundo tiene uno en Brasil. Pero no se puede



escoger; tienen que ponerlo los demás. *Mão de Ferro* es un antiguo sobrenombre minero de Minas Gerais, y viene a significar «el minero supremo». El número uno. El que corta el bacalao.

—O «la minera suprema». —Dimitri Vorontsov conduce a Alexia con un leve contacto de la mano. Se ha hecho la manicura, observa Alexia.

—Mi bisabuelo Diogo fue el primer *Mão de Ferro*, y se convirtió en el sobrenombre de la familia. No había habido un *Mão de Ferro* en mi rama de la familia durante generaciones; la última fue mi tía abuela.

—Adriana Corta —dice Dimitri Vorontsov—. Y ahora tú. Bien, dime, Mano de Hierro, ¿quién te puso ese sobrenombre?

—Lucas, el Águila de la Luna.

—Veo que tienes vacía la copa. —Prolonga un poco el contacto entre sus dedos al cogérsela—. ¿Quieres otra? ¿O nos quedamos lejos del barullo? Las fiestas me resultan agotadoras.

«Con qué encanto mientes.»

—Me encantaría tomar otra.

—Pues vamos a buscarla.

Los modales de Dimitri son tan immaculados como su traje, pero ha fracasado. La charla deriva al balonmano mientras acompaña a Alexia a la barra, a través de la fiesta.

—Tengo entendido que es lo que más se lleva por aquí.

—Oh, a mí me encanta —dice Dimitri—. Y a toda Santa Olga. Antes jugaba; ahora tengo un equipo. Los Santos, ¿has oído hablar de ellos? Tengo que llevarte a un partido. No entenderás la Luna hasta que entiendas el balonmano.

—Estaría bien —dice Alexia—. En algún momento. Yo antes jugaba al voleibol; es lo que más se lleva en Río. Vóley playa. Con un bikini estúpidamente pequeño y ajustado. Con el nombre en el culo.

No ha jugado al vóley playa en su vida.

Se aparta de Dimitri Vorontsov sin mirar atrás y levanta un martini de una bandeja. La fiesta se abre para aceptarla. Saludos, cumplidos, galanterías. Han

fallado con un chico; lo siguiente será probar con una chica. Alexia ya la ha visto; la mira desde el otro lado del salón. Ojazos marrones, piel oscura, una gloriosa mata de pelo. Seda color crema y perlas. Recorre el ala derecha de la fiesta; Alexia, la izquierda. Coinciden frente a la fuente de vodka.

—Me has pillado —dice la chica con una voz líquida de contralto—. Esto no se me da tan bien como a Dimitri. —Una mano enguantada—. Irina Efua Vorontsova-Asamoah.

Irina, la de la voz seductora, tiene diecisiete años y ha nacido en Santa Olga. Su padre es Piotr Ivánovich, un sobrino de Yevgueni Grigórievich. Su madre es Patience Quarside Asamoah, prima de Lousika Asamoah. Maninho muestra a Alexia el parentesco que la une a Irina, y la complejidad le resulta mareante.

—Creía que los Vorontsov y los Asamoah eran enemigos históricos — comenta Alexia.

—Y lo son. —Irina Asamoah resultaría cautivadora hasta recitando código máquina—. La gente como yo es la paz. —Con un susurro de color crema, se dirige a un balcón que sobrevuela un profundo jardín iluminado con bioluces. Irina se acerca a Alexia, en el límite del espacio personal.

—¿Y qué eres tú? —pregunta Alexia.

—No te entiendo.

—¿Vorontsov o Asamoah?

Irina frunce el ceño; dos líneas de desconcierto entre los ojos.

—Las dos cosas, por supuesto. Ninguna. Yo.

En cuanto Alexia aferra una parte de la vida lunar, se deshace en un montón de plumas, coloridas como las de un periquito. La familia lo es todo, excepto cuando la familia obliga a elegir un lado, una identidad. Alexia recuerda a la *ghazi* que conoció en la estación de Twe, Dakota Kaur Mackenzie. Dudaba que un Mackenzie pudiera encontrar otra lealtad, más intensa. Lo primero es ser un Mackenzie; siempre Mackenzie. En la *ghazi*, en la sedosa Irina Efua Vorontsova-Asamoah, entiende que la identidad es negociable. La familia es lo que funciona para cada cual.

—Te he traído para hacerte una advertencia, Alexia Corta. Mi misión

consiste en seducirte. Y lo conseguiré y te encantará.

Se aparta del pozo de luz y mira hacia atrás mientras vuelve a la fiesta como bailando. Alexia no puede evitar seguirla. Irina le presenta a más Vorontsov. Vorontsov altos y guapos de la Luna, los que tienden las vías y hacen girar el cable, los señores del ferrocarril y las reinas de los róvers. Vorontsov bajos y rechonchos de la Tierra, que reaprenden la gravedad. Vorontsov chupados y frágiles del espacio, que combaten la gravedad. Maninho recuerda las caras, los nombres, los patronímicos y matronímicos. Alexia intenta no pensar en Valeri Vorontsov con su sistema solar de bolsas de colostomía y catéteres enrollados.

Nombres, caras, datos biográficos. Vestidos despampanantes y fracs. Alexia sube la vista de las presentaciones y ve a Irina cruzar una mirada con Pav Nester a través de la sala de baile. Irina sorprende a Alexia sorprendiéndola y sonrío, sin mostrar ni sentir la menor vergüenza. «Eres bella, eres de la élite. Nunca conocerás nada distinto de esto. Siempre te adorarán; todos tus días serán deliciosos. Nadie te juzgará nunca por tu acento, por tu ascendencia, por tu dinero, por el color de tu piel.»

—¿Ya has conocido a bastantes viejos pellejos y viejas horrendas? — pregunta Irina.

—¿A quién más tengo que conocer?

—Todos los demás intentarán ligar contigo o te aburrirán. Esta fiesta está acabada. Siguiendo pregunta: ¿puedes correr con ese vestido?

—Igual despego y echo a volar.

—Mientras seas más rápida que tus guardaespaldas... —dice Irina; se recoge el vestido de fiesta y despega, un relámpago de color crema y marrón.

En un instante, Alexia desconecta la pulsera y sigue a Irina. El primer paso casi la tira de bruces; no puede separar las piernas. Se para a rasgar una costura hasta el muslo; ahora puede correr. Una zancada está a punto de lanzarla a la araña de cristal; la siguiente, contra una pared. Irina toma un pasillo y Alexia se esfuerza por correr cerca del suelo, con rapidez. Llegan jadeando y riendo a un cuarto accesorio de roca desnuda y aluminio, lejos del cargante glamur de las salas públicas. Conductos circulares de un metro de diámetro rodean la habitación, a la altura de la cintura. Irina mira a Alexia a los ojos y se quita los zapatos.

—Te he prometido que iba a seducirte, Alexia Corta —dice Irina Eflua Asamoah.

Encima de cada conducto hay un par de asideros con rayas de advertencia. Irina se sujeta a unos, se eleva, se introduce en el conducto con los pies por delante y desaparece. Alexia oye el eco lejano de un grito de placer.

—A la mierda.

Alexia se quita los zapatos y en un abrir y cerrar de ojos está en un tubo inclinado, ganando velocidad mientras se desliza sobre la espalda hacia lo desconocido. Ríe. Entonces el conducto se inclina más, casi hasta la vertical, y la gravedad se apodera de ella. Baja completamente a oscuras, lanzada de un lado a otro cada vez que gira el tubo, con el vestido revoloteando a su alrededor. No puede contener un grito de emoción y miedo, y se le sube el estómago a la boca cuando se reduce la inclinación y se ve lanzada a una larga espiral, vuelta tras vuelta, hacia abajo y más abajo. Vítorea, chilla, aúlla mientras baja por la chimenea, un desecho humano en un desagüe. Podría mearse encima de la emoción. Un punto de luz se amplía hasta convertirse en un círculo y sale disparada por los aires hasta que aluniza con un alarido en un montón de colchonetas. Se pone en pie. Está tan aturdida, con los ojos tan vidriosos, con el cerebro tan apabullado como si acabara de echar un polvazo. Y ríe, ríe, ríe.

Irina está tumbada en las colchonetas, con los ojazos muy abiertos y atrayentes.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Alexia.

—El protocolo de evacuación de emergencia Dos —dice Irina. Ahora Alexia ve que hay tantas bocas de salida como bocas de entrada había en la otra habitación; ¿cómo estará de lejos? Tiene la impresión de que el trayecto ha sido larguísimo, pero en un tobogán se pierde la noción del tiempo—. Estamos quinientos metros por debajo de Santa Olga —dice Irina, como si le leyera el pensamiento—. En un refugio antirradiación. Cuando hay una fulguración solar de repente, saltamos al tubo más cercano y bajamos aquí.

—He pasado por un sacacorchos —dice Alexia.

—¿Qué?

—Una espiral. Una hélice. ¿Por qué habrán puesto un sacacorchos en un

tobogán de evacuación de emergencia?

—¿Por qué no? —dice Irina. Su ceño le encoge el corazón—. Algunos tienen zigzags. He bajado por casi todos.

Un parque de atracciones secreto bajo la capital de VTO. Un sistema de evacuación de emergencia que parece una noria. Recuerda que los Vorontsov lo hacen todo a lo grande. Aman a lo grande, se enfurecen a lo grande, guardan lealtad a lo grande. Se divierten a lo grande. De un tubo de evacuación surge un agudo grito de júbilo que sube en volumen hasta que un chico sale volando de la boca y aluniza en el pozo de colchonetas. Sale hecho un borrón de pelo rubio y sonrisas. Aparenta unos doce años. Sale corriendo del refugio sin parar de reír.

—Tengo el vestido destrozado —dice Alexia—. No puedo dejarme ver así.

—Hay una impresora un nivel más arriba. —Irina gira un pie con timidez—. Aunque...

—¿Aunque?

—Igual es mejor que te cambies. Te llevo a otra fiesta. Una fiesta de verdad, para gente como nosotras.

Alexia se siente tentada de tomarse un respiro de los deberes y responsabilidades de la *Mão de Ferro*. Un tiempo para ser Alexia Corta, carioca y Reina de las Cañerías, con gente de su edad y condición. Gente libre del peso del poder.

«Casi te sales con la tuya, Irina Asamoah.»

—Tengo trabajo —dice Alexia—. Tengo reuniones por la mañana. Con toda esa gente que no es como nosotras.

Irina se muerde el labio inferior, decepcionada y cabizbaja.

—Vale, pero llámame cuando termines. —Se pone de puntillas para dar a Alexia un beso rápido y decidido en los labios, y a continuación se escabulle, descalza y gloriosa.

«Mi misión consiste en seducirte —había dicho Irina—. Y lo conseguiré y te encantará.»

Alexia está seducida. Y le encanta.

Una roca en el espacio, iluminada desde atrás por la media tierra. La luz solar traza sombras geométricas: manos humanas han trabajado en esta roca.

Alexia Corta sobrevuela la roca transformada. Está flotando en el espacio. La obra humana aumenta; Alexia supone que tendrá aproximadamente un kilómetro de diámetro. Las rocas espaciales no son lo suyo. La roca gira frente a ella. Tarda un momento en deducir, por el movimiento de luces y sombras, que quien se mueve es ella. La orientación espacial tampoco es lo suyo. Una fina línea de oscuridad atraviesa el lado iluminado de la roca espacial. ¿Es algo, o una sombra? Cuando Alexia intenta averiguar qué arrojaría una sombra así, divisa la línea de luz. Un cable vertical. Mueve la cabeza para seguir la línea y la presentación responde: la engancha al cable y la aleja de la roca.

Vuelve a mirar hacia arriba y el ángulo de cámara vuelve a cambiar; tiene delante el hombre de la Luna. Entre la cara visible y ella, a pleno sol, tiene una mancha en la visión, como una miodesopsia. Cuesta captar el detalle, luz contra luz, pero atisba retazos de geometría: grúas pórtico, paneles solares, antenas eléctricas, depósitos de combustible, módulos ambientales, bots, constructores y brazos mecánicos. Una especie de estación espacial. La cámara se aleja para proporcionarle una vista de vehículos espaciales atracados en los muelles de carga, contenedores de helio y tierras raras, brillantes pedazos de hielo de meteorito del tamaño de bloques de pisos. Alexia deja de mirar la estación espacial para volver a enfocar el cable y, más allá, la Luna. Algo destella en su dirección, la sobrepasa rápidamente y desaparece. Alexia no se ha fijado en el momento en que trepar por el cable se ha convertido en volar a lo largo del cable se ha convertido en bajar por el cable.

En el ciclador, cuando viajaba desde la Tierra, no identificó el punto en que la Luna pasaba de una cosita en el cielo al mundo que tenía bajo los pies.

Sabe bastante de selenografía de la cara visible para darse cuenta de que el cable la aleja del ecuador, hacia el sur. Baja sobrevolando Tycho y Clavio. Siempre hacia el sur; ahora las paredes de Shackleton lanzan sus sombras perennes a lo largo de la cuenca polar. Alexia distingue luces en la oscuridad imperecedera. Una estrella resplandece más que ninguna otra: el Pabellón de la Luz Eterna, sobre su torre de cristal. Ahora distingue el desastroso revoltijo de la superficie de Reina del Sur: róvers y sinterizadores abandonados, equipo

ambiental caduco, torres de comunicaciones y escotillas sobre el gris lleno de huellas del regolito. Las ciudades lunares, tan bonitas, tan arquitectónicas, tan precisas por dentro, son como quinceañeros pijos que dejan trastos por toda la habitación. Un haz de luz intensa sale de las sombras de la pared del cráter hacia la zona iluminada: un Polar Express que llega a la primera ciudad de la Luna. Más abajo, más cerca. Una escotilla se abre bajo Alexia, una boca negra. Termina la presentación y se le despeja la lentilla.

Está sentada a una mesa de reuniones. La estancia es negra. La superficie de la mesa está iluminada desde dentro; no hay más alumbrado, y confiere un semblante tétrico a los ejecutivos reunidos. Aquí están los viejos, casi todos hombres, que conoció en la recepción. Los hombres altos de VTO Luna, los hombres chaparros de VTO Tierra, los frágiles hombres fideo de VTO Espacio. También hay caras jóvenes, y entre ellas encuentra a las mujeres. Todas las caras solemnes; nadie sonríe. Así son los Vorontsov. Consideran que los brasileños sonríen demasiado.

—Impresionante.

Los adustos rostros miran sin decir nada. Saben que no comprende lo que ha visto. Un viaje en ascensor del espacio a la Luna.

—Con el ascensor en el polo mantenemos abiertas las órbitas ecuatoriales —dice Pável Vorontsov desde el otro lado de la mesa.

—Nuestro sistema de transferencia por momento lineal, el cable orbital, seguirá funcionando en combinación con los cicladores —dice Orin Vorontsov, a la izquierda de Alexia.

—Para el tráfico biológico —añade Piotr Vorontsov, a su derecha.

—El tiempo de ascensión del contrapeso ronda las doscientas horas —dice Pável Vorontsov—. Es un tiempo de exposición inaceptable a la radiación ionizante.

—El coste de apantallar los ascensores hasta límites seguros para los humanos impediría que fuera rentable —dice Piotr Vorontsov.

—En los apéndices están todos los datos —dice Orin Vorontsov con una sonrisa.

—¡Oh, por el amor de Dios, cuánta palabrería! —interrumpe una voz nueva, una cara nueva—. No lo entiende. —Valeri Vorontsov es el fantasma de

la fiesta, un homúnculo que flota en todas las lentillas. Se ha unido desde la *Santos Pedro y Pablo*, cercana a la Tierra, sin comunicación directa con la Luna. Además de los dos segundos que tarda en llegar la luz, su avatar se retransmite mediante satélites de comunicaciones de la órbita terrestre más elevada, lo que añade retraso al retraso. Valeri Vorontsov está a diez segundos de la sala de reuniones. El software que presenta su avatar ha suprimido de la imagen las bolsas de colostomía, las zarpas de los pies, la semidesnudez fruto del semidescuido, pero sigue pareciendo una cometa hecha con la piel de un hombre desollado—. Sabes qué es un ascensor espacial, ¿no? —Los diez segundos de demora marcan el carácter retórico de la pregunta—. ¿Sabes cuál es la forma más rentable de transferir masa desde un pozo gravitatorio? Bajar un cable y levantarlo. Como un cubo de meados. Así pues, es un cable largo, que llega hasta la tierra, pero solo es cuestión de ingeniería. Un ascensor espacial. De hecho, ascensores espaciales. ¿Por qué construir uno cuando se pueden tener dos? Economía de escala, según dicen. Uno al polo sur, otro al polo norte. —La sala concede a Valeri Vorontsov un tiempo de cortesía y después habla Yevgueni Vorontsov:

—Ni siquiera dos ascensores espaciales, *Mão de Ferro*. Cuatro.

La lentilla de Alexia vuelve a cobrar vida. Está subiendo, alejándose del polo sur, sobrevolando la amplia cuenca de Aitken. La estrella refulgente del Pabellón de la Luz Eterna cae por detrás y debajo de ella, las sombras se alargan y después se funden con la oscuridad. La gran linterna de los Sun resplandece por encima del intenso arco de luz que marca el día lunar. Sujeta al cable invisible pasa por encima de Farside, de las interminables y caóticas montañas, de los cráteres, de los pequeños mares aislados. El ascensor sube dando vueltas por su cable, alejándose de la cara oculta. Cambia la cámara; Alexia observa el cielo más lleno de estrellas que haya visto nunca. Más arriba, más deprisa.

La Luna mengua bajo Alexia. La línea que separa el día de la noche está por todas partes; después el sol se derrama por la Luna y Alexia, en su silla, da un respingo involuntariamente. Ante ella se extiende una ciudad en el espacio. El puerto del lado terrestre la tenía maravillada, pero esto pone a prueba su imaginación: esto es diez veces más grande y complejo que el punto de anclaje de la cara visible. Tres naves, cada una de un kilómetro de longitud, levitan como colibríes sobre los pétalos abiertos de los disipadores de calor. Un destello de azul de motores; un remolcador, todo depósitos de combustible,



disipadores de calor y paneles solares, parte de Farside en dirección a otro mundo. El sol ilumina el logotipo de VTO. La cámara hace zoom para ampliar los bots y las figuras con traje rígido de la superficie del muelle, soldando. Siempre salen soldaduras en el vacío en estas presentaciones. No hay ventana. La cámara enfoca el visor dorado de un trabajador espacial; en él se refleja la Luna, con la noche terrestre de fondo.

Y vuelta a la sala de reuniones. Ahora habla Yevgueni Vorontsov:

—El plan del puerto lunar. Transferencia sencilla y rentable de materiales entre la Luna y la Tierra, o la Luna y el Sistema Solar, mediante cuatro ascensores espaciales. La Luna como clave del futuro desarrollo del Sistema Solar. La Luna como núcleo del Sistema Solar. Fabricación de vehículos espaciales a bajo coste, amplios conocimientos de robótica, electricidad barata y un sistema de lanzamiento de grandes volúmenes. Podríamos construirlo mañana. —A Yevgueni Vorontsov le brillan los ojos; todos los Vorontsov lo miran.

—¿Por qué me enseñan esto? —pregunta Alexia Corta.

—VTO necesita licencias para establecerse en Reina del Sur y Rozhdestvenskiy —dice Yevgueni Vorontsov—. Solo la LMA puede conceder esas licencias. —Los representantes de Tierra, Luna y Espacio asienten para confirmarlo—. ¿Podemos contar con el apoyo del Águila en la votación del Consejo?

—Represento al Águila, pero no puedo hablar por él.

—Claro que no. Esperamos que lo persuada. —Yevgueni Vorontsov.

—¡Más aún! —dice Pável Vorontsov—. Esperamos que él persuada a los terrestres.

—El Águila tiene una postura imparcial entre las instituciones terrestres y las lunares —dice Alexia, consciente de que tiene todos los ojos clavados—. Como su asteroide del punto L1. —El intento de broma muere en la mesa.

—El Águila, puede —gruñe Yevgueni—. Lucas Corta es lunario. Lleva polvo en la sangre, y el polvo quiere salir.

—Memorice lo que ha visto —dice Orin Vorontsov—. Familiarícese con ello como si fuera su propia piel. No podemos permitir que nada de este material salga de Santa Olga. Tiene que ser su portavoz.

—Lo vigilan —dice Yevgueni Vorontsov—. He visto los drones. Aunque usemos un canal seguro, no podemos arriesgarnos a que este material caiga en manos de los terráqueos.

—Entonces, ¿qué opina? —interrumpe Valeri Vorontsov, tal como debe.

—No estoy segura de poder hacerle justicia —dice Alexia—. Es mucho pedir. —Se da cuenta de que no está respondiendo a la pregunta—. No lo entiendo tan bien como ustedes. Es gigantesco, es magnífico; nunca había visto nada parecido. No acaba de caberme en la cabeza. No sé si puedo exponerlo correctamente. Aunque sé la sensación que me produce; a lo mejor puedo exponer eso.

La sala de juntas de VTO concede a Valeri Vorontsov, en la cara oscura de la Tierra, sus diez segundos.

—Esto ha sido todo, Alexia Corta.

Sonríe. Una sonrisa espeluznante de dientes verdes.

Alrededor de la mesa de reuniones, todos sonríen con él.

Wagner Corta se reclina en el asiento. El ambiente de trabajo del róver es cómodo, pero se estremece al contacto del plástico en la piel. Cada nervio es como diez nervios; cada uno de esos diez nervios está fragmentado en mil fibras conductoras. Se tensa ante el estímulo de esas fibras nerviosas, y después se relaja, cargando todo el peso en el asiento.

—Conéctame, Doctor Luz —ordena.

El róver es antiguo, poco más que una esclusa sujeta por unidades móviles y con una IA consistente en una interfaz de familiar añadida recientemente, pero es fiable. Wagner oye la activación de los motores como un silencio en la sinfonía del ruido de máquinas: los pitidos de los sensores, los gemidos de los actuadores, la respiración del aire acondicionado, el tamborileo de su corazón y los susurros de su aliento. Percibe una alteración en la gravedad, demasiado sutil para sentidos menos afinados, como un cosquilleo insufrible. Va a pasarlo muy mal en el regolito abierto. El róver gira sobre sí mismo y se detiene.

—Ábrelo, Doctor Luz.

La parte delantera del róver se vuelve transparente. La luz de la tierra llena ilumina a Wagner Corta, desnudo en el asiento de mando de *Rosa*, el

vehículo 1138 de Taiyang. Suelta un grito. La luz azul late hasta en la última célula de su cuerpo. Todos los nervios se encienden. Se pone de pie y gira para exponer su piel entera a la luz de la tierra. La zona lumbar, la palma de las manos. Se pasa por encima del hombro la larga melena negra para dejarse la nuca al aire. Está inmerso por completo en el resplandor terrestre. Respira trabajosamente, en jadeos orgásmicos. Tiembla. A los músculos les cuesta mantenerlo erguido. Se desmorona en el asiento, resoplando.

—Vamos a trabajar, Doctor Luz.

¿Quién repara a los reparadores? Wagner Corta, el lobo.

Necesita el trabajo, no el dinero. El grupo de música clásica persa de Analiese gana lo suficiente y ella está más que dispuesta a compartirlo con Robson y él, pero la distancia no tiene precio. Desde que se subió al viejo y conocido transbordador en Hipatia y Robson se arrellanó en el asiento de al lado, Wagner ha temido el primer resplandor azul en el borde de la tierra nueva. Ahora es intolerable. Pensó que dejar la medicación lo haría más llevadero, pero cada vez que sale la tierra, los cambios psicológicos son más y más intensos.

«Tómate las pastillas —dijo Analiese—. Te estás sometiendo a una prueba demasiado dura, amor mío. Tómate las pastillas.»

En plena noche, antes de partir al trabajo del Theon Senior, salió de la cama y se acercó a la impresora de su piso. El encargo era complejo, y el material requirió varias etapas de síntesis. Se quedó temblando frente a la impresora, mirándola. El silencio cristalizaba a su alrededor. Cuando Doctor Luz le dijo que ya estaba, le dio un vuelco el corazón. Se tragó las pastillas con un vaso de agua y estuvo palpitando al ritmo del corazón mientras la ofuscación, la incertidumbre, la niebla abotargante, la indecisión y la falta de claridad se dividían claramente, yin y yang. De nuevo eran dos. Era él mismo. Sentía que la manada lo llamaba a dos mil kilómetros de distancia.

Se marchó antes de que se despertaran Analiese y Robson.

En la cabina abarrotada de *Rosa*, el vehículo 1138 de Taiyang, Wagner Corta averigua en qué consiste ser un lobo solitario. Aúlla. Se sumerge en una furia incoherente, interrumpida por profundos sollozos desprovistos de lágrimas. Más de una vez está a punto de abrir la esclusa, no para apagar el fuego blanco de su interior, sino para acercarse más a su verdadera alma, que

arde bajo el horizonte con la luz de diez mil Tierras. Se muerde profundamente las muñecas, los antebrazos, recordando los amorosos dientes de sus compañeros de manada. Tierras crecientes de piel ensangrentada. Se muerde la uña del pulgar hasta convertirla en un filo dentado, se la hunde en la piel y se traza una línea irregular sangrante desde cada pezón hasta el ombligo. Lloro en silencio con los músculos extenuados, hecho una bola en el suelo de malla dura, hora tras hora. Es más terrible que nada que pudiera concebir. Está en el infierno.

—*Veinte minutos para el destino* —dice Doctor Luz.

Se pone de rodillas trabajosamente, con los puños apretados contra los paneles del suelo, bañado en sudor, con el pelo chorreando. Es la carcasa de un hombre; el blanco ha quemado la humanidad. Logra enderezarse porque ahora solo está el lobo. El dolor es el distintivo del lobo. Se pone en pie.

—Quiero verme.

Observa larga e intensamente su propia imagen en las cámaras del röver. Parece la muerte. Doctor Luz le dice dónde encontrar agua, antiséptico, primeros auxilios. Wagner Corta se limpia, se remienda, se sella. Hay trabajo que hacer, trabajo que solo puede hacer el lobo. El aspecto oscuro es concentración y una dedicación colosal, introvertida. El aspecto claro es inspiración, percepción, ráfagas de genialidad; atributos importantes para el hombre que repara los reparadores. Era analista antes de ser cuidador, antes de ser *laoda* del equipo de cristaleros Lucky Eight Ball de Taiyang. Ve cosas; establece relaciones que se escapan al resto de los humanos.

Se pone el trácup; saborea la sensación del tejido elástico que recorre su piel sensibilizada. Se pone los guantes. Realiza la comprobación preliminar de los sistemas. Nota que el röver frena al acercarse al bot de mantenimiento averiado.

Siempre será así, pero puede hacerlo. No puede nadie más.

## 11

Wang Yongqing estudia asidua y prolongadamente todos y cada uno de los grabados. Vidhya Rao espera con las manos dentro de las amplias mangas de la túnica. A la terráquea no le interesa la litografía de los siglos XVIII y XIX de la Era Común. Ya que la reunión se desarrolla en el terreno de Vidhya Rao, la LMA va a hacerse con el control del tiempo. Anselmo Reyes y Monique Bertin ya están visiblemente aburridos.

—Qué sedición más burguesa —comenta Wang Yongqing cuando termina de contemplar las láminas y el personal de la sede de la Sociedad Lunaria acompaña a la mesa a invitados y anfitriones.

—Para nosotros, la política es una novedad —dice Vidhya Rao—. ¿Cómo era aquello? ¿Que florezcan cien flores?

El sumiller sirve el agua.

—Siempre que estén plantadas armoniosamente —dice Wang Yongqing—. Bueno, no me gusta hablar mientras como, así que ¿tratamos nuestros asuntos antes o después?

—Ustedes han solicitado la reunión —dice Vidhya Rao—. Adminístrenla como deseen.

De la pared cuelga el pequeño grabado de William Blake de la escalera entre la Tierra y la Luna. Wang Yongqing no se ha fijado aún, o tal vez sí pero no ve la ventaja política de hacer ningún comentario. Vidhya Rao estaba sentada con Ariel Corta en esa misma mesa cuando vaticinó la llegada de esos terráqueos.

—Muy bien. Su propuesta de la bolsa lunar nos parece interesante —dice Wang Yongqing.

—Hemos hablado con nuestros respectivos Gobiernos —dice Monique Bertin— y coinciden. Con entusiasmo. La financiarización es un futuro tan rentable como seguro para la alianza de intereses lunares.

—Mi empresa está dispuesta a facilitar capital inicial para desarrollar el proyecto —dice Anselmo Reyes—. Hemos pensado en un consorcio de fundadores y desarrolladores de IA con base en la Tierra.

—Taiyang está más avanzada que ninguna empresa de desarrollo terrestre —dice Vidhya Rao.

—Es una cuestión de control —dice Anselmo Reyes—. Lisa y llanamente, queremos que la Luna intervenga en la bolsa tan poco como sea posible.

—Una propiedad de la Tierra gestionada en la Tierra —dice Monique Bertin.

—¿Gestionada en la Tierra? —repite Vidhya Rao—. ¿A pesar del desfase temporal?

—Los trabajadores se establecerán provisionalmente en la Luna —dice Monique Bertin.

—Es un sinsentido desde el punto de vista económico —dice Vidhya Rao.

—Tal como ha explicado mi compañero, queremos reducir al mínimo la intervención lunar —dice Wang Yongqing—. Lo óptimo sería eliminarla.

—De corto a medio plazo expropiaríamos el cinturón solar de Taiyang para procurarnos el abastecimiento de energía —dice Monique Bertin—. A medio plazo supervisaríamos la instauración de una bolsa completamente automatizada, acorde con su propuesta. A largo plazo prevemos el desplazamiento a la financiarización completa y la reducción planificada de la población lunar.

—¿Reducción planificada? —pregunta Vidhya Rao.

—A un nivel que garantice la armonía entre los dos mundos —dice Wang Yongqing.

—¿De qué nivel habla?

—¿De verdad tengo que deletreárselo? Cero. —Wang Yongquin despliega la servilleta y se la coloca pulcramente en el regazo—. Nada de población humana en la Luna. Y ahora, ¿comemos?

El mar de Hierro está en el margen oriental del océano de las Tormentas. No es su nombre oficial; es informal y reciente. Es el apodo del gran centro de clasificación de VTO, treinta hectáreas de raíles, vías muertas de ensamblaje, mantenimiento y construcción.

Un pequeño tranvía ejecutivo con el verde y plateado de Mackenzie

Metals atraviesa el mar de Hierro de cambio de agujas en cambio de agujas, adelantando expresos varados de un kilómetro de largo, locomotoras de maniobras y carros de mantenimiento. El horno de fundición de Mackenzie Metals discurre por sus propias vías de levitación magnética. El tranvía se detiene bajo el vientre de la bestia; la grúa de anclaje desciende y levanta el vehículo de la vía. Las escotillas se acoplan, se hacen estancas e igualan la presión. Todas las sociedades tienen tiempos sin medida; momentos de espera, aguante o proceso en los que nadie se fija. En la Luna no se mide el tiempo que se pasa esperando a que se acoplen las escotillas.

Pável Vorontsov espera con sus *ojranas* en el pasillo de techo bajo hasta que se abre la escotilla, y Duncan Mackenzie se agacha para atravesarla y salir al atestado espacio. Sus *blades* lo siguen y se revuelven incómodos, en busca de una formación adecuadamente intimidatoria.

—Mi abuelo presenta sus disculpas —dice Pável Vorontsov—. Le habría gustado venir a saludarlo, por el afecto ancestral que une a nuestras familias, pero no habría cabido por los pasillos.

Los acompañantes los siguen, encorvados. Sus familiares susurran advertencias sobre obstrucciones y peligro de daños en la cabeza.

—Están diseñados solamente para la tripulación de mantenimiento —dice Pável Vorontsov.

El centro de control de la parte superior del horno ofrece unas impresionantes vistas a través del mar de Hierro, hasta el enorme vertedero industrial de Santa Olga. Solo hay sitio para los ejecutivos; *ojranas* y *blades* se apelotonan en el pasillo, intentando dar con una postura cómoda.

—He transferido el control a tu familiar, así que puedes sacarlo personalmente —dice Pável a Duncan Mackenzie—. Tenemos que moverlo cada dos días de todas formas.

—Los *bogies* se congelan y atascan —dice Duncan Mackenzie.

No se han olvidado los viejos ritos de Crucible. Esperance, su familiar, le abre el cuadro de mandos en la lentilla, y traza una ruta. Los Vorontsov no van a oír el leve zumbido de la rejilla que abastece los motores de tracción, no van a sentir la sutil aceleración cuando mil toneladas de hornos de fundición empiecen a moverse. Son ingenieros, no ferroviarios. No se criaron en la gran Crucible, siempre dando vueltas a la Luna, una órbita cada veintinueve días,

bañada continuamente por el sol, a la sombra protectora de los espejos.

—Una osada elección de destino —dice Pável Vorontsov.

—Es una deuda pendiente —dice Duncan Mackenzie. La fundición ya va a toda velocidad, diez kilómetros por hora. Las luces de señalización pasan al verde en la pantalla de la cabina y en la lentilla de Duncan Mackenzie. Sus emociones son complejas: placer nostálgico, la herida reciente del dolor apenas curado, la exaltación del poder, la amargura de saber que, por muchos hornos móviles que construya VTO, nunca volverán a ser Crucible. Hay ciudades que solo se erigen una vez. La fundición se encamina a la línea principal sin un estremecimiento.

—Hemos mejorado el diseño —dice Pável Vorontsov—. Es una vieja fundición de repuesto del Crucible original, en la que hemos instalado partes del nuevo sistema, unidades completamente autónomas. Más ligeras y eficaces. La ingeniería y la producción han avanzado mucho desde la época de nuestros padres.

—No lo dudo —dice Duncan Mackenzie. Observa con placer la expresión controladamente consternada de Pável Vorontsov, que mira por la ventana mientras un expreso de pasajeros cae por la tolva. La destrucción es inminente; después, el expreso desaparece bajo el horno de fundición. La primera vez siempre impresiona.

—Podemos suministrar cinco unidades por luna —dice Pável—. Como los nuevos diseños son más eficaces, harán falta menos para alcanzar la producción plena. Podrían igualar la tasa de Crucible en seis años; después solo es cuestión de añadir vagones.

—Estoy impresionado, Pável Yevguénievich —dice Duncan Mackenzie.

—La eliminación del soporte vital y el espacio habitable reduce el coste y facilita la producción. Solo hemos presurizado este para la demostración. Nuestros sistemas automatizados se harán cargo del mantenimiento de los nuevos modelos.

—No hace falta —dice Duncan Mackenzie. La cúpula de Santa Olga ya se ha hundido en el horizonte, y el horno recorre la planicie del este del océano de las Tormentas.

—Soy consciente de que, históricamente, Mackenzie Metals utilizaba sus



propios equipos de mantenimiento...

—No hará falta ningún equipo de mantenimiento —dice Duncan Mackenzie. Cara a cara, compartiendo respiración en los estrechos confines de la cabina de control, los ejecutivos de VTO intentan disimular la turbación.

—No te entiendo, Duncan —dice Pável Vorontsov.

—No voy a extender un contrato —dice Duncan Mackenzie. Susurros en ruso, miradas torvas—. Hadley seguirá siendo la principal fundición de Mackenzie Metals.

—Ya os cuesta satisfacer la demanda, Duncan. Necesitáis un refinado continuo. Podríais pasar de la energía solar a la electricidad, pero para eso tendríais que comprar del cinturón solar de Taiyang o pasaros a la fusión y comprar helio-3 a tu hermano, al menos a corto plazo.

—¿Llegaste a conocer a mi padre, Pável?

—Cuando cumplió cien años, en Reina del Sur.

—En la silla, enganchado al traje de soporte vital, con un hatajo de sistemas que lo mantenían con vida. Pis, mierda y electricidad. Pero los ojos... ¿Lo miraste a los ojos? Deberías haberlo mirado a los ojos. Sus ojos no envejecieron jamás, tenían la misma luz que veía en ellos de niño. La misma luz que vi cuando orientó los espejos al sol. Tenía cincuenta años cuando vino a la Luna. «El lanzamiento te matará», le decían. No fue así. «La baja gravedad te matará», le decían. El deterioro óseo. La atrofia muscular. No fue así. Lo único que podía matar a Robert Mackenzie era la traición. Te diré una cosa del viejo: si se le daba a elegir esto o lo otro, respondía «A la mierda; me quedo con la tercera opción». Siempre había una tercera opción.

»Se extrae, se funde y se mueve. Así llevamos haciéndolo durante cincuenta años. Pero hay otra opción. A la mierda la Tierra. Siempre tiene hambre; se lo comerá todo y después nos roerá los huesos. La Tierra es una niña. No la necesitamos. Hay un sistema lleno de cosas que podemos usar, ahí plantado. Suficiente para que construyamos el mundo que queramos. No solo la Luna. Deberías ver las ideas que se les están ocurriendo a nuestros hijos. Mundos artificiales. Hábitats como... collares en el cielo. Por docenas, por cientos. Por miles. Suficiente espacio para miles de millones de personas. Para billones. Ahí fuera hay metal y carbono suficientes para que cumplamos cualquier sueño, y solo tenemos que cogerlos.

»¿Sabes por qué cancelo el pedido? No quiero que me construyas hornos de fundición, sino maquinaria de minería para asteroides. Naves. Catapultas electromagnéticas. Miles de espejos. Nosotros tenemos experiencia con los materiales, y vosotros, con los ascensores espaciales. Se extrae, se funde y se mueve, para nosotros. Trabajaremos juntos; tenemos que trabajar juntos, todos nosotros. Todos los Dragones. Si no, solo quedarán nuestros huesos en el polvo. Lucas Corta no puede controlar a los terrestres. Mi padre creía en una Luna independiente. Con todo su corazón. Eso ya no basta. Tenemos que llegar más arriba, más lejos, extendernos tanto que la Tierra nunca pueda alcanzarnos a todos. Todos nosotros vivimos mientras la Tierra nos necesite. Cuando deje de necesitarnos...

Duncan Mackenzie estampa el puño contra la ventana. El cristal se mancha de sangre. Esperance lanza una alerta a los *blades*; Duncan Mackenzie la cancela y prosigue:

—El viejo creía en la Luna. Yo creo en un millar de lunas. Un millar de sociedades.

Duncan Mackenzie percibe una sutil deceleración. La fundición está frenando.

—¿Qué quieres, Duncan? —pregunta Pável Vorontsov.

—Llévame frente a tu junta. Quiero exponer lo que acabo de decirte.

El vagón de fundición se detiene; arroja la sombra de una montaña en la planicie gris del océano de las Tormentas. El destino de Duncan Mackenzie estaría a horas de distancia a la velocidad de seguimiento del sol.

—Me voy en tranvía a Crucible —dice Duncan Mackenzie—. Puedes venir conmigo o puedes volver en esta cosa a Santa Olga.

Los hombres se miran en la pequeña cabina abarrotada. Cara a cara, respiración a respiración.

—Voy contigo —dice Pável Vorontsov—. En el pasillo, mientras bajan al atracadero del tranvía, se acerca a Duncan Mackenzie tanto como permite la ingeniería—. Duncan. He hablado con la familia. Tendrás tu reunión.

Irina lleva el trácsup como pintado en la piel. Las sombras aerografiadas siguen las curvas y contornos de sus músculos, y la mirada de Alexia las sigue a su vez. A esa chica le costaría tanto dejar de encandilar como dejar de

respirar. Su corazón late exquisitez. Se pone el casco y pasa de ser Irina Efua Vorontsova-Asamoah a convertirse en objeto. Alexia tiene que reconocer que es endiabladamente sexi.

Pero el traje rígido es más sexi. De una forma distinta, más profunda y oscura. Estaba abierto en la antesala de la esclusa como un abrazo, como una autopsia. Alexia se introdujo en él de espaldas, con cautela, y rio cuando la matriz háptica le tomó las medidas y se cerró para tocarle el cuerpo por mil puntos, íntima e interactiva como los músculos de un amante. El traje se cerró en torno a ella. Combatió el pánico cuando el casco se acopló y se selló; entonces, Maninho se enlazó con la IA del traje y desapareció el caparazón. Levantó las manos. No estaban enguantadas. Los brazos, los pies, las piernas, todo lo que veía: desnudos.

—Tengo un amplio catálogo de pieles para el traje —dijo Maninho—. Alexia se cansó después de las cincuenta primeras y optó por la imitación de neopreno que le enfundaba todo el cuerpo. Parecía uno de esos niños ricos surfistas que corrían a la playa de Barra con sus tablas y sus guardaespaldas.

Se aventura a dar un paso con el traje rígido. Se mueve como su propio cuerpo. Se siente protegida pero ligera. Envuelta, defendida. Irina la mira. ¿Qué verá? ¿A la *gatinha* surfera o a Iron Man? La interfaz del traje ha superpuesto la cara de Irina al visor del trácusp. Parece desnuda en el vacío. Esos trucos, esas simulaciones y cosas tranquilizadoras, podrían jugar una mala pasada a quien lleva un traje de superficie. Y, como todo el mundo le dice, la Luna quiere matarla y tiene mil formas de hacerlo.

—Sígueme y no te dejes seducir por la Luna —dice Irina—. ¿Quieres un cable para sujetarte?

—No quiero ningún cable. —La escotilla se cierra a su espalda—. ¿Cuánto tarda el aire...?

El traje repiquetea; una alteración repentina que la rejilla háptica traduce a su piel. Y ya está.

—*La esclusa ha alcanzado la presión superficial* —dice Maninho.

De modo que así es la despresurización.

La esclusa se abre a un rectángulo iluminado que se ensancha.

—Vamos —dice Irina. Su nombre flota en verde sobre el hombro. El verde

está bien. El rojo indica problemas. El blanco es la muerte. Alexia arrastra los pies rampa arriba. Irina da una palmadita a un tosco icono de Dama Luna dibujado con rotulador de vacío en la pared de la esclusa. La cara demediada está tan desgastada por miles de guantes que casi no se distingue. Alexia la roza con las puntas del guante. Ya es una tragapolvos.

Sale hacia el sol y se detiene en seco en lo alto de la rampa.

«Estoy caminando por la Luna. ¡La Luna!»

—Venga, vamos, Moonbeam —dice Irina. Alexia cruza la línea del sinterizado al polvo lunar gris. Da una patada y se levanta una nube más alta de lo que imaginaba, que tarda mucho en volver a asentarse.

«¡Estoy caminando por la puta Luna! ¡Espera a que se lo diga a Caio!»

Planta la bota en la superficie y ve que está pisando una huella anterior. Los océanos sin viento de la Luna conservan indefinidamente cualquier rastro. La noche del día anterior a que se fuera a Manaus a prepararse para el lanzamiento se llevó a Caio y un telescopio a la azotea de Ocean Tower, y él le dijo que quería ver el King Dong, la verga de cien kilómetros grabada en el mar de la Lluvia en los inicios de la industrialización por tragapolvos aburridos y sus pacientes máquinas.

Segundo pie en el regolito. Mira hacia arriba. La puta Luna es un puto desastre. Tecnología obsoleta, torres de comunicaciones caídas, parabólicas naufragadas, depósitos agujereados, róvers desechados, trenes saqueados. Detritus de traje, basura humana. Los *zabbaleen* han limpiado cualquier materia orgánica para reprocesarla, abandonando los huesos metálicos. El metal es barato, está muerto. El carbono es precioso, es la vida.

Alexia mira más arriba, apartando la mirada del vertedero. Le llama la atención la Tierra. Su planeta natal está a mitad de camino entre el horizonte y el cenit. Nunca había visto nada tan azul. Norton le regaló unos pendientes de zafiro. Brillaban y destellaban, pero eran de la Tierra, no la Tierra. Una vez, en el colegio, le tocó dibujar la bandera y se esforzó por recordar el número y la posición de las estrellas del círculo azul de la *auriverde*, pero era el azul del espacio vacío, no un mundo vivo. Está ante todo el azul del universo concentrado en una esfera. Tan pequeña... Levanta la mano y oculta a todas las personas que haya conocido jamás.

¿Qué pasa si se llora dentro de un casco espacial?

—Vamos, Mão.

—Me he quedado embobada, ¿no?

—Con todos mis respetos, os pasa a todos los terrestres.

—¿Cómo podéis vivir con eso?

—¿Con qué?

—Con eso de ahí arriba. ¿Cómo lo soportáis?

—No es mi mundo, Mão.

El delgado traje que imita la piel conduce a la aparatosa coraza espacial en un circuito por Santa Olga, desde los desguaces hasta las explanadas de construcción en las que trepan y escalan bots cargados de festivales de cables y conductos, donde las grúas colocan paneles y el océano de las Tormentas resplandece con campos de estrellas de arcos voltaicos. A la sombra de la cúpula, que eclipsa la tierra, y por las vías muertas en las que los trenes se dividen, ensamblan o retiran. Parte del entramado ferroviario se integra en la gran línea ecuatorial. Alexia divisa un objeto gigantesco en las vías.

—¿Qué es eso?

—El horno de fundición de reserva —dice Irina—. Lo que queda de Crucible. Deben de estar probándolo; Mackenzie ha encargado un nuevo tren-refinería.

—Irina —dice Alexia Corta—, ¿puedes llevarme a Crucible?

—No hay nada...

—Me gustaría ir.

Un róver avanza desde el extremo de la larga línea de vehículos aparcados, rodea a las dos mujeres y se detiene.

—¿Dónde está la puerta? —pregunta Alexia. El róver es un almacén lleno de barras, baterías y antenas, extendido como una telaraña entre las gigantescas ruedas.

—El VSV260 no tiene puertas —dice Irina—. Hay que ir encima, no dentro. —Enseña a Alexia a conectar el traje al soporte vital, y Alexia deja escapar una exclamación de sorpresa cuando las barras de seguridad le pasan por encima de los hombros y se bloquean.

—Te diría que te agarres, pero la verdad es que no hay nada a lo que agarrarse —dice Irina desde el asiento izquierdo. Alexia se aferra a los lados del asiento y el róver parte como una atracción de un parque temático. Alexia no había experimentado tanto impulso desde el lanzamiento del SSTO desde Manaos. El regolito se hace borroso, demasiado cerca de sus pies.

—¡Esto es increíble! —grita—. ¿A qué velocidad vamos?

—A ciento veinte —dice Irina—. Si quieres, podemos ir más deprisa.

—Claro que quiero.

Irina pone el róver a ciento cincuenta. El terreno es escarpado, lleno de piedras caídas hace miles de millones de años; las ruedas rebotan, pero Alexia va tan cómoda como en una carroza real. Esa cosa tiene una suspensión increíble. Debe de ser predictiva. El róver se topa con una cresta y despega; vuela de la forma en que solo vuelan los coches de las películas de acción.

La Luna, la Luna. Va a toda velocidad por la Luna.

—El viejo Crucible está más o menos a una hora, hacia el oeste —dice Irina—. Tienes en el traje una amplia selección de ofertas de entretenimiento, así que relájate y disfruta.

—Prefiero charlar —dice Alexia; se conoce las telenovelas del paquete estándar.

Irina habla por los codos. En una docena de kilómetros informa a Alexia sobre su madre, de Twe, y su padre, de Santa Olga, así como de su lugar en el complejo amórium destinado a unir a los Asamoah, los Vorontsov, los Sun y los Mackenzie en un nudo dinástico de parientes y rehenes en potencia.

—No hay ningún Corta —comenta Alexia.

—Los tuyos siempre fueron un poco raros —dice Irina—. Eso de las madres de alquiler... ¡Brrr!

Vuelve a subir la velocidad y habla del Blue Lotus, su grupo de estudio de diseñadores de biosferas que lleva veinte años en Santa Olga.

—Últimamente estoy trabajando en la terraformación de la Luna.

Alexia conoce el término por alguna que otra serie de ciencia ficción: convertir otro astro en la Tierra, insuflar vida a lo inanimado.

—¿La Luna?

—¿Por qué no? Todo el mundo dice: «Ah, la Luna, demasiado pequeña, sin gravedad suficiente, con rotación sincrónica, sin campo magnético». Podemos arreglar todo eso; solo es ingeniería. En fin, supongo que los Vorontsov te han hablado de su gran idea, de los ascensores espaciales y esas cosas. Pues bien; no son los únicos que tienen una gran idea. Los Asamoah tenemos otra. Llevamos la vida. Vaya adonde vaya la gente en el Sistema, en los planetas que colonicemos y los hábitats que construyamos, llevamos la vida. Y podemos traer la vida a la Luna. Es fácil. Cuarenta cometas bien gordos, bang, bang, bang.

—No podéis golpear la Luna con cuarenta cometas. Quiero decir...

—Antes los desmenuzaríamos, claro.

—AKA sigue reconstruyendo Maskelyne G. —Alexia pasó dos semanas en Manaus, preparándose para el lanzamiento, y fue entonces cuando VTO voló la central eléctrica con el impacto a gran velocidad de un cometa de hielo dirigido con precisión. «¿Qué papel desempeñaste, Irina Efua Asamoah, en la guerra entre los Vorontsov y los Asamoah? ¿O agachaste la cabeza y te escondiste?»

—Me das la razón. ¿No lo ves? Si es posible acertar en un blanco tan pequeño a doscientos mil kilómetros, es fácil alcanzar lugares sin nada. Ni siquiera haría falta evacuar Meridian. Pero eso es lo de menos; lo importante es que después de la lluvia de rocas tendríamos una atmósfera y un clima funcional. Y todos subiríamos a la superficie a esperar la lluvia de agua.

Alexia recuerda la lluvia en la Luna, los goterones que caían lentamente por los cañones de Meridian, llenándolos de arcoíris. Recuerda a Denny Mackenzie, calado hasta los huesos.

—¿Sabes qué es lo más emocionante? ¿Lo emocionante de verdad? Regolito más agua, igual a...

—No sé —dice Alexia.

—¡Barro! Barro. ¡Glorioso barro! Es mi especialidad. Soy pedóloga lunar. Barróloga. Cojo barro y lo convierto en tierra. Hago que cobre vida. Llovería en cuestión de tres años, aunque la Edad del Barro duraría veinte. Pero después, después, empezaríamos a cultivar. El barro es mágico, hermana. No

lo olvides nunca.

»Voy a enseñarte mi Luna. Donde estamos ahora habrá veinte metros de agua. Tendremos océanos; tendremos mares y lagos. Tendremos montañas y glaciares en los polos. Tendremos una biosfera. Habrá bosques con árboles de un kilómetro de altura; habrá sabanas llenas de animales. Puede que hasta diseñemos nuestras propias especies nuevas. Megafauna herbívora del tamaño de ese horno de fundición. Aves con una envergadura de cien metros. Será un jardín. Y viviremos en él en preciosas ciudades orgánicas que serán como parte de la naturaleza. No necesitaremos la superficie para cultivar; lo que hacemos ahora es mucho más eficiente que la agricultura basada en el terreno. Y tendremos día y noche de verdad. La transferencia del momento lineal de todos esos impactos aceleraría la rotación. Calculamos que serán días de sesenta horas. Imagina ver salir la tierra entre las nubes. ¡Imagínatelo!

»De acuerdo, puede que dure unos cien mil años, pero es suficiente para dar con una solución más permanente. Puede que acabemos por dismantelar la Luna y construir algo más grande. Hay otros grupos de estudio trabajando en ello. Podríamos desgazar la Luna y reconstruirla de forma que tenga cinco veces la superficie total de la Tierra. Y eso antes de que llegemos al resto del Sistema. Más vida. Esa es nuestra gran idea. ¿Y la tuya?

—¿A qué te refieres?

—Todo el mundo tiene una gran idea, Mão. ¿Cuál es la vuestra?

—No sé. ¿Tenemos que tenerla?

—Nosotros llevamos la vida. Los Vorontsov tienen la llave del Sistema. Pregunta a cualquier Sun y te soltará una charla sobre su comunismo postescasez. Los Mackenzie tienen algo de lo que no hablan, pero tienen algo. Y será grande. Así pues, ¿en qué creen los Corta?

Alexia visualiza a Lucas, bastón en mano, en el suelo de la Cámara del Consejo. Terrestres a la derecha, Vorontsov a la izquierda. Sabe que el bastón es un estoque. ¿Qué es el poder? ¿Tener un arma de compañía constante? «Ven conmigo a la Luna —le dijo en el coche cuando volvían de la playa de Tijuca—. Ayúdame a recuperar lo que me robaron los Mackenzie y los Sun.» Lucas robó el poder, pero es un poder impotente. Cualquier uso de ese poder aleja más aún el imperio y la familia. ¿Qué quiere el último Corta? ¿En qué cree?

En el centro de un laberinto de huellas de vehículo hay una cápsula de



escape varada sobre los ejes destrozados; le falta la mitad del techo. Alexia no puede evitar ver un cráneo aplastado. Los bordes de la fractura están ribeteados con largas lágrimas de metal fundido, y el interior es un amasijo de hidrocarburos, fibra de vidrio y gotas de titanio. El regolito está tachonado de teselas metálicas, allí donde la lluvia de acero de los hornos de fundición cayó y se solidificó. Irina detiene el r ver a recoger una y se la entrega a Alexia: una pequeña corona, para la coronación de un pulgar. Cuanto más se acerca el r ver al corazón del desastre, más grandes son las salpicaduras. Se funden con el campo de desechos, fragmentos cada vez más largos, astillas, trozos de *ironfall*. En su mayor parte es maquinaria incomprensible destrozada, pero de vez en cuando se reconoce un fragmento de finalidad identificable.

El r ver continúa adentrándose en los estragos. Las reinas de las vías de VTO despejaron la Ecuador Uno tan deprisa como pudieron, a base de levantar la chatarra y amontonarla a los lados. Pórticos inclinados en ángulos imposibles; *bogies* del tamaño del r ver volteados; el vientre de una retorta, con la boca abierta y una lengua de metales solidificados. Medio espejo tumbado contra un habitáculo derretido, dirigiendo la luz a un círculo de regolito chamuscado.

Irina detiene el r ver frente a un arco de vidrio oscuro que cruza el regolito. Un motor de tracción lanzado apresuradamente ha convertido un extremo en virutas de obsidiana. Alexia se ve reflejada en el espejo negro; a sí misma tal como es, un bulto acorazado, no la agradable falsedad que le muestra el familiar.

—Al caer, los espejos trazaron esos caminos de regolito fundido —dice Irina—. Los llamamos «sendas muertas». Si caminas por ellas podrás ver tus esperanzas, tu verdadero futuro y tu muerte.

Las catástrofes empiezan por generar chistes, que van seguidos de mitos y más adelante se convierten en conspiraciones.

Irina se adentra más en el laberinto. Hay tirados vagones enteros, apelotonados unos contra otros.

«T  hiciste esto, Alexia Corta. Pronunciaste una palabra y cayó el cielo fundido.»

El r ver se detiene de nuevo.

—No estamos solas —dice Irina. Aparecen unas figuras en el visor de

Irina, entre los escombros.

—No veo etiquetas —dice Alexia.

—No las llevan. Puede que tengamos que irnos. A veces vienen chatarreros a recoger restos de metal. Los *zabbaleen* aceptan dinero y miran para otro lado y los Vorontsov lo desaprueban, pero para los Mackenzie son saqueadores de tumbas, así que suelen ir armados hasta los dientes.

—Por mí, vámonos. Ya he visto suficiente.

—Nos están pasando por un escáner de seguridad —dice Irina—. De alto nivel.

Sobre las imágenes aparecen nombres y las figuras físicas salen de entre los colosos de acero. Alexia reconoce el color de los trajes antes que los nombres: el verde y plateado de Mackenzie Metals. Tres trácups, dos trajes rígidos; un nombre que no puede confundir: Duncan Mackenzie.

—*Te están llamando* —dice Maninho.

—Soy Vassos Palaeologos —dice el del otro traje rígido—. Aquí no eres bien recibida, *Mão de Ferro*.

—Tenía que ver... —empieza Alexia.

—¿Y qué ves, Mano de Hierro? —interrumpe Duncan Mackenzie por el canal de comunicaciones.

Alexia ordena al róver que la deje bajar y cae suavemente al regolito. La superficie es un maremágnun de desperdicios minúsculos y piezas trituradas a conciencia por las máquinas de recuperación—. Te diré qué veo yo, Alexia Corta. Veo mi casa, el lugar donde crecí. No había nada equiparable; la mayor hazaña de ingeniería de los dos mundos. Éramos los hijos de la luz eterna. Veo a mi familia. Cuando los espejos se volvieron hacia nosotros, alcanzaron los mil grados. Me gusta pensar que fue rápido, una oleada de calor, nada. Ciento ochenta y ocho muertos.

—Eh...

—¿Qué puedes decirme? Vienes de la Tierra.

—Eh...

—¿Que llevas el apellido de mi enemigo? No somos propensos a culpar a

los inocentes. Estás a salvo; no sufrirás ningún daño. ¿Sabes qué dicen de los Mackenzie?

—Que pagan por triplicado.

—En algún momento habrá que saldar todas las deudas. Cancelarlas. Reducirlo todo a ceros. No podemos seguir con este toma y daca, rencilla por rencilla, sangre por sangre. ¿Qué vamos a hacer? ¿Partir la Luna por la mitad en nuestra guerra? Tenemos un enemigo mayor. Díselo a Lucas Corta cuando vuelvas a Meridian. Dile que tiene que decidirse. De parte de quién está. Díselo. Y recuerda lo que has visto. Puta Mano de Hierro.

La comitiva de los Mackenzie gira en redondo y desaparece entre las ruinas de Crucible.

Duncan Mackenzie se vuelve.

—No volváis nunca por aquí. Ninguna de las dos.

Alexia se queda temblando dentro de su traje rígido, incapaz de moverse, incapaz de emitir una orden de movimiento. Va a vomitar. Tiene que vomitar. Tiene que barrer todo el horror, la culpa y la cobardía: no podía decir a Duncan Mackenzie la verdad, que ella era la mano que había ejecutado el *ironfall*.

—*Tienes todas las constantes vitales aceleradas* —dice Maninho—. *Administrando antieméticos y tranquilizantes.*

«No», grita Alexia en silencio. Una cálida benevolencia se extiende por su cerebro. Las tormentas amainan. Quiere enfurecerse contra la violación médica, pero sus efectos le impiden reunir fuerzas suficientes para indignarse. Ahora está en su asiento. Ahora bajan las barras de seguridad. Ahora el róver retrocede por el laberinto de acero, dejando huellas de polvo gris en los caminos de obsidiana, las sendas de los muertos.

## 12

Una sombra que cruza la ventana por donde jamás se ha visto una sombra despierta a Ocean Paz Calzaghe. Sombras y motores, voces de hombres. Se asoma. Una camioneta de reparto. Repartiendo. Se viste y baja a los escalones de la entrada, donde Kessie da instrucciones a un ingeniero y dos bots cargados para que rodeen la veranda por la esquina sudoeste.

—Bremerton Spa Pools —lee en el lateral—. ¿Vamos a instalar un jacuzzi?

—Es para Marina —dice Kessie.

A mediodía, el ruido de las herramientas ha levantado hasta a Skyler, a pesar del desfase horario.

—¿Para qué necesita eso? —pregunta.

—Dicen los terapeutas que le conviene estar en el agua. Ayuda a la sustentación.

—¿Puedo probarlo cuando no lo estés usando? —pregunta Ocean.

—Puede usarlo todo el mundo —dice Marina.

—Espera, espera, hay que poner reglas. Solo se entra en el jacuzzi con bañador. Sin excepciones.

El ingeniero conecta una cañería a la toma de agua. La bañera tarda dos horas en llenarse, y otras dos en alcanzar la temperatura de la sangre. Después, echa las botas de trabajo a la camioneta y parte de vuelta a Bremerton. El jacuzzi de madera está en la veranda de madera; huele a cloro y a cedro recién cortado. Ocean mira a Marina, que chapotea en el agua caliente. Se sienta en el borde mientras Marina ejercita el torso con pesas.

—Te vas a quedar toda arrugada.

—Me quedo toda arrugada en este planeta. La gravedad es nefasta para la piel. Antes la tenía como tú.

—La Luna también irá bien para las tetas.

—Cuelgan menos, pero siguen aplicándose las leyes del momento angular. Si corres, hasta si giras demasiado bruscamente, recuerdas bastante deprisa la

diferencia entre peso y masa. Hace falta toda la sujeción posible.

A última hora de la tarde, Ocean se une a Marina en el jacuzzi. Se encarama cohibida por su cuerpo, incómoda con el traje de baño. Pasan un rato relajándose entre las burbujas. Los recuerdos asaltan a Marina: una piscina bajo el cráter Macrobio, del tamaño justo para dos, y el dragón en el techo, el viejo dragón del mar Oriental. Agotada tras la aventura del mar de la Serpiente, rodeada de agua caliente como la sangre. Con Carlinhos sumergido a su lado.

—¿Te pasa algo, Marina?

Debería ser más circunspecta con las emociones. Más lunar. Su sobrina insistirá, así que tendrá que hablar de Carlinhos.

—Me acordaba de una persona. De un hombre.

—Oh —dice Ocean, en previsión de sexo y secretos.

—No tiene un final feliz. Era un hombre guapísimo. Guapísimo. Exudaba violencia por todos los poros. Era el *zashitnik* de Corta Hélio.

—Es una especie de gladiador, ¿no?

—Lo que le costaba sobrellevar era que le encantaba. Era lo contrario de todo lo que quería ser, y nunca podía librarse.

Marina lo ve, magnífico, centelleante, en el pozo de combate del Tribunal de Clavio, descalzo en los tablones manchados, lanzando de una patada la sangre de su enemigo al rostro de Jade Mackenzie.

—Murió, cariño —prosigue—. Se puso la armadura de batalla y, con un cuchillo en cada mano, fue solo al encuentro de sus enemigos. Creo que sabía que no saldría vivo. No podía vivir con lo que había visto ese día en el tribunal.

—¿Alguna vez has...?

—¿Matado a alguien? Sí, una vez. A un asesino, fue cuestión de vida o muerte. Y también he lesionado a gente. A mucha gente. Era muy fuerte, ¿sabes? Como una superheroína. Hasta que dejé de serlo, y entonces fue cuando supe que tenía que volver. Todo el tiempo que pasé allí estaba asustada, y nunca me he sentido más viva. La gente, la gente de la Tierra, se pasa todo el tiempo dormida. Siguiendo el camino. Ahí arriba todos son

conscientes del millar de cosas que los mantienen con vida. No se da nada por supuesto. ¿Puedes entenderlo?

—Lo intento...

—Shhh. —Marina toca el brazo de Ocean, aunque ya se ha percatado. Los alces avanzan, se detienen, miran y se yerguen por delante de la veranda: dos, tres, después dos más.

—Están teniendo un buen año —dice Ocean cuando pueden volver a hablar—. Es un año raro.

Luz en el agua: mientras Marina centraba su atención en los alces, la luna la ha atrapado. Está casi llena; se ven tres cuartas partes sobre Hurricane Hill.

—Ole Ku Kahi. Puede que Ole Ku Lua.

—¿Qué es eso?

—Los días de la Luna. Empleamos el calendario hawaiano, con un nombre para cada día del mes. O de la luna, como los llamamos. Una luna no es lo mismo que un mes terrestre; nuestro año tiene diez días menos que el terrestre.

—Marina —dice Ocean—. Siempre hablas en primera persona. «Los llamamos», «nuestro año»...

—¿En serio? Si estás dispuesta a aguantar el rollo, te enseñaré mi Luna. Con cuchillos, dragones y lobos.

## 13

La red neuronal injertada por los cirujanos de Rozhdestvenskiy es pequeña e intrincada, pero no deja de ser una prótesis. Una sutil trampa ante la que Ariel está en alerta: no olvides nunca que tienes una discapacidad. No olvides nunca que tienes la columna vertebral partida y eres parapléjica. Pero se trata de una tecnología extraordinaria. Con su nuevo injerto puede bailar. Gira sobre una pierna delante del ventanal, con sus impresionantes vistas de la cuenca enjoyada de Coriolis. Sigue siendo una jaula para rehenes, pero de lo mejor.

—*Abena Maanu Asamoah* —anuncia Beijaflor.

Ariel pide un té y lo bebe mientras mira el teleférico que sube desde la estación. Abena va tan elegante y segura como siempre, a la moda con su estola de piel impresa y su sombrerito circular con redecilla, pero ni ella puede ocultar los estragos del viaje en tren de una cara de la Luna a la otra.

—No entiendo por qué no podíamos hacerlo a través de la red —dice Abena mientras transmite a Ariel una copia de su informe de progresos. La chica es buena. Demasiado buena para desperdiciar su talento con la política.

—Porque así sé detrás de quién mandar a Dakota si hay una filtración —dice Ariel.

—Se me hace raro verte andar —dice Abena.

—Es como si las piernas no fueran mías. Ahora, la audiencia preliminar. Quiero que te encargues tú.

La chica tiene un autodomínio admirable; solo agranda un poco los ojos.

—Tú eres la abogada y quien debe presentar el alegato.

—Mi situación es peliaguda en la cara visible. No soy la nieta de la *omahene*.

—Ni yo la abogada.

—No hay ningún problema, cariño. Bueno, lo habrá, pero encontrarás la forma de resolverlo.

—Recurre a otro asesor.

—No. No están tan involucrados.

—Quieres decir que no se lo han follado.

Talento, autodominio y una alentadora autoconsciencia.

—Y solo tú.

—¿Qué?

—Solo tú. Nadie más.

—Eso es...

—Teatral. Claro que sí. ¿Una mujer, una voz, ante el tribunal de Clavio, rodeada de mil enemigos poderosos? La metáfora que más se aplica a los juicios es la de un combate de gladiadores. La arena. No, no, *coração*. Un juicio es puro teatro. El escenario. El derecho no es un combate. El derecho es persuasión y siempre lo ha sido. Es mejor que ninguna telenovela. La tasa de audiencia se disparará por encima de la línea solar. —Ariel ve a Abena repasar mentalmente una serie de objeciones. «No puedo», «No tiene ni pies ni cabeza», «Estás de broma, como una cabra», «Eres imposible»—. ¿Querías decir algo?

—Sí. Que te den, Ariel Corta.

—Sí, sí. No estarás sola. Siempre tendrás todo el apoyo de la IA; el equipo te respalda y yo te hablaré al oído. ¿Crees que te plantaría en el Tribunal de Clavio con las tetas al aire? Bueno, vas a necesitar un *zashitnik*.

—Dirimir disputas por combate es arcaico y propio de bárbaros, y denigrante para el derecho como institución.

—Desde luego, pero si yo fuera Lucas, lo exigiría solo para ver como te quedas en bragas y sujetador, con un cuchillo escondido en el pelo. ¿Te parece bien?

—Es denigrante para todo y para todos. No somos salvajes.

—Mi hermano era el *zashitnik* de Corta Hélio. Carlinhos era el hombre más encantador, amable, guapo y considerado que he conocido nunca, y le vi degollar a Hadley Mackenzie en el Tribunal de Clavio. También podría haber sido él quien acabara tendido en los tablones, sobre un charco de su propia sangre. Nuestro sistema jurídico tiene un precio, y es que puede cortar a



cualquiera que lo toque. Un sistema jurídico sin precio no puede ser justo. Carlinhos lo entendía. Contrata un *zashitnik*. Yo solía recurrir a Ishola Oluwafemi. También tenemos que trabajar en tu cara de juzgado. Y ya que estás aquí, ve a hablar con Lucasinho. Ya puede hablar. Cuéntale cosas. Háblale de lo vuestro.

Abena se detiene en la puerta.

—¿Te ha entrado la vena maternal, Ariel?

—Vete a reunirte con tu cliente.

—¿Hago esto?

Luna asiente: «Sí, sí», y empuja otro trozo de bizcocho a la cuchara.

—Puedo... comer. Solo —dice Lucasinho Corta. Coge la cuchara y se la lleva a los labios. Luna lo observa, nerviosa. En el último momento pierde el contacto visual y le oscila la mano; Luna se lanza al rescate y atrapa el bocado con una servilleta de papel—. Lo siento.

Lo visita todos los días después de que la doctora Gebreselassie haya asegurado bien lo que sea que le mete en la cabeza, y Lucasinho reacciona cada día con más precisión, tiene el semblante más despierto y habla con más claridad, pero Luna no tarda en descubrir las lagunas de su mente: momentos, días, narrativas enteras que para ella son manifiestas y para él no existen.

«No lo presiones para que recuerde —le ha indicado la doctora Gebreselassie—. No puedes hacerle recordar lo que no tiene en la cabeza. Habla con él de lo que sí recuerda. La reminiscencia social es importante.»

Hoy se ha encaramado al borde de la cama y ha estado hablando del bizcocho. Al principio a Lucasinho le costaba entenderla, pero después volvieron los recuerdos y los chips proteicos establecieron enlaces entre los retazos de memoria, hasta que cobraron vida en su cabeza. Le ha contado cómo empezó todo, cuando Lucasinho declaró que no pensaba volver a regalar pasteles lunares en Zhongqiu porque no le gustaban a nadie, así que iba a hacer cupcakes. Tardó tres días y le salieron demasiado dulces y con exceso de saborizante, pero no eran pasteles lunares. Todo el mundo lo aplaudió, por lo que, alentado, siguió preparando dulces para los santos, las fiestas, los cumpleaños y cualquier acontecimiento de su grupo de estudios, y con el tiempo acabó por dársele bien. Cuando Luna le hablaba de los bizcochos, se le

iluminaban los ojos. Se acordaba, y entonces Luna lo llevó al mar de la Tranquilidad, cuando escapaban en el róver del que se habían apropiado y él intentaba matar el tiempo soltándole una conferencia sobre el bizcocho. Que era el regalo perfecto, lo difícil que resultaba de hacer, cuáles eran las reglas del bizcocho. Seguía y seguía, mientras atravesaban rimas y cráteres, hasta que se toparon con la gente de Mackenzie Metals. Entonces se ensombreció la cara de Lucasinho, y negó con la cabeza. Un hueco en la mente, entre el bizcocho y el despertar en el centro médico de Coriolis.

Incluso en las instalaciones más avanzadas de la Luna llevó bastante tiempo imprimir materiales orgánicos para sintetizar un bizcocho de limón. Lucasinho parecía nervioso cuando Luna llenó una cuchara y se acercó, maternal, a dársela en la boca. Entonces, su expresión fue de puro éxtasis.

—Más, por favor.

Esta vez, Luna le agarra la mano para conducirle la cuchara a la boca.

—¡Lo he hecho yo!

—Tenías una forma especial de prepararlo.

Lucasinho frunce el ceño, desconcertado. Su memoria es un paisaje lunar de cráteres y abismos.

—Te acordarás cuando estés preparado —dice Luna.

Sus familiares anuncian la visita simultáneamente. Los ojos de Lucasinho se abren más.

—¡Abena!

Luna tuerce el gesto tras la máscara de Dama Luna. Este es su tiempo. Su espacio. Su primo. Se coloca a los pies de la cama de Lucasinho, defensiva, y pone su mejor cara de malas pulgas. Abena Asamoah no pestañea siquiera.

—Luna... Lucasinho...

Lucasinho se esfuerza por enderezarse, pero Luna no está dispuesta a consentirlo. Podría rasgarse algo, estirarse algo, romperse algo. Se le acerca, aún entre los dos.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a ver a mi cliente.

Luna ensancha las aletas de la nariz, fija el ceño.

—Tu cliente soy yo.

«Tocada. Chúpate esa, Asamoah listilla. Sé lo tuyo con Lucasinho, pero de eso hace mucho y casi todo lo que pasó es un hueco en su memoria.»

—De todas formas, tengo que hablar con...

—Si yo soy tu cliente, puedo echarte —dice Luna.

En cuanto suelta las palabras, Luna se da cuenta de que es una amenaza vacía. Abena también lo sabe.

—No pienso marcharme, Luna.

—Vale, pero tú te quedas ahí atrás y yo me quedo aquí delante.

Abena Asamoah lo piensa un momento y se sitúa a los pies de la cama.

—Abena —dice Lucasinho. Abena Asamoah se queda aturdida.

—¿Desde cuándo puedes hablar?

—Desde hace días —dice Luna—. Hablamos un montón. ¿Verdad, Lucasinho?

—Un montón —dice Lucasinho.

Abena resopla y se saca un pañuelo del bolso.

—Estás... muy guapo, Lucasinho.

—Estoy hecho una mierda —dice Lucasinho. Tú estás... guapísima. Bonito sombrero. —Más lágrimas.

—Date prisa —dice Luna—. No tienes que alterarlo, desorientarlo ni decir demasiadas cosas difíciles. La doctora Gebreselassie es muy estricta con eso. —Pero es Abena la que está alterada, desorientada por demasiadas cosas difíciles.

—Vale. Lucasinho, no sé si Luna te lo ha explicado, pero la gente se está peleando por ti.

Lucasinho suelta un grito y abre mucho los ojos.

—¿Qué he dicho?

Luna bufó; algo que ha aprendido de su madre.

—Lucasinho sabe lo del caso. Di «caso», no «pelea».

—*Pãe y mãe* —dice Lucasinho—. Y la tía Ariel.

—Bien —dice Abena—. Estoy trabajando con Ariel, y creemos que lo mejor para ti es que te dejemos en paz hasta que mejores. Así que estamos pele... trabajando para que te quedes aquí hasta que estés en condiciones de decidir por ti mismo. Lo que queremos hacer es darle a Luna el contrato de deber de atención. Ya te salvó una vez, por lo que existe un contrato informal. ¿Lo entiendes?

Lucasinho asiente. Luna se lo ha explicado una y otra vez, pero en su nuevo cerebro hay tantos recuerdos pugnando por el espacio que los acontecimientos recientes se suelen apelotonar. En muchas ocasiones le dice lo mismo tres o cuatro veces. La abuela Adriana estaba igual al final. Luna le ve la confusión en los ojos.

—Tú solo tienes que ponerte mejor —le dice Luna. Ve la vacilación en la cara de Abena—. ¿Qué pasa?

—Necesito que hagas una cosa, Luca.

—No se llama así —interrumpe Luna.

—Luca —murmura Lucasinho desde la cama.

—Se está cansando —dice Luna—. Tienes que irte.

—Antes tengo que decirle una cosa. Voy al tribunal. No es nada por lo que haya que preocuparse, solo es una audiencia preliminar en la que vamos a decidir qué es lo mejor para ti mientras esperamos al... caso.

—Mejor aquí —dice Lucasinho.

—Nosotras también lo pensamos, y voy a asegurarme de que te quedes aquí. Tu tía Ariel tiene un plan, pero necesitamos tu ayuda.

—No me habéis dicho nada —protesta Luna airada—. Yo soy vuestra cliente. Debería saber esas cosas.

Abena suspira.

—Vale, Luna. Necesitamos la ayuda de Lucasinho.

—¿Funcionará?

—El plan es de Ariel Corta.

—Vale. Ahora pídeselo a Lucasinho.

—Luca, necesitamos que hagas una cosa.

Luna deja pasar el apodo, pero su desconfianza se aviva.

—¿Qué cosa?

—Una cosa divertida —dice Abena Asamoah. Lucasinho sonrío de oreja a oreja, pero Luna la mira con cara de pocos amigos.

—¿Qué cosa? —vuelve a preguntar.

—Que establezcas un enlace de vídeo conmigo por la red —dice Abena.

—¿Es seguro? —pregunta Luna.

—Es seguro —confirma Abena—. Es lo más seguro del mundo.

—Creo que debes hacerlo, Luca —declara Luna.

Abena respira a fondo, aliviada.

—Gracias. ¿Eso es bizcocho de limón?

Lucasinho asiente.

—¿Puedo comerme un trozo?

—Sí —responde Lucasinho ante la furia de Luna—. Claro.

Cada cual tiene su bar en Meridian. Los cristaleros tienen el Peace Jazz Bar; las reinas de las vías de VTO tienen el Red Dynamo, mientras que sus homólogos de VTO Espacio se toman los vodka martinis en el Vostok Lounge. Los trabajadores de Mackenzie Helium se sacuden el polvo lunar de los pies en el Coogee, mientras que los de Mackenzie Metals trasiegan en el Hammer, en la *quadra* siguiente. Las estrellas de primera división de balonmano frecuentan el D; los de la Liga de Luna, el Saint Mary, y los propietarios de los clubes se jactan y negocian en las terrazas del Professional Club. Los codificadores e ingenieros de software despoticen en el Index; el personal médico, en el Slaughter. Hay bares para empleados del BALTRAN, supervisores ferroviarios, actores, comediantes, cantantes, músicos y docientos tipos de estudiantes. Los políticos beben y discuten en la serie de

clubes *ad hoc*, uno para cada adscripción, de la calle 32; los abogados lloriquean y echan pestes en el Clube de Argumentos. Justo al otro lado de la *quadra*, en la misma calle y el mismo número, los jueces del Tribunal de Clavio invierten sus honorarios en la espantosa ginebra del Bench. The Flashing Blade es el bar de los *zashitnik*.

En la imaginación de Abena Asamoah, en The Flashing Blade reina un ambiente de bravuconerías propias de piratas, con cornisas bajas de piedra y un sello grabado en cada dintel; un lugar de conflicto, altercados y rencillas añejas que concluyen a punta de cuchillo. El tamborileo del hip-hop metal, las letras de Valhalla al compás de los vasos contra la mesa. Canciones en honor de antiguos *blades*.

Resulta ser una profunda decepción. Abena se encuentra frente a una serie de unidades de acomodación estándar excavadas en la roca viva del nivel 53 Este. Vidrio y titanio. Esperaba que se volvieran las cabezas cuando entrara con su traje de cintura de avispa, su estola de similpiel y su fantástico sombrero, pero nadie la mira dos veces.

La clientela también es decepcionante. Esperaba hombretones y mujeres atléticas de aspecto duro; piercings, tatuajes y cabezas rapadas que brillan bajo la tenue luz. Crestas. Cicatrices y dedos de menos. Camisetas rasgadas, sudaderas sin mangas, mezcolanzas de todas las modas de la Luna. Cuero auténtico. Botazas. En efecto, son hombretones y mujeres atléticas, y resulta fácil identificar a los Moonbeams, buscados por sus músculos terrestres, pero los *zashitnik* del Tribunal de Clavio son tan variopintos en forma, edad, género y estilo como los parroquianos de cualquier club de Meridian. Suena un M-pop suave, inofensivo pero que incita a mover los pies. Sobre todo beben martinis, en elegantes copas escarchadas. En la barra, en las mesas, en las hornacinas, no se habla de batallas, sangre, honor recuperado y enemigos destrozados en la palestra, sino de casos actuales, históricos, notables; de precedentes jurídicos; de argumentos y argucias; del carácter y los puntos débiles de jueces, abogados, demandantes y acusados: cotilleos y escándalos de juzgado. Estos *zashitnik* han asistido a más juicios que ninguno de los abogados que los contratan; a más aún que los jueces. Abena no puede ver ni un cuchillo, ni siquiera el inconfundible contorno de una funda bajo la camisa. Son pocos los clientes de The Flashing Blade que alguna vez han blandido un cuchillo para dirimir una disputa.

Tumi, su familiar, ya ha identificado al hombre que busca, pero Abena se acerca a la barra para contemplarlo detenidamente. Ishola Oluwafemi, el *zashitnik* al que siempre recurre Ariel. Un yoruba corpulento de cabeza alargada, sonriente, feliz entre sus colegas. Tiene una risa que evoca el agua en movimiento. Un hombre amable, padre devoto y luchador fiero, según Ariel. Abena no lo ve. Hace dos años que Ishola Oluwafemi no desenfunda en el juzgado.

—Es muy grande —le dice Abena a Tumi.

—*Pero no está en buena forma* —responde Tumi.

Ishola Oluwafemi se ha ablandado en la gravedad lunar, riendo con sus amigos demasiadas noches en *The Flashing Blade*. Abena se acerca a su mesa.

—Quiero contratar a un *zashitnik*.

—Habla con mi agente —dice Ishola.

—Vengo en nombre de Ariel Corta —dice Abena.

—Conozco a Ariel Corta. Si Ariel Corta quiere contratarme, que venga ella; que no me mande a la becaria.

Abena alarga el brazo, vacía la copa medio llena de Ishola y la deja boca abajo. Ishola se pone en pie. *The Flashing Blade* se queda tan silencioso e inmóvil como el frío corazón de la Luna. Todo el mundo entiende el mensaje de la copa volteada. Todo el mundo lucha.

—Quiero contratar a un *zashitnik* para Ariel Corta —dice Abena—. Quien lo derrote se queda el trabajo.

*The Flashing Blade* estalla. Varias personas se lanzan contra Ishola Oluwafemi; la mesa se vuelca mientras Abena se aparta a toda prisa. Una silla pasa volando junto a ella; se acurruca bajo un saliente. Hay terremotos de mesas, avalanchas de bebidas; los muebles se destrozan y cada pieza se recoge y se emplea como arma. La pata de una silla le roza la nariz, y un cuchillo volador se clava a un centímetro de la pluma de su sombrero cilíndrico. Una bota le busca la cara, pero el atacante se da cuenta en el último momento de que no participa y, dando media vuelta, descarga el pie contra la oreja de una mujer que lleva un cuchillo en cada mano. Caen los cuerpos a un suelo lleno de copas de martini destrozadas. Abena alcanza la barra y se agazapa contra ella, protegiéndose la cabeza con las manos. Toda la población

de la Luna parece separarla de la salida; solo hay puños, pies y pelea.

Una mano en el hombro. Abena gira, blandiendo el bolso como si fuera a usarlo de arma. Se encuentra frente al rostro de una enjuta hispana con un mono azul y un pañuelo rojo con lunares a la cabeza, como Rosie la Remachadora. Su familiar lleva los círculos blancos y azules de la universidad.

—Ven conmigo —dice con un fuerte acento de Farside—. Te pondré a salvo.

Abena acepta la mano que le tiende. La mujer la sujeta firmemente y avanza con seguridad, arrastrando a Abena al ritmo de la batalla, introduciéndose en los huecos que se abren entre los combatientes, deteniéndose cuando un hombre surca el aire, tirando de Abena hasta casi descoyuntarle el hombro para apartarla de la trayectoria de una silla volante. La mujer se vuelve para mirar a Abena con una sonrisa, y un luchador aprovecha para bajar un trozo de mesa hacia su cabeza. Antes de que la advertencia de Abena llegue a los labios, la mujer de azul se vuelve; bloquea el movimiento y lo convierte en un lanzamiento que envía al atacante contra la pared, hecho un guiñapo. Solo quedan dos luchadores entre las mujeres y la salida, pero los dos ven qué se propone Rosie la Remachadora. Un cuchillo la busca por arriba y otro por abajo. La mujer suelta la mano de Abena, pasa sobre el cuchillo bajo y alcanza el alto de una patada. Los dos hombres se tambalean, desequilibrados; la mujer empuja a Abena entre ellos. Abena trastabilla sobre los ingratos tacones y se agarra a la barandilla del 53 Este. La *quadra* Acuario bosteza ante ella. El vacío tachonado de luces. De nuevo, una mano aferra la suya.

—¿Puedes correr con eso? —La mujer señala los tacones con un gesto. Abena se descalza y lanza los zapatos hacia la barahúnda de The Flashing Blade. Por añadir más caos.

—Ahora sí.

—Pues corre.

Se detienen en el ascensor. Se apoyan en la pared, jadeantes.

—¿Te ha gustado? —pregunta la mujer. El ascensor baja hacia el *prospekt* Thereshkova. Durante un momento Abena se siente escandalizada, molesta; después reconoce la verdad de lo que sintió en cuanto puso la copa boca abajo



y todo el bar se levantó.

—Me ha encantado. Hasta el último segundo de peligro, sangre, terror y estupidez.

—Ya lo sé —dice la mujer—. Rosario Salgado O’Hanlon de Tsiolkovski. Sin agente.

—He dicho que el trabajo era para quien lo venciese.

—Y lo he vencido. No solo luchando se puede ganar. —Tumi examina el familiar de Rosario, y Abena, su perfil. Ha acertado en lo de Farside. Posdoctorado en Telenovelas Lunares. Empezó a formarse como *ghazi*. Eso explica sus movimientos.

—¿Por qué no terminaste el entrenamiento? —pregunta Abena.

—Tuve una crisis intelectual —dice Rosario.

—Culebrones —dice Abena con un desprecio audible.

—¿Tú ves telenovelas?

—No.

—Pues no hables —dice Rosario con fiereza contenida—. Perdí la fe y no eres quién para explicármelo. Entré en una reunión con mi mentor y vi cometas. Nubes de cometas, lejanos, fríos y muertos, en mitad de la nada. Teoría tras teoría tras teoría, todas ellas tan ficticias como las telenovelas. Metaficciones, derivaciones. Una profusión de teorías sin fin. Le di las gracias y me largué.

—Y te pusiste a ofrecer tus servicios como *zashitnik*. —Tumi vuelve a inspeccionar el currículum de Rosario—. Veo que no has peleado nunca.

—Tampoco he perdido ningún caso. Envía el contrato a mi familiar.

Abena observa a su nuevo fichaje mientras baja el ascensor. La tal Rosario parece hecha con cuerdas anudadas; es ágil y nervuda. Tiene la lengua afilada, pero en una pelea de verdad, si no puede escabullirse, ¿cuánto cortará? ¿Qué pensará Ariel Corta? Admirará las ínfulas, la confianza, la sombra del fracaso y el exilio. ¿Qué piensa Abena Maanu Asamoah? Lo mismo, pero llega más allá. Le encanta el riesgo, el peligro, sentir mundos en equilibrio sobre el filo de un cuchillo, personificado en esa mujer menuda. En Cabochon, entre sus

compañeros del grupo de estudios, ha soltado diatribas contra la barbarie del derecho lunar. Todo contrato social precisa un código civil y otro penal. En privado admira su intimidad. La justicia debe ser contacto; la justicia debe entrañar un precio; la justicia, como un cuchillo, debe cortar a todos aquellos que hagan un mal uso de ella. Tiempo atrás, a veces le parece que en una vida anterior, ofreció a Lucasinho Corta el regalo del asilo entre los Asamoah, y cuando le hizo sangre al atravesarle el lóbulo, la lamió. Esta Abena ha provocado la pelea en el bar para demostrar algo a Ishola Oluwafemi, sí; para demostrarle que era alguien, sí; pero sobre todo, porque podía. Porque era emocionante. Cuando chocaron los puños y resplandecieron los filos, cuando cayeron los cuerpos y las copas se hicieron añicos, estaba más excitada que en toda su vida. No hay dos Abena Maanu Asamoah. Hay una, y está deseando salir al pozo de combate del Tribunal de Clavio.

«No te dejes seducir por ella —le dijeron sus amigos del grupo de estudios Cabochon cuando aceptó el trabajo que le ofrecía Ariel en la LDC—. Es cautivadora e inteligente, y te convertirá en algo que ni tú reconocerás.»

«Es mucho peor —les contestaría Abena—. Me está convirtiendo en ella.»

Se abre el taxi. Abena Maanu Asamoah respira profundamente y sale a la explanada del Tribunal. La rodean las cámaras. Brotan los periodistas. Claman las voces. Abena Maanu Asamoah se echa las pieles por los hombros y se dirige a las puertas del Tribunal de Clavio. Sus tacones resuenan en el sinterizado pulido como disparos.

«El juicio empieza en el momento en que descruzas las piernas en el taxi», le había dicho Ariel. A las seis de la mañana llegó el equipo de peluquería con sus andamios y su maquinaria. A las siete tomaron el relevo los maquilladores y se pusieron a trabajar en su cara de juzgado. A las nueve comió un poco de fruta: unas bayas, nada que la hinchara ni que le manchara la perfecta dentadura. A las nueve y cuarto llamó a Farside para hablar por última vez con Ariel.

—He visto tribunales peores —dijo Ariel—. Valentina Arce tarda diez minutos en tomar una decisión, así que expón tus argumentos principales cuanto antes. Kweko Kumah querrá que todo haya acabado antes de la hora de comer. Es un acérrimo seguidor del balonmano, y se pasa todas las tardes debatiendo en sitios de aficionados, con el *nick* Mano de Dios. A Rieko Nagai la conozco desde hace mucho. Me propuso para el Pabellón de la Liebre

Blanca. Sigue siendo miembro, y asesora a mi hermano. El sesgo no es ningún problema jurídico si se compensa; los prejuicios sí que lo son. Te escuchará. Rieko y Valentina nunca están de acuerdo; Kweko lo sabe, así que no le chupes el culo, al menos en público. Y diviértete.

A las diez llega su *zashitnik*. Rosario está muy profesional con su mono de remachadora y su pañuelo a la cabeza. Sigue a Abena de cerca mientras suben por las escaleras. Los reporteros y los cotillas profesionales gritan preguntas.

—Señora Asamoah...

—... un caso muy sonado...

—... joven e inexperta...

—Acabo de interceptar y neutralizar cinco drones que se dirigían hacia ti en el enjambre de cámaras —susurra Rosario—. Puede que no fuera nada, puede que fueran asesinos. Por si acaso. He pensado que deberías saberlo.

Abena se lleva los dedos a la nuca según la tradición de Twe, como si se sacudiera una araña. Las hermanas oscuras de Anansi. No puede respirar. No puede subir el siguiente escalón. Rosario le roza el brazo y fluye la fuerza.

—Sigue andando; sigue sonriendo —dice Rosario—. Y no te preocupes. Si burlan mis defensas electrónicas, tengo antídotos para las cincuenta toxinas más utilizadas en los asesinatos.

Abena piensa que tal vez sea una broma de *zashitnik*, pero se anima.

—... los Sun y los Corta...

—... inexperiencia...

—... juventud...

—... inexperiencia...

La Sala Segunda es una de las más antiguas; Abena no esperaba menos de los Sun. Íntimo e intimidatorio, es un semicilindro de roca pulida, con el estrado de piedra frente a una galería de cinco niveles. Palcos, arcadas, columnas y butacas. La ópera de los juzgados. En este escenario, el derecho es cercano como un beso. Abena ocupa su lugar en el palco asignado, con Rosario debajo, en el pozo de los *zashitnik*. El equipo de Lucas está en posición: tres niveles de abogados. Viego Quiroga, el director jurídico de

Lucas, la saluda con la cabeza. Abena ha realizado la diligencia debida con él, igual que él con ella. Su *zashitnik* es un ruso que parece una montaña, Konstantín Pavliuchenko. Parece capaz de agujerear la roca de un puñetazo.

—Puedo con él —le dice Rosario—. Los tipos grandes están llenos de dudas.

Aún no ha llegado la delegación de los Sun; realizarán su entrada en el último minuto. Amanda Sun se representa a sí misma, y va a ofrecer un buen espectáculo. «Amanda tendrá abogados cantarines, procuradores bailarines y jurisconsultos que se sacarán florecitas del culo: toda la parafernalia —le dijo Ariel—. Tú eres una mujer, sola, que dice la verdad. Es más que suficiente.»

Mensajes: amigos, familiares, compañeros de estudios que han tomado asiento en los niveles que Abena tiene por encima. «¿Dónde estás? No te vemos.»

«Ya me veréis.»

—*Ariel* —anuncia Tumi.

—Últimos preparativos antes del combate, querida. ¿Tienes que ir al servicio? No vayas. La retórica funciona mejor con la vejiga llena. Transmite una sensación apremiante. Sé que no has tomado nada, pero si has llevado algo para estimularte, concentrarte, tranquilizarte o relajarte, no te lo tomes. De hecho, deshazte de ello. Kweko aborrece los apoyos farmacológicos, lo que tiene su gracia en un fan del balonmano. Llena de detectores los juzgados. Un par de cosas más. Si el juicio se te va de las manos, arréglatelas para conseguir un aplazamiento. Salte del guion. El *malandragem*, el movimiento inesperado, es la clave del Tribunal de Clavio. Pero tienes que usarlo bien; un mal *malandragem* no tiene nada de *malandragem*. Tenme al tanto. Más vale prevenir.

Llegan los Sun, elegantes, aristocráticos e immaculados. Abena ha memorizado los nombres y las caras. Amanda Sun ocupa su hornacina; capta la mirada de Abena y se la devuelve con frío desprecio. La casa Sun siempre ha mirado a la Asamoah por encima del hombro. Los acompañantes del Palacio de la Luz Eterna llenan las galerías. Está Sun *nui shi*, que se apoya en un bastón. ¿Quién es el joven que la ayuda a sentarse en el palco, detrás de Amanda y sus asesores?

—*Darius Mackenzie-Sun* —dice Tumi—. *Su madre era Jade Sun. Es el*

*último hijo de Robert Mackenzie. Después del ironfall se lo llevaron al Palacio de la Luz Eterna, donde se convirtió en el protegido de la Matriarca de Shackelton. Está estudiando en la Escuela de las Siete Campanas bajo la tutela personal de Mariano Gabriel Demaria.*

«Adoptó al heredero», musita Abena mientras Tumi prepara un informe completo sobre Darius Sun. Repetir trucos es un error.

Observa a Sun *nui shi*, que bebe un traguito de una exquisita petaca de porcelana. La mejor porcelana, la más dura, se hace con ceniza de huesos. En la Luna, esos huesos son humanos.

A una voz del ujier, todo el juzgado se levanta. Entran en primer lugar los *zashitnik* de los jueces, porque también ellos, como todo lo demás, están sometidos a juicio en el Tribunal de Clavio. Ocupan sus posiciones en el pozo de combate. A continuación llegan los jueces, con las pelucas muy blancas bajo la intensa luz. Valentina Arce pide orden; Kweko Kumah enumera a los intervinientes, con mención de sus bandos y el marco jurídico escogido; Rieko Nagai lee la exposición del caso. Y empieza la audiencia.

Viego Quiroga anega la Sala Segunda de datos médicos y apela a la paternidad, a la familia, a la sanación y la unidad. Lucas Corta, en una declaración pregrabada, afirma que lo único que quiere es tener cerca a su hijo, para que reciba los cuidados de su amante padre. Abena observa, los jueces observan, el público y los gacetilleros observan, que Lucas Corta no ha comparecido ante el Tribunal de Clavio para presentar su alegato de amor paternal.

Amanda Sun ocupa el estrado en forma de D, de piedra lunar pulida. Un murmullo recorre las galerías. Dedicar una larga mirada a cada juez.

Los *zashitnik* de los jueces se agitan, abajo en su trinchera.

—Nuestro sistema jurídico es óptimo, ya que veta los prejuicios pero reconoce los sesgos. Yo estoy sesgada; ¿cómo podría no estarlo? Soy madre y quiero estar con mi hijo. Eso es todo.

Describe a Lucas como un mal padre, un padre ausente, un padre descuidado y, peor, un padre peligroso. ¿Qué clase de lugar es el Nido de Águilas para un niño, con cuchillos ocultos en todas las manos, con drones asesinos en cada vertiginoso movimiento entrevisto?

«Un padre al que intentaste matar», piensa Abena. Un vistazo a los jueces le dice que son conscientes de ello, y del rumor de que los Sun fueron los artífices de la guerra entre los Corta y los Mackenzie.

—El Palacio de la Luz Eterna es fuerte y estable, un lugar seguro para que mi hijo se cure a salvo, entre su familia. La familia es importante. La universidad es muchas cosas, pero no es familia. Ariel Corta, a quien este tribunal conoce bien, afirma representar el contrato suscrito por Luna Corta para el cuidado de Lucasinho Corta. Debo preguntar en qué momento mostró Ariel Corta el menor interés por su sobrina, mucho menos por su sobrino, hasta el momento en que la seguridad de los menores podría garantizar la suya. ¿Quién dio la espalda a su familia en aras de su deslumbrante trayectoria profesional como abogada de élite? Ariel Corta. ¿Dónde estaba Ariel Corta cuando Lucasinho se encontraba bajo la protección de los Asamoah? Nunca ha representado más intereses que los propios. Examinemos el interés público de esta audiencia, una audiencia preliminar. Ariel Corta considera muy inteligente distanciarse del escrutinio público al hacer responsable a su sobrina, Luna Corta, pero este tribunal no puede dejarse engañar por un ardid tan patente. Ariel Corta pretende utilizar a su propio sobrino como escalera para ascender de nuevo al estrato superior de la jerarquía social.

»La familia es lo primero. Esa es la regla. Pero examinemos esta familia. Un padre ausente y una tía ávida de estatus. Los Sun entendemos la familia. Somos antiguos, somos fuertes y estamos juntos. Sabemos cuál es la verdad: que, al principio y al final, solo hay familias e individuos. La familia es lo primero, por supuesto. Los Corta no son una familia; nosotros, sí.

Amanda Sun saluda a los jueces con una inclinación de cabeza y vuelve a su palco.

—¿Representación de Luna Corta?

Abena traga saliva. Se le tensa el estómago. Ha llegado el momento, y las arengas, los argumentos, las peroratas, han huido de su cabeza.

«Llama a Ariel.»

Tiene la orden para Tumi en la punta de la lengua. Se la traga. No necesita a Ariel Corta.

«Samanfo, dame fuerzas para la batalla.»

Baja a la piedra brillante.

—Represento a la parte de Luna Corta, que solicita la continuación de un contrato informal de cuidados preexistente...

Viego Quiroga y Amanda Sun se ponen en pie.

—Señorías, realmente...

—La señora Asamoah no está cualificada para presentar un caso ante este tribunal.

Abena susurra un agradecimiento a Xangô. Sus enemigos han caído en la trampa.

La juez Rieko la mira.

—¿Señora Asamoah?

—Ariel Corta es la abogada de Luna Corta. Yo soy su agente en la cara visible. Por motivos de seguridad personal, Ariel ha decidido quedarse en Farside.

—La *senhora* Corta podría dirigirse al tribunal por un enlace de red —dice Kweko Kumah.

—Como saben, siempre ha preferido lo físico a lo virtual.

Rieko Nagai contiene una sonrisa ante su desfachatez.

—¿Usted es abogada? —pregunta Valentina Arce.

—Estudio Ciencias Políticas en Cabochon —dice Abena.

—No está cualificada como representante jurídica —dice el juez Kumah.

—Así es. No creo necesitarlo.

Los cinco niveles de la Sala Segunda contienen la respiración. Rieko Nagai sonrío de nuevo.

—Nuestro sistema jurídico se sustenta sobre tres pilares —dice Abena—: en el Tribunal de Clavio, todo, incluido el Tribunal de Clavio, está en tela de juicio; todo, incluida la ley, es negociable, y, ante todo, el exceso de leyes es malo. Insistir en la necesidad de la abogacía para defender un caso ante este tribunal equivale a establecer un derecho de audiencia, derecho que no se ha negociado; aumentaría la cantidad de leyes en lugar de reducirla, cosa que no

se ha intentado aún. Hasta ahora.

Rieko Nagai bebe agua para disimular la carcajada.

—Este tribunal va a tomarse un receso, después del cual informará sobre su decisión en cuanto a la señora Asamoah —dice la juez Arce.

Estalla una algarabía en la Sala Segunda. Abena baja a la palestra, al encuentro de Rosario.

—¿Estás bien? —le pregunta Rosario. Abena está temblando. No puede hablar. Asiente—. Te estás creando enemigos. Se han firmado contratos. Que lo sepas. No te preocupes; los compraremos. Piensa en ello como en un halago profesional.

Las cámaras revolotean frente a su cara. Tumi la informa de una docena de solicitudes de entrevista y de veinte invitaciones a actos a los que normalmente tendría vetado el acceso, incluso como sobrina del Trono Dorado.

La cháchara se interrumpe como cortada por un cuchillo. Han vuelto los jueces.

—Señora Asamoah —dice Valentina Arce.

Abena lee el lenguaje corporal, la tensión de las extremidades, las expresiones. Los tiene en el bote.

—El tribunal la escuchará —dice Kweko Kumah—. Ya hemos perdido bastante tiempo con esto; me gustaría tenerlo resuelto antes de comer.

—No hay ningún problema —dice Abena—. Solo tengo un alegato que presentar.

Tumi abre la comunicación con Farside y la red del Tribunal de Clavio la enlaza a todos los familiares de la Sala Segunda. Los murmullos se convierten en exclamaciones de asombro. En todas las lentillas, en todos los ojos, está Lucasinho Corta, sentado al borde de una cama médica, con un halo de brazos extendidos de robots de asistencia. Tiene el pecho y el rostro hundidos, y los ojos, lejanos y perdidos. Sus pómulos siguen tan bonitos como siempre a ojos de Abena Asamoah. Saluda con la mano.

—Hola —dice. Un ruido, a mitad de camino entre el suspiro y el sollozo, recorre las galerías de la Sala Segunda—. Hola a todos. —Sus palabras son



dolorosas, entrecortadas—. Te quiero, papá. No puedo ir ahora. Tengo que ponerme mejor. Recordar mejor. Mucho trabajo. Puedo andar, ¡mira! —Se levanta trabajosamente y da un paso inseguro hacia la cámara—. Mucho camino por delante. Todavía. Debo decir: Luna me salvó una vez. Está salvándome de nuevo.

Abena cierra el enlace.

—La familia es la familia, pero la única consideración es el bienestar de Lucasinho —afirma—. Miren lo que se ha conseguido. Pero, tal como les ha dicho él mismo, todavía tiene mucho camino por delante. Aunque tanto los Sun como Lucas Corta accedieran a que continúe en Farside, no hay ninguna garantía de que no vayan a cambiar de idea. Lucasinho tiene que estar más allá de la política. Por su bienestar, solicito a este tribunal que reconozca, amplíe y haga constar el actual contrato de cuidados que estableció Luna Corta al rescatar a Lucasinho Corta y llevarlo a Boa Vista.

Se inclina frente al tribunal y vuelve a su asiento. Los jueces cruzan miradas.

—Tenemos un dictamen.

Se levantan los tres abogados.

—Este tribunal falla unánimemente a favor de Luna Corta, representada por Ariel Corta —dice la juez Rieko—. ¿Nos acompaña, señora Asamoah? — Los jueces se levantan y se retiran.

Abena ha oído hablar de la pequeñez de las estancias del Tribunal de Clavio que no son de acceso público, pero se sorprende al ver el cuchitril en el que la juez Rieko está desimprimiendo la toga y vistiéndose de civil.

—Ariel te ha instruido bien. ¿La comparecencia de Lucasinho ha sido cosa suya?

—Sí, pero el argumento de los tres pilares ha sido cosa mía —dice Abena, henchida de emoción. Nada, ni siquiera la presentación de su ponencia ante la Sociedad Lunaria, ni siquiera el sexo con Lucasinho, hace que resplandezca, se quede sin aliento y arda como en ese momento. Ahora lo entiende. Esta noche va a celebrarlo. Algún chico va a tener mucha suerte.

—Bien jugado, pero en lo sucesivo, límitate a la política.

Y la emoción muere ahí mismo.

—Con una Ariel Corta ya tenemos bastante —concluye Rieko.

Vidhya Rao odia sus bromas, sus sarcasmos, sus crueles extravagancias. Odia los juegos de palabras a los que le hacen atenerse, como conversaciones rimadas o sin usar la letra a; los papeles que le obligan a representar, como el de un recolector de residuos de Shangái de la década de 2040 o el de un transportista de porcelana del siglo XVIII; los mundos que construyen y le obligan a habitar, como un universo azul y blanco con decorados de cerámica inglesa o una realidad virtual basada en iteraciones de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* ambientadas en el siglo XX. Odia que cambien las personalidades, los recuerdos, las identidades. Nunca se encuentra dos veces a las mismas criaturas. Odia su mezquindad, su aire perdonavidas, su arrogancia y otras características que no tienen traducción directa en el vocabulario de las emociones humanas.

Vidhya Rao odia a los Tres Augustos.

Si tuviera más tiempo y paciencia, podría haber explorado con calma intelectual el concepto de la inteligencia cuántica, lo profundamente que diferiría de la inteligencia humana, el hecho de que ni siquiera sería reconocible como inteligencia y esa esencial naturaleza cuántica podría manifestarse como humor surrealista. Pero tiene restringido el tiempo con el ordenador cuántico desde que pasó de trabajar para Whitacre Goddard a ser su asesore. Tiene la impresión de que si le permiten el acceso es porque los Tres Augustos no están dispuestos a comunicarse con ningún otro ser humano.

Empieza a sospechar que Whitacre Goddard ha elegido una facción política distinta de la suya, pero los planes de Wang Yongqing para la Bolsa Lunar le hace pensar en favores discretos, deudas reclamadas diplomáticamente, chantajes musitados.

Introduce los códigos, establece los protocolos y permite que la arquitectura alienígena del sistema operativo cuántico interaccione con su familiar. Suspira. Hoy los Tres Augustos van a recibirle en forma de dioses en una representación de un bar tiki de San Francisco de la década de 1950. Suena música de ukelele; vuelan loros de plástico y descargan truenos. Los Augustos aguardan.

Un tirón, un cosquilleo, una disarmonía, un eco.

Hay alguien más en la simulación.

Robson Corta está exultante. Hasta el último centímetro cuadrado de su piel irradia energía. Puede olerse: dulce, salado, ligeramente especiado. «Tienes bajo el nivel de vitamina D», le dijo Joker, y le reservó el baño de luz en el *banya*. Robson cree en las vitaminas de la misma forma en que cree en las matemáticas: algo que no se ve, abstracto pero útil. Lo que sabe es que al cabo de treinta minutos desnudo en la cámara solar se siente electrizado. Radiante.

Un salto al dintel de la puerta, un giro inmediato para aferrarse al armazón, un impulso y está en la superestructura de Teófilo. Avanza deprisa por terreno bajo, agachándose para esquivar tuberías, librando de un salto ranuras y hasta intersecciones, volando por encima de las cabezas de los teofilianos. Podría seguir así eternamente.

Debe de ser así como se siente Wagner cuando se carga con la luz de la tierra llena y se convierte en lobo. Todo, cualquier cosa, le despierta los sentidos; todo, cualquier cosa, está a su alcance. Cuerpo y mente unidos, más allá de la consciencia y la voluntad. Todo fluye. Es sublime y aterrador.

«¿Estoy convirtiéndome en lobo?»

—*No cuento con suficiente información para emitir un diagnóstico* — dice Joker; Robson no se ha dado cuenta de que subvocalizaba el pensamiento —. *Sin embargo, deberíamos mantener otra charla sobre la pubertad.*

—¡Joker! —sisea Robson. Los familiares no tienen vergüenza.

Le gustaría que Wagner estuviera ahí. Se preocupa por él cuando está ahí fuera, en el polvo. «Vuelve deprisa, Lobinho.» Ha prometido, esas veces que se conecta a la red, que volverá antes de que Analiese se vaya de gira con la orquesta. Pero la Luna es la Luna y conoce mil formas de frustrar planes. Robson sigue sintiéndose incómodo con Analiese, que tiene alquilada una habitación en otro piso para practicar con el setar, según dice. Para evitarlo a él, sospecha Robson. Hasta puede que haya accedido a hacer la gira por no verlo. Pero tampoco se siente cómodo a solas en el piso. Ya estuvo solo, cuando Wagner trabajaba con el cristal. Cuando huyó a una ciudad más alta que el Bairro Alto, a la que solo llegaban las máquinas y el viento. Tenía miedo en todo momento: a solas con miedo, hambre y frío; pero le daba más miedo bajar a las calles llenas de vida.

Apareció Wagner y se lo llevó a casa. Wagner, que tenía miedo de las alturas. Cruzó media cara visible, sorteando una invasión, un ataque procedente del espacio, una guerra de bots y un asedio. Volverá.

Desde su escondite elevado, Robson observa a sus compañeros de grupo de estudios, que se congregan en la plazoleta para decidir a qué bar se dirigen. Es improbable que alguno de ellos sugiera El Gato, pero espera hasta que deciden y se marchan. Recuerda haber espiado a Wagner sin que lo viera, en la reunión de lobos de Meridian. No entendía el lenguaje no verbal que cruzaban Wagner y la loba de la manada de Meridian. Ahora sí.

Puede que Joker tenga razón. Últimamente se despierta muy temprano, bañado en sudor y con la polla tiesa. Y tiene los huevos más duros y se le han puesto a distinta altura.

Se estremece con un escalofrío de cohibición.

Poco después ha llegado a El Gato, y se descuelga de la infraestructura para alunizar frente a la puerta.

Detrás de la barra con plancha, Jianyu hace una reverencia y aplaude.

—¿Qué? —dice Robson Corta.

También aplauden los comedores y bebedores dispuestos por la larga curva de la barra.

—Os lo dije, os dije que lo conocía —grita un joven, un nuevo parroquiano. Lleva una camisa de manga corta y un sombrero Homburg echado hacia atrás.

—¿Te dolió? —pregunta Rigger Jayne, una asidua, desde su sitio fijo, en una esquina de la barra.

De repente, a Robson le llueven preguntas.

—¿Qué qué qué qué qué? —dice Robson, pero ya empieza a hacerse a la idea.

—Eres el chico que cayó del cielo de Reina del Sur —dice Jianyu.

—¡Lo conocía! —grita Homburg—. Lo recuerdo de las redes sociales. Tú eres el Corta, ¿no?

Se hace el silencio en El Gato Encantado. Entonces Robson ve a Haider,

en el cubículo; siguen sin llegarle los pies al suelo, pero esta vez no está agitándolos; no mueve ni un músculo. Tiene la cara del color de la ceniza sagrada. Robson camina hasta él.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has dicho?

—No he podido evitarlo.

—Aquí no. —Robson va al baño y acorrala a Haider.

—¿Qué has hecho?

—Lo siento. No he podido evitarlo. El del sombrero dijo que había oído que el chico que cayó del cielo vivía aquí, y Jianyu dijo que no lo conocía y se me escapó. Toda la historia. Es una historia muy buena, Robson, pero no sabes contarla bien. Yo la he contado de maravilla; todos contenían la respiración.

—Joder, ¿por qué se lo has contado?

—No va a pasar nada, ¿verdad?

—No lo sé —dice Robson—. ¿El del sombrero? ¿Quién es? ¿Es de fiar? ¿Y si se lo dice a alguien más? ¿Y si se corre la voz? ¿Y si tenemos que marcharnos?

—¿Puede pasar eso? —pregunta Haider.

—No lo sé. ¿Adónde podríamos ir? ¿Dónde estaríamos a salvo?

La cólera de Robson se va apagando; está reducida a ascuas. Haider se siente culpable, avergonzado, aterrorizado ante la posibilidad de que su breve lucimiento, el haber encandilado al público con sus palabras, haya puesto a Robson en peligro y haya destrozado su amistad.

—Lo siento —dice Haider.

—Lo hecho, hecho está —dice Robson—. Tendré que decírselo a Analiese. Y a Wagner. —Y mirar alrededor, a su espalda, en cada esquina, y no volver a sentirse cómodo en los pasillos de Teófilo. Siempre fue una mentira, esa comodidad. Un espejismo, un efecto. Ningún Corta está nunca a salvo. En la Luna no hay más refugio que los cadáveres de los seres queridos.

La cara de Haider se contorsiona.

—¿Estás llorando? —pregunta Robson.

—¿Y qué?

—No pasa nada. —Robson le da un golpe afectuoso en el hombro—. No te preocupes.

—He estado impresionante. Me escuchaban todos. Es lo que se me da bien: las palabras.

—Las palabras son lo que hace daño —dice Robson Corta.

## 14

En algún lugar del resplandor grisáceo está Lucas Corta. Alexia se introduce en la bruma con precaución. Si extiende la mano, no se la ve. Si escudriña la niebla, puede tropezar con algún obstáculo invisible; si se mira los pies, puede darse con una pared, con la maquinaria de construcción o con el río. Puede que haya dado media vuelta y esté caminando hacia la esclusa principal. Se oyen ruidos que retumban, cerca y luego lejos; vuelven a acercarse, rebotan y reaparecen tras ella. Oye el agua corriente y se detiene en seco. Las corrientes de aire agitan el vapor, provocando sutiles cambios de tono en la escala de grises. Un rostro se cierne sobre ella, negro sobre gris. Encaja la perspectiva: es enorme y está lejos. La condensación corre por las mejillas de piedra, formando lágrimas. Se ha perdido.

—A la mierda —declara. Manihno añade imágenes de infrarrojos y etiquetas. Lucas está a menos de tres metros, y parece de buen humor.

—¿Verdad que es magnífico? Llevamos una luna aumentando paulatinamente la temperatura, y de repente, ¡mira! Cinco kilómetros de niebla. Igual lo dejo así para siempre. No; es una etapa, un momento. Es una maravilla efímera. Como la música. —Lucas y sus ingenieros de ecosistemas van envueltos en capas impermeables transparentes; Alexia temblando, con el traje de Santa Olga empapado—. Estás calada. Toma. —La capa solo aumenta la incomodidad; se le pega al tejido mojado, haciendo que pese—. Acompáñame.

Lucas describe embelesado cosas que van surgiendo del gris: el puente de piedra que cruza el río («Camina con cuidado»), las columnas de un pabellón, que parecen salir de la nada; el brillo de un bot de construcción; una inesperada portería de balonmano («No tropieces»).

Alexia se deja guiar por Lucas en la irritante gallinita ciega. Un escalón de piedra, resbaladizo por la condensación, que conduce a otro; una escalera curvada que asciende entre paredes de piedra anegadas de rocío. Cuando terminan los peldaños, Alexia llega a un platillo de piedra envuelto en niebla. Está en la cara de un orixá: los adustos rasgos de Iansã, oscuros y mojados, flotan por detrás de ella.

—Mi madre pidió que hicieran este mirador cuando construyó Boa Vista

—dice Lucas—. Supuestamente era su secreto, un sitio desde donde ver sin ser vista. ¿Cuántos cuerpos apetecibles te lanzaron los Vorontsov?

—Dos.

Lucas sonríe.

—No visitaba demasiado Santa Olga. A Rafa le encantaba; yo prefiero tener roca sólida sobre la cabeza. Les gusta hacerse pasar por bufones amigables y extrovertidos.

—No lo son.

—¿Cuál funcionó?

—Ninguno.

—Ya, claro. No pasa nada por que funcionara alguno. Se les da rematadamente bien.

—Voy a quedar con Irina. Como amiga.

—Claro.

—Estuve en Crucible y conocí a Duncan Mackenzie.

—¿Qué hacía allí?

—Irina no me lo dijo, pero he averiguado que también se ha reunido con los Vorontsov.

—Interesante. —Lucas apoya las dos manos en el puño del bastón—. Yevgueni Vorontsov quiere que lo apoye en el programa del puerto lunar. Mackenzie Metals cancela el pedido de un tren fundición y se reúne con VTO. Declaraciones y negociaciones. Confluencias y alianzas.

—Según Duncan Mackenzie, tenemos un enemigo mayor —dice Alexia.

Se ha puesto a llover: gruesas gotas golpean las capas de plástico. La niebla se convierte en neblina, en jirones, y se disipa. Alexia está en el labio inferior de Iansã, contemplando la chorreante y resplandeciente amplitud de Boa Vista. La temperatura ha aumentado otro par de grados; está sudando dentro de la capa.

—Así que los Vorontsov se han rebelado —dice Lucas—. VTO necesita anclar sus ascensores espaciales con un asteroide en el punto intermedio L1, y



los terráqueos no están dispuestos a permitir que les coloquen eso en el cielo. Me obligan a elegir bando. Eso no me gusta. Nada de nada.

La delegación de la Lunar Mandate Authority se arrebujaba en las capas chorreantes. Tienen empapados los puños y el cuello de sus horribles trajes de negocios cutremente impresos.

—Un trabajo portentoso, *senhor* Corta —dice Wang Yongqing—, pero ¿podríamos seguir hablando a resguardo de la lluvia?

—Estaba disfrutando de la novedad —dice Lucas—. Intento decidir si integrar esto en mi rediseño. Mi madre no se fiaba del clima.

Los terráqueos se agitan, chapoteando en el barro recién formado.

—Veo que ha estado pasando mucho tiempo en Boa Vista —dice Wang Yongqing.

—No nos hace gracia tener que venir hasta aquí para verlo —añade Monique Bertin.

—Siempre estoy disponible a través de Toquinho —dice Lucas. Los terráqueos saben tan bien como él que la propiedad de Boa Vista es vertical, por lo que el espacio que se extiende por encima es inmune a los drones de vigilancia de la LMA.

—Un trabajo muy caro —dice Anselmo Reyes.

—Desde luego. Gracias por desbloquear las cuentas de Corta Hélio.

—Me preocupa que su ausencia prolongada de Meridian le haga pasar detalles por alto, hasta que se conviertan en más que detalles —dice Wang Yongqing.

—No he desatendido ninguna de mis obligaciones como Águila de la Luna —dice Lucas.

—Entonces, tome medidas para despejar el Bairro Alto de ladrones y delincuentes. Que siga existiendo es una afrenta para la autoridad de la LMA —dice Wang Yongqing.

—Tengo entendido que han montado un sistema de conducciones impresionante —dice Lucas.

—El robo de recursos debilita la moral —dice Monique Bertin.

—Es una recompensa a la falta de escrúpulos —dice Anselmo Reyes.

—Es una muestra de falta de armonía —dice Wang Yongqing.

—Están bien defendidos —dice Lucas—. Por la Sota de Cuchillos, al parecer. Un mote pegadizo.

—Un ladrón y un asesino —dice Wang Yongqing—. Contrate mercenarios.

—Los últimos que enviaron volvieron a trocitos —dice Lucas—. Disculpen la crudeza de la descripción.

—Contrate mercenarios mejores —dice Monique Bertin.

—Informaré a mi Mano de Hierro.

—Este asunto requiere su atención personal —dice Wang Yongqing.

—Mi Mano de Hierro ya está en Meridian —dice Lucas—. ¿Algo más?

Anselmo Reyes empieza a hablar mientras Lucas le da la espalda. Los escoltas se ponen en marcha para acompañar a la delegación hasta la esclusa. Ya llueve menos; el chaparrón se ha convertido en un goteo. Un ecosistema del tamaño de Boa Vista no puede contener mucha agua. Lucas sube el rostro hacia la lluvia. Las gotas son grandes y pesadas. El agua le corre por la cara, el cuello, el pecho. Qué cosa más curiosa, la lluvia. Se alegra de haber podido compartir ese momento irrepetible.

Al final lleva insectos.

Los escoltas no disimularon su alivio cuando Alexia renunció a un guardaespaldas. No quieren enfrentarse a la Sota de Cuchillos.

«Necesitarás esto —le dijo Nelson Medeiros mientras le sujetaba la funda al antebrazo—. Atacarán a todos menos a ti. Solo tiene un uso, pero te basta para huir. Tardan un segundo en adaptarse a tu olor corporal.

Alexia imagina que siente en la piel los insectos de combate que lleva en el contenedor, mientras el ascensor sube al Bairro Alto. Es la única ocupante: la Mano de Hierro tiene sus privilegios.

—*Tienes las pulsaciones muy altas* —dice Maninho—. *Igual que la tensión. Muestras síntomas de estrés.*

—Estoy bien.

—No, Alexia. En el 56 hay una impresora pública; puedo preencargar fármacos.

—Llévame hasta arriba.

—Como desees.

El sonido de la malla de acero contra las botas resulta dolorosamente familiar. Toca la cañería blanca mientras sube por la escalera. Está fría, y vibra por el flujo de agua. La sigue hasta que se bifurca, se trifurca, se divide en un árbol de cañerías. El mejor trabajo de su vida está aquí arriba, en el techo del mundo.

Están en el mirador, sentados en los escalones, colgando de las barandillas, acucillados sobre las vigas. Una flecha la apunta desde una plataforma, dos niveles por encima.

La Sota aparece como de costumbre, dejándose caer para alunizar, ágil y musculoso, en la rejilla. Se sienta con despreocupación. Es más guapo y está más roto ahora que sabe quién es, ahora que entiende su diente de oro, su mano del cuchillo mutilada.

—¿Pueden con todos nosotros? —Denny señala con el pulgar el disparador que lleva Alexia al brazo.

—No creo.

—Me duele tu falta de confianza.

—Sé quién eres.

—Lo mismo digo, *Mão de Ferro*. Una vez más, estoy en deuda con un Corta. ¿Sabes lo inoportuno que es eso para vengarse en condiciones? —El pulgar señala ahora el árbol de cañerías—. Es un trabajo increíble. Mil personas dependen de ello. Te debo una deuda de Mackenzie.

—Vengo a avisaros —dice Alexia—. La LMA va a enviar luchadores para desmantelarlo y despejar el Bairro Alto.

—Los rechazaremos, igual que a todos los demás.

—Llegarán armados hasta los dientes. Profesionales, no lo que pudieran permitirse los *zabbaleen*. Con bots de combate y apoyo de drones.

—¡Los combatiremos! —dice una mujer desde arriba—. Les

demostraremos quiénes somos los del Bairro Alto. —Los vítores son difusos, inseguros, débiles.

—Continúa, *Mão de Ferro* —dice Denny Mackenzie.

—No tengo los detalles, pero los contratos están firmados.

—¿Quién los ha redactado?

—El Águila de la Luna.

—¿Estás traicionando a tu jefe, *Mão de Ferro*?

—¡Tenéis que marcharos! —grita Alexia frustrada—. Cerrad las cañerías, desmontadlas, lleváoslas; lleváoslas lejos de aquí. Toma los planos. Sé que tienes que seguir oculto. —Deja una tarjeta de memoria en la malla. El menor movimiento podría enviarla a la depuradora de aire de mucho más abajo. Denny Mackenzie la atrapa con un movimiento confiado y fluido.

—Gracias.

—Denny, ¿puedo dejarlo ya? —El arco y la flecha tiemblan—. Me duele el brazo.

Denny Mackenzie levanta una mano. Los dedos sueltan las empuñaduras ocultas, los tásers disimulados.

—He conocido a tu padre. En Crucible.

El aire vuelve a congelarse, pero tiene que decirlo.

—Me dijo que las rencillas tienen que acabar, que tenemos un enemigo mayor.

Denny Mackenzie no habla.

—¡Una puta trampa! —La voz de un hombre al que no ve baja desde la maquinaria. Otras se le unen, hasta que las cañerías más altas traquetean y rugen de cólera. Denny Mackenzie levanta una mano.

—¿Un enemigo mayor?

—Los Dragones están formando alianzas. La LMA está dividida. Los Vorontsov están a punto de cambiar de bando, si Lucas aprueba su proyecto del ascensor espacial. Hay cambios.

—Aire y agua gratuitos: así es como sabremos que hay cambios.

—Esta advertencia es de Lucas.

Denny traza un círculo con el dedo, un gesto mínimo, pero los *bairristas* se funden con el interior de la ciudad.

—Tomo nota, Mano de Hierro.

Y desaparece. Alexia está a solas en la plataforma.

—¡He vuelto por ti! —grita. Su voz arranca ecos en el metal industrial—. ¡He vuelto!

Cómo detesta estas veladas. Un día sí y otro no hay una recepción, un banquete, una fiesta o una celebración que requiere la presencia del Águila de la Luna. Un día sí y otro no se presenta una delegación comercial, un representante, una personalidad académica o social. Siempre rogando, siempre sonsacando, siempre necesitados. Las peticiones de los humanos no tienen fin.

—Por cierto, ¿quién ha montado esta fiesta? —pregunta Lucas a Toquinho.

—*Tú* —contesta Toquinho.

—¿Es mi cumpleaños?

—*No. El de Alexia.*

Los secretarios sociales de Lucas han reservado unas cuantas suites del intercambiador de Orión. Las habitaciones se abren a galerías y balcones; cortinas de enredaderas en flor ocultan las vistas a los invitados más proclives al vértigo. El agua burbujea; un trío de bossa toca algo suave y triste. A través de la pantalla de la sociedad, la LMA y los negocios, Lucas divisa a Alexia. Ha invitado a su nueva amiga, a la Asamoah-Vorontsov que conoció en Santa Olga. Es una espía, por supuesto. Todos son espías. Atraen las miradas y la admiración con sus vestidos de fiesta, casi a juego pero no del todo, copa de martini en mano. El blue moon vuelve a ponerse de moda. Se puede beber como gesto patriótico o como ironía.

—Disculpen.

La nube de felicitantes, trepas y fisgones se divide al paso del Águila de la Luna.

—Muchas felicidades.

—Se te había olvidado, ¿verdad? —susurra Alexia.

—Se me había olvidado.

—Veintiocho, por cierto —dice Alexia, y Lucas se desplaza a la siguiente órbita social. Un roce en el brazo de Amanda Sun la aparta de sus contertulios. Lucas aparta con el bastón una cortina de hibiscos para llevársela a una terraza. La línea solar se ha oscurecido hasta alcanzar el índigo; todas las luces, de movimiento lento, son suaves como el polvo. El resplandor de Meridian.

—En fin, quedamos como un par de idiotas —dice Lucas.

—Yo quedé como una idiota. Tú ni siquiera asististe.

—Viego Quiroga me lo desaconsejó.

—Muy sabiamente. Tu hermana me ha dado por culo.

—Nos ha dado por culo a los dos. Al parecer, la *zashitnik* de los Asamoah se cargó tus drones.

—No corrió ningún peligro —dice Amanda Sun—. Mientras su tía sea la *omahene*, esa chica es intocable. Queríamos ver cómo reaccionaba.

—Parece que bastante bien. Vi que Lucasinho no te saludaba en su intervención desde Coriolis. A mí me dijo hola.

—Sí, pero sigue sin estar aquí, ¿verdad?

—Era una audiencia preliminar —dice Lucas—. Hay que pensar a largo plazo. Puede que vayas a pasar bastante tiempo en Meridian, y quería pedirte una cosa.

—¿Favores, Lucas?

—En absoluto. Los Corta pagan a su manera. Un contrato potencial. Necesito un codificador. ¿Se siguen llamando hackers?

—Sí.

—Mi madre enterró un código en el sistema de control de espejos de Crucible, para un caso extremo. Quiero seguir su ejemplo.

—¿Qué quieres, Lucas?

—Quince mil bots de combate terrestres.

Amanda Sun sonríe.

—¿Declarando lealtades, Lucas?

—Pensando en un caso extremo.

—No te saldría gratis.

—Dime el precio.

—Quiero verlo.

—No puedo imped rtelo.

—Quiero que alguien de mi familia se establezca en Coriolis.

—¿Tu embajador?

—¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Pues tendrás tus bots.

Una inclinación de cabeza, un gesto con los dedos juntos, a la manera de los Corta, y el  guila de la Luna responde a la llamada de sus obligaciones.

—Señora Asamoah...

Abena pide disculpas a sus acompañantes y Lucas se la lleva al pasillo, detrás de los músicos que agitan la cabeza y marcan el ritmo con los pies contra el suelo.

—¿Te gusta esta música? —pregunta Abena.

—¿A ti no?

—Me parece pretencioso admirar lo que no se entiende.

—Eso me pasaba con el jazz. Todo un mundo musical que me era ajeno. Entendía una mínima parte, aquella en la que coincidía con mi bossa, pero también reconozco que sabía qué no sabía. Decidí aprender jazz por mi cuenta, una parte minúscula. Once meses en la *Santos Pedro y Pablo* y no pasó de raspar la superficie.

—¿Vali  la pena?

—Como verás, he vuelto a la bossa. Me dice mi equipo jurídico que tienes

madera de abogada. Te desenvuelves muy bien en los juzgados.

Abena Asamoah tiene el detalle de mostrarse cohibida.

—Gracias, *senhor* Corta.

—Me dieron ganas de conocerte, *senhora* Asamoah.

—¿Por conocer al enemigo?

—No somos enemigos. Puede que llegues a ser enemiga mía, pero sería una lástima. ¿Qué dicen de mi familia?

—¿Lucas Corta no sabe qué dice la gente sobre su familia?

—Contesta de todas formas, hazme ese favor.

—Que los Corta cortan.

—Los asuntos de familia, es mejor que no salgan de la familia.

—*Senhor* Corta... —dice Abena mientras Lucas junta los dedos para despedirse—. Disculpa que sea tan directa, pero Lucasinho nunca estará a salvo mientras seas el Águila de la Luna.

Lucas rodea al grupo de bossa, deteniéndose a admirar una impresionante secuencia en acorde de séptima menor en «Ao pés da cruz», en dirección a la gente de la LMA. Las mismas caras adustas que vio bajo las capas impermeables en Boa Vista. Los mismos trajes de negocios cutres. Solo una de ellos, la francesa, está bebiendo.

—Mi propia ginebra —dice Lucas a Monique Bertin—. La receta de João de Deus. Pedí a un diseñador que la recreara. Bastante floral, con un final que evoca la madera de cedro.

Monique Bertin murmura unas palabras de aprecio. Lucas se lleva a Wang Yongqing a otra terraza, más privada.

—Estamos perplejos, señor Corta. Hemos enviado mercenarios caros con apoyo de bots y, una vez más, no hemos conseguido liquidar a la Sota de Cuchillos y su bazofia.

—Se conocen hasta el último recoveco de la zona superior.

—Les habían dado el soplo. —La señora Wang está pegada a la puerta vidriera, en la parte de la terraza más alejada de la calle. Lucas se apoya en la



barandilla—. ¿Alguien de su personal?

—La lealtad institucional nos resulta desconcertante. Familias, contratos y amantes: a ellos debemos nuestro corazón.

—¿Fue usted?

Lucas mira a Wang Yongqing con frialdad, hasta hacerle apartar la vista.

—¿Sabe quién es esa Sota de Cuchillos? Denny Mackenzie. ¿Cree que movería un dedo para ayudar al heredero de Mackenzie Metals?

—Al hijo desheredado.

—No cuesta nada deshacerse de Denny Mackenzie; basta con subir el precio del aire. Alguna vez leí que China estableció su enorme poder imperial mediante el monopolio del agua. La falta de oxígeno es un motivador mucho más fiable que la sed.

—La perspectiva china siempre es orientalista —dice Wang Yongqing—. Sin embargo, es una sugerencia admirable. —Lucas llama a un camarero y coge un par de martinis fríos de la bandeja; Wang Yongqing rechaza el suyo con un gesto—. Vamos a aprobar de inmediato la subida del precio de los cuatro elementos. Esperamos una resolución en consecuencia del problema del Bairro Alto.

Wang Yongqing se desplaza hacia la puerta, buscando la seguridad de sus compañeros, pero Lucas tiene algo más que decir:

—Al parecer, Duncan Mackenzie se ha reunido con la junta directiva de VTO.

—Tenemos entendido que para contratar la fabricación del sustituto de Crucible —dice Wang Yongqing.

—Su información es antigua. Han cancelado ese pedido.

Es buena. Acaba de enterarse de que sus asesinos a sueldo, los Vorontsov, no son dignos de confianza, pero nada delata su sorpresa; reprime bien cualquier emoción. Aun así, está conmocionada. Tiene que ponerlo en conocimiento de los otros representantes.

El grupo de música se toma un descanso. Lucas sigue al guitarrista a la barra.

—Tienes una secuencia de acordes exquisita —dice Lucas. Jorge está apoyado en la barra, y Lucas, de espaldas a ella; solo se ven de refilón—. La has simplificado desde la última vez que te oí.

—La última vez que me oíste tocar tenías el local lleno de matones de los Corta —dice Jorge.

—Igual que ahora —dice Lucas, y pasa al portugués—. Tenía la esperanza de que vinieras.

—Jaime y Malika me dijeron que rechazara el contrato. Estuve a punto.

—Pero aquí estás.

El camarero deja una copa en la superficie iluminada de la barra. Jorge la mira como si estuviera envenenada.

—He recreado la *cachaça* —dice Lucas.

—Tengo que confesarte que...

—Nunca te ha gustado la *cachaça*.

—No se te da bien la *cachaça*.

El camarero sirve una ginebra sola. Jorge bebe un traguito y sonrío dolorido, con añoranza incómoda.

—Pero se te da bien la ginebra —continúa—. Gracias por darte cuenta. De las secuencias de acordes. He averiguado que con menos se insinúa más. Tardé mucho tiempo en darme cuenta; una sola vida no es bastante para dominar la guitarra. Esperaba que te pusieras en contacto conmigo.

—Pensé en ir a oírte a Reina.

—Sin embargo, me has convocado como hace la realeza. De toda la gente que hay aquí, eres el único que nos escucha. Estás hecho una mierda, *coração*.

Lucas se sienta en un taburete.

—Cada día mejoro un poquito. Es lo que me digo, pero sufrí daños al despegar de la Tierra. Daños graves que no se curan. Dicen que la Tierra mata. Es cierto. Pero se toma su tiempo.

Los percusionistas y el contrabajo han vuelto con sus instrumentos; los afinan, los acarician, se lanzan notas entre ellos.

—Tengo que volver —dice Jorge.

—Claro, claro. Después, ¿podríamos...?

—Se acabó, Lucas. Por si no te acuerdas, lo acabaste tú.

—Solo una copa. Eso es todo. En algún sitio tranquilo. Tan tranquilo como se pueda.

El grupo de música los mira.

De nuevo, la sonrisa dolorida.

—Vale. Solo una copa.

—Jorge, una petición. ¿Podrías tocar...?

—¿«Águas de Março»?

—Sí. —La favorita de Adriana. Hacia el final le pedía que se la pusiera una y otra vez. Se apartó para llevarle un café, café y bossa, y cuando volvió ya no estaba.

—Siempre es un placer tocar «Águas de Março».

Lucas se queda en la barra mientras Jorge afina la guitarra y se pone a tocar al compás de sus compañeros. Hace un gesto de cabeza y empieza la segunda parte. Lucas escucha el primer tema y después se levanta dolorosamente del taburete para atender las obligaciones de la fiesta.

El camarero ha ajustado la iluminación de la barra, de tal forma que Lucas y Jorge beben en un charco de oro líquido. Están sentados en ángulo recto, en una esquina. El camarero realiza los pequeños actos teatrales con que el personal mal pagado finge ajetrearse.

—El café sigue existiendo —dice Lucas—. Rua Vinícius de Moraes, cuarenta y nueve. En una esquina. Es posible sentarse en la mesa en la que escribió la canción. La chica murió hace mucho, pero su familia sigue viviendo en Ipanema.

—¿Estuviste?

—No. Tenía miedo de que no estuviera a la altura de la leyenda.

—Es comprensible.

—El Brasil del corazón siempre es más perfecto.

Les sirven dos chupitos de la ginebra de los Corta. Los vasos helados humean.

—Te odié cuando vinieron los terráqueos —dice Jorge—. Con sus putos bots que miraban todos los ojos y registraban todas las almas. En Reina nunca habían pensado mucho en los Corta, pero ahora te odian.

—Con buen motivo —dice Lucas—. He hecho cosas terribles, Jorge. Cosas monstruosas. Crucible...

—Lo sabe todo el mundo.

—Lo sospecha todo el mundo. Nadie lo sabe porque nadie quiere saberlo. Todo aquello que esperaba, todo aquello que quería conseguir al hacer todo esto, lo tengo más lejos que nunca.

Jorge sujeta la mano temblorosa de Lucas. La luz de la barra se cuele entre los dedos entrelazados.

—Los traigo aquí a todos: aliados, enemigos, rivales, amantes... Bebemos nuestra ginebra y jugamos a nuestro juego de los dragones, sin levantar nunca la vista para ver qué es lo que oscurece el cielo. Amanda preguntó qué queremos los Corta. Qué queremos de verdad. Dije que la familia ante todo, siempre la familia, pero no se refería a eso. Se refería a nuestras aspiraciones. Los Sun tienen aspiraciones; los Vorontsov tienen aspiraciones. Los Mackenzie siempre han sido independientes. Nadie sabe qué quieren los Asamoah, pero también tienen aspiraciones. No fui capaz de contestar, pero creo que ahora podría. Mi madre tenía una estrecha relación con la Hermandad de los Señores del Ahora. Buscaba *madrinhas* entre ellas, las financiaba, colaboró en la construcción de sus delegaciones en Hadley y João de Deus. Irmã Loa fue su confesora, en sus últimas lunas. Aniquilaron a la Hermandad cuando evacuaba a Lucasinho de João de Deus.

—La Masacre de los Mackenzie —dice Jorge.

—¿Así la llaman?

—En Reina. —Jorge levanta un dedo para que vuelvan a servirles.

—No tengo tiempo para sus deidades, pero me atrae lo que atraía a mi madre. Este mundo es un laboratorio donde los humanos experimentan con culturas, sociedades y filosofías. Nuevas formas de hacer política, nuevas religiones. Con el fin de crear algo duradero. La Tierra se desmorona; lo vi

con mis propios ojos. La Tierra está muriendo, en decadencia. Toda la cultura humana puede saquearse y quemarse, quedar aplastada bajo nuevas ideologías. No sienten el menor respeto por su mundo. Si nosotros cometemos un error, Dama Luna nos aniquila, así que la respetamos. Sabemos lo frágiles que somos. No hay motivo para que la humanidad no prospere aquí durante miles de años. Esa era la aspiración de *mãe* Odunlade: una sociedad que pueda existir, sin deterioro, durante diez mil años. El doble que ninguna cultura terrestre. Me gusta. ¿Cómo será la Luna cuando yo ya no esté, cuando ya no estén mis descendientes de la generación quinientos? No lo sé. Pero habrá algo más grande, más sabio y muy muy antiguo. Continuidad, Jorge. ¿Lo entiendes?

»Temo el futuro, Jorge. Temo por la Tierra, y ahora también temo por nuestro mundo. Temo por mi hijo. No pasa un solo segundo sin que tema por él. Temo estar destruyendo aquello que juré preservar.

»Y mis enemigos me dicen que tengo que tomar una decisión, elegir una lealtad. Y tengo miedo, porque temo destruirlo todo.

—¿Qué opciones tienes?

Lucas alza la vista.

—Nadie me había hecho esa pregunta.

Jorge le sujeta la mano con más fuerza.

—¿Y bien?

—El poder, la seguridad de mi familia o una Luna nueva.

—Parecen contradictorias —dice Jorge.

—Me temo que lo son.

—Pues simplificalo. Puedes alcanzar una de las tres.

—Sé qué quiero —dice Lucas—. El problema es que para conseguirlo tengo que renunciar a todo esto.

—Entonces es fácil. —Jorge le suelta la mano y le da unos golpecitos en el pecho—. Sigue al corazón, *coração*.

—Pero tengo miedo.

—Ah —dice Jorge—. Siempre acecha el miedo.

—Temo que la Luna se desmorone si renuncio al Nido de Águilas.

Lucas levanta un dedo para llamar al camarero.

—Tengo que marcharme, Lucas. Tengo que volver a Reina.

—No hace falta.

—Ya lo sé. Pero tengo que irme.

—Te necesito.

Las manos se encuentran sobre el resplandor de la barra; se entrelazan los dedos.

—No puedo, Lucas. Tu vida me convertiría en prisionero. Rodeado de medidas de seguridad, siempre temeroso de que alguien utilizara contra mí a mis seres queridos... Te adoro, pero tu mundo es venenoso.

—Y no puedo llamar...

—No. No puede haber nada entre nosotros. Esta es nuestra primera y última noche juntos.

—Entonces, bésame.

—Sí —dice Jorge—. Claro que sí, desde luego.

Después recoge su guitarra. Los dos hombres se abrazan con torpeza, con un solo brazo.

—Lucas, eso que temes... Si tienes miedo es porque estás solo.

Después quedan solo el camarero y Lucas Corta en el plano iluminado de la barra, y más lejos, invisibles, ubicuos como ángeles, sus escoltas.

La habitación es cálida, decorada en tonos tierra que transmiten comodidad y adornada con grabados enmarcados, y es una trampa mortal. Vidhya Rao está sentada, jadeante, en su sillón tapizado, parpadeando, confusa, presa del pánico. Tendría que correr, tendría que huir, tendría que hacer algo. Un millón de necesidades y nociones forman un enjambre, como insectos, y no puede moverse.

Un momento antes estaba inmerso en la red surrealista de los Tres Augustos, retirando con sumo cuidado la morralla de sus imágenes de futuros posibles para revelar teselas que apuntaban a un mosaico que no veía aún. Las

pistas deberían haber bastado. A Vidhya Rao nunca le bastó con las pistas. Volvía una y otra vez a los Tres Augustos: un restaurante de carretera de la década de 1950 inspirado en los platillos volantes, atendido por marcianos patinadores; un universo constituido por globos de carnaval con forma de demonio; una fiesta del amanecer de la década de 2020 en la Costa Dorada; un panteón hinduista que solo se comunicaba mediante pareados yámbicos. Cada vez descubría otro trozo del mosaico. La fascinación se convirtió en miedo y luego en terror. Tenía que ver más, saber más. Hasta que sintió una vibración, un contacto en un nervio, una alerta que solo podía percibir alguien que hubiera pasado días en el caleidoscopio de realidades alternas de los Tres Augustos. Se había disparado una alarma. Whitacre Goddard sabía qué había visto.

Si Whitacre Goddard lo sabe, los terrestres lo saben.

Tiene que salir: de la habitación, de la sede de la Sociedad Lunaria, de Meridian.

Está en la terraza, respirando aceleradamente. Une neutre con sobrepeso que lleva un sari. Tiene que moverse deprisa. Nunca ha sabido cómo.

—*Por ahí no* —le dice una voz al oído. En la lentilla se le ilumina una salida de servicio—. *Por aquí.*

Cierra la puerta de servicio a sus espaldas. A media escalera se para en seco al oír un estrépito procedente del interior del club. Otra vez, más cerca, y otra vez. Nunca había oído nada semejante.

—*Un dron que dispara microflechas* —dice la voz—. *Sigue en el edificio.*

Una lluvia de meteoritos sostenida.

—*La carga estándar es de cuatro rondas.*

Vidhya Rao se afana en intentar abrir la puerta que da al callejón.

—*En cuarenta segundos llega un taxi.*

—¿Quién eres? —pregunta Vidhya Rao cuando al fin consigue abrir—. No eres mi familiar. No he pedido un taxi. —Sale al callejón, una cueva oscura excavada en la roca.

—*Vuelve al edificio.*

—Dime quién eres —exige saber.

—*¡Vuelve ahora mismo!*

Vidhya Rao ve luces, movimiento, masa; se pone a cubierto mientras el taxi acelera hasta estrellarse contra una pared del callejón. El impacto le hace perder el equilibrio.

—*El taxi estaba hackeado.*

Vidhya Rao se queda mirando la chatarra, aturdide. La salida está bloqueada. Se imagina intentando trepar por encima de los trozos de aluminio y carbono. Atrás. Tiene que salir. Ya está jadeando en la tercera vuelta de la escalera.

—Activar el protocolo de seguridad personal de Whitacre Goddard.

—*Esto es Whitacre Goddard, que intenta matarte* —dice la voz.

Vidhya Rao abre la puerta de servicio. La planta superior de la Sociedad Lunaria es una pesadilla surrealista: todas las superficies están remachadas de microflechas tóxicas. Muerte por cien mil saetas. Hay un cadáver en lo alto de la escalera principal. Vidhya Rao se traga las náuseas y rodea el cuerpo martirizado, con cuidado de no rozar las agujas de las paredes.

—Sois ellos, ¿verdad? —pregunta mientras empieza a bajar por la escalera.

El Club Lunario está en ruinas, con sillas y mesas volcadas, lleno de copas y bolsos abandonados para huir a toda prisa. Un solitario zapato de tacón en mitad del vestíbulo.

—*Soy un aspecto de los Tres Augustos. Represento a Taiyang.*

—Sabía que había alguien más en la interfaz —dice Vidhya Rao.

Sale a la calle a trompicones. Los drones de emergencia llegan por tierra y aire; serpentea entre ellos y se abre paso con disculpas a través de los curiosos.

—*He estado supervisando tu actividad en la interfaz* —dice la voz—. *Que tanto Whitacre Goddard como los terrestres quieran matarte... nos parece interesante. ¡Abajo!*

Vidhya Rao se lanza al suelo. Nota cosas que crujen y músculos que se



estiran. Una sombra pasa por encima; un vendaval repentino le golpea. Un relámpago dorado; un rugido rítmico le inunda los oídos. Varias manos le ayudan a ponerse en pie. Cada respiración es como inhalar cristales. En el golfo de la *quadra* Orión ve el batir de unas grandes alas; la luz se refleja en el visor de la voladora, que continúa a toda velocidad hacia otro cruce. Lleva una espada en cada mano. Tiene remates de hueso en la punta de las alas.

—*Estás bajo la protección de Taiyang; los guardaespaldas llegarán en veinte segundos aproximadamente* —dice la voz.

La voladora bate las alas furiosamente y asciende; el aire parece hervir a su alrededor. Agita los brazos intentando escapar en zigzag de las turbulencias, pero la siguen, una nube de motas negras. Vidhya Rao le ve el miedo en la cara; después, las alas se desintegran en jirones de membrana. Las nervaduras surcan el aire, en un intento fútil y desesperado de mantenerse en él. Gritos procedentes de las calles. En un torbellino de brazos y piernas, la mujer se desploma contra el suelo del *prospekt* Gagarin. La nube de aire hirviente avanza por la calle y cubre a Vidhya Rao como un halo de humo.

—*Ya tienes los guardaespaldas* —dice la voz—. *Puedes llamarme madame Sun.*

—¡No se acerquen! —grita Vidhya Rao a los viandantes—. Mi nube de seguridad puede atacar a cualquiera a quien no reconozca.

La gente no necesita que se lo adviertan. Llega un taxi y se abre. El enjambre de microdrones entra en él.

—*Este vehículo es seguro* —dice *madame Sun*. La espalda de Vidhya Rao se estampa contra el asiento cuando el taxi acelera. Mira atrás. Como sospechaba, tiene detrás otro taxi que le pisa los talones.

—*Whitacre Goddard está usando el sistema para predecir tus movimientos* —dice *madame Sun*—. *Puede preverlos con un cincuenta por ciento de exactitud, con un máximo de tres minutos en el futuro. Es el horizonte de proyección máximo de su presente. La precisión es del sesenta por ciento en el primer minuto, y del noventa en los treinta segundos iniciales.*

—Pero tú formas parte de ese mismo sistema —dice Vidhya Rao.

—*Soy una sub-IA de la interfaz de la puerta trasera de Taiyang en los*

*Tres Augustos. Mi capacidad de ejecutar simulaciones predictivas es limitada.*

—¿De verdad eres *Sun nui shi*? —pregunta Vidhya Rao.

—*Desde luego que no.*

—Te pareces mucho.

—*Gracias. Sun nui shi es la usuaria principal de la interfaz de Taiyang, así que la he usado de modelo.*

—No tenía por qué ser un cumplido.

—*Ya lo sé. Prepárate para una deceleración repentina.*

El taxi se detiene bruscamente, arrastrando a Vidhya Rao hacia delante. Los bots de seguridad se revuelven como el aceite. Vidhya Rao se traga el lateral cuando el taxi gira ciento ochenta grados. Esquiva al perseguidor, que frena y gira, pero mientras Vidhya Rao intenta aferrarse a las sujeciones, el taxi vuelve a girar, en el puente del 53 Norte.

—*Había un bloqueo de carretera en la rampa de bajada del 51* —dice *madame Sun*.

El puente del 53 Norte no está ideado para el tráfico vehicular; el taxi atraviesa la estrecha franja de carbono de construcción, a milímetros de las barandillas. Cualquiera que estuviera en ese puente está muerto. Vidhya Rao mira hacia abajo. Luces. Un vacío lleno de luces. Las copas de los árboles y los luminosos pabellones del *prospekt* Gagarin son lejanos y mortales como sueños.

—Veo máquinas que se mueven en el lado este —dice Vidhya Rao.

—*Tengo un sesenta por ciento de confianza en que no llegarán a tiempo de alcanzarnos.*

Tres taxis hackeados se lanzan a la persecución. Vidhya Rao contempla el panorama de la zona trasera. Dos de los perseguidores están vacíos, los han arrancado de los cargadores, pero en el tercero hay atrapado un grupo de niños.

—*Nos desviamos al montacargas del 50 Sur* —dice *madame Sun* mientras el taxi baja tres niveles por la rampa espiral—. *Hay vehículos*

*hackeados cubriendo las principales bajadas al prospekt Gagarin.*

Han dejado atrás a los perseguidores. Vidhya Rao reza para que los niños estén a salvo.

El montacargas baja a una velocidad que hace cerrar los ojos a Vidhya Rao. Vuelve a abrirlos al notar la sutil sensación del movimiento vertical. El taxi sigue descendiendo junto a la pared este de la *quadra* Orión.

*—La probabilidad de que Whitacre Goddard descubra mi enlace con tu familiar dentro de un plazo de tres minutos es del setenta y dos por ciento — dice madame Sun—. Es inevitable que intentemos vencernos mutuamente a base de predicciones.*

Un profeta que persigue a otro a través de los variables claustros del «puede que pronto».

De repente, una masa oscura que se cierne; un estruendo terrible y una sacudida: un vagón de carga ha saltado de la plataforma de ascenso a la de descenso. El vagón retrocede los pocos centímetros que le permite la plataforma y embiste al taxi. Plásticos que se agrietan y se astillan. Vidhya Rao grita. De nuevo, el vagón retrocede y embiste. Centímetro a centímetro, empuja al taxi hacia la larga caída.

*—No consigo anular el hackeo — dice madame Sun. Otro golpe; el abismo queda un poco más cerca—. Estoy preparándome para bajar en el próximo nivel. Sin embargo...*

*—Los terrícolas lo han previsto.*

*—Sí. Hay unidades que avanzan para bloquear las salidas.*

Sacudida. Crujido. Astillas.

*—Abre las puertas.*

Otro impacto. La burbuja de plástico se resquebraja como el hielo.

*—No es aconsejable...*

*—Solo un poco.*

Los pétalos se separan. El enjambre de guardaespaldas de Vidhya Rao sale formando volutas. Los drones atacan al furioso vagón, buscándole las juntas y los mandos. Se parten cables; cae fluido hidráulico. El vagón se ladea, intenta

avanzar y traza un círculo. Se para en seco. Los drones de seguridad salen de sus grietas como arena negra y caen por la rejilla de la plataforma del montacargas.

—*La nube de guardaespaldas se ha quedado sin baterías* —dice madame Sun—. *He contratado a unos mercenarios, que se reunirán con nosotros en el 15 y nos escoltarán al intercambiador de Orión.*

—¿La estación está cubierta?

—*Y el BALTRAN. Quedan descartadas las dos opciones.*

Vidhya Rao mira hacia abajo y ve a unas personas con traje de combate que esperan junto al ascensor. Mercenarios. Cuando llegan al nivel 15, los luchadores se suben a la plataforma del montacargas.

—¿Estás bien? —grita uno, en globo con acento australiano, a través de la burbuja entreabierta.

—Sí —dice Vidhya Rao. No distingue nada más allá de la máscara: ni la cara ni la voz.

—Ya hemos llegado —dice el mercenario—. Espero que no tengas el estómago débil, porque va a ser un viaje ajetreado.

—¿Qué pasa?

—Vas a montar en la catapulta electromagnética.

Si se desplaza un centímetro a la izquierda, sonará la campana. El laberinto está a oscuras y no ve nada, pero todas las células de su cuerpo lo saben.

«Adéntrate en ti mismo —le han dicho—. ¿Dónde acaba tu cuerpo? ¿En la capa externa de piel? ¿En las puntas de los pelos? ¿En las corrientes de aire que agitan esos pelos? Que tu cuerpo sea más que tu cuerpo, que tus sentidos sean más que sentidos, y oirás la campana antes de que emita un sonido; siéntela antes de llegar a tocarla.»

Siente la tercera campana.

Nunca había avanzado tanto por el laberinto. Se hace más estrecho y sinuoso en cada etapa, y Mariano Gabriel Demaria cambia de sitio las campanas después de cada fracaso.

Darius rodea la campana. Algo le roza la piel. Algo ligerísimo, delicadísimo.

—Mierda mierda mierda mierda.

Y se encienden las luces. Darius está en una U de paneles industriales, con una campana a micras del hombro derecho y otra en contacto con el izquierdo.

«No recorras el laberinto usando solo los sentidos; usa también la razón. Las emociones. La intuición. Si el más recalcitrante de tus pupilos ha fallado cinco veces en la tercera campana, ¿dónde colocarías la cuarta? Justo a su lado.»

—Venga, sal de ahí. Sun *nui shi* quiere verte.

Darius hace sonar todas las campanas en el camino de vuelta.

—No es justo.

Mariano Gabriel Demaria le lanza una bolsa de ropa.

—Justo, injusto... Debilidad. La Luna no es justa.

—Tal como estaban colocadas las campanas, no había manera de esquivarlas.

—¿Te he dicho que tengas que esquivarlas? Solo te he dicho que no deben sonar. Podrías pasar por debajo. Podrías atar la cuerda para subirlas. Podrías cortar la cuerda. Podrías robar el badajo. Si lo consiguieras, serías un Ladrón Supremo, pero siempre hay una forma de recorrer el laberinto sin que suenen. Vamos, vístete.

Darius examina el contenido de la bolsa.

—¿Ropa de balonmano?

—Vas a un partido.

En la entrada espera el transporte. No es el acostumbrado taxi que lo lleva a sus clases en la Escuela de las Siete Campanas, sino un coche aéreo de Taiyang. ¿Un partido de balonmano en el Coronado es tan importante que requiere un vehículo ejecutivo? Darius sube los escalones y entra en el coche. Los ventiladores de flujo guiado empiezan a girar; el aparato se eleva y después baja desde la elevada plataforma de la torre Jin Mao. Darius vitorea cuando el coche aéreo pasa entre Taiyang Automation y las Primeras Torres

para a continuación seguir en horizontal, rodear Kingscourt y seguir el bulevar de la Reina hasta el huevo de tonos pastel de la Corona de la Reina, rodeado de seis torres.

—¿Podemos repetir?

—*Tengo instrucciones de llevarlo frente a la Matriarca sin dilación* — responde el coche. Pero atrae las miradas de los espectadores que se instalan en el césped impecable, frente a las taquillas. Dos elegantes miembros de la cohorte de Sun *nui shi* hacen avanzar a Darius saltándose todas las colas, a través de todos los tornos, todas las escaleras arriba, por la mitad de todas las multitudes, hasta las puertas que no se abren hasta reconocer sus rostros, a suficiente altura para ver toda la acción pero no tan arriba como para que un Sun no pueda lanzar la pelota al principio del partido.

Sun Zhiyuan, Tamsin Sun, Jaden Wen Sun, Sun Liqiu y Sun Gian-Yin. Sun *nui shi*, y eso que desprecia el balonmano.

—¿Qué hace aquí? —pregunta Sun Liqiu.

—Es importante que vea nuestra forma de hacer negocios —dice Sun *nui shi*.

—No es... —empieza a decir Sun Gian-Yin.

—La genética te llevaría la contraria —dice Sun *nui shi*.

—Bonita camisa —dice Jaden Wen Sun. Darius, cohibido, se alisa el uniforme de la última temporada de los Sun Tigers—. ¿Podemos seguir con esto? Tengo un partido.

—La empresa está amenazada —dice Sun *nui shi*—. Hace poco consulté a los Tres Augustos.

—Vudú —dice Sun Liqiu.

—Y ¿con quién me topé? Pues con Vidhya Rao.

—Economista, asesore de Whitacre Goddard y miembro de la Sociedad Lunaria y el Pabellón de la Liebre Blanca —explica Sun Zhiyuan a Darius.

—Y quien propuso el concepto de la bolsa lunar —añade Sun *nui shi*—. Que los terrícolas están financiando agresivamente. Lo que interese a Vidhya Rao me interesa a mí.

—Vidhya Rao escapó de Meridian en la catapulta electromagnética —dice Jaden Sun—. Fue todo un espectáculo. Drones, persecuciones de taxis y toda la pesca. Hasta una voladora asesina.

—Ya lo sé —dice Sun *nui shi*—. Escapó con mi ayuda.

Confusión en el palco de los propietarios del Coronado.

—¿Qué descubrió? —pregunta Tamsin Sun.

—No lo sé. Lo que sé es que ha estado pasando mucho tiempo con los Tres Augustos.

—¿Qué le dirían para que los terráqueos intentaran matarle en las calles de Meridian?

—Es imposible descubrirlo sin que en Whitacre Goddard y, por tanto, los terrestres, se enteren de nuestras consultas a los Tres Augustos. Les pregunté por las posibles amenazas que supondría la bolsa lunar para Taiyang. Los Tres Augustos prevén, con una probabilidad del ochenta y siete por ciento, que la Tierra se hará con el control del cinturón solar en menos de dieciocho lunas, con el fin de alimentar su mercado de valores.

Consternación en el palco de los propietarios del Coronado.

—Si empezamos a emitir electricidad antes de que los terráqueos tengan en marcha su bolsa...

—Podríamos hacernos con el mercado —dice Tamsin Sun—. Un mercado cautivo.

—De hecho, podríamos regalarla durante un año —dice Zhiyuan.

—La estrategia de los traficantes de heroína —dice Tamsin Sun.

—Hay un problema —dice Jaden Sun. Señala hacia arriba, a través de la cúpula del Coronado y el techo de Reina del Sur—. Necesitamos el satélite de retransmisión.

—Hablaré con Yevgueni Vorontsov —dice Zhiyuan—. También propongo la puesta en marcha inmediata del cinturón solar, para demostrar a la Tierra que estamos operativos.

—Esa decisión corresponde a la junta —dice Sun *nui shi*.

—Aquí no hay bastantes miembros para que haya cuórum —dice Tamsin

Sun.

—La antigüedad tiene sus privilegios —dice Sun *nui shi*—. Si se presenta una crisis económica, política o social, cuando la supervivencia de Taiyang se ve amenazada, el miembro más veterano de la junta tiene potestad para nombrar miembros. Presento a Darius Sun-Mackenzie como miembro de la junta directiva de Taiyang.

Miradas, asentimientos lentos. Abajo, los maestros de ceremonias arengan a las masas voceando consignas a las que responder. Suena la música. Estallan los vítores.

—Soy testigo —dice Jaden Wen Sun.

Fuera, los aplausos agitan las gradas.

—Lo secundo —dice Zhiyuan.

—Soy testigo —dice Tamsin.

—Ya somos suficientes para un cuórum —dice Sun *nui shi*—. Propongo que pongamos en marcha de inmediato el cinturón solar y entablemos negociaciones con VTO y los proveedores de electricidad terrestres. ¿A favor?

Se levantan las manos y se oyen expresiones de asentimiento.

—Aprobado —dice Zhiyuan—. Queda decidido que Taiyang conectará el cinturón solar y negociará contratos de suministro con la Tierra.

—Bueno, si ya está decidido —dice Jaden Sun—, podemos jugar al balonmano. Darius, como miembro más reciente de la junta, puedes hacer el saque.

Los maestros de ceremonias tienen al público en llamas. Los espectadores están listos, los comentaristas están listos, los marcadores, las pantallas y los drones cámara están listos. Los jugadores están listos. Jaden entrega la pelota a Darius. Es más pequeña de lo que pensaba, y más pesada; se le acopla perfectamente a la mano.

—Lánzala como un Sun —dice Sun *nui shi*.

—Ahora veréis.

Darius baja al púlpito. Los seguidores del Coronado lo ahogan en vítores



cuando levanta la mano. «Emplea los sentidos y los tendones. ¿Dónde termina el cuerpo?» La mano que sujeta la pelota, las yemas de los dedos, la piel de la propia pelota, la piel de cada uno de los tres mil aficionados al balonmano apelotonados en el óvalo del estadio. Darius lanza y la pelota sale despedida en línea recta, alta y certera. Los jugadores saltan; esculturas en gravedad baja. La multitud estalla en un atronar de voces.

Los dos chicos están tan serios y solemnes en el pequeño andén de Teófilo que a Analiese Mackenzie le cuesta no estallar en carcajadas.

—¿Lo tienes todo? —pregunta Robson.

Analiese levanta la gran funda del setar.

—Avísanos cuando llegues —dice Robson.

—Mejor aún —interrumpe Haider—. Avísanos cuando hagas el transbordo en Hipatia. Es bastante enrevesado.

—Hago transbordo en Hipatia siempre que se reúne la orquesta —dice Analiese. La estación de Teófilo es poco más que una esclusa alargada que conduce la lanzadera a la línea principal.

—Esto es distinto —dice Robson sentencioso—. Te vas de gira.

Tiene razón. Se va de gira y es distinto. Diez noches, ocho actuaciones de Meridian a Hadley, de Rozhdestvenskiy a Reina del Sur. No le preocupa dejar solo a Robson; Hadley se mudará con él y jugarán a las casitas. Teme por Wagner. Volvió de su último recorrido de inspección, comió algo y cayó rendido en la cama. Tranquilidad Sur es un lugar duro. Analiese no se dejó engañar; sabe que ha estado ahí fuera, medicándose bajo el cielo abrasador, y se acerca la oscuridad que tan bien conoce.

Se levantó temprano, y limpió y empaquetó el setar con el mimo que merecería una reliquia sagrada. Él seguía dormido, farfullando en un idioma que ni su familiar ni ella pudieron identificar. La lengua de los lobos. Estaba tan guapo, tan cansado, tan indefenso... Giró a su contacto.

—Me marchou, *coração*. —A él le gustaba que usara el portugués—. Sigue durmiendo; lo necesitas. Te llamaré cuando llegue a Meridian.

Él rezongó, abrió los ojos, la vio y sonrió. Ella se agachó a besarlo.

Tenía un olor característico cuando le sobrevinía el cambio. Dulce y

almizclado.

Los chicos cuidarán de él durante los diez días de gira.

Una sacudida a través de la piedra lisa, el clic de los mecanismos que se enganchan, el zumbido de la ecualización de presiones. Ha llegado la lanzadera. Se abre la escotilla.

—Podéis escucharme si queréis —dice Analiese—. El concierto de Meridian se transmitirá en directo.

Robson y Haider parecen abatidos. Durante un momento está a punto de abrazar a Robson, pero eso añadiría un pecado venial al mortal.

Se abre la escotilla. Llega Wagner. Pantalones cortos, camisa de manga corta, botas de superficie. Tiene el pelo hecho un desastre y los ojos nublados; es como si estuviera en coma aunque camine. Es oscuridad, es luz y es todo belleza.

—Te marchas —balbucea—. Se me había olvidado. Lo siento.

Analiese deja el sitar y se lanza hacia él.

—Qué bien hueles.

Analiese le muerde la oreja. Él gruñe. Ese es el Wagner Corta que recuerda. Medio hombre es mejor que el fantasma de Wagner Corta que intentaba prescindir de la medicación.

Analiese Mackenzie recoge el instrumento.

—Cuídalo.

—Lo cuidaré —responde Wagner.

—No te decía a ti.

Nunca había tenido tanto miedo.

De un momento a otro va a llegar a la puerta. Al otro lado estará su hijo. Le tiembla la mano contra la empuñadura del bastón.

—Está despierto y con ganas de verlo, *senhor* Corta —dice la doctora Gebreselassie.

¿Quién está despierto y con ganas de verlo? ¿Es Lucas Corta Junior, Lucasinho? La memoria de Lucas tiene un largo camino por recorrer hasta dar

con el momento en que vio por última vez a su hijo despierto. Hace veinte lunas, en el vestíbulo del hotel Home Inn, la noche anterior a la boda del siglo. Sus palabras de despedida: «No te emborraches. No te coloques. No la jodas». Le enderezó las solapas para disimular el nudo en la garganta. Nunca quiso que Lucasinho se casara con Denny Mackenzie. Jonathon Kayode estaba tan orgulloso de su matrimonio dinástico que acabaría con medio siglo de rencores... ¡Los chicos rutilantes! Jonathon siempre fue una marioneta de Mackenzie Metals. Murió tras caer dos kilómetros gritando y cagándose encima, pero a Adrian lo encontraron con un cuchillo ensangrentado en cada mano. Nadie, nunca, ha llamado cobarde a un Mackenzie.

Y así habían acabado los chicos rutilantes: uno, un rebelde temerario que vagaba por el techo del mundo; el otro, un cascarón secado al vacío a quien reconstruían la memoria a base de inyectar recuerdos.

Todos esos pensamientos en el tiempo que tarda una mano en vacilar sobre el pomo de una puerta. ¿Cuál es la velocidad de la memoria?

—¿Qué miras? —le dice a Luna, que tiene el ceño fruncido. Su terrorífica máscara blanca no intimida ni la mitad que su propia cara. «Lucasinho hizo esto por ti. No estás perdonada. El perdón es para los cristianos, y no soy cristiano»—. Quédate aquí.

—No lo canses —ordena Luna.

Lucas entra en la habitación.

Pensaba romper el hielo diciéndole que es la segunda vez que va a verlo al hospital después de que beba vacío. Se le olvida. Lucas Corta está eufórico; Lucas Corta está abatido. En la cama, el chico parece minúsculo. Tan delgado... Pero tiene buenos huesos. Siempre ha tenido buenos huesos. ¿Lo habrá visto? ¿Puede ver algo?

—Lo siento —dice Lucasinho.

A Lucas Corta le cuesta llegar a la silla. Coge la mano de su hijo y se desmorona. Tiene la respiración entrecortada; el corazón amenaza con salirse del pecho; no se atreve a hablar porque el peso de una palabra puede resquebrajarlo todo, y los años de represión, de profunda disciplina, de contención y control lo harían añicos.

Rafa el encantador; Lucas el sombrío. El amante, el maquinador, la

habladora, el luchador. Y el lobo.

—Por favor...

Lucas sujeta la mano de su hijo con tanta fuerza que le duele.

—Perdona.

«Estamos reconstruyéndolo a base de recuerdos ajenos», le ha dicho la doctora Gebreselassie. La red, la familia, los amigos, los amantes...

—¿Sabes quién soy? —pregunta Lucas.

—Eres Lucas Corta. Eres mi padre. Mi madre es Amanda Sun, y mi *madrinha* es Flávia —dice Lucasinho. Habla lentamente, con muchísimo esfuerzo—. Amanda vino a verme. ¿Por eso has venido tú?

Lucas prefiere no hablar de su exmujer ni del acuerdo a que han llegado. El software ya está listo; solo quedan la infección y el contagio, de bot a bot a bot. No debería tardar más de treinta segundos en alcanzar los quince mil bots.

«Céntrate. Nunca le prestaste apoyo. Cinco horas en tren, por la cintura de la Luna, y sigues repasando tu acuerdo y tus intrigas, en quién puedes confiar, en quién no.»

—¿Recuerdas dónde vivías? —pregunta Lucas.

—En ese sitio de las caras enormes mojadas. Verde y cálido. Boa Vista.

—No sé si te acuerdas de que yo no iba mucho por ahí. Vivía en João de Deus. Era otro sitio que teníamos.

—João de Deus. —Lucas ve a su hijo esforzarse para asociar el nombre a algún detalle, hasta que se le ilumina el rostro—. ¡Apestoso! —Lucas se echa a reír.

—Sí, apestaba, pero voy a volver a Boa Vista. Estoy en ello. Voy a llenarlo todo de cosas vivas. Tú también puedes vivir ahí, cuando estés en condiciones.

Lucas es consciente de los ojos que miran, de los oídos que escuchan. El equipo médico de Lucasinho, el profesorado, la universidad con sus planes secretos, los siempre atentos *ghazis*. Su hermana, en algún recoveco. «Ayúdalo a recordar —le dijeron—. Llévelo al pasado, no al futuro. No le prometa nada.»

Ahora que ve el proceso entiende lo que están haciendo, y con el entendimiento llegan las dudas. ¿Quién controla los recuerdos? ¿Quién decide qué recuperar y qué relegar; qué se inyecta en su cerebro? De João de Deus solo recuerda que olía mal. Lucas fue un padre ausente y distante. Los recuerdos que conformaron su niñez son los de su *madrinha*. A la manera de los Corta. Piensa en Alexia, que se crio rodeada de un sinfín de vidas, arrojada por los demás. Ahora piensa en su propio hijo, solitario entre las caras de piedra. No le extraña que quisiera probar todo lo que tenían que ofrecer el mundo y las personas. No le extraña que huyera hacia las luces a la primera oportunidad.

El chico se cansa deprisa. Le cuesta mantener la atención y pierde el control de la movilidad. Arrastra las palabras y no puede enfocar con la vista. Hora de marcharse.

—Hijo...

Abraza una cometa de piel y huesos. Cuando abre la puerta, las manos sanadoras de las máquinas surgen de suelos, paredes y techos para acoger a Lucasinho, para tocarlo, para velar por él. Para reescribir su vida.

El planeta Tierra es azul y arroja su suave luz sobre el océano de las Tormentas. La noche lunar: ciudades que resplandecen con diez mil luces, chispas que, por arriba, surcan la oscuridad: cápsulas de la catapulta electromagnética, del BALTRAN, naves raras y preciosas. Un destello vertiginoso es un expreso de pasajeros que viaja a los confines del mundo. A ambos lados de la ancha vía se extiende un cinturón aún más ancho, negro brillante: regolito lunar sinterizado, aderezado y sembrado por los ingenieros de Taiyang. Abarca el ochenta por ciento del ecuador lunar. Los equipos de cristaleros trabajan día y noche para extender la cinta negra a lo largo de las abruptas montañas y cráteres de la cara oculta. Los equipos jurídicos de Taiyang negocian acuerdos de acceso con la universidad, que no quiere ver su impecable paisaje lunar, dedicado a la investigación, mancillado por la industria y los beneficios.

Ahora que Crucible es un montón de chatarra acumulado en la superficie del océano, el cinturón solar es la mayor construcción de los dos mundos, una banda de células fotovoltaicas de cien kilómetros de ancho y nueve mil de largo. Por la noche es una maravilla, un abismo negro lleno de estrellas: reflejos del cielo. Estrellas y la lejana Tierra azul. Tan grande es el cinturón

solar que incluso el débil resplandor de la Tierra genera cien megavatios. Bajo la luz del sol, el anillo cobra vida. Es fácil de divisar desde la Tierra, una franja negra que divide la Luna como los hemisferios de un cerebro. Lleva dos años lunares dormido. Ahora se emite el comando desde el Palacio de la Luz Eterna. Los procesadores enterrados se calientan y ejecutan los ciclos de arranque. Se encienden las matrices de células solares; segmento por segmento, la red eléctrica del tamaño de la Luna se despierta. Las subestaciones de Taiyang miden y equilibran la electricidad entrante. Setenta hexajulios de potencia entran en la red de Taiyang. El cinturón solar ha cobrado vida.

## 15

—Llegas tarde —dice Krimsyn a Finn Warne—. Está cabreado.

Krimsyn nunca había dirigido tantas palabras seguidas al primer *blade* de Mackenzie Helium.

Bryce Mackenzie está ante la ventana, vestido solo con un tanga, bañado en luz de láser. Los haces rojos móviles escanean la masa de carne, pliegue tras pliegue; parece que la grasa le sale por los poros como si fuera lava; los sacos de tejido adiposo que le juntan los muslos, los grandes pechos colgantes.

—Llega tarde —dice Bryce Mackenzie.

—Sé qué están haciendo —dice Finn Warne. Mira alrededor de la habitación, al resto de la junta: de Jaime Hernández-Mackenzie a Rowan Solveig-Mackenzie, pasando por Alfonso Pereztrejo. La Luna es un hervidero de rumores políticos desde que Taiyang conectó el cinturón solar. Los Sun no habrían forzado el lanzamiento del proyecto si no se hubieran visto entre la espada y la pared—. Tengo a alguien en el Palacio de la Luz Eterna.

—¿A quién? —pregunta Bryce con un encogimiento de hombros. El tanga es innecesario; los pliegues de piel ya le ocultan los genitales. Los láseres se apagan y los bots ruedan hacia sus escondites.

—Si le diera el nombre de esa persona, la pondría en peligro —dice Finn Warne—. Guarda una estrecha relación con la junta, y me dice que los representantes de ventas de Taiyang en la Tierra han estado concertando reuniones con compañías eléctricas, en especial en las naciones estado sin representación en la LMA.

Bryce abre mucho los ojos. Lo entiende.

—Qué hijos de puta más listos. Muy muy listos. Cabrones.

—No pueden realizar el suministro sin el satélite de transmisión —dice Jaime Hernández-Mackenzie, el jefe de operaciones. Sigue siendo un tragapolvos altivo y fiable.

—Sun Zhiyuan está de camino a Santa Olga con todo el circo itinerante —dice Finn Warne—. Al parecer, ha encargado unas simulaciones a los

ingenieros. En seis lunas, Taiyang podría tener el satélite de captación solar listo para radiar energía a una matriz de microondas terrestre.

—Están aceptando reservas —dice Rowan Solveig-Mackenzie, el analista de Mackenzie Helium.

—Van a regalarla —dice Bryce Mackenzie—. La primera dosis siempre es gratis. Y nosotros vendemos gas para llenar globos de niños.

—¿Por qué ahora? —dice Alfonso Pereztrejo—. No están listos ni de lejos. Aún están negociando los derechos de tendido de paneles solares con la universidad. Y, según dices, no tienen medios para enviar la electricidad a la Tierra.

—Tienen esos ordenadores que predicen el futuro —dice Finn Warne—. ¿Y si han visto algo que los ha asustado? Tiene que haberlos acojonado de verdad.

—¿Acojonar a los Sun? —dice Jaime.

Llegan unos ayudantes cargados de ropa recién impresa. Rodean a Bryce para envolverlo en tela e ir vistiéndolo.

—Eso no es todo —dice Finn Warne—. He estado hablando con otras fuentes. Se celebró una reunión de alto nivel entre Yevgueni Vorontsov, sus titiriteros y Duncan, y acordaron la creación de una empresa de desarrollo conjunta. Para la minería de asteroides. Mackenzie Metals no se conforma con la Luna.

—¿Ya está firmado ese acuerdo? —pregunta Bryce mientras sus ayudantes le ajustan el tiro de los pantalones, la caída de la chaqueta. Le enfundan en zapatos los diminutos pies.

—Los equipos jurídicos están redactando los contratos —dice Finn Warne—. Estarán firmados antes de que acabe esta luna.

—¿Qué opinan? —pregunta Jaime.

—Haremos lo que hace cualquier buen negocio. —Bryce, ya vestido del todo, se dirige a su junta—. Diversificar. De forma agresiva.

Hoy va a quitarse la ropa.

Es un avance significativo en el proceso de lunificación de Alexia Corta.



Le daban reparo los *banyas*; la higiene pública le resulta inconcebible. La limpieza, el lavado, las abluciones, son algo privado, racionado, un momento bajo la ducha alimentada por sus cañerías. Después descubrió las maravillas que ocultaban esas profundas cavernas excavadas en la cara de la ciudad. Piscinas, cámaras de vapor, bañeras burbujeantes y losas de piedra lunar pulida y calefactada en las que podía tumbarse y sudar. Jacuzzis de temperatura creciente, conectados como ganglios en túneles de techo bajo, donde podía relajarse en el agua aromatizada, inmersa en la iluminación ambiental y un sonido amniótico que al parecer procedía de una sonda que orbitaba las tormentas de Júpiter a doscientos kilómetros. Se acostumbró a visitar el *banya* a diario, pero aún le daba reparo desnudarse en público. No es obligatorio; nada lo es en este mundo, pero es la costumbre, y Alexia se debatía en la culpa, entre la intimidad y la incomodidad social.

Esta mañana ha ordenado a Maninho que le enseñe su cuerpo. Con el pelo suelto. Ha apretado los ojos, ha apartado la vista y ha vuelto a mirar. Entendía muy bien lo irónico que resultaba el pudor en una sociedad tan exhibicionista como la brasileña, pero en su familia estaba muy arraigada la idea de que el atractivo de los Corta estaba en el cerebro, no en el cuerpo. Siempre le ha preocupado tener las caderas demasiado anchas, el culo demasiado voluminoso, el pecho demasiado pequeño. Las *gatinhas* con las que estudiaba iban a la playa después de clase, ataviadas con tres triángulos de licra; ella iba a tomar un café y se sentaba de espaldas al mar, deseando ser ella quien estuviera bajo el sol. La Luna le enseñó que no es así. La Luna le dio un vestido de estrella de cine y despertó la admiración en Santa Olga. Los cuerpos del *banya*, jóvenes y viejos, grandes y pequeños, le enseñaron que nadie miraba.

Se ha mirado en la lentilla. Y no está mal. Está bien. Es ella; a la mierda.

Reservó una depilación clásica de *boceta*, colgó las bragas y el sujetador en la taquilla, se puso las chanclas, se echó la toalla al hombro, se soltó el pelo y entró en la sala de vapor.

Le llega la llamada cuando está en el jacuzzi. Irina.

—*Olá.*

Está alterada. Nerviosa. Llorosa. ¿Dónde está? En Meridian. Necesita verla.

—Estoy en el *banya* Sadunov. Voy a reservar una suite privada.

El agua caliente, el aire aromatizado con enebro, la iluminación ambiental y la intimidad garantizada son algo seguro, que la centra y la cura.

Irina Efua Vorontsova-Asamoah ni siquiera espera al agua, al calor, a la intimidad, para ponerse a hablar.

—¡Van a casarme! —se lamenta.

No hay forma de contestar a algo así sin ropa, con el agua burbujeante hasta el cuello.

—¡Con Kimmie-Leigh Mackenzie! —añade.

Cuando termina de contarlo ya han pasado del agua caliente a la fría; han estado en la sauna y el baño de vapor y después han vuelto a sumergirse en el agua fría y luego caliente. Alexia tiene la impresión de que lleva tres tallas más de piel y entiende la turbación de Irina.

Es el contrato. El contrato con los Mackenzie. Exige una serie de matrimonios dinásticos, y han prometido a Irina con Kimmie-Leigh Mackenzie, hija de Katarina Mackenzie. El compromiso se anunciará a la vez que el pacto entre Mackenzie Metals y VTO. La ceremonia se celebrará en Hadley diez días después.

—A ver, vamos a empezar por el principio. ¿Van a casarte? ¿Contra tu voluntad?

—Forma parte del acuerdo.

—Pero ¿has dado tu consentimiento?

—¿Qué más da?

—De lo contrario es violación.

—He firmado el *nikah* previo.

—Pero no querías —protesta Alexia. Cada vez que se familiariza con algún aspecto de la vida lunar se topa con otro más estrambótico, brutal y despiadado.

—No quería, pero no tenía más remedio. ¿Cómo iba a decir que no? Es un asunto de familia. No sabes cómo son las cosas en las familias.

—Desde luego que no —dice Alexia—. ¿Qué hay de la otra, la tal Kimmie lo que sea?

—Kimmie-Leigh. KL. Tampoco quiere, pero es una Mackenzie, y yo, una Vorontsova-Asamoah.

—¿La conoces, por lo menos?

—Tiene dieciséis años y estudia aquí en Meridian, en el grupo de estudios Tres Cielos. No parece mala chica. Pero ¿mi *oko*? Durante cinco años. ¡Cinco años!

Alexia está a punto de echarse a reír a carcajadas.

—¿Solo cinco años?

—Tendré... veintidós cuando termine el contrato —dice Irina consternada.

—En cinco años pueden pasar muchas cosas. Ella podría morir. Tú podrías morir. El acuerdo podría salir rana, con lo que se podría anular el contrato. Podrías engañarla y quedar mal con las dos casas. O podríais enamoraros. Pero qué más da; el caso es que cinco años no son nada.

Irina se queda un rato cabizbaja y después lanza agua a Alexia a la cara. Alexia resopla y le hace una aguadilla, salpicando por todas partes. Irina grita, y las dos mujeres forcejean entre risas hasta quedarse sin aliento.

—Tienes el pelo... —dice Alexia a duras penas— hecho una... mierda. Y yo estoy arrugada como una monja vieja. Lo que tienes que hacer es contratar a un puto abogado de familia. Vamos a tomar algo.

Tres bares después, Irina sigue ahí. Sigue también en el restaurante etíope, y a la mañana siguiente, acurrucada a los pies de la cama de Alexia como una hermana pequeña o una prima de visita. Y sigue ahí, resacosa, cuando llama Lucas con la invitación a la fiesta del Eclipse en el Palacio de la Luz Eterna.

Si saca el brazo derecho, se tumba de lado y se dobla hacia allá, Luna cree que puede doblar esa esquina y llegar al excelente lugar de espionaje del techo de la sala común del centro médico. Contorsiona el brazo y durante un momento se le queda el codo aprisionado contra el techo del túnel de acceso; aprieta los dientes, desplaza el centro de gravedad a la izquierda y consigue liberarlo. Después es cuestión de rodar, flexionarse y patear hasta que está en el conducto de detrás.

Luna no piensa nunca que puede quedarse atascada, que Luna el familiar puede tener que pedir ayuda, que los bots y los ingenieros pueden tener que desmontar medio Coriolis para sacarla; que Luna puede llamar y no conseguir que acuda nadie, nunca.

En unos pocos metros, el conducto se ampliará; podrá bajar el brazo y mirar por la rejilla que da a la sala común. Máquina de té, máquina de comida, máquina de agua, asientos y espacios. Gente sentada, con esa mirada distante de los adultos que prestan más atención a sus familiares que a los amigos que los rodean. El aire le agita el pelo y el vestido. ¿Quiénes están hoy en la sala común? La doctora Gebreselassie acaba de salir. Los doctores Donoghue y Ray acaban de entrar y charlan junto a la máquina de té. Un grupo de investigadores; no son interesantes. Está Amalia Sun, que llegó con la tía Amanda cuando fue a ver a Lucasinho. Es una mujer sosa y aburrida, sentada a solas frente a un té, centrada en su familiar.

Luna siguió hasta el último paso de la tía Amanda y ni siquiera los agentes de seguridad repararon en su presencia.

Así pues, ¿a quién toca seguir hoy? Amalia Sun es la más reciente, pero se pasa todo el día sentada sin interactuar con nadie más que su familiar. Los investigadores se terminan el té. Luna elige a la menos anodina y la sigue al pasillo circular. Baja tras ella dos niveles, hasta el laboratorio de neurónica, dejándose caer por un conducto vertical; la falda del vestido la decelera. Para llegar a las oficinas del laboratorio tiene que volver a girar por un espacio estrecho, pero no tanto como el paso de la sala de escáneres a la común. Se le engancha el vestido en la esquina de un panel desalineado y se hace un siete. Bufa irritada.

—¡Mira lo que me has hecho hacer! —reprende a la investigadora.

*Madrinha* Elis sujeta el vestido, rasgado desde la sobaquera hasta la cintura.

—Ya has estado arrastrándote por ahí.

—Explorando —corrige Luna.

—Y estás sucísima y llena de polvo —dice *madrinha* Elis. Luna la mira desafiante, con un pantalón corto y una camiseta—. Dúchate. Hueles que apesta. Y...

—¿Que me limpie esa cosa de la cara? —Luna sonríe de oreja a oreja—. Siempre me la limpio, *madrinha*.

—¿Y despu es volver as a pon ertela?

Luna se dirige a la ducha.

—Necesito otro vestido impreso para cuando vaya a ver a Lucasinho.

*Madrinha* Elis pone los ojos en blanco e introduce el vestido roto en la tolva de desimpresión.

—*Ol *, Luca.

Hoy Lucasinho est a sentado en el sillón, con una sonrisa llena de luz y alegría. A Luna le gusta hablar con él en portugu es; eso parece enlazar los recuerdos de una forma distinta, darle nuevas palabras para hablar de sí mismo.

—*Bom dia*, Luna.

—¿Vamos a dar un paseo? —pregunta Luna en portugu es. Lucasinho asiente. Ya puede andar sin bastón, y le gusta tantear los límites de su cuerpo. Cerca hay un parquecito, y Luna y Lucasinho dan vueltas a veces por su camino. Hay bambú alto, hojas bajo las que resguardarse y ramas que se extienden; es fácil olvidar que se trata de una habitación de techo no muy alto.

—¡Mirar los peces! —dice Lucasinho. Luna lo coge del brazo mientras caminan hacia el ascensor.

—¡Dar de comer a los peces! —dice Luna, y se saca un frasco de copos de proteína del bolsillo del vestido gris. Lucasinho da palmas, emocionado.

Médicos, académicos e investigadores los saludan mientras recorren, de la mano, el camino de piedra sinterizada.

—¿Siete árboles? —dice Luna. Un arce ornamental japonés marca el punto donde empiezan las vueltas. Lucasinho parece dubitativo. Se cansa fácilmente. El esfuerzo mental es el peor—. Siete árboles y podemos dar de comer a los peces.

—Vale.

Como todos los días, Lucasinho se detiene en un lugar donde la luz se cuela entre las hojas que se agitan suavemente. Mira hacia arriba para

calentarse la cara. Cierra los ojos.

—Pareces un orixá —dice Luna.

—¿Cuál?

—Oxóssi.

—El cazador —dice Lucasinho—. El señor del conocimiento. —Comprime el rostro, concentrado—. Estoy intentando acordarme. Unos enfrente de otros, desde la estación de tranvía hasta la esclusa principal. Oyá y Xangô. Oxum y Ogum. Obatalá y Nanã. Después, Oxóssi y Yemanjá. Al final, Omolu e Ibeji. Aquí es fácil recordar Boa Vista. ¿Por eso me traes?

—Y porque me gustan los peces —dice Luna. Siguen caminando, sonriendo y saludando en globo a la gente que se cruzan.

—También empiezo a recordar el Palacio de la Luz Eterna —dice Lucasinho. Cuarto árbol—. Es todo luz y oscuridad, sombras enormes y una luz tan intensa que es como... ¿real? Sólida. Grandes espacios vacíos. Ecos. Gente muy muy pequeña, pero parece pequeña por la piedra. Tranvías por todas partes. Recuerdo mirar por la ventana de un tranvía. ¿Cómo se llamaba esa otra ciudad? Esa tan vieja.

—¿Reina del Sur?

—Esa. Estaba en el tranvía, con mi *mãe*.

—Amanda Sun —dice Luna.

—*Mãe* —repite Lucasinho con firmeza—. Estaba en el tranvía, desde la Reina, y viajábamos por dentro de un cráter muy grande, y todo eran sombras y luces. Como cortadas. —Surca el aire con la mano—. Mucho contraste. Luz, sombra. *Mãe* me dijo que esas sombras no acababan nunca. Recuerdo que tenía miedo, pero me rodeó con el brazo y me dijo que mirase, y en las sombras había muchas luces, y *mãe* me dijo: «Esta es nuestra ciudad». Luz en las sombras.

Seis árboles. Lucasinho camina con paso ágil y habla con seguridad. Luna tiene que trotar para seguir a su altura.

—¡Me acuerdo! Otra vez. Hay una habitación, toda cubierta de telas muy bonitas, con ventanas pequeñas, y la luz entra por esas ventanas pequeñas y deja blancas las telas. Había una vieja, y sonreía y me cogió las dos manos, y

*mãe* dijo: «Esta es tu bisabuela, Lucas».

—Esa vieja era Sun *nui shi* —dice Luna—. ¿Cuándo fue? No recuerdo que te presentaran a Sun *nui shi*.

—No lo sé. Creo que justo antes de que me fuera a vivir ahí. ¡El séptimo árbol! ¿Podemos dar de comer ahora a los peces?

—Luca —dice Luna—, tú nunca has vivido en el Palacio de la Luz Eterna.

—Eso es inadmisibile —dice Lucas Corta.

—Con esto causé sensación en Santa Olga —dice Alexia con el vestido de baile que tanto sedujo a los Vorontsov, tan reciente que aún huele a vapor de líquido de impresión.

—Lo que causa sensación en Santa Olga causa repulsión en el Palacio —dice Lucas. Lleva un traje de un gris claro, vagamente iridiscente que, visto de cerca, resulta ser de microimpresión de brocado. Lleva una corbata de seda amarillo claro, a juego con la cinta del sombrero—. Los Sun son muy rígidos.

—Por cierto, ¿de qué va esto? —pregunta Alexia mientras se dirige a quitarse el vestido, desimprimirlo e imprimir el que, desde cualquier punto de vista, era la opción descartada.

—Los Sun organizan fiestas del Eclipse en el Pabellón de la Luz Eterna. Es la única ocasión en que cae la oscuridad, y lo consideran digno de celebrarse. Hay un eclipse por luna, así que siempre hay invitados en el Palacio de la Luz Eterna. Gente de la LMA, delegaciones comerciales, personas influyentes, rostros nuevos de la alta sociedad, académicos, turistas... Aquí va a estar todo el mundo, así que, evidentemente, Taiyang planea anunciar algo.

—¿Todo el mundo? —Alexia logra embutirse en el vestido nuevo.

—Las cabezas de los Cinco..., los Cuatro Dragones —dice Lucas—. Y el Águila de la Luna y su Mano de Hierro.

—¿Tendrá que ver con la puesta en marcha del cinturón solar? —pregunta Alexia. Zapato derecho, zapato izquierdo. Vestirse conlleva algo de magia y ritual.

—Con absoluta seguridad.

Alexia baja los dos escalones desde el vestidor. Los pliegues de crepé, las mangas de farol, la cintura muy apretada.

—Una nave podría aterrizar en estos hombros —anuncia Alexia.

Lucas sonríe.

—Discreto, pero contundente. Los Sun sabrán apreciarlo.

—No había estado nunca en el Palacio de la Luz Eterna —dice Alexia mientras el tranvía discurre por la Línea Polar hacia el sur, pasando por encima de los viaductos y atravesando los túneles de los cráteres de La Caille.

—Te impresionará. Lo construyeron para impresionar. Es muy solemne, muy silencioso, muy austero, y todo el mundo tiene miedo todo el tiempo.

—¿Cómo lo viste? —pregunta Alexia.

—Estuve a punto de dar media vuelta y marcharme.

—Eso no es lo que te he preguntado.

La vista de Lucas se pierde en la desolación negra y plateada.

—Vi un milagro y después un horror. Después vi una cosa que creía conocer y que no conocía en absoluto. Creía que estaban recomponiéndolo recuerdo por recuerdo, pero no son sus recuerdos. Son los de otros, su personalidad de las redes sociales, las partes de su memoria que cedió a las máquinas. ¿Eso es todo lo que somos? ¿Lo que recuerdan los demás de nosotros? Sigue siendo guapo, Lê.

—Me enseñaste una foto suya aquella vez que volví al Copa Palace.

—Y te ofrecí la Luna. Sigue pareciendo él, Lê, pero no es él. ¿Volverá a ser él, o siempre me plantearé si no han construido algo que no es mi Lucas Corta Junior?

—Cuando vuelva a la Tierra no seré la misma, Lucas. Todas las partes del yo que casi pierde la vida en aquella suite del Copa se quedarán aquí, en la Luna, y volveré con la Luna dentro. En todos los pelos, huesos y células.

—¿Piensas volver?

—En caso de que vuelva, quiero decir. En ese caso. Lucas. Una pregunta más: ¿quién es Jorge Nardes?



Otra vez esa sonrisa desconfiada. Alexia ve al niño de quince años, de diez años, de cinco años, que sabe que siempre tiene que ser listo, rápido, reservado.

—¿Me espías?

—Te cuido. Te quedaste con él después de la fiesta.

—Jorge Nardes es mi canción, mi cordura, mi alma. Le cuento cosas que nunca te contaría a ti, Mano de Hierro. Habría pasado el resto de mi vida con él, pero fue listo y no quiso.

La guitarra de bossa llena la cabina, con una letra susurrada, invocadora.

—«Samba de Uma Nota Só» —dice Lucas—. El grupo de Jorge. —Prepara unos martinis, despiadadamente secos y fríos. Alexia no consigue aficionarse a la ginebra ni a la bossa nova, pero bebe mientras la zona de cráteres del sur pasa a su lado a toda velocidad y entiende algo de la inmensa y terrible soledad de Lucas Corta.

En Reina del Sur cambian al tranvía de Shackleton. Alexia observa otros tranvías en los andenes privados: el rojo y blanco de VTO, los dibujos monocromos de AKA, el verde y plateado de Mackenzie Metals. El tranvía los lleva a Lucas y a ella bajo la gran burbuja de lava de Reina, bajo la cuenca de Aitken, y después sale a una vía excavada en la pared interior del cráter. Los faros intentan alumbrar una profunda oscuridad que de repente se convierte en una luz cegadora. Blanco y negro. Hielo y fuego. El sol nunca ha alcanzado las profundidades de Shackleton, donde hay depositado hielo primordial desde el nacimiento del Sistema Solar; un hielo que alimentó los primeros pasos de los Sun y los Mackenzie en este mundo. La historia de la Luna solo alcanza ochenta años, pero es apasionada, sangrienta y grandiosa.

Las lentillas de Alexia se polarizan cuando entorna los ojos para intentar divisar el Palacio de la Luz Eterna iluminado por el sol. Tardó cierto tiempo en entender el concepto. La Luna carece prácticamente de inclinación axial, por lo que no tiene estaciones y los polos no atraviesan días y noches de varios meses. Una montaña suficientemente alta situada en el polo quedaría iluminada permanentemente por el sol. Agua y energía solar constante: con ganas y agudeza, los humanos podrían construir un mundo con ellas. Al monte Malapert le faltan unos centenares de metros para estar bañado por la luz eterna, pero si se construye encima una torre... Y Alexia la ve y se desploman

sus resistencias mentales. Está maravillada. Una lanza de luz cegadora se alza sobre el fondo negro, rematada con un diamante resplandeciente. Una pica que desafía al universo. La tierra y el sol, invisibles, quedan tras el borde más alejado del cráter. Alexia intenta imaginar la punta de la lanza consumida por una oscuridad que después se extiende por el asta.

El tranvía entra en otro túnel y poco después se detiene en una cámara acristalada. Se acoplan las escotillas; los escoltas del Águila lo escoltan.

—Ha venido tu mujer —susurra Alexia. Se ajusta la falda del vestido, las hombreras. Es una ropa estúpidamente complicada.

Amanda Sun saluda a Lucas con unos besos de precisión. Tiene un aspecto fiero con el traje New Look entallado.

—¿No crees que Lucasinho tenía buen aspecto? —comenta Amanda Sun mientras cruza con Lucas el sobrecogedor espacio de la Gran Sala de Taiyang. Los tacones de Alexia suenan como disparos contra la roca pulida; tiene la impresión de que va dejando un rastro de chispas.

—Yo lo vi muy desmejorado —dice Lucas—. Socavado. Lo esperable. Claro que yo lo conozco mejor que tú.

Los haces de luz atraviesan el suelo de la Gran Sala, tan luminosos que parecen sisear.

—*Senhor* Corta —saluda Sun Zhiyuan—. *Senhora* Corta. Les doy mi más cordial bienvenida.

Alexia recuerda la última vez que vio a los Sun. Habían acudido para hundir la cabeza en la nueva Águila y graznar qué favores y exenciones esperaban. Intentó impedir el paso a Sun *nui shi*, la Matriarca de Shackleton, porque no la tenía en la lista. Un error. Le faltaba experiencia. Los Sun no habrán olvidado ni perdonado. Ahí está la vieja *bruxa*. Siempre ha llevado ese estilo de la década de 1940, y el mundo ha acabado por alinearse con ella. El figurín que tiene al lado, con su traje elegante, debe de ser Darius Sun-Mackenzie. Alexia pone a prueba su memoria con el resto de la Gran Sala. Lousika Asamoah con su cohorte de animales y ejecutivos de AKA; lleva el mismo *kente* que tanto le gustó al verlo bajo el Gran Árbol de Twe. Robert Mackenzie es una estrella negra entre sus coloridos acompañantes. Una pandilla de llamativos Vorontsov saludan a Alexia como si fuera una hermana perdida.

—No está Bryce —susurra Alexia a Lucas, al otro lado de la estancia.

—Tienen que haberlo invitado —dice Lucas—. El Palacio de la Luz Eterna es muy puntilloso.

Sun Zhiyuan levanta la mano y todos guardan silencio.

—Vamos a ir llevándolos por grupos, porque en la linterna el espacio es reducido —anuncia—. Pero pueden estar tranquilos; todos podrán disfrutar de las vistas completas.

—¿Para eso consigo meterme en este vestido? —dice Alexia. Después de la ronda de saludos está de nuevo junto a Lucas.

—No hemos venido por eso —dice Lucas.

—Aunque todos ustedes tienen mucho que hacer, sería un honor que nos acompañaran a la fiesta que se celebrará después —continúa Zhiyuan.

—Por eso hemos venido —dice Lucas, y Yevgueni Vorontsov se abre camino a empujones entre los invitados para acorralar a Lucas y preguntarle cuándo va a someter a votación «ese asunto» en la LMC—. Intento decidir si sería mejor antes o después de que anuncies tu proyecto espacial con Duncan Mackenzie —le responde, pero antes de que Yevgueni se ponga a hacer aspavientos, una serie de empleados de Taiyang, immaculados y andróginos, pastorean a los grupos que les tocan hacia las lanzaderas que se dirigen al monte Malapert.

Alexia puede ver con claridad el Palacio de la Luz Eterna antes de que el tranvía entre en el túnel que conduce al ascensor. Es mucho más grande de lo que pensaba, un entramado de postes y vigas de construcción que parece una torre Eiffel gigante, aferrado a la cima del Malapert, medio a oscuras, medio bañado por la luz. La lanza de Dios.

El tranvía llega al vestíbulo del ascensor. Los jóvenes Sun guían a sus invitados con sonrisas y toques leves.

—¿*Omahene* Asamoah? —dice uno de ellos, y escolta a Lousika Asamoah al ascensor que espera.

—¿Va a subir con sus animales? —susurra Alexia.

Lousika Asamoah levanta un dedo. El mapache se echa a dormir; el loro esconde la cabeza bajo el ala; la araña se convierte en un ovillo de alambres y

veneno, y el enjambre se disipa.

—En el próximo ascensor, ¿nuestros amigos los Mackenzie, por favor?

Duncan Mackenzie encabeza a los jóvenes y coloridos *blades* a la escotilla del segundo ascensor, que acaba de llegar.

—Todos los Sun vienen aquí de niños a sentir el poder del sol y entender la fuente de su poder —le dice Lucas a Alexia.

—¿Casa Corta? —dice un sonriente miembro del personal sin género reconocible. Se sellan las puertas del ascensor.

—Qué emoción —comenta Alexia mientras suben. A través de la telaraña de vigas contempla el cráter Shackleton, que va cobrando forma: sus luces y oscuridades, su contorno inundado de luz. Desde aún más arriba puede ver la cubierta de Reina del Sur, las torres de comunicaciones, las estaciones del BALTRAN, las centrales eléctricas, los muelles y las alargadas esclusas de superficie. Ya empieza a distinguir el paisaje de cráteres interconectados de la cuenca Aitken.

Una explosión colosal sacude el ascensor como un puñetazo. Alexia tropieza con el empleado de Taiyang; después está en caída libre. Se apagan las luces. El ascensor está cayendo. Se activan los frenos de emergencia, y Alexia se golpea contra el techo y después contra el suelo. Lucas está encima de ella, y el joven de Taiyang es una maraña de extremidades, en la esquina. Se oye el chirrido de los frenos, metal contra metal directamente. Impactos ruidosos como disparos. Crujidos. Una serie de golpes contra el techo. El ascensor se sacude. Alexia se apoya en un codo; los cristales del ascensor están llenos de grietas. No sabe cómo siguen en el sitio. Al otro lado del vidrio resquebrajado ve una nube de chispas que salen de la falda del Malapert.

«¿Qué?»

No funciona la red. El ascensor baja lentamente hacia su punto de anclaje. Muy lentamente. Con una lentitud exasperante. Si esa jaula de vidrio acaba por ceder, se unirá a las cosas luminosas que caen hacia Shackleton.

—La parte superior de la torre —dice Lucas. Su piel, normalmente aceitunada, se ha vuelto gris. Busca el bastón, cualquier cosa que pueda infundirle algo de seguridad. No hay seguridad, nada a lo que aferrarse.

—¿Quiénes estaban ahí arriba? —pregunta Alexia.

—Duncan Mackenzie y Lousika Asamoah —dice el empleado que los acompañaba.

Alexia suelta una maldición en portugués. El ascensor se ancla entre temblores. Se pasan una eternidad esperando a que la escotilla encaje y se abra. Cuando los tres consiguen llegar al pasillo, el ascensor, como un trofeo de cristal, se deshace en un millón de migas brillantes. Acuden médicos y bots a proporcionar atención y oxígeno. Alexia intenta rechazar con un gesto la máscara y las inyecciones antishock, pero las máquinas insisten. Ve de soslayo los ojos de Lucas, encima de una máscara de oxígeno. «Mira.» Lousika Asamoah está en un traje rígido médico abierto; le sale vapor de la máscara y tiene los ojos abiertos desmesuradamente por la impresión. Sus animales, inquietos, bullen detrás de ella. Ha conseguido bajar.

Llega la seguridad de los Dragones; sale a borbotones de los vagones del tranvía para mezclarse con los *wushis* de los Sun. Nelson Medeiros y sus escoltas rodean a Lucas, y vuelven a examinarlo en busca de problemas médicos. En el vestíbulo de los ascensores, todos hablan a gritos; los interrumpe el ruido de los familiares. La red ha vuelto, y ordena a todo el mundo que guarde silencio. Sun Zhiyuan tiene las manos levantadas.

—Por favor. Présteme atención. Se ha producido una transgresión sustancial de la integridad. La linterna... La linterna ha resultado destruida. No conocemos los detalles, pero podemos confirmar que han desaparecido personas.

Vuelven las voces; de nuevo, Sun Zhiyuan levanta las manos. Nadie quiere oír ese ruido en el implante.

—VTO ha enviado una nave lunar desde Reina del Sur, y nuestros róvers se dirigen al lugar de la catástrofe. El terreno... El terreno es escabroso. —Se le quiebra la voz, y salta a la vista que está sudando. Alexia nunca había visto a un Sun alterado—. Los transportaremos, junto con sus acompañantes, al Palacio de la Luz Eterna. Si necesitan atención médica, no duden en indicárselo a nuestro personal. Les proporcionaremos más información cuando la tengamos. De momento, la estructura de esta zona es insegura, de modo que les ruego que sigan las instrucciones de nuestros ayudantes y regresen al Palacio.

—Ya tienen esa información —dice Lucas por el canal privado—. Solo están intentando decidir qué hacer con ella.

—¿Una bomba? —pregunta Alexia cuando las escotillas del tranvía se han cerrado herméticamente y solo pueden oírla Lucas y sus escoltas.

—No creo —dice Lucas. Nelson Medeiros asiente.

—Un impacto —dice Nelson Medeiros—. No una bomba. Un disparo.

—¿Quién tiene un arma así? —pregunta Alexia.

—Los primeros que me vienen a la mente son esos que tienen una pistola espacial enorme.

—¿Los Vorontsov? —dice Alexia con incredulidad.

El tranvía sale del túnel y Alexia vuelve a mirar hacia arriba. El Pabellón de la Luz Eterna está hecho añicos; le falta el tercio superior y la estructura que lo sujeta es un hatajo de vigas combadas y torcidas, iluminado por la intensa luz.

—¿Por qué iban a intentar matarte? —continúa Alexia cuando el tranvía entra en el túnel siguiente—. Te necesitan para el acuerdo del puerto lunar.

Lucas y Nelson Medeiros cruzan una mirada.

—No iban a por Lucas —dice Nelson Medeiros.

—¿A por quién, entonces? ¿A por Duncan Mackenzie?

Un asentimiento.

—Pero ¿quién...? Coño.

—Coño, desde luego —dice Lucas, y el tranvía se detiene en el andén.

La Gran Sala está llena de cuerpos, voces y actividad frenética. Una docena de escuadrones de seguridad, empleados de los Sun, reporteros y columnistas que aspiran a agujerear la infranqueable piel de las comunicaciones corporativas de Taiyang, abogados hambrientos que vocean lo lucrativos que podrían ser los litigios, Dragones y ejecutivos. La red gime bajo el fuerte y lento tráfico. Un pitido en el canal común hace que todo el mundo se lleve la mano a la oreja. Sun Zhiyuan va a hablar. La gente lo rodea.

—Estimados huéspedes, tengo más información. Podemos confirmar que la

linterna del Pabellón de la Luz Eterna ha resultado destruida en un ataque. Aún estamos examinando las pruebas, pero sabemos que a las dieciséis quince, el Pabellón ha sufrido el impacto de un objeto de trayectoria balística. Hay al menos siete bajas, Duncan Mackenzie entre ellas. Nuestro personal de búsqueda y rescate ha encontrado varios cadáveres entre los restos. No esperamos que haya ningún superviviente. Nuestras más sentidas condolencias a Mackenzie Metals por la pérdida de su consejero delegado y su delegación de jóvenes y prometedores talentos. Van a venir tranvías que los llevarán de vuelta a Reina del Sur. El Palacio de la Luz Eterna se ha declarado zona de catástrofe, por lo que les ruego que lo abandonen cuanto antes. Esto ha sido trágico para Mackenzie Metals y para nosotros. Muchas gracias.

Y ahí está Amanda Sun, apoyando una mano en la espalda de Lucas.

—Tenía miedo, Lucas. —Lo guía hacia las esclusas. *Wushis* de traje elegante esperan a una distancia prudencial—. No sabes el alivio que he sentido al saber que estabas a salvo. Oh, qué aspecto tienes. Me gustaría ofrecerte un sitio para que te limpies el polvo. Y Alexia, ese vestido tan bonito... —La odiosa falda está rota allí donde a Alexia se le han enganchado los tacones; el ridículo cinturón anchísimo está rasgado; han reventado las costuras y el tejido color marfil está impregnado del polvo negro que consigue abrirse paso desde el vacío a toda la Luna humana. Y tiene el pelo revuelto.

—En el tranvía hay lavabos —dice Lucas.

Alexia intenta pasar desapercibida. Ha visto a Sun *nui shi* y a su protegido caminar apresuradamente en dirección contraria, guiados por un escuadrón trajeado. Son rápidos y decididos; no se detienen ante ningún obstáculo. Tampoco el personal de Taiyang, que se dirige cortés pero firmemente a la escotilla del tranvía. La seguridad de los Sun abre espacio para que Nelson Medeiros acompañe al tranvía al Águila y a su Mano de Hierro.

—Vuelve a recordármelo —dice Lucas mientras surcan el cráter Shackleton. El cielo negro está lleno de luces móviles: naves lunares que alunizan. Lucas las cuenta. Todas las naves de los Vorontsov han acudido al Palacio de la Luz Eterna—. ¿Quién no estaba en la fiesta?

## 16

Cada día aparece una nueva asa en la habitación de Marina. Empezaron en el baño de su habitación, junto al váter, en la ducha, y se extendieron a la pared contigua a su cama, después al armario, después alrededor de interruptores y enchufes, y después se propagaron por la pared como una línea de hongos hasta llegar a la puerta.

—¡Deshaceos de todo eso! —dice furiosa, y, por la forma en que se encogen Ocean y Kessie, sabe que son las responsables—. ¡No soy un puto mono en el zoo! Intento acostumbrarme a las muletas, eso es todo.

No está furiosa por la atención mal encaminada, sino porque las asas le recuerdan demasiado el minúsculo piso del Bairro Alto, tres habitaciones excavadas en la roca viva cubiertas de sellador barato. Le recuerdan el funicular de cuerdas y agarraderas de Ariel, que ocupaba todo el techo; a Ariel, levantándose a pulso y oscilando de una habitación a otra. Ariel, vestida y maquillada para los clientes allí donde llegaban las cámaras, con unos deshonrosos leggings prestados o un pantalón de chándal allá donde no llegaban. Las dos atrapadas en su elevado exilio, discutiendo, echando pestes y necesitándose como el agua y el aire. Dieciocho lunas malviviendo de lo que conseguían rascar; habría que ser optimista hasta la necedad o nostálgico hasta la saciedad para considerar felices aquellos tiempos. Pero los colores eran intensos, igual que los sabores; los olores eran más aromáticos que nada de esta casa. Humedad, frío, superficies lisas, oscuridad. Todo amortiguado y acallado.

En una noche, como si fuera una prueba de un cuento de hadas, las asas han desaparecido.

Las muletas son un incordio. Marina no confía en su peso, en su fuerza, en su equilibrio. Tiene las piernas demasiado débiles, y el torso, demasiado fuerte. Está demasiado adaptada a la Luna. Recorre el pasillo, la habitación, el porche; un circuito de sudores y maldiciones.

Al tercer día se embadurna de protector solar, se encaja un sombrero y unas gafas de sol y emprende la aventura de cruzar el jardín hasta el columpio. Llega al escalón superior del porche, intenta bajar con precaución, ayudada de las muletas, y se precipita escaleras abajo.



La doctora Nakamura la examina en la tumbona del porche mientras Kessie prepara un café.

—No te has hecho nada —le dice—. Usa un andador.

—Eso es para viejos —protesta Marina—. No soy vieja.

—En lo que respecta a los huesos, tienes noventa años.

—Y en lo que respecta al corazón y a la vida sexual, diecinueve.

Ocean suelta una risita y huye, cohibida.

—Siéntate, ¿quieres? —dice la doctora Nakamura cuando llega Kessie con el café.

—Pones cara de «el médico quiere hablar contigo seriamente» —dice Kessie, pero cierra las dos puertas del porche y toma asiento.

—¿Weavyr te ha dicho algo? —pregunta la doctora Nakamura.

Kessie sirve el café. Para Marina, cada taza sigue siendo una inyección de dicha electrizante. Inhala el aroma. Si supiera como huele...

—¿De qué? —pregunta Kessie.

—Del colegio. —Romy, la hija de la doctora Nakamura, va a clase con Weavyr.

—No. Nada.

—Dice Romy que muchos niños se meten con Weavyr, que la insultan, se burlan de ella y la rechazan.

Marina rodea la mano de Kessie con las suyas.

—Es por ti, Marina —dice la doctora Nakamura—. Le dicen que su tía es una bruja, una espía. Una terrorista de la Luna. Va a volar un centro comercial, envenenar el agua, enviar un meteorito que destruya el colegio... A Romy le dicen que no debería ser amiga de Weavyr porque te lo chiva todo.

—Hace tiempo que Weavyr no trae a Romy —dice Kessie—. Y no me cuenta nada de lo que pasa en el colegio, ni siquiera los cotilleos.

—Niñas crueles —dice Marina.

—No acaba ahí la cosa —dice la doctora Nakamura—. Unos de mis

clientes más antiguos, los Furstenberg, me preguntaron si seguía atendiendo a los Calzaghe. Les dije que por supuesto, que la señora Calzaghe es una paciente muy importante, y dijeron: «No, esa no, la otra, la que fue a la Luna».

—¿A ellos qué más les da?

—Fuera por lo que fuera, se han cambiado a Oceanside. Tres generaciones.

—Tengo algo que decir de eso.

Nadie se ha fijado en que volvía Ocean. Ha abierto la puerta en silencio y está apoyada en el marco, medio dentro, medio fuera.

—¿Mis redes sociales? —continúa Ocean—. Una avalancha de odio las dos últimas semanas. Gente a la que ni siquiera conozco, gente de la ciudad. Parece que a todos les importa que mi tía haya vuelto de la Luna y que todos tienen algo que decir.

—¿Qué te dicen, Ocean? —pregunta Marina.

—Los más suaves, que deberías estar en la cárcel. De ahí a terrorista, pasando por espía... Los bloqueo en cuando salen, pero estoy pensando en cancelar las cuentas.

—Lo siento —dice Marina. «En Sídney cuelgan efigies de Duncan Mackenzie del puente de la bahía y les prenden fuego», había dicho Skyler. Se siente minúscula y espantosamente sola, una mujer desamparada en un planeta hostil. Hay ojos en los bosques, en las montañas, en las ondas aéreas y en la red.

Ocean se despierta. Está despejada, alerta, con todos los sentidos aguzados, y no sabe qué la ha despertado. Recuerda el paso de una luz por la pared del dormitorio.

—Hora —dice, y la red doméstica la informa de que son las dos treinta y ocho. Oye unos neumáticos en la tierra, el gemido del motor. Corre a la ventana. Unos faros giran y se pierden entre los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —susurra a la casa.

—No tengo la matrícula —contesta la casa—. El coche estaba equipado con un dispositivo de infrarrojos para cegar las cámaras.

El crujido de la puerta del dormitorio de su madre, una línea de luz bajo la suya. Se pone la sudadera más grande que encuentra y sale al pasillo.

—¿Lo has oído?

—Vete a tu habitación, Ocean.

Ocean sigue a su madre a través de la casa oscura hasta la puerta.

—Vete a tu habitación, Ocean.

Esperan tras el parapeto de la puerta principal, haciendo acopio de valor.

Kessie enciende las luces del porche y abre la luz. Huele la pintura del otro lado del jardín.

—No bajes, Ocean.

Ocean sigue a su madre hasta la pintada: una media luna blanca atravesada por una línea roja, a un lado de la cabaña, tan fresca que aún gotea.

Marina ha llegado al porche y está apoyada en las muletas.

Una media luna tachada.

Abajo la Luna.

—Por lo menos llévate a los perros —dice Kessie.

—No te preocupes —dice Marina.

—No sé por qué no te conformas con dar dos vueltas al jardín —masculla Kessie.

—Ahí fuera hay un planeta entero por el que puedo andar —dice Marina —. No tienes ni idea de lo liberador que es. Voy a pasear por el camino.

—Llévate a los perros.

El anciano Canaan mueve las cejas y se pone en pie; Tenjo, el perro nuevo, que aún tiene que consolidar su relación con Canaan, se acerca a ver qué pasa. Un paseo. Euforia.

El fin de semana, Ocean y Weavyr pintaron de blanco toda la cabaña, pero aún se distingue el contorno de la luna tachada, blanco sobre blanco. Por muchos fines de semana que dediquen a pintar la cabaña, la afrenta siempre estará ahí.

Los perros siguen a Marina escaleras abajo, hasta el jardín. Ya ha pillado el truco. Ya se ha hecho con el peso y las medidas de la gravedad. La ruta que tiene planeada la llevará por el camino, a través de la puerta, por al lado del cercado del ganado, por la parte del camino que transcurre junto a la linde del bosque y luego a la izquierda, a lo largo del curso sur del río; media vuelta y de regreso a casa. Dos kilómetros y medio; para ella, un maratón. Puede que en el bosque quede algún alce; es una recompensa y una motivación. Está deseando encontrarse entre animales salvajes, sin nada que la separe de ellos, indómitos y agrestes.

Con un pantalón de yoga, una camiseta corta y todas las pulseras de aro que le ha conseguido que le prestara Ocean, Marina se lanza a su aventura.

—Uh, oh —dice Ocean—. Protector solar. —Le unta la tripa y la espalda con factor cincuenta—. Tienes muy buen tono muscular, Mai. ¿Cómo lo haces?

—Por la Carrera Larga —responde Marina—. ¿Desde cuándo me llamas Mai?

—Desde que mamá te llamó así. ¿Quieres que te acompañe?

—No —dice Marina, y se pone en marcha.

Las muletas dejan dos líneas de agujeros en la tierra. Canaan y Tenjo trotan tras ella. No es la Carrera Larga, nunca podrá serlo, pero puede ser un rito de otro tipo, una comunión con su cuerpo y espacio.

En todo lo que resulta diez veces más difícil con la gravedad terrestre, las muletas multiplican esa dificultad por dos. La pendiente curvada del puente de hormigón es el descenso de una ladera de montaña. Los baches son cráteres del tamaño de Aristarco. La grava y las piedras del camino rural convierten cada paso en un tormento, y se le ha olvidado coger agua.

—Tenjo, Tenjo, Tenjo, eres un perro muy listo, tráele agua a Marina —resopla mientras avanza. «Dioses, qué lejos está la puerta».

«Dioses.» Ariel lo decía mucho.

Cincuenta pasos y un descanso. Otros cincuenta y otro descanso. Por partes. Le duelen los pies. Le duelen muchísimo los pies. ¿Hasta dónde ha llegado? En la Luna podría consultar a su familiar. Aquí tiene un icono en las gafas de sol; parpadea, parpadea, parpadea, parpadea y parpadea hasta abrir la app de forma física. Medio kilómetro.

«Dioses.»

Los perros levantan la cabeza; al momento, Marina oye el motor que los ha alertado. Un coche que se acerca entre los árboles. Ve la nube de polvo antes de que gire noventa grados y salga a campo abierto. Retrocede. El coche va muy deprisa. ¿La han visto? Podría agitar una muleta. No; se caería. No deceleran. Tienen que verla. El coche va hacia ella. Hacia ella. Marina se tira a la cuneta. Cuando el coche pasa a su lado, lanzándole una lluvia de piedras y gravilla, oye voces de hombre:

—¡Vuélvete a la Luna, zorra!

Sin aliento, Marina intenta ponerse en pie. No puede. Le duelen todas las articulaciones. No tiene fuerzas. Se pone a cuatro patas en la cuneta, jadeando, aguzando el oído en busca del sonido del motor por encima de su respiración. ¿Seguirá su camino o habrá girado para volver hacia ella?

«Escucha. Oh, escucha.»

El rechinar de los neumáticos contra la grava, el chirrido de los frenos y el sonido de unas ruedas que se detienen.

Marina no puede subir la vista.

—¿Marina?

Weavyr, en bicicleta, está inclinada sobre ella.

—¡Busca ayuda! —grita Marina—. ¡Necesito ayuda!

—Hola, mamá. —Marina entra en la oscura habitación con la silla de ruedas. Hay un par de lamparitas de posición. No se había fijado en que el techo está lleno de estrellas adhesivas fosforescentes—. ¿Estás despierta?

Un gruñido desde la cama.

—No. —Una antigua broma familiar, puede que la más antigua. Marina oye levantarse la cabecera de la cama; las luces adquieren un suave resplandor—. ¿Qué te ha pasado?

—Una furgoneta en modo manual es lo que me ha pasado. —Se coloca junto a la cama de su madre. La tecnología médica ronronea y parpadea; las bombas zumban. De noche son más fuertes los perfumes de los aceites esenciales, las hierbas, los inciensos—. Estoy bien. La doctora Nakamura dice

que debo de ser de madera de teca o algo así. —Descarga las palmas de las manos contra los brazos de la silla—. En un día o dos ya podré levantarme.

—Ya me he enterado —dice su madre. Pone encima de la colcha una mano de alambre. Marina la coge.

—Son nuestros putos vecinos —dice Marina.

Su madre gruñe y chasquea la lengua.

—Esa boca.

—Lo siento. Querían echarme de la carretera. Me echaron de la carretera. Con muletas.

—La cabaña está muy bonita pintada de blanco.

—Mamá, tengo que decirte una cosa. —Aprieta la mano seca y caliente—. Esto no va a mejorar. No sé si sigues las noticias, pero ahí arriba, en la Luna, la situación se ha puesto un poco peliaguda. Los Sun han activado su cinturón de energía solar... Lo que quiero decir es que cuando ahí arriba se agitan las cosas, aquí abajo se rompen. Creo que soy un peligro para cualquiera que esté en esta casa.

La boca de su madre se abre en un silencioso «Oh» de sorpresa.

—Y tengo... asuntos pendientes ahí arriba. No me vine con todo resuelto. Rompí un corazón. Hice lo que no debía. Tengo que arreglarlo.

—Pero si vuelves...

—No podré volver aquí nunca. Pero así están las cosas, mamá. Te quiero mucho, y a Kessie, y Ocean y Weavyr son regalos de Dios, pero esta no es mi casa. Aquí no hay sitio para mí.

»Mamá, tengo que volver a la Luna.

Es la corbata. El traje nunca ha planteado el menor problema: dos tonos más oscuro que el que lleva siempre el viejo, y con dos cortes, que le parecen más elegantes. Suficientemente parecido para resultar respetable, pero no tanto como para que sea un calco. La camisa es sencilla: blanco puro, atenuado por el hilado diagonal. La corbata. Aquí es donde duda Darius. Le gusta la amarillo prímula, pero le falta empaque. Pero las otras son aburridas, demasiado estampadas o tan ajenas a su estilo que le dolería ponérselas. Tiene que ser amarilla, pero ¿cómo le confiere autoridad? Con el alfiler de corbata. Adelaide, su familiar, le presenta una serie de variaciones sobre temas australianos. El canguro volador: no. Los animales le ponen los pelos de punta. También el dogo rojo, aunque por motivos distintos: era el emblema de Robert Mackenzie. Darius quiere heredar, no usurpar. Un alfiler tipo botón con cinco diamantes, como una constelación. Eso no lo reconoce.

—*La Cruz del Sur* —responde Adelaide. La constelación Crux, solo visible desde el hemisferio sur, tanto en la Tierra como en la Luna.

—Enséñamela —dice Darius.

Su vista asciende desde el Palacio de la Luz Eterna, alejándose de las balizas luminosas y los faros de los equipos de superficie, cuya misión ha pasado del rescate a la investigación; sobrepasa los restos del Pabellón de la Luz Eterna y se sumerge en las estrellas. Darius busca la cruz: ahí está. Cuatro estrellas resplandecen sobre el fulgor de la galaxia, acompañadas de una más tenue.

—No es muy impresionante.

—*Ocupa un lugar de honor en la bandera de Australia.*

—Imprímelo —dice Darius—. ¿Diamantes reales?

—*No puedo conseguirlos a tiempo.*

Darius se anuda la corbata amarillo prímula y se endereza. Se examina los dientes, el maquillaje de los ojos. Se pasa un peine por el pelo. En último lugar, se coloca la Cruz del Sur en la corbata, tres centímetros por debajo del nudo Windsor doble.

—Muy bien, Adelaide; diles que estoy listo.

Esta es la séptima campana.

La lección de la Escuela de las Siete Campanas es que las lecciones no versan únicamente sobre el cuchillo.

Hay que ser consciente de la respiración, y en el momento en que se cobra conciencia, hay que dejar de pensar en ella. El exceso de apego es una trampa. Hay que encontrar el propio peso, la propia masa, y entender la diferencia entre uno y otra. Hay que recordar que, cuando nacemos, los sentidos no están diferenciados, y que la vida es un viaje que nos aleja de esa unidad de sensaciones y nos acerca a la pluralidad. El exceso de concentración es un error.

Adelaide le muestra las cámaras. Cuando el punto que ve en la esquina inferior derecha se ponga rojo, estará en directo. Ahí está Mariano Gabriel Demaria, pero es Sun *nui shi* quien capta su mirada. No va a temblar, no va a vacilar.

—Duncan Mackenzie ha muerto —le dijo Sun *nui shi* mientras lo apartaba del barullo de la Gran Sala. Al principio le costó entenderla—. Escucha lo que te digo, jovencito. Duncan Mackenzie ha muerto. Mackenzie Metals está descabezado. Ahora, Bryce intentará hacerse con el control; por eso lo ha hecho.

—¿Bryce ha destruido el Pabellón de la Luz Eterna?

Estaban en un taxi que discurría por túneles cortados al tráfico por el mando ejecutivo.

—Supimos que había sido una cápsula del BALTRAN antes de que los cascotes llegaran al suelo. Bryce quería que pareciera que habían sido los Vorontsov, pero no es tan listo como cree. Ya usó ese truco con los Corta.

—El método que te ha hecho ganar esta pelea te matará en la próxima —dijo Darius.

—Tenemos que actuar con rapidez. Tienes un destino que cumplir.

Sun *nui shi* inclina la cabeza hacia Darius.

Empieza la cuenta atrás.



El punto se vuelve rojo. La Luna está mirando.

—Soy Darius Mackenzie, el último hijo de Robert Mackenzie y su legítimo heredero. Reivindico el título de consejero delegado de Mackenzie Metals.

Sun *nui shi* sonrío.

El tranvía de Mackenzie Helium decelera, entra en el andén y se detiene. En el lado de las vías hay un cobertizo de mantenimiento de VTO excavado profundamente en el regolito, unas cuantas placas solares, una torre de comunicaciones y el montón de maquinaria abandonada típico de la Luna. En el oeste, el mar de las Islas se curva hacia el horizonte; al este se alzan las estribaciones del norte de los Apeninos. Nada más.

—Sé que estoy recalcando lo evidente —dice Bryce Mackenzie—, pero esto no es Hadley.

—En Hadley, las cosas cambian muy deprisa —dice Finn Warne. Bryce se agita en el asiento. No puede estar cómodo más de un par de minutos.

—¿A qué se refiere?

—A que no nos recibirán bien.

—No espero que me den la puta bienvenida; espero que me tengan puto respeto.

—Hadley es hostil. No puedo ponerlo en peligro innecesariamente.

—No voy a dar una imagen de cobarde en Hadley —replica Bryce con desprecio—. Tengo allí a veinte tragapolvos leales.

—Duncan desplegó doscientos tragapolvos armados para combatir a los terráneos. No regresaron, por lo que no le devolvieron las escopetas.

Bryce se recuesta en el asiento, refunfuñando, y observa un parpadeo. Se echa hacia delante dolorosamente y da unos golpecitos al ojo de buey del tranvía.

—¿Qué es eso?

—Róvers de los equipos de extracción del cráter Wallace y el mar de los Vapores. Vamos a montarnos en ellos e ir al encuentro de las patrullas de Lluvias y Serenidad. Doscientos veinte tragapolvos. Acabaremos con esto en la superficie, en el campo de espejos.

—¿Un asedio? —pregunta Bryce.

—El asedio de Hadley —responde Finn Warne. Bryce sonríe. Unas columnas de polvo en el horizonte oriental anuncian el advenimiento de Mackenzie Helium.

—Jefe —llama Bailey Dane, sargento de la patrulla de seguridad del tranvía, desde la cabina trasera—. Gupshup News. Tiene que verlo.

Bryce Mackenzie abomina de los canales de charla y cotilleos, pero reaccionan más deprisa que ningún otro medio de comunicación lunar. Los bulos corren como la pólvora. Y ahí está Darius Mackenzie con su tup , su corbata amarillo prímula y su alfiler con la Cruz del Sur en el sitio exacto, reivindicando Mackenzie Metals. Maldito lechuguino.

— Vamos a ese puto r ver! —brama Bryce Mackenzie.

Thadie abre el panel y se le agrandan los ojos.

— Aqu  hay un bar!

—Claro. —Denny Mackenzie se reclina en el sillón y apoya los pies en el escabel—. Prepara algo,  vale?

— Qu  quieres?

Denny se vuelve de nuevo hacia la curva de cristal resistente a la presión, que da a las laderas norte de los Apeninos. Es un tranvía privado, no un transporte Dragón ejecutivo, pero aun así muy cómodo, rápido y bien equipado.

— cido. Suficiente limón para arrugar toda la cara. Un pequeño castigo. Dulce. Sirope de vainilla. Que no llegue a empalagar del todo; la vida no es dulce. Para animarlo, ginebra. Helada, por supuesto. Cuatro dedos. No, que sean tres. Unas virutas de oro. Agitar, servir, consumir.

Thadie abre, imprime, mezcla y sirve cuatro copas: para Denny, para sí, y para Ji-Sung y Agneta, los otros dos que han acompañado a Denny desde el Bairro Alto. «Los demás vendr is después. La Sota de Cuchillos está en deuda con vosotros.  Entendido?» Una deuda de Mackenzie. Por último echa en cada copa un pellizco de virutas de oro, que bajan lentamente por el líquido frío. Denny bebe un trago y vuelve a inclinarse.

—Jodidamente sublime. Cuánto tiempo hacía, cariño. Tengo que ponerte

nombre. Sunshine exprés. No; es ridículo. —Levanta la copa hacia el vacío—. El regreso del héroe.

En la Luna hay cuatro tipos de seísmos: profundos, de impacto, térmicos y superficiales. Estos últimos son los más rápidos y destructivos. En cuestión de segundos tras el anuncio del Palacio de la Luz Eterna, Meridian se estremeció desde los *prospekts* hasta el Bairro Alto con la onda expansiva del asesinato de Duncan Mackenzie. La gente de la zona elevada lo sintió y se arremolinó en escaleras y pasarelas.

«Pero te convirtió en un paria.»

—¡Mi padre ha muerto! —rugió Denny Mackenzie.

«Te dijo que no eras hijo suyo.»

—Lo obedecí. Al estilo de los Mackenzie. Fui leal.

«Te desheredó.»

Levantó la mano mutilada en obediencia a la ley de los Mackenzie.

—La sangre dice lo contrario.

«¿Qué dice, Sota de Cuchillos?»

—Que tengo que reclamar lo que es mío.

«No tienes aliados, ayuda ni bitsies.»

—Llegaré aunque tenga que ir andando —gritó Denny Mackenzie—. ¿Aliados? ¿Quiénes estáis conmigo? —Thadie, Ji-Sung y Agneta se dejaron caer de los sitios a los que se habían encaramado para situarse junto a Denny Mackenzie. El Bairro Alto los vitoreó mientras bajaban por la escalera, pero una voz dijo: «¿Quién va a defendernos ahora?».

En el nivel 85, el familiar de Denny volvió a la vida. Aire, agua, datos. Dinero. Y un mensaje: «Estación central de Meridian. De un tragapolvos leal».

—Es una trampa —dijo Agneta.

—Puede que sí, puede que no. Ya vencí en una ocasión a Bryce Mackenzie. Le quité lo mejor que tenía, su primer *blade*. De momento, vamos a coger el ascensor, a no ser que quieras unos músculos más duros que ese puto árbol de Twe.

—Tienes un cuchillo —susurró Ji-Sung en el *prospekt*, mientras los taxis y las bicicletas pasaban ante ellos.

—Tengo dos —dijo Denny Mackenzie.

En la escalera mecánica que conducía a las fauces de la estación central de Meridian recibió otro mensaje: «Un tranvía privado. No vas a presentarte como un mendigo de oxígeno. De un tragapolvos que recuerda».

El recepcionista levantó una mano para llamar a los guardas de seguridad; entonces se abrieron las barreras y Denny, seguido de sus camaradas, atravesó la mullida alfombra y la iluminación ambiental.

—Bienvenido, señor Mackenzie. Su tranvía está en el andén cinco; sale en treinta minutos. Disfrute de nuestras amplias instalaciones.

—¡Duchas, colegas! —gritó Denny.

—Ya tenemos duchas —replicó Thadie.

—Estas son de agua caliente.

—*Diez minutos para la llegada a Hadley, señor Mackenzie* —anuncia el tranvía.

—Venid a ver esto. —Denny insta a sus amigos a acercarse—. Es uno de los espectáculos más impresionantes de la Luna.

El tranvía avanza por las tierras esquiladas del pantano meridional: rimas aplanadas, cráteres desmenuzados hasta convertirse en arrugas en la piel de la Luna, regolito procesado y reprocesado, removido y vuelto a remover hasta haber extraído cualquier átomo valioso.

—Ahí, ¿lo veis? —Señala la cegadora estrella que despunta en el cercano horizonte—. Hadley. Vamos a llegar a los espejos de un momento a otro. ¡Mirad! —Se pone en pie y extiende los brazos como un maestro de ceremonias, y a ambos lados de la vía se encienden estrellas; el tranvía discurre rodeado de luminoso acero fundido a través de un campo de cinco mil espejos, todos siguiendo la luz en lo alto de la pirámide oscura de Hadley—. Los gilipollas de Taiyang se creen que controlan el sol, pero nosotros fuimos los primeros y se nos da mejor que a nadie.

—Den...

—¿Qué pasa, Thad?

—Esas otras luces.

Denny corre hacia ellas. Por encima de los soles fijos de la matriz de espejos caen luces menos intensas, constelaciones de rojo y verde. Chispas de azul. Goterones de blanco refulgente. Un segundo, dos segundos, y vuelven las llamas azules. Fuego de impulsores.

—Naves lunares —susurra Denny—. Están descendiendo.

—¿Cuántas?

—Todas. Están por todo el puto pantano.

—¿VTO? Tu madre es una Vorontsova —dice Ji-Sung, y la punta de un cuchillo se cierne frente a su córnea.

—Mi madre es una Mackenzie. Di su nombre.

—Apollonaire Vorontsova-Mac... —Un chillido de miedo.

—¿Su nombre?

—Apollonaire Mackenzie.

—Gracias. —El cuchillo regresa a su funda—. Y si vuelves a faltar al respeto a mi madre, te arranco la columna vertebral.

—Tienes que ver esto. —Thadie transfiere la noticia del momento de la IA del tranvía al familiar de Denny.

—Darius, hijo de la gran puta —masculla Denny—. Son los Sun.

Se siente antes de oírse, un pulso transmitido por las vías hasta el cuerpo del tranvía: un temblor. Z-z-zum. Z-z-zum. Denny sale a la esclusa y se convierte en un sonido rítmico. Las juntas se hacen estancas y se iguala la presión; se abre la escotilla y lo oído pasa a visto. El andén, las rampas, las escaleras, las pasarelas y los túneles están atestados de tragapolvos de los Mackenzie. Tragapolvos en trácup, en traje de chaqueta con falda o pantalón, en ropa de deporte, a la moda y desaliñados; kilts, botas y cuero cultivado; leggings y sudaderas básicos; pantalones cortos y camisetas sin mangas, el estilo característico de los trabajadores de Mackenzie desde los tiempos de los hábitats con fugas, los róvers traicioneros y los trajes de superficie poco fiables. Todos golpean al compás la piel de piedra de Hadley. Z-z-zum. Z-z-

zum.

Denny sale al andén y la multitud le hace sitio. Los golpes se detienen limpia y bruscamente, y se convierten en un rugido atronador. Denny contempla a la masa humana.

—Qué, ¿me echabais de menos?

Los conductos y los pasillos de piedra de Hadley atrapan su grito y, como el tubo de un enorme instrumento de viento, lo convierten en un trueno rugiente. Manos que le dan palmadas en la espalda o puñetazos de broma, que le revuelven el pelo, que intentan agarrarlo; silbidos y voces que vitorean y lo animan. «Así se hace, chaval, así se hace», «Bien jugado» o simples aullidos incoherentes. Sus camaradas de Meridian, apabullados por las voces, forman piña tras el niño mimado que vuelve a casa. Cada vez aprietan más el paso; se reanudan los golpes rítmicos. Z-z-zum. Z-z-zum. Denny Mackenzie corre, sonriente, entre dos líneas interminables de gente que vitorea y aplaude. Llega al atrio central de Hadley, una pirámide dentro de la gran pirámide. El suelo es una marea de rostros que prevén sus intenciones y se dividen a su paso. La escalera mecánica no le parece suficientemente rápida; sube los escalones de cinco en cinco hasta llegar a la balaustrada del nivel uno.

Hadley enmudece. Desde los niveles inferiores, los rostros se vuelven hacia él. Denny los observa.

—Mi padre ha muerto —dice en voz alta—. Bryce Mackenzie quiere quedarse con Mackenzie Metals. ¿Qué le contestamos?

—¡Que le den por culo! —grita un millar de tragapolvos.

—Darius Sun está llenando el campo de espejos de *wushis* y bots de combate. ¿Qué le contestamos?

—¡Que le den por culo también! —ruge Hadley.

Denny Mackenzie levanta la mano mutilada para pedir silencio.

—¿Cómo se llama este sitio?

La ciudad ruge su nombre. Danny niega con la cabeza y el clamor se duplica.

—Hadley era como un hermano para mí. Primer *blade* de Mackenzie Metals. Debería estar aquí, pero murió en el Tribunal de Clavio. Luchando por

esta familia. Yo fui el primer *blade* después de él, y luché por esta familia. Luché por lo que esta familia representa. Honor y orgullo, colegas. Honor y orgullo. Hice cosas que a algunos les parecieron contrarias a la empresa. A la empresa, puede, pero nunca al apellido. Nunca contra lo que significa ser un Mackenzie. Vosotros también lo sabéis. Me habéis recibido como a un héroe, pero os diré quién soy. Me llamo Denny Mackenzie; soy el hijo menor de Duncan Mackenzie y su único heredero legítimo. Reivindico Mackenzie Metals, reivindico esta ciudad y reivindico vuestra lealtad. ¿Estáis conmigo?

La respuesta ensordece el eterno retumbar de las fundiciones; resuena desde las vigas de acero del atrio.

—¿Estáis conmigo? —repite, y la respuesta de Hadley se eleva más aún—. Pero, colegas, colegas, nuestros enemigos están ahí fuera. Son fuertes, son duros, son más que nosotros y quieren quitarnos todo lo que nos importa. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Darles por culo!

Denny exprime el momento; se pone la mano tras la oreja, incitando a la multitud, articulando: «¿Qué? ¿Qué?».

—¡Darles por culo!

Encaramado a la balaustrada, Denny Mackenzie se empapa en las adulaciones, con los brazos en cruz, pidiendo más. «¡Vamos!» Le llama la atención una figura de blanco que se abre paso por la multitud que llena la galería. Apollonaire, su madre, vestida de luto. Se baja de un salto.

—¡Mamá!

Los brazos abiertos la abrazan fuertemente. Apollonaire sonrío y se inclina hacia el oído de su hijo.

—Bienvenido de nuevo, Dennis —susurra.

—Gracias por mandar el tranvía, mamá —susurra Denny a su vez. Apollonaire se tensa.

—¿Qué? Yo no he... Cuánto me alegro de que hayas vuelto.

—Y al estilo de los Mackenzie, no me digas que no. —Por encima del hombro de su madre ve a otra mujer de blanco que emerge del gentío: Anastasia, la *keji-oko* de Duncan. Ve salir a más mujeres enlutadas: su

hermana Katarina; su sobrina Kimmie-Leigh; Mykayla, Ngoc, Selma y Princesa. Primas en diversos grados.

—Dirígelos bien, Dennis —dice Apollonaire—. Pero antes tengo que explicarte en qué consiste el estilo de los Mackenzie a partir de ahora.

El Águila de la Luna entrega la copa de martini a su Mano de Hierro.

—No debería —dice Alexia. Lucas abre la ventana que da a la terraza ajardinada.

—Y no te gusta la ginebra —dice Lucas mientras sale—. Pero no es ginebra y quiero que lo pruebes.

Alexia lo sigue por las cálidas piedras del sendero, flanqueado por las elegantemente mutiladas bergamotas, hasta el pequeño pabellón abovedado que cuelga sobre el precipicio. Está hecho para dos, íntimo y vertiginoso. Alexia bebe un trago y se ve asaltada por el humo y la sal de la *cachaça*.

—¿Qué te parece?

—Está bien. Para la Luna.

—Lo intento, fracaso, vuelvo a intentarlo y fracaso mejor. A Jorge tampoco le pareció para tirar cohetes. Creía haber mejorado la receta. —La puesta de sol descende sobre el intercambiador; no alarga las sombras, sino que tiñe el mundo de carmesí. En la *quadra* Antares está amaneciendo; el morado vira hacia el azul. En Orión es mediodía. A Alexia le parece precioso y un poco chocante—. Creo que he desarrollado unos hábitos terribles. A la ginebra que estoy tomando la he llamado «por el jardín». Terminadas las reuniones, leídos los informes y asimiladas las conclusiones, cojo una copa y deambulo por el jardín, entre las bergamotas. Los únicos que me ven son mis escoltas y mis espías.

—Y todo el intercambiador.

—Oh, me encuentran muy aburrido —dice Lucas—. En comparación con mi predecesor y su marido.

—Bryce se niega a echarse atrás —dice Alexia. Deja la *cachaça* en la mesita de piedra. Es intragable.

—Darius lo hará pedazos. Con suerte. —Lucas se permite una sonrisa incómoda—. Denny Mackenzie ya es otro cantar.



—¿Cómo conseguiría presentarse en Hadley con medio Bairro Alto y mil tragapolvos armados?

—Le dieron un soplo —dice Lucas—. Y lo financiaron.

—¿Mackenzie Metals? ¿Su madre?

—Ni los unos ni la otra. Fui yo. —Lucas bebe un trago de su ginebra por el jardín. Probó la *cachaça* en una ocasión y no piensa repetir el error. Ginebra pura y limpia de su creación, ahora y siempre—. No te sorprendas tanto. No deberías ser tan expresiva; tienen máquinas que te leen la cara y calculan tus emociones. Le transferí el dinero suficiente para volver a Hadley y le reservé el tranvía. Todo con mucha discreción, sin dejar rastro.

—Denny Mackenzie.

—Sí.

—Al mando de Mackenzie Metals.

—Bueno, eso está por ver. Darius Sun está reuniendo unas fuerzas impresionantes ahí fuera. Puede que gane; los bolsillos de los Sun no tienen fondo. Pero creo que siempre es positivo introducir una tercera fuerza en un simple binomio. Siembra la inestabilidad y el caos. Me gusta el caos. Y los terrestres ya están bastante nerviosos con lo del cinturón solar como para que Taiyang se haga con Mackenzie Metals por la fuerza. No, que Denny fanfarronee y posturee. Que reivindique Hadley. Así sabré dónde está. Con los Mackenzie siempre se sabe qué pretenden. —Mira el cielo del anochecer, que va pasando al añil—. Por desgracia, tengo otro mal hábito. A esta la llamo «de vuelta del jardín». ¿Me acompañas?

Dejan las copas en la mesa. La sutil iluminación ha transformado el Nido de Águilas en una catarata de luz con charcas azules y blancos ondulantes.

—Con una condición —dice Alexia—. Quiero ginebra.

## 18

Por Dios y por la Virgen, sí que van deprisa. Atisbos de destellos entre los pilares de los espejos, empleando la red de paneles como cobertura. Es un sitio espantoso para luchar. Tiene a sus tragapolvos dispersos por el campo de espejos; nombres y etiquetas superpuestos a la visión y a los mapas de infrarrojos. El radar vomita cinco mil contactos falsos. Está peleando a ciegas. El canal común está que arde.

—Qué rápidos son los cabrones.

—¿Dónde estás, Rachel? ¿Dónde estás?

—Retrocedo, retrocedo.

—No veo nada...

Una etiqueta se vuelve blanca.

—¡Atrás! —ordena Finn Warne.

Tiene el visor lleno de etiquetas que se ponen en blanco, y las pantallas tácticas inutilizadas. El enemigo es invisible al radar y enmascara la señal térmica con el calor de los espejos. Finn tiene mineros de helio, ingenieros de procesos, supervisores de campo y trabajadores de mantenimiento contra ágiles y fanáticas máquinas de matar de Taiyang y contra *wushis* bien entrenados. Tragapolvos y buscadores de fortuna. Con ametralladoras instaladas en los róvers. La gente que corre lo adelanta, dando saltos de tres metros y levantando una polvareda. Trácsups, trajes rígidos, una mezcla de equipo de superficie. Trabajadores contra soldados.

—¡Acerquen los róvers! —ordena Finn Warne, lanzando puntos de evacuación a las IA—. Aquí fuera nos están haciendo pedazos.

Un hormiguelo en la coronilla: una advertencia del sistema háptico del traje. Alza la vista y ve un brillo negro que desprende estrellas azules de caída lenta. Motores.

—¡Esas putas cosas intentan cortarnos el paso! —grita Finn por el canal común.

Los bots caen al regolito y los amortiguadores los hacen rebotar. Ahí está su punto débil. Un dron de combate de los Sun aluniza frente a él. Finn Warne

retuerce el asta de su arma y la separa en dos partes unidas por un cable. De un latigazo, la cabeza de hacha sujeta al extremo del cable corta dos patas de la máquina por la articulación. Finn salta, da la vuelta al arma y clava la punta de lanza del otro extremo en el núcleo de sensores. La cosa cae hecha una madeja de extremidades y cuchillos, aunque sigue agitándose y levantando un círculo de polvo lunar centrado en el arma que lo tiene ensartado. Finn Warne abre las espigas de la lanza y arranca la cuchilla de la carcasa del bot, arrastrando un amasijo de capilares y procesadores. El bot queda inmóvil por fin.

—¿Dónde están mis putos róvers?

Quería armas de fuego. Fusiles de Gauss. Hacen falta armas de fuego para conquistar Hadley. Bryce las vetó: tardarían demasiado en equiparse y los espejos se harían añicos en una tormenta de esquirlas de vidrio.

«Que te den por culo, Bryce. Siempre das más valor al material que a la carne.»

Otro hormiguelo en la coronilla; gira en redondo. Un traje rígido de combate del negro mate y plateado de Taiyang, armado con un cuchillo en cada muñeca, carga contra él. Finn retuerce de nuevo la lanza; el cable vuelve a dar un latigazo y el hacha atraviesa la placa de la cara provocando una explosión de esquirlas de cristal y sangre. Aparta de una patada el cuerpo sacudido por espasmos, libera el hacha y vuelve a unir las dos piezas.

No está mal el arma. Se le ocurrió a algún cabrón listo de Huygens: fácil de imprimir, fácil de usar. Una sociedad de la Era de la Información que libra sus batallas con armamento de la Edad del Bronce.

Por fin están cargados los róvers.

—Rachel, Quoc, ¡conmigo! —ordena Finn.

Su retaguardia se dispone junto a él, blandiendo las armas, pero los bots y los *wushis* de Taiyang se han detenido en el borde del campo de espejos. Han ganado. Han hecho morder el polvo a Mackenzie Helium. No les sirve de nada prolongar la matanza.

Entraron ochenta tragapolvos. Han salido cuarenta y seis.

Los bots y los *wushis* se funden en las sombras y el resplandor de los espejos, con excepción de alguien que alza una mano acorazada, la hace girar

y extiende un solo dedo. ¿Darius? Es posible. El traje es pequeño. Finn solo lo conoce de vista, de las infrecuentes visitas formales a Crucible, donde no tuvo más trato con él que el cruce de cortesías de las que era acreedor como hijo de Robert Mackenzie y Jade Sun, pero siempre tuvo la impresión de que era un NEG. Niñato Engreído Gilipollas. Ese gesto sería propio de Darius Sun.

El sistema háptico permite a Finn Warne apreciar la solidez y el peso del arma que empuña.

No está nada mal.

—Rachel, Quoc, adelante.

Los róvers, con los supervivientes a bordo, encienden los motores de tracción.

Finn levanta la lanza; la forma asimétrica no carece de equilibrio. Desvía más alimentación a los servomotores del traje. Arroja el arma con todas sus fuerzas amplificadas contra el peto del traje de los Sun.

«No te esperabas esto, ¿eh, niñato?»

La figura da un paso a un lado y se acuclilla. La mano se mueve más deprisa que nada que haya visto Finn Warne en su vida y atrapa el asta al vuelo. Le da la vuelta y apunta. Finn Warne está seguro de ver una sonrisa tras el visor oscuro.

—¡Bryce!

No hay respuesta.

—¡Bryce!

Finn Warne abre otra pantalla: la cuña irregular de róvers que huyen de la masacre del pantano de la Podredumbre. Ahí está el róver de Bryce, en cabeza.

—Ni se te ocurra —masculla Finn.

El traje de combate calcula las reservas. Tiene batería suficiente para diez minutos a velocidad máxima. Suficiente para alcanzar el róver ejecutivo de Bryce, aunque sea con los últimos milivatios y casi sin oxígeno.

¿Suficiente para dejar atrás una lanza que vuela hacia su espalda?

Se gira y pone el traje en modo de carrera máxima. Grita al sentir el tirón

en las articulaciones; si el traje no tuviera el control, caería al suelo y rodaría. Diez minutos. No puede alcanzarlo. Tiene que alcanzarlo.

Ahí está la nube de polvo de la retirada. Corre entre los róvers destrozados y sus cargamentos derrotados: trajes rígidos congelados en plena aceleración, tragapolvos con trácup que cuelgan de vigas y cinchas, atrapados, tirados por el suelo, lanzados contra todas las rocas y salientes. Huellas de botas entre las de neumáticos. Ahora solo hay unas huellas y una estela de polvo.

Baterías al ocho por ciento.

Alcanza el róver en marcha y bloquea un guantelete alrededor de una escalerilla de inspección. Se estampa contra ella, con un impacto que siente en toda la coraza y el sistema háptico. ¿Se ha roto algo? Cuelga de la parte trasera del róver; cada bandazo le quita una rayita de batería. Después consigue apoyar una bota en un mamparo, empuja y consigue agarrar la escalerilla con la otra mano. A partir de ahí, el proceso, sencillo aunque doloroso, consiste en subir, pasar por encima del casco presurizado y alcanzar el soporte vital.

Baterías al dos por ciento.

Finn Warne desenrosca la toma de corriente, abre la tapa y se conecta. Es como el sexo. Mejor. Ahora tiene aire. Limpio, dulce y tan refrescante... En un traje rígido se capta sobre todo el olor de la propia boca. Se tumba de espaldas en la parte superior del róver, bañándose en el aire limpio y dulce. Por último, las comunicaciones. Entra en el canal común del róver.

—Bryce. No me ha hecho gracia eso de que pusiera pies en polvorosa.

Durante largo rato no hay respuesta, pero Finn no cede a la debilidad de tener que repetirse.

—Finn. Me alegro de que haya salido con vida.

—No gracias a usted.

—Finn, Finn. Ha sido una decisión empresarial.

—Y el primer *blade* no es más que otro activo consumible.

No llega respuesta del interior de la cómoda cabina con aire acondicionado.

—Veo que regresa a Islas Este —prosigue Finn.

—Tengo que ir a Kingscourt.

—Por ahí, no creo.

—¿Qué quiere decir?

—La nave lunar *Skopa* de VTO acaba de alunizar en Islas Este. Le están cortando la retirada.

De nuevo un prolongado silencio.

—Ayúdeme, Finn.

—¿Cómo dice?

—Ayúdeme.

—Puedo ayudar, Bryce. Puedo llevarlo a Kingscourt en un abrir y cerrar de ojos. Pero puede que no con la comodidad y el estilo a los que está acostumbrado.

—¡Dígame hacia dónde coño tengo que ir!

Hay verdadero miedo en la voz de la mole humana. Finn Warne sonrío dentro del casco. Busca las coordenadas en el sistema del traje y se las envía a Bryce a través de la carrocería.

—Aquí.

—Una estación de BALTRAN.

—Es rápido y seguro. Y tenemos un largo historial con las cápsulas del BALTRAN.

Finn Warne se agarra cuando el róver gira sin reducir.

—Lo responsabilizo a usted de este bochorno.

«Treinta y cuatro muertos. Buena gente, gente leal. Eviscerados y desmembrados; extremidades, órganos y sangre esparcidos por todo el pantano de la Podredumbre. Y lo llamas “bochorno”.»

Los cuernos del BALTRAN de Huygens despuntan en el horizonte. «Disfruta del viaje, gordo. Te he dicho que iba a enviarte a Kingscourt, pero era mentira. Dos lanzamientos, tres. Puede que más. No has viajado nunca en

BALTRAN, así que aprovecha la experiencia al máximo. Revuélcate en tu propio vómito; méate y cágate encima. Observaré el lanzamiento y después me largaré en el róver y me beberé tu puto vodka personalizado a la salud de treinta y cuatro tragapolvos leales, de camino a Hadley.»

«Estoy deseando asistir a la reunión inaugural del Club de los Ex Primeros *Blades*.»

Para Jiang Ying Yue, la belleza es el parpadeo actínico de los impulsores de alunizaje por encima del macizo de Bradley. Unas luces que se mueven por debajo de otras. A Jiang Ying Yue le encantan las naves espaciales desde que era pequeña. La primera vez que salió a la superficie, sus compañeros de clase tropezaban y daban bandazos, buscando la forma de moverse con los pesados trajes rígidos de novato, pero ella se puso a saltar. Saltaba intentando alcanzar las luces del cielo. Los actuadores del traje rígido eran potentes, pero no tanto como para levantarla del mundo y lanzarla al lugar por donde volaban las naves. Desde aquel día se siente atrapada en la minúscula Luna y mira al cielo.

La *Orel* es una constelación de balizas y luces de posición; entonces le llega el sol y Jiang Ying Yue ve la nave lunar entera. Reconoce un transporte ejecutivo en el castillete de carga. Se conoce todas las naves, tripulantes, módulos y configuraciones de la flota de los Vorontsov. Le parece una lástima que sean los Vorontsov quienes están al mando de tanta belleza. Son de alma basta, pesados, ruidosos; para ellos, las naves son ingeniería, navegación, órbitas y cargamento. Para ella son ángeles.

Entonces se encienden los motores y la envuelven en polvo.

Atraviesa el polvo en dirección a la imagen que le muestra el visor. La rampa está bajada, y la escotilla, abierta; entra en la esclusa. El aire cortante le arranca el polvo del traje, revelando raya por raya los colores de guerra de Taiyang. Jiang Ying Yue abre el casco y nota el regusto especiado. Los Sun aguardan al otro lado de la escotilla interior.

—*Agente Corporativa de Resolución de Conflictos Jiang* —anuncia su familiar. No es una Sun; no puede llevar los hexagramas del clan. No le hacen falta las etiquetas que añade su familiar a los Sun congregados: igual que el diseño de las naves de los Vorontsov, se ha aprendido la jerarquía corporativa de Taiyang.

—Así que Bryce Mackenzie huyó como un niño llorón —dice Zhiyuan.

—En BALTRAN —dice Ying Yue.

Los trajeados contienen sonrisas al imaginar a Bryce Mackenzie rebotando como una pelota dentro de una lata del BALTRAN.

—¿Nuestras bajas? —pregunta Amanda Sun.

La junta de Taiyang está sentada en un círculo de elegantes y minimalistas sillas de cuero falso y cromo. Jiang Ying Yue es muy consciente de estar de pie, en armadura de combate, dejando huellas de polvo en la alfombra gris.

—Más de las que me habría gustado. —Su familiar envía listas y gráficos a los hexagramas flotantes—. Casi todas han sido robóticas, pero también tenemos bajas humanas.

—Qué desastre —dice Sun Gian-Yin.

—Nuestras simulaciones no previeron que los australianos fueran a presentar batalla cuando tenían todas las de perder.

—Nunca he visto a un Mackenzie echarse atrás en un combate —dice Sun *nui shi*.

Un empleado le sirve un chupito de ginebra; bebe un decoroso traguito.

—Y esas simulaciones tuyas, ¿qué prevén que va a pasar con esos australianos?

—Estamos enviando recursos para mantener el asedio hasta hacernos con el control de los sistemas de soporte vital de Hadley; a partir de ese momento, la resistencia tardará poco en sucumbir. Mientras tanto, cualquier contraataque por parte de los tragapolvos de los Mackenzie será reprimido con rapidez y eficacia.

—No hay que subestimar a Denny Mackenzie —dice Zhiyuan—. Resistió todos los intentos de evacuación del Bairro Alto.

—Dígame: ¿se ha comportado correctamente mi biznieto? —pregunta Sun *nui shi*.

—Al mando de un escuadrón de bots, ha luchado con gran valor y entereza. Se ha enfrentado personalmente a Finn Warne y lo ha obligado a huir.

—Finn Warne, que a continuación ha desertado y se ha pasado a



Mackenzie Metals —dice Amanda Sun—. Con conocimiento directo de nuestros efectivos y tácticas.

—No hemos experimentado ninguna desviación significativa respecto a la simulación —dice Ying Yue—. Prevemos que Hadley capitulará en un plazo de setenta y dos horas.

—¿Setenta y dos horas metidos en esta caja? —sisea Sun *nui shi*.

—Esperamos que claudiquen mucho antes —dice Ying Yue—. A fin de cuentas, solo es un traspaso de gestión. Los Mackenzie entienden de negocios. —Se detiene: imágenes en la lentilla, palabras en el oído—. Les ruego que me disculpen; hay novedades —dice mientras empieza a bajarse el casco—. Denny Mackenzie ha salido a luchar.

En el aire queda un recuerdo de polvo añejo. Denny Mackenzie pasa el dedo por el marco de una puerta. Percibe el picor familiar, el perfume ahumado y especiado. Una mancha gris en la yema del dedo. El arma más mortífera de Dama Luna: el polvo lunar.

Su padre hizo lo mismo cuando entró en aquella sala de la cima de la pirámide para despertar Hadley tras decenios de sueño, orientar los espejos al sol y encender el fuego del corazón de la ciudad. Probó el polvo.

Las mujeres están alrededor de una pantalla táctica; la proyección se retransmite en las lentillas de todos los presentes en el centro de control. Los datos sobre el flujo de proceso y las fundiciones se han sustituido por un detallado esquema del pantano de la Podredumbre. Denny estudia el mapa minuciosamente.

—Mierda.

—Los Sun han contratado toda la flota de naves lunares de VTO —dice Apollonaire Mackenzie.

—La capacidad del ascensor espacial está en las últimas —dice Anastasia Mackenzie, coviuda de Duncan Mackenzie.

—Yo creía que los Vorontsov eran nuestros aliados —dice Denny—. ¿No íbamos a embarcarnos juntos en ese negocio de los asteroides?

—Un contrato es un contrato —dice una joven de piel oscura y pelo dispuesto sobre la cabeza en un elaborado y gracioso zigurat: la pirámide de

Hadley invertida—. Nosotros tampoco hemos rechazado nunca un trabajo bien remunerado.

Denny Mackenzie levanta una ceja.

—A ti no te conozco.

—Irina Efua Vorontsova-Asamoah —dice la joven—. La futura *oko* de Kimmi-Leigh Mackenzie.

—¿Y el motivo por el que estás aquí?

—El motivo es que es lo más parecido que tenemos a un experto en VTO —dice Apollonaire—. Y una rehén en potencia. Sin ánimo de ofender, Irina.

Irina baja la cabeza para indicar que no se ha ofendido.

Denny vuelve a concentrarse en el mapa. Los Sun tienen la superioridad numérica y las posiciones estratégicas, y cada vez llegan más en naves lunares y cápsulas de BALTRAN.

—¿Cuánto tiempo pueden pasar ahí?

—Todo el que quieran —dice Katarina Mackenzie, la hermana de Denny.

—Hasta hacerse con nuestro soporte vital —dice Magda Mackenzie, su *keji*-sobrina por el lado de Anastasia y Yuri, su hermano paterno.

—¿Y cuánto tardarán?

—Según nuestras simulaciones, algo menos de setenta y dos horas —dice Anastasia Mackenzie.

—¡Mierda! —Denny da un puñetazo a la pantalla, a las ilusiones. Cuando antes había unidad y resolución en la sala de control, ahora crepita el miedo—. Salimos e intentamos vencer el asedio o...

—O nos hacen pedazos —dice Deontia Mackenzie, hija de Tara, la reina de la alta sociedad de Meridian fallecida en el *ironfall*.

—Están poniendo a prueba nuestras ciberdefensas —dice Irina Vorontsova-Asamoah—. De momento rechazamos sus intentos. El sistema operativo de Hadley está repleto de troyanos, algunos desde que se construyó la ciudad. Hay código muy antiguo ahí dentro, de cincuenta años... —Irina deja de hablar. Nadie se mueve en la sala de control; todos miran a todos los demás. Todos han tenido la misma idea a la vez. Todos menos Irina.

—Troyanos —dice Denny—. Putos troyanos.

—Como en el *ironfall* —dice su madre, y el mantra se propaga por la mesa táctica. «Como en el *ironfall*.»

—Necesitamos una distracción —dice Anastasia—. En cuanto vean lo que estamos haciendo, irán a por los espejos.

Denny sonríe oro y abre los brazos.

—¿No soy la distracción número uno de la Luna? —Su convocatoria recorre los pasillos de piroxeno y las salas de olivino de Hadley—. Necesito treinta tragapolvos leales. Luchadores, tiradores. Es una misión suicida. Esclusa cinco. ¿Quién está conmigo?

Las mujeres sonríen y reanudan sus tareas.

—Tenemos que hacerles daño —dice Deontia Mackenzie—. Solo tenemos una oportunidad.

Magda Mackenzie examina la pantalla con el ceño fruncido; después hace zoom y posa el dedo en un punto de luz azul.

—La *Orel* acaba de llegar del Palacio de la Luz Eterna. Lleva una cápsula de transporte ejecutivo.

—Han traído a la junta para que vea a su Chico de Oro atravesar triunfante el London Court —dice Apollonaire.

—¡Eh! —grita Denny Mackenzie—. Yo soy vuestro puto Chico de Oro y más os vale no olvidarlo.

—Que no te maten, Denny —dice Magda Mackenzie.

—Si hacéis bien lo que os toca, puede que ni siquiera necesite matar a nadie —dice Denny.

—No entiendo... —dice Irina Vorontsova-Asamoah.

—Dime, chica Vorontsov, ¿cuál es el lema de los Mackenzie? —grita Denny desde la puerta. Tiene los dedos alrededor del polvoriento marco.

—Los Mackenzie pagan por triplicado —responde Irina.

—Uh, oh. —Denny Mackenzie niega con la cabeza. Exhibe una sonrisa fiera y dorada.

—Quítale el arma al enemigo —corean las mujeres de Hadley— y úsala contra él.

—Adentro. Adentro. Adentro. Adentro. Adentro. —Denny Mackenzie va dando unas palmaditas en la espalda a cada voluntario a medida que entran en la esclusa principal—. Tú, adentro. Tú, ponte un traje. Tú... —Se queda paralizado, señalando—. Tú, ¿qué cojones haces aquí?

—He desertado, ¿no te lo han dicho? —Finn Warne no tiene un físico imponente según los parámetros lunares, pero la multitud se aparta a su alrededor, dejándolo en el vacío social.

—¿Por qué cojones tendría que dejarte luchar por Mackenzie Metals?

—Porque soy el único que ha llegado a vencerte, Denny Mackenzie. En el cráter Schmidt, cuando llevabas ese estúpido traje dorado. No me conocías; solo era un tragapolvos más. Pero pude contigo, Sota de Cuchillos. Te daba por muerto. Hizo falta un Corta para salvarte.

La multitud guarda silencio, expectante. Denny Mackenzie señala la esclusa con el pulgar.

—Entra. Ponte un traje.

Cuando Finn Warne va a atravesar la escotilla, Denny le pone la mano en el hombro y le susurra:

—Creías que habías acabado conmigo en el cráter Schmidt cuando te cargaste a mis tragapolvos y me diste por muerto, pero tengo que decirte, colega, que Denny Mackenzie no se muere tan fácilmente, aunque haga falta un Corta para salvarlo. Métetelo en la cabeza. Y tengo un flamante traje dorado.

El traje nuevo es rígido, acorazado; la laca desprende aún un olor fenólico y punzante en el espacio confinado del vestidor.

—No puedo moverme en estas putas cosas —dice Denny cuando los paneles se cierran a su alrededor.

El sistema háptico examina su cuerpo y Denny siente activarse los servomotores. El traje es potencia y protección, pero a costa de velocidad y maniobrabilidad. En el camino del cuchillo, la rapidez es crucial. Hay que moverse deprisa, moverse con agudeza, girar en la punta del arma y destripar al enemigo.

El traje cobra vida a su alrededor. Una mujer con armadura de orco estelar saca armas de fuego de los soportes y se las entrega a los luchadores con traje. Según su etiqueta es Sonia Ngata, una veterana del ataque con que Mackenzie Metals rompió el asedio de Twe, cercada por las máquinas de la Lunar Mandate Authority.

—¿Qué es esto? —pregunta Denny Mackenzie. Sujeta el arma como si fuera un zurullo.

—Un fusil de Gauss —dice Sonia Ngata—. Puede atravesar limpiamente un bot a dos kilómetros.

—Me he enfrentado a esas cosas —dice Finn Warne—. Los Sun han realizado mejoras desde lo de Twe. No sabes lo que tardan en recorrer dos kilómetros; al segundo disparo ya los tienes encima.

—Dame un puto cuchillo —murmura Denny Mackenzie, dando vueltas al fusil de Gauss entre los guanteletes.

Sonia Ngata da un paso adelante y acciona un resorte del cañón. Sale una bayoneta. Un giro y entrega la hoja a Denny.

—Bien —dice—. Dos estarían mejor. Muy bien. —Examina a su pelotón. Treinta trajes. Por las muletas del niño Jesús—. Amigos, mis queridos amigos, vamos a lanzar un ataque de distracción contra el equipo de Taiyang que intenta acceder físicamente a nuestros sistemas de soporte vital. Estará defendido por *wushis* y bots. Los viejos hablan de la muerte y la gloria, y es el viejo embuste más repugnante del mundo. No hay ninguna gloria en la muerte. La muerte es el fin de todo lo bueno. Y os conduzco a la muerte. Tenemos que ganar tiempo. Y si ese tiempo se mide en vidas, no en segundos, esa es nuestra misión. No quiero que muera ninguno de vosotros, así que luchad como putos demonios. Luchad como la mismísima vida. Es todo lo que tengo que decir. Gracias. Sois los mejores. Sois tragapolvos, sois *blades*, sí. Pero hasta el último de vosotros es un puto Mackenzie.

La esclusa se llena de vítores; después se cierran los cascos y los indicadores de presión bajan hasta el vacío. Las luces verdes se vuelven rojas. Se abre la escotilla exterior y, con un rugido en el canal común, la armadura dorada de Denny Mackenzie encabeza la carga regolito adelante.

—Corre —ordena Jiang Ying Yue a su traje—. Hacia ahí. —El traje acorazado responde con velocidad y potencia inmediatas. Es una ingeniería

soberbia. Con el sistema autónomo del traje encargado del desplazamiento, puede dedicar toda su atención al contraataque. Los *blades* de Mackenzie Metals, a toda velocidad, cargan contra el equipo de ingenieros de Taiyang que intenta hackear las líneas de comunicaciones de Hadley. Lógico. Obvio. Tácticamente ingenuo. A los australianos les encantan las bravatas. Las bravatas no ganan guerras.

Pasa la vista por la matriz táctica, identificando unidades. Formula órdenes mentalmente y sus bots y *wushis* las cumplen.

La información es vida. Amplía la partida de incursión. Sus enemigos están equipados con trajes rígidos de los tiempos del asedio de Twe y fusiles de Gauss. Con bayoneta, por supuesto; los Mackenzie y sus cuchillos. Son rápidos y decididos, pero les falta disciplina, armonía: una banda irregular de bandoleros, con los trajes de combate decorados en un carnaval de colores, dibujos y estampados. Caótico. Lucharán como individuos, no como un todo. Su visor se centra en el traje dorado de Denny Mackenzie. Qué pintoresco. «Acabaré con tu dinastía, principito arrogante.»

Oye una llamada de socorro de los ingenieros.

—Mantengan sus posiciones —ordena—. Los refuerzos llegarán de inmediato. —Un impulso de voluntad y dos escuadras de bots saltan por los aires con los impulsores encendidos, por encima de los espejos negros que alimentan la fundición.

Los australianos no tienen nada que hacer. Para Jian Ying Yue será un placer derrotarlos. Siempre los ha encontrado aparatosos, arrogantes, mortalmente aferrados a la falsa idea de que el universo los adora.

—Tengo que hablar con Darius —le dice al traje. Darius aparece en su visor, corriendo con el pelotón Rojo hacia la línea del frente.

—Darius, vuelva al módulo ejecutivo —ordena Jiang Ying Yue. «Que el chico vea la sangre», le había dicho Sun *nui shi*, pero es Denny Mackenzie quien encabeza un grupo de combate de tragapolvos escogidos.

—Quiero enfrentarme a Denny Mackenzie —responde Darius.

—Denny Mackenzie va a hacerlo pedazos.

—Denny Mackenzie no se ha entrenado en la Escuela de las Siete Campanas.

—Regrese a la *Orel*. Es una orden.

—Usted no es quién para darme órdenes. Soy el consejero delegado de Mackenzie Metals.

Jiang Ying Yue suspira.

—Soy la Agente Corporativa de Resolución de Conflictos, y mariscal de campo con plena autoridad ejecutiva; puedo tomar el control de su traje y hacer que vuelva corriendo a la nave.

Oye a Darius murmurar desabridas maldiciones de los Mackenzie. Su icono cambia de dirección. Jiang Ying Yue envía una sutil cancelación de navegación a su traje, por si cambia de idea cuando considere que ya no lo vigila.

—Pelotones Amarillo y Morado, acudan a mi posición —ordena.

Los bots caen del cielo a su alrededor y se adaptan a su paso. Solo quedan unos cientos de metros. Los hostigadores ya están luchando.

—Que entablen combate todas las unidades —dice por el canal común; saca los cuchillos y da un salto.

—¡Encima de ti!

Denny Mackenzie extrae la bayoneta del procesador central del bot de Taiyang y mira hacia arriba. Cae un bot con los cuchillos hacia él.

—¡Muévete, traje! —grita, pero el sistema háptico ya ha leído sus intenciones y el traje está rodando para apartarse.

Se iluminan los impulsores de alunizaje del bot, y la punta de un cuchillo que suelta un tajo en el último momento le surca el traje dorado con una línea plateada. Denny se adelanta, agarra el brazo del bot y lo arranca de la carcasa; cae un chorro de negro líquido hidráulico. El segundo cuchillo se lanza hacia él y la cabeza del bot se desintegra. Cae al regolito hecho un montón de patas y puntas afiladas.

Sonia Ngata, con su traje de orco espacial, baja el fusil de Gauss y se lleva un dedo al casco.

El grito de advertencia procedía de Finn Warne.

Denny arranca un cuchillo al bot. Ya tiene dos. Como tiene que ser.

Dos cuchillos, pero solo quedan veinte tragapolvos y siguen llegando bots, oleada tras oleada, cayéndoles desde arriba tras cruzar el campo de espejos. La carga inicial los llevó muy cerca del equipo de Taiyang que trabaja en el cable de comunicaciones principal; entonces llegaron los bots, saltando sobre los róvers. Sangre en el regolito; mucha sangre. Están rodeados, muy cerca unos de otros. Lucharán espalda con espalda, luego quedarán solo dos y luego habrán muerto todos.

—¡Control! —grita Denny—. ¡Estamos jodidos!

—*Hemos fijado el blanco* —dice una voz procedente de la cima iluminada de Hadley.

—¿Irina?

—*Sí. Mantente a la espera.*

—Nos están masacrando.

Lejos, al otro lado del pantano de la Podredumbre, un arco de espejos resplandece repentinamente con más intensidad que el sol. Las nubes del polvo levantado en la batalla hacen el haz de luz visible, casi sólido. Baja un poco y lo capta otra sección del campo de espejos, que lo lanza a otra y a otra, hasta centrarse en la nave lunar de VTO más alejada. En un instante, las placas de intercambio térmico se tornan rojas. Faltan unos segundos para que se produzca un fallo: la nave se sobrecalentará y estallarán los depósitos de combustible.

—¡De puta madre! —grita Denny Mackenzie por el canal de control.

La tripulación de la nave ha tomado una decisión. Se encienden los impulsores, la nave asciende, se activa el motor principal y, en cuestión de segundos, la *Orel* es un racimo de luces en el cielo. Por todo el pantano de la Podredumbre, las naves de VTO despegan para apartarse de los espejos, elevándose sobre cuchillos de fuego azul.

Los espejos resplandecen; bajo ellos, no se mueve un humano ni una máquina.

—¡El módulo ejecutivo! —grita Finn Warne—. ¡Han dejado el módulo ejecutivo! ¡Con toda la junta de Taiyang!

—Así es —dice Denny Mackenzie—. Así es. —Como si todos los



cerebros e IA del campo de batalla se hubieran dado cuenta en ese preciso instante, se rompe la parálisis. *Wushis*, bots, ingenieros y róvers estallan en un ajetreo frenético. Las máquinas de combate surcan el aire trazando parábolas, como héroes de narraciones de espada y brujería. Los róvers levantan géiseres de polvo oscuro cuando hacen girar las ruedas. Denny ve máquinas caer bajo esas ruedas; ve a un *wushi* intentar, desesperada y fútilmente, apartarse. El cadáver sale despedido y se estampa contra el corazón fundido de un letal espejo de Hadley. Se retiran en desbandada para proteger a la junta.

—Apartadles el calor —dice Denny—. Cuando los espejos se inclinan para dejar de captar el sol, se cierne una oscuridad tan repentina que casi es palpable—. Con frialdad se toman decisiones más acertadas. Abridme un canal con Taiyang, ¿queréis?

—Estás dentro.

Los *blades* se despliegan. Dieciocho. Dieciocho de los treinta que rugieron su lealtad en la esclusa cinco. Forman una línea irregular de trajes chamuscados y raspados, antenas arrancadas, visores agrietados, fugas taponadas con sellador de emergencia de color gris. Sonia Ngata apoya en el regolito la culata del fusil de Gauss. Finn Warne está un poco por detrás de Denny.

—¿Taiyang? Al habla Denny Mackenzie. —No solo emite para la junta y el ejército de Taiyang, sino también para sus tragapolvos, la sala de control y todo Hadley—. Estoy dispuesto a aceptar su rendición.

## 19

—¿Siempre lleva eso? —pregunta Vidhya Rao. Luna está sentada a la cabecera de la mesa, con los brazos cruzados sobre el cristal y la barbilla apoyada en ellos. Su ojo vivo atraviesa a le economiste; su ojo muerto, quién sabe.

—A todas horas —responde Ariel.

—Lo tengo tatuado —dice Luna.

—Anda ya —dice Ariel.

—Igual me lo tatúo —dice Luna con tono gélido.

—Ni hablar —dice Ariel, pero no las tiene todas consigo.

—Tengo que hablar contigo —dice Vidhya Rao—. Por motivos profesionales.

—¿Quieres quedarte a escuchar, Luna?

Luna asiente.

Vidhya Rao inclina la cabeza. La huida de Meridian y la cólera de Witacre Goddard han agotado los recursos físicos de le anciane erudite. Gracias a los parsimoniosos dioses de los economistas, perdió el conocimiento por el cambio de gravedad antes de que el ciclador liberase por primera vez su cabina y no volvió en sí durante el viaje, mientras saltaba de cable en cable en cable por toda la luna, hasta que el último lanzamiento le depositó en el muelle de anclaje de la torre de Coriolis.

Es peligroso que una persona de setenta años pase setenta minutos inconsciente. Los equipos de incidencias de la universidad le sacaron de la cápsula y le llevaron al interior. En cuanto fue capaz de moverse y hablar solicitó una reunión con Ariel Corta, quien le invitó a su apartamento del borde del cráter.

—Te felicito por haber puesto Meridian patas arriba —dice Ariel—. Mi éxodo, en comparación, fue asquerosamente anodino. Recorrí en silla de ruedas el *prospekt* Gagarin a primera hora de la mañana.

—Conté con ayuda —dice Vidhya Rao—. Una sub-IA de la puerta trasera

de Taiyang a los Tres Augustos, clavadita a Sun *nui shi*. Es complicado.

—Los Tres Augustos. ¿Fu Xi, Shennong y el Emperador Amarillo? —pregunta Luna, agitando las piernas.

—O quienes quieran ser cada vez —dice Vidhya Rao—. Los detesto. Su inteligencia es tan distinta de la nuestra que casi no podemos comunicarnos. En el mejor de los casos resultan excéntricos; en el peor, ponen trabas deliberadamente. Imagina a un amigo que solo habla en acertijos, o en anagramas, o en citas de una telenovela que no has visto. Igual intenta comunicarse de verdad o igual no son más que juegos que solo entiende él.

—¿Qué les pediste? —pregunta Ariel.

—Que generasen previsiones sobre la bolsa lunar diez, quince y cincuenta años después de su puesta en marcha.

—¿Qué te enseñaron? —pregunta Luna. Es magia, es *bruxeria*, son prodigios.

—Dentro de cincuenta años no hay vida en la Luna —dice Vidhya Rao—. Ni humana ni animal ni vegetal. La Luna es un mundo muerto en el que solo hay máquinas que hacen dinero. Las ciudades están vacías, frías y abiertas al vacío.

—¿Yo también? —interviene Luna.

—Todo el mundo. Dentro de dos años, los terráqueos introducen infecciones potenciadas mediante ingeniería genética. No tenemos defensas; nuestros fagos son potentes, pero las instalaciones médicas están a rebosar. Una epidemia se superpone a otra y a otra más. Dentro de diez años solo queda un par de cientos de humanos con vida, entre la cara visible y la oculta. Los sistemas se estropean, las máquinas fallan, la gente envejece, no hay nacimientos... Dentro de cincuenta años...

Luna tiene los ojos como platos; le tiemblan los labios y las aletas de la nariz.

—Basta —dice Ariel—. Estás asustándola.

—Los Tres Augustos asignan un porcentaje de probabilidad a sus profecías. Si la LMA pone en marcha la bolsa lunar, la probabilidad de que la vida humana en la Luna se extinga por completo en un plazo de veinte años es

del noventa y nueve por ciento, y en cincuenta años, del cien por cien.

—¿Eso va a pasar o puede pasar? —pregunta Luna, blanca de miedo.

—Los terráneos tienen miedo —dice Vidhya Rao—. Los Vorontsov quieren construir una red de ascensores espaciales y convertir la Luna en un intercambiador de acceso al Sistema Solar. Los Mackenzie quieren extraer minerales y construir hábitats en asteroides. Unos y otros necesitan el respaldo de Lucas Corta, pero no saben cuál es su postura. Y entonces les propongo mi plan de la bolsa lunar. Les gusta. Les gusta mucho. Lo que más les gusta es que se obtendrían unas riquezas inimaginables sin intervención humana. Tienen todo lo que querían. Y se lo he dado yo.

Ariel coge la mano de Luna.

—No te asustes, *anjinho* —le dice.

La niña niega con la cabeza.

—No estoy asustada. Quiero saber qué puedo hacer.

—Lucas tiene poder y autoridad —dice Vidhya Rao—. Los Corta lo han recuperado todo... menos una cosa.

—A Lucasinho.

—Tú tienes lo que quiere él, y él, lo que quieres tú.

—Recuerdo haberte comentado que los Corta no nos metemos en política.

—Lo que me dijiste fue: «A los Corta no nos va la democracia». —Vidhya Rao se da unos golpecitos con el dedo en los pliegues del ojo derecho—. Tengo una excelente memoria externa.

—Entonces se acordará de que te lo dije justo después de que me dijeras que era una especie de elegida —dice Ariel.

—La primera vez que nos reunimos. En la reunión de la Sociedad Lunaria.

—Y desde entonces no paras de aparecer para anunciar catástrofes y recordarme lo especial que soy. Te encaramaste al Bairro Alto para invitarme a tomar unos cócteles con el Águila de la Luna y volviste a la carga con eso. ¿Para eso has venido ahora? ¿A la tercera va la vencida? Cuentos de hadas, Vidhya. Que si Canopo está en Aries, que si tus Tres Augustos... Cuentos de hadas. El universo no tiene héroes.

—Aun así... —dice Vidhya Rao.

—Siempre tienes respuesta —dice Ariel—. Todo está en el guion, quiera o no. ¿Por qué parte vamos de la telenovela?

—Por cuando rechazas la Llamada —dice Vidhya Rao.

—Dala por rechazada. La Luna se alza, la Luna cae. Será sin mí.

Ariel sale de la habitación envuelta en un remolino de lunares. Su sobrina se queda lo que tarda en mirar fijamente a Vidhya Rao, para transmitirle su profunda desaprobación, antes de irse también.

—Pero aceptarás —dice Vidhya Rao en voz baja a la habitación vacía. La luz que entra por la ventana ilumina el polvo—. No puedes evitarlo.

Luna está convencida de que se ha recorrido todos los túneles y conductos de Coriolis, pero Amalia Sun la obliga a recorrer túneles y conductos que desconocía.

—¿Adónde vas? —susurra Luna mientras mira por una abertura la escalera de emergencia, situada ocho niveles por debajo. Ha sido un ascenso difícil por el conducto zigzagueante, sin oportunidad de dejarse caer y alunizar; Luna el familiar le mostraba la posición de los cables que podrían haberla pulverizado. Amalia Sun atraviesa una puerta de servicio pintada de verde y Luna tiene que subir a pulso a un traicionero giro horizontal de noventa grados, hasta llegar al espacio comprendido entre los paneles de la pared y la piedra impermeabilizada a los gases. Espera que ese espacio recorra todo el nivel: ha tenido que retroceder demasiadas veces en caminos sin salida, caídas pronunciadas o relés de alta tensión demasiadas veces desde que Amalia Sun se levantó de su asiento de la sala común, siempre el mismo asiento, y Luna interrumpió su prolongada observación para seguirla. Luna el familiar le muestra una abertura de ventilación situada cincuenta metros por debajo. Luna baja apoyándose con pies y manos, y al llegar ve que Amalia espera en la puerta de un montacargas.

—¿Adónde? —pregunta Luna a Luna el familiar. Amalia Sun ha desconectado el suyo, pero el de Luna puede acceder a la rudimentaria IA del montacargas.

—*Al nivel del parque* —dice Luna el familiar.

—Arriba otra vez. —El montacargas es lento y para bastante lejos de la

puerta del parque, pero Luna se conoce un atajo—. ¿Qué haces? —pregunta en voz baja mientras sube tres niveles, hasta el 12, por la escalerilla de servicio. Sale por una trampilla para bots limpiadores, corre por el pasillo y coge el ascensor directo, el que coge con Lucasinho en sus expediciones, que la dejará frente a la entrada del parque en el momento en que Amalia Sun cruce las puertas correderas. Nadie que trame nada bueno toma un camino tan largo a través de la nada y ningún sitio. Es como si intentara evitar que la vieran, cubrir sus huellas con todo el polvo posible.

Luna acude al parque con frecuencia, así que puede quedarse en la entrada y observar a Amalia Sun, que camina hacia ella, la saluda con un gesto y continúa por el pasillo en dirección a la puerta amarilla con las señales de riesgo biológico.

—¡Mecachis! —exclama Luna.

No tiene autorización para atravesar esa puerta. Pero en la primera pasarela hay una puerta roja que la llevará a las conducciones de aire, y siguen la disposición de la sala blanca. Solo hay dos formas de salir de la zona de riesgo biológico del nivel del parque, y Luna conoce a su presa lo suficiente para adivinar sin temor a equivocarse cuál elegirá. Corre a lo largo de la línea principal, se agacha y gira a la derecha para entrar en un conducto menor y, por una rejilla, ve a Amalia Sun salir por la puerta que da a la escalera.

—¡Te tengo! —dice Luna—. Ya sé adónde vas.

La sigue de todas formas para asegurarse. Amalia Sun sube dos niveles por la escalera, hasta llegar al del biofabricador. Luna se deja caer del tejado y ve a Amalia Sun abrir la puerta que da a la sala de impresoras de chips proteicos.

La doctora Gebreselassie ve a Luna rondando la puerta de su despacho, medio dentro, medio fuera. El marco le divide la cara.

—¿Puedo entrar? —pregunta su lado humano.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué crees que pasa algo?

—Porque es la primera vez que pides permiso. —La doctora Gebreselassie empuja una silla con el pie; Luna se sienta, con las piernas colgando—. Bueno, dime.

—Vale. Pero antes tengo que hacerte una pregunta técnica.

La doctora Gebreselassie ha aprendido a no sorprenderse por nada que diga o haga Luna Corta.

—Adelante.

—En teoría, ¿es posible que alguien añada recuerdos de cosas que no han pasado a los chips proteicos de Lucasinho?

—En teoría, sí —dice la doctora Gebreselassie—. ¿Por qué lo preguntas?

—Vale —dice Luna, y le cuenta que Lucasinho hablaba de su madre, cosa que nunca hacía, y de cuando vivía en el Palacio de la Luz Eterna, donde no vivió nunca, y lo bien que se lo pasaba con sus tíos y primos Sun, a los que nunca conoció. La doctora Gebreselassie se pone muy seria. Después, Luna le cuenta que es una exploradora y se conoce todos los túneles, pasillos y pasadizos secretos de Coriolis, y cómo los ha usado para espiar a Amanda Sun y seguirla en su extrañamente larga ruta a través del campus hasta llegar a la fábrica de chips proteicos.

La doctora Gebreselassie levanta una mano.

—Espera un momento, Luna.

Se abre la puerta. Dakota Kaur Mackenzie entra en el despacho.

—Bueno, Luna —dice la doctora Gebreselassie—. Quiero que le cuentes a Dakota todo lo que acabas de contarme.

Sun *nui shi* da vueltas al pequeño cilindro metálico entre las manos. Es del tamaño de su pulgar, pesado, frío y de tacto ligeramente grasiento. Sus dedos perciben diminutas marcas grabadas en el metal.

—¿Qué es esto? —pregunta. La han molestado en su piso, en su soledad y contemplación. No está precisamente de buen humor.

—Una nota de abono de la Universidad de Farside. Enviada por BALTRAN, a mí personalmente.

Sun *nui shi* se coloca el cilindro ante los ojos y se esfuerza por descifrar las marcas.

—Qué escritura más pequeña —rezonga—. Abono, ¿de qué?

—Una transferencia de la Universidad de Farside, Facultad de

Biocibernética, Departamento de Neurotecnología, a la cuenta de Taiyang: carbono, cincuenta y un mil doscientos con ochenta y ocho gramos; oxígeno, dieciséis mil ciento doce con sesenta y cinco gramos...

—Los componentes de un cuerpo humano —dice Sun *nui shi*, y el frío del metal se le propaga por todo el cuerpo. Se lleva la mano al pecho. Su propio truco se ha vuelto contra ella.

—Sí —dice Amanda Sun—. Amalia Sun.

Analiase Mackenzie recuerda el momento en que se dio cuenta de que la música es un demonio. Había completado su duodécima repetición del vigésimo tercer *gusheh* del séptimo *dastgah*, el *dastgah-e mahur*, y vio sangre en las cuerdas del setar. Las cuerdas de acero tensado le habían dejado en carne viva las yemas de los dedos. No se había dado cuenta.

Tenía catorce años cuando el setar se cobró su sangre.

Acababa de cumplir los trece cuando se enamoró de él. Acababa de cumplir los trece y viajaba con sus madres en la Ecuador Uno; volvían a Crucible tras inspeccionar las nuevas prospecciones de la rima Kopff. Miraba por la ventanilla e iba pasando los canales de entretenimiento cuando se enderezó al oír una cascada de notas de plata fundida. Cuerdas, notas de precisión metálica que hablaban con ella, solo con ella y nadie más en la Luna redonda, con claridad y precisión. Entendió todo lo que decían, todas las emociones que evocaban: euforia, paz, control, asombro, miedo, misterio. Todo estaba bañado en luz; todo era transparente.

—¡Escuchad! —gritó, y saltó del asiento para despertar a sus madres—. ¡Escuchad! —Transfirió la música a sus familiares—. Es como... Es como ahí fuera, aquí dentro.

Escucharon. No oyeron.

Aquella voz argétea era la del setar, un instrumento clásico persa. Era posible fabricarlo. En la Luna es posible fabricar cualquier cosa. Aprendió a afinarlo, a colocar los dedos, los *gushehs* que se desarrollaban mediante el *sayr* hasta convertirse en *dastgahs* y alcanzar la magnificencia de los *ratifs*: las simetrías, las asimetrías, las improvisaciones, todo ello en un setar de carbono con cuerdas de acero lunar. Más adelante, cuando el setar la había poseído, pagó una cantidad exorbitante de bitsies para que le fabricaran uno de madera a mano, con trastes de seda auténtica importada de la Tierra.



Encontró otros músicos alcanzados por aquella música. No eran muchos y no veían lo que había visto ella: la dura, bella, austera y brillante naturaleza de su mundo. Pero los había poseído el demonio, y cuando conoció a músicos que tocaban otros instrumentos vio que también ellos estaban poseídos: devotos, ascetas, perfeccionistas, exploradores, obsesivos. Su medida de madera y alambre se había apoderado de ella, la había acosado y la había obligado a perfeccionar su relación con ella, a convertirla en el centro de su vida y su necesidad. Un demonio.

Ama al lobo, pero está casada con el demonio.

Es una relación de maltrato.

Analiese completa el último *dastgah* y deja que la última nota vaya apagándose tras el cierre ejecutado con el adufe. Se sumerge un momento en el silencio que sigue al sonido. Ahí no hay nada y está todo, pero no puede quedarse más tiempo. En unos instantes irrumpen los aplausos.

Siempre se sorprende de que haya público para su música. Un público considerable. Gente de segunda o tercera generación, descendiente de iraníes y centroasiáticos; Moonbeams, visitantes de la República Islámica, amantes de la música, musicólogos, músicos de otras disciplinas: los otros amantes del demonio. En esta gira, la primera en más de un año, ha observado a bastantes terrestres. Agentes de la LMA. Irán y los países terminados en «-stán» tienen un trozo del pastel lunar.

Son el público más agradecido. En todos los conciertos, al menos uno ha acudido después a interrogarla sobre su instrumento, su música, el motivo por el que una australiana lunar se siente tan cautivada por una música de otro mundo.

Su familiar la informa de que esta noche no es una excepción. Dos personas en el pasillo de los camerinos del centro musical Xian Xinghai de Reina. Una mujer y un hombre. No son iraníes. Australianos blancos.

—¿Analiese Mackenzie? —pregunta la mujer.

—Sí, soy yo.

—¿Podemos hablar en su camerino, por favor?

—¿Han asistido al concierto? No los recuerdo. ¿Quiénes son ustedes?

—Oh, vaya —dice la mujer. El hombre inclina la cabeza y Analiese siente un breve e intenso dolor punzante en la nuca. Sube una mano.

—No haga eso —dice la mujer—. En serio. Se le ha enganchado un insecto de combate. Ahora, ¿podemos hablar?

Analiese abre la puerta, consciente de la cosa que tiene en la nuca, consciente de que el hombre y la mujer la siguen al interior como si estuvieran sujetos a la cosa y a su columna vertebral por nervios eléctricos.

—¿Puedo al menos guardar el setar?

—Por supuesto —dice la mujer—. Es un instrumento musical muy valioso.

Lo deposita en la funda, coloca la tela por encima de las cuerdas y cierra la tapa. Todo el tiempo la cosa, la cosa, esa cosa negra en la nuca.

—¿Quiénes son ustedes?

—Eso es lo de menos —dice la mujer. El camerino es pequeño; la mujer está apoyada en la estantería y el hombre se ha sentado en la tapa del váter—. Hay una persona que está deseando conocerla. Está de camino; llegará de un momento a otro. Solo hemos venido a asegurarnos de que no se va antes.

—El resto del grupo... —dice Analiese.

—Ya los hemos informado de que se reunirá con ellos más tarde en el bar —dice la mujer—. Y no creo que se haya fijado, pero hemos apantallado esta habitación.

El hombre se abre la chaqueta para mostrar una caja negra que lleva en el cinturón. Parece muy pagado de sí mismo.

—Es un dispositivo muy avanzado —dice la mujer—. Es sorprendente lo difícil que resulta aislar a una persona de la red. Siempre tenemos diez mil ojos clavados.

Movimiento al otro lado de la puerta.

—Aquí está. Encantados de conocerla. No se toque la araña.

El hombre y la mujer se van. Bryce Mackenzie entra. Su mole domina el minúsculo camerino. Analiese se levanta de la silla.

—Siéntate, siéntate —dice Bryce—. No tardaré mucho, y no creo que esa silla aguante mi peso. Analiese Mackenzie. Pareja de Wagner Corta. Al cargo

de Robson Corta, mi hijo adoptivo. No es muy leal por tu parte.

—No tiene nada de desleal que viva mi propia vida —dice Analiese—. No tiene nada de desleal que no tome partido.

—Claro que lo has tomado. Seré breve. Recientemente he sufrido una serie de reveses empresariales; es de dominio público. Estoy intentando sobreponerme, y mi estrategia requiere activos con los que negociar. Llámoslos rehenes.

—Solo me dedico a la música —dice Analiese. Daría cualquier cosa, lo que fuera, por poder arrancarse de la nuca esa cosa negra que le hace cosquillas.

—No me refiero a ti —dice Bryce, riendo—. ¿Quién coño te has creído que eres? Quiero a Robson Corta. Tú lo tienes. Yo lo quiero. Dámelo.

—Wagner... —balbucea Analiese—. No puedo...

—No confiaría en ti para que me preparases un martini; mucho menos para que me traigas al chaval. Y es escurridizo como él solo, el muy cabrón. Una vez me dio esquinazo en Meridian. Me costó un primer *blade*. Claro que entonces tenía a Denny Mackenzie luchando por él. Tengo gente para este tipo de cosas. Lo que necesito de ti es que les allanes el camino. ¿Entendido?

—Quieres que me desembarace de Wagner.

—Así es. El problema es la confianza de marras. Francamente, eres cualquier cosa menos fiable. Ya traicionaste a la familia y me cuesta confiar en ti. Así que no necesito tu lealtad, sino tu obediencia.

—Esto... —Analiese señala con el pulgar la cosa que se mueve lentamente en su nuca.

—¿Eso? Eso es solo para que me prestes atención. Voy a mandarte una cosa.

—Mensaje de Bryce Mackenzie —susurra el familiar de Analiese, y en su lentilla se abren varias ventanas: filmaciones de drones, a gran altura, de calles, *prospekts*, túneles. Cada dron sigue a una persona: una mujer madura con una impresionante mata de pelo blanco que avanza por un *prospekt* atestado; un joven que toma té con unos amigos en un bar; una mujer de mediana edad, de pelo corto, apoyada en la barandilla de una terraza de una

torre de Reina, contemplando su maravillosa ciudad; una joven que corre, agitando el pelo recogido.

Mamá, Ryan, mamá, Rowan.

—Hijo de puta.

—Entonces, ¿trato hecho?

—¿Tengo elección?

—Claro que tienes elección. —Aparece un contacto seguro en la lentilla de Analiese—. Organízalo y avísanos; nosotros nos encargamos del resto. —Bryce Mackenzie sonrío, un pequeño rasgón en la piel grasienta y estirada—. Ya he terminado, así que ya no hace falta esto. —Extiende una mano y la cosa salta a ella desde la nuca de Analiese. La deja correr por su piel como si fuera un animal doméstico; gira la mano a un lado y a otro para que ese horror siga en movimiento. Es brillante, duro y de aspecto frágil, y a la vez parece líquido, escurridizo y decidido, todo patas y mandíbulas. Analiese sabe que se despertará muchas noches sintiendo esas mandíbulas como agujas clavadas en la piel.

—No te habrías atrevido a matarme con eso —dice Analiese. Desafío. El desafío ya es algo.

—Me atrevo a lo que me da la gana. Pero tienes razón: no te habría matado. La araña está armada con una neurotoxina no letal que te habría jodido el sistema nervioso tanto tiempo y tan a fondo que no podrías volver a levantar ese instrumento, y menos aún arrancarle una nota. Adiós. Me alegro de que estés conforme. Tus amigos te esperan en el bar; te has ganado una copa.

Pese a su tamaño, se mueve con fluidez y suavidad. Analiese está temblando. No puede parar. Igual no para nunca.

Demonios.

Vuelve como partió, instrumento en mano; solo ella se apea en la pequeña estación de Teófilo. Y ahí están sus hombres: hombre grande, hombre pequeño. Hombre grande tenso, controlado, cargado de oscuras emociones que cree que solo puede ver él. Hombre pequeño sombrío, serio, intentando disimular cuánto se alegra.

Está a punto de volver al tren. Sería lo mejor: quitarse de en medio, alejarse de todas y cada una de las personas que la han conocido. Cambiarse el nombre, modificar su identidad, borrar sus registros, hacer astillas el setar.

Aun así, llegarían.

Hacer saltar la escotilla, exponerse y exponer a sus hombres al vacío, morir todos abrazados, con el cerebro al rojo vivo a medida que cada neurona estalla y se extingue.

Aun así, llegarían a lomos del viento, por caminos polvorientos y con cuchillos sedientos: los asesinos de Bryce Mackenzie.

Nada que pueda hacer sirve de nada.

Wagner la levanta por los aires y reacciona como debe, pero su abrazo es débil; su calor, frío; su beso, superficial y traicionero. Wagner se dará cuenta. Cuando está tan cerca de su lado lobuno, a pesar de la medicación, ve cosas que no ven los humanos.

—Lo siento, cariño. Estoy agotada.

Wagner le lleva el setar.

—¿Sabes? —dice Robson—. Te escuchamos. Haider y yo.

—¿Qué os pareció?

—Estuvo bien, creo. La verdad es que no sé si puedo decir algo porque tampoco llegué a entenderlo. Había un montón de notas.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Wagner abre la puerta del minúsculo piso y Analiese ve un banquete en la mesa. La celebración más íntima posible: una comida en casa. Hay comida de bares, comida que les han dado los amigos y comida que, evidentemente, han preparado ellos mismos. Analiese come sin pensarlo ni disfrutarlo.

—No me encuentro muy bien —dice, rechazando el ramen helado y el hummus de judías blancas—. Debe de ser verdad eso que dicen del agua de Reina. Vieja y sucia. ¿Os importa que me vaya a la cama? Lo siento.

Está tumbada en el cubículo, despierta, escuchando a sus hombres que recogen, limpian y guardan. Escucha sus voces. Hablan en portugués, que apenas entiende, por lo que puede vaciar de significado las palabras y

escucharlas como sonidos puros, como si las tocaran instrumentos. Wagner es un clarinete, fluido y sonoro, dulce y musical. La voz de Robson es más aguda: un flautín, pero oye en ella un crujido y bajadas repentinas a las notas graves.

Analiese llora. La cama tiembla; espera que Wagner y Robson no lo perciban en el tejido de la casa. Se hace la dormida cuando entra Wagner. Se introduce en la cama a su lado, la abraza como de costumbre, pegándole la polla al culo. No lo soporta; no soporta el contacto de la piel, del calor, del cuerpo contra el suyo; el seductor aroma del lobo.

Cuando Wagner se duerme, Analiese sale a la zona común. Prueba con entretenimiento, pero no amortigua la culpa. Prueba con alcohol, pero el terror lo hace nauseabundo. Prueba con música, pero su demonio es impotente contra el horror mayor.

—Hola.

No le ha oído levantarse. Los lobos son sigilosos.

—Venía a buscar agua.

Él sabe que es mentira. Ella sabe que nunca tendrá otra oportunidad como esa. El viejo proverbio de los Sun: ni los dioses pueden ayudar a alguien que no aprovecha una oportunidad.

—Sigo agitada —dice Analiese—. No puedo centrarme en nada; tengo el cuerpo agotado, pero la mente sigue inquieta. Creo que entiendo un poco cómo te sientes con el cambio.

Wagner hace una mueca.

—Sé que no lo entiendo del todo; no puedo. Esto se me pasará en un día o dos, pero lo tuyo...

—Déjalo —dice Wagner, y Analiese lo oye desgarrarse por dentro.

—Empieza el periodo de luz, ¿verdad? —pregunta Analiese. Ha pasado fuera todo el periodo de sombra. Conoce los tics, las incomodidades, las pequeñas manías que se van apoderando de él día tras día a medida que crece la tierra. El aspecto oscuro vuelve a dejar paso al lobo—. Vete, Wagner. No puedes con ello. Cada vez es peor. Me doy cuenta. Robson se da cuenta.

—No metas a Robson en esto.

—Necesitas a la manada. Es neuroquímica. Puedes dejar la medicación, pero eso no lo cambia. Es quien eres, Wagner; es lo que eres. Vete con ellos.

—¡No es seguro!

Los tendones del cuello, las venas de la frente delatan la emoción contenida. No es enfado, no es cólera; no es nada tan sencillo. Es una personalidad completa encadenada, enjaulada y aullante.

—Solo una noche o dos. Puedes quedar con ellos a mitad de camino. ¿Te has visto, Wagner? ¿Puedes aguantar cinco años así? Cada catorce días, cuando la tierra se ve redonda...

—Tengo que cuidar de Robson.

—Esto te está matando, Wagner. Pero antes de matarte te hará pedazos; te quemará todos los órganos y te llenará todas las arterias de acero fundido. Te hará papilla el cerebro. ¿Cómo cuidarás entonces de Robson?

—No puedo ir a Meridian. Me buscan.

—Si quisieran a Robson, ya lo tendrían. Vete. Yo cuidaré de él. No le pasará nada; a ti sí. Pareces un muerto viviente, amor mío.

Wagner se estremece; el lobo interior tira de las cadenas.

—¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Un día es bastante?

—Puede ser.

—¿Dos días?

—Demasiado tiempo —dice Wagner negando con la cabeza.

—Un día. Vete. Yo cuido de Robson. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

—Se lo digo yo.

—Tómate la medicación. No soporto verte así.

—Tengo miedo de no volver.

—Volverás. —La rodea con los brazos. Analiese no puede soportarlo—. ¿Puedes dormir?

—No creo.

—Yo tampoco.

Se recuesta en el sofá. Wagner le apoya la cabeza en el regazo. Los dos miran la pared. Analiese le acaricia el denso pelo negro.

—No van a hacerle daño, ¿verdad?

Lo preguntó cuando llamó a la dirección que le había dado Bryce en el camerino del centro Xian Xinghai. Volvió a preguntarlo cuando le dijeron dónde y cuándo llegarían los operarios. Se lo pregunta por tercera vez, en la puerta de su piso, a los dos hombres que llegan para llevarse a Robson.

—No sufrirá ningún daño, señora. Es un activo muy valioso.

Un lunario y un Jo Moonbeam. Destreza y músculo. Llevan trajes de rayas de grandes solapas, corbatas anchas, pantalones de pinzas, fedoras de cinta ancha, zapatos de punta. No podrían tener más aspecto de matones a sueldo.

—Está durmiendo.

El plan es llevárselo dormido. El Jo Moonbeam, un robusto fiyiano de expresión amable, llama a un bot caja a la habitación.

—Oh —dice Analiese—. ¿Van a llevárselo ahí metido? No había pensado en cómo iban a sacarlo.

—No vamos a llevarlo a cuestras, ¿no? —dice el otro hombre. Tiene acento de Reina del Sur.

El Jo Moonbeam abre la caja. El interior es espacioso y está bien acolchado.

—Solo hasta que lleguemos al tranvía —dice el lunario.

Los dos lo acompañaron a la estación, lo abrazaron en la escotilla, se despidieron con la mano cuando se cerró y siguieron agitándola cuando el tranvía se puso en marcha, aunque sabían que Wagner no podía verlos.

«Avísanos cuando llegues a Meridian.»

Contra todo pronóstico, Analiese acabó por quedarse dormida la noche de la traición. Esa misma noche, Wagner debió de tomarse los medicamentos, porque cuando se levantó lo encontró merodeando por la cocina sin nada más que la piel, buscando menta y vasos para el té, fiero y alerta, sensible y consciente de formas que trascendían lo humano.

—¿Cómo estás?



—Aullante. —Sonrió. Y la miró a los ojos y el corazón de Analiese dio un vuelco, y sonrió y asintió, que era toda la invitación que él necesitaba, y echaron un polvo rápido y fogoso en la sala.

—¡Robson! —susurró Analiese.

—Tiene trece años; no se despertará hasta el mediodía —respondió Wagner.

Los arreglos se hicieron rápidamente. Hay riesgos que es mejor no correr. No avisaría a la manada de Meridian hasta presentarse en la puerta. Cerraría a Doctor Luz y usaría un familiar de pega. Pasaría una noche y volvería en el Ecuador Exprés de las diecisiete. Las comunicaciones se mantendrían al mínimo, con excepción de una llamada para anunciar que había llegado.

Cada etapa cuidadosamente planeada era un clavo que atravesaba a Analiese por el codo, por la muñeca, por la rodilla. Por el cuello.

Robson no se metía en la cama, el muy capullo. Normalmente se iba a dormir alrededor de medianoche, pero en esa ocasión remoloneaba. La una. La una y media.

—Estoy muy cansada, Robson.

—Pues vete a la cama. Yo aún no tengo sueño.

Las dos. Las dos y media.

Ya había mandado a los agentes dos mensajes para decir que se retrasaba. Buscaba excusas para seguir levantada: un nuevo descubrimiento sobre la relación historicomusical del setar con el satar de los uigures; una reciente grabación terrestre del grupo Chemiraani; una acalorada discusión entre unos músicos persas. Entró en una guerra fría de nervios con Robson, cada uno decidido a irse a dormir después que el otro.

A las tres y veinte, Robson se tumbó en el sofá.

—Al sobre.

Analiese esperó a oír el primer ronquido para llamar a los agentes de Mackenzie Helium.

—No le hagan daño.

—Lo prometo. *Iloilo*.

El gran isleño se dirige a la escalera del entresuelo.

—¿Analiese? —Robson está en la puerta del dormitorio, envuelto en una sábana. Flaco y adormilado—. ¿Qué pasa?

—Mierda —dice el lunario. Se toca un gemelo de la manga y unas motas oscuras revolotean alrededor de la cara de Robson. Suelta la sábana y cae hacia atrás, desmadejado.

—¡Robson! —grita Analiese, pero el segundo secuestrador lo tiene y baja con él la escalera como si pesara lo que un insecto.

—Se tienen sueños muy raros —dice el lunario—. Es lo que tengo entendido.

El fiyiano deposita a Robson cuidadosamente en la caja, en posición fetal.

—No —dice Analiese—. Un momento. Esa caja es un ataúd. Es la muerte.

—Tenemos un contrato —dice el lunario.

El fiyiano sonrío y cierra la tapa. El bot sale al pasillo.

—Ah, sí —dice el lunario—. Una cosa más. —El cuchillo, rápido y certero, atraviesa el cuello de Analiese de lado a lado. Analiese chorrea sangre, bisbisea, agita las manos. El cuchillo la mantiene erguida—. Esto es por follarte a un Corta. —Retira el cuchillo. Analiese Mackenzie cae, derramando roja sangre arterial.

El lunario limpia el cuchillo y se lo guarda con reverencia dentro de la chaqueta. Se aparta de la marea roja.

—Recuerda el *ironfall*.

Haider se ha tomado dos té en El Gato Encantado, pero Robson sigue sin llegar. Llama a Joker, pero no obtiene respuesta: está desconectado. Puede que esté haciendo *parkour*, practicando algún movimiento nuevo. Hace falta una concentración fiera y absoluta; a cien metros de altura, en el mástil del intercambiador térmico, no hay espacio para llamadas y notificaciones. Más té, aunque tiene la boca más seca que si se hubiera vapeado cinco gramos de maría.

—¿Dónde está tu amiguito? —pregunta Jo-Jee.

Haider pone cara de pocos amigos. Nunca le han gustado Jo-Jee ni sus

comentarios paternalistas. Su dinero vale tanto como el de cualquier otro parroquiano. Envía unos bitsies a Jianyu, al otro lado de la barra, y parte en busca de Robson. Teófilo es una ciudad pequeña, y los lugares donde se pueden afinar las habilidades con el *parkour* son pocos. El conducto de aire, el almacén presurizado, el anillo de conducciones de agua y electricidad, el sistema de depuración, donde se conocieron. Nada. Por último, Haider visita el núcleo central, el favorito de Robson. Sigue sin divisarlo en los cincuenta metros que bajan en zigzag hasta el sumidero, saltando de un lado a otro, cambiando de dirección, dando volteretas, girando en el aire para alunizar y despegar de inmediato. La velocidad es importante para Robson. Para Haider lo es la supervivencia.

Solveig vuelve a llamar a Joker. No hay respuesta.

Tendrá que ir a su casa.

Algo marcha mal. Sale líquido por debajo de la puerta. Da un paso atrás. El líquido es denso y pegajoso, y le mancha de rojo las deportivas blancas. Sangre.

—¡Solveig! ¡Pide ayuda!

—Buenos días, Haider —dice la puerta—. Estás en la lista de admisión. Adelante.

Se abre.

## 20

Los impactos sacuden el piso, desde el recoveco del sofá hasta las cápsulas dormitorio. Haider salta de la cama, introduce los pies directamente en los zapatos, se pone una sudadera y transfiere todos sus datos locales a la red: lo habitual en caso de despresurización por temblores. Se descuelga por la escalerilla hasta la zona común.

Max y Arjun están revoloteando por ahí, metiendo en bolsas sus preciosos objetos de colección.

El piso vuelve a estremecerse, como golpeado por un martillo. La puerta. No son proyectiles; no es el cañón espacial de los Vorontsov; no es un seísmo: hay algo fuera.

—¡Haider! Tengo que hablar contigo.

Max y Arjun se vuelven hacia la puerta.

—Creo que es Wagner Corta —dice Haider.

—¡Haider! —Los puños siguen aporreando la puerta. Las molduras de plástico se parten.

—Va a echarla abajo —dice Max.

—Haider, vuelve a tu habitación —ordena Arjun.

—Sé que estás ahí —dice Wagner desde el otro lado de la puerta.

—Lárgate y déjanos en paz —grita Max.

—Solo quiero hablar con Haider.

Los tutores de Haider se miran.

—No va a marcharse —dice Haider.

—Vamos a contratar seguridad —dice Max.

—¿En Teófilo? —replica Arjun. Los dos hombres se interponen entre Haider y la puerta. Arjun es bajo, musculoso, calvo y barbudo; hace ejercicio, pero no es rival para un lobo ebrio de luz terrestre.

—Puedo esperar indefinidamente —grita Wagner.

—Tengo que hablar con él —dice Haider.

—Aquí no entra —dice Max.

—No voy a hacerte daño —dice Wagner—. Solo quiero saber qué ha pasado.

—Voy a abrir un poco —dice Max—. Solo una rendija.

—No, deja cerr... —dice Arjun, y la puerta se abre de par en par, empujando a Max hasta los asientos. Arjun se recupera como un luchador profesional y se enfrenta al lobo cara a cara.

—Solo quiero hablar —dice Wagner. Haider nunca lo ha visto así. Tiene tensos todos los músculos. Está pálido, con los ojos enormes y oscuros. Irradia energía. Podría haber tirado la puerta del piso con una sola mano—. No voy a hacerte nada —insiste.

Arjun empuja a Haider al sofá y se queda montando guardia a su derecha. Max, magullado y conmocionado por la caída, se sienta a su izquierda. Haider adora a sus atentos y valientes padres.

—La encontraste tú —dice Wagner. Su voz es un gruñido.

—Sí, la encontré. —Los ansiolíticos han logrado por fin contener la marea de pesadillas que asciende desde los niveles más profundos de Teófilo—. La puerta me identificó y se abrió. —Sangre que pasaba por debajo y llegaba a la calle—. Entonces entré. —De costado, con las extremidades dobladas en ángulos descabellados. Los ojos muy abiertos. El pelo pegado a la masa de sangre coagulada. La cuchillada. Dios, la cuchillada, la herida de cuchillo que le atravesaba el cuello—. Llamé al centro médico y después a los *zabbaleen*.

—¿Había algún... rastro? ¿De Robson?

—Vi cosas, pero no les encontré sentido. Muebles rotos, como si hubiera habido una pelea. Una sábana. Todo estaba revuelto.

—Creo que tienes que pensar más a fondo, Haider —dice Wagner. Se acuclilla frente a él y junta las manos—. ¿Viste u oíste algo o alguien que se saliera de lo normal?

Haider niega con la cabeza.

—Lo siento. No llegué hasta la mañana siguiente. Habíamos quedado en El

Gato Encantado, ya sabes.

—Estás asustándolo, Wagner —dice Max.

—Tengo que saberlo. Tengo que entender qué ocurrió. Necesito encajarlo en mi cabeza. Me llamaron cuando estaba con mi manada para decirme que Analiese había muerto. Me quedé de piedra. Y luego, que Robson había desaparecido. Volví en el primer tren, pero tardé ocho horas. Los *zabbaleen* lo habían limpiado todo. No quedaba nada. Necesito ver lo que viste tú, Haider, visualizarlo, para poder entenderlo.

—Ya te ha contado todo lo que sabe —dice Arjun.

—He visto lo que captaron las cámaras de fuera. Llegan dos hombres con una caja y luego salen. Lo que no sé es qué pasó en el piso.

Max se levanta del sofá y se dirige a la zona de la cocina. Hay agua hirviendo; poco después entrega a Wagner una taza de té.

—Siéntate.

—Perdonad —dice Wagner—. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Intento ayudarte —dice Haider—, pero la verdad es que no sé gran cosa. ¿Crees...? ¿Crees que lo habrán secuestrado?

Alexia se arrebujá en el abrigo guateado y contiene un estremecimiento. Todo está en su cabeza: Boa Vista ya lleva diez días a temperatura habitable, pero ella sigue sintiendo el profundo e interminable frío de la roca que la rodea, el recuerdo del hielo y el vacío que llenaron ese tubo de lava. Las plantas crecen, los árboles están en flor, los pajaritos diseñados por AKA saltan de la roca a las ramas minuciosamente trazadas y de vuelta a la roca, pero Boa Vista siempre provocará escalofríos a Alexia. Es un lugar maldito.

Se dice que en la Luna no hay fantasmas.

La Luna está cuajada de fantasmas.

Nelson Medeiros la saluda en portugués y la acompaña al nuevo Nido de Águilas. Escolta por escolta, Lucas ha estado sustituyendo y reforzando su comitiva oficial de guardaespaldas con antiguos tragapolvos de Corta Hélio y *santinhos* huidos de João de Deus. Alexia se quita el abrigo. Maninho la guía por los pasillos atestados de maquinaria hasta los dominios de Lucas.

Una cara. Está dentro de la cara de un orixá. El nuevo despacho de Lucas está dentro del globo ocular de Obatalá. Boa Vista le pone los pelos de punta. No le gusta nada la idea de que Lucas traslade ahí el centro de Gobierno.

Alexia oye algo que no había oído nunca: la risa de Lucas Corta. Lo encuentra recostado en el sillón, agitado por las carcajadas mal contenidas. Extiende la mano para indicarle que no hable con él mientras no se le pase.

Lucas Corta es una de esas personas, serias por naturaleza, que se transforman por completo con la alegría.

—Siguen siendo los Sun, ¿verdad?

Lucas asiente y vuelve a desternillarse de risa.

—Y lo serán durante un tiempo —dice cuando logra tomar aliento.

—¿Cuánto les han pedido?

—Veinte mil millones.

Alexia aún convierte los bitsies lunares en reales brasileños. Agrandando los ojos.

—Eso es...

—Para ti, una fortuna. Para los Sun, cuatro perras. Y lo saben. Un insulto final y bien calculado por parte de Mackenzie Metals: «Eso es todo lo que vales».

Lucas indica a Alexia que se siente. Lo recorre otro terremoto de hilaridad. Las risitas empiezan a irritar a Alexia. No son limpias.

—¿Así que Darius ha retirado su reivindicación de Mackenzie Metals?

—Denny Mackenzie es el rey coronado y se pavonea por Hadley como un luchador de Santa Olga.

Alexia se acerca a la ventana y observa los brotes y plantones de esta Boa Vista renacida.

—No lo entiendo. Los Mackenzie mataron a Rafa y destrozaron esto. Denny Mackenzie mató a Carlinhos a sangre fría.

—Mi deuda con los Mackenzie está saldada.

—¿El *ironfall*? No es tu deuda, Lucas. Es la mía, y nunca me liberaré de

ella.

La risa se apaga y la sonrisa se esfuma. Este es el Lucas Corta al que reconoce Alexia.

—Los Sun son nuestro enemigo común. Nos azuzaron a los unos contra los otros. Déjame regodearme en su desgracia; es un lujo muy infrecuente.

—¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor eres tan maquinador, tan retorcido, que puedes caer en tu propia trampa?

—Por eso te contraté, Lê. Confío en que me digas la verdad. Quiero presentarte a una persona. Ha pedido audiencia.

—No lo tenía programado.

—Toquinho, dile a Nelson que traiga a mi invitado.

Tres sillones. Hay tres sillones en el mirador de Lucas. ¿Cómo no se había fijado?

Unos escoltas con traje de lino color crema y sombrero de paja de ala ancha guían al peticionario hasta el ojo de Obatalá.

Alexia contiene el aliento. Es un hombre bajo, oscuro, poderoso: reconoce los ojos sombríos, la energía contenida en todos los músculos, la luminosa y terrible presencia en su forma de andar, en su postura, en todos sus movimientos. Es el lobo.

—Hermano...

—Wagner... —El saludo es un trámite. A Lucas le cuesta tolerar el abrazo de Wagner Corta—. Siéntate, siéntate.

—Prefiero seguir de pie. —No puede estarse quieto; oscila de un pie a otro, incansable.

—Como quieras. Alexia Corta, mi Mano de Hierro.

Wagner junta los dedos e inclina la cabeza hacia Alexia, a la manera de los Corta. Establecer contacto visual con él es como mirar el núcleo de un reactor de fusión. Alexia le devuelve el saludo, cautivada por su brumosa formalidad. Puede que sea el hombre más atractivo que ha visto en su vida.

—*Senhor* Corta...



—No es un Corta —dice Lucas.

—Bryce Mackenzie tiene a Robson —dice Wagner Corta.

A Lucas se le encoge la comisura de los labios. La puñalada ha sido profunda. Alexia se da cuenta de que Wagner también se ha dado cuenta. Tiene entendido que los lobos poseen una fuerte *bruxaria*. Cuando la tierra está llena ven lo que los demás no pueden ver, perciben cosas que sobrepasan el espectro humano y se reúnen en una mente colectiva mayor y más rápida que su inteligencia individual. Practican un sexo fantástico.

—Robson estaba bajo tu protección —dice Lucas.

—Me engañaron —dice Wagner—. Me traicionaron.

—¿Te traicionaron?

—Analiese...

—Esa Mackenzie.

—La mataron, Lucas. De una cuchillada en el cuello.

Lucas no se inmuta. Alexia ve revolverse al lobo interior de Wagner Corta. Si se libera, ni todos los escoltas de Lucas podrán impedir que desmantele Boa Vista.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta Lucas.

—Tengo que recuperarlo. Tengo que ponerlo a salvo.

—Son dos cosas diferentes —dice Lucas.

Alexia ha sido su Mano de Hierro el tiempo suficiente para distinguir entre el Lucas indolente y el Lucas calculador. Este Lucas está sumando y restando.

—A salvo. Ponerlo a salvo.

—Sabrás que mi capacidad de actuación es limitada. Bryce Mackenzie se llevó a Robson para tener un rehén. Si me muevo, si enseño mis cartas, Robson muere.

—Iré personalmente a Reina a hacer un intercambio de rehenes.

—Wagner, tú no le sirves de nada a Bryce Mackenzie.

Las leyendas verdaderas son las que no encajan: fragmentos de anécdotas,

hablillas, adornos, alteraciones y más alteraciones. La verdad aborrece la narrativa. Algunas familias tienen una oveja negra; los Corta tienen un lobo negro. Lucas no ha hablado nunca de Wagner, pero Alexia ha oído retazos de la mitología familiar de los empleados y los escoltas: el niño raro que aullaba a la tierra, la *madrinha* que quería algo más que ser un vientre de alquiler para los Corta, el anquilosado odio de Lucas Corta hacia un hombre que constituía una afrenta para su madre, para todo aquello en lo que creía su familia. No es un Corta.

Pero lo es.

—Alexia. —Lucas usa el nombre completo, no la forma abreviada—. Voy a trasladar mi residencia oficial a Boa Vista. Tengo intención de provocar a Bryce; resulta muy fácil. Querrá trasladarse a João de Deus para demostrarme que tiene el control. Lobo: te quedarás a vivir aquí. No puedo tolerar que te desmadres cada vez que se vea la tierra. Toquinho ha gestionado el alojamiento. Está en un barracón de construcción; no es lo más cómodo del mundo, pero devolver su antigua gloria a Boa Vista será un proceso laborioso. Claro que llevabas mucho tiempo sin vivir aquí, ¿verdad?

—Corta el rollo, Lucas.

—Lo adecuado sería que me dieras las gracias.

—No lo haces por mí. Lo haces por la familia. Por Rafa. Por tu madre.

—Mi madre.

Alexia sabe qué pretende Lucas. Al hostigar a su hermano, al poner el dedo en la llaga, está canalizando la furia de la luz terrestre, como un pararrayos que llama al relámpago. Pone al descubierto una potencia y unas emociones que, si se liberasen en un momento imprevisto, podrían dar al traste con sus planes.

Su hijo adoptivo secuestrado por un monstruo. Su *oko*, su compañera, su *amor*, acuchillada, sola e indefensa. A Alexia le resulta inimaginable.

—Mantenlo a salvo, Lucas —dice Wagner.

—Ninguno de nosotros está a salvo.

Vuelve Nelson Medeiros, y Wagner entiende que la reunión ha terminado. Después de que se marche, Alexia dice:

—Así que ese era el lobo.

—Sí. ¿Sabes por qué lo desprecio? Porque es libre y nunca se ha parado a pensarlo. Su dolencia lo exime de cualquier responsabilidad: lobo, hombre, lobo, hombre, de un lado a otro y de otro a uno cada vez que cambia la luz de la tierra, y no puede evitarlo. Es neurobiología y no hay vuelta de hoja. Fantástico. Siempre será la única fuerza que dirija su vida.

—No es una dolencia; es una identidad —dice Alexia. Lucas resopla.

—¿Y por eso no podemos criticarlo? Tenía una responsabilidad: mantener a salvo a mi sobrino. Y en cuanto empieza a brillar la tierra, corre al encuentro de su manada y Bryce Mackenzie se lleva a Robson.

—No es justo, Lucas...

Lucas hace un gesto de desdén con la mano.

—Necesito que vayas a Tve a recoger una cosa para traerla aquí.

—¿Qué cosa?

—Justicia.

Los anillos de Akosi la Envenenadora golpean el dorso de la mano de Alexia.

—¡Eso ha dolido!

—¿Quieres morir sangrando por los ojos, por los oídos, por el culo?

—Solo estaba mirando —dice Alexia, sorprendida, avergonzada y furiosa por la reprimenda de esa vieja pelleja, más arrugas que carne, ojos como grosellas incrustados en pliegues de piel.

—Mirar no es tocar. ¡No toques nada! —Saca las agujas de plástico de la impresora.

—Tú lo has tocado —dice Alexia.

La anciana muestra su indiferencia con un gesto de la mano.

—Bah. Llevo tanto tiempo trabajando con esto que soy inmune.

Akosi la Envenenadora vive tras una puerta encajada en una maraña de raíces de una enredadera que se escapó, medró y se apoderó del silo 2 del agrárium Kojo Laing después de que su ecosistema se desmoronase en la

Tercera Gran Purga y se le permitiera crecer libremente. Alexia subió por la escalerilla incrustada en las enormes raíces, llena de giros, vueltas, serpenteos, túneles y algunas bajadas, cruzando y volviendo a cruzar zonas iluminadas por la matriz de espejos central, que hacía rebotar la luz que entraba por la cubierta transparente. Era una devota que se adentraba en el bosque para realizar un rito de iniciación umbanda. El Gran Árbol de Twe le había permitido hacerse una idea del poder y la habilidad de los Asamoah, pero este cilindro de doscientos metros de raíces, troncos y ramas entrelazados le resultó aún más impresionante, ya que en él residía la magia. Alexia imaginaba orixás que hablaban en murmullos entre las hojas.

Y había una puerta, frente a una caída de ochenta metros hasta la laguna en la que el Árbol de la Envenenadora bañaba sus raíces. Llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —Un hilo de voz. La anciana sabía perfectamente quién era; lo habían negociado todo a través de los familiares.

—Alexia Maria do Céu Arena de Corta. —En Twe se veía bien recitar nombres, títulos, cargos y apodos honoríficos—. *Mão de Ferro* del Águila de la Luna.

—Adelante, Mano de Hierro.

La puerta se abrió de par en par sin que la tocara ninguna mano. Cómo no. Alexia cruzó una serie de estancias abovedadas, burbujas en el entramado del enorme ficus. En la última encontró a la Envenenadora.

—Forma parte de la mística, *baa* —dijo Akosi la Envenenadora. Era de edad avanzadísima, larguirucha y enjuta como el hambre, vestida de blanco como una *Mãe-de-Santo*. Cargada de collares, pulseras y anillos. De piel oscura llena de motas, surcos y arrugas, como si hubiera encogido dentro de su propio cuerpo—. Tengo una imagen que dar. Bueno, ¿qué trae a la Mano de Hierro del Águila de la Luna por los dominios de la Madre de los Venenos?

Alexia se lo dijo; las arrugas de Akosi adoptaron la configuración de una sonrisa y, con un movimiento del bastón, abrió las estancias que se extendían más allá de aquella: las immaculadas salas blancas esterilizadas, con impresoras, sinterizadores químicos y personal, ¡personal!, donde se realizaba el trabajo.

—El árbol no es un simple escenario, *baa* —dijo Akosi la Envenenadora mientras el equipo invitaba a Alexia a sentarse y le servía un té que no fue

capaz de probar—. Lo he modificado genéticamente de forma que produce más de cincuenta toxinas distintas. Intenta no tocarte los ojos, la boca ni ningún agujero. Y lávate las manos.

Era un proceso que incluía un montón de té y aburrimiento, eso de destilar venenos personalizados.

Akosi la Envenenadora deposita las agujas en una segunda impresora, que les pone una cubierta de plástico.

—Se activan con el ADN de Robson Corta. Solo puede abrirlas él. — Sostiene las cinco virutas de plástico en el puño—. Las Cinco Muertes, *Mão de Ferro*. ¿Para quiénes son?

—Para una sola persona.

Akosi la Envenenadora sisea.

—¿A quién odia tanto Lucas Corta como para querer matarlo cinco veces?

—No puedo decírtelo, *Mãe-de-Santo*.

Akosi le cierra la mano de una palmada y chista.

—Esos modales, *baa*, esos modales. El veneno tiene que oír el nombre.

Alexia respira profundamente.

—Bryce Mackenzie.

Akosi la Envenenadora suelta un agudo grito de entusiasmo y deposita la caja en la mano de Alexia.

—Aquí tienes, *baa*, con mis bendiciones. Invita la casa. Por la Hermandad de los Señores del Ahora. Llévatelo y avísame cuando haya muerto el Bruto de Boa Vista. Tengo una duda, *baa*.

—¿Cuál, *mãe*?

—¿Será bastante con lo que he fabricado?

La oscuridad es densa y lisa, interrumpida por docenas de lucecitas tenues por las que Alexia deduce que está bajo una cúpula, no muy grande: cuatro o cinco pasos de diámetro. El aire es viejo, estancado, cargado de olor a ozono y con un toque especiado y ahumado que a Alexia le resulta a la vez conocido y exótico.

—*Reveillon!* —dice Alexia—. Huele a Nochevieja.

—Polvo lunar —dice Wagner Corta—. Casi todo el mundo dice que huele a pólvora. No la he olido nunca, pero lo decimos.

—Fuegos artificiales —dice Alexia—. Como la mañana de después de la fiesta, cuando todo el mundo vuelve a casa, resacoso, y huele a cohetes quemados.

El barracón que Lucas ha asignado a Wagner es fácil de identificar, aunque los contratistas de obras de envergadura están marchándose para ceder el sitio a los paisajistas e ingenieros de ecosistemas.

—¿Quieres enseñarme este sitio a vista de lobo?

Wagner casi sonrió. La condujo a través de las hierbas ornamentales, entre los arbolitos, los macizos de bambú y las cascadas, más allá de los pabellones reconstruidos y los miradores, hasta una incongruente puerta de ascensor abierta en la pared del mundo.

—¿No tienes nada que señalar? —pregunta Alexia.

—Querías ver esto a vista de lobo, ¿no? —Arriba, al final del recorrido del ascensor, está la cúpula oscura y polvorienta—. Aquí no tenemos fuegos artificiales.

—No me extraña —dice Alexia.

—Dama Luna conoce mil formas de matar, pero la peor es el fuego —dice Wagner—. El fuego hace arder el aire en los pulmones. Hubo un incendio en una vieja base de mantenimiento de Corta Hélio. Cuando llegó el equipo de rescate, lo encontró todo cubierto de hollín. El fuego se había extinguido, pero no sin antes consumir hasta la última molécula de oxígeno de la base. Morir quemado o asfixiado: son las alternativas.

«Los *blades* de Bryce Mackenzie mataron a la pareja de este hombre», se dice Alexia. No se quita de la cabeza el recuerdo de Akosi la Envenenadora, lo que se ha traído de Twe en una caja de titanio y lo que pueden hacer esas muertes. Y no conoce mejor remedio para ese tipo de dolor que la compañía humana.

—Dragones —dice Wagner—. Tenemos dragones voladores. De decenas, cientos de metros de longitud. En Año Nuevo y en el festival de Yam los

hacemos volar por las *quadras*, entre los puentes. Están llenos de luces y música.

—¿Dónde estamos? —pregunta Alexia.

—En el lugar donde nació el lobo —dice Wagner. Un ruido. Luz. Las persianas se retraen con un traqueteo de lamas que se pliegan, y Alexia se encuentra en la superficie bajo un millón de estrellas—. Era el sitio favorito de Adriana. Le gustaba mirar la tierra, observar todas las luces y pensar que éramos nosotros quienes las encendíamos. O igual solo quería asegurarse de que el viejo Brasil seguía existiendo. ¿Lo distingues? —Wagner señala y se lo indica a Alexia con un contacto brevísimo. Alexia mira en la dirección de su brazo y ve la tierra azul, en el horizonte occidental. Atravesará sus fases, de llena a nueva, pero nunca se desplazará de ese punto fijo, por encima de la llanura del mar de la Fecundidad. Y ahí, en la parte inferior del vientre de la tierra llena, con las cicatrices de las tormentas de arena y los nuevos desiertos, pero aún verde, aún azul, el viejo Brasil—. La doctora Macaraeg me diagnosticó trastorno bipolar. Me recetó pastillas, parches, fármacos de modificación de la conducta. Yo intentaba explicarle todo el rato que no era una enfermedad, que era más que eso, pero ni yo sabía qué era hasta que oí hablar de los lobos.

—¿Son bipolares?

Alexia ve a Warner entornar los ojos a la luz de la tierra.

—No acaba ahí la cosa. Compartimos una identidad neuroétnica. —Alexia lo ve sonreír a modo de disculpa—. Lobos. Es lo que somos. Pero fue entonces cuando supe qué era, qué había sido siempre. Estaba aquí mismo, donde estoy ahora, desnudo a la luz de la tierra, y todo estaba iluminado. Todo cobraba sentido. Sentía que me partía por la mitad, que me rasgaba y me convertía en dos seres: el lobo y la sombra. Ese día murió Wagner Corta. No soy una persona; soy dos.

Se queda bañándose en la luz con los ojos cerrados. Está temblando. Le arden todos los músculos, todos los nervios.

—¿Te hace daño la luz? —pregunta Alexia.

—¿Daño? No, nunca. Pero sí: duele.

—Wagner. Escúchame. Dices que Analiese te traicionó.

—Sí. ¿Por qué lo haría?

—No lo sé. —Tiene una conjetura, pero no va a revelársela ahí.

—La apuñalaron en el cuello. Se lo atravesaron con un cuchillo. ¿Por qué?

Wagner parece a punto de desmoronarse.

—Solo sé que dejó entrar a los *blades* de Bryce para que se llevaran a Robson. Te traicionó, Wagner.

—Bryce Mackenzie morirá por esto —dice Wagner con voz sibilante.

—Desde luego —dice Alexia—. Desde luego que sí. Puede que Lucas sea lento, sutil, dado a los rodeos, pero nunca falla.

—Debería ser yo —dice Wagner.

—Que se encargue Lucas. Tú estás demasiado involucrado.

Wagner se vuelve hacia ella. Alexia retrocede un paso: ahí está el lobo, con la mandíbula abierta, los colmillos al aire y una luz inesperada brillando en los ojos. Alexia piensa en lo que acaba de decirle, que Wagner Corta murió y ahora solo están el lobo y la sombra.

—No eres quién para decirme eso. Es asunto de los Corta.

—Soy una Corta.

La posesión de la tierra llena se desmorona.

—Sí, es verdad. —Wagner mueve la mano y las persianas vuelven a cerrarse. La oscuridad es cegadora. Surgen las débiles luces, como las estrellas por encima de Barra—. Deberíamos irnos.

—¿Te pasa algo?

—Sí. Como siempre. —Wagner convoca al ascensor; la puerta se abre e inunda el polvoriento observatorio con un frío resplandor azulado—. Lo siento, Alexia.

—El lobo.

—Sí. Demasiada luz. —Cierra la puerta del ascensor.

Durante el viaje le habla de su conversación con Haider y de los amigos que son los dos jóvenes.



—Lo adoro, ¿sabes? —concluye—. A Robson. Como si fuera mi propio hijo. Haría cualquier cosa por ese chaval.

Alexia le roza la mano. Le arde la piel; puede sentir que se le atenúa la tensión muscular.

—Ya lo has hecho.

—Finalmente, la muerte de los sentidos.

Alexia deposita el último grupo de cinco agujas de plástico en la mesa de Lucas, tras el ojo de Obatalá. Rojo, verde, azul, blanco. Negro. La oscuridad definitiva.

La primera muerte: la muerte de los intestinos. La víctima se mea y se caga encima cuando el recubrimiento del estómago, los intestinos, la vejiga, se despega y licúa.

La segunda muerte: la muerte de la sangre. Brota por los ojos, los oídos, la nariz, todos los orificios del cuerpo humano.

La tercera muerte: la muerte del alma. La mente se ve arrojada a un infierno de alucinaciones, demonios que surgen sin parar, pozos sin fondos, caídas a través de universos cada vez más grandes.

La cuarta muerte: la muerte del yo. El cuerpo rechaza sus propios órganos, venas y configuración, en un fallo generalizado del sistema inmunitario. Hasta la piel se ampolla y se desprende en tiras sanguinolentas.

La quinta muerte, la definitiva: el cierre de los sentidos a las vistas, sonidos y olores de las otras cuatro muertes. No es una liberación: la mente está atrapada, ciega, sorda e indefensa. El único sentido que perdura hasta el final es el del dolor.

—Buen trabajo —dice Lucas Corta. No se inmuta, no hace ningún comentario mientras Alexia va sacando las toxinas. Está tan quieto, frío y despiadado como sus venenos. Alexia recuerda el mortal escalofrío que sintió al contacto de la mosca asesina en el cuello, en la suite del Copa Palace. Si Lucas hubiera albergado alguna duda, la habría matado con frialdad, sin apiadarse, sin mover un dedo—. Muy buen trabajo.

—La Madre de los Venenos renunció a sus honorarios —dice Alexia—. A causa de...

—Bryce —concluye Lucas—. ¿Por qué te da miedo decirlo?

El veneno debe oír el nombre de su víctima. De lo contrario, ¿cómo va a saberlo?

—Tengo un problema —prosigue Lucas—. Toda esta preciosa justicia es basura si no consigo hacérsela llegar a su destinatario.

Lucas Corta ha llegado a un punto muerto. Alexia se queda desconcertada un momento, hasta que un nombre acude a ella. Lo ve entero, en toda su magnificencia. Y frío, inclemente e inexorable, y lo único que puede funcionar.

—Tengo una sugerencia —dice Alexia.

Los tutores son sencillos y afables académicos: el uno, selenólogo; el otro, catedrático de Poesía, y están aterrizados pese a las buenas intenciones de Lucas. Están sentados codo con codo en el sofá, enderezados como listos para salir corriendo, con las ventanas de la nariz muy abiertas y los ojos más, tocándose con frecuencia y delicadeza.

Lucas está inclinado hacia delante, con las rodillas rozando las suyas y la cabeza más baja, para transmitir intimidad. Muchos gestos, algunos contactos. Se encogen cada vez que los roza.

Alexia no puede culparlos. Incluso en mínima seguridad hay escoltas en todas las puertas del anillo, cien metros hacia cada lado. Han invadido Teófilo. Pero el chaval... El chaval es otra cuestión.

Haider está sentado frente a Alexia, embutido en un sillón, con los pies separados y las manos entre las rodillas. Desgarbado e incómodo. Con sudadera y leggings blancos. La piel más blanca que ha visto en la Luna, y un mechón de pelo negro por delante de un ojo. «Te hace mono y lo sabes», observa Alexia. De pequeños pueden ser monos, encantadores e indefensos, hasta que la pubertad los hace horribles.

Intenta no pensar en Caio, ahí arriba en Brasil.

Examina el informe. Los informantes de Lucas son minuciosos: Maninho sabe cosas de Haider que desconocen sus tutores. Que le gusta unir palabras, enlazar historias. Las historias que ha escrito y que ha dado a leer a otros a regañadientes. Las historias que ha escrito y no ha dejado leer a nadie. Las historias que nunca dejará leer a nadie: las que versan sobre lo colado que está por su amiguito Robson.

—¿Qué quiere que lleve el niño, *senhor* Corta? —pregunta Arjun, el selenólogo.

—No voy a mentirles —dice Lucas—. Veneno para matar a Bryce Mackenzie.

Arjun y Max, el catedrático de Poesía, sueltan exclamaciones de consternación.

—¿Un asesinato político? —pregunta Max. Es el más alto de los dos tutores de Haider, y lleva la barba entrecana que corresponde a su profesión.

—Robson no estará a salvo hasta que Bryce Mackenzie haya muerto —dice Lucas—. Y como yo estoy aquí, como Wagner estuvo aquí, ustedes no estarán a salvo hasta que Bryce Mackenzie haya muerto. Me temo que ahora están involucrados.

—Yo nunca quise... —empieza Max, pero deja de hablar al caer en la cuenta de lo fútil de su argumento.

—Yo los protegeré —dice Lucas— todo el tiempo que haga falta.

—¿Y a Haider? —dice Max—. ¿Qué hay de él? Está pidiendo a nuestro hijo que transporte venenos mortales hasta el mismísimo corazón de Mackenzie Helium.

—Le estoy pidiendo que visite a su mejor amigo. No habrá ningún problema; viajará a instancias de la Lunar Mandate Authority y no correrá el menor peligro.

Max resopla con desprecio dolorido.

—Eso dice usted, pero ¿y su sobrino? Tenía que mantenerlo a salvo. Va a hacerle correr un riesgo mortal.

—Ya está corriendo un riesgo mortal. Conocerán la fama de Bryce Mackenzie. Hay cosas peores que la muerte.

—Lo haré. —La voz de Haider llena la minúscula instancia. Tras el flequillo muestra una expresión fiera y resuelta—. Iré. Por Robson.

—¡Te lo prohibimos! —dice Max.

—Déjelo hablar —dice Lucas.

—No tengo nada que añadir —dice Haider—. Simplemente, lo haré. Hay

que hacerlo y soy el único que puede.

—Nosotros somos tus tutores —dice Max—. Tus padres.

Arjun pone la mano sobre la de su *oko*.

—No podemos impedirselo. Puede hacer lo que quiera.

—Me alegro de que comparta mi punto de vista —dice Lucas—. Les aseguro que Haider no estará solo. Siempre que sea posible lo acompañará una agente de la Lunar Mandate Authority: mi propia *Mão de Ferro*.

—Aquí trabajarán los auxiliares, a mano. —Lucas, seguido por los ejecutivos de la LMA, cruza el puente de la nariz en dirección al ojo norte. Su bastón resuena en el suelo de piedra pulida—. Su sala de reuniones, para cuando no baste con la red. Discreta y segura. —A través de la ventana de la pupila, señala con la punta del bastón el rostro de piedra del otro lado de la sima—. Ahí está mi despacho. Ojo con ojo, como quien dice.

—Obatalá, señor de la Luz y el Principio —dice Anselmo Reyes—. Y a nosotros nos toca Omolu, el orixá de la Muerte y la Enfermedad.

—Y también el de la curación —dice Lucas—. Y el guardián de los cementerios.

Wang Yongqing frunce los labios con disgusto y dice:

—Es ineficiente dividir y duplicar nuestros recursos entre Meridian y Boa Vista.

—Tengo intención de trasladar aquí toda la LMA. Resulta muy ventajoso separar la capital de la ciudad más grande. Es muy frecuente en la Tierra, aunque no se practique en ninguna de sus naciones. Boa Vista será su propia ciudad privada.

—Querrá decir la suya —dice Wang Yongqing—. Con los miembros de la LMA como rehenes.

—Esa expresión ha sido muy poco amistosa, señora Wang.

—Es lo que se estila en la Luna. La LMA está preocupada, *senhor* Corta.

Los pájaros pían entre los arbolillos. Una azul mariposa *Morpho* pasa por delante del ojo norte de Omolu. Una orden mental a Toquinho y los escoltas llevan sillas. Todo está preparado, todo está coreografiado, y Lucas no

permite que nada se aparte de su guion.

—Hemos aprobado y acreditado a su ayudante —dice Monique Bertin.

—Mi *Mão de Ferro* —dice Lucas. Los terráneos odian ese cargo; les suena medieval, atávico. Por tanto, a Lucas le encanta usarlo.

—Y al niño —añade Anselmo Reyes—. Y les hemos asignado un pequeño grupo de seguridad.

—Gracias —dice Lucas.

—No le hemos preguntado cuál es su interés en esto —dice Wang Yongqing. Tiene las manos recogidas sobre el regazo. Los empleados de Lucas montan una mesa y sirven té—. No es ningún favor; nuestra empresa tiene objetivos comerciales.

—Soy un hombre de negocios —dice Lucas.

Wang Yongqing lo mira con frialdad.

—No estoy muy segura, *senhor* Corta, al menos según nuestra definición. Últimamente ha estado organizando misiones, asistiendo a reuniones y cerrando acuerdos sin nuestro refrendo.

—Mis intrigas me reclaman, *senhora* Wang.

—Estamos preocupados —insiste Anselmo Reyes.

—La Tierra está preocupada —añade Monique Bertin—. Hace poco envió a su ayudante personal a Santa Olga, a cerrar un acuerdo de apoyo sin participación con los Vorontsov.

—El ascensor espacial del puerto lunar —dice Anselmo Reyes—. Sé que el acelerador electromagnético de VTO es nuestra baza y último recurso, pero combinado con un monopolio del acceso al espacio traslunar... La Tierra no puede refrendarlo.

—Este es el precio de nuestro favor —dice Wang Yongqing—. VTO ha pedido que se realice una votación en el Consejo. Usted debe vetarla. Esto no es una democracia. ¿Queda claro?

—Mi postura no podría estar más clara —dice Lucas Corta.

## 21

Ya hace un rato que tiene el coche detrás, adaptado a su velocidad mientras recorre el camino con las muletas. El crujido de la gravilla, las piedras que se mueven bajo las ruedas. Marina se siente como si tuviera el cañón de una pistola incrustado en el cuello.

—Sé que eres tú, Kess —grita Marina—. Adelántame y ya está.

Oye que el vehículo se acerca. Kessie baja la ventanilla para gritar:

—¿Vas bien?

Marina encaja la mandíbula y la determinación. Ritmo y balanceo. La coordinación es lo más importante. Si rompe el ritmo, caerá al suelo y se convertirá en cuadrúpeda; debe recordarlo. En cuadrúpeda.

—Perfectamente. Lárgate.

La camioneta sigue avanzando a su paso. Kess sigue asomada a la ventanilla. Marina sigue avanzando por el camino de tierra en dirección al cercado de las vacas, que señala el borde del mundo.

—¿Qué quieres, Kess? —grita Marina.

—He pensado que igual querías ver el nido de águilas que hay más adelante, siguiendo el río.

Muleta, paso, muleta, paso.

—¿El del campamento norte? —Ese nido ha estado en el pino moribundo desde que Marina recuerda, un destartalado montón de ramas lavadas por el río acumulado año tras año, palito tras palito.

—Hay una segunda nidada.

—Bien por ellos.

—Todavía están cebando a los polluelos.

Marina se detiene y se apoya en las muletas.

—¿Qué quieres, Kess?

Su hermana abre la puerta de la camioneta. Marina coloca las muletas en

la parte de atrás y ocupa el asiento. Kessie da media vuelta en el camino y avanza dejando atrás la casa, la cabaña pintada de blanco, los perros que apenas se mueven en el camino del río.

—La doctora Nakamura te ha dicho que descanses. Tienes los huesos débiles.

—Mis huesos son cosa mía.

El camino del río es una serie de zigzags paralelos a la sinuosa orilla derecha. Las ruedas lanzan un polvo denso y fragante que vuelve a posarse muy deprisa. El polvo lunar cae lentamente y atrapa la luz: brillos y arcoíris. Marina recuerda las estelas de polvo que dejaban las ruedas de las motos lunares cuando Carlinhos y ella emprendieron su descabellada y maravillosa marcha para reclamar el mar de la Serpiente en nombre de Corta Hélio. El polvo que levantaban habría sido visible desde el espacio. Aquel telescopio del porche trasero habría permitido ver dos pequeñas cicatrices en el hombro de la luna llena.

Kessie tuerce por algo que recuerda vagamente un camino: marcas de neumáticos en un charco seco, ramas partidas, hierba aplanada. Marina siente hasta la última piedra. La camioneta se detiene a una distancia respetuosa del árbol. El nido de águilas es enorme, una segunda copa en el pino agonizante. Hay nidos de águilas que pesan una tonelada. La hierba seca de debajo está llena de excrementos. El río encuentra nuevas palabras entre las piedras y la grava.

—En serio, ¿qué quieres? —pregunta Marina.

—¿Vas a volver? —dice Kessie—. Antes de que lo niegues, me lo ha dicho mamá.

Marina intenta ponerse cómoda en el asiento traqueteante. Ahora no está cómoda nunca. No encuentra comodidad en este mundo. El rumor del agua, el aderezo de polvo de la carretera, el alto cielo despejado y el águila que gira en él se le antojan inanes, traslúcidos. Demasiada iluminación, colores demasiado saturados. Mentiras. El árbol es plano, insustancial, pintado en una lámina. Si alarga la mano hacia esa montaña, la atravesará con los dedos. La Luna es fea, despiadada y rencorosa, pero solo se siente viva en ella.

—Me transformó, Kess. No solo físicamente. La Luna conoce mil formas de matar. He visto cosas terribles. He visto morir a gente. Muertes espantosas,

estúpidas, inútiles. La Luna no perdona, pero, Kess, en ella la vida es tan intensa, tan preciosa... Saben vivir. Aquí, a los diecisiete o dieciocho años consiguen un coche, se emborrachan, montan fiestas. Allí, los chavales corren desnudos por diez metros de vacío. Viven hasta el último segundo de esos diez metros.

—Si vuelves...

—Tendré que quedarme allí.

Dominan el paisaje el murmullo del agua y los crujidos que arranca el viento al tejido del nido de águilas.

—¿Lo aguantarás? —Kessie no puede mirarla a la cara. Están sentadas en asientos contiguos, a mundos de distancia—. Decías que al subir en la lanzadera tenías la impresión de que ibas a convertirte en plomo y morirte. Volver a pasar por eso...

—No sé —dice Marina—. Si Lucas Corta fue capaz... —Se atraganta con el recuerdo, repentino y puntiagudo como un hueso en la garganta, de Lucas Corta: esbelto, pulcro, con la barba muy cuidada, el pelo engominado, brillo de uñas y un traje con más filo que los cuchillos de los Corta. La primera vez que lo vio en Boa Vista, en la fiesta de la Carrera Lunar, cuando consiguió el trabajo de camarera que la salvó del lento tormento de no poder pagar los cuatro elementos. La asfixia del tardocapitalismo. Una mancha negra surca el cielo en círculos. ¿Serán células muertas en el humor vítreo o será un águila?

—Me dijiste que el despegue casi mata a Lucas Corta —dice Kessie.

—Lo mató —dice Marina—. Lo revivieron. No hay forma de acabar con él.

—Pero sí contigo.

—Yo nací en la Tierra. Tengo otra fisiología, y me entreno.

—¿Eso hacías cuando te tiraron a la cuneta? ¿Eso hacías ahora? ¿Entrenarte?

Es un ave que baja en espiral, con las plumas de las puntas de las alas estiradas, trazando un camino por el aire.

—Aún no lo había decidido.



El águila gira sobre un meandro del río y planea valle abajo.

—¿Ahora lo tienes decidido?

—Lo decidí en el momento en que toqué el suelo. La Luna es fea y despiadada, y pasaba miedo todo el rato, pero durante esas veinticuatro lunas viví más que hasta entonces. Esto son sombras y niebla, Kess.

El águila aparece, desciende encogiendo las plumas y se posa a un lado del nido, con escamas y sangre en las garras.

—Mira —susurra Kessie. Unas cabezas aparecen sobre el borde del nido; el águila arranca trozos de blanca carne sangrante del pescado para introducirlos en los picos abiertos.

Los bastones de senderismo son más seguros y sutiles que las muletas, pero Marina sigue subiendo con pasos inseguros, uno a uno, los escalones que conducen a la cubierta de proa. Kessie ya está en la barandilla. Es un rito familiar, ser el primero en divisar la Space Needle cuando el ferry rodea Bainbridge. Nunca hace calor en el estrecho; Marina se envuelve en la chaqueta. En los años que ha pasado fuera han ido surgiendo anodinas torres alrededor del emblemático edificio, como guardaespaldas, y hasta se han extendido por la bahía de Elliott hasta el oeste de Seattle. Un buque de carga automatizado surca el estrecho en dirección al océano; un acantilado de metal en movimiento. El ferry oscila en su estela, y Kessie da la alerta.

—¡Ahí está!

La familia Calzaghe va a Seattle en ferry dos veces al año como mucho; en ocasiones pueden transcurrir años enteros sin que visiten la ciudad. Aunque las torres anuncian la llegada inminente, la cumbre de la montaña Rainier les da la bienvenida. Los largos viajes se hicieron más frecuentes cuando mamá estuvo hospitalizada; la montaña se convirtió en oráculo. Si se alzaba contra el cielo despejado, con su cima nevada más alta de lo imaginable, todo marcharía bien. Si estaba cubierta de nubes, si llovía, había que prepararse para reveses y decepciones. La montaña era una diosa durmiente, con la cabeza inclinada sobre su ciudad y sus islas.

—Se ve bien —dice Marina, pero a pesar de que solo han pasado dos años se da cuenta de que la nieve se ha derretido más y los glaciares se van retirando. No soporta la idea de una Rainier sin nieve, una reina sin corona.

El ferry alcanza su terminal y los pasajeros se dirigen a salidas y vehículos. Kessie abre camino por la marabunta de peatones, pero a Marina le resulta reconfortante la presión de los cuerpos en la estrecha pasarela. La Luna era gente, toda la gente, solo gente, de arriba abajo.

El taxi las deja entre las oscuras torres. Al parecer, todos los peatones y ciclistas llevan mascarilla ahora. Alguna nueva evolución bacteriana letal. El mayor miedo de todos los habitantes de la Luna era que llegara una nueva enfermedad terrestre a sus ciudades selladas y se propagara de pulmón en pulmón por las *quadras* de Meridian, que subiera por las torres de Reina, antes de que logaran movilizar los recursos médicos necesarios para combatirla. Una epidemia en la Luna.

La delegación de VTO es una pieza de bisutería de cristal y aluminio, situada en un lugar privilegiado a orillas del lago Union. Hidroplanos aterrizan y despegan junto a las animaciones, que ocupan toda la fachada, de cicladores con la tierra de fondo.

—Échame una mano.

Kessie sujeta los bastones de Marina para que se quite la chaqueta. Muy ufana con su camiseta de Corta Hélio, adelanta en el vestíbulo a los aspirantes a Moonbeam. Se le clavan los ojos; se vuelven las cabezas.

—Tengo cita en el centro médico —dice Marina al recepcionista.

—Marina Calzaghe —confirma este. Es el paradigma de chico de VTO: alto, reluciente, de pómulos marcadísimos. Envía una posición a la agenda de Marina—. Bienvenida de nuevo. No tenemos mucho tráfico de repetición. Me gusta esa camiseta retro —añade cuando Marina agarra los bastones.

La sala de espera está llena. Siempre habrá gente dispuesta a buscar fortuna en la Luna. Jóvenes de todos los colores y nacionalidades, nerviosos y emocionados. Las pruebas son psicológicas además de fisiológicas; no todo el mundo soporta la apelotonada y claustrofóbica sociedad lunar. Tras esas puertas blancas, muchas esperanzas se frustran y otras muchas cobran alas.

—Corta Hélio. —Una chica que está sentada frente a Marina y Kessie, que se ha vuelto para observar a sus posibles compañeros de lanzamiento, lee la camiseta.

—Trabajaba para ellos —dice Marina.

—¿En qué delegación?

Marina señala con el pulgar los paneles del techo.

—En la central. Era tragapolvos.

—¿Estuviste trabajando ahí arriba?

—Dos años. El máximo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice la mujer.

—Adelante —dice Marina.

—Si estabas allí, ¿por qué volviste?

Se abre una puerta blanca.

—¿Marina Calzaghe?

Los brazos retraen los apéndices y desaparecen en las aberturas de las paredes blancas. Se cierran los paneles, dejando una superficie pura y lisa. Marina se levanta del escáner. Ha dejado los bastones junto a la puerta. Tarda más en llegar hasta ellos de lo que tardó en llegar desde ellos.

—¿Todo en orden? —pregunta.

El doctor Jaime Gutiérrez parpadea para que la lentilla de datos se le sitúe frente al iris.

—Ochenta y ocho por ciento de probabilidad de sobrevivir al lanzamiento —dice—. La gravedad máxima hasta la órbita es de dos, que equivale a doce veces la gravedad lunar. No será cómodo, pero tiene una buena musculatura. Se nota que hace ejercicio.

—La Carrera Larga —dice Marina, consciente de que el médico no lo entenderá y de que no es suficientemente curioso para preguntar.

El médico parpadea de nuevo para apartar la lentilla de su campo visual.

—Una pregunta: ¿por qué?

—¿Forma parte de la evaluación psiquiátrica?

—Nunca he visto volver a nadie. He atendido a turistas, ejecutivos, investigadores universitarios y personal de la LMA que realizaba rotaciones de seis meses ahí arriba y tres aquí abajo, pero ¿alguien que haya pasado dos

años completos? No. Cuando vuelven, se quedan aquí.

—Igual no debería haber vuelto —dice Marina.

—Hay alguien, ¿verdad? —pregunta el doctor Gutiérrez.

—Sí. —responde Marina—. Pero tuve que venir para ver las cosas claras.

—Una epifanía muy cara.

—No es más que dinero.

El doctor Gutiérrez sonrío y Marina piensa que quizá lo haya juzgado mal. Se abre la puerta y aparece Melinda en la estancia blanca. Marina no ha vuelto a pensar en su enlace de rehabilitación desde que sus faros traseros giraron en el camino de tierra y se perdieron entre los árboles.

—¿Has terminado, Jaime?

—Está en condiciones de volar —dice el doctor Gutiérrez.

—Tengo que hablar contigo, Marina.

Marina la sigue por el pasillo. Las puntas de los bastones de senderismo hacen tic, tac contra la madera.

—¿Un café? —pregunta Melinda mientras Marina se sienta cuidadosamente en el sofá, en una habitación pequeña y luminosa con vistas al lago Union. Los sofás bajos son trampas tapizadas para la gente de la Luna: es posible sentarse, pero no levantarse.

El café llega con una mujer cuyo traje apesta a Gobierno. Sirve dos tazas.

—Gracias, Melinda —dice, y empuja por la mesita el café de Marina—. Me llamo Stella Oshoala y trabajo para la Agencia de Inteligencia de la Defensa.

—Algo así me olía.

Stella Oshoala se echa dos terrones de azúcar, remueve y bebe un traguito.

—Has experimentado hostilidades en tu vecindario.

—¿Vigiláis a todos los que regresan?

—Sí. A muchos les resulta difícil volver a adaptarse a la vida en la Tierra. La Luna suele suscitar ideas políticas poco ortodoxas. Liberalismo extremado,

deseos de crear comunidades utópicas, anarcosindicalismo, alternativas al sistema jurídico vigente...

—Yo solo intentaba encajar. Labrarme una nueva vida.

—Pero no es así, ¿verdad, Marina? —Stella Oshoala deja la taza en la mesita—. Vas a volver. No hay precedentes.

El café de Marina ya no sabe a maravilla y nostalgia.

—¿Qué quieres?

—Pagar la atención médica de tu madre.

—Yo corro con esos gastos. No hables de mi madre.

—Puedes pagar sus cuidados o puedes volver a la Luna. No puedes permitirte las dos cosas.

—¿Han inspeccionado mis cuentas?

—Solicitaste un préstamo para el viaje Tierra-Luna. Claro que nos interesa.

La agente gubernamental tiene razón: no cuadran los números. Marina no contaba con que subiera el precio de los viajes a la Luna ni con que los gastos médicos se multiplicaran. Ahora, igual que cuando acudió por primera vez a las oficinas de la orilla del lago para su evaluación prevuelo, VTO ofrecía préstamos a los potenciales trabajadores lunares. Igual que entonces, ha cumplimentado la solicitud en la intimidad de la noche cerrada. Tenía miedo de revelar su secreto: puede que Marina, la trabajadora lunar, el soporte de los Calzaghe, no sea tan rica como creía.

—Solo quiero cumplir todas mis responsabilidades.

Stella Oshoala se mira los zapatos. Tuerce la boca.

—Debes saber que es improbable que se apruebe tu solicitud.

Marina siente que la gravedad alarga la mano y tira de ella hacia abajo. La habitación da vueltas. El suelo se agranda.

—¿Qué?

—VTO no te concede el préstamo.

—Pero si solo son cien mil.

—Fueran cien mil o cien millones, la respuesta sería la misma —dice Stella Oshoala. Bebe un trago, aunque el café ya está frío.

—No lo entiendo —balbucea Marina. Su mundo ha implosionado. Todas sus esperanzas se precipitan por el agujero que se le ha abierto en el corazón.

—Para VTO, una regresada que quiere volver a la Luna no constituye una inversión segura y estable. —Establece contacto visual—. Quiero que hagas un trabajo para nosotros, Marina. Los honorarios bastarían y sobrarían para cubrir tu déficit.

Y de ese agujero sale furia.

—Habéis dado instrucciones a VTO de que rechace mi solicitud, ¿verdad?

Stella Oshoala suspira.

—Estás en una situación irrepetible y mi organización sería negligente si no la aprovechara.

—Queréis que me convierta en espía.

Stella Oshoala tuerce el gesto.

—No utilizamos esa palabra, Marina. Nos interesa la información. Actualizaciones. Conclusiones. Nuestro Gobierno no tiene mucha fuerza en la LMA. Lo que pasa ahí arriba es importante, pero los rusos y los chinos no nos dan más que alpiste.

—¿Intentas convencerme de que es mi deber patriótico?

—Tampoco utilizamos esas palabras, Marina.

Marina se siente atrapada, tragada por el profundo sofá.

—Espiar a mis amigos. —La cólera es roja y ardiente, apasionante, pero tiene que controlarla. Se traga las palabras «espíame a mis amores».

—Tu madre recibirá la mejor atención —dice Stella Oshoala.

La cólera infunde fuerzas a Marina para levantarse del sofocante sofá y cruzar la habitación hasta sus bastones.

—Nosotros cuidamos de los nuestros —dice Marina mientras introduce las manos por las asas y agarra los mangos.

—Piénsatelo —dice Stella Oshoala a modo de despedida cuando Marina

ya está en el pasillo. Tictac, tictac. Una espía. Una soplona, una traidora. ¿Cómo se atreve? El dolor y la humillación se redoblan porque la mujer tiene razón. No puede permitirse ir a la Luna y cuidar de su madre. Ni traicionar a la familia que la acogió, que la levantó del polvo y depositó su confianza en ella. Que depositó sus vidas en sus manos.

—¿Qué tal? —pregunta Kessie cuando Marina atraviesa las colas de esperanzados que miran a la Luna, hacia el coche que se detiene bajo el porche—. Has tardado mucho.

—Estoy como una moto —dice Marina—. Échame una mano, ¿quieres? — Kessie sujeta los bastones mientras Marina se pone la chaqueta. Le está pequeña y abriga demasiado para la ciudad, pero tiene la impresión de que su camiseta de Corta Hélio la identifica como traidora.

Las nubes se apelotonan alrededor de la Rainier. Una diosa voluble. Marina da la espalda a la montaña, a la Space Needle, a las malhadadas torres de la bahía de Elliott. Ciudad traicionera... Se agarra a la barandilla y observa, a través de la bahía y el estrecho, las montañas de su tierra natal. Se abrocha la chaqueta hasta la garganta. Siempre hace frío en el estrecho. Una buena chaqueta nunca estorba.

El ferry ha rodeado el cabo sur de la isla de Bainbridge cuando Kessie se decide a hablar:

—Estás de un humor de perros, hermanita. ¿Ha pasado algo?

Las medusas flotan en el agua azul marino, ramilletes de gelatina y veneno.

—Necesito que me prestes cien mil dólares.

—Así que era eso.

—Lo que era, Kessie —dice Marina, con los nudillos blancos contra la barandilla de madera oscura—, lo que ocurre, es que la Agencia de Inteligencia de la Defensa intenta convertirme en espía.

Las casas de madera bordean las pedregosas orillas, pulcras y opulentas. Tras ellas se alzan los árboles.

—No lo llaman espionaje —continúa—. Lo llaman información. Si los informo sobre los Corta, pagan la atención de mamá.

El sonido del motor cambia cuando el ferry maniobra para anclar en el

puerto de Bremerton. Kessie se agita, incómoda.

—Tengo que preguntar...

—Los Corta son el hatajo de cabrones más egocéntrico, narcisista, arrogante y estrambótico que he conocido en la vida. Y me mata estar lejos de ellos.

Los altavoces informan del ataque. El ferry se estremece cuando se abre el portón de proa. Las oscuras olas ascienden por los pilares de hormigón y los amortiguadores de goma del muelle.

—No sé, Marina.

—Tengo que darme prisa.

—No sé, Marina.

La rampa araña el hormigón de la dársena. Marina es la última en salir. Distingue claramente el coche de Kessie en el aparcamiento; pronto las transportará, entre montañas y agua, de vuelta a la casa de la linde del bosque.



## 22

Haider frunce el ceño, parpadeando concentrado, con las ventanas de la nariz muy abiertas.

Alexia entiende que cuando se tiene miedo, cuando se va de cabeza a lo peor del mundo sin tregua ni cuartel, las trivialidades cobran gran importancia. La música, las charlas, las series favoritas. Pero, por todos los dioses, ¿cuántas partidas de *Dragon Run* puede jugar alguien de trece años?

El tranvía de la LMA viaja al este desde el empalme de Hipatia por las llanuras de cristal negro del cinturón solar. Un paisaje que anima al alma a retrotraerse, a las reflexiones lúgubres y la introspección. «Por todos los dioses»; ya le sale esa expresión hasta cuando piensa. Al estilo de la Luna. Dioses, santos y orixás, una feijoada demencial que se funde en algo inusitado, en algo nuevo, en algo más. Y ella forma parte de esa fusión, esa mezcla, esa argamasa. ¿Cuánto hace que pensó por última vez en su casa, en el verde y el azul de Barra, en la gente de Ocean Tower que vitoreó y brindó cuando subió al espacio, en el guapo y presumido Norton, en Marisa y Caio? Los días de olvido dan paso a las lunas y de repente resulta que han pasado los años y no hay vuelta atrás.

—Haider.

No hay respuesta.

—Haider.

El niño aparta la vista del juego y enfoca a Alexia.

—¿Las tienes a buen recaudo?

Haider abre la boca. Alexia ve pinceladas de color bajo la lengua, contra las mejillas. Rojo, verde, azul, blanco. El negro no puede verlo, oculto por la oscuridad del cuerpo humano. Ahí está la última muerte de todas.

—¡Hostias, Haider!

Haider se escupe las agujas en la mano.

—Solo estaba ensayando. No me has visto guardármelas, ¿verdad? Algo he aprendido de los trucos de Robson. Lo tengo bien pensado. No puedo metérmelas por el culo porque no podría sacarlas sin que me vieran. Así, me

las meto en la boca cuando lleguemos y me las vuelvo a sacar cuando vea a Robson. Solo tengo que quedarme callado.

—¿Y si te las tragas?

—Se activan con el ADN de Robson. Solo puede abrirlas él. Las expulsaría enteras.

«¿Y confías en eso?»

—¿Cuánto falta para llegar a João de Deus? —pregunta Haider.

—Diez minutos.

—Suficiente.

Se reclina en el asiento y vuelve a perder la vista en el juego. Qué niño más raro. De trato premeditadamente incómodo, inaccesible para quien intente acercársele. Alexia ha tratado de charlar, hacerlo hablar, entenderlo durante el viaje desde Teófilo. Ha rechazado todos sus intentos. El silencio, la introversión, la repelen. Jamás se haría amiga suya, pero no tiene trece años, no es un chico, no es Robson Corta, y para entender una amistad es necesario ver las dos partes. Pero es un amigo, el amigo mejor y más valiente que ha visto en su vida.

El tranvía decelera, arrancando a Haider del juego. La guardia de honor de la LMA adopta sus posiciones y se ladea cuando el tranvía pasa por el cambio de agujas hacia el ramal de João de Deus. Cuatro de los mejores mercenarios ajenos a los Corta que ha conseguido reclutar Nelson Medeiros. Si las cosas se ponen feas, aguantarán cuarenta segundos y lo saben. El tranvía ya está en el túnel, arrojando luces intermitentes contra las paredes, mientras frena para entrar en la estación.

—Muy bien, Haider.

No hay respuesta.

—¿Haider?

Cuando Alexia vuelve a mirar, Haider tiene la mano vacía.

Alexia odia João de Deus. Odia el denso aire rerrespirado, odia el olor a fritanga incrustado en la piedra porosa, el hedor de las cloacas mal gestionadas rebosantes de meados. Odia el sabor a polvo y notarlo debajo de

la suela de los Bonwit Teller. Odia la mezquindad de las calles, el reprobatorio entramado de niveles superpuestos, la claustrofóbica línea solar, tan cercana que se distinguen las celdillas del falso cielo. Odia los ojos que los fulminan cuando se cruzan con ellos, o desde calles y escaleras, o desde las pasarelas. Los ojos que los fulminan y dan media vuelta cuando ella mira atrás. Sabe qué dicen. «*¡Mão de Ferro?* Solo ha habido una *Mão de Ferro*: la mujer que construyó este lugar, que erigió un imperio del helio sobre el regolito despojado de cualquier otro valor. Adriana Corta.»

Sus credenciales obran maravillas: Hossam al Ibrashi ha ido a la estación a recibirlos. Es el nuevo primer *blade* de Mackenzie Helium; Finn Warne, su predecesor, es ahora el primer *blade* de Hadley.

—*Cincuenta blades de los Mackenzie se presentaron en estos dos andenes, vencieron a los defensores de Corta Hélio y atacaron el prospekt Kondakova* —informó Maninho cuando el tranvía de la LMA entró en la estación de João de Deus—. *A tu derecha, en el primer nivel, resaltado, el antiguo piso de Lucas Corta. Su sala acústica era la mejor de los dos mundos.* —Alexia no puede resistirse a mirar: ve ventanas oscurecidas por el humo, interiores carbonizados; le parece captar el olor de la madera quemada, de los compuestos orgánicos derretidos. Hossam al Ibrashi mantiene una amena charla insustancial; los dos *blades* de Mackenzie Helium son formales y discretos, y Maninho le susurra la otra historia. Hasta el último centímetro de la ciudad está marcado con una anécdota de las perfidias de los Mackenzie: todas las puertas, todos los callejones tienen superpuesto el recuerdo de alguna afrenta—. *El Estádio da Luz: la sede de los João de Deus Jaguars, antiguamente los Moços.*

—Un momento.

Maninho resalta la parada del tranvía de Boa Vista, sellada y condenada, pero hay algo que no narra en sus historias. Un semicírculo de bioluces resplandece al pie de la pared: rojo, verde, dorado. Entre ellas, figurillas de impresión barata apoyadas, tumbadas o sujetas a bases inestables.

—Un momento, por favor. —Alexia se aparta de sus acompañantes para agacharse frente a las bioluces. Haider se le une. Han colgado iconos del sellador: ancianas de blanco con collares, como viejas bahianas. *Mães-de-Santo*, mujeres sagradas, las Hermanas de los Señores del Ahora dispuestas alrededor de un triángulo con retratos. Dos hombres, una mujer en el centro, el

hueco de uno que han retirado; aún está pegajoso por el adhesivo. Esa foto está boca abajo entre los exvotos. Alexia pasa los dedos por cada una de ellas. Así que este es Rafa, el hijo predilecto. Sonriente, popular, pero Alexia ve demonios tras sus ojos. Y este es Carlinhos, el luchador. Es muy guapo. Siente no poder llegar a conocerlo. Y esta mujer de rasgos marcados y piel oscura, con el pelo negro entreverado del blanco de la radiación, cuyos ojos parecen contemplar un imperio, solo puede ser Adriana Corta. La Mano de Hierro que excavó una dinastía en el regolito. La Mano de Hierro no contrataría delincuentes para hacer justicia con los hombres que hicieron daño a su hermana. La Mano de Hierro forja y ejecuta la justicia personalmente.

Alexia no necesita dar la vuelta al retrato caído. Sabe quién es. La Mano de Hierro, el encantador, el luchador. El traidor. «Vas a ver, João de Deus.»

—Tenemos que continuar, *senhora* Corta.

—Sí, claro.

Aprieta la mano de Haider, que la mira sobresaltado, y se arrepiente. Si Haider se lleva un susto, puede atragantarse con las muertes que esconde en la boca.

«Ya estamos llegando», le dice por el canal privado.

Mackenzie Helium se ha apropiado de quinientos metros de oficinas con fachada al *prospekt*. El logotipo, de neón, abarca tres niveles. Mucha seguridad. Alexia distingue a los *santinhos* por sus miradas furtivas de culpa y esperanza.

—Disculpe, *senhora* Corta, pero usted se queda aquí.

Hace un gesto de asentimiento a Haider. Se lo esperaban, pero ahora el niño está asustado.

—Adelante, Haider. Todo saldrá bien.

Le ofrecen asiento, y radiantes empleados con el uniforme de Mackenzie Helium le llevan té. Hossam al Ibrashi posa los dedos en el brazo de Haider y lo conduce a través de las puertas correderas.

La habitación es blanca, luminosa, tapizada con piel falsa de color marfil. Sin ventanas. Haider parpadea para defenderse de la rigurosa luz. Robson es un fantasma con el pantalón corto y la camiseta sin mangas, todo de color

blanco. Su piel y pelo contrastan duramente contra el blanco blanco blanco.

—Os dejo a solas —dice Hossam al Ibrashi—. Cinco minutos.

Se cierra la puerta. Ahora viene la parte que no se puede ensayar, que tiene que salir bien. Ahora es cuando la amistad se pone a prueba en el filo de un cuchillo, cuando Robson tiene que aceptar y entender sin un susurro, sin pestañear. Ahora viene el truco.

—¿Qué hay?

—*Olá.*

Haider abraza a Robson. Sigue pareciendo un saco de huesos y cables. Se aprieta contra él.

Ahora.

Lo besa. En la boca. Con la lengua, empuja la primera muerte hacia los labios de Robson. «Rápido, rápido, por favor, sé rápido.» Las cámaras los miran. Las IA escanean las frecuencias privadas. Hay ordenadores cuánticos preparados para romper cualquier cifrado como si fuera el cráneo de un bebé. Robson vacila; a continuación, Haider siente que se relaja. Robson abre la boca. Haider entrelaza los dedos a su espalda, ladea la cabeza para que el beso sea más profundo, más largo, más apasionado. Muerte tras muerte, introduce los venenos en la boca de Robson.

—¡Estás bien, estás bien, cuánto me alegro! —parlotea Haider, aún abrazado a él. Es una tapadera y es puro alivio nervioso—. ¿Estás bien? ¿Te tratan bien? ¿La comida está bien? ¿Te dejan ir por ahí? Wagner te manda todo su cariño; no le han permitido venir. ¿Te enteraste de..., de lo que pasó?

Robson asiente solemnemente, con los ojos muy abiertos.

—Estoy bien, estoy bien.

¿Las IA sabrán interpretar las inflexiones de su voz? ¿Las máquinas serán capaces de leer lo que subyace tras la turbación? ¿Todo son imaginaciones tuyas?

—¿Quieres una horchata? —dice Robson—. Tengo una cocina. O algo parecido.

Cuesta hablar. La conversación pesa como el plomo. Las palabras son

duras e incómodas. Haider se bebe la horchata; está como le gusta. Se queda ojiplático al ver a Robson beber un trago. Nada. Sereno y controlado, como si estuviera realizando un *saut de bras* desde el depósito del nivel 5. Inteligente, muy inteligente. Bebe horchata como si no tuviera nada en la boca. Se les olvida que Robson domina tanto el truco como el despiste.

—Tengo un gimnasio, ¿quieres verlo? —dice Robson. En Teófilo hay sectores enteros con menos habitaciones que su cárcel de João de Deus—. Se supone que tengo que hacer ejercicio. —Le enseña las mancuernas, la cinta corredora, la bicicleta elíptica—. Tengo un montón de cosas para reforzar el culo. —Deja de hablar y frunce el ceño—. Perdona, tengo que ir al baño. Ahora vuelvo.

Y ahí es donde hace el cambio, de la boca a otro escondite. No en el cuarto de baño; seguro que lo registran. En el culo, probablemente. Puede arreglárselas aunque haya cámaras, y Haider no cree que Bryce Mackenzie pueda darse cuenta. No lo verán venir.

—Perdona. Me pasa bastante. El agua de aquí es muy rara.

Se abre la puerta.

—Lo siento, pero ha pasado el tiempo —dice Hosam al Ibrashi.

—Un beso —dice Robson. Por supuesto. El beso es el truco del truco.

«Gracias», dice sin sonido.

«Wagner dice que no estás solo», dice Haider, también sin sonido.

El truco está hecho. Robson coge el rostro de Haider entre las manos. Ojazos, pecas. Haider siente que le estalla el corazón.

—Un beso de despedida —dice Robson, y besa a Haider como si el mundo fuera a acabarse, como si fuera lo último que va a hacer en su vida.

El barro es denso y gris; las partículas de mica resplandecen cuando la luz alcanza los pliegues. Constituye un complejo ecosistema de suplementos minerales, nutrientes dérmicos, exfoliantes, hidratantes y suspensiones de antimicóticos, antibióticos y fagos contra las enfermedades resistentes problemáticas de la Tierra, y llena un aljibe en el suelo de la suite presidencial de Mackenzie Helium.

Bryce Mackenzie se recuesta contra un montón de lodo gris, se llena los

puños con él y se masajea el pecho colgante. Las ignominias de la batalla de Hadley se disipan como las células epiteliales muertas.

—Esto es vida —susurra—. Esto es vida.

Han transportado el barro en BALTRAN desde Kingscourt, y al llegar se lo ha encontrado esperándolo, a temperatura corporal y con la consistencia cremosa adecuada. Los viajes son dolores, contratiempos, incomodidades e indigestiones. A lo largo de los dos últimos años, Bryce ha pasado cada vez más horas en su baño de barro.

—Que me lo traigan —ordena Bryce.

—¿Cómo lo quiere? —pregunta Hossam al Ibrashi.

—En bañador. —Bryce habla con voz ronca, coagulada de deseo. Hossam al Ibrashi inclina la cabeza y sale. Bryce apoya un brazo en el borde de la piscina; caen goterones de barro de los promontorios del abdomen y el pecho. El barro llena los pliegues del cuello y la papada. Se ha puesto rayas de barro en las mejillas, como pinturas de guerra. Respira pesadamente, pero con regularidad, con el corazón atenazado por la angina. Los médicos le aseguran que aún aguantará mil millones de latidos, y más le vale a la gente de João de Deus que tengan razón. Siente el balanceo del pene contra el barro cálido y pesado.

—Bryce...

Hossam al Ibrashi está detrás del niño, con una mano en su hombro.

—Gracias. —Bryce inspecciona a Robson Corta. El bañador es diminuto, de un blanco inmaculado. Va descalzo: jamás ha conseguido alcanzar el orgasmo con alguien que llevara los pies cubiertos—. Bueno, acércate, acércate, vamos a echarte un vistazo. —Oye la avidez en su propia voz. Ahora es cuando se lo arrebató todo a Lucas Corta—. ¿No te dije que hicieras ejercicios de musculación? Estás más flaco que una puta cría.

No hay respuesta. Desafío en los ojos, en los labios. Bien. La hosquedad es mona. Es divertido romper la hosquedad.

—Bueno, supongo que tendré que conformarme. Quítate eso.

—¿Qué?

—Anda, si sabe hablar. Maravilla de maravillas. El bañador. Quítatelo.

Una graciosa consternación en su rostro. Le ha dado; le ha dado de lleno. Y más que vendrán, una tras otra.

—Joder, niño, ¿qué creías que iba a pasar? Desnúdate.

—Hummm, ¿le importa? —El chico gira el dedo, indicándole que se ponga de espaldas. Ahora le toca a Bryce soltar un «¿Qué?» de incredulidad—. Necesito que no mire nadie.

—Lo que necesitas, chaval, es quitarte ese bañador.

—Sí, sí, ahora mismo, pero...

—¿Será posible el pazguato?

Bryce se pone de espaldas. Más adelante se lo hará pagar al pequeño Corta. Mackenzie. Era, es, siempre será: Mackenzie. Suyo.

—Y luego entra aquí conmigo.

Cuando oyó a Bryce pedirle que se desnudara, Robson pensó que se le paraba el corazón. No le había costado mucho esconder las muertes en el diminuto bañador blanco: llevaba las agujas, sin funda, en el dobladillo elástico. Las había desenfundado porque sabía que cuando llegara el momento de administrar las muertes no tendría tiempo de desbloquear las cubiertas de plástico. Agujas desnudas contra la piel. Debe moverse con cuidado y precisión. Ningún movimiento de alguien que practica la magia o el *parkour* será jamás descuidado ni impreciso.

Su plan no incluía dejar las armas en el suelo del jacuzzi de Bryce.

Tiene que ser rápido, tiene que actuar con precaución y tiene que seguir a salvo. Las prisas, el atropello, la falta de atención podrían dejarlo vomitando, sangrando, cagando los órganos en el recubrimiento de caucho. Poco a poco, con cuidado, de una en una. Se saca del bañador la primera muerte, la roja, y se la enreda en el pelo. Se graba a fuego la posición en la memoria corporal. No puede permitirse fallar. Luego la muerte azul, la verde.

—Ya casi estoy —dice. Se entrelaza la blanca y la negra en el afro—. Ya.

Nunca se ha sentido más desnudo, más descubierto, más en carne viva. Es piel, es carne, no es nada. Se arrodilla al borde de la piscina. No soporta la idea de tocar el barro. Si toca el barro, nunca volverá a sentirse limpio. Al hombre que hoza risueñamente en él no puede ni mirarlo. Está más allá de la



inmundicia; es podredumbre.

Así está mejor, ¿verdad? —Bryce resbala hasta quedar bajo Robson y sube la cabeza para mirarlo, sonriente. Pone morritos—. Ahora, bésame como has besado al mariconazo de tu amigo.

Robson se inclina para acercarse.

—Ni hablar.

Sube la mano. La memoria corporal es perfecta. Coge la muerte roja y la clava en el globo ocular izquierdo de Bryce.

—Esto es por Rafa —anuncia mientras Bryce se retuerce de dolor; siente la punzada en el ojo sangrante.

Los gritos mueren en los labios de Bryce y su cuerpo se convulsiona; un charco de diarrea apestosa va extendiéndose por la superficie. Robson tiene la segunda muerte entre los dedos. La introduce limpia y profundamente en el ojo derecho de Bryce.

—Esto es por Carlinhos.

Bryce manotea frenético, a ciegas. A Robson le resulta fácil sujetarle una mano mientras se saca del pelo la tercera muerte. Tiene la muñeca manchada de rojo: Bryce sangra por las cutículas. Y por los oídos, los lacrimales, las comisuras de los labios boqueantes. La sangre le corre por los carrillos temblorosos y se reúne en la superficie del barro. Sus intestinos y vejiga siguen vaciándose en el aljibe.

La tercera muerte, la muerte del alma, va en el globo ocular izquierdo, junto a la primera.

—Esto es por el grupo de *parkour* de Reina del Sur —brama Robson exaltado.

Una vocecita suelta un prolongado gemido lastimero. Bryce pondría los ojos en blanco, pero las agujas se los sujetan.

—Esto es por Hoang. —Con un rugido, medio cegado por las lágrimas, con todos los músculos en tensión, Robson administra la cuarta muerte: la muerte del yo.

Las manos ya no se alzan hacia él; se agitan suplicantes. La garganta de

Bryce se convulsiona; una oleada de vómito rojizo surge de sus labios sangrantes y cae por los grasientos pectorales. La piscina de barro es un pantano pútrido de pis, mierda, sangre, vómito y órganos licuados. Con seguridad, los dedos de Robson sacan del afro la muerte definitiva. Blande la aguja negra frente a los ojos ciegos de Bruce.

—Y esto es por mí.

Introduce la aguja en el ojo izquierdo de Bryce. De algún modo, por algún resquicio, una vocecita atraviesa los infiernos de las alucinaciones, el dolor y el bloqueo sensorial.

—Puto. Corta. Las bombas. La ciudad está conectada. A mi corazón. ¡Bombas!

Robson se queda paralizado. Se abre la puerta; se vuelve y ve a Hossam al Ibrashi, que carga con un cuchillo en cada mano. Robson se aparta y suena un silbido; algo se enreda alrededor del cuello de Hossam. Unos cubos de roca sin desbatar, que giran cada vez más deprisa, le aplastan la cabeza como un mango.

Entra corriendo una *blade* de Mackenzie Helium y atraviesa a Hossam con un cuchillo, de vertebra a pulmón, pero la boleadora improvisada ha hecho su trabajo.

—¿Estás bien? —pregunta en portugués. «Wagner dice que no estás solo.»

—Han colocado bombas —susurra Robson. Lo han abandonado las fuerzas.

Bryce Mackenzie, sonriendo, se hunde en la nauseabunda cloaca de su muerte.

La *blade* tiende una mano. Hay bombas, bombas, todo el mundo tiene que salir, ¿y le tiende la mano?

—¡Las bombas están conectadas al corazón de Bryce! Si muere...

La *blade* tira de Robson para ponerlo en pie. El barro cubre el rostro de Bryce Mackenzie, se le introduce por la boca abierta.

—Ah, eso. —Tiene acento *santinho*. Y ahora Robson oye voces, gritos, ¿el sonido de una batalla?—. Ya las encontramos y las desactivamos hace lunas.

Robson da un paso inseguro. La *blade* se quita la chaqueta y le introduce los brazos en las mangas. Ahora está temblando; convulsiones sísmicas sacuden su cuerpo.

—¡Vamos, Corta! —dice la *blade*. Lo ayuda a ponerse el bañador, le pasa la mano por el cuello y se dirigen juntos a la puerta.

—Corta —susurra Robson. El mundo es a la vez muy grande y muy pequeño, muy cercano e infinitamente lejano, y no puede dejar de temblar—. Corta. —Se pone a sollozar. No puede contenerse. Ya ha gastado la furia, y las cenizas están frías y muertas.

—Vamos a prepararte un té caliente —dice la *blade*.

—Horchata —balbucea Robson entre las lágrimas—. Yo bebo horchata.

Wagner Corta no se ha parado nunca a pensar en los *zabbaleen*. Son el quinto elemento, los rapiñadores y recicladores, los limpiadores y deshuesadores, los que se llevan la carne y entregan la grasa. La vida, los recuerdos, reducidos a elementos químicos.

Todo termina así, en una hoja de cálculo con el contenido en carbono, oxígeno, nitrógeno, calcio y elementos residuales. El carbono de los muertos se convierte en el combustible de las impresoras tridimensionales de los vivos.

Él también acabará así: una ración, un vestido de fiesta, un juguete, un cuchillo asesino.

Los *zabbaleen* son discretos y minuciosos. En el piso no queda ni una mancha de sangre, ni una célula epitelial. Ni rastro de que ahí se ha producido un asesinato. Un asesinato y un secuestro. Wagner supone que el olor de la sangre, de la muerte, de los cuchillos, debe de impregnar las paredes, los suelos. Los *zabbaleen* son competentes: el piso huele a cítricos aderezados con el omnipresente aroma eléctrico del polvo lunar.

El piso.

Su piso.

Haider la encontró en la puerta. Aquí. Wagner está en ese punto. Piensa en sus dedos, unos dedos tan diestros que podían arrancar una música maravillosa de un montón de madera torcida y alambre tensado. Esos dedos

intentando taponar la terrible herida; los dedos agitándose, quedando inmóviles, pintados de rojo hasta los nudillos, hasta las palmas de las manos, hasta las muñecas.

No puede pensar demasiado, ni demasiado tiempo, en esa imagen.

Nadie merece morir así.

Quienquiera que lo hiciera, fueran quienes fueran los *blades* o mercenarios de Bryce, espera que prueben su propia medicina cuando se levante João de Deus.

Tiene que salir de ese piso. Le llama la atención un papel doblado, en el estante. Es imposible que haya escapado a la atención de los *zabbaleen*, a no ser que no vaya con ellos. Una nota, con cuatro pliegues.

«Lo siento, Wagner. No tengo perdón. Te he traicionado, he traicionado a Robson. Habrían hecho daño a mi familia.»

La familia es lo primero. Siempre la familia.

Las palabras de la traidora están escritas a mano, arcaicos trazos en un papel de lujo.

Palabras como notas musicales, obra de sus dedos.

Wagner hace una bola con la nota. La lanzaría al otro lado del piso, un ultraje para el perfeccionismo de los *zabbaleen*, pero por mucho que los traicionase, no debe dejarla a merced de manos desconocidas.

Bryce Mackenzie ha muerto. Robson está a salvo. Ahora puede cerrar la puerta a su espalda, coger el BALTRAN y volver a su familia y su ciudad.

## 23

«No soy luchador», dice en el r ver que ha cogido en la terminal del BALTRAN.

«Soy un lobo», dice mientras el r ver entra en la esclusa cuatro de João de Deus.

«En realidad no soy un Corta», dice mientras se cierran las puertas en guillotina de la esclusa y se iguala la presión.

«Eres un Corta», le dicen, y le ponen un cuchillo en la mano derecha y otro cuchillo en la izquierda.

«No soy un líder —dice mientras se abre la compuerta interior—. No soy la Mano de Hierro.»

«Est s al mando —dice la Mano de Hierro—. Esta es tu guerra.»

«Y yo te cubro —susurra Nelson Medeiros a su lado—. T  solo conseguirás que te matasen de alguna forma estúpida.»

El lobo inspira profundamente el hedor y el aroma de João de Deus y, con un grito, se sitúa al frente de los escoltas y avanzan por el *prospekt* Kondakova. La liberación de João de Deus es rápida y aplastante. Los escuadrones montados en róvers de los Corta toman las esclusas de superficie de la ciudad; de Twe llegan mercenarios en un tren enviado para la ocasión. Cápsulas llenas de material caen en las manos electromagnéticas del redistribuidor del BALTRAN; reinas de las vías de VTO contratadas por un día pasan el material a los equipos de asalto que recorren los *prospekts*. Pero no se desencadena una batalla: João de Deus se ha liberado por sí sola. Los tragapolvos y los infiltrados de Lucas en Mackenzie Helium se hacen con el control del aire, la electricidad y el agua de la ciudad. Los *santinhos* dejan el trabajo, los estudios y los hogares y acuden en masa a las impresoras públicas para aprovisionarse de cuchillos y armaduras. João de Deus se alza; los *blades* de Mackenzie Helium enfundan los cuchillos. Las muertes inútiles no dan beneficios. La junta huye en cuanto corre el primer rumor de que Bryce Mackenzie ha muerto a manos de un Corta; los altos directivos dimiten y abandonan los despachos.

El *prospekt* Kondakova rebosa de escoltas, tragapolvos y *santinhos*.

Llueven vítores y aplausos de los niveles y pasarelas superiores al paso de Wagner, que encabeza el ejército de liberación. A cada minuto acude más gente. Cuando llega a las puertas destrozadas de la sede de Mackenzie Helium, todo João de Deus está tras él. Levanta una mano. El ejército se detiene. Las voces se acallan. La eme y la hache del neón con el logo de Mackenzie Helium parpadean al borde de la muerte; casi todos los tubos han caído, víctimas de los proyectiles de hondas y arcos impresos a toda prisa.

Por las puertas destrozadas salen dos figuras: una *blade* y un niño. La mujer sigue protegiendo con el brazo a un Robson magullado, manchado de sangre, abatido. La *blade* le susurra algo. Él levanta la mirada. De repente le brillan los ojos.

Los cuchillos caen de las manos de Wagner, que corre hacia el chiquillo flaco y desfallecido para abrazarlo.

—Aquí estás —jadea. Las lágrimas le corren por la cara—. Aquí, aquí, aquí, aquí.

João de Deus responde con un grito.

La revolución no es nada pulcra.

Camina entre los escombros de la liberación: botellas de agua, cuchillos, trozos de marcos de puertas y ventanas convertidos en garrotes, restos de proyectiles sinterizados. Carteles. Ropa. Un zapato. Dos cadáveres. Lucas lamenta esos últimos. Su intención era que la adquisición se realizase sin derramar más sangre que la de aquellos cuya sangre debía derramarse. Por delante oye aún las consignas que grita la multitud. Una ciudad sucia, João de Deus. No se daba cuenta de lo sucia que era cuando vivía en ella. La mirada del conquistador percibe el precio de la conquista.

Conquistador. Salve, Lucas Imperator. Lucas sonrío ante su propia arrogancia. Da una patada a una piedra tirada en el *prospekt*. El rugido de la multitud suena más cercano, más escandaloso; se eleva y descende en oleadas. El lobo sabe manejar a una muchedumbre. El bastardo se ha portado bien. No convendrá dejar que la gente lo adore demasiado. Después de la reconstrucción, después de que los *zabbaleen* hayan salido de sus túneles y madrigueras para despejar los desechos, tendrá que enviar a Wagner de vuelta a Meridian. Darle algún puesto de funcionario. Nada demasiado exigente; que tenga tiempo de sobra para enredar con sus amigos los lobos.

El niño. A la hora de la verdad ha demostrado tener Mano de Hierro.

Lucas no está seguro de ser capaz de hacer lo que hizo Robson Corta.

Toquinho está preparado en el límite de su consciencia, dispuesto a señalarle una cosa, pero Lucas no necesita la sugerencia. Sabe hacia dónde mirar, y cuándo. Las ventanas vacías, las paredes tiznadas por el humo, las puertas desmoronadas ya no tienen poder. La mejor sala de sonido de los dos mundos. Pedía a Jorge que desfundara la guitarra en la sala de estar para que la forma de la funda no afectase al paisaje sonoro. Ahora ha desaparecido. No piensa reconstruirla; no tiene sentido vivir en un museo. Ahora vive en Boa Vista, y piensa rehacer esta inmunda ciudad como debería haber sido: dura, enérgica, caótica, festiva. Y tiene que hacer algo, lo que sea, con el hedor de João de Deus.

Denny Mackenzie colgó a Carlinhos de los talones por ese puente. Le pasó un cable por los tendones de Aquiles. La sangre que salía a borbotones del cuello le corría por los brazos y caía en gotas de los dedos al asfalto: aquí. Dicen que peleó como un demonio; mató a veinte *blades* de los Mackenzie antes de que Denny lo abatiera y le cortara el cuello hasta el hueso. Tal como señaló Alexia, fue ese mismo Denny Mackenzie a quien Lucas ayudó a instalarse en Hadley.

La vieja Luna ha muerto. Murió en la primera reunión con los inversores, los representantes de Gobiernos, los asesores militares de abajo, del infierno de la Tierra. Aún no ha nacido la nueva Luna. La obra no se ha representado hasta el final.

Duncan y Bryce Mackenzie han muerto. Denny Mackenzie se pavonea con el viejo espíritu pirata de Robert Mackenzie mientras mujeres competentes y discretas construyen un nuevo Mackenzie Metals. Los Vorontsov aspiran a alcanzar mundos lejanos. Los Sun se han visto humillados, pero se preparan para una guerra económica sin cuartel contra sus antiguos enemigos de la Tierra. La universidad empieza a despertar de su largo sueño. Los Asamoah, ¿quién sabe qué traman? ¿Y los Corta? Ya acabó la Era del Helio. Corta Hélio no regresará.

Nunca se trató de Corta Hélio.

—La familia es lo primero —dice Lucas—. Siempre la familia. —Con el rabillo del ojo capta algo nuevo, algo que no figura entre sus recuerdos de

João de Deus. Se acerca al muro con que han tapiado la vieja estación de Boa Vista. Hay un relicario dedicado a las Hermanas que se sacrificaron para liberar a Lucasinho de las manos de Bryce Mackenzie. Más aún: a los Corta. A su familia. El triángulo dorado. Rafa. El honrado y sincero Carlinhos. Lucas nunca se lo dijo, pero siempre admiró a su hermano pequeño. Carlinhos siempre sabía qué había que hacer y lo hacía. Sin dudas, sin preguntas. En el centro, su madre. La imagen es de los viejos tiempos de las prospecciones, cuando Lucas era el extraño bebé silencioso y taciturno del *berçario*.

—*Mamãe*.

Falta un retrato. Por supuesto. Toda la Luna lo consideró un traidor cuando arrojó a Jonathon Kayode desde el Nido de Águilas y ocupó el asiento del Águila de la Luna. Lucas se agacha, se sacude el polvo de los pantalones, coge su foto. Tan solemne, tan serio. La aprieta contra la pared hasta que el adhesivo se afianza. Se echa hacia atrás el sombrero.

—Bueno, he vuelto —dice.

Dos trajes rígidos, uno blanco y azul, otro rosa y morado. Están en la plataforma del ascensor, cogidos de la mano. El ascensor sube lentamente por el pozo sin aire de la esclusa del borde occidental de Coriolis.

El azul y el blanco son los colores de la Universidad de Farside. El rosa y el morado son los que ha elegido Lucasinho Corta en el vestidor de la esclusa.

—¿Estás bien? —dice Luna Corta mientras el sistema háptico envuelve a Lucasinho en su telaraña sedosa.

—Me hace cosquillas —dice Lucasinho.

—Se pasa en un momento —dice Luna. Ya está familiarizada con el sistema háptico, con todo lo relacionado con los trajes rígidos. Una auténtica tragapolvos—. Si estás incómodo, podemos parar.

—No quiero parar —dice Lucasinho. Tiene un tic en la cara. Los chips proteicos le siguen provocando tics y espasmos mientras abren nuevas rutas en su cerebro—. Luna, si...

—No me aparto de ti.

Se muestra nervioso mientras el traje empieza a sellarse a su alrededor: piernas, caderas, torso, brazos, hombros. Suelta un gritito cuando el casco se



le pliega en torno a la cabeza.

—¿Todo bien? —pregunta Luna por el canal común.

El guante derecho de Lucasinho forma una O con el índice y el pulgar: la antigua seña de los trajes presurizados que indica que todo está en orden. Pero en el extremo exterior de la esclusa, en la plataforma del ascensor, da un paso torpe hacia Luna y tiende la mano. Ella coge el guantelete acorazado entre los suyos. Todos los trajes rígidos son de la misma talla; lo que cambia son los cuerpos y corazones que los ocupan.

El ascensor sube y los dos trajes emergen entre los desechos del borde del cráter Coriolis.

—¡La cima del mundo! —dice Luna cuando la plataforma se detiene y se bloquea. La altura aleja el horizonte y las vistas son espectaculares; y se extienden a lo largo de una panoplia interminable de cráteres, cráteres dentro de cráteres, surcos y paredes agrietadas, con sombras que contrastan intensamente a la luz de un sol a mitad de camino hacia el cenit. Más allá, en el lugar más alejado que alcanza la vista, se elevan las montañas de Farside.

—¿Estás bien? —pregunta Luna. Aprieta la mano de Lucasinho. El sistema háptico convertirá la presión en un gesto reconfortante.

—Estoy bien.

—Vamos a pasear —dice Luna.

Da unos pasos por el borde, alejándose del ascensor; Lucasinho la sigue. La cima del cráter es un terreno ondulante que se curva casi imperceptiblemente a sus lados. Hay antenas de comunicaciones en los puntos más elevados. La sombra del borde oriental se alarga por el suelo del cráter; Luna señala la Ecuador Uno, la estación, el resplandor mágico de los teleféricos que descienden desde las facultades y distritos de Coriolis. Lucasinho está fascinado. Luna le aprieta la mano otra vez.

—Mira arriba.

—¿Arriba?

—Arriba.

Ve como el casco de su primo se inclina hacia atrás. Un largo silencio; luego, un suspiro de asombro aún más largo.

—¡No hay nada más que estrellas!

De Rozhdestvenskiy a Schrödinger, del mar Oriental al mar de Smyth, en los laboratorios de biología de Mandelshtam y en las redes de antenas de Muscoviense, Farside es un clamor. Un clamor apagado, tranquilo, considerado, pero Ariel lleva en las salas de la universidad el tiempo suficiente para interpretar el aumento de las llamadas al exterior, el ajeteo de académicos y veteranos catedráticos en las estaciones de Farside, las idas y venidas de *ghazis*. Un proyectil político con suficiente masa para romper planetas ha golpeado la cara visible, y la Luna resuena como una campana de *terreiro*. Se ha producido un seísmo aún mayor que el de la guerra de Sucesión de los Mackenzie.

Le gusta ese término. Quizá pida a Beijaflor que lo haga circular por la Facultad de Historia del mar del Ingenio.

—*Vidhya Rao* —anuncia Beijaflor.

—Joder.

Los informes sobre el estado del satélite se estudian mejor desde la perspectiva de la cama propia. Ariel sale de entre las sábanas e invoca ropa.

—*Vidhya Rao lleva diez minutos esperando* —advierde Beijaflor mientras Ariel se viste.

—Primero la cara —dice Ariel.

Cuando está vestida y maquillada ya sabe exactamente qué ha golpeado el mundo.

—Chico listo; muy listo —susurra mientras se ajusta el sombrero—. ¿Tus sabios Augustos previeron esto? —pregunta al llegar al salón.

—Ya no tengo acceso a los Tres Augustos —dice *Vidhya Rao*—. La política lunar ha entrado en una etapa crítica.

—La mayoría lo consideraría un sólido traspaso de gestión.

—El Águila de la Luna es independiente e imparcial, y no se involucra en asuntos empresariales.

—Jonathon Kayode se metía hasta las orejas en asuntos empresariales. Estaba casado con un Mackenzie, por todos los dioses.

—Una cosa es soltar indirectas y pasar información, y otra, asesinar al rival y ocupar la sede de su empresa.

—Lo de «pasar información» sobre la licencia del mar de la Serpiente desencadenó la guerra entre los Corta y los Mackenzie —dice Ariel.

—También propuso un matrimonio Corta-Mackenzie para acabar con el derramamiento de sangre.

—Sabía de sobra que eso no iba a ocurrir. Sabía de sobra que las consecuencias desencadenarían la guerra. ¿Adónde quieres llegar?

—Ha empezado. Lo que vi. Esos futuros con las ciudades llenas de calaveras; empezaron con la muerte de Bryce Mackenzie y con Lucas paralizado políticamente por la LMA. Le han ordenado rechazar la propuesta de los Vorontsov sobre el puerto lunar. Se pondrá del lado de los terrícolas, contra los Dragones. Respaldará la propuesta de la bolsa lunar y el genocidio mientras los terrícolas «racionalizan el mercado».

—Vidhya, te pregunto esto mismo cada vez que te cueles en mi vida: ¿a qué has venido?

—A pedirte que lo detengas. Porque eres la única capaz. Tiene que abandonar el Nido de Águilas, pero no puede porque los terrícolas se harían con el poder. Necesita un heredero en el que pueda confiar, Ariel.

—Lárgate —ordena Ariel—. Ahora mismo. —La repentina agresión verbal sacude a Vidhya Rao. «Nunca me habías visto así, ¿verdad? No te habías parado a pensar que pudiera ser algo distinto de la mujer ecuánime y calculadora de los juzgados. Pero es algo que llevo dentro; siempre lo he llevado dentro, a eras de profundidad, como en geología. Se pliegan los estratos; se acumulan las tensiones. Se agrieta la superficie. Marina vio esta faceta mía. Abena también. Ahora la ves tú»—. Ya basta de mierdas. Basta. Mi familia no es un hatajo de marionetas con las que puedes jugar. ¡Largo!

Dioses, le encantaría tomar un martini. Seco, limpio, lo mejor del universo. Al otro lado de la ventana alargada, las góndolas oscilan a lo largo de sus cables. Luces de carnaval; vidas festivas. Debería pedir disculpas a Vidhya Rao. Se las pedirá. Pero no ahora. Que sufra mojigatamente un poco más. Pero tiene razón. Ariel siempre ha sabido que la batalla definitiva se libraría entre Lucas y ella. Hermana y hermano. Dos arrecifes de pecios humanos, destrozados por la familia.

—Refresco de lima —ordena a Beijaflor—. En copa de martini. —Le queda bien en la mano. También tiene el tacto adecuado. Es claridad y precisión. Hace mucho que sabe qué debe hacer. Ahora tiene una idea de cómo hacerlo. Pasea la mirada por el cráter Coriolis, bebe un trago de la copa de martini y fluyen las ideas.

Es una locura. Ahora solo puede funcionar una locura.

—Beijaflor, ponme con Dakota Kaur Mackenzie.

La *ghazi* aparece al instante en la lentilla de Ariel.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Ariel sonríe.

—Lanzar un desafío.

Un cambio sutil en el aire acondicionado. Se ha abierto una puerta.

—¿Luna?

—Tía...

—Pasa, *anjinho*.

—Te he oído gritar.

—¿Me estabas espionando?

Una pausa. Un débil «Sí».

—¿Tienes túneles por todas partes?

—Sí.

La niña está a su lado. Ariel le pasa los dedos por el pelo.

—Creía que te ibas a limpiar eso de la cara cuando Lucasinho estuviera a salvo.

—Aún no lo está.

Ariel suelta una risita.

—Cierto. Pero lo estará. Muy pronto.

La chica abre la cortina de cuentas y entra en el carnaval con la *ghazi* de la mano. Las asalta la música de una docena de sistemas de sonido: la samba de

vieja escuela procedente de la plaza de la estación se enfrenta al funk que llega del puente del nivel 1; un bajo muy grave, al otro lado del *prospekt*, desafía al house impúdico del 2 Este; las trompetas de neotropicalia golpean desde su púlpito, en el cruce de Primeiro Serviço, mientras un carro empujado por entusiastas que tocan silbatos da vueltas a su alrededor y lo bombardea con bailes. Y por todas partes los tambores los tambores los tambores. De la mano, niña y *ghazi* se escurren por el ritmo y la música; pasan entre las hileras de una batucada, tan cerca una de otra como las baquetas de la piel del tambor, completamente desapercibidas. Y donde suena la música, los humanos bailan. João de Deus es una ciudad de trabajadores, no de bailarines; razón de más para hacer fiesta. Baila con alegría y sin inhibiciones. Y cada música tiene sus bailarines. La aglomeración de cuerpos con pantalón corto y purpurina que entrechocan en torno a los sistemas de funkailable; grupos de samba a la vieja usanza con pintura corporal y plumas, que desfilan bailando con saltos espasmódicos. El suave deslizar de las parejas al ritmo sincopado de la bossa y el jazz brasileño. Los golpes y contoneos de los tamborileros. Sudor y perfume. Pelo que se agita en el aire, piernas abiertas, pies bien plantados. Sacudiéndose, sacudiéndose. Ojos muy abiertos, pupilas dilatadas, lenguas que asoman; cuerpos que se inclinan y se adaptan al ritmo de los otros, balanceándose adelante y atrás. Sin tocarse, pero por muy poco. Los atraviesan como espectros la chica y la *ghazi*. El *prospekt* está cubierto por una alfombra de tiras de papel, envoltorios de comida y vasos de cóctel desechados que llega por los tobillos. La niña los aparta de una patada, abriéndose camino.

Y las voces las voces las voces. Gritando por encima de la música, gritándose a la cara, riendo, gritando. La niña no consigue hacerse oír por la *ghazi*: se comunican mediante mensajes de familiar a familiar, miradas, toques y gestos.

Por encima de las cabezas de los fiesteros flotan iconos hinchables de los héroes de João: estrellas del balonmano, músicos, actores de telenovela, pilotos de moto de polvo, famosos de los que salen en Gupshup. Leyendas de la vieja Tierra: Ayrton Senna, el Capitão Brasil con los puños en las caderas, Pelé, Maria Funk Fujiwara, Saci-Pererê con su única pierna, su sombrero y su pipa. Los orixás: el feroz Xangô, la amable Yemanjá. Pero supera a todos los demás un guantelete de armadura cerrado: la Mano de Hierro. Un Capitão Brasil sale volando; lo han soltado unos niños. Se eleva hasta unirse con la

nube de globos fugados, a la que los niños disparan con tirachinas desde las pasarelas del nivel 4.

La niña se detiene cuando un dragón se enrosca alrededor del puente 3, se abalanza, flota unos instantes por encima de ella con los ojos iluminados, desafiándola a pasar, y después gira hacia arriba y se aleja sacudiendo su cuerpo de cien metros. La mira desde lo alto de la ciudad y después serpentea *prospekt* abajo.

¡Y la comida! ¡Oh, la comida! Los tenderetes de la ciudad han retirado las mesas y las sillas (¡estamos de fiesta!) y ofrecen veinte estilos de cocina en la barra. Aquí hay tacos; allá, ramen. Empanadillas y ensaladas. Sopa para los que la quieran, dulces y baklavas, tortas y kofta tofu. Donde más gente se aglomera es delante de las churrasquerías. De las parrillas eléctricas se elevan nubes de humo, que llenan el aire con el ilícito aroma del peligro y la carne chamuscada. Ahí hay carne. ¡Carne de verdad!

El paso de Luna flaquea; hace medio mundo que no come, y le encantan los dulces. La *ghazi* le aprieta la mano y entonces recuerda: tiene una misión. Siguen andando hacia el gran nudo de cuerpos y luces del corazón de la feria.

¿De qué sirve la comida sin bebida? João presume de tener un millar de bares para tragapolvos, y todos y cada uno de ellos se han extendido hacia la calle en *barzinhos* improvisados: una mesa plegable, una puerta sobre dos caballetes, el capó de un röver despistado. Con una concentración furiosa, los empleados de los bares mezclan, agitan, maceran. Vierten desde lo alto, hacen llover sobre el hielo, añaden frutas y adornos. Pero también para ellos es fiesta, y mientras revuelven, agitan y sirven mueven la cabeza al ritmo de la música, se contonean y tararean canciones.

La niña se mantiene alejada de los bares. Da un largo rodeo con la *ghazi*, subiendo un nivel, por una calle más elevada. Ha visto lo que hace el alcohol a la gente. Hace que deje de ser gente. Conoce la ciudad, pero tampoco se siente cómoda en las calles elevadas. Ahí la gente lleva pintura corporal y máscaras, y la mira a la *ghazi* y a ella cuando pasan apresuradamente. Detrás de las máscaras, los ojos están cargados de deseos. Ahí arriba, todo el mundo busca algo: alguna novedad de los narco-DJ, compañía, sexo rápido; todo el mundo evalúa y sopesa. Ante ella aparece una cara de lobo. Se detiene y suelta un gritito.

—Tu cara. —La máscara de lobo se acerca y la examina. La voz pertenece a un hombre: no lleva más que un tanga. Se ha pintado el cuerpo de gris, color lobo. Cuando se agacha a la altura de la niña se le resalta el contorno de los músculos—. ¿Qué eres?

La *ghazi* da un paso adelante.

—La muerte —responde. El lobo salta hacia atrás y levanta las manos en gesto de rendición.

—Perdón, perdón... No pretendía... Joder, eso no es un disfraz.

—No —dice la *ghazi*.

—Vamos para abajo en cuanto podamos —dice la niña. Una escalera las lleva al nivel inferior, a menos de cien metros de su destino, pero allí, alrededor de las viejas oficinas de Mackenzie Helium, la multitud es más densa que en ningún otro sitio. Luna deja escapar un grito de exasperación.

—Es imposible cruzar esto —dice.

—Ya verás como cruzamos —dice la *ghazi*, y avanza.

La niña se ha metido en un carnaval con equipaje: una caja larga y plana colgada a la espalda con una cinta. La *ghazi* se vuelve y tiende la mano; la niña acepta. La música está muy alta, las voces son mareantes y la multitud está terriblemente apiñada, pero se abre ante la *ghazi*. Luna la sigue de cerca; capta el olor a sudor, vodka, perfumes baratos. Y de repente está en el vestíbulo. No vio nunca ese lugar cuando era la sede de Mackenzie Helium, así que ignora que las letras de neón tenían formas distintas hasta hace poco, que los logos y marcas se han retirado apresuradamente de puertas, paredes y cristales. Mira el neón intermitente: C. H. C. H. Amarillo, verde. Amarillo, verde.

Unos escoltas elegantemente vestidos bloquean la entrada.

—Hay un código de indumentaria —le dice un trajeado a la *ghazi*—. Y un límite de edad.

—¿Sabe con quién está hablando? —dice la *ghazi*.

—Ahora sí —dice la niña. Su familiar ha transmitido a los escoltas su identidad.

—Disculpas, *senhora* Corta. Bienvenida.

—Dakota es mi guardaespaldas personal —dice Luna.

—No soy tu guardaespaldas —sisea Dakota Kaur Mackenzie cuando cruzan el vestíbulo despojado de identificaciones empresariales en dirección a la gran escalera.

Al otro lado de las puertas, el tronar del carnaval cede el paso a voces, entrechocar de cristal y bossa nova. El código de indumentaria es el glamur de las estrellas de cine de la década de 1940. Fracs y pajaritas blancas para los hombres; polainas y sombreros de copa, bastones y guantes. Dientes blancos y bigotes finísimos. Las mujeres centellean en vestidos de noche y de cóctel; largos, suntuosos, ceñidos, llenos de pliegues y volantes. En el campo visual bulle una horda luminosa de familiares. Luna Corta se queda helada; se siente una provinciana de Farside con su vestido gris y sus botas cómodas. Dakota Mackenzie, con unos pragmáticos pantalones de montar, unas botas y una camisa de cuadros, se para en seco. Una joven cuya piel negra resalta contra el vestido marfil se inclina con curiosidad y sonrío a Luna.

—Un arte facial fabuloso —murmura; después mira más allá de la pintura y se endereza de golpe, estupefacta.

La sorpresa se extiende en ondas por la sala. Las copas se detienen antes de tocar los labios, las conversaciones se evaporan en nubes de cotilleo. El grupo levanta los instrumentos y deja de tocar.

—Creo que has captado su atención, renacuajo —dice Dakota.

De repente, alguien sale a la carrera del grupo de gente elegante paralizada, la abraza con fuerza y la lanza hacia arriba; al bajar ve el pelo, ve los ojos verdes de los Mackenzie, ve pecas. Ve a Robson. Luna suelta grititos y ríe, y él la atrapa al caer y la aprieta contra sí con tanta fuerza que ella puede sentir los latidos del corazón, la respiración agitada, el temblor; ahora los dos tiemblan, lloran y ríen. Los presentes estallan en vítores y aplausos; el grupo retoma los instrumentos y se pone a tocar algo ruidoso y alegre. Robson se aparta un paso, elegante e incómodo al tiempo con la camisa blanca y el frac. A Luna le parece como si todos los huesos se le hubieran roto y arreglado de repente. Un niño de piel pálida y pelo oscuro se le acerca y se queda a su lado.

Rostros alojados en la memoria de Luna se abren paso por la multitud.



Ve a Alexia, la Mano de Hierro, con un vestido largo y ajustado y sus guantes por encima del codo. Ve al lobo, la leyenda oscura que rondaba en el límite de su vida, el tío al que nunca conoció realmente. Ve un mapache que asoma la cara enmascarada entre los tobillos de unos pantalones immaculados. Un ave planea sobre su cabeza: ve a su madre, un rayo dorado de sol. El enjambre forma un halo en torno al pelo laboriosamente esculpido.

Ve al tío Lucas. No es el tío al que recuerda de la boda del Nido de Águilas, apuesto y atildado, bromeando con su padre. Los años le han pasado factura; tiene el cuerpo ancho y musculado, pero le pesa; está rígido y encorvado, apoyado en un bastón, con la cara ajada y los ojos sombríos.

—*Siento fastidiar tu feliz reencuentro* —le dice Dakota por el canal privado—, *pero tenemos asuntos que atender.*

—Tío Lucas —dice Luna—. Escucha.

—Soy Dakota Kaur Mackenzie, *ghazi* de la Universidad de Farside, Facultad de Biocibernética, Departamento de Neurotecnología —anuncia Dakota—. Ante estos testigos, tengo la misión de presentarle este desafío formal. Para la resolución final del caso de la custodia de Lucas Corta Junior, en un tribunal y bajo una legislación aceptables para ambas partes, en un plazo no superior a ciento veinte horas, Ariel Corta se enfrentará a usted en un juicio por combate.

La música se detiene a mitad de un compás. Lucas Corta sonrío.

—Acepto —dice.

Gritos ahogados. Copas que caen de las manos. Luna se descuelga la caja del hombro y se la tiende a Lucas con las dos manos.

—Te hará falta esto.

Lucas acepta el obsequio. Luna se da cuenta de que no esperaba que fuera tan pesado.

—Cuidado —dice cuando Lucas abre la caja.

Saca de ella el cuchillo de acero de meteorito, que brilla a la luz de la lámpara de espejos de la fiesta. Recupera el aliento.

—El cuchillo de Carlinhos.

—*Mãe-de-Santo* Odunlade me dio los cuchillos de combate de los Corta. Dijo que solo los podría usar un Corta osado, de gran corazón, sin avaricia ni cobardía, dispuesto a luchar por la familia y defenderla valerosamente.

Lucas hace girar la hoja bajo la luz, fascinado por su belleza salvaje; después se la coloca en la palma de la mano y se la ofrece a Luna.

—No soy digno de este cuchillo.

Luna le aparta la mano.

—Cógelo. Lo necesitarás.

## 24

La regla va así: las mujeres de un estrato social determinado, en su décima década, no se apresuran. No se ajetrean. Es permisible un estallido de actividad, pero ahí está el límite. Una dama nunca tiene prisa.

Sun *nui shi* corre, haciendo resonar los tacones con su indigno trote por los pasillos curvados del palacio. Entre el paso y el galope, su cohorte se esfuerza por seguirle el ritmo. Amanda le ha enviado un mensaje por el canal privado, pidiéndole que acuda de inmediato. La suite de su nieta está demasiado cerca para ganar tiempo pidiendo un taxi, demasiado lejos para evitar la vergüenza del apresuramiento. Un palanquín, como las matriarcas de la antigua China. Eso sería lo adecuado. Como los que usan los Vorontsov en Santa Olga, impulsados por músculos terrestres y el entusiasmo de la juventud. Los pérfidos de los Vorontsov. Sun *nui shi* tardará mucho en olvidar la humillación de la batalla de Hadley. Abandonada por VTO; transportada en una jaula acolchada hasta Hadley. La hipócrita amabilidad de los Mackenzie. Denny Mackenzie, sonriendo con sus espantosos dientes de oro. Sonríe mientras puedas, Chico Dorado. El poder reside en otro sitio, y cuando hayas servido a sus fines, las mujeres de Hadley orquestarán un motín en la junta, y te costará más que un dedo. El rescate era insultantemente bajo; Taiyang lo recuperaría en el juicio contra VTO por incumplimiento de contrato, pero constituye otra ofensa imperdonable. Malditos australianos.

Sun *nui shi* da instrucciones a los elegantes jóvenes que la acompañan de esperar frente al piso de Amanda Sun. Está Zhiyuan; también Tamsin. Toda la junta. La sorpresa es Mariano Gabriel Demaria.

—¿Es Darius? —pregunta Sun *nui shi* de inmediato—. ¿Qué le ha pasado?

—Darius está bien —dice Zhiyuan—. Mariano trae información sobre el Águila de la Luna.

—Sun *nui shi*. —Mariano inclina respetuosamente la cabeza—. Ahora que tengo delante a toda la junta puedo facilitar la información. Lucas Corta ha instado a Amanda Sun, demandante en el caso de Sun contra Corta, Lucas y Corta, Luna, esta última como tutelada de la Universidad de Farside, a dirimir sus diferencias en el Tribunal de Clavio. La fecha y el lugar se decidirán por mutuo acuerdo, pero en un plazo de ciento veinte horas.

—¿Dirimir sus diferencias? —dice Amanda Sun.

—Un juicio por combate —dice Sun *nui shi*.

—Ya sé qué significa —espeta Amanda Sun.

—Ridículo —dice Zhiyuan—. No ha habido un juicio por combate desde...

—Desde que Carlinhos Corta rajó a Hadley Mackenzie desde los huevos hasta el gaznate —dice Amanda Sun. Gira un váper, inhala a fondo, exhala lentamente—. Será una manía que tienen los Corta.

—Sabe que su caso no se sostiene —dice Sun *nui shi*.

—O quiere dirimirlo rápidamente —dice Tamsin Sun—. En cinco días como máximo.

—Evidentemente, a él también lo han retado —dice Sun *nui shi*.

—La única que se juega algo en esto es su hermana —dice Amanda Sun.

—No veo que Ariel Corta obtenga ninguna ventaja jurídica al requerir el juicio por combate —dice Zhiyuan.

—No la viste colocar a su sobrina en el estrado en la audiencia preliminar —dice Tamsin Sun—. Con lo que salió ganando.

—Hazte con un *zashitnik*, chica —le dice Sun *nui shi* a su nieta.

—Ya he llamado a Jiang Ying Yue.

—Jiang Ying Yue, que presentó su rendición ante Denny Mackenzie y veinte tragapavos apuestos —dice Sun *nui shi*—. Tienes delante al mejor luchador de las dos caras de la Luna. Redáctale un contrato, págale cinco millones de bitsies y publícalo en el listado del tribunal, y Lucas Corta y el malandrín al que haya convencido para luchar por él se echarán atrás.

De nuevo, Mariano Gabriel Demaria inclina la cabeza respetuosamente.

—Es un honor, Sun *nui shi*, pero no puedo aceptar su contrato. Ya me han contratado de *zashitnik* para este caso.

Consternación sobre la lujosa tapicería. Zhiyuan se ha puesto en pie; el familiar de Tamsin está llamando a Seguridad. Sun *nui shi* podría llamar a los guardaespaldas que ha dejado en el pasillo, pero ¿para qué serviría, aparte de para derramar sangre sin motivo? Si Mariano Gabriel Demaria pretendiera

desatar el caos, ninguna fuerza de esa habitación, de todo el Palacio de la Luz Eterna, podría impedirlo.

—Pague lo que pague Lucas Corta, ofrezco cinco veces más —dice Amanda Sun.

—Tonterías —dice Sun *nui shi*—. No necesita tu dinero. Esto es personal. Era el segundo de Carlinhos Corta en el duelo contra Hadley Mackenzie. Enseñó a Carlinhos Corta el camino de las Siete Campanas. Las viejas lealtades son difíciles de erradicar. No tanto así la lealtad hacia sus pupilos actuales —añade cargada de veneno.

—Me entregaré en cuerpo y alma al entrenamiento de Darius —dice Mariano Gabriel Demaria— si Darius desea continuar.

—No lo desea —espetea Sun *nui shi*—. En el Palacio de la Luz Eterna también nos tomamos muy en serio la lealtad. Se ha ganado mi enemistad. La enemistad de los Sun. Le ruego que nos deje.

Tras inclinarse ante todos los presentes, Mariano Gabriel Demaria se marcha.

—Lucas Corta pretende amedrentarnos —dice Sun *nui shi*.

—Propongo que no le concedamos esa satisfacción —dice Zhiyuan.

—Ni hablar —dice Amanda Sun—. Nos enfrentaremos a él en el tribunal. Esta familia no volverá a salir corriendo.

—Nos hará pedazos —dice Tamsin Sun.

—Por supuesto —dice Sun *nui shi*—. No tenemos defensa. Pero deberías saber mejor que nadie que ciento veinte horas son mucho tiempo en el sistema jurídico. Puede que Lucas Corta mienta. Puede que se trate de un farol. Puede que la leyenda de Mariano Gabriel Demaria sobrepase ampliamente su habilidad. Y puede que Lucas Corta acabe por no presentarse siquiera en el juicio.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Tamsin Sun.

Sun Zhiyuan asiente; él lo ha entendido y responde:

—Lucas Corta tiene una votación muy importante con la LMA.

—Exactamente. —Sun *nui shi* se da cuenta de que está echando mano a la

petaca. Qué bien, qué triunfante se sentiría ahora con un traguito de su ginebra; qué segura y reafirmada. No. Esto también es una regla. Las matriarcas de las grandes casas, en su décima década, no beben por la calle—. Ahora tengo que ir a hablar con los Tres Augustos.

De nuevo, las voces tras las puertas de piedra. De nuevo, el resonar de los tacones y el bastón contra la piedra pulida. De nuevo, la agitación en el estómago, en la vejiga, que hace a Alexia apretarse con los dedos la estrecha cintura del traje Chanel de dos piezas. Podría vomitar.

—¿Quieres que te anuncie?

Lucas Corta niega con la cabeza.

—Quiero que te sientes arriba. Quiero que observes detenidamente la sala y me informes.

—Que te informe, ¿de qué?

—De cualquier cosa que te llame la atención.

Es el día de la votación. El día en que se decide el futuro de la Luna. La Lunar Mandate Authority se ha congregado en reunión plenaria. Los Dragones han acudido de sus ciudades y palacios con toda su parafernalia. Los terráneos, con sus trajes cutres y sus zapatos pasados de moda, han bajado de sus apartamentos ejecutivos de los niveles intermedios. Saben, pero aún les falta entender, cómo funcionan las cosas en la Luna. Cuanto más alta sea la posición social, más lejos de la superficie se vive. Para los terrestres, el estatus corre parejo con la altura. Se han contratado asesores jurídicos. La universidad, tras desdeñar durante medio siglo cualquier participación en la política lunar, ha enviado observadores.

—¿Qué te pasa? —pregunta Lucas.

Alexia aprieta los labios.

—Estará Denny Mackenzie.

—A partir de ahora, Denny Mackenzie estará en todas partes —dice Lucas—. Este mundo es muy pequeño. Se ven las mismas caras una y otra vez durante toda la vida. Querérlas, odiárlas, follárselas, matarlas. Una y otra vez.

Alexia sube hacia los niveles superiores.

—¿Me oyes? —pregunta por el canal privado.

—Perfectamente —responde Lucas.

—Menudo espectáculo —comenta Alexia.

Lousika Asamoah ha dejado a sus animales custodios fuera de la Cámara del Consejo, pero sus acompañantes y ella llenan de color sus asientos. Túnica de *kente*, varas de mando, peinados espectaculares: alas, pirámides invertidas, cascadas de trenzas, bucles entretejidos. Yevgueni Vorontsov ocupa su asiento tradicional, al lado del anillo, mientras sus jóvenes controladores se apelotonan, huraños, en los niveles altos, arreglados con un detalle molecular y siempre agradables a la vista. Yevgueni está flanqueado por dos avatares, bots humanoides de piel pixelada con las imágenes de las otras dos ramas de VTO: Serguéi Vorontsov, con dos segundos de desincronización, en nombre de VTO Tierra, y Valeri Vorontsov en representación de VTO Espacio. Alexia no había visto aún a Serguéi Vorontsov; es menos llamativo, menos teatral que los otros dos patriarcas. Cargado y erosionado con el peso de la política y la gravedad. Valeri Vorontsov, en forma de avatar, da aún más miedo que cuando Alexia lo conoció en su bosque cilíndrico del corazón de la *Santos Pedro y Pablo*. Sus extremidades alargadas, su débil cuello, su pecho engañosamente ancho, lo convierten en una marioneta pesadillesca, controlada con hilos desde la órbita. Que los pies no lleguen al suelo aumenta el horror.

Los Mackenzie dominan todo un sector de la Cámara del Consejo. Ya no están los hombres grises del reinado de Duncan Mackenzie. Las Mujeres de Blanco de Hadley reafirman su parte en la cámara y en el futuro de Mackenzie Metals. Rodeada de trajes y de vestidos blancos, una yema de huevo: Denny Mackenzie, con un excelente traje de tweed sintético color oro viejo. La atención de Alexia se desplaza a la mujer que Denny tiene al lado, un vestido marfil que contrasta con la piel oscura. Irina. Irina Efua Vorontsova-Asamoah, de Santa Olga, que acudió a ella hecha un mar de lágrimas cuando la prometieron con Kimmie-Leigh Mackenzie. Ahora parece llevarse de maravilla con el Chico de Oro de Hadley, a juzgar por la forma en que él sonríe mostrando la dentadura de oro cuando ella le susurra al oído.

Alexia conoce muy bien esa sonrisa.

Irina se percata de que alguien la mira, y a continuación, de quién es. Su rostro se ilumina al reconocerla. Alexia le dedica una brevísima sonrisa. Pero

no está muy segura de ir a recibir la invitación a esa boda dinástica.

El murmullo empieza junto a la puerta principal y se extiende por la Cámara del Consejo. Han llegado los Sun. No arrastrándose, no con cara de vergüenza, no con un único delegado por guardar las apariencias, sino como Dragones. En primer lugar, un desfile de auxiliares y ayudantes, chicos y chicas de una belleza que compite con la de los Vorontsov, una elegancia que compite con la de los Mackenzie y unos peinados esculpidos, lacados y elaborados que desafían la gravedad y la inercia y compiten con los de los Asamoah. Después, los asesores y representantes jurídicos, impecables, profesionales, diamantinos. Por último, los delegados del Palacio de la Luz Eterna. Los murmullos se convierten en algarabía, y Alexia llama a Lucas.

—*Acaba de presentarse Taiyang con todo su circo. Tu ex, la Reina de los Taimados.*

Los Sun desbordan los asientos que tienen asignados; el equipo Taiyang rebosa hacia los niveles superiores; sus asistentes se hacen hueco como pueden entre los matones de los Vorontsov.

Amanda Sun se sienta justo debajo de Alexia. Se vuelve y le dedica una sonrisa asesina.

—*Mão de Ferro.* Sé que estás en contacto con Lucas. Dile que si no retira la querrela que ha interpuesto contra mí, Taiyang se abstendrá en la votación.

—Es un farol. Serviríais la victoria en bandeja a los terrestres.

—Cosecharemos todas las victorias que queramos cuando empiecen a entrar los contratos para el cinturón solar. En cuanto a la emasculación de los sueños espaciales de los Vorontsov y los Mackenzie, ¿puedes culparnos? No tenemos nada que perder.

Alexia se lo resume a Lucas. Sus familiares les han explicado las matemáticas, y las consecuencias de la decisión de Lucas. Si los Sun se abstienen, se deniega la propuesta. Si Lucas vota a favor, está declarando la guerra a los terrestres; si vota en contra, se granjea la enemistad de los Vorontsov y los Mackenzie. Si Lucas se abstiene, todo el mundo carga contra él.

El equipo de presentación de VTO está en su sitio; los ingenieros y diseñadores, informados y listos.



—*¿Qué vas a hacer?* —pregunta Alexia.

La respuesta llega de inmediato.

—Lucas dice: «Nos vemos en el tribunal».

El desconcierto que se convierte en estupefacción que se convierte en furia en el rostro exquisitamente maquillado de Amanda Sun es un placer para Alexia Corta. Sun *nui shi*, sentada junto a Amanda, se vuelve hacia ella.

—Sucia putilla de la favela —susurra—. Ahí sentada con tu traje, creyéndote que eres alguien. No eres más que una payasa ridícula, una ladrona con sedas robadas. ¿Ves esta sala? Todos los presentes se ríen de ti. Todos los presentes saben que eres un chiste. Mano de Hierro. Algo de lo que se jactaría un niño de cuatro años. Pueril. Presuntuoso. Como todos los Corta. Salisteis del arroyo y os veré volver al arroyo. Lo único que siento es que esos malditos australianos no terminaran su trabajo. Ni el cretino engréido del consejero delegado anterior ni el fantoche de su retoño.

—Ha llegado el Águila —anuncia un ujier, interrumpiendo la bilis de Sun *nui shi*.

Lucas Corta cruza la estancia hasta llegar a su asiento. Todos los ojos lo siguen; todos los cuerpos se adelantan, absortos. En la Cámara del Consejo hay más tensión, más carga, más energía, que en un receptáculo de contención de fusión. Lucas espera a que se acallen las voces. Está de pie, con una mano en el bastón.

—Buenas tardes. He meditado largamente mi postura como presidente de la junta y gerente de la Lunar Mandate Authority, y considero que un conflicto de intereses obstaculiza mi deber de conducirme de forma justa e imparcial. Nuestro sistema jurídico admite el sesgo y el prejuicio, pero es necesario evaluarlos y compensarlos. Me someto a evaluación, pendiente de compensación, por lo que debo eximirme provisionalmente de mis funciones y cometidos como Águila de la Luna y, por tanto, aplazar esta votación.

Da media vuelta y camina, haciendo clic con el bastón, hacia la puerta de la Cámara del Consejo. Un silencio atónito; después se afloja la tensión y la cámara estalla en un estrépito de gritos y preguntas. Los delegados están de pie, señalando con dedo acusador, pero Lucas Corta ya se ha marchado.

—*Ven aquí* —dice Lucas.

—*Desde luego* —responde Alexia.

Recoge el bolso y se agacha hasta el oído de Sun *nui shi*.

—Que te den, vieja. Os vencimos y os volveremos a vencer, las veces que hagan falta, y morirás apaleada como un perro callejero.

Los escoltas se reúnen con Alexia en el vestíbulo y la acompañan al Nido de Águilas, donde Lucas espera en su despacho, sentado a la mesa. Dos copas, una petaca de su ginebra privada en una cubitera. Sirve una copa y la empuja por la mesa hasta Alexia.

—Ya sé que no te gusta, pero bebe.

Alexia alza la copa.

—Felicidades. Una jugada de *malandro* donde las haya.

—Solo he conseguido ganar un poco de tiempo. Si una jugada de *malandro* puede salvarme, me temo que debe llegar de mi hermana.

—No lo entiendo. —Alexia da un traguito con educación. Buena ginebra. Floral, astringente.

—El juicio. Ariel me ha retado, y sabe que he contratado a Mariano Gabriel Demaria. Aunque cambie a la *zashitnik* que contrató Abena para la audiencia preliminar por Dakota Kaur Mackenzie, sigue sin poder vencer al mío. Tiene otra jugada que no he previsto, y no consigo saber en qué consiste.

—Mientras puedas retrasar la votación hasta después del juicio...

—Ya he tomado medidas. Vamos al tribunal en cuarenta y ocho horas.

—Dioses. —Ha vuelto a salirle solo—. ¿Estás preparado?

—¿Hay alguien que pueda estar preparado? No tengo ni idea de qué va a pasar, Lê. Me resulta liberador.

Un escalofrío entrópico recorre la columna de Alexia. Se ha dado cuenta de una cosa que le ha puesto los pies en el suelo, la marca de la edad adulta: la gente que está en el poder improvisa sobre la marcha. Alarga el brazo para coger la petaca de ginebra. Es cristal congelado, purificador y gélido. Llena la copa de Lucas.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperar. Escuchar bossa nova. —Lucas bebe un trago y gruñe de placer —. Beber ginebra.

Ariel la huele antes de verla: la electrizante mezcla de perfume, sudor, polvo, tejido recién impreso, productos para el pelo, maquillaje y loción de afeitar que solo puede generar una cosa: una multitud. Su sonrisa se ensancha cada vez más cuando sube por la escalera mecánica desde la estación de tranvía privada de Meridian. La ciudad se vuelve hacia ella.

El murmullo de impaciencia se convierte en un rumor, armonizado por el zumbido de los drones cámara cuando los de delante atisban las plumas falsas del sombrero Adele List de Ariel; después pasa a la cháchara emocionada, y se transforma en un clamor cuando llega a la parte superior de la escalera.

Ningún equipo de balonmano se ha encontrado jamás con una recepción semejante. La plaza de la estación rebosa de gente que se empuja y se estira para echar un vistazo a la famosa del año. Las voces gritan su nombre; Ariel se detiene en lo alto de la escalera para posar. Mil lentillas captan su imagen; un instante después, Ariel Corta, con su traje Charles James, sus zapatos Ferragamo, su bolso Guccio Gucci y su pintalabios matador, ocupa el primer puesto en un millón de canales de noticias.

—Quítate de en medio —sisea Dakota Kaur Mackenzie tras evitar por los pelos que la escalera mecánica la estampe contra Ariel.

La llaman deseosos de recibir una sonrisa, una mirada, una brizna de atención. Un chaparrón de preguntas. Ariel pone morritos, sonrío, levanta una mano enguantada y saca un váper de titanio. La multitud contiene el aliento; después estalla en aplausos cuando aspira una larga calada y expulsa una fragante vaharada. Ariel Corta ha vuelto.

—¿Verdad que es fabuloso? —susurra tras la cortina de vapor.

—Tu transporte debería haber llegado —masculla Dakota.

Otra oleada de conmoción: Luna ha alcanzado el final de la escalera. Las mismas voces anhelantes la llaman por su nombre. Un grito de «¡Enséñanos el cuchillo, Luna!» tiene muy buena acogida. «¡El cuchillo! ¡El cuchillo!» Luna aferra la caja con más fuerza y corre a resguardarse tras su *madrinha*.

Un silencio tan repentino como la despresurización cae sobre la plaza.

Viene él.

Lucasinho sale de la escalera móvil. Vacila un momento, anonadado por el gentío. Nadie respira. Está delgado, con una palidez de hospital y el pelo ralo por los tratamientos, pero se ha afeitado rombos y círculos concéntricos en la oscura pelusa. Tiene unos ojos muy oscuros y unos pómulos que pueden destrozar sueños. Lleva la vieja insignia de la carrera lunar en la solapa. Examina a los congregados. Parece inseguro. Sonríe. Saluda con la mano. La muchedumbre estalla. Ariel le indica que se sitúe a su lado. Los drones revolotean; la gente intenta acercarse más. Los guardas de seguridad adoptan posiciones para proteger al Equipo Lucasinho. Voces que gritan, caras que se adelantan, cuerpos que se empujan: preguntas preguntas preguntas.

—¡Dioses! —grita Ariel por encima de la jaula de grillos—. ¡Cómo lo echaba de menos!

Dakota consigue abrir paso hasta la suite Armstrong del hotel Han Ying, a la altura del *prospekt*. Frunce el ceño ante el despacho; resopla ante los mullidos sofás y los amplios sillones. Gruñe ante el spa privado con su sauna y su jacuzzi para cinco personas. Alza la vista ante las camas con sitio para caminar alrededor. Frunce los labios ante cada impresora personalizada de cada habitación. Mira al mayordomo con tanto desdén que lo ahuyenta.

—Más vale que esto no haya salido de la cuenta de la facultad —le dice a Ariel.

—Lo he reservado yo —dice Abena Maanu Asamoah desde las profundidades de un sillón del tamaño de un róver.

—La ostentación es importante —dice Ariel—. La percepción es la mitad de la batalla. —Da unos golpecitos con la punta del váper en la muñeca de Dakota—. Y no te preocupes por tu presupuesto académico: los canales de Gupshup corren con todos los gastos. A cambio de exclusivas.

Ariel deja escapar el vapor por la nariz.

—Voy a meterte eso por donde tú ya sabes —murmura Dakota—. Y no vapees aquí dentro. Es de mala educación. —Se interpone entre Ariel y el balcón—. Y tampoco salgas ahí; seguro que hay un montón de drones al acecho. —Se dirige a Abena—: Y mientras te felicitabas por tu éxito con las relaciones públicas, ¿has pedido que inspeccionaran la seguridad de este sitio? —Señala a Rosario de Tsiolkovski, que registra a fondo la zona de cocina en busca de algo que comer—. ¿Y esto es lo que has encontrado?

—¡Eh! —Rosario de Tsiolkovski mira a Dakota con los brazos en jarras—. Soy la *zashitnik* contratada.

—No llegaste a *ghazi* —dice Dakota—. No le servías de nada a la universidad.

—No me pases el doctorado por las narices —dice Rosario desafiante—. Puedo contigo.

—¿Tú?

—La velocidad y la destreza pueden más que la fatuidad. —Rosario se aparta de la cocina y se planta frente a Dakota. La *ghazi* le saca una cabeza, pero ella irradia fiereza callejera.

—Chicas —dice Ariel—. Rosario sigue siendo la *zashitnik* de nuestro equipo.

—Sabes que Mariano Gabriel Demaria la hará trizas en el pozo de combate —dice Dakota Kaur Mackenzie.

—Mariano Gabriel Demaria os hará trizas a las dos en el pozo —dice Ariel—. A no ser que luchéis con astucia. Ahora id a tomar un té por ahí. Concedo mi primera entrevista en cinco minutos y tengo que arrancar el olor a testosterona de los muebles. Fuera todo el mundo, menos Lucasinho y Abena. Tú también, Luna. —La niña refunfuña—. Elis, llévatela.

*Madrinha* Elis coge a Luna de la mano y la arrastra hacia la puerta.

—Hola. —En el pasillo, Rosario se agacha a la altura de Luna—. ¿Esa es la caja del cuchillo? ¿Puedo verlo? ¿Me dejas sujetarlo?

—No —oye Ariel decir a Luna, y el pique entre *ghazi* y *zashitnik* se aleja en dirección al vestíbulo.

Dakota ha oído hablar de esas fantásticas criaturas, pero es la primera vez que tiene una delante. El lobo y su hijo son dos borrones oscuros en el vestíbulo del hotel. Huéspedes y empleados por igual los evitan como si resplandecieran de radiación.

Por supuesto, Wagner Corta no es un lobo. Es un hombre con una estructura social especializada para una afección neurológica. Y Robson Corta no es su hijo, aunque, por lo que tiene entendido, se ha ocupado de él mucho más de lo que nunca se ocuparon Rafa Corta y Rachel Mackenzie. Pero solo puede

pensar en ellos como en el lobo y su hijo.

El lobo arde con una intensidad firmemente contenida: la percepción bien entrenada de Dakota le muestra una honda perspicacia y unas facultades afiladas que ni ella puede igualar. El aspecto luminoso. El niño: nunca había visto a un chaval tan herido. Rasgado por la mitad e hilvanado, con la sutura a punto de reventar. Los dos se ganan su favor, el lobo y su hijo.

—Soy Dakota Kaur Mackenzie. Ariel se alegra mucho de que hayan venido. Síganme, por favor.

Las miradas de los otros huéspedes son breves; los murmullos, acallados, pero no tanto como para que Dakota no pueda distinguirlos: «Es él», «El niño que mató a Bryce Mackenzie», «Agujas en los ojos», «Los ojos...».

Se mueven bien, el lobo y su hijo. Como asesinos.

Wagner se sorprende por la intensidad del saludo. Dakota se da cuenta de que no esperaba que todo el mundo estuviera ahí. Luna. Lucasinho. Ariel.

—*Irmão...*

—*Irmã...*

Por las vacilaciones, los encogimientos, los microgestos de incomodidad, Dakota rellena las lagunas de la historia familiar. A Wagner lo excluyeron y Ariel se autoexcluyó.

—La última vez que te vi estabas en una cama del centro médico de João de Deus —le dice Wagner a Ariel.

Dakota levanta una ceja. Qué familia más rara. Los Mackenzie son directos, van de cara, dicen lo que piensan y lo que sienten. Con los Corta nunca se sabe. Pueden ser encantadores y transformarse de un plumazo en hielo radiactivo. Rencores alimentados durante años, durante generaciones. Mira a Robson, que abraza a Lucasinho: esos chavales son guapísimos, están jodidos y casi no se conocen.

Se acerca sigilosamente a Rosario para susurrar:

—Al balcón. Tengo una cosa que decirte.

Dakota cierra las ventanas e inhala la fragancia característica de Meridian. El sonido del *prospekt*, tras la pantalla de arbustos, es cálido y humano.

—Echa un ojo al lobo y al niño.

—No es mi trabajo —empieza a protestar Rosario.

—No tendrás trabajo si asesinan a quien te ha contratado.

—¿Wagner y Robson?

—El niño mató a Bryce Mackenzie. Entró desnudo con las Cinco Muertes de Twe en la cochiguera privada de Bryce. Cuando lo encontraron no le quedaba un hueso ni un órgano en el cuerpo; solo un pellejo relleno de grasa licuada.

—Son parientes...

—Entre parientes es donde más muertes se producen. No los pierdas de vista y ten siempre a mano el cuchillo.

—¿Qué es un blue moon? —pregunta Alexia, y el barman le prepara uno.

La copa cónica escarchada, la ginebra de la casa (aromatizada con quince hierbas), el lento chorreo del curaçao por el dorso de la cuchara y los zarcillos que bajan lenta y monstruosamente por el licor, girando y disolviéndose hasta teñirlo de azul cielo, azul línea solar; el globo de tiras de piel de limón.

Bebe un traguito; no le gusta.

—No lo entiendo.

—Han vuelto los Corta —dice el barman.

Alexia sigue sin entenderlo, pero él llega tarde, así que se lo termina, y él sigue llegando tarde, así que se pide otro y sigue sin entenderlo mejor que el primero. Lo esperará hasta terminarse esa copa, y después se tragará el valor que reunió para invitarlo a una copa y se marchará.

Nelson Medeiros le recomendó el bar, y no tiene mal gusto: suficientemente bajo para ser elegante, suficientemente alto para tener un toque gamberro. Sonrió al oír la música: ritmos con los que puede moverse. Dio golpecitos con los pies y agitó la cabeza. Se sentó en la barra y pidió el cóctel de la casa.

Él llega cuando le queda medio centímetro de blue moon. Se juntan las cabezas. «Es él. Entonces ¿quién es ella?»

Se sienta en el taburete de al lado. Está distinto. Cambiado. No sabe en qué exactamente, solo en general. La impresión que da. Más profundo, menos exhaustivo. Más lento, pero más intenso. Aposentado, no inquieto.

Él tuerce el gesto al oír la música.

—Si no te gusta, podemos ir a otro sitio.

—Ahora mismo no me gusta ninguna música —dice, y señala hacia arriba. Más allá de la línea solar y de doscientos metros de piedra, una tierra que estaba llena hace cinco días se alza sobre la bahía del Medio. Está en la frontera entre el lobo y la sombra—. Ya se me pasará.

«Ese día murió Wagner Corta —le dijo en el observatorio de Boa Vista—. No era una persona; era dos.»

—Lo siento —dice él; se levanta y da un paso atrás—. Vamos a hacerlo bien. —Besa a Alexia en las mejillas, con formalidad, y señala con un gesto el taburete.

—Adelante —dice Alexia, y Wagner vuelve a sentarse.

—Siento el retraso. Robson quería quedarse más rato con Luna.

—¿Se ha...?

—Lo he llevado al hotel.

—¿No estás con...?

—¿La manada? No, él no se siente a gusto.

—Iba a decir con Lucas.

—No, Lucas no se sentiría a gusto.

La sonrisa de Wagner es distinta, reservada; racional las emociones.

—Robson quería ver a sus viejos compañeros de *parkour*, de cuando vivía en el Bairro Alto. He dado instrucciones a los escoltas de no permitirle salir del hotel.

—¿Tienes escoltas?

—El accesorio de moda. Quiero tomar una copa, Alexia Corta. —En la brusquedad queda un eco del inquieto lobo.



—Estaba tomando blue moons —dice Alexia.

—Nunca he podido con ellos —dice Wagner, y se pide una caipiroshka.

Alexia lo imita; hacen chocar las copas y la música es un agradable latir en el estómago. El vodka hace de lubricante para la conversación, pero sigue habiendo largas pausas cuando Wagner considera una pregunta; siguen yéndose por las ramas con tonterías, dejando temas a medias y analizando intensamente comentarios hechos sin pensar. En los silencios, Alexia se pregunta si será posible querer a la vez a la sombra y al lobo. Si tuviera que elegir, ¿con qué Wagner Corta se quedaría? ¿Alguien que no sea un lobo puede querer al lobo? Entonces se da cuenta de que otra mujer se planteó esa misma pregunta y obtuvo respuesta. Una mujer a la que él quería, que lo traicionó y pagó un precio terrible. Y ahora Alexia Corta está dando vueltas a esos compromisos y transigencias.

Wagner la mira. Tiene los ojos muy abiertos y no parece cómodo.

—Lo siento, se me ha ido la cabeza. —No se va a conformar—. Estaba pensando en lo de mañana. —Tiene que hacerlo hablar—. Has estado allí, ¿verdad?

—Fui al Tribunal de Clavio cuando Bryce desafió a Lucas.

—¿Te importa decirme cómo es?

Wagner se retrotrae durante unos momentos de oscuridad.

—Rápido. Tanto que no da tiempo a pensar. Yo soy rápido, cuando estoy en mi otro aspecto, pero no tanto como los cuchillos. Los cuchillos son más rápidos que el pensamiento consciente. Un error, una falta de concentración, supone la muerte. No tiene nada de limpio ni de honorable.

—¿Viste... el resultado?

—¿La muerte? Ese es el resultado. Siempre es el resultado. Se desenfundan los cuchillos y muere alguien. Vi a Carlinhos atravesar con un cuchillo la garganta de Hadley Mackenzie y lanzar la sangre de una patada a la cara de su madre. Lo vi coger el cuchillo y convertirse en algo irreconocible.

—¿Cómo es posible que vuestro sistema jurídico permita algo así?

Le he dado muchas vueltas. No soy abogado, pero nuestro sistema jurídico no prohíbe nada y lo permite todo, mientras sea de mutuo acuerdo. Si la ley

dice que no se puede luchar a muerte para dirimir un caso, ya hay algo en lo que no se puede alcanzar un acuerdo y la ley no sirve de nada. Pero creo que hay algo más, y es que la ley permite resolver disputas violentamente para demostrar que la violencia nunca resuelve nada. La violencia vuelve una y otra vez, durante años, decenios y siglos, llevándose muchas vidas por delante.

Después de cuatro caipis, a Alexia no le apetece una quinta. El bar está cuajado de sombras.

—Más nos vale estar frescos para mañana —dice Alexia. Wagner lee la verdad.

—Desde luego.

—Una pregunta: ¿dónde vais a sentaros?

—Robson, con Haider. Yo, con Lucas y contigo.

—Lucas me ha pedido que sea la segunda. No sé qué significa.

—Tienes que custodiar los cuchillos y asegurarte de que tu *zashitnik* sigue las instrucciones de los jueces. Si es necesario, te toca avisar a los *zabbaleen* para que retiren el cadáver.

—Mierda.

—Los jueces te dirán qué hacer.

Alexia vacila.

—Wagner. Cuando esto termine..., pase lo que pase..., ¿podríamos...?, ya sabes.

—¿Volver a quedar?

—Sí.

—Me gustaría.

—A mí también.

Ariel intercepta a Abena en el bar. Le roza el dorso de la muñeca con dos dedos.

—Antes de que vayas a ver a Lucasinho, tengo que hablar contigo.

Entre los Corta, el equipo jurídico y las *ghazis*, en la suite no hay mucho

espacio para la intimidad, pero Ariel lleva a Abena al spa. Se sientan en el borde de la piscina. Luz azul, sombras ondulantes y la punzada del ozono.

—La humedad me está despeinando —se queja Abena, pero entonces ve en la cara de Ariel una expresión que no había visto nunca. Han desaparecido el aire de sabelotodo, la fanfarronería del artificio, el cinismo afectado. Abena ve precaución, incluso miedo.

—Mañana, en el tribunal, pase lo que pase, no me detengas.

—¿Qué piensas hacer? —Abena se ha alarmado. No es la voz de Ariel; no son las palabras de Ariel.

—El mayor *malandragem* es el que se ejerce contra uno mismo —dice Ariel—. Una vez, en Coriolis, me preguntaste si me había entrado el instinto maternal al acoger a Lucasinho y Luna bajo mi ala. Creo que preguntaste a quien no era.

»Verás, Abena Maanu Asamoah. Toda mi vida he sido un monstruo egoísta y arrogante. Lo sabía. Siempre lo supe. Fingía que me encantaba el monstruo. Convencí a bastante gente de que era así. Pero tuve que ahuyentar a la única persona que había estado a mi lado, que me mantuvo cuando nos quedamos sin blanca, que me quería, para empezar a convencerme yo.

—Marina —dice Abena—. Estaba cuando intentaste impedir que volviera a la Tierra.

—Volvió porque yo la espanté. Y haría cualquier cosa por que no se hubiera ido. Pero nadie vuelve de la Tierra.

—Lucas volvió.

Ariel sonríe.

—Es cierto. Pero insisto: mañana, pase lo que pase...

—... no debo intentar detenerte.

—Y si lo intentas y me vienes con esas chorradas terapéuticas, le pido a Dakota que te destripe. A los Corta no nos va la redención.

—¿No era que no os iba la política?

—La historia, me parece, demostrará que sí nos iba. Ahora vete con el guaperas a cubrirlo de besos y decirle cuánto lo quieres. —Ariel abre la

puerta del spa—. Y tienes el pelo hecho una mierda.

No sabe igual.

Lucasinho siempre le supo dulce. Cuando Abena le lamía el sudor de los bíceps, de la parte inferior de la espalda, le sabía a miel. Tenía la piel suave y olía a especias y azúcar.

No sabe igual, no huele igual, no tiene el mismo tacto. Abena lo abraza fuertemente y siente que se tensa, que se acerca y se aleja como si se abrazaran por primera vez. Como si nunca lo hubieran abrazado. Abena sabe cómo lo han reconstruido en la universidad: ella es la Abena Asamoah de las fotos, de los comentarios en la red, de lo que escribe y retransmite. ¿Se acuerda de cuando estaba perdido en Twe, aburrido y frustrado bajo la protección de los Asamoah? ¿Se acuerda de cuando le puso los cuernos con Adelaja Oladele y se reconciliaron con sexo y una tarta? ¿Se acuerda de haberle untado de nata los chakras y haberla lamido entre risas, del Anahita al Muladhara? ¿Se acuerda de cuando estaban separados y ella le puso a su avatar una fabulosa piel de *futanari* y a él le pareció excitante? ¿Cómo puede confiar en nada que él crea recordar?

No mira igual. Esos labios reventones, esos pómulos marcados, esas pestañas larguísimas no dejarán de romper corazones de chicos y chicas, pero su verdadera belleza estaba en los ojos, y es en ellos donde los cambios son más profundos. Esos ojos han estado muertos. Han visto la nada.

No actúa igual.

—Unos cuantos de mi grupo de estudios están en un bar del 22 —le dice—. ¿Nos escabullimos? —Lucasinho se muestra inseguro. Abena le pasa un dedo por la nariz, por los labios, por la barbilla hasta la garganta—. A tomar unas pocas, no demasiadas. —No, no es inseguridad. Es miedo.

—¿Estaría bien...?

—Lo que quieras. —Lucasinho habría sido el centro de esa fiesta, se habría colado en esa fiesta si no estuviera invitado, habría trepado veintidós niveles en vertical solo para ir a esa fiesta. Antes. El familiar de Abena llama a sus amigos, que esperan con banderines, serpentinas y drogas de diseño. «No quiere ir.» Bueno, ¿qué tal si nos acercamos a un bar de por aquí a tomar un té tranquilamente? —Lo ve estremecerse—. ¿O simplemente salimos a pasear? Seguro que quieres salir de aquí. No estaría mal tomar un poco el

aire. —Gira la cabeza hacia la terraza y la ciudad que se extiende más allá. Las voces y sonidos del *prospekt* son tentadores. Lucasinho niega con la cabeza.

—Dice Dakota que no es seguro.

—Podemos llevar a Rosario. Es tan buena como Dakota. Ni siquiera te darás cuenta de que está ahí. Y mi tía me ha proporcionado protección extra. Al estilo de los Asamoah. —Se da unos golpecitos en una gran pulsera enjoyada y la resolución de Lucasinho vacila, pero Abena ve que el miedo vuelve a apoderarse de sus ojos.

—Puede que otro día. Estoy muy cansado. Creo que debería irme a dormir. —Vacila. Abena conoce esa pausa. Jadea ligeramente; es muy mono—. Estoy un poco... asustado. —Se muerde el labio inferior; es adorable—. Sé que estábamos juntos, ya sabes, en Twe. —La mira entre esas pestañas tan largas—. No quiero estar solo. He estado solo mucho tiempo. ¿Podrías dormir conmigo? —Abena contiene el aliento. Su corazón bulle de luz y alegría; alza el vuelo como una cometa de feria. En este momento no es la estrella más brillante de su generación de Ciencias Políticas, la representante de Ariel Corta, la intercesora que derrotó en los juzgados a Amanda Sun y al Águila de la Luna, la fulgurante descendiente del Trono Dorado; es una joven con el chico al que adora, al que ha adorado desde que le atravesó el lóbulo con la promesa de ayuda de los Asamoah en la fiesta de la carrera lunar. Polvo lunar al polvo lunar, vacío al vacío.

—Sí —responde—. Claro que sí.

## 25

Marina se despierta gritando de un sueño aplastante: la caída del techo, la avalancha, el cielo de Meridian que avanza hacia ella como esas habitaciones de paredes móviles de las películas de acción. Luz. Parpadea para aclarar la vista. Le duelen los nervios ópticos. Cierra fuertemente los ojos. La luz es tan intensa, tan repentina, que puede verse las venas de los párpados.

—¿Mai?

—¿Kess?

Marina escudriña entre los párpados semicerrados. La puerta es un rectángulo oscuro; la sombra de al lado es su hermana.

—Llevo cinco minutos llamando.

—¿Qué pasa?

La sombra se mueve. Marina se atreve a abrir un ojo.

—Ven a tomar un té.

Marina abre el otro ojo.

—Son... —En otros tiempos, su familiar le habría dado la hora en cuanto empezara a formular la pregunta; la habría despertado susurrándole la advertencia de que su hermana quería tomar un té a las tres veintisiete de la mañana—. Espera, que me pongo algo.

Cuando Marina llega a la cocina, descalza, el hervidor está pitando. No hay más iluminación que las luces de espera de los pequeños electrodomésticos conectados a la red. Huele a infusiones, flores y bayas. Kessie llena de agua dos tazas. Marina sumerge la bolsita de té; un bautismo caliente.

—He hecho una cosa que espero no lamentar —dice Kessie.

Empuja hacia Marina un papel impreso. Marina fuerza la vista en el resplandor azul. Es el resguardo de una transferencia de cien mil dólares a su cuenta del banco Whitacre Goddard de Meridian.

—He saqueado varias cuentas antiguas —dice Kessie.

—Lo recuperarás en cuanto empiece a ganar dinero —dice Marina—. Hasta el último céntimo.

—Me basta con que sea antes de que Ocean empiece en la universidad. — El vapor asciende desde las dos tazas de infusión, intactas—. Lo he ingresado en tu banco lunar; como dijiste que el DIA vigilaba tus cuentas en Estados Unidos... Creo que tendrás que moverlo deprisa.

—Puedo transferirlo a VTO de inmediato. Gracias, Kess; gracias.

Kessie levanta una mano.

—Creo que también tendrías que marcharte cuanto antes. En cuanto vean que el dinero llega a VTO adivinarán qué ha pasado.

—Piensas como una Corta. —Se le quiebra la voz; se le humedecen los ojos y se le atascan las palabras.

—Se me ha ocurrido... —dice Kessie—. Canadá. VTO tiene una base de lanzamiento en Ontario. Sé que no es como reservar un vuelo en avión, pero despegas desde allí, en cuanto puedas.

Kessie habla con rapidez, atropelladamente. Marina lo entiende: si ella se pusiera a hablar despacio, también se trabaría y rompería a llorar.

—Estarán vigilando la frontera —dice Marina.

—Por eso tienes que moverte deprisa. Mañana.

—¿Mañana?

—Sube a Victoria en el último ferry. En cuanto tengas un pie en Canadá estarás a salvo. Allí puedes tomarte el tiempo que quieras para pasear por Ontario. Pero tienes que estar en Canadá antes de comprar el billete, porque eso los pondrá en marcha.

—¿Mañana?

Ha empezado a llover; el agua sisea suavemente sobre las tejas. Marina escucha cada gota con la estupefacción embotada de saber que es la última vez que las oirá. No hay tiempo para ritos de despedida. Es la última lluvia, el último susurro de la brisa entre los árboles, las últimas notas de los móviles agitados por el viento. Es su última vez en esta mesa, en su cama, bajo ese techo. No puede irse. Es demasiado pronto. Necesita tiempo para recoger

todos esos recuerdos y guardarlos.

—¿Qué pasa mañana? —Ocean está en la puerta, vestida con una camiseta demasiado grande y con los perros a los pies—. He oído voces y he pensado que podía ser... gente mala.

—Me vuelvo a la Luna. —Se ha roto el hechizo. La lluvia no es más que una cortina de agua que pasa por el valle.

—¿Mañana?

—Es complicado —dice Marina.

—Pero si vuelves, tendrás que quedarte allí —dice Ocean.

—Sí —dice Marina—. Os echaré de menos. Mucho. Pero allí arriba hay una persona a la que quiero. Una vez oí una historia sobre los irlandeses: cuando alguien se iba de Irlanda para venir a Estados Unidos, todos sabían que no volverían a verlo, así que celebraban su funeral, como si hubiera muerto. Vigilias de Nueva York, los llamaban. No volveréis a verme, así que vamos a celebrar una vigilia de la Luna Nueva. Una fiesta de los Calzaghe como Dios manda. Ocean, enciende las luces. Kess, pon música. Yo me encargo de la comida.

Marina se levanta y se dirige a la nevera. Lleva el contenido a la mesa: encurtidos, queso, pan, yogur, jamón cocido; lo dispone todo en un bufé espectacularmente aleatorio. Abre una botella de vino y llena las copas generosamente. Los perros la rodean moviendo el rabo, con las orejas tiesas.

—¿Qué pasa aquí? —Ahora es Weavyr quien está en el umbral.

—¡Una fiesta de despedida! —dice Marina—. Weavyr, Kess: levantad a mamá, ponedla en la silla y traedla.

Cuando llega su madre en la silla de ruedas, Marina ha llenado de velas la cocina. Las llamas se reflejan en las copas de vino, suena vieja música de baile y la mesa está llena de cosas apetitosas. Las mujeres comen y beben; los perros corretean alegremente entre las patas de la mesa; las copas se alzan hacia la luna, ¡Dama Luna!, hasta que una luz grisácea empieza a asomar por las ventanas.

El ferry que lleva a Victoria es un catamarán bajo y ligero que va dejando una gran estela blanca tras la popa, pintada insolentemente con la bandera



británica. Hoy hay mar picada; el viento del oeste, canalizado entre la península y la isla de Vancouver, empuja las olas hacia el estrecho, y el barco salta y rebota en su avance contra las crestas blancas. La mayoría de los pasajeros están en cubierta, agarrados a la barandilla e intentando no recordarse el mareo unos a otros. No hay nadie más que Marina en el salón de proa. Está sentada con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Quiere mamparos que la separen de lo que sea que hay a su espalda en la estela agitada.

Todo el mundo la acompañó al ferry, perros y madres incluidos. Kessie llevó a mamá en la camioneta; Ocean llevó a Weavyr en el coche pequeño. Kessie estaba demasiado resacosa y Ocean era demasiado pequeña, así que los vehículos decidieron por su cuenta encargarse de la conducción. La cocina seguía llena de copas vacías, botellas vacías, paquetes de comida vacíos. Hacía un día estupendo, que es el peor tipo de día para una despedida. El plan consistía en que Marina llegase justo a tiempo, comprase el billete en el último momento, pagando en efectivo, y embarcase directamente. Se alegró de que las despedidas fuesen breves y escuetas. Todas las despedidas deberían ser repentinas.

Weavyr se mostraba estoica, pero Ocean se deshizo en lágrimas y destrozó la determinación de Weavyr. Mamá solo estaba coherente a medias y balbuceaba, pero Marina vio un brillo oscuro en el fondo de sus ojos, remolineante y lustroso como el mercurio, que le dijo que su madre comprendía y aprobaba.

Y luego estaba Kessie.

—Tengo miedo —le dijo Marina. Se fundieron en un largo abrazo, y después cada una se quedó agarrada a los antebrazos de la otra.

—¿Qué hay que temer? Lo hemos repasado todo. Pasas por inmigración en Canadá y la transferencia se procesa por VTO Tierra.

—Tengo miedo de que al huir yo vayan a por vosotras.

—No lo creo.

—Pero ¿y si pasa?

—El dinero de la Luna da para conseguir buenos abogados.

—Te lo pueden retener durante años. Son vengativos.

—Entonces te seguiremos. —Kessie señaló con la cabeza el muelle en el que anclaba el ferry.

—¿A la Luna? —dijo Marina. Tenía el cerebro embotado por el vino y lo repentino de la partida. Kessie se echó a reír.

—Bueno, primero Canadá. —Se apartó un paso de su hermana—. Vete. Ha llegado el barco. Vete ya.

Ahora los altavoces emiten instrucciones sobre los trámites de inmigración y aduanas, y los pasajeros empiezan a abandonar la cubierta; tiran los vasos de café y buscan la documentación.

Ahora.

Marina sube a la cubierta y avanza contra la marea humana, en dirección a la popa. Al otro lado de las aguas oscuras se alzan las montañas de su tierra. No puede soportarlo. Sabía que no podría soportarlo, así que ha esperado hasta el último momento antes de que su exilio se vuelva permanente. Se saca de las muñecas los bastones de senderismo y los arroja, primero uno y luego el otro, a las aguas espumeantes. Las gaviotas que siguen la estela se lanzan en picado, descubren que no es nada que les interese y vuelven a elevarse entre graznidos de enfado. El ferry oscila al cruzar la barrera del puerto. Marina titubea, duda si apoyarse contra el mamparo o en la barandilla, y luego recupera el equilibrio. Camina erguida y con confianza hacia la pasarela. Fácil.

Ahora Marina está en un coche que atraviesa un bosque. Lleva horas atravesando el bosque por una carretera recta y larga en la que se ha quedado adormilada media docena de veces. El bosque boreal del noroeste de Ontario es una de las escasas franjas ininterrumpidas de árboles que quedan en el planeta, y en algún lugar de su interior hay unas instalaciones de lanzamiento.

La tierra cruje bajo los neumáticos. Marina no ha visto ningún vehículo aparte del autobús de VTO en veinte minutos.

El coche sale al arcén y se detiene.

—¿Qué pasa?

—*Va a producirse un acontecimiento que tal vez desee presenciar.*

—¿Un acontecimiento? —Marina nunca ha oído hablar de un coche que se

vuelva loco, pero siempre hay una primera vez para todo bajo el Sol y la Luna. En Victoria subió a otro ferry que la llevó a Vancouver, donde se pasó tres días gestionando la reserva con VTO Canadá, y luego estuvo tres semanas en Toronto realizando el entrenamiento prevuelo.

«No puedo acabar aquí, abandonada en la fronda canadiense por una IA chiflada, donde años más tarde, o quizá nunca, encontrarán mis huesos roídos por las alimañas.» Se abre la puerta.

—*Podrá contemplarlo mejor si se apea* —dice el coche. Marina sale, pero mantiene una mano en el tirador, para poder lanzarse adentro al primer movimiento traicionero—. *Mire justo al frente.*

—¿Qué...? —empieza a decir.

Entonces lo oye; un trueno lejano, un rumor bajo un rugido difractado por un millón de árboles, y empieza a darse cuenta de qué está oyendo. Ve una torre de llamas y humo que asciende tras la línea del bosque. Ha despegado una nave: una columna de nubes y fuego que se eleva sobre ella más y más, sobrepasando el borde del mundo. La estela de vapor empieza a dispersarse, empujada por el viento del oeste, pero aún puede ver la nave, un diamante que desprende un fulgor frío mientras se aleja y asciende hacia la Luna.

## 26

Las máquinas han estado trabajando toda la noche, puliendo meticulosamente el círculo de diez metros de verde olivino hasta convertirlo en el pozo de combate perfecto. Los robots limpiadores se ajetrean en las columnas dóricas achatadas y los rebordes y grietas del techo de piedra desnuda, las bancadas de asientos, las escaleras; sus varillas electrostáticas brillan cubiertas del traicionero polvo lunar. A lo largo de cuarenta horas, los calefactores han elevado la temperatura de la sala hasta adecuarla a la piel humana. Se encienden las luminarias, que crean zonas de luces y sombras a lo largo de las bancadas. Hileras de potentes focos hacen resplandecer el suelo de la pista. Se abren las portillas de ventilación y los robots limpiadores desaparecen en la oscuridad. Un siseo imperceptible se convierte en un silbido que se convierte en un aullido: la sala se está presurizando.

La sala cinco del Tribunal de Clavio es un anfiteatro excavado en la dermis de Dama Luna: una caverna toscamente tallada adornada con rasgos arquitectónicos de la Grecia clásica. Su diseño representa las contradicciones de la ley: lo salvaje y lo constreñido, lo prudente y lo letal. Nunca se ha usado. Se ha mantenido a oscuras y sellada al vacío. Hasta ahora.

El último robot limpiador desaparece por su conducto de servicio al tiempo que las puertas de piedra se desbloquean y se abren.

Ariel Corta baja los escalones lentamente. Acaricia las gradas de piedra y recorre con los dedos las acanaladuras de las columnas. Camina hasta el centro del *ring* y hace visera con la mano para observar los asientos y la iluminación. Sube los tres escalones del estrado y pasa la palma de la mano por el borde de la mesa de los jueces. Hay tres asientos; ocupa el del centro y observa el juzgado. Luego recorre una y otra vez las bancadas, deteniéndose para captar la perspectiva, el ambiente.

Una sección del suelo se retrae. Dakota Kaur Mackenzie sube por la escalera oculta y sale de la oscuridad a la luz. Da unos pasos por el terreno de combate.

—Menos mal que he traído calzado cómodo —dice.

—¿Qué impresión da ahí abajo? —pregunta Ariel desde el nivel superior.

—Es demasiado pequeño —dice Dakota—. ¿Haces esto en todos los juicios?

—Tengo que recorrer el escenario —dice Ariel—. Necesito conocer las líneas de visión, la acústica; saber hasta dónde alcanzará mi voz, cuántos pasos tiene esto de ancho, cuál es la profundidad, cuántos escalones hay que subir o bajar. Necesito ver lo que ven los jueces.

—Esto no es un escenario.

—¿Seguro? —Ariel vuelve a bajar y deja el bolso en el segundo asiento por la derecha de la grada izquierda a nivel del suelo—. Ponerse en primera fila y en el centro es un error de principiante. Conviene estar en el borde de su visión periférica. Que se distraigan y miren todo el tiempo para ver qué acabo de hacer y qué se han perdido.

—¿Y eso qué será? —Dakota se sienta en la mesa de los jueces; le cuelgan los pies calzados con botas.

—¿Qué quieres decir?

—Eso tan astuto que hará desviar la mirada a los jueces, ¿qué será? No soy experta en leyes, pero hasta los *ghazis* sabemos que un equipo jurídico necesita una estrategia. E incluso un argumento decente. Lo único que veo por ahora es: «He retado a mi hermano a un juicio por combate; él ha contratado al que se autoproclama mejor luchador de la Luna, pero ¡eh!, yo tengo una buena línea de visión».

Ariel saca el neceser y se repasa los labios, los ojos. Cierra la cajita de golpe y vuelve a guardársela en el bolso.

—Tienes razón.

—¿Y?

—No eres abogada. Lo que eres es la mujer más necesitada de una *siririca* que haya visto en la vida. Desmelénate. Hazte una paja. Pásatelo bien. Haz ruido. Yo lo he hecho; es la mejor preparación que existe para un juicio. ¿Todos los *ghazis* sois tan estirados?

Dakota sigue con la boca abierta cuando se abren las puertas y Abena asoma la cabeza.

—¿Llego tarde?

—Llegamos tan pronto que es inmoral.

Rosario Salgado de Tsiolkovski sigue a Abena escaleras abajo, frunciendo el ceño ante la arquitectura del tribunal.

—Esto ha tenido que diseñarlo un hombre. Un hombre que no folla.

Pasa un pie por el suelo del *ring*, que reluce como un espejo.

—¿Qué mierda...?

—El problema no es el suelo, sino el calzado —dice Dakota.

—Nunca llevo calzado problemático —dice Rosario.

Ariel hace una seña a Abena para que se siente a su izquierda.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —dice Abena a Ariel por el canal privado—. Rosario está tan inflada a potenciadores que podría luchar contra toda Meridian, pero parece que no se da cuenta de que pueden matarla.

—No la matarán —responde Ariel a través de Beijaflor—. Ni a la *ghazi*, que tiene ganas de pelea. —En voz alta, añade—: ¿Y Luna y Lucasinho?

—Están de camino. Los jueces han aprobado a *madrinha* Elis como adulto adecuado.

—Que entren los últimos —dice Ariel—. Y Luna, con nosotras.

—¿Vas a traer a la niña? —dice Dakota.

—Es quien tiene el cuchillo —dice Abena.

Dakota Kaur Mackenzie niega con la cabeza.

—Qué gente —dice—. Qué puta gente.

—La frente alta —dice Ariel—. Cara de juzgado.

Tamsin Sun y su equipo jurídico esperan frente al tribunal. Amanda Sun ya tuvo su momento estelar y la superó una niñata Asamoah. En esta ocasión se encargarán profesionales. Un auxiliar tiende la mano para ayudar a Sun *nui shi* a bajar del taxi. El Tribunal de Clavio ha restringido la seguridad personal para evitar que la violencia del pozo de combate se extienda a la ciudad, pero no hay límite en el número de auxiliares jurídicos, así que Tamsin Sun ha reetiquetado a los *wushis* de Taiyang. El tribunal de los argumentos ha fracasado; este es el tribunal de los cuchillos. La zona exterior está atestada de

espectadores y famosillos. Los pseudoauxiliares jurídicos avanzan para abrir paso hasta el vestíbulo. Hay gritos; los auxiliares de Tamsin Sun son implacables y rápidos con las manos y la picana.

Llega el último taxi y Sun *nui shi* espera a que el miembro que falta del equipo de Taiyang salga de entre los pétalos de plástico.

—Sun *nui shi*... —empieza a decir Jiang Ying.

Sun *nui shi* levanta una mano.

—Ahora no.

Se detiene a contemplar la Sala Quinta. El techo bajo de roca desnuda que parece a punto de derrumbarse; las feas columnas achaparradas y las gradas; el círculo deslumbrante del pozo de combate, donde no hay ningún sitio donde esconderse. Es una arquitectura ideada para intimidar. Lo logra con Jiang Ying Yue, que se inclina hacia ella.

—Por lo que sé, no entablaremos combate —susurra—. ¿Qué hago aquí?

—No podemos dejarnos ver sin *zashitnik* —sisea Sun *nui shi*—. Esta familia ha soportado bastantes humillaciones. No pienso dar la impresión de que ya nos hemos rendido.

Ocupa un asiento de la segunda fila, al lado de Amanda Sun. Tamsin Sun indica a Jiang Ying Yue que se siente con ella frente al estrado. Los abogados, delante. Sun *nui shi* dirige una inclinación de cabeza al otro lado de la pista, a Ariel Corta. Ha sido lista al llegar primero: ha podido elegir dónde sentarse. Debe de tener un motivo de peso para haberse puesto a un lado. La chica Asamoah está con ella; Sun *nui shi* no la saluda. Una *ghazi* de la Universidad de Farside. Impresionante, pero no puede ser la *zashitnik* de Ariel Corta; la universidad no se mezcla en los asuntos políticos de la cara visible de la Luna. Entonces será esa fulana de Bairro Alto. ¿De verdad depositan su confianza en eso?

Tamsin Sun se vuelve en el asiento hacia Amanda y Sun *nui shi*.

—Ha llegado Lucas.

Alexia lo ve refrenarse ante el tamaño y el escándalo de la muchedumbre. Tiene los ojos desorbitados de miedo; se le tensan los músculos del estómago y el estrés hace que le broten perlas de sudor en la frente.

Entrelaza los dedos con los de Wagner. Un instante, para darle a entender que no está solo contra la turba. Él le aprieta la mano, y se separan antes de que los capten los cazadores de cotilleos y las cámaras. Pero están ocupados con un espectáculo más llamativo: la noticia corre como la pólvora, en oleadas, desde la parte delantera hasta la última fila del juzgado. Mariano Gabriel Demaria. Lucas Corta ha contratado a Mariano Gabriel Demaria.

La multitud se abre para dejar paso al legendario asesino. Lucas va tras él, elegante pero sobrio en el traje gris de microbrocado que llevaba en la fiesta del Eclipse; lo siguen Alexia y Wagner. Ningún abogado, ni humano ni IA. Robson está en el Nido de Águilas, con Haider y sus tutores, a los que Lucas ha traído desde Teófilo.

La discusión entre Robson y Alexia levantó ecos por todas las terrazas y balcones del Nido de Águilas.

—Tú te quedas aquí.

—¡Es mi primo! —gritó Robson.

—Lucas no quiere que vayas.

—Pero yo quiero ir.

Al final, Alexia convenció a Haider, Max y Arjun para que la apoyaran, y para extremar las precauciones pidió al equipo de seguridad del Nido de Águilas que hackeara a Joker, el familiar de Robson. Su dinero no funcionaría; tenía cerrada la red, y si intentaba escurrirse subiendo por las paredes del Nido de Águilas y a lo largo de la línea solar, Nelson Medeiros lo tendría esposado y pataleando en menos de treinta segundos.

No es que tuviera argumentos de peso. Robson había visto y hecho cosas peores que nada que pudiera presenciar en el pozo de la Sala Quinta. Alexia se habría cambiado por él encantada. Pero el Águila de la Luna debía tener a su Mano de Hierro dos pasos atrás. Y a su sombra.

Wagner se sienta en lo alto de la escalera. Sin mirar, Lucas inclina el bastón: «Conmigo». Alexia vuelve a entrelazar los dedos con los de Wagner. Ella lo ha visto. Que le den. Ariel Corta la ha visto.

Lucas comenta que Alexia debería sentarse detrás de él. Saluda con la cabeza a la que fue su esposa, a su hermana. Una inclinación. Los Sun ocupan una sección entera del juzgado; Ariel y sus acompañantes, un par de gradas.



Pero ningún grupo es tan pequeño y compacto como el Equipo Águila. Lucas se vuelve hacia Alexia.

—Enséñamelo.

Alexia alza el maletín. Ha cargado con él desde el Nido de Águilas hasta el tribunal. Es anónimo, inocuo, de fibra de carbono y titanio a prueba de golpes; un maletín de los que suelen utilizarse en los tribunales, incluso en esa era en la que las IA gestionan la documentación. Lo han diseñado para que pase desapercibido. Contiene el cuchillo de combate de hierro de meteorito de los Corta.

—No te separes de él.

Alexia coloca el maletín en el asiento contiguo.

Se alzan todas las cabezas. Se yerguen todas las espaldas. La red del juzgado anuncia que ha llegado Lucasinho Corta.

Primero Luna, con fieras pinturas en las dos mitades de la cara y el cuchillo de combate colgado del hombro. Luego Lucasinho, el objeto, el premio. Acicalado, con un insolente tupé que solo es posible en la gravedad lunar, afeitado y calzado, con la insignia de la carrera lunar. Pero Abena ve que vacila y mira hacia abajo antes de enfilear los altos escalones. Detrás de él, *madrinha* Elis también nota el titubeo. Las manos cruzadas recatadamente bajo las mangas de la túnica se separan, preparadas para dar apoyo, para sostener. Abena tiene el corazón en un puño. Lucasinho se llena los pulmones y emprende la bajada de la escalera.

Luna se sienta al lado de Abena. Lucasinho sigue hasta la sección más alejada, a la derecha; los *zashitnik* del tribunal salen de una abertura del suelo y se disponen en torno a él, escoltándolo. Abena capta su mirada; sonrío al verla.

El rumor del vestíbulo se convierte en un rugido cuando la sala se abre al público. Los ansiosos espectadores se sujetan entre sí mientras bajan por los traicioneros escalones, se empujan y se amontonan en los estrechos pasillos y pelean por los asientos. Cuando se cierran las puertas hay un montón de gente sentada en los escalones y amontonada al fondo, de pie. La Sala Quinta resuena como un tambor. De repente se hace el silencio: han entrado los jueces.

Precedidos por sus *zashitnik*, los jueces Rieko Ngai, Valentina Arce y Kweko Kumah ocupan sus asientos en el estrado. La juez Rieko observa la sala abarrotada.

—El Tribunal de Clavio en sesión resolutoria del caso Sun contra Corta contra Corta —dice—. ¿Todas las partes están presentes o representadas?

Murmullos de los tres litigantes y de *madrinha* Elis.

—¿El caso se juzga por acuerdo mutuo de los jueces Nagai, Arce y Kumah? —pregunta la juez Arce. Respuestas afirmativas; asentimientos. El público contiene la respiración, asombrado por la informalidad: el noventa por ciento de los presentes no ha pisado jamás un juzgado, ni siquiera para ratificar un *nikah*.

—Se acuerda también que va a dirimirse por combate —dice el juez Kumah.

El público suelta el aire. Un rumor de asentimiento.

—El tribunal se ve en la obligación de señalar que esta no es la primera vez que los Corta zanján un caso mediante la violencia, y que deplora ese procedimiento —dice la juez Rieko—. Es atávico y denigrante, y para el Tribunal de Clavio es decepcionante que una familia con una historia tan noble como la Sun se haya visto arrastrada a esta monstruosidad. Sin embargo, se han seguido las formalidades jurídicas y los jueces estamos obligados por contrato, de modo que la disputa se resolverá a la vieja usanza.

Un ronroneo de tensión corre por el público. La cosa está en marcha. No hay retirada ni escapatoria. Cuchillos fuera. Sangre en la piedra.

—Tengo entendido que el caso Sun-Corta será el primero en dirimirse —dice la juez Arce—. ¿Quién representa a Lucas Corta?

Mariano Gabriel Demaria se pone en pie. El ronroneo se convierte en murmullo. Toda la cara visible de la Luna conoce la leyenda de la Escuela de las Siete Campanas. Las incongruentes botas de agarre bajo el pulcro dobladillo de los pantalones revelan que va vestido para luchar.

—¿Tamsin Sun?

—Amanda Sun ha indicado... —empieza Tamsin Sun. La mano de Sun *nui shi* se le cierra en torno al hombro como una garra, con una fuerza feroz.

—Jiang Ying Yue representa a Amanda Sun —dice.

Tamsin Sun gira en redondo en el asiento. Su cara es la viva imagen de la incomprensión.

—Quedamos en retirarnos —dice por el canal privado. El público, sintiendo que algo se ha salido del guion, murmura y parlotea.

—Habíamos acordado que... —empieza a decir Jiang Ying Yue.

Sun *nui shi* alza un brazo y un cuchillo enfundado recorre las filas de auxiliares jurídicos de mano en mano en mano hasta acabar en la de Jiang Ying Yue.

—Sun *nui shi*...

—¿Alguna pregunta?

—Sun *nui shi*, con todos mis respetos, no soy rival para Demaria...

—Usted falló a mi familia en Hadley —sisea Sun *nui shi*—. Nos humilló ante los Mackenzie. Debe enmendar ese fracaso. Debe demostrar al mundo que aún quedan honor y valor en el Palacio de la Luz Eterna.

—Señora Sun, ¿cuáles son sus intenciones? —pregunta la juez Arce desde el estrado.

—Estamos listos —dice Tamsin Sun.

El miedo se endurece hasta transformarse en determinación en la cara de Jiang Ying Yue. Devuelve el cuchillo a Sun *nui shi*, pues según la larga tradición, los *zashitnik* no cargan con sus armas hasta el pozo de combate, y baja a él. El suelo se abre, y Jiang Ying Yue desciende a la oscuridad. Un denso silencio cubre la Sala Quinta.

—Que se acerquen los segundos —dice el juez Kumah.

Sun *nui shi* entrega el cuchillo a Amanda.

—Cumple tu deber.

—Así mueras aullando de dolor, bruja marchita. —Amanda Sun coge el arma bruscamente y cruza la sala con resolución, hasta el estrado. Los jueces deben examinar los cuchillos para asegurarse de que no llevan productos tóxicos no acordados.

Al otro lado de la pista, Lucas Corta hace una seña a su Mano de Hierro. Alexia levanta el maletín. Cuando se dirige a la escalera capta la mirada de Wagner, que baja los ojos.

Alexia siente que le martillea el corazón mientras cruza el terreno de combate. Dioses, es traicionero. El coliseo entero es traicionero. En el Tribunal de Clavio, todo y todos están en tela de juicio. Una infracción nimia, un descuido o una ofensa, y los cuchillos cantarán al salir de las fundas e impartirán justicia con ella.

Deja el maletín en el estrado. Los cierres se sueltan ruidosamente. Un extraño sonido, como un gemido aspirado, se eleva desde las gradas cuando Alexia levanta el cuchillo y se lo tiende a los jueces. La luz arranca destellos de la hoja cuando pasa de mano en mano mientras fingen examinarla. Unos dispositivos inteligentes incrustados en la mesa llevan a cabo la exploración y el análisis.

—Hierro de meteorito —dice el juez Kumah.

—¿Dónde está la pareja? —pregunta la juez Arce.

—Esta cosa es impura —dice la juez Rieko, y casi lanza el cuchillo a Alexia en su ansia por alejárselo de la piel—. Apesta a sangre.

Maninho guía a Alexia a su asiento de auxiliar. Mira de reojo a Amanda Sun. Podría vomitar. Podría llorar de miedo. Jamás ha odiado nada tanto como odia estar ahí con un vestido de Coco Chanel y un cuchillo en las manos. Pero lo soporta. Se abre el suelo; salen los luchadores. El público se alza con un rugido.

Wagner tiene la cabeza gacha, la cara oculta entre las manos.

Jiang Ying Yue coge el cuchillo que le ofrece Amanda Sun y lo prueba para valorar el peso y el equilibrio. Está en forma; tiene una musculatura esbelta y muestra un aspecto atlético con sus leggings por media pantorrilla, su camiseta corta y sus chirriantes botas de agarre recién impresas. Alexia se da cuenta de inmediato de que está familiarizada con el camino del cuchillo.

Mariano Gabriel Demaria solo lleva unos pantalones cortos negros y las botas de agarre. Su cuerpo es la encarnación del camino del cuchillo: tendones y nudos, cables y cicatrices. Se mueve con la elegancia de los competentes hasta el fanatismo.

Dirige los ojos negros a Alexia, que le tiende el maletín. Alza el cuchillo de los Corta. Se oye un grito. Es una voz infantil.

Luna Corta se dirige a la pista.

—¡No toques mi cuchillo!

—¿Perdón?

Luna es pequeña, indefensa y absolutamente desafiante; en la voz de Mariano Gabriel Demaria no hay la menor sombra de paternalismo.

—Ese cuchillo solo puede usarlo un Corta.

Mariano mira a Lucas. Un gesto de asentimiento. El *zashitnik* devuelve el cuchillo a Alexia. El público exhala lentamente. Una hoja envainada se desliza por la pista; Mariano la recoge, la desenfunda y, levantándola, la examina a la intensa luz del pozo de combate. Baja la cabeza en una pequeña reverencia. Al otro lado de la pista, en el lado oculto, Dakota Kaur Mackenzie devuelve el gesto.

—¿Con su permiso?

—Nada que objetar —dice Tamsin Sun.

Los jueces realizan una evaluación superficial.

—Ya hemos soportado suficientes interrupciones y teatro —dice la juez Rieko—. Si esta clase de justicia es necesaria, al menos que se despache con rapidez. Adelante.

A Alexia le da un vuelco el corazón. Es la hora de los cuchillos, y solo los cuchillos zanjarán esto. Habrá sangre en la piedra. Y se da cuenta de que es una cobarde. Cuando los Gularte dieron por muerto a Caio y lo dejaron en un canal de drenaje de Barra, cuando le destrozaron el futuro, juró hacer justicia. Acudió a Seu Osvaldo para que dispensara a los hermanos una muerte horrible. Quedó satisfecha, hizo bien y no fue diferente en absoluto de la justicia sangrienta que ahora condena.

—Que se retiren los segundos —dice la juez Arce.

Alexia vuelve a su asiento. No: hay una diferencia. Toda la diferencia del mundo. Ella no tuvo valor para impartir aquella justicia con sus propias manos.

—Acérquense —dice el juez Kumah.

Mariano Gabriel Demaria y Jiang Ying Yue se colocan en el centro del pozo de combate. Alzan los cuchillos a la altura de los ojos a modo de saludo.

—Luchen —dice la juez Rieko.

Las hojas centellean; los cuerpos bailan a distancias cercanas a las del sexo. Salpica la sangre; el cuchillo de Ying Yue resbala por la piedra reluciente. Ella sigue de pie, temblando por el shock, respirando agitadamente. La sangre le corre desde el bíceps hasta la muñeca y gotea de los dedos espasmódicos.

El público guarda silencio. Eso no era lo que esperaba. No ha sido divertido.

Beijaflor emite un zumbido. Dakota Kaur Mackenzie, canal privado.

—Va a cortar en filetitos a la Tsiolkovski.

—Sí —responde Ariel.

—Despídela. Contrátame.

—No.

Dakota Kaur Mackenzie se inclina hacia delante.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

Ariel mira a Lucasinho; tiene el rostro ceniciento, aterrorizado en medio de los *zashitnik* del tribunal. Wagner sigue con la cara enterrada entre las manos. Alexia está pálida de terror. *Madrinha* Elis se ha calado la capucha para ocultar la cara.

—Siempre.

Ying Yue se acerca dando tumbos a su cuchillo.

—Déjalo —dice Mariano.

Ying Yue coge el cuchillo con la mano izquierda y se lanza por la palestra hacia Mariano Gabriel Demaria, que la esquivo con facilidad. Con un grito de desesperación, Ying Yue le lanza un golpe. Mariano se aparta del cuchillo a la velocidad del pensamiento. Más rápido que el pensamiento. Se mueve por instinto.

—Para —dice.

Resbalando en el charco de sangre que se espesa, Ying Yue carga torpemente contra Mariano Gabriel Demaria, lanzando tajos furiosos.

—Basta.

Mariano suelta el cuchillo, atraviesa la guardia de Ying Yue y le rompe la muñeca. El chasquido resuena en las severas columnas, en el techo bajo y caótico.

—¿Se da por satisfecha? —pregunta a Tamsin Sun. No está sudando. Su cuerpo no muestra el más leve indicio de incomodidad, mucho menos de cansancio—. ¿Está satisfecha?

Tamsin Sun mira de reojo a Sun *nui shi*. La anciana niega con la cabeza.

—¡Estoy satisfecha! —El grito de Amanda Sun resuena desde el terreno de combate hasta las puertas de piedra de la Sala Quinta—. Yo soy la demandante, no mis asesores y tampoco mi abuela. Y me doy por satisfecha.

—Entonces, según el contrato firmado por las partes en liza, deniego la solicitud de custodia de Lucas Corta Junior presentada por Amanda Sun —dice la juez Rieko.

Un gemido de consternación se alza en el público; instantes después, resuena multiplicado por la muchedumbre del exterior y se extiende por las *quadras* de Meridian, por los restaurantes, los bares, las oficinas y las casas, por los trenes, los róvers y los cascos de los tragapolvos, desde Rozhdestvenskiy hasta Reina del Sur, desde Santa Olga hasta João de Deus.

Los Sun han perdido.

Los médicos convergen hacia Jiang Ying Yue, que aún está de pie en el pozo de combate, temblando y cubierta de sangre, con los brazos inmovilizados. Los parches alivian el dolor; las grapas detienen la pérdida de sangre; los tubos y cables contrarrestan el shock. Los médicos de Taiyang se llevan el bot camilla a las profundidades del Tribunal de Clavio.

—¿Podemos declarar un receso de treinta minutos para limpiar este desastre? —pregunta la juez Rieko con disgusto evidente.

Ariel se pone en pie.

—Si todas las partes están de acuerdo, me gustaría pasar de inmediato a la resolución definitiva.

Un jadeo ahogado. Abena abre un canal privado: Tumi a Beijaflor.

—¿Qué haces?

—Sígueme la corriente —dice Ariel—. Sin preguntas, sin titubeos. ¿Podrás?

—Sí.

—¿*Senhor* Corta?

Lucas se pone en pie. Los murmullos balbuceantes se detienen.

—Si Mariano está en condiciones de luchar...

—Lo estoy —declara el *zashitnik*.

Los jueces se quedan inmóviles unos instantes, debatiendo por canales privados.

—Si las dos partes están de acuerdo, no nos oponemos —dice el juez Kumah—. *Senhor* Corta: ¿continuará con el mismo representante?

—Así es.

La juez Arce se vuelve hacia el equipo de Ariel.

—¿Quién es su representante?

Pausa larga. Luego, Rosario se levanta.

—Me llamo Rosario Salgado O’Hanlon de Tsiolkovski. Soy la *zashitnik* contratada por esta parte.

—Acérquese, por favor.

—No tan deprisa. —Ariel avanza hasta el borde de la pista—. Quién representa es una cosa; quién lucha, otra. Luna.

Es la señal que esperaba la niña. Baja los escalones hasta ponerse al lado de Ariel.

—Si eres tan amable... —dice su tía. Luna desenvuelve el cuchillo ritual. Ariel lo coge. Se produce un siseo audible cuando el filo corta el aire—. Según la leyenda de mi familia, este cuchillo solo puede empuñarlo un Corta



osado, de gran corazón, sin avaricia ni cobardía, dispuesto a luchar por la familia y defenderla valerosamente. Yo soy esa Corta y lucharé contra ti, Mariano Gabriel Demaria.

La Sala Quinta estalla en un clamor.

Alexia sospecha que tiene la boca abierta. Nota que tiene los ojos como platos, que le martillea el corazón y que le pitan los oídos. Como todos los presentes en la Sala Quinta del Tribunal de Clavio.

Astuta, muy astuta. Si Lucas rechaza el combate, entrega el caso. Si lucha, enfrenta al mejor luchador de la Luna contra una tullida que casi ni sabe por qué lado corta el cuchillo. Su propia hermana. Con la Luna entera mirando.

—¿*Senhor* Corta?

—*Mão de Ferro* —dice Lucas. Tiende la mano—. El cuchillo.

Alexia lo deposita reverentemente en la palma de Lucas. Sin preguntas, sin titubeos, sin explicaciones. Él ordena, ella obedece. Lucas se pone en pie apoyado en el bastón.

—Osado, de gran corazón, sin avaricia ni cobardía —dice Lucas—. Un Corta dispuesto a luchar por la familia y defenderla valerosamente. Retírese, *senhor* Demaria. Es hora de que empuñe el cuchillo.

Blande la hoja ante los jueces.

—¿Estamos de acuerdo?

—El tribunal no tiene objeciones —dice la juez Rieko.

—¿Hermana?

Ariel sonrío. ¿Lo tendría planeado? ¿Sabría que Lucas no tenía más forma de salir de la trampa que empuñar el cuchillo? Una larga exhalación: Alexia se da cuenta de que ha estado conteniendo el aliento inconscientemente. Como toda la Sala Quinta. Esto ha pasado de locura a mitología.

—Lucharé contra ti, Lucas —dice Ariel.

—Manos a la obra, pues —dice Lucas—. Segunda.

Alexia vuelve a entrar en la pista. Lucas le entrega la chaqueta, los tirantes, la corbata y la camisa. Se desviste pulcramente y dobla la ropa antes de dársela a Alexia. Al otro lado del pozo, Ariel ha adoptado a la *ghazi* como

segunda. Se quita el sombrero Adele List, se deshace de una patada de los zapatos Ferragamo, se quita la chaqueta Charles James, deja caer la falda. Debajo de la ropa de moda lleva el uniforme atemporal de los luchadores: pantalones cortos, camiseta corta. Un murmullo recorre el juzgado: el enlace espinal; el plástico liso, el tejido cicatricial arrugado y amoratado. Lucas tatea la superficie del pozo y se quita los zapatos Oxford. Es una masa desmañada de músculos anquilosados que se están convirtiendo en grasa. Voluminoso por donde no toca: músculos enormes en los muslos y las pantorrillas, para enfrentarse a la gravedad terrestre; más músculos alrededor de la columna vertebral para mantenerse erguido. Eso es lo que hace la Tierra a un cuerpo nacido en la Luna y eso es lo que hace la Luna cuando ese cuerpo regresa a su entorno. Las hechuras de un superhéroe que tiene que caminar con bastón para protegerse las rodillas desgastadas.

—Por favor. —Lucas entrega el bastón a Alexia. Examina el cuchillo—. ¿Tienes idea de qué se hace con esto? —pregunta a su hermana.

—Intentar matarme —dice Ariel.

Los jueces despachan rápidamente las formalidades. Lucas y Ariel alzan los cuchillos a modo de saludo, retroceden un paso, caminan en círculos, observándose.

—Somos ridículos —dice Lucas—. Despojos humanos que juegan con cuchillos.

—Alguien va a tener que empezar —dice Ariel.

—Sí —dice Lucas—. Así es.

Se agacha y, con todas sus fuerzas, clava el cuchillo de los Corta en el suelo. El olivino pulido se agrieta y salta en pedazos; el acero de meteorito se parte a medio camino de la empuñadura. Una esquirla sale volando y desgarrar la mejilla de Lucas. Ariel inclina la cabeza hacia él, invierte el agarre de su arma y apuñala la piedra reluciente. La punta se parte y sale volando; la piedra se agrieta.

La Sala Quinta se pone en pie.

—Vamos a hablar —grita Ariel sobre el caos de voces extasiadas, insultantes, ofensivas, airadas, emocionadas, perplejas.

—No —responde Lucas, gritando a su vez—. Vamos a negociar.

Los bots y los drones no han sido demasiado meticulosos al limpiar las zonas de espera de los *zashitnik*, situadas bajo el *ring*. Son estancias pequeñas y polvorientas, y el aire huele a rancio. Lucas Corta está apoyado en el borde de un estante de piedra, en el vestuario. Ariel ocupa la única silla. Alexia ha devuelto la camisa a Lucas, que se la está abotonando con el cuidado y el respeto de quien entiende la ropa. Aún está descalzo. Por encima de ellos, el tribunal sigue rugiendo; el ruido es un techo sonoro en la pequeña estancia.

—Una telenovela no habría sido más melodramática —dice Lucas Corta.

—Gracias.

—Has corrido un riesgo inmenso.

—De eso, nada. La familia es lo primero...

—Siempre la familia. ¿Qué propones?

Ariel sigue en ropa de combate. Tras haber pasado lunas redibujando su cuerpo en el gimnasio de la *Santos Pedro y Pablo*, Lucas aprecia la definición muscular de los brazos y el torso de su hermana. La última vez que la vio iba en silla de ruedas. Antes, en la época aciaga, solo tenía a aquella Jo Moonbeam que la ayudaba. ¿Cómo se llamaba? No consigue acordarse. Tenía un apartamento en el Bairro Alto, lleno de cuerdas para balancearse de habitación en habitación.

Eso es disciplina.

Esa es la política del cuerpo.

—Mirón.

—Perdona. —Lucas no se ha dado cuenta de que su mirada se desplazaba al enlace espinal y se quedaba fija en él—. No me acostumbro.

—¿Preferías la prótesis antigua?

Lucas visualiza aquella cosa espantosa y chirriante; servos y actuadores golpeando y repiqueteando. Vuelve a ver a su hermana en el centro médico de João de Deus, irguiéndose en la cama para increparlo por intentar negociar el *nikah* de su hijo.

—¿Es...?

—¿Permanente? A menos que pueda tomarme seis lunas libres para que la universidad me regenere el tejido nervioso.

—Habría atacado ahí —dice Lucas—. Si al final hubiéramos usado los cuchillos.

—Es el objetivo lógico.

—¿Y tu oferta?

—No nos engañemos. Lucasinho puede andar, sonreír y encandilar todos los corazones de Meridian, pero está muy lejos de la independencia jurídica —dice Ariel—. Tengo una cosa que quieres. Tienes una cosa que no quieres.

—¿El Nido de Águilas?

—El Nido de Águilas.

—Pero tú no quieres el Nido de Águilas.

—Desde luego que no. Sé lo que te ha obligado a hacer la LMA para desquitarte con Bryce Mackenzie. Puedes ir aplazándolo, pero no perderlo de vista. No puedo decir que vaya a dárseme mejor que a ti, pero seré capaz de intentarlo; tú, con Lucasinho, nunca podrías. Siempre temerías por él. Yo no tengo hijos, amantes ni ataduras. Soy de hierro.

—¿Qué harías?

—Trabajar por la gente de la Luna. No somos un puesto avanzado industrial; no somos una colonia de la Tierra.

—Ariel Corta, luchadora por la independencia.

—Si tuviera el váper, te soplaba unos anillos, hermano. Este es el trato. Tú te llevas a Lucasinho y a quien más rabia te dé a casa, a Boa Vista. Construyes el imperio que te dé la gana en el mar de la Fecundidad. Yo me quedo el título, los honores y las responsabilidades del Águila de la Luna. Un trueque sencillo.

—¿Eso es legal?

—No hay ninguna ley que lo impida —dice Ariel—. Esto es la Luna.

—Todo es negociable —dice Lucas—. Tengo una condición.

—Dime.

—Llévate a Alexia.

—¿Tu *Mão de Ferro*?

—Necesitarás ayuda, y se conoce el trabajo. ¿Trato?

—Trato.

En la celda estrecha y polvorienta, bajo el pozo de combate de la Sala Quinta del Tribunal de Clavio, Lucas Corta y Ariel Corta se dan un apretón de manos. Luego, un breve abrazo. Ariel humedece un trapo en el grifo y limpia el corte de la mejilla de Lucas, donde le ha dado la esquirra del cuchillo. La sangre ha corrido por el cuello y el pecho, y ha manchado la cintura del pantalón.

—Tiene que haber un botiquín en algún lado —gruñe Ariel.

—Las heridas que se producen aquí no son de las que se arreglan con un botiquín —dice Lucas. Cruzan una mirada. Aparecen surcos en las caras. Un regocijo reprimido se convierte en risitas, y estas, en carcajadas que continúan hasta que se quedan sin aliento. *Malandragem*. La más pícara de las picarescas. Los Corta han vuelto. Lucas se seca los ojos.

—¿Los hacemos esperar un poco más?

—Oh, desde luego —dice el Águila de la Luna.

## 27

Esas son las imágenes de Corta contra Corta que perdurarán mientras la Luna siga colgada del cielo.

Cuchillos rotos sobre piedra pulida resquebrajada.

Jueces de pie, intentando hacerse oír sobre el clamor del juzgado.

Una esfera flotante, medio negra, medio plateada, que despliega las alas, absorbe el color del aire y se convierte en una mariposa luna verde.

Una niña de nueve años que se limpia la calavera pintada en la cara.

Un padre que abraza a su hijo, ajeno a todo lo demás.

—Recuerdo haberte dicho que como volvieras a gastarte una argucia así en mi juzgado, ordenaría a los *zashitnik* que te destriparan. —La sala de abogados forma parte de la colmena de cuartitos y corredores de debajo de la Sala Quinta, y está tan polvorienta y abarrotada como el establo de los luchadores. La juez Rieko Nagai está apoyada en el lavabo mientras Ariel Corta se quita la ropa de combate sudorosa y la echa a la tolva de desimpresión. Ariel se introduce en la ducha, donde ha preprogramado treinta segundos de agua caliente.

—Los habría vencido —grita Ariel por encima del agua.

—Has roto el cuchillo —dice Rieko.

—La *ghazi* los habría vencido.

—Sí, es probable.

El chorro de secado envuelve a Ariel; echa la cabeza hacia atrás y se pasa los dedos por el pelo, esponjándose al aire caliente. Después se pone la bata que acaba de salir de la impresora.

—También recuerdo la última vez que tomé esto contigo. —La juez Rieko se saca del bolso una botellita de ginebra aromatizada con diez hierbas.

—Gracias, pero he dejado de beber —dice Ariel—. ¿Cómo es que te lo has traído al juzgado?

—Sabía que te descolgarías con algún *malandragem* gratuito.

—¿Y si no?

—Habría brindado a tu memoria. —El tono de la juez Rieko se hace lúgubre—. Los terráneos están que se suben por las paredes. Ya han presentado más de quinientos mandamientos judiciales. Las IA del Tribunal de Clavio están cribándolos, pero más te vale seguir con esa *ghazi* en nómina.

—No pueden pararme. Y no pueden contar con la artillería espacial de los Vorontsov.

—Tienen quince mil bots de combate y podrían desplegarlos en cuestión de segundos.

—¿Tú crees? —dice Ariel con una sonrisa ladina.

—Una cosa más —le había dicho Lucas cuando se preparaban para salir al pozo de combate y sacudir la Luna en su órbita—. Vas a necesitar esto.

Beijaflor notificó una transferencia de datos.

—¿Qué es?

—El santo y seña de los bots de los terráneos. Llegué a un acuerdo con Amanda Sun.

—¿Qué hace?

—Lo que quieras que hagan quince mil bots terrestres.

—Un *ironfall* particular —dijo Ariel mientras se abría el techo y la luz inundaba el pozo de combate de los *zashitnik*.

—Vuelves a tener esa mirada de juzgado —le dice ahora la juez Rieko—. Me das miedo cuando la pones.

—Tenemos que crecer —dice Ariel—. Todos nosotros. Regirnos por la ley, no por el cuchillo. —La impresora está en marcha de nuevo.

—¿Es tu primer decreto?

—El segundo. —Ariel alza el vestido Pierre Balmain recién impreso—. Vuelve la década de 1950.

El montacargas recoge el taxi y sube con él por el *prospekt* Gagarin. Ariel se saca el váper del bolso y lo extiende en toda su decadente longitud.

—¿Te molesta?

—Sí —responde Lucas Corta.

Ariel aspira y abre una rendija en el techo.

—Ya está.

Se recuesta en el asiento y exhala una cinta de vapor blanquecino.

—Eso no sirve de nada.

Delante del tribunal, la multitud no muestra visos de ir a dispersarse; se ha doblado y redoblado en ruido y tamaño. El *prospekt* Gagarin está atestado de cuerpos, de pared a pared. Media Meridian espera con preguntas, exigencias, preocupaciones, miedos, opiniones sobre el nuevo orden que surgirá de la Sala Quinta.

Los Corta y sus ayudantes salen por la entrada de servicio en una flotilla de taxis y se elevan de inmediato. Cada vehículo sigue una ruta distinta. No en dirección al Nido de Águilas. El Nido de Águilas es el primer lugar al que los terrícolas enviarán sus bots. Ni siquiera a la estación: los bots de los canales de Gupshup ya forman un enjambre. Los transportes se reunirán en el atracadero de las naves lunares de VTO. Donde Nik Vorontsov tiene la *Orel* cargada de combustible y tripulación, preparada para despegar con rumbo a Boa Vista.

El taxi en el que viajan la antigua Águila de la Luna y la nueva corre por las calles elevadas, subiendo y bajando, cruzando y volviendo a cruzar en cuanto percibe la cercanía de los drones de cotilleos. La bossa nova y las emanaciones del váper llenan la burbuja de titanio y fibra de carbono. Una parada y un giro repentinos, y el taxi se engancha a una cabina de carga del funicular y se dispone a surcar el aire a lo largo de dos kilómetros.

—Se aproximan bots de la LMA —anuncian Beijaflor y Toquinho.

—Va siendo hora de que te dé esto —dice Lucas mientras el taxi sobrevuela las luces de Meridian.

Beijaflor se ilumina con una voluminosa transferencia de datos. Información, códigos, permisos y accesos: todo lo que necesita el Águila de la Luna para su gestión. Llega tan deprisa que Beijaflor se comba bajo su peso.

—Me has convertido en Dios —dice Ariel. El vapor se le escapa por las comisuras de los labios mientras cobra conciencia de la inmensidad de los



poderes que se le han concedido—. Todo ese tiempo que estuve en la Liebre Blanca, asesorando a Jonathon Kayode, y él podía hacer todo esto...

—El problema de Dios es que solo puede haber uno —dice Lucas—. Una pega del monoteísmo. Toma.

Una última transferencia.

—¿Qué hace?

—Bloquear a todo el mundo menos a ti el acceso al poder ejecutivo.

Ariel pone cara de susto.

—¿A qué esperas? —pregunta Lucas. Cierra los ojos, respira a fondo. «Águas de Março».

—Suenan muy definitivo.

—Como tiene que ser. Adelante.

Toquinho hace sonar un acorde de guitarra y dice:

—*Borrando autorizaciones ejecutivas.*

Lucas invoca una visualización y observa disolverse sus poderes en bolas de código moribundo que estallan lentamente. Elis Regina canta un tema quejumbroso y nostálgico. *Saudade.*

—¿Qué tal estás?

—¿Quieres decir que si me siento con un superhéroe que hubiera perdido los poderes? No. No es eso. No es eso, ni de lejos. —No revela a su hermana que está henchido de luz, ligero como un globo de Año Nuevo. Podría llorar de felicidad y las lágrimas le parecerían perlas. Entiende en qué consiste sentirse bendecido.

El taxi se desacopla y enfila la rampa de subida al 63 Oeste.

—Lamento la muerte de Jonathon Kayode —continúa Lucas—. Adrian Mackenzie luchó como el mismísimo diablo. Puede que mi pecado más contumaz sea subestimar a mis enemigos.

El taxi sube al montacargas que lleva al atracadero de las naves. La *Orel* resplandece bajo los focos, una bestia fantástica de depósitos de combustible, impulsores, vigas, largueros, parabólicas y paneles radiadores pulcramente

plegados. Hay una cápsula ambiental abierta, con la rampa bajada. Están todos: la *ghazi*, la *zashitnik* del Bairro Alto a la que tiene contratada, Abena Maanu Asamoah. *Madrinha* Elis. El lobo. Luna. La Mano de Hierro. Lucasinho.

—¡Adentro, adentro! —Nik Vorontsov, aún en rebeldía contra el gusto y la moda, con sus agresivos pantalones cortos y camiseta de obrero y sus botas de trabajo, baja por la rampa para escoltar a Ariel y Lucas—. ¿Qué hacéis ahí plantados como si fueran a sacaros la foto de bodas? ¡Tenemos una ventana de lanzamiento!

Se agita la escotilla interior. El atracadero de la *Orel* es como una esclusa enorme: la escotilla exterior da a la superficie, y la interior, a la ciudad. Es la que se está abriendo.

—¡Bots! —grita Nik Vorontsov—. Entran por docenas por la escotilla que se abre lentamente, desplegando las cuchillas, y se acercan con un claqueteo terrorífico.

—Tengo el santo y seña —dice Ariel, y ordena a Beijaflor ejecutar el parche de Lucas.

Los bots siguen entrando por la abertura.

—Lucas... —dice Ariel.

—Hackeé quince mil bots de combate tipo 33a... —empieza Lucas.

—No son 33a —dice Dakota Kaur Mackenzie—. Son los básicos de tipo 3, los que atacaron Twe.

—¿Cuántos quedan de esos? —pregunta Ariel.

—Dejadlo para luego —grita Nik Vorontsov—. ¡Todos a bordo! —Cuando cierra la escotilla de la cápsula, varias armas de fuego salen de la superestructura de la nave.

—¿Qué demonios...? —dice Lucas.

—Se las robamos a Mackenzie Helium —grita Nik Vorontsov. El atracadero chasquea con las patas como estiletos de los bots—. Si vuelven a intentar disparar contra nuestras naves, ahora podemos contraatacar. Lo siento si te trae malos recuerdos, chaval.

—No tengo recuerdos de Tve —dice Lucasinho.

—Yo sí —dice Luna.

Cinco estallidos, uno detrás de otro.

—Un disparo, un bot —dice Nik Vorontsov—. Aquí tenemos equipo muy delicado, y no podemos disparar si el blanco no está claro. Sujetaos.

—¿Cuántos hay? —pregunta Ariel mientras se cierra el arnés de la silla de aceleración.

—Más de cinco —dice Nik Vorontsov—. Una ráfaga de disparos, tan seguidos que se transforman en un zumbido. Silencio.

—*Iniciada la secuencia de lanzamiento* —dice la IA de la *Orel*—. *Abriendo esclusa exterior.*

—¡Están aquí arriba! —interrumpe una voz de mujer por el canal de comunicaciones—. La superficie está plagada.

—¡Despega de una vez! —brama Nik Vorontsov, sujeto entre Luna y Lucasinho.

—Tenemos un nuevo plan de lanzamiento —dice la capitana de VTO—. Atención...

En todas las lentillas aparece la cuenta atrás. Nik Vorontsov coge las manos de Luna y Lucasinho.

—No pasa nada por gritar —empieza, y no llega a terminar la frase porque la *Orel* sale lanzada hacia arriba. La cápsula de pasajeros ruge con voces guturales. Por encima de la cacofonía de disparos y el tronar de los cohetes está el crac, crac, crac de las ametralladoras. La nave se estremece, los asientos se estremecen, el aire se estremece, hasta la última célula de los pasajeros se estremece.

Lucas ve el miedo y el dolor en el rostro de sus seres queridos. Primero llega el miedo de que todo termine antes de tiempo y precipitarse desde el cielo; después llega el miedo de que termine en un instante, en una gran explosión. Por último llega el miedo de que no termine.

—*Cuenta atrás para el apagado del motor principal* —dice la *Orel*—. *Prepárense para la caída libre en tres, dos, uno.*

Se acaba. Lucas siente que se le encoge el estómago, que su peso se desvanece. Al ver la cara de Abena Asamoah, Nik Vorontsov se quita el arnés y vuela hacia ella con una bolsa. En el silencio que sigue al vómito y a los balbuceos de disculpa, todos oyen el inconfundible clic, clic, clic en el casco. Avanzan sobre sus patitas hacia la rampa.

—Mierda —dice Nik Vorontsov—. Se nos han subido.

—¿Cómo? —pregunta Ariel.

—Deben de haber saltado durante el lanzamiento —dice Nik Vorontsov—. Están fuera de la trayectoria de las armas, así que no podemos disparar contra ellos.

—¿Pueden abrir la puerta? —pregunta Lucasinho.

—Pueden dañar suficientes sistemas para impedirnos alunizar con seguridad.

—Para estrellarnos, quieres decir —dice Luna Corta.

—Para estrellarnos, quiero decir.

—¿Cómo nos los quitamos de encima? —pregunta Alexia Corta.

—Va a tener que salir alguien a despegarlos —dice Dakota Kaur Mackenzie.

—¿Hay trajes? —pregunta Alexia.

—Dos trajes de incursión —responde Dakota Kaur Mackenzie—. ¿A que está bien que alguien compruebe esas cosas? —Se desabrocha el arnés y se impulsa con la silla hacia la escotilla del techo, que da al centro de control. Da un golpecito en la coronilla a Rosario de Tsiolkovski al volar sobre ella—. Ven, luchadora. Dos trajes. A ver si te queda algo de espíritu de *ghazi*.

Trácsup. Traje de actividad de superficie. Una segunda piel ajustada, a presión, con casco y respirador de reciclaje, diseñado para proporcionar libertad de movimientos y protección medioambiental durante un máximo de cuarenta y ocho horas.

Traje de incursión. Una malla de tejido elástico, suficientemente ajustado para complementar la resistencia a la presión natural de la piel humana y evitar la pérdida de líquidos. Blanco, para reflejar el calor. Casco con

respirador incorporado, pegado al traje, estanco en la medida en que quien lo lleva tenga cuidado de que no se despegue. Diseñado para un máximo de quince minutos de actividad en el vacío.

De media, la trayectoria balística de las naves lunares dura quince minutos. Si un problema no puede resolverse en el tiempo máximo de uso de un traje de incursión, se queda sin resolver.

La esclusa de servicio es tan pequeña que Rosario y Dakota tienen que acoplarse como mellizas en el útero.

—Cable cable cable —dice la capitana Xenia cuando cierra la escotilla interior.

—Quince minutos —dice Dakota Mackenzie por el canal del traje.

Rosario se engancha el arma al cinturón, y con otro mosquetón queda unida al cable cuyo otro extremo queda en la esclusa. Un hacha y tres bengalas para luchar contra bots de combate que pueden desplegarse en un centenar de cuchillos.

Se abre la esclusa. Rosario sube al casco y se siente desorientada de inmediato. Está boca abajo; el cinturón solar es una cinta de un negro tan negro que la luna, color plata, parece cortada por la mitad. Da un grito y se agarra, con miedo a caer. No, la Luna no está arriba ni abajo, ella no está arriba ni abajo, solo hay movimiento. Sí, cae; todo cae. Vuelve a examinarse el mosquetón; es demasiado fácil que un movimiento brusco la lance lejos de la nave.

El mar de la Tranquilidad discurre por debajo de ella. Tiene el estómago revuelto.

Catorce minutos.

El visor del traje de incursión es rudimentario, pero tiene suficiente detalle para localizar al enemigo: dos bots al otro lado del casco, entre los depósitos de combustible. La *Orel* son unas barras de mono en caída libre; puntales y traviesas constituyen buenas agarraderas para trepar. Trepar, no; para eso hace falta una gravedad que vencer; esto es otra forma de movimiento. Gatear. Rosario gatea por la superficie de la nave lunar. El cable va estirándose tras ella.

—Dense prisa —interrumpe la capitana Xenia—. Ya hemos perdido una

bomba de combustible.

Ya no hace falta el visor. El enemigo está a la vista, dos bots que sierran una conducción de combustible. Las naves lunares, como las bicicletas, llevan todos los mecanismos al descubierto. Rosario saca una bengala y Dakota blande el hacha.

—¿Cómo lo hacemos? —dice Rosario.

La pregunta se contesta sola cuando los bots detectan la amenaza. Los músculos sintéticos se flexionan, los tendones artificiales se tensan, la carcasa se divide en secciones y se realinea para la acción. Un bot golpea; Rosario le desvía el brazo, da un tirón y le desenaja las articulaciones. Se le llena el visor de lubricante, pero no tiene tiempo para limpiárselo. Gira la tapa de la bengala; los productos químicos se mezclan y se enciende. La introduce en la matriz de sensores del bot, que retrocede agitando las patas entre sus numerosos ojos y la bengala. El resplandor se apaga cuando se agota el oxidante; el bot se desenreda de un salto. Una pata como una aguja le rasga la fina piel del traje. Otra pata busca algún punto de apoyo para dar media vuelta y lanzarse a matar. Y el hacha, que vuela impulsada por todas las fuerzas de Dakota Kaur Mackenzie, acierta de lleno en el núcleo del bot y lo pone en órbita.

—Mierda —dice Rosario, palpándose el corte preciso que le atraviesa el traje—. Mierda, me sale sangre. Mierda, mierda, mierda, mierda.

—Eso es lo de menos —dice Dakota—. Ya no tenemos el hacha. Nos quedan un bot y dos bengalas.

El segundo bot, como si hubiera llegado a la misma conclusión, sale de entre los mecanismos de la nave lunar. Es como un polluelo malévolo que saca las largas extremidades, se libera, tantea en busca de una presa. Rosario aprieta la mandíbula para contener el dolor. Joder, cómo duele. Duele, duele, duele, duele. ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir el cuerpo humano en el vacío? Tiene el casco bien sellado, pero con el traje roto, es como si estuviera desnuda. Lleva un cinturón de gotitas de sangre flotantes, que se estrellan contra el blanco de su traje cuando se mueve.

Faltan unos segundos para que el bot esté listo para atacar.

Lanza una bengala a Dakota.

—Cuando te diga, clávasela en la puta cara.

—¿Qué vas a...?

La guerra en caída libre es el territorio de las preguntas sin respuesta. Rosario se lanza de cabeza contra el bot. Enciende la bengala, consigue esquivar los cuchillos con que el bot la busca a tientas, cegado por el calor y el resplandor, y para en seco, dolorosamente, contra un panel de intercambio térmico.

—¡Ahora!

Dakota Kaur Mackenzie ataca con fuego y furia. Es rápida, casi tan rápida como el bot; esquiva y desvía puñaladas con la bengala, y vuelve una y otra vez para golpear con ella los ojos redondos y brillantes de la máquina.

Deslumbrada, Rosario se suelta el cable y engancha el mosquetón en una articulación del bot. Este sacude una patada; Rosario sale despedida dando vueltas, pero se sujeta firmemente con una mano a un soporte de las patas de alunizaje. La *Orel*, casi en el ápice de su trayectoria parabólica, pasa por encima de los cañones y muros de contención de Twe.

Y así es como Rosario Salgado O'Hanlon de Tsiolkovski consigue ganar.

—¡Dakota, agárrame!

Se lanza hacia la *ghazi*. En caída libre. Sin cable. Si ha calculado mal, si Dakota calcula mal, si el bot se recupera demasiado deprisa de la desorientación, saldrá volando en su propia órbita parcial. No tendrá que preocuparse por la duración del soporte vital de su traje de expedición destrozado. Un impacto contra Tranquilidad Este a dos con setenta y cinco kilómetros por segundo lo decidirá todo. Igual hasta forma un cráter y le ponen su nombre.

Y Dakota Kaur Mackenzie ha introducido el antebrazo por el cinturón de Rosario. Ya lo tiene calculado. Ordena al cable que se recoja y lanza la bengala encendida hacia el bot mientras la bobina las pone a salvo del tajo.

—Xenia —grita Rosario—, ¡haga girar la nave!

—No tenemos previs... —empieza la capitana Xenia. Se superpone la voz de Dakota:

—¡Haga lo que dice! ¡Dé un giro de trescientos sesenta grados!

Una pausa. El bot camina hacia ellas, con los cuchillos desplegados como una deidad de brazos múltiples. Rosario se lanza hacia la esclusa, la bobina, el mosquetón del otro lado del cable.

—Agarraos —dice la capitana Xenia.

Y el mundo es un torbellino. La aceleración arranca los dedos de Rosario de su sujeción. Dakota la tiene. La luna, el sol y las estrellas giran a su alrededor.

«No mires. No mires. Si miras, vomitarás en el casco.» Tiene que mirar. Basta con un vistazo: el bot se ha desprendido y la aceleración centrípeta hace que se arrastre con el cable estirado al máximo. En un momento podrá volver a la nave trepando por él. La *Orel* da volteretas en el cielo lunar, un tiovivo de impulsores de actitud azules. Rosario trepa por el cuerpo de Dakota hasta el borde de la esclusa. Suelta el mosquetón; se le escurre de un latigazo entre los dedos. El bot vuela libremente, siguiendo su propia trayectoria balística incontrolable. «No le pondrán tu nombre a ningún cráter, cosa.»

Todo es cuestión de física. Todo es cuestión de calcular el momento angular del cable.

—Que te den, puto bot tipo 3 de la vieja escuela —rezonga Rosario—. Elementos hostiles eliminados, capitana —añade por el canal de comunicación.

—Buen trabajo. Gracias —dice la capitana Xenia—. Ahora, adentro.

—Has estado muy bien, *ghazi* —dice Dakota Kaur Mackenzie cuando las dos se embuten en la esclusa. En ese momento, en ese lugar, son las mejores palabras que Rosario ha oído en su vida. Ha oído historias de miedo sobre gente que vomita dentro del casco en caída libre. ¿Habrán leyendas parecidas sobre las lágrimas?

Ya hay gravedad, cada vez más; los impulsores de actitud sitúan la *Orel* en modo de descenso. En posición fetal, gimiendo de tensión y alivio, manchada con un campo de estrellas de su propia sangre, Rosario Salgado O'Hanlon de Tsiolkovski cae hacia el mar de la Fecundidad.

Ariel resopla ante las suites administrativas. Levanta una ceja ante los despachos sin ventanas, que huelen a cerrado, y frunce el ceño ante la sala de reuniones restaurada. Cuando llega al refugio de Lucas en el globo ocular no



puede seguir disimulando el desdén.

—Ahora recuerdo por qué me largué de este agujero.

Sigue avanzando, dejando un rastro de vapor que se dispersa lentamente en el perezoso aire acondicionado.

—Piedra, piedra, piedra, piedra —se queja Ariel mientras baja por la escalera hasta el nivel del suelo.

—Se sale por la boca —dice Alexia. Ariel alza la vista. En el labio de Obatalá, Ariel se detiene y roza el brazo de Alexia.

—¿Qué es eso?

Alexia tiene que aguzar la vista para distinguir lo que le ha llamado la atención. Los árboles de crecimiento acelerado ya están llenos de hojas, y la cúpula que se entrevé entre las hojas, mecidas por el viento, parece salida de un sueño. Ahí viven dioses antiguos y peligrosos.

—Llévame ahí.

Beijaflor podría presentarle un plano de Boa Vista, pero a Ariel le gusta tender tareas, pruebas y trampas en el camino de Alexia. ¿Mano de Hierro? Puede que para su hermano, pero a ella no es tan fácil impresionarla. Mientras Alexia la guía por un camino de piedras lisas que serpentea entre el bambú, Ariel da una larga calada al váper. Marina mató a un asesino con el predecesor de ese váper: se lo clavó en la barbilla y sacó la punta por la coronilla. Fuerza de Jo Moonbeam. Suficiente fuerza para matar por amor; suficiente fuerza para mantenerla a flote durante los tiempos difíciles, pero no para quedarse. Desde que ocupa el Nido de Águilas piensa cada vez más en Marina.

«¿Cómo encontraste la Tierra? ¿Cómo te encontró la Tierra a ti? ¿La luz del cielo nocturno te llena de añoranza, como a los lobos? ¿Miras al cielo y piensas en mí?

»¿Cuál es tu fuerza, Alexia, que te haces llamar *Mão de Ferro*? ¿Qué hay en este mundo que pueda vencerla? Porque seguro que lo hay.»

El camino termina en un pabellón: zócalo, columnas, una cúpula. Ariel sube los escalones. El aire es fresco, cargado con el aroma del agua corriente; la línea solar es azul y el viento artificial agita el bambú. Las cañas ocultan el

pabellón a la mirada de los orixás; es un lugar recóndito y privado. Ariel recorre el círculo, pasando los dedos por las columnas. Piedra cálida.

—Aquí —declara Ariel. Necesitaré una mesa y tres sillones; uno, cómodo, y los otros, no tanto. Todas las bebidas que quiera. ¿Puedes organizarlo?

—Ya hay gente trabajando en ello. Lucas ha solicitado una reunión privada.

Ariel saborea el momento.

—Cómo no. Dile dónde puede encontrarme.

Ariel oye el bastón contra las piedras antes de verlo salir del laberinto de bambú.

Desechos humanos que se reúnen en el círculo.

—El sitio favorito de *mamãe* —dice Lucas—. Hacia el final venía mucho, a hablar con Irmã Loa. Su confesora.

—¿Queda algo de la Hermandad? —pregunta Ariel.

—Las *madrinhas*. El santuario de João de Deus. Leyendas. —Lucas se apoya en el bastón—. ¿Será bastante? No lo sé. No soy muy piadoso. ¿Vas a instalarte aquí?

—Hasta que pueda volver a Meridian. Antes tengo que hacer una cosa. Y no puedo dejar que te salgas de rositas, Lucas.

Lucas se encoge sobre el bastón, con una sonrisa ladeada.

—Me lo esperaba. Antes tenía sueños: quemado, intentando respirar, ahogado en metal fundido... Sueños terribles.

—Lo que hiciste fue terrible.

—Lo hice por Rafa, por Carlinhos, por nuestra madre. Por ti.

—Nuestras deudas están saldadas.

—Ahora sí.

—Retírate discretamente —dice Ariel—. Cultiva tu propio huerto. Conviértete en el mayor experto en bossa nova de los dos mundos. Dedícate al deporte; ahora tienes tu propio equipo de balonmano. Aprende de política y haz comentarios sagaces y mordaces. Cría a tu hijo.

Ariel ve que un dolor enquistado tensa el rostro de Lucas.

—Qué sentencia más leve.

—¿Tú crees? —dice Ariel—. ¿Para qué querías verme, *irmão*?

—¿A qué vino aquello? A los Corta no nos va la política. Y aquí nos tienes, en una convención de Águilas.

—Vidhya Rao me enseñó el futuro.

Lucas tarda un poco en situar el nombre.

—Le economiste. Whitacre Goddard. ¿Sus ordenadores te hicieron una profecía? ¿Cómo era que los llamaba?

—Los Tres Augustos. No, me habló de una conversación que había tenido con Wang Yongqing, Anselmo Reyes y Monique Bertin. Fue quien propuso lo de la bolsa lunar.

—Asistí a esa sesión.

—¿También asististe a la reunión en que los terrícolas se ofrecieron a financiarla, partiendo de la base de que no necesitaría intervención humana?

—¿Qué quieres decir? —Lucas se cambia de mano el bastón, incómodo.

—Vidhya Rao pidió a sus ordenadores que le presentaran futuros probables. Todos previeron una Luna despoblada por las plagas. Epidemias, Lucas. El plan que tiene la Tierra para nosotros. Una máquina que genera valor a oscuras. Yo era la única que podía hacer algo; tenía una línea de acceso al poder para detenerlos.

—Usa los códigos.

Un comando, y Beijaflor se los muestra todos, las opciones y potestades del Águila de la Luna, y podría pasar por el cuchillo a todos los terrícolas.

—Tenemos que ser mejores que ellos, Lucas.

No está dispuesta a cometer otro *ironfall*.

—Ellos no se lo pensarían.

Examina la serie de comandos, edictos y funciones ejecutivas. Ahí. Le basta con desearlo.

—No pienso hacerlo, Lucas.

—Como quieras. —Junta los dedos en el saludo de los Corta—. Me retiraré, pero no discretamente. Tengo intención ser tan irritante y vejatorio como pueda. Alguien tiene que pedirte cuentas, hermana.

—Lucas.

Da media vuelta en el escalón superior.

—Eso que te he dicho —continúa Ariel—. Eso que tenía que hacer antes. Acabo de hacerlo.

En Leeuwenhoek, una reina de las vías de VTO conecta el traje al puerto de diagnóstico del montacargas roto.

En los campos de espejos del sur de Abul Wafa, un cristalero envía sus bots de mantenimiento en busca de grietas.

En los campos de helio del mar de la Serpiente, un tragapolvos desenfunda un rotulador de vacío y escribe «Corta Hélio» sobre el logotipo de Mackenzie Helium.

En Meridian, en el restaurante Seven Funk del *prospekt* Tereshkova, el preparador de fideos estrella gira y estira la masa mientras los clientes cotillean sobre las conmociones y sorpresas del caso Corta contra Corta.

En Twe, una horticultora comprueba la disponibilidad de una torre de cultivo y consulta los bancos de semillas de AKA. Ha oído que se va a celebrar una boda en la alta sociedad, Mackenzie con Vorontsova-Asamoah. Alguien tendrá que suministrar las flores.

En el nivel 87 de la torre Perth de Reina del Sur, una niña aparta la vista de los iconos de sus compañeros de clase para mirar por la ventana de su piso. ¿Qué es ese destello que ve con el rabillo del ojo? ¿Un volador? Le encantan los voladores.

En la esquina inferior derecha de todos esos ojos, de todos los ojos, desde que se tiene memoria, hay cuatro pequeños iconos. Aire, agua, datos, carbono. Los cuatro elementos.

Y de repente, en todas partes, esas luces se apagan.

Primero reina el pánico. En medio siglo, esos indicadores que suponen la

vida, la salud y la riqueza no han fallado jamás.

Después toda la Luna contiene el aliento. Lo contiene porque no sabe si volverá a respirar. Lo contiene hasta que se desorbitan los ojos, el cerebro pide oxígeno a gritos, el corazón grita. Hasta que no puede seguir conteniéndolo.

La Luna exhala.

E inhala. Sin cargo. No bajan los bitsies en el icono dorado; no hay notificaciones de tarifas. No hay tarifa. La segunda inspiración, la tercera, y la siguiente y la que va después. Respirar es gratis.

Ariel Corta ha abolido los cuatro elementos.

Es un joven muy apuesto, a la manera de la Luna: de piel oscura, ojos marrones aterciopelados, pelo negro, afeitado a nivel cuántico. Alto, por supuesto, y muy bien arreglado. Cuando ella llegó a la Luna encontraba desagradable el aspecto de los lunarios, desproporcionados, con el tórax demasiado musculado, las extremidades demasiado largas y las articulaciones sutilmente desplazadas. Ha aprendido a considerarlos desde su propia estética, y ese tipo no está nada mal. Fuera tiene cinco compatriotas igualmente atractivos, dispuestos a entrar en tromba en su piso si muestra alguna oposición. Una funcionaria madura de la Lunar Mandate Authority contra un brasileño joven y en forma.

Se pregunta en qué parte del traje llevará oculto el cuchillo.

La moda ha vuelto a cambiar. Nunca ha entendido la fascinación que sienten en la Luna por los estilos históricos y las tendencias retro. Sabe que la consideran una zarrapastrosa con su modesto traje. Ella los considera afectados y reaccionarios.

—¿*Senhora* Wang? Me llamo Nelson Medeiros. Me envía el Águila de la Luna. Si no le importa... —Señala la puerta.

Los bots habrían hecho trizas ese traje elegante alrededor de ese niño engreído, y después lo habrían hecho trizas a él. Cuando los bots se quedaron dormidos y no había forma de que obedecieran supo que esa visita era inevitable.

—¿Cómo va a ser? —pregunta Wang Yongqing—. ¿Me van a soltar por una esclusa o me van a atravesar las cervicales con un cuchillo?

—Me ofende —responde Nelson Medeiros—. Puede que sea así como hacen las cosas ahí abajo, pero aquí arriba somos personas civilizadas.

Los escoltas que imaginaba esperan fuera, con Monique y Anselmo. Delante hay una bandada de taxis.

—¿Vamos a la estación? —pregunta Wang Yongqing. Ni Anselmo ni Monique consiguieron familiarizarse con la cartografía tridimensional de la Luna, pero ella se crio en los rascacielos de Guizhou, y puede leer los niveles, rampas y ascensores como los pasillos, cruces y pasarelas de su niñez.

—Los espera un tranvía —dice Nelson Medeiros—. Vamos a trasladarlos a un lugar seguro, donde se alojarán con todas las comodidades durante la transición política.

—Rehenes —dice Wang Yongqing.

—Esa palabra está pasada de moda —dice el primer escolta—. Esta es una Luna diferente. Son nuestros invitados.

—Invitados que no pueden marcharse.

—Eso depende de lo dispuestos a negociar que estén sus Gobiernos. Pero será un alojamiento de primera.

—¿Adónde nos llevan?

La sonrisa del joven es como un cielo lleno de estrellas.

—A Boa Vista.

—¿Estoy bien así?

—Eres el Águila de la Luna —dice Alexia Corta.

Ariel Corta suelta un bufido, exasperada.

—¿Qué vería mi hermano en ti? Estoy bien. —Se pasa la mano por delante del cuerpo en un gesto teatral.

—*Vestido: Cristóbal Balenciaga, 1953* —dice Maninho. Alexia no conoce ni le interesa la moda de la década de 1950—. *Lana negra rasa ribeteada con seda acanalada. Sombrero de Aage Thaarup, zapatos de Roger Vivier, bolso y guantes Cabrelli.*

Alexia le ajusta la posición del sombrero Thaarup de ala ancha.

—Perfecto.

—Mientes muy mal, *Mão de Ferro*. ¿Vas a presentarme con esa ropa pasada de moda?

¿Cuántas veces habrá estado ahí ayudando a Lucas, en la antesala del Pabellón de la Luna Nueva, trajinando con los gemelos, el nudo de la corbata, la caída de la chaqueta? Costumbres y supersticiones que no tardan en convertirse en ritos.

—Me gusta este look —dice Alexia. Acaba de aprender a lucir el estilo de la década anterior. Le gustan los años cuarenta. Le pegan de maravilla.

—Te gusta tener pinta de refugiada —dice Ariel.

—¿Cómo puede haber gente capaz de trabajar contigo?

La actitud desafiante hace sonreír a Ariel.

—Porque me adoran, cariño. Pero, bueno, eso tendrá que esperar. Los Dragones impacientes son Dragones irritables. Ahora quiero que entres y me hagas una presentación que despierte la envidia de los dioses.

—Lucas tenía... una cosa.

—¿Una cosa?

—Una frase de los viejos tiempos. De los primeros días. «Ha llegado el Águila.»

Ariel sisea disgustada.

—Suena ridículo, cariño. Mi nombre, mi cargo y un poco de alharaca.

—A la orden.

Ahora la sonrisa de Ariel es auténtica.

—Estoy acojonada —confiesa.

—Te enfrentaste a Lucas en el Tribunal de Clavio —dice Alexia.

—Estaba en mi terreno. Mis dominios. Aquí no tengo ni idea de qué hago.

—Si te sirve de algo, Lucas tampoco.

—Estaba sentada al otro lado de la sala cuando Jonathon Kayode desmanteló la LDC —dice Ariel—. Él tampoco tenía ni idea. Nadie la tiene.

—Eres una heroína. Has abolido los cuatro elementos, has detenido a los terráqueos...

—Se los di a Lucas para que los cuidara —dice Ariel alegremente—. Me haces reír, Mão. Bueno, que empiece el espectáculo.

Cuando Alexia abre la puerta de la Cámara del Consejo ve de reojo que Ariel está rectificando el ajuste que acaba de hacerle en la posición del sombrero. Alexia se sitúa bajo los focos. Se apaga el murmullo de los familiares del consejo. A través del resplandor distingue que la zona reservada a los Dragones y a las grandes familias está llena, mientras que el sector de los terrestres está vacío. A lo largo de la galería del fondo se alinean académicos, rectores de facultades y decanos de la Universidad de Farside.

—Ariel Corta, el Águila de la Luna —anuncia Alexia.

Se retira para ceder el puesto a Ariel bajo las luces. El ala del sombrero le oculta la cara. El silencio es absoluto. Ariel levanta la vista, sonrío y abre los brazos. Y un griterío atruena en el Pabellón de la Luna Nueva.

—Llámame en cuanto llegues, ¿vale?

Robson pone los ojos en blanco e intenta abrirse paso por la multitud que abarrotta la estación, hacia las escaleras mecánicas que bajan a los andenes, pero la tierra brilla y Wagner Corta tiene los ojos y las reacciones de un lobo, y sigue sin esfuerzo al niño.

—Vale, vale, en cuanto llegue.

Wagner sabe que se está pasando de protector. Firmó con Max y Arjun el acuerdo coparental; Robson vivirá con Haider durante la tierra llena, cuando Wagner vuelve con la manada. Son honrados, amables, cariñosos y dignos de confianza, hasta el extremo de que han cambiado de trabajo y se han mudado a Hipatia para romper cualquier lazo con Teófilo. Robson estará a salvo, feliz y bien cuidado. Pero ¿quién puede culpar a Wagner por mostrarse sobreprotector después de los horrores de Teófilo y el asesinato de Bryce Mackenzie en João de Deus?

Asesinato. Un niño de trece años clavó cinco agujas de veneno en los globos oculares de Bryce Mackenzie. Una sola lo habría dejado más muerto que una roca; usar cinco fue un mensaje para la Luna entera: así funciona la lenta justicia de los Corta. Agujas envenenadas proporcionadas por el tío del



niño y entregadas por su mejor amigo. Agujas envenenadas que se escondió en el pelo, porque Bryce lo quería desnudo e indefenso.

Wagner no puede pensar en ello. A la intensa luz de la tierra, las emociones arden fieramente y no soporta la sensación de fracaso, debilidad e ineptitud que siente cuando imagina a Robson como rehén. Como juguete.

Lucas hizo lo que él no pudo. Lucas materializó la venganza. No por un sentimiento de lealtad hacia su hermano, hacia su sobrino, sino por el nombre de los Corta. La familia es lo primero. Siempre la familia.

Por la familia, Analiese traicionó a Robson. Wagner la desprecia, pero no puede culparla. Las Cinco Muertes de los Asamoah no eran bastante para Bryce Mackenzie.

Llega el tren; la gente se desplaza hacia las escaleras. Wagner y Robson bajan, uno junto a otro. Dioses. El chico está creciendo. Parece que solo han pasado unas horas desde que escaparon de la ciudad, bajo la protección de una deuda de los Mackenzie, y Robson era un niño encantador que dormía apoyado en su hombro mientras el tren corría en dirección este, hacia el mar de la Tranquilidad.

—No hace falta que me acompañes hasta la escotilla —dice Robson cuando se apean de las escaleras.

El tren espera al otro lado de un cristal presurizado, un Ecuador Exprés de dos pisos. Meridian sigue conmocionada e incrédula, como resacosa, después de que Ariel aboliese los cuatro elementos. Ha caído uno de los cimientos de la vida, pero el techo del mundo sigue en su sitio. Las *quadras* bullen de emoción. ¿Qué pasará ahora? ¿Se abolirá el Tribunal de Clavio y habrá leyes? ¿Elecciones? ¿Política? El entusiasmo es contagioso y se ha extendido incluso entre el gentío que aborda el Ecuador Exprés: se ven sonrisas, la gente cede el paso, hay risas, conversaciones y una sensación placentera nacida de que cada inhalación ha dejado de ser una entrada en la cuenta de gastos e ingresos.

Robson se planta obstinadamente entre Wagner y la escotilla; deja claro que ahí se despiden.

—Nos vemos en João —dice Wagner.

Ocupará su nuevo puesto en cuanto mengüe la tierra. Corta Hélio ha vuelto, pero nunca será lo que fue. La Edad del Helio ha terminado; empieza

una nueva era. Los Sun producen energía, los Mackenzie minan, los Asamoah cultivan y los Vorontsov vuelan. ¿A qué se dedican los Corta ahora?

A la política.

Wagner y Robson se abrazan con fuerza. El niño sigue siendo nervio y huesos.

—Nos vemos en João —dice Robson. Se vuelve en la escotilla—. *Pãe...*

Wagner gira la cabeza.

—¿Qué has dicho?

Robson se ruboriza; luego alza la mirada, enérgico y decidido.

—¡*Pãe!*

—¿Qué, *filho?*

—Cuídate.

Cruza la escotilla y entra en el tren; Wagner da media vuelta. Le arde el corazón, está sin aliento, tiene un nudo en la garganta, y sube por la escalera hasta la luz de Meridian, la gran tierra azul y el lugar donde esperan los lobos.

En uno, dos, tres pasos, Robson asciende veinte metros por el techo del mundo. Nueva ciudad, nuevas estructuras por las que trepar. Hipatia es mucho más grande que Teófilo, y su geografía secreta de *parkour* es mucho más emocionante. Hay pozos oscuros tan profundos que devuelven eco, bóvedas tan altas que tienen su propio clima. Un sistema de tuberías desde el que puede espiar, desapercibido, distritos enteros. Pasarelas y conductos, escaleras y asideros. También es más antigua: las exploraciones preliminares que realizó en el interior de la ciudad descubrieron nombres y fechas del siglo pasado. Espesas capas de polvo. Esos lugares antiguos y sin hollar lo atraen. Es su iglesia, el lugar donde curarse.

Robson entiende por qué Max y Arjun han viajado directamente con Haider y con él desde Meridian a esta nueva ciudad. A él, Teófilo siempre le olerá a sangre y miedo. Pero Haider encontró a Analiese.

«La veo —dice Haider—. La veo todos los días. Con el rabillo del ojo, algo se mueve, miro y ahí está.»

Estuvo regresando a diario a su iglesia del polvo hasta que encontró la

huella. Una suela de bota de agarre, pequeña. Pasos largos. El rastro del *parkour*. Se ha mancillado la perfección, así que añade sus huellas al rastro mientras sigue la pista por el polvo y asciende entre dos tuberías hasta llegar a un nodo de conductos.

Otro practicante de *parkour*. No estaba solo.

Al principio siente una ira concentrada y llena de resentimiento.

«La ira es buena —le dijo el terapeuta—. La ira está bien. El problema es adónde te lleva.»

«A clavar agujas de veneno en los ojos de Bryan Mackenzie, ahí me llevó», quería decir en cada sesión. Quería decirlo, pero no lo dijo. Reservaba la ira para el polvo, donde podría sacarla, examinarla y pedirle que lo llevara cruzando ese polvo immaculado a algún sitio nuevo. Hasta que alguien había estado haciendo *parkour* por el polvo antes que él. Es una ira distinta, que se transforma rápidamente en otra emoción: curiosidad, entusiasmo. Otro que hace *parkour*.

Adora a Haider, Haider es la mitad de su alma, pero no hace *parkour* y nunca lo hará, y la relación entre *traceurs* no se le puede explicar a quien no lo es.

No está solo.

—Eh.

Es Haider. Robson salta por encima de una gruesa conducción de agua hasta una pasarela estrecha y se sienta con las piernas colgando sobre la nada. Ahí está Haider, mirando hacia arriba; lo único oscuro en él es el mechón que le cae por un ojo.

—Deja de hacer eso; me mareo —grita hacia arriba.

—Pues sube —dice Robson.

Haider le hace un gesto obsceno.

—Te has vuelto a saltar la terapia.

Después de lo de Teófilo, después de que lo que les hizo hacer Lucas Corta en nombre de la familia, después de lo de João de Deus, a Robson y a Haider les recetaron terapia psicológica. «Pasarán meses hasta que se note

efecto —dijeron los médicos—. Quizá años.»

—El mío es humano —dice Robson.

Haider hace pone cara de haber probado algo asqueroso.

—¿Desde cuándo?

—Desde que empecé a mostrarme obstructivo con la IA.

—¿«Obstructivo»?

—Así lo dice Damien.

—¿Tu terapeuta se llama Damien?

—Se llama Damien y sonrío demasiado.

—Habría sido más fácil si hubieras hablado con la IA —dice Haider.

—Me gusta estar aquí.

—Funcionará.

—Todo funciona. Nada funciona.

—Tengo una cosa para ti. —Haider levanta una mano. En la palma sostiene un paquetito envuelto en una tela primorosa. Descansa cómodamente en la mano.

Robson recobra el aliento.

—¿De dónde lo has sacado?

—Se lo entregaron a Max y Arjun —dice Haider—. Viene del Palacio de la Luz Eterna. ¿Crees que es...?

Robson salta de la pasarela. Haider pone los ojos como platos, pero veinte metros no son nada para alguien que cayó desde trescientos, se levantó y salió andando por su propio pie. Unos pocos pasos. Separa los brazos; la camisa holgada hace de paracaídas y ralentiza el descenso. Robson Corta aterriza agachado, pisando con elasticidad. Sacude la melena.

—¿... seguro? —termina de decir Haider.

—Ahora sí —dice Robson; coge el paquete y retira el delicado envoltorio. Media baraja de cartas. Lo que suponía—. Gracias, Darius —susurra.

Robson saca sus cartas del bolsillo el pantalón corto de *parkour*, pone encima la media baraja y mezcla. Ya están juntas. Completas.

—Ese Darius... Ya te lo explicaré en otro momento. Oye, he descubierto otro garito, tenemos que probarlo.

—Me parece bien —dice Haider. El local que frecuenta un niño es importante. Más importante que la terapia. Es el corazón de su vida social. Es donde están sus amigos.

—Vale —dice Robson—. Vamos a ver qué tal está la horchata en esta ciudad.

Wang Yongqing ha solicitado otra reunión; la quinta desde que llegó a Boa Vista.

—¿Qué quiere ahora? —pregunta Lucas Corta a Toquinho.

—*Acceso a las impresoras* —responde el familiar—. *Algunos delegados financieros llevan tres días seguidos con la misma ropa.*

Lucas suspira. Gira la silla para mirar el frondoso paisaje de su reino. Soñaba con la vida salvaje, pero le ha tocado custodiar una jaula dorada. Es un castigo poético.

—¿Cómo tengo la agenda? —Toquinho le muestra una lista de franjas horarias—. Pospón a Naomi Allain; las disculpas estándar. Coloca a la *senhora* Wang en su turno.

Lucas no puede hacer gran cosa; los recursos ya se estiran al máximo, y por motivos políticos conviene enviar todas las impresoras nuevas a João de Deus. Wang Yongqing formulará su protesta, de pie como siempre. Él ofrecerá más disculpas estándar, la invitará a sentarse y charlarán. Es buena conversadora: arte, política, las costumbres de los dos mundos. Jazz. Es muy aficionada. Es demasiado inteligente para cometer el error de suponer que tienen un enemigo común. La familia es lo primero. Siempre la familia.

Pero es una forma de pasar el tiempo.

Hoy la conversación será especialmente entretenida. En su discurso inaugural ante la nueva Asamblea Lunar, Ariel dio nombre a lo que había acosado la imaginación de todo el mundo desde que se disipó el éxtasis provocado por la abolición de los cuatro elementos. La euforia tiene una vida

corta. «Independencia.» Se puede confiar en Ariel para que use una retórica florida, pero Lucas, en su exilio interno, intercepta sistemáticamente las comunicaciones entre la Tierra y sus representantes en la Luna; las palabras van adquiriendo un tono más duro y sombrío; las actitudes se están petrificando.

Puede que tenga que pasar ahí mucho tiempo si Ariel decide retener a los terrícolas como garantía de que la Tierra no bombardeará Meridian y Reina del Sur con armamento nuclear. No le cabe la menor duda de que habrá un proyectil con el nombre «João de Deus» escrito en la carcasa. Wang Yongqing tendrá unas historias de terror maravillosas para entretenerlo mientras beben té y escuchan jazz modal.

Eso no ocurrirá. Los terrícolas se creen muy duros y capaces de negociar un trato sibilino, pero no han crecido regateando cada bocanada de aire, cada trago de agua, cada centímetro de refugio excavado en la roca. No han tenido que negociar su vida con Dama Luna. Ariel siempre recurrirá al *malandragem*.

Será una independencia duramente conseguida. Los lunarios son pocos; tienen pocas armas, y sus enemigos son tan numerosos como las estrellas del cielo. Pero ocupan la posición elevada. Lucas Corta cree que bastará con eso.

Toquinho emite un tañido.

—*Tu envío desde Reina del Sur.*

Lucas no había visto nunca a ese escolta. Wagner los envía desde João de Deus y los sustituye con frecuencia. No es conveniente que la seguridad coja demasiada confianza con los protegidos. El lobo está haciendo un buen trabajo en João: la purga de los restos de los Mackenzie progresa limpiamente. Hay pocos ataques motivados por la venganza, aunque aún existe cierta fricción entre los *santinhos* y los antiguos tragapolvos de Mackenzie Helium contratados por la resurgida Corta Hélio. Faltas de respeto, desaires, miradas de reojo. «Estás en una ciudad brasileña, ¡habla portugués!» Amagos de pelea, duelos, gente que se enzarza. Da igual mientras fluya el helio. Wagner, que ha trabajado en el cristal, comprende que el futuro de la fusión está en el espacio, no en la Tierra.

El paquete es un maletín largo y estrecho a prueba de golpes. Lucas espera que no lo hayan mandado por BALTRAN. En un lugar donde todo se imprime,

el transporte de objetos fabricados es un servicio en decadencia. El paquete está en la mesa, pero Lucas duda antes de abrirlo. Equivale a aceptar el desafío que contiene, a dejar que ponga a prueba su valor y compromiso. Pero arde en deseos de soltar los cierres y sostener el contenido en las manos, apretarlo contra el cuerpo, explorar sus curvas y contornos.

Robson está con Haider en Teófilo. La adopción será sencilla, y Wagner es el único que puede empezar a curar las profundas heridas de ese crío. Algunas las provocó la mano de Lucas. Está casi convencido de que lo único que hizo fue proporcionar medios a la ira del niño, pero el autoengaño nunca ha sido un pecado propio de Lucas Corta. Manejó a Robson como si fuera un cuchillo de hierro de meteorito.

Luna está en Twe con su madre. Extraña chiquilla. Su cara pintada, la mitad carne viva, la mitad calavera, se ha convertido en una leyenda de la Luna. El símbolo de la esperanza, la perseverancia y la justicia. Lucas no puede quitarse de encima la idea de que siempre llevará la máscara bajo la piel.

Lucasinho se prepara para su primera visita independiente. Va a viajar a Meridian para ver a Abena Asamoah. Lucas se opuso firmemente; no es que el viaje vaya a ser demasiado para Lucasinho, pero esa Abena Asamoah podría comérselo con patatas. Una joven peligrosa, ambiciosa, hambrienta. Los gritos sacudieron los espacios y los senos nasales de Obatalá. La intensidad de la resistencia de Lucasinho fue lo que convenció a Lucas para permitirle ir. Lo acompañará esa *zashitnik*. Lucas no consigue recordar cómo se llama, pero prestó un gran servicio en el vuelo en la *Orel*. Quizá le ofrezca un contrato permanente.

«Somos todos un desastre. Todos.»

Pero la familia está lejos, y lo único que tiene por delante es una jornada de reuniones y un envío especial de Reina del Sur.

—Toquinho, cancela la cita de las diez y media. —Suelta los cierres y levanta la tapa—. Y las de las once y las once y media.

Extrae la funda de guitarra y la deja en la mesa. Todos sus instintos lo empujan a abrirla, pero eso significaría acortar la experiencia. Todo tiene sus placeres y sus perfecciones. Lucas Corta pasa los dedos por el cuero auténtico, por las bisagras y cierres de latón reluciente. Entonces suelta los

pasadores y abre la funda.

Lo primero que percibe es el olor. Madera, valiosísimos barnices orgánicos, resinas y ceras naturales; el aroma casi lo hace tambalearse. Después observa los colores, dorados y ámbares, caoba oscura, trozos de madreperla de ostras cultivadas en Tve tallados a mano e incrustados entre los trastes, la curva de marquetería alrededor del agujero de la caja de resonancia. La sostiene como si fuera un recién nacido. Es ligera y muscular, llena de vida. Se sienta con cuidado, pero la guitarra le dice cómo sostenerla, dónde colocarla, como unir el cuerpo al suyo.

Quiere que hable, dar la bienvenida a sus primeras vocales, escuchar su tono y su voz, pero los dedos titubean sobre las cuerdas.

No sabe nada. Menos que nada.

Es el comienzo de cualquier relación: desconocidos que sienten una atracción mutua.

¿Será capaz? Tiene tiempo, dedicación y disciplina para aprender cosas difíciles, pero ¿necesita algo más? ¿Y si después de años de estudio, práctica y aprendizaje se da cuenta de que nunca será capaz de hacer susurrar y reír a esas cuerdas como João Gilberto?

Aun así habría valido la pena emprender ese viaje. Quizá solo João Gilberto pueda ser João Gilberto, y lo único que le hace falta a Lucas Corta es ser Lucas Corta. Algún día, algún año, estaría bien tocar a dúo con Jorge Nardes.

Los dedos recorren las cuerdas. Está desafinada. Era disparatado esperar que un sonido digno de un concierto sobreviviera al viaje desde Reina del Sur.

Toca afinarla primero, pues. Será lo primero que haga cada día de su vida de guitarrista.

Cualquier trabajo bien hecho es el trabajo de toda una vida.

Harina, azúcar, mantequilla, huevos.

Los cuatro elementos del bizcocho.

Las conexiones entre sus recuerdos recreados aún sorprenden a Lucasinho Corta. Piensa en Abena Maanu Asamoah y su memoria dice: «tarta».



—¿Yo hacía tartas? —pregunta a Jinji.

—*Eras un pastelero famoso* —dice Jinji, y le muestra un montaje de imágenes de fiestas, sorpresas, regalos, y por último, él cubriendo los chakras de Abena Asamoah con nata de vaca auténtica que saca de la tarta de fresas.

—Quiero llevar una tarta —dice Lucasinho.

Jinji muestra recetas, pero ninguna es digna de Abena.

—¿Existe la tarta de café? —pregunta Lucasinho.

—*Sí* —dice Jinji, y le indica cómo se hace.

Los ingredientes son difíciles de conseguir; uno de ellos, imposible en el clima político imperante, pero las impresoras pueden sintetizar un aroma de café que dará el pego para cualquiera que no haya probado el producto auténtico. El material necesario es intimidantemente técnico.

—*Puedo conseguir un microondas* —dice Jinji.

—¿Tendrá un efecto diferente?

—*Tanto como el café sintético.*

Harina. Lucasinho observa con desconfianza el polvo blanco. Mete un dedo. Sorprendido por la liquidez sedosa, introduce la mano entera en el cuenco, siente como le fluye por la piel y se le escurre entre los dedos.

Azúcar. Olisquea los cristales, se moja la yema del dedo, los toca, los prueba. Lo invaden imágenes, un torrente de recuerdos sensoriales tan vívidos y penetrantes que retrocede hasta apoyar la espalda en la pared de la cocina.

Mantequilla. Grasa de vaca solidificada. Coge la bola, la aprieta entre los dedos, disfruta la untuosidad grasienta. Se embadurna los pómulos; la sensación es sucia y sexi.

Huevos. Sostiene uno ante sí y se maravilla ante su perfecta completitud. Es un universo en la palma de la mano. Un universo que ha salido de una criatura viviente. Sacude la cabeza.

Tiene que hacer magia a partir de esas materias primas tan poco prometedoras.

«Una tarta de café dice: “Bajaría la tierra del cielo para hacerte feliz”.» Recuerda haber dicho esas palabras. A alguien. A Luna. En la marcha por la

oscuridad.

Tiene a mano los cuencos, la batidora, los accesorios, los condimentos y los elementos decorativos. Falta algo. Algo no está bien. Lucasinho inspira profundamente. Entonces se quita los zapatos, se saca la camisa por la cabeza. Tensa los músculos del abdomen, se desabrocha los pantalones y los deja caer. Da un paso a un lado y los aparta de una patada.

Está desnudo, preparado para hacer una tarta.

Hace crujir los dedos, coge la grasa y empieza. Por encima de él, más allá de la frente curvada de Obatalá, más allá del cielo artificial de Boa Vista, la superficie desnuda, sin aire y bombardeada por la radiación del mar de la Fecundidad se extiende hasta más allá de donde alcanza la vista.

# Glosario

En la Luna se hablan muchos idiomas y el vocabulario adopta alegremente términos del chino, el portugués, el ruso, el yoruba, el castellano, el árabe y el acano.

En portugués, «nh» se pronuncia como la ñe del castellano; «Lucasinho» se dice «Lucasiño». Los diptongos «ãe» y «ão» son nasales, casi como si la virgulilla fuera una ene.

**A:** contracción habitual de *asexual*.

**Abusua:** grupo de personas que comparten ancestros por línea materna. AKA mantiene la tradición y el tabú de matrimonio para preservar la diversidad genética.

**Adinkra:** símbolos visuales acanos que representan conceptos o aforismos.

**Afilhada:** ahijada.

**Agrárium:** campo de cultivo cilíndrico excavado en la Luna.

**Amor:** amante o pareja.

**Amórium:** entramado de personas unidas sexual o sentimentalmente mediante contrato.

**Anjinho:** «angelito». Apelativo cariñoso de los Corta.

**Auriverde:** la bandera brasileña.

**Banya:** sauna y baño de vapor ruso.

**Beijaflor:** ruiseñor.

**Blackstar:** trabajador de superficie de AKA (derivado del sobrenombre de la selección de fútbol ghanesa).

**Boceta:** «vulva» en argot brasileño.

**Chib:** pequeño panel virtual de la lentilla interactiva que muestra el estado de cuentas de los cuatro elementos del portador.

**Coração:** «corazón». Apelativo cariñoso.

**Cuatro elementos:** aire, agua, carbono y datos: las necesidades básicas de la existencia en la Luna, que se abonan diariamente mediante el sistema de chibs.

**Escolta:** guardaespaldas.

**Feijoada:** estofado de carne y judías típico de Río de Janeiro; un icono de la ciudad.

**Galah:** cacatúa australiana de pecho rosado; en argot designa a un idiota ruidoso.

**Gatinha:** gatita/jovencita.

**Globo:** inglés simplificado, la *lingua franca* de la Luna, con una pronunciación codificada identificable por las máquinas.

**Ghazi:** «caballero de la fe» en árabe. En la Luna, un guerrero y erudito de la Universidad de Farside.

**Gupshup:** el principal canal de cotilleos de la red lunar.

**Irmã/irmão:** hermana/hermano.

**Jo/Joe Moonbeam:** recién llegada/o a la Luna.

**Keji-oko:** segundo cónyuge.

**Kotoko:** consejo rotatorio de AKA.

**Kuozhao:** mascarilla antipolvo.

**Laoda:** jefe de los equipos de superficie de Taiyang.

**Laowei:** término mandarín que designa a los no chinos.

**Maame:** «mamá» en acano.

**Madrinha:** gestadora; literalmente, «madrina».

**Mãe/mamãe:** madre/mamá.

**Mãe-de-Santo:** «madre del santo», abadesa de la Hermandad de los Señores del Ahora.

**Malandragem:** malandraje, malas artes.

**Nana:** título ashanti de respeto hacia los mayores

**Nikah:** contrato matrimonial. El término proviene del árabe.

**Oko:** cónyuge.

**Okrana:** seguridad privada de VTO.

**Omahene:** consejero delegado de AKA; cargo rotativo cada ocho años.

**Orixás:** deidades y santos de la religión sincrética umbanda afrobrasileña.

**Oware:** juego de estrategia ashanti de hoyos y guijarros.

**Prospekt:** avenida excavada en la Luna. Se divide en niveles verticales.

**Quadra:** conjunto de *prospekts* dispuestos en estrella.

**Santinhos:** «santitos», gentilicio coloquial de João de Deus.

**Saudade:** melancolía nostálgica, un elemento sofisticado y esencial de la bossa nova.

**Terreiro:** lugar de reunión en las religiones afrobrasileñas.

**Trácsup:** traje de actividad de superficie.

**Wushi:** seguridad de Taiyang.

**Zabbaleen:** recicladores de material orgánico, contratistas de la LDC, propietaria de todo el material orgánico.

**Zashitnik:** luchador contratado para los juicios por combate. Literalmente, «defensor».

**Zhongqiu:** la segunda festividad lunar más importante después de Año Nuevo.

# Calendario lunar

El calendario lunar se divide en doce lunas que llevan por nombre los signos del zodiaco: aries, tauro, géminis, cáncer, leo, virgo, libra, escorpión, sagitario, capricornio, acuario y piscis. Además hay un día de Año Nuevo.

Los días de la luna se derivan del sistema hawaiano, consistente en dar a cada día el nombre de una fase lunar distinta. Por tanto, cada luna tiene treinta días, sin semanas.

- 1: Hilo
- 2: Hoaka
- 3: Ku Kahi
- 4: Ku Lua
- 5: Ku Kolu
- 6: Ku Pau
- 7: Ole Ku Kahi
- 8: Ole Ku Lua
- 9: Ole Ku Kolu
- 10: Ole Ku Pau
- 11: Huna
- 12: Mohalu
- 13: Hua
- 14: Akua
- 15: Hoku
- 16: Mahealani
- 17: Kulua
- 18: La'au Ku Kahi
- 19: La'au Kuu Lua

- 20: La'au Pau
- 21: 'Ole Ku Kahi
- 22: 'Ole Ku Lua
- 23: 'Ole Pau
- 24: Kaloa Ku Kahi
- 25: Kaloa Ku Lua
- 26: Kaloa Pau
- 27: Kane
- 28: Lono
- 29: Maui
- 30: Muku

**Ian McDonald** nació en Manchester en 1960, hijo de madre irlandesa y padre escocés, y pronto se trasladó a Irlanda del Norte, donde vive desde entonces. McDonald es hoy reconocido como uno de los mejores y más reputados escritores de ciencia ficción del mundo. No en vano su vasta obra ha sido galardonada con el premio Locus, en dos ocasiones con el *British Science Fiction Association Award* (BSFA) a la mejor novela, el John W. Campbell Memorial y el Hugo al mejor relato corto. Con *Luna nueva* inicia una trilogía que ha convencido por igual a público y crítica.



Título original: *Luna. Moon Rising*

Edición julio de 2019

© 2019, Ian McDonald

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

© 2019, Natalia Cervera (José Heisenberg), por la traducción

# Índice

[Luna. Luna ascendente](#)

[La cara visible de la Luna](#)

[Lista de personajes](#)

[Qué ha pasado hasta ahora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Glosario](#)

[Calendario lunar](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Ian McDonald](#)

[Créditos](#)